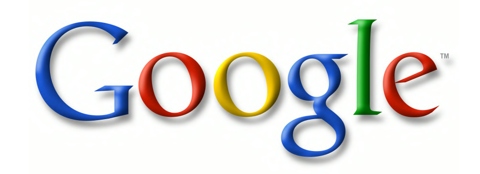
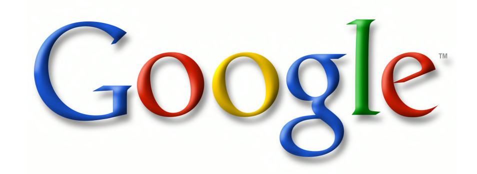
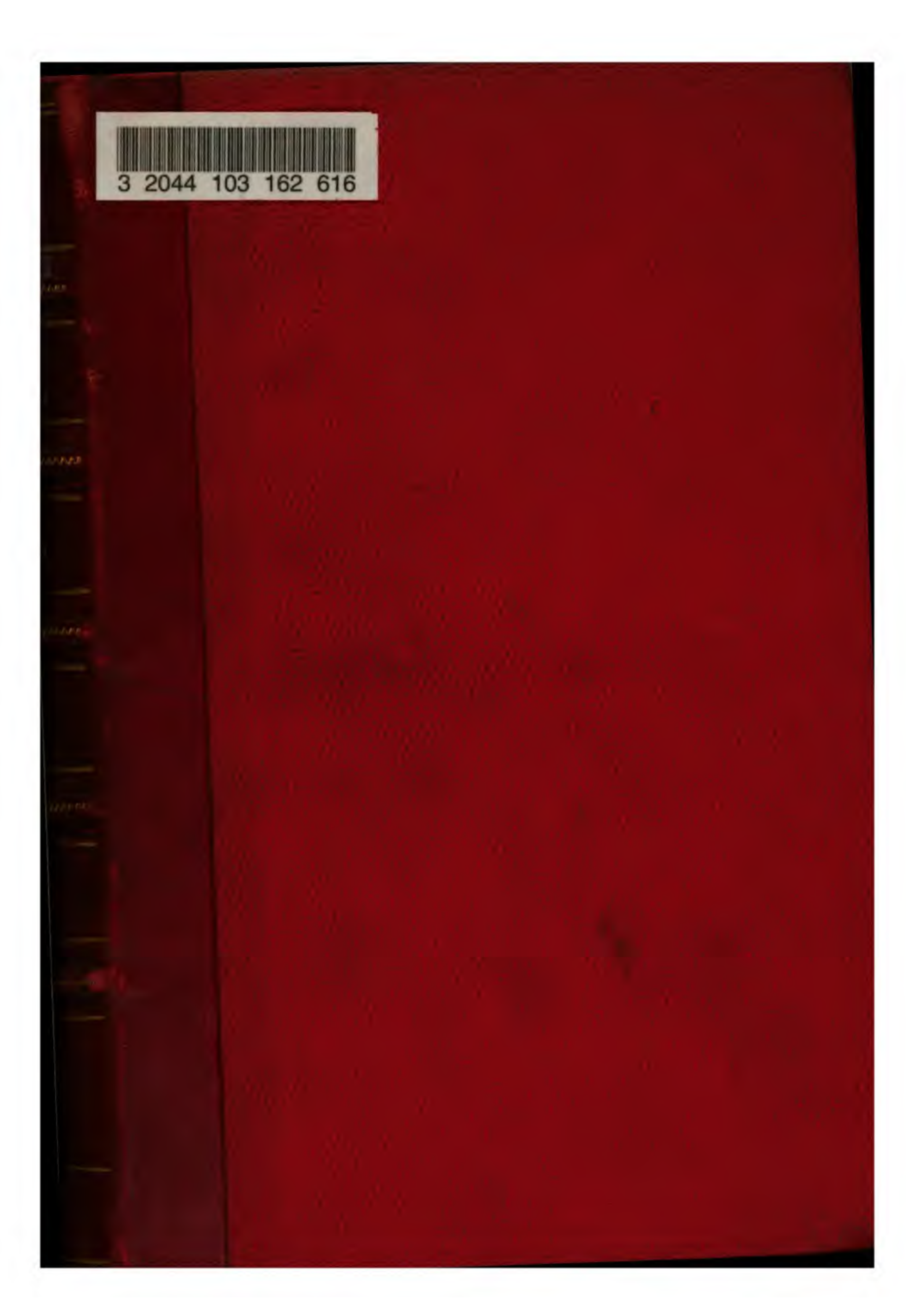
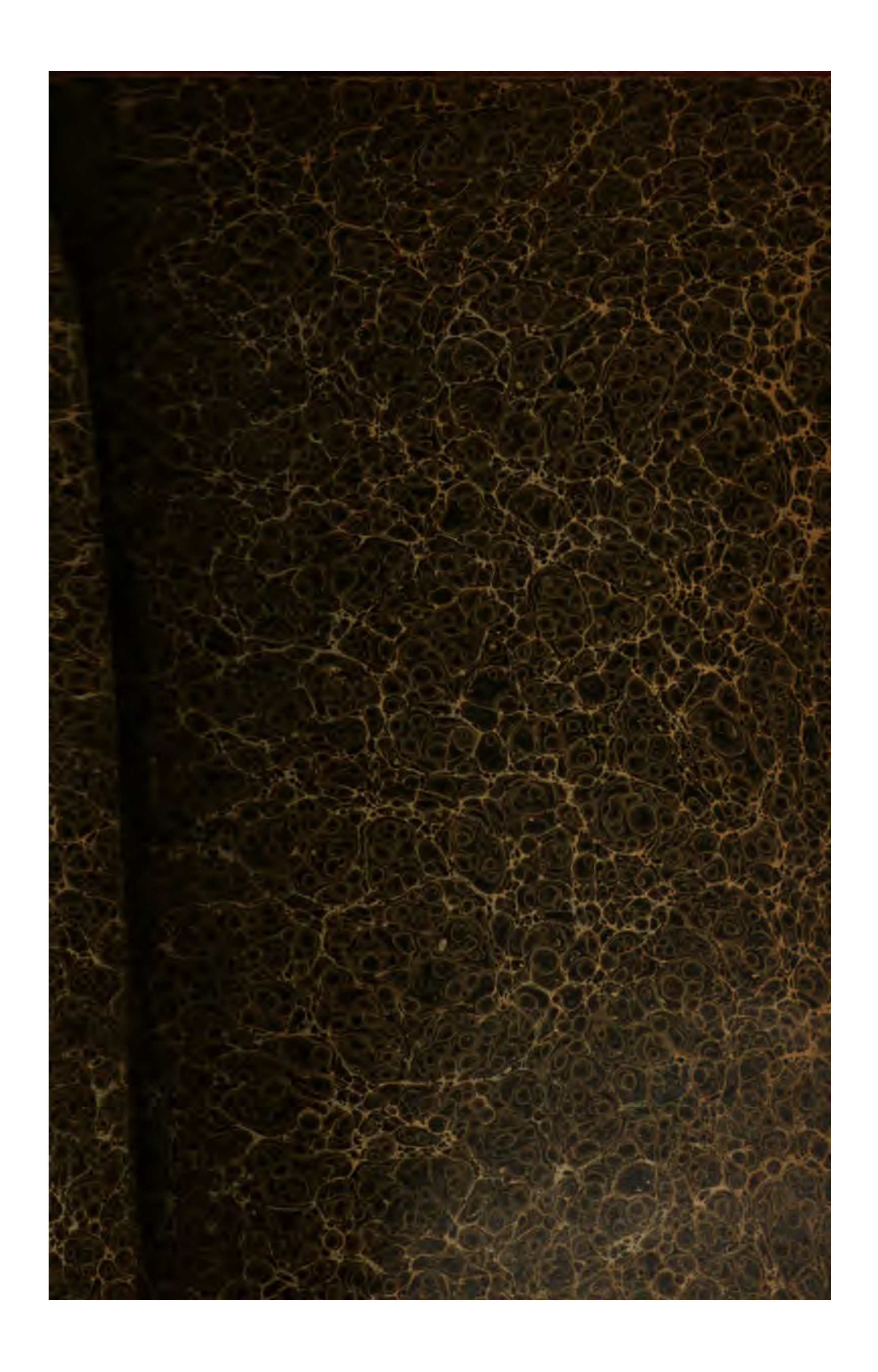





3 2044 103 162 616


68
69



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA.

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA
DE 1808 Á 1814,

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE Y MORO,

Ayudante de Campo de S. M. el Rey é Individuo de número
de la Real Academia de la Historia.

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.
1878.

ERRATA IMPORTANTE.

Página 284, líneas 12 y 21, donde dice «Puthod,» debe decir «Pacthod.»

CAPITULO I.

Batalla de Vimeiro.

Sublevacion de Portugal.—Entre Douro é Minho.—En Traz-os-Montes.—En la Beira.—Empresa de Loison sobre O'Porto.—Sublevacion en Algarve.—En Alemtejo.—Concentracion de las tropas francesas.—Procesion del Córpus en Lisboa.—Consejo de guerra de los generales franceses.—Ataque de Leiria.—Vuelta de Loison á Lisboa.—Expedicion de Loison á Alemtejo.—Accion de Evora.—Expedicion inglesa á Portugal.—Nombramiento de general.—Sir Arturo Wellesley.—Llega á la Coruña.—Sigue á O'Porto y Figueira.—Desembarca el ejército inglés.—Se pone en marcha.—Medidas de Junot.—Combate de Roliça.—Sale Junot de Lisboa.—Batalla de Vimeiro.—Ejército francés.—Ejército inglés.—Campo de batalla.—Posiciones respectivas.—Avanzan los franceses.—Ataque del centro.—De Laborde-Loison.—Accion del 2.° regimiento de Granaderos.—Del 1.er regimiento.—Ataque de la derecha.—Solignac.—Brenier.—Retíranse los franceses.—Bajas de uno y otro ejército.—Conferencia de los generales franceses.—Convenio de Cintra.—Dificultades para su ejecucion. Se orillan.—Minifestaciones de los portugueses.—Disgusto en Inglaterra.—Ejecucion del convenio.

«Respecto á Portugal, escribia lord Wellington »á Sir H. Burrard, el reino entero, con excepcion de »los arrabales de Lisboa, se halla en estado de insur- »reccion contra los franceses: sus medios de resis- »tencia son, sin embargo, ménos poderosos que los de los españoles.»

Sublevacion de Portugal.

»Sus tropas han sido completamente dispersadas; »sus oficiales se han ido al Brasil, y sus arsenales

»están saqueados ó en poder del enemigo. Su revo»lucion, con respecto á las circunstancias en que ha »tenido lugar, es más extraordinaria que la de la na»cion española... Es general la insurreccion por »Alemtejo y Algarve en el Sur y entre Minho e Douro »y Tras-os-Montes y Beira en el Norte; pero fal»to de armas el pueblo, no puede nada contra el »enemigo.»

Entre Douro é Minho.

La marcha de Belestá á Galicia, si pudo retraer á la junta que habia dejado establecida en O'Porto de seguir en el noble propósito á que obedecia su constitucion en la noche del 6 de Junio, no enfrió el entusiasmo que produjeron la resolucion patriótica de aquel general y las noticias de cuanto se ejecutaba contra los franceses en España. Disputanse la primacía en la sublevacion portuguesa, Chaves, Braganza, Braga y otras poblaciones más ó ménos importantes de las provincias septentrionales; pero Melgaço es la que puede vanagloriarse de haberla llevado á cabo, no sólo pronto, sino felizmente, cual ninguna otra de las de aquel fidelísimo reino.

«¡Tierra feliz! dice uno de los historiadores por»tugueses; ¡quiera el cielo conservarte el blason de »nunca ya recibir las leyes del usurpador desde »el fausto dia en que, intrépida, abjuraste de su »ódioso nombre!»

Alguna parte tuvieron los españoles fronterizos en la sublevacion del 9 de Junio en Melgaço; pero esto en nada quita el mérito de una accion que á quien habia siempre de afectar principalmente era á la poblacion portuguesa, así como en sus responsabilidades, en su gloria.

La lectura de una carta en que se daba noticia de lo acontecido en O'Porto, produjo en la tarde del 11 de Junio la sublevacion de Braganza. El general Sepúlveda se pone al frente del movimiento y con su diligencia y energía principia á organizar un ejército para muy luégo conducirlo al centro de la dominacion francesa en Portugal. (1) **En Traz-os-Montes.**

No dejó de encontrar Sepúlveda dificultades para llevar adelante el movimiento, especialmente cuando en Braganza llegó á saberse la defeccion de la junta de O'Porto; pero, hábil en burlar á los que pedian la sumision á las órdenes de Junot, pudo continuar en el armamento de las tropas de línea y milicias del país y, sobre todo, en la tarea de propagar el fuego de la sublevacion, no sólo en la provincia de Traz-os-Montes, sino por las inmediatas de Entre-Douro é Minho y la Beira alta. Buscando el extender las relaciones de la junta formada en Braganza, Sepúlveda invitó á que se le uniese al teniente coronel de caballería, Francisco da Silveira Pinto da Fonseca, establecido en Villa-Real. Pero esta ciudad habia levantado el estandarte de su independencia el 16 de Junio y, con el pretexto de las vacilaciones de los de Braganza, reclamó para sí el honor de la primacía en el movimiento. Silveira, en consecuencia, se desentendió de las órdenes de Se-

(1) A unos empleados que con semblantes pálidos fueron á preguntar á Sepúlveda qué novedad era aquella, dice Accursio das Neves que, conduciéndolos á una ventana y mostrándoles las calles cubiertas del gentío que gritaba: ¡*viva nuestro Príncipe y la casa real de Braganza*; *mueran los franceses*! les dijo el general: «Ahí tienen lo que es; vean si se atreven á tranquilizar todo ese pueblo.»

púlveda; y se estableció entre los dos caudillos, como entre las dos ciudades vecinas, una rivalidad y una pugna que pudo ser de las más funestas consecuencias. En Portugal, como en España, la discordia empezaba á envenenar desde los primeros y más solemnes momentos las primicias de una revolucion tan gloriosa.

En Torre de Moncorvo se formó en los dias 17 y 18 de Junio una junta que, por el pronto, se declaró suprema de la comarca; y permanente hasta el restablecimiento de la regencia, pero que al poco tiempo se sometió á la de O'Porto. Se armó al pueblo; se formó un pequeño cuerpo de cazadores y se cortaron las comunicaciones con la márgen opuesta del Duero para evitar un ataque de los franceses de Almeida.

A Torre de Moncorvo se unieron Mirandella y Alfandega da Fe, y á Braganza lo hizo Freixa de Espada da cinta; pero, á pesar de estas divergencias, Sepúlveda fué requerido por todos aquellos pueblos para que, estableciendo su cuartel general en la orilla del Duero y poniéndose en relaciones con la junta española de Ciudad-Rodrigo, defendiese la provincia de Traz-os-Montes á que todos ellos pertenecian.

La de Entre Douro é Minho era por su situacion é importancia la llamada á ejercer la mayor influencia en el movimiento de toda la region septentrional de la monarquía portuguesa. Si en O'Porto habia dominado por algunos dias el temor de que, para vengar la prision de Quesnel, enviaria Junot un ejército que castigase la sublevacion de ciudad tan importante, el fuego mal apagado de la del 6 de Ju-

nio tendria necesariamente que brotar á la sola luz del que se habia encendido en las comarcas no lejanas de Traz-os-Montes. Y, con efecto, el 16 de Junio, por si en la procesion del Córpus habian de llevar las tropas tendidas en la carrera la bandera portuguesa ó las águilas imperiales, tropas y pueblo rompieron en un motin que produjo por último resultado un movimiento general de independencia que muy pronto se trasmitió á toda la provincia. Aumentó el tumulto el anuncio de aproximarse una columna francesa y preparársele por la autoridad militar raciones de pan que habian de entregársela en un pueblo inmediato, con lo que, además de impedir paisanos y soldados la salida de los carros que habian de llevar el pan, se formó un numeroso peloton de hombres armados que, no satisfaciéndose con la defensa de la ciudad, partieron en busca de los enemigos. Por fortuna, no existia más que en la imaginacion de los medrosos ó tibios la tal columna, y los sublevados pudieron con mayor desahogo dedicarse á fortificar la ciudad y prepararse á su defensa.

Entretanto, se constituyó una junta con el título de Suprema del Reino, á cuyo frente fué puesto el obispo de la diócesis; se extendieron proclamas que se enviasen á todas las provincias, y se formó con las milicias, los cuerpos recientemente disueltos, y la multitud de oficiales que, segun ya dijimos, se encontraban sin destino, un cuerpo de ejército, á quien, al decir de un cronista de aquellos sucesos, debió su salvacion el Estado.

La revolucion de O'Porto se halló á punto de ensangrentarse en la persona del coronel Cardoso,

nombrado por la Junta Comandante de Armas, que se permitió, sin conocimiento de aquella, dictar algunas disposiciones á las autoridades de pueblos próximos, que fueron, por torpeza del portador y mala inteligencia de sus aprehensores, interpretadas torcidamente. Un ardid de los hermanos de Cardoso, que hicieron tocar á rebato cuando más le acosaban los amotinados, y la prudencia del obispo, consiguieron salvarle; pero á pesar de su justificacion, quedó aquel jefe imposibilitado de ejercer un mando para el que ni áun podia presentarse al pueblo á cuyo gobierno militar habia sido llamado, no sin reclamaciones de algunos y envidia de no pocos. En la primera alarma, causada por noticias falsas de la aproximacion de los franceses, Cardoso abandonó el retiro de su casa y, por dar libertad á un paisano, preso en su concepto indebidamente, estuvo para ser asesinado por la muchedumbre, y fué, despues de todo, encerrado en un oscuro calabozo.

Con el pronunciamiento de O'Porto acabaron de levantarse en armas las demas poblaciones de la provincia, donde las clases todas rivalizaban en entusiasmo por la independencia de Portugal, distinguiéndose los frailes que, para ayudar á las tropas en sus operaciones, llegaron á formar cuerpos de guarnicion, mandados por los más caracterizados ó más belicosos de entre ellos.

En la Beira, Un fraile, precisamente, fué el agente principal de la libertad de Coimbra. Sospechando de las baladronadas de los patriotas que componian una patrulla enviada desde O'Porto para el reconocimiento del camino, se dirigió con un solo hombre desarma-

do á aquella célebre ciudad universitaria, y con el conocimiento de la fuerza francesa que la presidiaba fué reuniendo en Mealhada, Ois y otros puntos próximos al camino, paisanos, *ordenanzas* y algun oficial licenciado que los mandase, con los cuales acometió la mañana de San Juan el desarme de los cien soldados franceses que ocupaban el colegio de Santo Tomás, en el que fueron todos hechos prisioneros.

Y no satisfechos con tal hazaña, que debian al padre José Bernardo y á los forasteros que le siguieron, los estudiantes de Coimbra proyectaron la conquista de Figueira y su castillo, situados en la desembocadura del Mondego. La expedicion fué dirigida por uno de los escolares, el señor Zagalo, quien, haciendo del sargento Antonio Ignacio Caiola su jefe de Estado Mayor, la llevó á feliz término apoderándose del fuerte y del destacamento francés que lo guarnecia, cuando ya lo llamaba el gobernador de Coimbra á su lado por saberse que el general francés Loison se aproximaba con una fuerte columna.

La alarma era fundada.

Empresa de Loison sobre O'Porto.

Al describir la invasion de Portugal, nos faltó el tiempo para dar á conocer las disposiciones que, por órden expresa de Napoleon, habia tomado Junot á fin de mantener sus comunicaciones con España y guardar las que bien pudieran llamarse puertas del reino lusitano por el lado de nuestro territorio. «Guardad, decia el Emperador á Junot, las fortalezas de Almeida y Elvas;» y el General Loison habia ocupado la primera de ellas con una fuerza de más de 4.000 hombres, y Kellerman, el conde de Valmy, se establecia en Elvas y puntos más importantes de la

frontera de Extremadura con otra igual en hombres de todas armas. A este cuerpo se agregó, no mucho despues, el del general Avril que debia ayudar á Dupont en la conquista de Andalucía y salvamento de la escuadra de Rossilly y que no pudiendo llegar á su destino, segun ya hicimos notar oportunamente, hubo de mantenerse en las márgenes del Guadiana y en el Algarve.

Loison se estableció, con efecto, en Almeida; y, en cumplimiento de las órdenes que recibiera en Lisboa al dársele á entender su mision que, en caso necesario, deberia extenderse á ayudar á Bessières en sus operaciones por Castilla, se habia tambien apoderado del fuerte de la Concepcion, centinela avanzado de la plaza de Ciudad-Rodrigo, cuyo gobernador creyó no deber comprometer su exigüo presidio en una defensa, todavía, en su concepto, improcedente y, de de todos modos, desesperada. (1)

En esa situacion le sorprendieron los sucesos de O'Porto, y, al par que el ruido de ellos, le llegó la órden de salir con una gran parte de las fuerzas de su mando á sofocar aquella revolucion naciente y vengar el secuestro de su colega el general Quesnel. Loison emprendió la marcha el 17 de Junio con dos batallones de infantería, 50 dragones y seis piezas de campaña, con la esperanza, además, de que ántes de su llegada á O'Porto se le incorporarian un

(1) «Loison le mandó á decir que iba á enviarle algunas compañías de infantería para ayudarle contra los enemigos comunes de Francia y España. El Gobernador, desconfiando de aquella proposicion, se evadió la noche siguiente con su pequeña fuerza por una poterna.» (General Foy).

batallon y dos cañones que se le avisó saldrian de Torres-Vedras, á la vez que él de Almeida.

El dia 19 dormia en Lamego, y el 20 cruzaba el Duero por las barcas de Regoa, único paso todavía libre en todo el curso del rio desde la frontera de España á O'Porto. Ya se dirigia el 21 á Amarante y la columna tocaba á Mezâo-Frio, cuando la retaguardia y los bagajes, que con ella iban, fueron atacados por un número considerable de insurrectos que comenzaron á hostilizar á los franceses con algun fuego de fusilería, escaso, sin embargo, y desordenado desde las viñas, y una lluvia de piedras que parecian desprenderse de los escarpes montañosos que allí forman la orilla derecha de aquel caudaloso rio. Loison retrocedió para escarmentar á los asaltantes, lo cual no costó mucho trabajo á las compañías encargadas de desalojarlos de las alturas inmediatas al camino; pero aquel ataque, á pesar de lo prematuro y de la ninguna consistencia de los que lo verificaban, le hizo comprender todos los peligros á que le expondria la continuacion de la marcha á O'Porto.

Desistió, pues, de seguirla y repasó el Duero, con tal precipitacion, además, y con temor tan grande de verse envuelto en el terreno montuoso de su primer camino, que tomó el más suave, aunque largo, de Vizeu y Celórico. Al primero de estos puntos llegó Loison, sin embargo, despues de haber experimentado en Castro d'Airo la pérdida de algunos hombres, bagajes, municiones y hasta dos piezas de artillería, pero en actitud todavía bastante imponente para producir en Coimbra la alarma á que ántes nos he-

mos referido. Su pensamiento era el de volver á Almeida; y, en lugar de bajar á Coimbra, subió por la cuenca del Mondego, llegando á aquella plaza sin grandes tropiezos y á tiempo de recibir una de las veinticinco órdenes que el duque de Abrantes le habia expedido para que se retirase á Lisboa. (1)

Con la reciente victoria, todo el país comprendido entre el Miño y el Mondego quedó levantado en armas, y procurando extenderlas á la orilla izquierda del Tajo para aislar por completo á los franceses en Lisboa. Las juntas creadas en las poblaciones de alguna importancia fueron subordinándose á la de O'Porto, donde parecia tener mayor fuerza la sublevacion, y allí iban á concentrarse todos los cuerpos que, ya de antiguos soldados, ya de milicianos y de los voluntarios que el patriotismo llamaba á las armas, se habian alzado para lanzar al extranjero del suelo portugués.

No era menor que en las provincias del Norte el entusiasmo que en las del Sur despertaron las noticias de España.

Sublevacion en Algarve.

Olhâo puede vanagloriarse de ser la primera que levantó el estandarte de la sublevacion entre las poblaciones del reino de Algarve. No era, ni con mucho, de las más importantes, ahogándola con su vecindad Faro, capital de la provincia, no más dis-

(1) El general Thiébault, dice: «Uno de sus ayudantes de cam»po habia intentado varias veces reunírsele y no lo habia conse»guido; varios oficiales portugueses que le fueron enviados habian »retrocedido ó muerto; en fin, se habian expedido veinticinco co»pias de la misma órden por todos los conductos posibles á él y al »General Charlot, y todo anunciaba que no le hubiese llegado nin»guna.»

tante de ella que la anchura de la hermosa ria que forma su puerto.

El movimiento tuvo lugar el dia del Córpus, cuya festividad parece haber dado ocasion en Portugal á aquel arranque nobilísimo de independencia, como en España la de San Fernando, patrono de la Nacion y del soberano recientemente alzado sobre el pavés.

El pueblo se hallaba reunido en la puerta de la iglesia principal leyendo la proclama de Junot, cuando el coronel Lopez de Sousa, enterado de la causa de aquella concurrencia y del contenido del cartel, avalanzóse á él y, haciéndolo mil pedazos, increpó á los circunstantes de malos portugueses, olvidados de los deberes de todo patriota honrado y leal. No fué necesario más: los presentes, «aunque hom»bres rústicos, dice Accursio das Neves, y de trato »grosero, se encienden en entusiasmo y furor, protes»tan, juran que son portugueses, que vengarán tan»tos ultrajes hechos á la religion, al soberano y á la »patria, y queda decidida la revolucion.»

Era necesario procurarse armas de que carecian los habitantes; y ya que no pudo proporcionarlas la escuadra inglesa que anclaba á la vista, fuéronse á buscar á Ayamonte, y con los 130 fusiles que de esta plaza se llevaron, y dos piezas de artillería sacadas de la próxima isla de la Barra de Armona, el 17 aparecia Olhâo en estado, bien precario por cierto, de defensa. Alarmáronse, sin embargo, grandemente los franceses que guarnecian á Faro, sobre todo al saber que un destacamento de 77 hombres y tres oficiales, que se dirigian hácia ellos por mar desde Tavira, habia caido en poder de los insurrectos, y

que las fuerzas que acudian de Villa-Real á socorrerlos tenian que dispersarse para penetrar á duras penas en la capital.

Tal entusiasmo produjo la sublevacion de Olhâo en todo el Algarve que, al decidirse las tropas francesas de Faro á sujetar la vecina aldea, se alzó tambien la ciudad, y con tanta energía, que los enemigos, en vez de regresar triunfantes, sometida como esperaban encontrar á Olhâo por la fuerza de las armas si no bastaban los tratos que entablaron con al gunos campesinos, hubieron de abandonar la comarca, dejando en poder de los patriotas algunos soldados y el general Maurin, á quien una enfermedad habia postrado en cama é impedídole salir al campo con las tropas de su brigada.

Se formó inmediatamente en Faro una junta de gobierno presidida por el conde de Castro Marin, gobernador y Capitan general que habia sido nombrado del Algarve por el regente del reino ánte, de su embarque para el Brasil; junta que comenzó sus trabajos por el de expedir circulares á las Cámaras para dar á conocer el levantamiento, órdenes á los magistrados subalternos de la provincia para que lo secundasen, y emisarios á Gibraltar, Sevilla y Ayamonte en solicitud de auxilios eficaces con que sostener su patriótica resolucion.

Para entónces toda la region occidental de Faro á Sagres se habia sublevado, y no pasaron ocho dias sin que de la oriental desapareciese hasta el último vestigio de la dominacion francesa. El coronel Maransin se acogió á Mértola despues de reunir en Tavira todas las tropas francesas de guarnicion en el

Algarve, consistentes en unos 1.000 hombres de la Legion del Mediodía que mandaba, en el 26 de línea y algunos dragones. El entusiasmo era general en el promontorio cunéico y los propósitos los más generosos, áun cuando para llevarlos á cabo sólo se obtuvieron de Gibraltar y Sevilla algunos centenares de fusiles y las correspondientes municiones.

En el Alemtejo, la sublevacion habia de encontrar obstáculos mucho más graves. Se hallaban concentradas en aquella provincia las tropas francesas que Junot habia destinado á custodiar la frontera española, hacer frente á la plaza de Badajoz y concurrir á la conquista de Andalucía. Una gran parte de aquellas fuerzas, cuyo número ascendia próximamente al de 4,000 hombres de todas armas, se habia acantonado en Elvas; y en Extremoz y Villa-Viçosa se mantenian las que hemos visto en la relacion de la campaña de Bailén debia el general Avril presentar á Dupont en las puertas de Sevilla. El coronel Maransin, desde Mértola, se encontraba, además, en situacion de impedir las comunicaciones con el bajo Guadiana, tan importantes cuando para cortar las de Extremadura estaba el general Kellermann con todas las fuerzas de su division vigilando y dominando toda la frontera. En Alemtejo.

En Villa-Viçosa, cuna de la actual dinastía de los Braganzas, se dió el primer grito de independencia que el Alemtejo escuchara en 1808. Así como en Beja, los ánimos se sentian agitados desde que, cual chispa eléctrica, corrieran en Portugal los rumores de haberse en la vecina España roto el acuerdo que hasta el 2 de Mayo existia, al ménos en la aparien-

cia, entre franceses y peninsulares. El dia del Córpus habia pasado tambien en aquellas dos poblaciones en la inquietud y zozobra que en las restantes del reino. El domingo siguiente fué, sin embargo, el en que Villa-Viçosa, cual si necesitara impulsos aún más agudos que los del patriotismo de sus habitantes, halló, como Palermo, en la procaz conducta de los franceses, el aguijon que, sin más demora y sin cálculo de los peligros que iba á correr, habia de lanzarla á la empresa gloriosa de su emancipacion.

Tuvo principio el conflicto en un arco próximo á la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, donde los franceses que guarnecian el inmediato castillo se situaron para insultar á los devotos que acudian á aquel venerado santuario. Irritáronse los peregrinos, y á pesar de que el número de los provocadores fué progresivamente aumentando con los demás presidiarios del fuerte, hubieron éstos de correr á guarecerse en él, «cerrando muy depriesa las puertas, dice Accursio das Neves, para no ser hechos pedazos.» No se pudo echar por tierra la puerta principal, y la agresion tuvo que reducirse al bloqueo del fuerte, que al dia siguiente hacia levantar el general Avril con el batallon del 86.°, de que formaba parte la compañía de guarnicion en Villa-Viçosa, un escuadron de dragones y cuatro piezas de campaña.

Quiso resistir el sargento mayor Antonio Lobo, Infante de Lacerda, que se habia puesto á la cabeza de la sublevacion: los pocos, sin embargo, que armados de fusiles pudieran ofrecer alguna, siempre improbable, resistencia, fueron sorprendidos por los

franceses que, envistiendo la poblacion por donde ménos esperados eran, la ocuparon inmediatamente, ahuyentando á sus mal armados y no mejor dirigidos defensores. Estos fueron á acogerse á Olivenza, y los franceses se entregaron en la abandonada Villa-Viçosa, á los excesos más repugnantes. (1)

Esto sucedia el dia 20 de Junio, y el 24, cuando debia esperarse que el escarmiento de Villa-Viçosa haria más cautos á los patriotas del Alemtejo, se ofrecian los de Beja, en holocausto á su espíritu de independencia, á otra hecatombe más sangrienta todavía y más funesta.

El coronel Maransin, refugiado en Mértola é ignorante del estado de sus comunicaciones con la division á que pertenecian las tropas de su mando, destacó el 23 á Beja una partida de 100 infantes y 30 caballos. A la órden de aprontar raciones y de preparar los alojamientos necesarios, Beja contestó con la insurreccion de sus moradores, y el destacamento enemigo se vió obligado el 24 á abandonar la ciudad y retirarse en direccion de Mértola, despachando algunos ordenanzas para dar conocimiento de lo sucedido á su jefe. Maransin, sin vacilar un momento, se

(1) Tiene valor el general Thiébault de manifestar con esta ocasion *que el efecto de la disciplina, mejor dicho, la moderacion de las tropas fué honrosísima*; *á pesar de las leyes de la guerra*, añade, *no fué saqueada ninguna casa de las de Villaviciosa.* No dice Foy una palabra sobre ese punto; pero Accursio das Neves y Luz Soriano aseguran que la poblacion fué entregada al saqueo y muertas desapiadadamente cuantas personas se hallaban en ella, sin distincion de sexo ni edad. En cambio los historiadores franceses y el *Boletin* de Junot hacen subir el número de los sublevados muertos al de 150 ó 200 miéntras los portugueses dicen que no excedió del de 26. No es fácil averiguar la verdad; pero ya nuestros lectores saben á qué atenerse respecto á los partes de los generales de Napoleon.

puso en marcha para Beja con sus 950 hombres, y á las cinco de la tarde del 26 se presentaba al frente de la ciudad rebelde (1). Aunque á la vista todavía el destacamento y bajo la presion de los mensajes y amenazas del comandante francés, los de Beja, no satisfechos con su pronunciamiento, lo mancharon con la sangre del proveedor y el juez *de fóra* que se avistaron con los enemigos para evitar las hostilidades; y, apoderándose de cuantas armas habia en la ciudad, coronaron sus viejas murallas dispuestos á la defensa. Aún llegaron á repeler el primer asalto; hasta creyeron poder entonar el himno de la victoria: los enemigos, ocultando sus maniobras con una falsa retirada, tornaron al ataque y, con la actividad y energía característica en los soldados del primer imperio, se apoderaron de la ciudad y, una vez dentro y ahuyentados los defensores, concluyeron por entregarla al saqueo y á las llamas, á cuyo siniestro resplandor cometieron los más sangrientos y soeces atropellos.

Con este motivo, el historiador concienzudo de aquellos sucesos que tantas veces nos hemos deleitado en citar, Accursio das Neves, el que, áun siguiendo al verídico Biancardi, presenta sobre ellos detalles más importantes y minuciosos, prorumpe en son, primero, de reconvencion, y en tono despues profético: «Intencionadamente y por sistema

(1) Foy dice que á las cuatro; y que los soldados de Maransin habian andado 12 leguas en diez horas, lo cual representaria un esfuerzo de actividad inaudito. Thiébault, contra su costumbre, está más moderado al informarnos de que sus compatriotas salieron de Mértola á media noche y concluian su jornada de nueve leguas á las cinco de la tarde en Beja.

»han cometido (los franceses) tales atrocidades, por»que el terror es el único fundamento de su poder, »el hierro y las llamas son sus ministros. En confor»midad con estos principios, Kellermann continuó »prometiendo en su proclama el mismo extrago á los »*insensatos* que se alzaran en armas contra los fran»ceses y á esa chusma de *contrabandistas* (así lla»maba á los españoles) y de criminales reunidos en »Badajoz y que armaban á los portugueses; y con»cluye recordando las amenazas de Junot de la ma»nera siguiente: *Conoced que no fué en vano que »nuestro general en jefe os dijese que nubes de rebeldes »desaparecerian de entre nosotros como las arenas »del desierto al soplo impetuoso del viento del Medio»dia*. Nosotros continuamos siendo *insensatos*, imi»tando el ejemplo de los *contrabandistas* y *crimina»les* de Badajoz, y por fruto de nuestra demencia he»mos recuperado religion, patria, soberano, leyes, »honra y fortuna. El viento sopló del occidente y »fuisteis vosotros los que desaparecieron ante él, mas »no digo bien, ante una nacion guerrera y valerosa »que os arrojó de su seno como á buitres. Os habeis »precipitado (es verdad) en nuevas bandas sobre »nuestra infelíz patria (1) para despedazarla las en»trañas y podreis repetir todavía impunemente las »escenas de Villa-Viçosa, de Beja, de Guarda, de Al»pedrinha, de Leiria y de Evora; España y la Euro»pa entera podrán ser todavía por algun tiempo el »teatro sangriento de vuestras acostumbradas haza»ñas; pero vendrá el dia en que el rayo de la ven-

(1) Accursio escribia esto en 1811

»ganza caerá sobre vuestras cabezas. ¡El Cielo y la »tierra, que tanto insultásteis, conspirarán en contra »vuestra: temed las sombras de tantas víctimas co»mo habeis hecho descender al sepulcro y que des»cargarán sobre vosotros el azote de la venganza; »temed el ser ahogados en los mismos lagos de la »sangre que habeis derramado!»

Los sublevados de Villaviçosa se habian retirado al Guadiana, y en Jurumenha y Olivenza se hallaban unidos á las fuerzas de una legion compuesta en su mayor parte de desertores portugueses, cuyo mando, con el de algunos caballos, ejercia D. Federico Moretti, aquel oficial de Wallones comisionado por la junta de Badajoz para tratar con Carrafa de la evasion de los españoles sometidos á la autoridad de Junot en Lisboa. Miéntras la division Kellermann se mantuviese en Alemtejo, eran de eficacia muy escasa los recursos de los sublevados, áun reunidos con los que pudiera proporcionar Badajoz para sacar triunfante aquel nobilísimo alzamiento. Así es que fué necesario, no arriesgando su éxito en un trance del que no era dado esperar resultado alguno favorable, limitarse en aquella frontera á una propaganda activa que, en momentos propicios, se tornara en accion enérgica y fructuosa.

Concentracion de las tropas francesas.

No tardaron éstos en presentarse. Por el horizonte de Lisboa empezaron á asomar vapores que, presagiando á los enemigos una borrasca deshecha, habian de ser para los portugueses las blancas y sonrosadas brumas del aurora de su libertad. A su aparicion, los franceses tendrian que reconcentrar todas sus fuerzas, áun no considerándolas como suficientes

para conjurar la tormenta; y las provincias portuguesas, las sometidas por el plan defensivo de Junot á una ocupacion constante, podrian romper los duros eslabones de su esclavitud. Por razon de las órdenes de su general en jefe, Kellermann tuvo que abandonar el Alemtejo con la sola excepcion de la plaza de Elvas, en cuyos muros encerró una poco numerosa guarnicion, y toda la tierra lusitana entre el Tajo, el Guadiana y el mar, sacudió el yugo francés que sólo en Setubal y la comarca vecina á la capital habia de pesar hasta el próximo y total exterminio de los franceses por las armas británicas. Marvào, con efecto, despues de peripecias cuya enumeracion no cabe aquí y que honran sobremanera á su magistrado, lanzó al aire, con el ayuda de los españoles de Valencia de Alcántara, los colores nacionales; Campo Maior, ocupada cinco dias despues, el 2 de Julio, por un fuerte destacamento que desde Badajoz condujo nuestro compatriota D. Nicolás Moreno de Monroy, estableció una Junta gubernativa que ejerció grande y provechosa influencia en la provincia; el 4 se pronunciaba Ouguella y el 6 Castello de Vide que, como Portalegre, el mismo dia recibia una guarnicion tambien española; Arronches, por fin, en aquella region transtagana, y Beja de nuevo, y Villaviçosa y Borba y los pueblos que por el Valle del Sado se extienden hasta Alcacer do Sal, fueron progresivamente estrechando la zona de la ocupacion enemiga, miéntras, por otra parte, el alzamiento iba organizándose y creando elementos militares con que sostenerlo en adelante. No pocos facilitó Extremoz, á pesar de ha-

ber Kellermann ordenado la destruccion de las armas y municiones que se guardadan en los almacenes de la plaza; pero lo que dió mayor consistencia á la sublevacion del mediodía de Portugal, y más autoridad y respeto, fué el alzamiento de Evora, donde se formó un consejo de regencia presidido por el arzobispo D. Fray Manuel de Cenáculo Villas Boas, personaje de altísimas cualidades, á quien ofrecieron su cooperacion los hombres más importantes del país y, entre ellos, el general D. Francisco de Paula Leite, que con Moretti fué levantando y organizando la provincia para la resistencia.

Las juntas de Badajoz y Sevilla, si ántes amenazaban para que Portugal con su alzamiento ayudase al de España, en cambio cumplian con sus promesas de auxilios de todo género para impedir á Junot la distraccion de fuerzas hácia los grandes teatros en que tenian lugar las múltiples operaciones de los ejércitos franceses por toda la haz de la Península.

Procesion del Córpus en Lisboa

El principal agente para la concentracion del primer cuerpo de observacion de la Gironda, fué, sin embargo, la aparicion en la barra de Lisboa de las velas británicas, aquellos blancos vapores que no hace mucho dijimos presagiaban á los franceses la más deshecha borrasca. El dia del Córpus habia pasado en Lisboa en la mayor agitacion y zozobra: faltaban allí los más preciados elementos para que el pueblo se mostrara con la satisfaccion que Junot pretendia de sus altivos administrados. La festividad en que Lisboa despliega la mayor pompa, tan celebrada en todo el reino, que de él acuden millares de devotos y curiosos que llenan plazas y calles para

admirar la magnificencia de la procesion, conocer la familia Real que siempre la acompaña, y contemplar aquellos balcones llenos de damas resplandecientes de flores y piedras preciosas, no podia pasar como olvidada por más críticas y tristes que fueran las circunstancias por que atravesaban así los que ya podian llamarse conquistadores como los conquistados. Ya hemos dicho que aquel año faltaban, para que fuese todo lo brillante que los anteriores, elementos muy importantes; y eran éstos, además de la satisfaccion y tranquilidad de ánimo de los habitantes, la presencia de la familia Real y la asistencia de una imágen, la de San Jorge, la más reverenciada pòr su significacion y la riqueza fabulosa de sus atavíos. Un manto cuajado de topacios, esmeraldas y diamantes, regalo del duque de Cadaval, habia sido llevado al Brasil por su donador; y, no pudiendo adornar la imágen con tan rica y ya histórica presea, y privada de su Estado Mayor, compuesto hasta entónces del servicio de la Casa Real, lo natural era que quedase en el templo, si no olvidada, desatendida por aquel año. Esto y el estado de los ánimos, no bastaron para que Junot renunciara á la celebracion de la fiesta, aunque acompañándola de tales precauciones que, en vez de pompa, como queria hacer creer el general francés, habian de añadir al acto lujo de precauciones y, con él, apariencias de temor hácia los circunstantes.

Celebróse, con efecto, la procesion; pero cuando aún no habia salido de la iglesia de Santo Domingo el Santísimo Sacramento, el escándalo de un hurto, tan frecuente en las reuniones de un pueblo nume-

roso, indujo á la sospecha de un motin y, con ella, á las voces, corridas y pánico consiguientes. El público dió á huir; trás él, los acompañantes de la procesion, sacerdotes, sacristanes y devotos, unos arrojando los pálios y cruces que llevaban, otros escondiéndose en los portales; y la tropa francesa que formaba la carrera, atropellada en partes, y en partes por precaucion, se arremolinó ó corrió á los puntos en que se habia concentrado en mayor número, ya por la constitucion de las armas, ya para operar desembarazadamente y con energía si llegaba el caso. Junot, que se habia situado en uno de los balcones del palacio de la Inquisicion, se lanzó á la calle con su Estado Mayor, y despues, penetrando en la iglesia inmediata de Santo Domingo, tranquilizó al prelado para obligarle á continuar en su puesto, con lo que, y con formar parte del séquito de la procesion, logró que ésta terminase su carrera con el órden, ya que no el sosiego que se prometia.

Entre los gritos, unos de afliccion, otros subversivos, que se habian dado en lo más revuelto de la fiesta, el de «¡los ingleses desembarcan,!» en que algunos de los circunstantes prorumpieron, fué para muchos el de salvacion en el naufragio de que se veian amenazados; pero en los franceses, aún conociendo su falsedad en aquellos momentos, produjo sensacion difícil de evitar. No estaban los buques ingleses frente á la desembodura del Tajo todavía; pero ni podian tardar en presentarse, ni, al suceder, debia Junot hacerse ilusiones respecto á la suerte que habia de caberle con las pocas fuerzas de que entónces podia disponer y en medio de un pueblo

que no cesaba de manifestarle su mala voluntad y hasta su desprecio.

La escuadra inglesa se habia entretenido en visitar aquellos dias la costa del Algarve y en dar ánimo y vigor á la sublevacion que comenzaba, bien con su presencia, bien con la promesa de su pronta cooperacion en el centro de la ocupacion francesa. Pero una vez no sólo en marcha, sino en progreso rápido el movimiento insurreccional, y creyendo por las órdenes que tenia recibidas el almirante y el aspecto de los sucesos del Algarve, que donde más podrian ayudarlos habia de ser en las inmediaciones de Lisboa, provocando á una concentracion de las tropas francesas, muy provechosa en aquellos momentos á la sublevacion, las naves inglesas se presentaron el 25 de Junio frente á la barra del Tajo. Y tan acertada era aquella resolucion, que Junot, á la sola noticia de ella, dispuso reunir de sus generales, cuya opinion deseaba conocer en la dificilísima situacion en que se consideraba colocado.

Consejo de guerra de los generales franceses.

Asistieron al consejo los generales Thiébault, jefe de Estado Mayor; los de division conde de Laborde y Travot, el de caballería, baron de Margaron, y el de artillería, Taviel; el coronel de ingenieros, Vincent; el director de los parques Douence, y el ordenador, Mr. Trousset. Hecha la exposicion del estado á que habian conducido al ejército la sublevacion de las provincias y la presencia de la escuadra británica, á cuyo bordo se suponian fuerzas considerables de desembarco, Junot exigió de sus subordinados presentes, opinion escrita y motivada sobre lo que deberia hacerse, en el concepto de que, como

responsable de todo, no queria consejos, sino luces con que tomar una resolucion que sólo á él competia. En cumplimiento de aquella órden, volvieron á reunirse los generales dos dias despues, el 28. El general Taviel y el coronel Vincent presentaron sus trabajos sobre la organizacion que debia darse á la artillería, el primero, y con el exámen de los puntos de la costa en que pudiera temerse un desembarco, el segundo; trabajos cuyo complemento pudo Junot encontrar en los de los generales Margaron y Thiébault, dirigidos á prever los ataques de que podia ser objeto el ejército francés, y á presentar la série de medidas propias para rechazarlos.

El resúmen de estas últimas, en vista de todas las opiniones allí emitidas, resultó ser, cual en su obra consigna el general Thiébault, el siguiente:

1.° No dejar guarniciones más que en Almeida, Elvas y Peniche.

2.° Reunir inmediatamente el ejército á las inmediaciones de Lisboa.

3.° Guardar Setúbal y la izquierda del Tajo el mayor tiempo posible, á fin de poder maniobrar en las dos orillas.

4.° No diseminarse y no cansar las tropas con otras marchas que las que exigiese la más apremiante necesidad.

5.° Hacer reconocer y guardar sucesivamente, primero Leiria, Ourem y Thomar; segundo Santarem, Rio Maior, Ovidos y Peniche; tercero Sacavem y Cintra.

6.° Proveerse apresuradamente de la mayor can-

tidad de galleta y del mayor número posible de zapatos.

7.° Embarcar una gran parte de la pólvora y concluir el armamento y el abastecimiento de los fuertes y castillos.

8.° Asegurarse de todas las armas existentes.

9.° Reunir los enfermos en hospitales situados donde pudieran comunicar con la bahía y ser defendidos por los buques armados.

10.° Alejar lo posible de la ciudad las embarcaciones ocupadas por los españoles.

11.° Mantener Lisboa hasta la última extremidad;

Y 12.° No abandonar aquella ciudad sino para trasladarse á Elvas; dar allí descanso á las tropas, y no ponerse despues en marcha más que para abrirse paso á Madrid, Segovia ó Valladolid.

El peligro, que todos veian inmediato y grave, unió todas las voluntades como todas las opiniones, tan discordes siempre en los ejércitos franceses que no regia por sí mismo el Emperador; y fué tan cordial y sincera la conferencia de los generales del primer cuerpo de observacion de la Gironda, que uno de ellos podia decir que «habia producido el triple beneficio de aclarar su posicion, compensar la insuficiencia de sus medios en cuanto era posible y aumentar, en fin, su fuerza por el resultado de una confianza completa y recíproca.» (1)

En consecuencia de aquel acuerdo, Junot dispuso el llamamiento del general Loison, quien, como ya hemos dicho anteriormente, recibió en Almeida una

(1) General Thiébault.

de las 25 órdenes que se le habian dirigido. El general Kellermann recibió tambien la de abandonar la frontera española; pero uno y otro necesitaban mucho tiempo para llevar á cabo la concentracion proyectada, y cuando se pusieron á ejecutarla, los navíos ingleses habian desaparecido de las bocas del Tajo.

Si este suceso daba algun respiro al duque de Abrantes, los portugueses habian ya conseguido el inmenso resultado de ver alejarse de las provincias en que se estaba operando el alzamiento las tropas enemigas destinadas á impedirlo ó castigarlo. Junot, libre de la congoja mortal que le producia la vista de la escuadra inglesa y vuelto de nuevo hácia el pensamiento de contener la sublevacion, hizo reforzar la guarnicion de Setúbal y expidió á Kellermann la órden de dirigir una columna sobre Alcacer do Sal, donde ya imperaban los portugueses; órden, sin embargo, revocada inmediatamente en prevision de nuevos y más graves peligros. Las noticias que llegaban al cuartel general, no podian ser más alarmantes. Si las del Algarve y Alemtejo anunciaban un levantamiento general, tambien en aquella direccion se encontraban las tropas que, procedentes de Elvas y Extremoz, además de conservar su comunicacion con Lisboa, mantenian el prestigio de los recientes escarmientos de Villaviçosa y Beja. Pero el Norte aparecia como herméticamente cerrado á toda investigacion acerca del estado de sus provincias. No se encontraba un portugués que diese la más ténue luz sobre lo que allí pasaba, porque cuantos llevados del deseo de lucro se habian aventurado á pe-

netrar en la region del Mondego, otros tantos habian aparecido al dia siguiente colgados de los árboles. La única claridad que de toda aquella parte llegaba á Lisboa no reflejaba sino desventuras que la distancia, el misterio y el temor tenian que abultar en la imaginacion de un general y unos soldados que hacia un mes no recibian una sola noticia de su pátria, ni sabian las de España más que por los periódicos de Badajoz, todas exageradamente siniestras. «Así, »decia Thiebault, testigo de grande autoridad, tan »pronto 60.000 insurgentes desembocando de Coim»bra marchaban sobre Lisboa; tan pronto 20 bata»llones españoles se habian unido á ellos, como eran »ejércitos ingleses los que desembarcaban en todas »partes; se nombraban los jefes; se precisaban las »fuerzas; se citaba el número de las piezas de arti»llería; se indicaban las etapas y la fuerza de cada »columna. No se queria dar crédito á aquellas rela»ciones y, sin embargo, no se podia negar nada ni »nada desmentir; de suerte que, creyéndolas como no »creyéndolas, no se hacia sino por cálculos de proba»bilidad, por conjeturas dudosas tan insuficientes »en la guerra... Las medidas que parecian más acer»tadas, las más urgentes por la mañana, eran falsas ó »no bastaban por la tarde: todos los dias se tomaban »disposiciones forzosamente distintas de las del an»terior; y á cada instante nos veiamos obligados á »cambiar ó á deshacer los movimientos de tropas »que se acababan de disponer...»

Ataque de Leiria.

Era, con todo, necesario aprovechar la tregüa que los ingleses concedian con su desaparicion del Tajo; y Junot, viendo rechazadas las proposiciones de aco-

modamiento que por conducto del consejero Pedro de Mello Breyner habia dirigido á los de Coimbra, les mandó una columna compuesta del tercer batallon del 12.° de infantería ligera, uno del 82.° de línea, las compañías de granaderos y cazadores del 47.° y del 58.°, seis piezas de campaña y un escuadron de dragones, cuyo jefe, el general Margaron, castigase el desacato cometido en Leiria con aquel respetable funcionario y procurase á la vez noticias del general Loison, de quien no se tenia ninguna hacia mucho tiempo. (1)

La sublevacion se habia corrido de Coimbra á Leiria por el vehículo de docena y media de estudiantes que, dejando su universidad el 28 de Junio, habian ido por Condeixa y Pombal proclamando la independencia de Portugal y ahuyentando una partida de caballería francesa que vigilaba aquel camino y las pobiaciones que atraviesa. El grupo iba naturalmente en aumento en proporcion de la distancia que recorria, y los jinetes franceses, una vez en Leiria, creyeron deberle abandonar todo el país, en el que además los patriotas coadyuvaron á la restauracion de los fuertes de S. Giâo, S. Martinho y Nazareth, situados en la costa frente á las islas Berlengas, ocupadas entónces por los ingleses.

El entusiasmo era grande, las noticias de Thomar anunciaban el alzamiento de aquella tan antigua é importante ciudad y de toda la tierra alta que

(1) Mello Breyner salió de Lisboa el 28 de Junio, pero en Leiria, viendo en peligro su vida por la persecucion que los insurgentes ejercian sobre todas las procedencias de la capital, tuvo que esconderse y huir despues á Alcobaça, y de allí volverse á Lisboa.

separa al mar del Zézere y el Tajo, y la empresa de Nazareth, donde se habia hecho uso de la artillería, representaba en el levantamiento proporciones que tenian que halagar sobremanera á sus autores.

En realidad no tenia la sublevacion ni el poder ni la consistencia que se le suponian. En Coimbra, mucho ménos en Leiria, no habia fuerzas organizadas, ni el paisanaje se hallaba armado, ni podia esperar socorros extraños que lo pusiesen á cubierto de un ataque, imposible de contrarestar en tales condiciones y en punto tan próximo al enemigo.

Allí, como en toda la Península, el valor innato en los habitantes y el patriotismo que á todos abrasaba, eran, no el cálculo ni la prudencia, los fundamentos de la generosa resolucion á que se entregaban con el calor que caracteriza á nuestra raza.

El general Thomiéres, que mandaba la línea avanzada de Ovidos y Peniche, creia ver á su frente el fantasma de los ingleses y no intentaba la recuperacion de los fuertecillos que, casi á su vista, le habian arrebatado unos cuantos pescadores y estudiantes. Pero, apoyado en él, nada tenia que temer por su flanco izquierdo el general Margaron, y le sobraban fuerzas á éste para deshacer aquel nublado, más tremebundo por el fragor que producia en la oscuridad en que andaban envueltos los franceses, que por la electricidad que en su seno contuviese.

Margaron salió de Lisboa el 2 de Julio por la mañana y aparecia el 5 al frente de Leiria. A la noticia de su aproximacion fueron evacuando la ciudad los que más comprometidos se consideraban en el alzamiento y, como siempre sucede, sólo muy

pocos pensaron en resistir la entrada de los franceses. Estos nada mejor tenian que hacer que el apresurar su entrada en la ciudad, cuya conquista era empresa de muy pocos momentos: hiciéronlo, sin embargo, con las mismas precauciones é igual ademan que si esperaran una resistencia séria, con lo cual y con el pretexto de la ligerísima que les hicieron en el paso de Portella unos cuantos desesperados que mandaba el coronel de milicias Isidoro dos Santos Ferreira, se creyeron en el caso de un asalto formal y de entregarse á los vejámenes, crueldades y escándalos de siempre. Allí no se presentó en la calle hombre, anciano ó niño, que no fuera sacrificado, ni mujer que no fuese brutalmente ultrajada; las casas fueron entregadas al saqueo; se profanaron los templos, y el robo y el asesinato y las violaciones, en fin, más groseras y repugnantes sucedieron por muchas horas á la de la conquista de una ciudad indefensa. (1)

De Leiria, Margaron se trasladó á Thomar, donde los habitantes depusieron las armas á instancias de un tal Verdier, industrial francés, que obtuvo á la

(1) Con esta verídica aunque breve relacion de lo que aconteció en Leiria, se comprenderá todo lo falso y petulante del relato de Thiébault, que dice: «la fuerza de las disposiciones, el celo »de los oficiales y el ardor de las tropas, no dejaron nada que de»sear en aquella accion é hicieron desaparecer tan rápidamente »las ventajas de la posicion y del número, que la mitad de las tro»pas y la totalidad de la artillería no tuvieron tiempo de tomar »parte en el combate »

Pero ahí está para desmentirle su compatriota el general Foy, quien manifiesta que «no quedaron en la ciudad más que »unos 1.000 hombres sin organizacion, de los que sólo 200 esta»ban provistos de fusiles y no todos de cartuchos.» Los franceses tuvieron un muerto y dos heridos.

vez de sus compatriotas el que la ciudad no fuese maltratada.

Uno de los objetos de aquella expedicion, el de castigar la sublevacion de Leiria, se habia realizado. No así el segundo: el general Loison permanecia envuelto en las más densas tinieblas. Cuantos rumores acerca de él llegaban á sus colegas le representaban víctima de su temeridad y del encono de los insurrectos. Ya anunciaban su llegada á las inmediaciones de O'Porto donde habria sido envuelto y derrotado; ya que se le habia visto agarrotado en el camino de Braga, ya, por último, que en una conferencia con el general Sepúlveda habria sido secuestrado y permaneceria prisionero. Y llevaban esos rumores tales caracteres de verosimilitud y tantas apariencias de verdad, que llegó á no ponerse en duda en el cuartel general francés la desgracia del general Loison ni la derrota de sus tropas. Vuelta de Loison á Lisboa.

Loison se encontraba, sin embargo, sano y salvo en Almeida; habia recibido la vigésimaquinta órden de retroceder á Lisboa y áun habia comenzado para entónces á ponerla en ejecucion. Volado el fuerte de la Concepcion, al ménos en una gran parte de sus murallas, y guarnecida Almeida con unos 1.200 hombres de los que menor resistencia podrian oponer á las fatigas de la marcha, Loison la emprendió el 3 de Julio con 3.500 entre infantes y jinetes, resto de la brigada Charlot que habia conducido á aquella frontera. Su reciente campaña en los valles del Duero y del Mondego le obligaba á emprender la marcha por el del Zézere y Sierra do Moradal, por donde la sublevacion no habia tomado

tanto cuerpo y él podria alcanzar una mucho más pronta, fácil y expedita comunicacion con el cuartel general. Dirigióse, pues, á Guarda, y escarmentando rudamente, á la manera francesa, á los habitantes que, inspirados por su patriotismo pero tambien por una temeridad inconcebible, se habian atravesado en el camino de los franceses con un cañon descolgado de su viejo castillo, continuó su marcha á Atalaya, sin desviarse de su camino para reprimir el alzamiento de Covillá. No tuvo la suerte de Covillá, Alpedrinha, algo ménos separada á la izquierda de lo que la industriosa y rica villa asentada en la márgen derecha del Zézere. Alpedrinha experimentó, al igual que Guarda, el furor y las crueldades de los soldados de Loison, que fueron dejando por todo aquel camino los rastros más sangrientos de su salvaje espíritu de venganza. Las marchas eran el recurso mayor para los avaros invasores; y los de Loison pudieron muy bien en aquella, á pesar de la pobreza de la tierra, llenar completamente sus mochilas con el oro de los infelices moradores, las alhajas de los templos y cuanto era aprovechable en los pueblos y el campo que atravesaron hasta Abrantes, á donde llegaban el 11 con pérdida de unos 200 hombres muertos ó cogidos por los paisainos.

La primera noticia que Junot obtuvo de la llegada de Loison á las orillas del Tajo, procedia del corregidor de Abrantes, á quien el general divisionario se le anunciaba con la peticion de raciones y alojamiento para 20.000 hombres, número que representaba un ardid con que hacerse respetar en la marcha. El mismo Junot cayó en el lazo al recibir la

noticia; pero, áun desengañado á las pocas horas, se regocijó sobremanera con el pensamiento de tener ya en sus manos y concentrado el cuerpo entero de ejército de su mando. Expidió, pues, á Loison órdenes para que operase un movimiento sobre Thomar y en combinacion con Kellermann y Thomiéres se dirigiese á Leiria y Alcobaza para despues todos juntos ir á sofocar en Coimbra, el que se consideraba núcleo principal y ya muy considerable de los insurrectos. Pero ya en Leiria, Loison tuvo que tomar la direccion de Lisboa porque habian vuelto á asomar por la barra del Tajo aquellas aborrecidas blancas velas que con tanta frecuencia quitaban el sueño al lugar teniente del Emperador en Portugal.

Expedicion de Loison á Alemtejo.

Con la presencia de la escuadra inglesa coincidieron noticias sumamente graves sobre las operaciones que iniciaban en Alemtejo las tropas recien levantadas en la provincia, ayudadas de los españoles organizados en la plaza de Badajoz y puntos inmediatos de la frontera. Así es que, una vez alejadas las naves en que se decia iba embarcado un ejército inglés, y despues de pasar revista el 23 de Julio por la tarde á todas las tropas establecidas en Lisboa, revista en que brillaba por el terror y el ódio que infundia el general Loison, conocido entre el pueblo, sin duda por ser manco, con el sobrenombre de Maneta, se formó una fuerte division que se trasladara á la izquierda del Tajo y pusiese en paz las provincias portuguesas que en ella asientan.

Este era, en nuestro concepto, un error gravísimo que acusa de extremada ligereza al temerario lugar-teniente de Napoleon en Portugal. Porque, ó

debia esperarse en época ya próxima el tan repetidamente anunciado desembarco de los ingleses, en cuyo caso toda distraccion de fuerzas seria peligrosísima, ó debia reconocer cualquier espíritu medianamente observador que, sin ese desembarco, el alzamiento del Alemtejo y el Algarve no podría nunca ser obstáculo sério á la ocupacion y mantenimiento del reino por las armas francesas. Si, pues, no dejaba descansar á Junot el espectáculo tan frecuente de las escuadras inglesas preñadas, á su parecer, de soldados prontos á desembarcar, ¿á qué esos destacamentos de fuerza tan considerable á distancias que no podrian, en caso de llamamiento, salvar en corto tiempo el necesario para hacer ineficaz un ataque repentino de aquellas mismas naves que, asomando y desapareciendo cada semana, debian infundir sospechas las más alarmantes? ¡No tardaria Junot en tocar los resultados de su ligereza!

Componíase la division de los terceros batallones de los regimientos números 12 y 15 de infantería ligera; del batallon del 58.° de línea; batallon y medio del 86.°; la Legion hannoveriana; dos batallones de granaderos; ocho cañones y los 4.° y 5.° regimientos provisionales de dragones. La fuerza de esta division ascendia á unos 6.000 hombres, y se dividió en dos brigadas que, á las órdenes del conde Loison, mandaban los generales Solignac y Margaron.

El 25 de Julio pasaba toda aquella fuerza el Tajo; el 26 llegó á Pegôes, el 27 á Vendas-Novas, y el 28 á Montemor o Novo donde tuvo un encuentro con las avanzadas de las tropas hispano-portuguesas que se concentraban en Evora.

Cuáles eran estas, se sabe de una manera indudable; y es inútil que Thiébault, Foy y otros historiadores franceses que siguen al poco verídico jefe de Estado Mayor de Junot, se esfuercen en aumentar el número de los defensores de Evora con miles de portugueses y españoles recien llegados de las comarcas vecinas. Accion de Evora.

La fuerza portuguesa constaba de: (1)

Un batallon de Voluntarios de Extremoz con	380	hombres.
Una compañía de Miqueletes de Villaviçosa	100	»
Una compañía de cazadores de Evora	100	»
Cavalleiros, levantados en Evora	60	»
Idem de diferentes compañías, montados en yeguas	60	»
Total	700	»

La española constaba de:

Una legion de Voluntarios extranjeros con	400	hombres.
Dos compañías de granaderos provinciales	200	»
Una compañía de tropas ligeras	100	»
Caballería (regimiento de María Luisa)	250	»
Artillería á caballo	90	»
Artillería á pié	30	»
Total	1.070	»

(1) El estado presente se ha sacado de la obra del Sr. Accursio das Neves que, á su vez, sigue en estos sucesos la Memoria de Biancardi que parece ser auténtica.

El total general no ascendia, pues, en Evora á más de 1.770 hombres de todas armas. El resto de la gente que se propuso defender aquella ciudad, consistía en paisanaje y aldeanos que con algunos patriotras, especialmente del estado religioso, á la cabeza, sin organizacion ni armamento, fiaban, más que en su fuerza, en su amor á la independencia.

La partida era, pues, muy desigual; y para colmo de desgracias, los jefes de aquellas fuerzas, ignorando el número de las enemigas, creyeron deber presentarse á combatir en campo abierto, ó por no encerrarse en el recinto mal preparado de la ciudad ó por emulacion y arrogancia tan comunes y características en las dos naciones peninsulares.

Sea por cualquiera de las dos causas, el general portugués Leite y el coronel español Moretti decidieron esperar al enemigo en posiciones avanzadas hácia el camino por donde Loison deberia presentarse, y en ellas los encontró el general francés al avistar en la mañana del 29 la ciudad predilecta de Viriato y de Sertorio.

Asienta Evora en una vasta campiña dominada por los montes que constituyen la divisoria de entre Tajo y Guadiana y ligan las dos sierras d'Ossa y de Portell en los caminos, diametralmente opuestos, de Estremoz y Beja. Lazo de comunicaciones entre el Guadiana desde Jeromênha á Mourâo, Moura y Serpa, y las cuencas del Tajo y el Sado, su posicion, si no tiene las condiciones que á Estremoz proporciona la vía principal de Badajoz á Lisboa, posee las que no puede ménos de darle su asiento en la cordillera, su dominacion sobre el Guadiana y la fron-

téra española, y el antiguo renombre y la importancia que le ocasiona su brillante historia. Hízola Viriato base de sus operaciones contra la Bética, y Sertorio, centro de su dominacion en Lusitania, esmerándose en dotarla de fuertes murallas y soberbios monumentos que justificaran su eleccion para asiento del Senado y los tribunales y escuelas que, al igual de su pátria, queria establecer en España el emigrado romano.

Lo que era fuerte en aquella época y aún en la Edad Media, era débil y flaco para resistir á la tormentaria moderna; y Evora, de consiguiente, habia tenido que buscar en la guerra de Aclamacion un resguardo en nuevas y más robustas fortificaciones. En tal estado se encontraban sin embargo en 1808, que la ciudad podia decirse abierta, no providenciándose, para salvarla de un ataque á viva fuerza, más que la interceptacion del paso por, ménos dos, todas las puertas, y la limpieza de los escombros en las brechas y boquetes abiertos por las degradaciones del tiempo.

Más que por arrogancia, debe, pues, suponerse que, convencidos de la imposibilidad de defender á Evora y previendo el peligro de encerrarse en abrigo tan ruin, establecieron Leite y Moretti sus tropas en las posiciones de la divisoria.

La derecha ocupaba la altura conocida por el *Moinho de S. Bento* con cuatro piezas de campaña servidas por unos 80 artilleros de á caballo, y apoyadas por 300 infantes y 50 caballos tambien españoles.

El centro se hallaba establecido en el llamado

Outeiro de S. Caetano, donde fueron colocados dos obuses con los 10 artilleros de á caballo que aún quedaban de los 90 que habia llevado de Badajoz el teniente coronel D. Luis de Michelena.

En la izquierda donde asentaba la *Quinta dos Cucos*, eminencia suave que domina el camino de Extremoz, habia una sola pieza, 200 infantes portugueses y los 60 jinetes caballeros en yeguas, anteriormente citados.

Esta línea no era, con todo, la única ni la primera tampoco del cuerpo hispano-portugués; porque al frente de la posicion central, esto es, en la falda de *S. Caetano*, se extendia una, formada por la Legion extranjera y el batallon de Extremoz, precedida, á su vez, de los miqueletes de Villaviçosa y los cazadores de Evora en guerrilla. Doscientos caballos de María Luisa y los 60 *Cavalleiros* de Evora formaron sobre el flanco izquierdo de la infantería, al pié tambien del otero de *S. Caetano*.

Por buenas que fueran aquellas posiciones y por hábil que en la colocacion de las tropas se mostrara el general Leite, que las dirigia desde la altura del centro, y áun cuando portugueses y españoles se manifestasen con el mejor espíritu, no eran aquellas bastante fuertes, ni los soldados los suficientes para resistir á una division tan numerosa y disciplinada como la con que iba Loison á emprender el ataque.

A las once, y despues de un prolijo reconocimiento, lo empezó el general francés dividiendo su fuerza en cuatro columnas. Solignac recibió la mision de apoderarse de la *Quinta dos Cucos*, y, una vez conquistada, extenderse á la derecha para cortar las

comunicaciones de la ciudad hasta el camino de Estremoz. Margaron destacó el regimiento número 58 contra la derecha portuguesa y con el encargo de ligarse por su izquierda con Solignac cuando se hubiese hecho dueño del *Moinho de S. Bento*. El 86.° con el mismo Margaron, atacaria el centro y, despues de romper la línea de la infanteria aliada, la formaria con Solignac y el 58.° para cerrar todas las salidas de Evora. Los batallones de granaderos, por fin, se mantendrian en reserva y, como la caballería, acudirian á donde fuese necesario.

La artillería hispano-portuguesa rompió el fuego al descubrir á tiro las columnas enemigas, y lo prosiguió en el ataque con eficacia tan grande, que pasaron cerca de cuatro horas ántes de pronunciarse nuestra línea en retirada. Reforzada la izquierda que, como habrán observado nuestros lectores, era el punto ménos guarnecido, el combate se mantuvo en todas las posiciones con una obstinacion que no era de esperar, segun manifiesta Accursio das Neves, y que, por lo mismo, hace honor á unas tropas que ni en disciplina, ni mucho ménos en número podian competir con las francesas. Y á pesar de que la caballrería no correspondió á los esfuerzos de las demás armas, resistiéndose á cruzar el hierro con el de los enemigos, la infantería y las piezas continuaron el fuego hasta que, envueltas y rebasadas, hubieron de dejar el terreno y retroceder, parte á refugiarse en la ciudad y el resto á buscar el Guadiana por los caminos que aún no habian cortado los franceses.

Era necesario á éstos continuar el combate hasta rendir la ciudad, situada á media legua del cam-

po de batalla; siendo aquel tan sólo, al decir del General Thiébault, precursor de una lucha más glo-riosa todavía para las armas francesas. Pero las murallas estaban guarnecidas por clérigos, frailes y paisanos mal armados, y las tropas que acababan de entrar, sin tiempo para tomar posiciones en el recinto, se mantenian por las calles en el desórden que es de imaginar. Así es que fué imposible resistir el asalto que por todos los puntos débiles del recinto, que eran muchísimos, dieron los franceses; y el combate subsiguiente en las calles no sirvió mas que para proporcionar á éstos la disculpa que deseaban al saqueo y á los asesinatos y violencias de que iba á ser una de las víctimas memorables la ciudad de Evora. (1)

---

(1) No hemos dado ningun detalle de la accion y retirada de las tropas españolas y portuguesas porque nos eran necesarios en este lugar para rebatir las calumnias de un escritor lusitano que parece no haberse propuesto otro objeto al relatar la de la Independencia en su *Historia da guerra civil* que el de zaherir á nuestros compatriotas.

En la narracion del combate de Evora no hay una palabra, siquiera suave, para nuestras tropas. Al regimiento de *María Luisa*, deberia llamarse, segun el Señor Da Luz Soriano, el de *María foge* y el regimiento de infantería española, de *blanquillos*, dice, tenia *boa gente, mas mal fardada* De Moretti, á quien pinta retirándose de la accion á *unhas de cavallo*; dice que no tenia otra pasion que la de la guitarra, ni otro pensamiento en Evora que el de salvarla de las garras de los francess.

Nosotros no vamos á contestarle sino por el órgano de las escritores portugueses y franceses.

Accursio das Neves, á quien, por otro lado, no hace más que copiar el Sr. Da Luz Soriano en lo que no atañe á los españoles, dice en diferentes párrafos, lo siguiente. «Despues de su retirada »(la de la caballeria) todavía se mantuvo firme la infantería; pero »adelantando los franceses su reserva y amenazando envolverla, »huvo tambien de comenzar á retirarse. — El General Leite tam»bien se retiró por fuera de la ciudad hácia Olivenza con sus ofi»ciales de órdenes. — Era imposible repeler un asalto en momen»tos en que la confusion reinaba en todas partes: todavía se mató

Allí no se perdonó ni edad ni sexo, cometiendo los franceses los mismos atropellos que en Arbós, Córdoba y Rioseco, en Leiria y Nazareth, atropellos cuyos semejantes sólo se hallan en la historia de los tiempos en que la sociedad no blasonaba de la cultura de los modernos, ni las tropas recibian la remuneracion que las organizaciones actuales les conceden.

»bastante gente á los franceses desde lo alto de las murallas; pero »Evora fue ganada por diferentes puntos, para ofrecer al mundo »un espectáculo de los más horrorosos que cuenta la historia. En »medio del rebullicio general escapó quien pudo. Las tropas es»pañolas y su comandante Moretti se acogieron (recoleraão-se) á »Jurumenha......» «El batallon de Estremoz, los cazadores y la »caballería de Evora se dispersaron (dispersárão-se), la compañía »de Villaviçosa se recogió á esta villa.»

Biancardi en su conocido folleto sobre los *Sucesos de la provincia de Alemtejo,* dice á propósito: «D. Luis de Michelena y el co»ronel Vicente Antonio mandaban como capitanes y trabajaban »como soldados, y el coronel Moretti, siempre presente en los lu»gares de mayor peligro, estimulaba á los unos con palabras y á »todos con el ejemplo.»

De la relacion de Thiébault se deduce que despues de la accion de extramuros defendieron la ciudad los cuerpos españoles en union con los portugueses; que tomada Evora, se retiraron, aunque con grandes pérdidas, y que sin embargo de todo lograron salvar cinco piezas de artillería que les quedaban del combate de la mañana.

En uno de los párrafos dice así: «Los portugueses quisieron ca»pitular; pero los españoles fusilaron á aquellos de los desgraciados »que, con su sumision, hubieran salvado la ciudad, y fué necesario »arrancar por la fuerza de las armas lo que no podia obtenerse en »nombre de la humanidad y de la razon.»

Foy dice: «La caballería española y portuguesa huyó sin haber »cruzado sus espadas, y el general en jefe (en chef) Leite huyó »con ella á España. — Siete piezas fueron tomadas en el campo »de batalla. Las otras cinco fueron llevadas á la ciudad trás de la »infantería española que, conducida por su coronel Moretti y por »el mayor D. Antonio María Gallego, de la legion extranjera, ofre»ció mejor continente que el resto..... Los españoles, en masa en »las calles, animaban (encourageaient) con su presencia á aquella »multitud de furiosos.»

Pero ¿á qué hemos de cansarnos en extractar otros párrafos? En todos ellos aparecerán desmentidos los asertos del señor Da Luz Soriano.»

Los franceses habian perdido 90 hombres, muertos en los dos combates sucesivos, y sobre 200 heridos; pero atribuian á sus enemigos la pérdida de 8.000 entre muertos y heridos, y la de 4.000 que habian caido prisioneros. Ni áun contando con los asesinados, que componian el mayor número de las bajas de los portugueses, se hace, no probable, sino ni áun verosímil tal cifra.

Foy la hace bajar hasta la de 2.000, ruborizado sin duda con la de Thiébault; pero nuestros lectores saben en esto á qué atenerse. Biancardi manifiesta que «segun unos, el número de los muertos fué de 1.000, y segun otros, no llegó á 800.» En cambio dice que en la batalla de extramuros los vencedores perdieron cerca de 3.000, y de los vencidos murieron sólo 8 y fueron muy pocos los heridos.

Sólo á las once del dia siguiente apareció la órden del general Loison para que cesase la matanza y el saqueo, que no acabaron, sin embargo, hasta que no quedó ya en Evora cosa que valiese á los franceses ó que mereciera ser destruida.

Loison proveyó entónces á formar una junta de notables del país, que lo gobernara en nombre de la Francia; y, pasando luégo á Estremoz, donde se mostró más humano, y despues á Elvas para adelantar sobre Badajoz un reconocimiento, que resultó inútil, y para atender al relevo del coronel Miquel, asesinado por los sublevados de Campo-Maior, hubo de volver á Lisboa, á donde le llamaba Junot, grandemente alarmado con la presencia de Wellesley en la desembocadura del Mondego.

Expedicion

No era para ménos, con efecto: podian las evolu-

ciones de las escuadras inglesas revelar hasta entónces falta de un plan bien meditado y fijo ya en la mente del Gobierno; pero todas significaban ser aquella costa la destinada á recibir el ejército con que la Gran Bretaña habia de comenzar sus memorables campañas en la península ibérica.

inglesa á Portugal.

En el primer tomo de esta obra y en su capítulo VIII, tuvimos ocasion de manifestar por el órgano de los historiadores ingleses, cuáles eran los móviles á que obedecian en los primeros momentos de la guerra peninsular la política del Gobierno y las operaciones de las escuadras que, zarpando de los puertos de Gibraltar, Cork, Ramsgate y Harwich, espiaban por las costas de Portugal y España, más que la ocasion de un encuentro con los franceses, la de una presa valiosa donde, al establecer una base sólida para la campaña futura, pudieran, además, contar con prenda para sus acostumbradas exigencias contra sus mismos aliados y protegidos (1). Lo ha dicho Napier y no hemos nosotros de cansarnos en repetirlo, que la *envidia*, la *traicion*, la *astucia* y la *bajeza* impulsaban la política inglesa de aquellos dias; y, en ese concepto, no son extrañas las vacilaciones que revelaban los movimientos, tambien oscilatorios, de sus naves, ya empeñadas en vomitar los batallones de Spencer en Cádiz, ya asomándose á la costa del Algarve pero sin soltar una bayoneta ni un barril de pólvora, ya, por fin, repitiendo sus visitas á Lisboa, llevadas del ánsia de tan buena presa

(1) Estaba ya nombrado el general inglés que deberia ser gobernador de Cádiz.

como le ofrecian el fondeadero del Tajo y la populosa y bellísima ciudad que en él se mira.

Nombramiento de General.

El Gobierno inglés, decidido en un principio á que Sir Arturo Wellesley dirigiera en jefe la expedicion que se estaba preparando y las fuerzas con que el general Spencer vagaba de un punto á otro de la costa occidental de la Península, cambiaba de opinion al salir aquella de Inglaterra, encomendando la direccion de las operaciones á Sir Hew Dalrymple, á quien sucederian en el mando, además, Sir Harry Burrard y Sir John Moore, cuyas tropas, recien llegadas de Suecia, recibieron la órden de reembarcarse para Portugal. «Así, dice Napier, dos »hombres, comparativamente desconocidos y sin la »costumbre del mando, reemplazaban á los únicos »generales del ejército inglés cuyos talentos y ex»periencia eran indisputables.»

Sir Arturo Wellesley.

A excepcion, con efecto, de Sir John Moore, en quien no habia inglés que no reconociera dotes elevadísimas que muy pronto habia de confirmar, siquiera fuese en la ocasion de su catástrofe, Wellesley aparecia, por lo notorio de sus servicios en la India, como el general más á propósito para una comision cual la de intervenir en las operaciones militares de la Península (1). Para que lo hiciese con la autoridad necesaria, se le acababa de ascender al

(1) Cárlos William Vane, marqués de Londonderry, en su excelente «Narrative of the Peninsular War. from 1808 to 1813,» dice: «que no habia un oficial en el ejército á quien la profesion y »la nacion en general pudieran más confiadamente entregar el »mando de una fuerza, el cual exigiese valor en el grado más alto »y habilidad en el sentido más extenso de la palabra, en su di»reccion.....»

empleo de teniente general; y al recibir del general Spencer noticias detalladas sobre las tropas de que Junot disponia en Portugal, el gobierno inglés reforzaba las que se habian embarcado en Cork el 12 de Julio á las órdenes de Wellesley con 5.045 hombres de todas armas, que, como ya hemos indicado, se reunieron en Ramsgate y Harwich (1).

Pero en el mismo dia 15 de Julio, aunque en diferente despacho del en que se le anunciaba este refuerzo y la órden dictada para que la division Moore se preparase á su reembarque, el vizconde Castlereagh le hacia conocer la providencia del Ministerio de que formaba parte, referente al mando en jefe de Sir Hew Dalrymple con el teniente general Burrard como su segundo en el ejército.

Bajo el punto de vista de su admiracion al héroeb ritánico de la guerra de la Independencia, no son, pues, de extrañar los desahogos de Napier contra el ministerio inglés de aquellos dias; no siendo bastante á condenarlos la idea de que, haciendo necesario las noticias de Spencer un ejército muy numeroso para librar al reino portugués del yugo de los franceses, no habia de tomarse por desaire á Wellesley el dar á aquel jefes, si no más caracterizados, con mayor antigüedad, con mando anterior algunos en las tropas expedicionarias, y Dalrymple, relacionado amistosamente con los españoles.

De todos modos, Wellesley, que salió de Cork con Llega á la Coruña.

(1). Véanse los estados de fuerza insertos en el apéndice número 1.º.

las suyas, se adelantó al convoy dos dias despues en un buque ligero, llegando á la Coruña el 20 de aquel mismo mes de Julio. Como se preveia en las instrucciones que en 30 del mes anterior le habia trasmitido su gobierno y no sin interior satisfaccion, así de los ministros como de él mismo, (1) Sir Arturo Wellesley encontró en la Junta de Galicia una grande oposicion á toda idea de desembarque de las tropas inglesas en las costas del reino.

Sabíase en la Coruña la desgracia de Rioseco aunque el público no la tenia por tan desastrosa ni decisiva como debia parecerlo en aquellos momentos. La fama elevaba el número de los muertos y heridos en el campo enemigo á uno muy superior al de los nuestros, y las noticias particulares, como de españoles, sólo daban importancia á los sucesos favorables que habian tenido lugar en las demás partes de la Península. Y ¡caso admirable si no único! el dia 21 de Julio, al dar el general inglés parte á su Gobierno de las noticias que corrian en la Coruña y de las impresiones que le causara el estado de los ánimos en España, manifestaba que era voz general la de *que Dupont habia sido hecho prisionero en una accion entre Andújar y la Carolina ántes del* 23 *de Junio.*

Tal era el entusiasmo en Galicia y tan poca impresion habian hecho la derrota de Rioseco y el avance de Bessières á Benavente y Leon, que, como

(1) «Y como el consejo (el de desembarcar en Portugal) dice »Lord Londonderry, concordaba perfectamente con el tenor de »sus instrucciones tan bien como con sus propias miras, Sir Arturo se preparó á adoptarlo.»

ya hemos dicho, la junta se resistió á que desembarcara la expedicion inglesa y todo lo que Sir Arturo pudo conseguir fué el permiso de usar del puerto de Vigo en sus operaciones sobre Portugal. (1) Lo que los gallegos pedian en cambio era dinero, armas y municiones, y con esos recursos creian poder mejor sustentar la tierra que con las tropas británicas, cuyo destino suponian ser más ventajoso, áun para la misma España, en Portugal donde impedirian el ataque de las de Junot por la parte del Miño.

Wellesley, con eso, partió el 21 por la noche y, uniéndose el dia siguiente á la escuadra en Finisterre, prosiguió á O'Porto á donde llegaba la tarde del 24 en el mismo *aviso Crocodile* que le habia sacado de Inglaterra. **Sigue á O'Porto y Figueira.**

En O'Porto se encontraba el coronel inglés Browne dedicado á establecer relaciones con los sublevados y á distribuirles subsidios, esperanzas de ellos hasta entónces. Él, mejor que el Obispo presidente de la junta, informó á Wellesley de los recursos con que podia contar en el país, más escasos en realidad de los que los mismos portugueses creian en su férvido entusiasmo. El Obispo, con efecto, hablaba al general inglés de un ejército considerable que sólo esperaba armas y municiones para organizarse debidamente con la base de las milicias y los licenciados del antiguo ejército lusitano; pero el activo Browne habia descubierto que, á lo más, serian unos 5.000 los

(1) «Para proporcionar abrigo á la flota y hasta para desembarcar allí las tropas,» dice Lord Wellington en su despacho de 21 de Julio á bordo del *Crocodile.*

soldados útiles y que si habia, además, sobre 12.000 paisanos en el valle del Mondego, todos ellos no tenian ni habian conocido jamás otras armas que sus hoces y los chuzos ó picas que arrebatada y rústicamente construyeran para aquella solemne ocasion (1).

La posicion, sin embargo, de los 5.000 veteranos en Coimbra; la noticia, no confirmada despues, de la próxima reunion en O'Porto de 2.000 infantes españoles con los 300 que aún permanecian en aquella ciudad, y la positiva de haber guarnecido los ingleses con 300 ó 400 marinos el castillo de Figueira, le animaban en su propósito de elegir en la desembocadura del Mondego ó en punto no lejano el en que tomara tierra el ejército que le seguia en las naves.

Recomendando, pues, se le facilitaran en Coimbra caballos y trasportes con que empezar la campaña, continuó su expedicion marítima hasta las bocas del Tajo, de las que retrocedió á Figueira despues de dirigir al general Spencer órdenes repetidas para que se le uniera con las tropas de su mando, desembarcadas recientemente en el puerto de Santa María con el objeto ostensible de servir de reserva al ejército de Castaños, con el real y verdadero de

(1) En los papeles presentados en 1809 al parlamento inglés, aparece una nota de Browne que dice así:

«Aunque el pueblo demuestre la mejor voluntad de defenderse, »sus esfuerzos duran tan poco y están combinados tan mal, que »no hay esperanza alguna de que pueda resistir al enemigo.»

Lord Wellington no representa al Obispo tan jactancioso como Napier; todo lo contrario: dice en su despacho del 25 de Julio que se manifestaba muy alarmado con las noticias de Castilla y temia una invasion de Bessiéres por Traz-os-Montes.

hacerlas descansar de tan larga é inútil navegacion como llevaban (1).

La escuadra ó, por mejor decir, el convoy, segun ya hemos indicado, seguia á su general, pero no á la desembocadura del Tajo, á la que le habian llevado el próposito de reconocer las inmediaciones de Lisboa y el deseo de ponerse en comunicacion con los buques y tropas que operaban del otro lado del cabo Roca. Retrocediendo al Norte, pues que no tardó en comprender las dificultades de un desembarco á la vista del cuartel general francés que, por la ocupacion de ciudad tan importante y la guarda de los buques recogidos en su bahía para incomunicacion de los prisioneros españoles y seguridad de material de guerra, no habia Junot olvidado de fortificar, se presentaban á Sir Arturo dos puntos, á cual más convenientes, para poner en tierra su cuerpo de ejército, Peniche y Figueira. El primero se encuentra más próximo á Lisboa, objetivo de las operaciones; pero ocupado por una guarnicion francesa, habia que empezar atacando la plaza bajo cuyos fuegos está la playa, é, ínterin se tomaba, tendria Junot tiempo para acudir y estorbar el desembarco. El segundo ofrecia, pues, tan sólo por lo distante, la ventaja de la tranquilidad en operacion tan larga y expuesta á contingencias peligrosas, y además la

Desembarca el ejército inglés.

(1) Dice Lord Wellington en su despacho de 25 de Julio:

«No he oido nada positivo del general Spencer, excepto que es»taba con Sir C. Cotton á principios de este mes, habiendo desem»barcado su cuerpo de ejército únicamente para cuidar de la salud »de su gente (merely to preserve the health of the men) junto al »cabo de Santa María.»

de que, hallándose tan cerca el foco de la sublevacion, podria recibir de ella inmediatamente los auxilios y la ayuda que el ejército mejor provisto y con mayor esmero organizado necesita en ocasiones como aquella.

Wellesley, de consiguiente, escogió la desembocadura del Mondego; y el 1°. de Agosto, despues de circular por los buques las instrucciones más detalladas, dió principio al desembarque de las tropas. Aquella costa es sumamente bravía en todas las épocas del año; (1) la barra en la Foz do Mondego es varia por las grandes avenidas del rio que recibe una parte muy considerable de las nieves de la Estrella; las corrientes, con eso, se hacen arrebatadoras y peligrosas; pero el fondeadero de Buarcos, abrigado de los nortes por el monte de ese mismo nombre, cabo Mondego, y la playa de La'vos representan, áun así, aquel punto como el mejor y más suave de la costa.

Aún tuvo el ejército inglés la gran fortuna de un regular estado en las aguas del mar (2); pero con todo eso tardó cinco dias, desde el 1.° al 5 de Agosto, en desembarcar; coronándose, sin embargo, aquella difícil empresa con la aparicion casual de la flota que llevaba á su bordo la division Spencer, reembarcada en el puerto de Santa María, ántes de recibir

(1) *De hierro* la llama Lord Wellington.

(2) Así lo dice Napier: Londonderry manifiesta que «lo fuérte »del Oeste que soplaba y la violencia de la resaca hicieron larga y »peligrosa la operacion, inundándose varios botes y pereciendo al- »gunos marineros y soldados en las rompientes.»

las órdenes de Wellesley, al tener conocimiento del resultado de la batalla y capitulaciones de Bailén. Con otros tres dias de maniobra, se encontró en tierra el ejército, si no todo el que para aquella fecha es habia destinado á la Península pues que las brigadas Anstruther y Acland se encontraban todavía léjos, el suficiente para acometer la empresa de arrojar á los franceses de Portugal. Aquellos ocho dias los distrajo Sir Arturo conferenciando con los jefes portugueses de Coimbra á quienes facilitó 5.000 armamentos completos; exigiéndoles, en cambio, el cumplimiento de sus ofertas de ganado y trasportes para la artillería y los víveres, ofertas que en su mayor parte quedaron sin realizar, y preparando, ya con las noticias adquiridas, ya por medio del general portugués Bernardino Freire, el plan de la campaña que iba á emprender inmediatamente.

En Figueira supo tambien Sir Arturo Wellesley la providencia ministerial que designaba al general Dalrymple para el mando en jefe del ejército y á Burrad y Moore como sus sucesores en él; y es, por cierto, muy notable, por lo modesta y patriótica, su contestacion al secretario de Estado, Vizconde Castlereagh, para que privemos de ella á nuestros lectores. «Pole y Burghersh me han hecho saber las »disposiciones tomadas para el mando futuro de este »ejército, y el primero me ha informado de vuestra »bondad hácia mí, de la cual he recibido tantas prue»bas que yo no podré jamás dudar de ella. Todo »lo que puedo decir en ese particular es que man»de ó no el ejército, haya ó no de abandonarlo, haré »cuanto pueda para asegurar su éxito, y podeis

»contar con que no atropellaré las operaciones ni »las principiaré un momento ántes de cuando deban »comenzarse con el fin de adquirir para mí la glo- »ria de su resultado. El gobierno determinará el »punto en que quiera emplearme en adelante, si »aquí ó en otra parte.» ¡Nobles palabras que por sí solas revelaban la magnanimidad del hombre que habia de vencer al más insigne de los capitanes modernos!

Dos son las comunicaciones de la cuenca del Mondego en su curso inferior con la del Tajo y Lisboa: la una es por el camino de Coimbra á Pombal, Leiria y Rio-Mayor, y la otra por el inmediato á la costa donde se encuentran Alcobaça, Obidos y Torres-Vedras. Aún existe otra superior, muy importante en las operaciones militares como tendremos ocasion de ver más adelante, la cual, encumbrándose por la divisoria, así se dirige dominante á la region superior del Mondego por la orilla izquierda de este rio, como se da la mano con el valle del Tajo hácia Santarem, Torres-Novas, Thomar y Espínhal.

Habiendo desembarcado en La'vos, no podia esta última convenir á Wellesley que nada debia temer por la cordillera, toda sublevada, y seguro, además, de la concentracion del ejército francés para resistirle: en las otras dos, la marcha era más fácil y se podria hacer por cualquiera de ellas sin perderse casi de vista las columnas y con el auxilio constante de la escuadra que seguiria por el litoral sus movimientos. Pero esta última circunstancia pesaba tanto en las prudentes resoluciones del general inglés, que sin vacilar un momento, y así consta en correspon-

dencias anteriores á la marcha, se decidió por el camino inferior, inmediato á la costa. (1)

Dadas, pues, sus instrucciones á los generales divisionarios y de brigada para la marcha á Leiria, poblacion que se temia encontrar ocupada por el enemigo, al coronel Trant para la entrega á los portugueses de los 5.000 armamentos desembarcados en Figueira, y al capitan Bligh que debia navegar con los buques-almacenes á la altura de las tropas, hizo Wellesley emprender á éstas la marcha el 9 de Agosto, bien provistas de municiones de boca y guerra. Se pone en marcha.

El dia 10 rompia Wellesley aquella marcha gloriosa que habia de conducirle al templo de la inmortalidad, y pernoctaba en San Yoâo, donde habian estado anteriormente campadas las fuerzas del brigadier Fane, primero, y despues las del mayor general Sir Rowland Hill.

Ya en Leiria el 11, empezó á encontrar algunas dificultades para el racionamiento de las tropas, no de las suyas, sino de las portuguesas que debian acompañarle. El depósito de víveres que el general Freire, destinándolo á las tropas británicas, mostraba tanto empeño en salvar, no bastaba para las fuerzas que él conducia, y Wellesley, atento á no detenerse por falta de ellos, se negaba á proveer á los portugueses en Portugal. En las conferencias celebradas el 24 de Julio y el 7 de Agosto por los dos generales en O'Porto y Monte-Mór Velho, el inglés

(1) El 5 de Agosto escribia á Lord Burghersh, que le habia remitido los itinerarios, que la falta de frecuentes comunicaciones con los de la derecha (los de la costa) le haria no usar del camino de la izquierda (el de Rio-Mayor) áun siendo el mejor.

habia ofrecido toda clase de auxilios de armas y metálico para las tropas que el portugués andaba todavía organizando: á lo que se habia negado rotundamente era á facilitarlas provisiones que, no siendo de fácil adquisicion y rápido trasporte, pudieran hacerle falta en momentos críticos. El racionamiento del pan se habia hecho cuestion grave entre los aliados; y en Leiria, y hasta á la vista del enemigo, amenazaba producir disidencias en extremo perjudiciales á la causa de la independencia portuguesa y al honor de la Gran Bretaña. (1) Afortunadamente, si Freire no cedia en su propósito de llevar la guerra al interior, á no asegurársele las raciones, Wellesley preferia combatir sólo á comprometer el éxito de la campaña siguiendo un plan que, con razon, creia erradísimo ó exponiendo el suyo á las dificultades y al peligro de racionar un número de tropas muy superior al calculado al emprender las operaciones. (2) Éranle, sin embargo, necesarias algunas fuerzas del país, sobre todo de caballería, de que carecia principalmente, y pidió á Freire 1.000 infantes, la caba-

(1) El historiador portugués Dá luz Soriano, con un patriotismo y una imparcialidad que le honran, manifiesta en su «Historia da »guerra civil: Con razon se negó á esto el general inglés (el garan»tizar á Freire la subsistencia de sus tropas), porque si un ejército »no hallaba medios de sustentarse en su propio país, mucho ménos »podria encontrarlos un ejército inglés que por su carácter de auxi»liar debia ser mantenido á costa de la nacion que venia á libertar »en vez de ser él quien mantuviese al portugués. Por consiguiente, »la peticion de Bernardino Freire fué un aviso saludable para que »Wellesley cuidara del sustento de sus soldados; no desfalcarlo »para darlo á quien en rigor debia proporcionárselo á él.»

(2) Los soldados portugueses no eran de la opinion de su general; por el contrario, anhelantes por combatir y comprendiendo la excelencia del plan de Wellesley, decian «Pois bem, brigare»mos sem pão.»

llería y las tropas ligeras, á quienes cuidaria se alimentase como á sus propios soldados. El general portugués accedió á esto, y el 13 por la mañana se unieron al ejército inglés en su marcha de Calvario á Alcobaça unos 2.600 hombres de infantería y caballería que veremos muy pronto combatir junto á sus aliados.

Wellesley, convencido así de la imposibilidad de contar con la cooperacion de un ejército que acababa de armar y equipar, continuó en su plan tan acertada como maduramente meditado. Ya hemos dicho y estamos viendo que, tomado el camino de la costa por línea de operaciones, su objetivo no podia ser otro que Lisboa, la ciudad que constituia el centro de ocupacion de los enemigos, su plaza de depósito y de armas. No se comprende otro; y, al llegar el 14 por la mañana á Alcobaça, y al hacer ver al coronel Trant lo erróneo del plan del general Freire y los peligros de su separacion del ejército inglés, lo manifestaba así: «Mi objeto, decia, es apoderarme »de Lisboa... Los franceses, pueden combatir y reti»rarse, ó retirarse sin combatir, ó, lo que yo creo »ménos probable, pueden derrotarme. En la última »de estas hipótesis, no podré recibir socorro del »general Freire, y en las otras dos, que yo consi»dero como las más probables, necesito apoderarme »de Lisboa y del Tajo, dejando al general Junot re»tirarse á donde quiera y hacer lo que guste.» Despues dejaba presumir el riesgo que corria Freire de que Junot, vencido por los ingleses, se lanzara sobre el ejército portugués, así como le anunciaba la abundancia de víveres que iba encontrando por el cami-

no que Freire se negaba á seguir temeroso de que le faltaran.

Pero sigamos á Wellesley en su marcha.

El 15 de Agosto llegó á Caldas. Supo allí que los franceses ocupaban una posicion fuerte en Roliça á 10 millas de aquella poblacion, y que en Ovidos, que dista 3, se veian establecidas las avanzadas.

Era necesaria la ocupacion de Ovidos, y recibieron la órden de aventar de allí á los franceses cuatro compañías de *rifles* de los regimientos números 60 y 93. Los franceses abandonaron Obidos casi sin resistencia; pero en el camino á Roliça por donde les seguian los *rifles,* socorridos aquellos por la vanguardia junto á un molino cuyo artificio mueven las aguas del Arnoya, rechazaron á los ingleses hasta el mismo Ovidos, causándoles algunas bajas, y despues se retiraron de nuevo á sus posiciones de Roliça.

Habia llegado el momento de la crísis en aquella contienda jigantesca que se comenzaba entre las dos grandes y encarnizadas rivales, la Francia y la Inglaterra, en la Península ibérica. Ya estaban una frente á otra, no con el Océano por medio donde la lucha era imposible desde los desastres memorables que habian hundido en las aguas de Aboukir y de Trafalgar el poder marítimo que tanto ambicionaba el fundador de la dinastía napoleónica, sino dentro del continente, allí donde se creia él incontrastable por su génio sin igual y la fuerza militar que no se cansaba de fomentar cada dia más y con resultados hasta entónces más y más brillantes y fructuosos. ¿Podia ser dudoso el con que le brindaba la temeri-

dad de la Inglaterra buscando con un puñado de valientes al enemigo léjos del asilo inaccesible de la tierra pátria? Temeridad era, sin duda, é imprudente y loca; y sin embargo, ya lo habian dicho los hombres de Estado ingleses: «La España será el primer »pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica, »la sola que puede libertar la Europa.» Y tan pronto como saltó en la Península la chispa que iba á encender esa lucha, anunciada como la salvadora desde la de Austerlitz, el gobierno de la Gran Bretaña, siempre ojo avizor sobre el enemigo, presintió la proximidad de la contienda, se preparó á ella y la emprendió en cuanto pudo comprender que sus nuevos auxiliares no cejarian ya en el noble propósito de reconquistar su independencia.

Ya el ejército inglés se encontraba en el teatro de la guerra, y como si los generales se inspirasen en la gravedad de los primeros pasos por camino tan sembrado de peligros para el honor de sus armas, no daban uno que no fuera ántes bien estudiado y medido.

Medidas de Junot.

Junot, comprendiendo, aunque tarde, la trascendencia de sus resoluciones en el aislamiento en que se veia respecto á los demás ejércitos que operaban en la Península, batidos unos, además, y á la defensiva la mayor parte de los otros, segun las noticias que le llegaban de España, buscaba en la concentracion del que tan imprudentemente habia dividido la única tabla de salvacion que le quedaba, una victoria brillante y decisiva.

Ya le hemos visto al primer asomo de peligro llamar á Lisboa las divisiones que mantenian la do-

minacion francesa en la Beira y Alemtejo. Ya le hemos visto, al tener conocimiento del desembarco de los ingleses junto á Coimbra, hacer que Loison, ocupado en descargar todo el peso de sus furores sobre las poblaciones de la frontera del Guadiana, volviese á marchas forzadas á las posiciones que dias antes habia abandonado en las inmediaciones de Lisboa. Y si bien la marcha habia sido penosa, como era de esperar en comarcas exhaustas y abrasadas por un sol canicular, el dia 9 de Agosto aparecia Loison en Abrantes y se encaminaba seguidamente á asegurar sus comunicaciones con el cuartel general.

Pero por más que concentrase Junot las fuerzas del cuerpo de ejército de su mando, eran tantas y de tal importancia las atenciones á que tenia que ocurrir en la zona en que lo aislara la sublevacion, que, áun siendo limitadísima, habria de fraccionar aquellas en los momentos, ya próximos, de su accion militar.

En Lisboa se hacia escuchar incesantemente el sordo rugido que señalaba el rencor de sus habitantes. Los pudientes abandonaban la ciudad para huir de la vista de los franceses ó unirse á los sublevados, cuyas filas iba tambien á engrosar todo el que, teniendo armas, podia eludir la vigilancia de las avanzadas enemigas. Y á pesar de las órdenes rigurosísimas de Junot, de los castigos crueles que por sólo el conato de emigracion imponian sus delegados, y á pesar de los bandos para que nadie saliera de Lisboa sin pasaporte y, por el contrario, volviesen los que la habian abandonado, hasta la policía

portuguesa, de quien nunca desconfiara el general en jefe francés, huía de su campo al de la lealtad. «Lisboa, dice Foy, parecia un desierto; nada de »lujo, nada de coches, ningun movimiento en las »calles. Las revueltas de las provincias habian en»carecido los víveres en la capital; ni áun trabajo »habia ya para los obreros. Los propietarios habian »cesado en el percibo de sus rentas y los empleados »en el de sus sueldos. Los que vivian ántes de la »córte, de los *Fidalgos*, del clero, del comercio; to»dos pedian limosna y eran más de veinte mil.» Y entre todos esos y entre los que por otras causas permanecian en Lisboa, no se oia más que una opinion; la de que, siendo los franceses la causa de sus males y los de la pátria, sólo con su exterminio lograrian remediarse. El espectáculo de las escuadras que de cuando en cuando aparecian en las bocas del Tajo, encendia más y más los ódios dispertados; las noticias que llegaban de España creaban una emulacion cada dia creciente, y las proclamas de las juntas de provincias y, sobre todo, la de Wellesley, infundian la esperanza de una restauracion inmediata. A las falsedades esparcidas por Junot sobre entrada de poderosos refuerzos en España y sobre grandes victorias alcanzadas por los ejércitos franceses, el pueblo lisbonense contestaba con los periódicos españoles que relataban los reveses de Zaragoza, de Valencia y de Bailén. Todo eso constituia en la ciudad del Tajo un estado de inquietud y hasta de hostilidad en que, por no descuidar el uso de ningun arma, se habia echado mano hasta de las que pudiera proporcionar la supersticion más grosera, á las que era

necesario resistir con las de la ciencia que nadie, sin embargo, de entre los portugueses queria ver ni respetar (1).

Entre esas manifestaciones de patriotismo descollaron rasgos que revelaban que en Portugal, como en España, se establecia una como rivalidad en cuanto á demostrar que no habia desaparecido aquel espíritu de independencia que tan gallardamente manifestaran nuestros antepasados. Secciones enteras del cuerpo de policía habian desaparecido, ya lo indicamos ántes, de Lisboa; y, aunque perseguidas de cerca, habian burlado la diligencia de la caballería francesa. Y no sólo de la policía que, por su instituto, tendria alguna mayor libertad para sus tenta tivas de evasion, sino que hasta bandas de los cuerpos de línea que, no habiendo sido totalmente disueltos, mantenian los franceses en Lisboa vigiladas, como es de suponer, se arriesgaron á desertar de una ciudad donde veian ondear el para ellas odioso pabellon tricolor. En aquella poblacion hubo, como en todas, en circunstancias iguales, una parte dominada por el miedo ó el egoismo; pero como en España se vió á lo que verdaderamente constituye el pueblo, á la masa general, en las clases en que el sentimiento prevalece sobre el cálculo, arrojarse á no dejar ni asomo de duda de su resolucion patriótica apénas

(1) Se hizo aparecer en el altar mayor de la patriarcal un huevo con la inscripcion que se creyó milagrosa de «Mueran los franceses;» y Junot hubo de presentar varios iguales con la de «Viva el Emperador,» formada, como supondrá el lector, con la accion de ciertos ácidos.

se vislumbrase un rayo, por ténue que fuera, de esperanza (1).

Todo esto, la presencia de las tropas españolas en los pontones, y el temor de un ataque marítimo á la vez que el terrestre, ya inminente por parte de los ingleses, formaban un conjunto de atenciones que debia, por ocurrir á todas, debilitar sobremanera la accion del ejército francés de Portugal.

Cuando se tuvieron noticias del desembarco del cuerpo inglés de Wellesley en Figueira y, en su consecuencia, fué llamado Loison al cuartel general de Junot, éste hubo de renunciar por completo á la sumision de las provincias, no viéndose la bandera francesa más que en Elvas y Almeida, como signo tan sólo en fronteras tan remotas de que aún habia en Lisboa un resto de dominacion napoleónica. Los puntos más avanzados, una vez Loison en el teatro de las operaciones que habia iniciado el general inglés, eran Peniche y Santarem en la derecha del Tajo, y Setúbal en la izquierda. Aquellos dos puntos

(1) «¡El espíritu se exalta, dice Accursio das Neves, al contemplar estos rasgos de admirable patriotismo en un siglo de corrupcion en que, por desgracia, el egoismo ha echado raíces tan hondas! Pero una reflexion se presenta por sí misma á todo observador atento. Un alferez y un teniente son los oficiales portugueses de mayor graduaciou de los empleados en el servicio francés en Lisboa y sus contornos que lo abandonaron para irse á reunir al ejército nacional: ¿qué hacian los demás cuando éstos y cuando los soldados corrian así á la defensa de la Pátria, y cuando el mismo pueblo dejaba despobladas las tierras invadidas para trasladarse á las libres? No atacaré á indivíduos en particular ni áun á clases en general; pero no robaré tampoco la gloria á aquellos á quienes pertenece, sea la que quiera su jerarquía: *Tros, Tyrius ve mihi nullo discrimine agetur.*»

podian sostenerse porque apoyaban los flancos de la línea opuesta perpendicularmente á la que seguian los enemigos, y Santarem servia además para conservar el camino de España, caso de pensar en retirarse de Portugal. Los destacamentos que Junot mantenia en la orilla izquierda del Tajo no hacian más que debilitar el ejército y áun comprometerle en su sostenimiento, puesto que se hablaba de una concentracion de insurrectos en Alcacer do Sal con el objeto de atacar á Setúbal en combinacion con los buques ingleses. Junot creyó, y acertadamente, que era necesario atraerse aquellos destacamentos; y encargando al general Kellermann de un reconocimiento ofensivo en el valle del Sado, le hizo evacuar á Setúbal para situar su pequeña guarnicion en las alturas de Almada como para guardar por una y otra orilla la desembocadura del Tajo.

Lisboa era para los franceses, no sólo el centro de ocupacion que se les habia impuesto, no sólo la base de las operaciones defensivas á que podria obligárseles caso de intentar estorbársela; era más que eso, el signo inequívoco, el *Palladium*; esto es, la prenda más segura de su poderío en Portugal. Tendrian que abandonarlo todo á la furia de la insurreccion; nada perderian en ello, peligraban así todas sus comunicaciones con el Imperio, ¿para qué habian de servirles? ¡Iban á aislarse completamente del mundo, á entregarse á su sola accion, sin combinaciones de ningun género, sin otras esperanzas que la de su energía, sin más recursos que los de su valor! Porque hasta un aliado que tenian á la vista, cuya bandera representaba influencia muy importante en

los destinos del continente, la escuadra rusa del Almirante Siniavin con dotaciones numerosas de «medianos marinos, dice Thiers, pero excelentes soldados,» les negaba su concurso para defender la capital cuando ellos, los franceses, tuvieran que marchar á combatir en el campo. Nada de eso les importaba tampoco: si lograban mantener Lisboa, todo lo habian salvado, honor y vidas; y, con la victoria por delante, los caminos aparecerian francos á su paso, la sublevacion quedaria instantáneamente sofocada, Portugal seria suyo, y abundancia, riqueza, gloria, todo cuanto constituye el aliciente militar de la guerra, llovería sobre aquel ejército en que estaban clavados los ojos de la Europa.

¡Ilusiones admirables, tanto como admirables engañosas! ¡Al no campear en Portugal, se preparaban una suerte igual á la de los vencidos en Bailén!

Una vez resuelto aquel plan, en tan poco elevadas ideas inspirado, Junot trató de llevarlo á cabo en las condiciones posibles. Atendió sobre todo á la tranquilidad de Lisboa; reforzó las baterías que defendian el acceso á la bahía; hizo artillar el antiguo castillo despues de recomponer en lo posible sus muros, habilitar sus algives y almacenes, destruir las casas que pudieran perjudicar á su defensa, y aún tuvo el pensamiento de establecer un campo atrincherado hácia Nosa-Senhora-do-Monte. Encargó al general Graindorge de la defensa de la márgen izquierda del Tajo, estableciendo además un regimiento en los fuertes do Bugio y Tafaria, de donde á la vez observaban las prisiones flotantes de los españoles; y Cascaes, por fin, San Julian, Belem y

cuantos puntos habia interesantes en derredor de Lisboa, fueron guarnecidos por las tropas. Y miéntras ponia á su alcance las que restaban del ejército llamando apresuradamente las de Loison (1), encargaba al general Delaborde se dirigiese al enemigo para estudiar sus movimientos, y que maniobrase con el fin de contener su marcha, y dar tiempo á Loison en la suya y á las reservas de Lisboa en la que iban á emprender para entrar en línea.

Combate de Roliça.

Era, pues, Delaborde el general que Wellesley tenia á su frente con dos brigadas de infantería, cinco piezas de campaña y un cuerpo de cazadores á caballo.

Qué cifra alcanzaba aquella fuerza, no es fácil, áun cuando lo parezca, determinar con precision (2).

---

(1) «Corred á Abrantes, escribia Junot á Loison, no hay que »perder un instante; abandonad todos vuestros proyectos, áun »cuando estuvieseis seguro de apoderaros de Badajoz.»

(2) Lord Wellington dice que eran lo ménos 6.000; Londonderry, que 5 ó 6.000; Nápier, que 3.500; Hamilton, que 5.000; Elliot, que 5.000; Camden, que 6.000; el portugués Da Luz Soriano, dice que Delaborde apenas tenia 6.000 hombres, y los españoles Torano y Maldonado 5 y 5 ó 6.000 respectivamente. Thiers, por fin de el número de *ménos de* 3.000, y Foy el de *no más de* 2.500, y «Victoires et conquetes,» el de 2.000. Así no es posible fijar el verdadero número. Sigamos otro camino.

La division Delaborde se componia de los cuerpos que á continuacion se señalan, con la fuerza que tenian al salir de Francia el año anterior.

Dos batallones del regimiento de línea núm. 70..	2.299
El 2.° regimiento provisional.................	2.616
Un batallon del 4.° regimiento suizo...........	1.190
La infantería tenia, pues, en el estado de fuerza, la de................................	6.105

Pero se sabe que el 2.° regimiento provisional y el 4.° suizo,

Los escritores ingleses, y no todos, son los únicos que parecen conformes en señalar la cifra de 5 ó 6.000 á los combatientes de la division Delaborde, y esto porque en su casi totalidad siguen á Wellesley en su parte al Vizconde Castlereagh, donde dice que pasaban los franceses de 6.000. Sólo Sir John Jones y Napier se separan de él para decir que eran 3 ó 3.500. Entre la cifra del general en jefe inglés y el Jefe de Estado Mayor de Junot, que estampa la

---

que con Loison habian guarnecido á Almeida, y, dejando en esta plaza los enfermos y aspeados, hecho la corta, pero desastrosa, campaña del Duero, tenian al regresar á Lisboa 850 hombres cada uno, sin contar las bajas que en el camino habian experimentado. No aventuramos, pues, mucho al decir que los batallones de Delaborde, por esa causa y porque tendrian alguna fuerza distraida en los depósitos y por razon de asistentes, destacamentos y comisiones, no contarian con más de 800 hombres cada uno, lo cual da un total de 4.000 infantes en Roliça.

Entre la caballería que, constando tan sólo de dos escuadrones, no llegaria á 300 ginetes, y los artilleros de las cinco piezas, habria de 400 á 500 hombres, lo más.

Aún puede hacerse otro cálculo tambien aproximado, pero que da asimismo un resultado casi igual. Si en la convencion de Cintra entraron 25.747 hombres, segun expone Napier, y habia fuera de filas 6.794, la proporcion de bajas para los 6.105 que, con arreglo al estado de su salida de Francia, corresponden á los cuerpos de Delaborde, será de 1.611, y la fuerza de éstos, áun contando con los depósitos de Lisboa y asistentes, será de 4.494 en la infantería. Hay que contar además con que esos batallones estaban desmembrados, pues las compañías de granaderos de todos los del ejército constituían cuerpos especiales destinados á la reserva.

Es cuanto puede concederse á los escritores ingleses, ganosos de que no aparezcan tan desiguales las fuerzas que combatieron en Roliça, y que, admitiendo la relacion de Wellesley, siguen la de un general que escribe por la impresion tan sólo del campo de batalla, pues que la escribia al dia siguiente.

de 1.900, hay una distancia dentro de la cual no es fácil hallar el punto donde la verdad se encuentra. Nosotros creemos que el número de los soldados de Delaborde no pasaria en mucho del de 4.000.

Las posiciones que esa fuerza ocupaba en la mañana del 17 de Agosto, estaban sábiamente elegidas. Roliça asienta en una eminencia al extremo S. del extenso valle que en direccion próxima á la del meridiano se dilata de Caldas á aquella poblacion; valle que interrumpe la de Obidos, tambien empinada con su soberbio acueducto, y con un pintoresco y árabe castillo en su cima. Ese valle arenisco y, de consiguiente, nada fértil, está limitado al Este por una cadena de alturas que además de dominarlo y de flanquear el camino que, uniendo aquellas tres poblaciones, prosigue á Torres-Vedras y Lisboa, observa todas las avenidas de la alta divisoria de aguas entre el Tajo y el mar. Por el Occidente, el terreno es más suave descendiendo á las ya próximas aguas del Océano con las escasas que arrastran algunos arroyos que afluyen al Arnoia, junto á la laguna de Obidos, casi cubiertos con la vegetacion siempre variada y espesa de los climas meridionales.

La posicion de Roliça, si bien fuerte, de consiguiente, por su dominacion sobre el valle y el camino que habia de seguir el ejército inglés, ofrecia el peligro del flanqueo por la série de eminencias orientales, y además el de que una vez insostenible ante fuerzas tan superiores como las que mandaba Wellesley, al retirarse Delaborde tendria que ganar, abrumado por el enemigo, las alturas que junto á la de Roliça, separada por un riachuelo de ellas, cierran

el valle encadenándose con los estribos de la divisoria hácia Monte-junto.

Tan pronto como Wellesley observó la posicion de la division francesa, comprendió los peligros que encerraba, y se dirigió á ella dividiendo su ejército en tres cuerpos: uno que por la cadena de alturas flanqueantes fuese por la izquierda á envolver las de Roliça; otro central fraccionado en varias columnas que la atacase de frente, y otro compuesto de las fuerzas portuguesas que, por la derecha, amenazase tambien la izquierda y hasta la retirada de los franceses.

Delaborde temió, y con razon, la maniobra de sus enemigos, y ántes de verse comprometido en una accion de la que nunca podria salir airoso, levantó el campo y trasladó su línea de batalla á las alturas de retaguardia, dejando así burlado el plan de Wellesley cuyas divisiones empezaban ya sus movimientos de ataque y de concentracion sobre Roliça. La línea francesa apareció muy luego establecida en la altura que hemos dicho cierra el valle, para cuyo acceso no existe más que el camino encajonado en una de las regatas de ella y la falda escabrosa y en extremo pendiente á la cual servia como de foso el riachuelo, uno de los que dijimos ser afluentes del Arnoia por bajo de Obidos.

Ese riachuelo, al lamer la falda de la posicion francesa y recoger las regatas que la accidentan de arriba abajo en líneas casi paralelas, pasa por Columbeira, una aldehuela que parece destinada á observar la montaña á cuyo pié asienta y convida con su ocupacion á servir de base para un movimiento

de flanco sobre la línea enemiga de la altura, á la que, además, el terreno inmediato ofrece subida más igual y practicable que la del resto de la montaña.

En el reconocimiento que inmediatamente verificó Wellesley pudo observarlo, y dispuso, en consecuencia, que el cuerpo portugués, 1.200 infantes y 50 caballos, que á las órdenes del coronel Trant habia ido amenazando la izquierda de los franceses, continuara á Columbeira con el mismo objeto de observacion y flanqueo que hasta entónces.

El general Ferguson que desde Obidos siguiera con su brigada, la de Bowes, una de artillería y algunos caballos, la línea de colinas orientales para bajar depues sobre la derecha de Delaborde con el fin de, unido á las columnas centrales, atacar por aquel flanco la posicion de Roliça, hubo de remontar de nuevo las alturas para repetir la maniobra.

Las columnas, en fin, de Hill, Nightingall, Craufurd y Fane continuaron de frente como hasta allí para acometer directamente al enemigo.

Este, como ya hemos dicho, habia establecido su línea de batalla en la altura con suficiente calma, así por la oportunidad que habia aprovechado al observar las fuerzas y la disposicion de los ingleses como por la escasez en éstos de una masa de caballería que hubiera podido acosarle en su movimiento retrógrado. Los batallones formaron en una línea, la que designaba la cresta de la montaña, vigilando el ala izquierda el general Brenier, y Thomières la derecha, donde tambien se situó Delaborde por parecer el lado más peligroso, siendo el del camino y el por donde habian de asomar las tropas de

Fergusson, para cuya observacion se destacaron algunas compañías del 70 hácia los pueblos de Bombarral, Segura y Cadaval, por los que, además, en caso de llegar Loison, habia de comunicar con sus compatriotas.

Era tan grande la diferencia de fuerzas que con sólo maniobrar las inglesas por los flancos, amenazando y nada más que amenazando por el centro, hubieran tenido las francesas que levantar su campo. Pero seguro de la victoria Wellesley por esa misma disparidad de fuerzas, creia, y con razon, conveniente una accion que inspirase á sus soldados confianza para combates sucesivos de éxito más dudoso. Los franceses, en tan opuestas condiciones y convencidos del resultado que iban á obtener sus esfuerzos, querian, sin embargo, pelear tambien para dejar bien puesto el honor de sus armas ante los irreconciliables enemigos que por primera vez se presentaban á su vista en la Península. Confiaban, para conseguirlo, en la pericia de su general, soldado valiente, frio y enérgico en el mando, y cuya habilidad en el campo de batalla con una experiencia de muchos años de incesante combatir, le valia un gran concepto en el ejército.

La brigada inglesa de Nightingall fué la primera en vencer la áspera pendiente de la montaña, ganándola en formacion no muy correcta. Iba á la cabeza el regimiento núm. 29, inspirada la tropa del mayor entusiasmo por ser la primera en el combate; pero empezaba á formar en la cresta cuando cayó sobre él el primer batallon del 70 francés con el general Brenier á la cabeza. El asalto fué rudo como

de tropas perfectamente establecidas y ya descansadas sobre las que, jadeantes y agarrándose á las piedras y á los arbustos, acababan apénas de llegar á la cima de tan abrupta montaña. Así es que despues de pérdidas considerables, entre las que debe contarse la del teniente coronel Mr. Lake, hubo un momento en que el 29 inglés habria tenido quizas que rendirse si el 9.° de la brigada Hill no hubiera llegado para sacarlo de posicion tan extrema. La lucha, entónces, se hizo más igual, sin dejar por eso de continuar terrible, y encarnizándose más y más con la muerte del coronel del 9.° y de muchos tambien de sus subordinados, los cuales, empero, supieron mantenerse en el terreno alcanzado y lograron sostener á sus camaradas del 29.

En el entretanto, ganaban la altura las columnas anglo-portuguesas de uno y otro flanco; y, peor que todo esto, asomaban por la derecha francesa los cazadores de la brigada Fane que iban de vanguardia del cuerpo de Ferguson, con lo que despues de cuatro horas de lucha y de rechazar otro ataque de los regimientos de Hill con el 2.° provisional, el general Delaborde, herido pero acudiendo á todas partes, hubo de pensar en la retirada. El terreno que corona aquellas alturas es llano, y en el camino que lo atraviesa se encuentra la villa de Azambugueira primero, próxima al sitio del combate, como que dá nombre á esas mismas cumbres, y despues el llamado Casal de Prega, grupo insignificante de casas. Retrocedió, con efecto, la division francesa, é hízolo á pesar de la calidad del terreno con órden tan imponente, que las inglesas, empeñadas en desbaratar-

la, no consiguieron sino irla paulatinamente empujando y arrebatarla tres piezas de artillería (1). El general Brenier, sin emplear sino muy pocas secciones de la retaguardia y los escuadrones de la caballería que no dejó de combatir un momento, y en todos con el vigor más afortunado, fué sosteniendo la retirada hasta la Quinta de Bugalleira, donde se detuvo la division y pudo recoger las compañías del 70, destacadas á Bombarral.

Wellesley, falto de caballería y por las dificultades de hacer llegar oportunamente toda su artillería, segun manifiesta en su parte, no pudo sacar el fruto deseado de su primera victoria. Las tres piezas de artillería fueron el único trofeo de ella, habiendo dejado, en cambio, en manos de los franceses 74 de entre oficiales y soldados prisioneros en el primer choque del 29 de línea.

Las demás pérdidas consistieron en 70 muertos y 335 heridos, algo menores que las de los franceses, que pueden evaluarse en un total de 500 á 600 hombres.

La gloria fué para las dos partes, pues, que combatieron gallardamente, no debiéndose atribuir la mayor los ingleses. Si, como se empeñan en demostrar Lord Wellington en sus despachos y los historiadores, sus compatriotas, en la narracion del combate de Roliça, el número de los que tomaron parte en la accion no era superior en mucho al de los franceses, hay que observar que no habia de ser ese número el que obligara á éstos á retirarse, sino el infi-

(1) Foy dice que fué una, y Thiebault no habla de eso.

nitamente mayor que veian acercárseles por uno y otro flanco. Ya lo hemos dicho tambien: sir Arturo Wellesley pudo vencer sin sangre, y la que se derramó bien valia la pena de intentarlo, miéntras que Delaborde y Brenier demostraron una energía y una habilidad que no se puede, en conciencia, dejar que pase como desatendida en la historia de aquel suceso que, como el primero entre los ejércitos inglés y francés, aparece más notable.

Al general británico se le concedió, con todo, fácilmente una victoria que, con otro de los caudillos contemporáneos, hubiera apénas conseguido. Si en vez de encargar á Delaborde la comision que con tanta habilidad desempeñó, la de observar y detener en lo posible los movimientos del ejército aliado, hubiera Junot, pues que tuvo tiempo para ello, reunido sus fuerzas y presentádose con ellas en Batallha ó Roliça, ¿habria Wellesley inaugurado la campaña con una victoria tan fácil y relativamente barata?

El espíritu, ya levantado, del ejército inglés, se enfervorizó con ella; llegaron refuerzos que sólo así podian desembarcar en la oportunidad precisa de un combate ya decisivo, y la que ántes era de resultados muy problemáticos, si no favorables, una accion enérgica de todos los elementos franceses reunidos, se hizo, no ya difícil, sino imposible ante otros muy superiores y animados por tan felices presagios. Por querer atender á todo, Junot lo perdió todo; la dominacion de Portugal, la conservacion de Lisboa, la esperanza de la retirada y la libertad del ejército confiado á su mando.

El dia en que Delaborde peleaba tan valientemen-

te en Roliça, esto es, el 17 de Agosto, el duque de Abrantes, que el 16 dejaba á Lisboa con el primer regimiento de Granaderos, el batallon del 82° de línea y 10 piezas de artillería, única reserva de todo el cuerpo de ejército, despues de haber cruzado con mil entorpecimientos el Friellas junto á Sacavem, y con la noticia de un nuevo desembarco de ingleses, hacia retroceder aquellas fuerzas á Villafranca de Xira, y continuaba él á reunirse con Loison en Alcoentre. Sale Junot de Lisboa.

Allí estaba, con efecto, el vencedor de Evora que, receloso de alguna maniobra que le cortara sus comunicaciones con el cuartel general, habia seguido desde Thomar el camino más próximo al Tajo, dejando en Santarem la legion Hannoveriana y no pocos enfermos y aspeados de marcha tan precipitada y fatigosa.

Si Loison no se hubiera detenido dos dias, el 14 y el 15, en Torres-Novas, en Roliça habria Wellesley tenido que combatir con otras fuerzas además de las del general Delaborde. Pero en el ejército francés todo iba al igual; y ni Loison ni Junot habian comprendido el plan de Wellesley, áun siendo tan comprensible, ni la gravedad de unas circunstancias que exigian mucha energía y abnegacion suma para sobreponerse á ellas. Estaban oyendo el fuego de la artillería que se entrechocaba en Roliça, y todo lo que dedujeron de aquel ruido y á lo que se resolvieron en su consecuencia, fué que vencido, como no podia ménos de serlo, Delaborde se retiraria seguido de los ingleses á Torres-Vedras, y que era necesario acudir allá para dar una batalla decisiva y revolverse luégo contra los portugueses que se dirigirian á Lisboa por

el camino que él iba á abandonar de Rio Maior y Alcoentre. Y desde Cercal, donde pernoctaba el 17, escribió al general Thiebault que habia quedado mandando la reserva en Villafranca. «Me dirijo á reunir»me al ejército en Torres-Vedras. Daremos una ba»talla á los ingleses: apresuraos si quereis ser de la »partida.» ¡Parecia que se trataba de una de caza! Sin embargo, y á pesar del estado de los caminos, Thiebault con la reserva y su artillería, con el tren de municiones y el tesoro, 1.000.000 de francos, que formaban en la columna de marcha una cola de leguas, llegaba el 20 á Torres-Vedras, dos dias despues que Loison y uno que Delaborde, quien avanzaba de nuevo desde Cabeça de Montachique á donde, ignorante del paradero de su general en jefe, se habia retirado desde Roliça.

Batalla de Vimeiro.

Ya estaba, pues, reunida la fuerza, toda la que las providencias de Junot dejaban disponibles, y este general iba con ánimo de presentar á sus enemigos una gran batalla. Esa fuerza ascendia á unos 12.000 hombres lo más, en todas sus armas, y fué dividida en dos divisiones de infantería, á las órdenes de los generales Delaborde y Loison; en otra de reserva á las del general Kellermann; y una de caballería que fué encomendada al de brigada Margaron. La artillería, mandada por el de igual graduacion Taviel, se fraccionó tambien en tres secciones, dos de á 8 piezas para las dos primeras divisiones y una tercera de 10 que se entregó al coronel Foy para la de reserva. (1)

Ejército francés.

(1) Thiebault, que es quien mejor debiera hacerlo, presenta en su obra el cómputo siguiente:

»3.500 hombres en Peniche, Elvas y Almeida,

Los cuerpos que componian esas divisiones nos son conocidos por ser los pertenecientes á las que hemos visto combatir en Roliça y Evora, reforzadas con la reserva salida recientemente de Lisboa. (1)

»3.000 en los hospitales ó rezagados en las marchas,
»2.000 en la orilla izquierda del Tajo,
»1.000 en los barcos,
»1.000 en los fuertes de la orilla derecha,
»2.400 en Lisboa y su castillo,
»1.000 en Santarem,
»reducian, áun por los estados de situacion, el número de las tropas »reunidas á 12.500 hombres. Ahora bien; todos sabemos que el »número de combatientes difiere siempre en más de un quinto »del de los hombres que constan en los estados: así, el de los com»batientes que llegaron al frente del enemigo, no era sino de 9.200 hombres.»

No exagera mucho el general Thiebault; pero Foy señala en su historia el número 11.500, comprendidos los no combatientes, pero todos en Torres-Vedras, y no hemos de ser nosotros más franceses que Foy.

Bien examinado el asunto, y valiéndonos de cálculos como los hechos en la narracion del combate de Roliça, hemos fijado el número estampado arriba.

El severo Lord Wellington, dice que en Vimeiro estaban todas las tropas francesas de Portugal, asercion chocante, pues que él y sus generales, desde las posiciones que ocupaban, debian distinguir hasta los regimientos de sus enemigos.

Nápier dice que eran 14.000 hombres. Hamilton hace subir á más ese número y Londonderry deja presumir la misma opinion.

(1) Cuerpos franceses presentes en Vimeiro.

1.ª Division.—General Delaborde.—Generales de Brigada, Brenier y Thomières.—Regimientos de infantería ligera, números 2 y 4.; regimientos de infantería de línea, números 70 y 86; 2 compañías del 4.° regimiento Suizo, y 8 piezas de artillería de campaña.

2.ª Division.—General Loison.—Generales de Brigada, Solignac y Charlot.—Regimientos de infantería ligera, números 12 y 15; regimientos de infantería de línea, números 32, 58 y 82, y ocho piezas de artillería de campaña.

Con sólo esas fuerzas se mostró desde los primeros momentos de su llegada á Torres-Vedras decidido á combatir á los ingleses el general Junot. Y no ya en una posicion defensiva de las varias que podia haber elegido en el camino de Lisboa, que cruza un terreno formado de accidentes sumamente favorables, sino tomando una iniciativa á que aquí no puede darse otro nombre que el de temeraria. ¿Es posible que la creyese capáz de un éxito como el necesario en aquellas circunstancias? En tal caso seria el único en su ejército que alimentara ilusiones tan risueñas.

Ejercito ingles.

Tenia á su frente el ejército inglés entero que habia desembarcado en Figueira, y esto nos evita el señalar aquí su fuerza, aumentado en Alcobaça con los 2.600 portugueses á que, al tratar de la marcha de Wellesley, nos referimos, con 2.660 hombres de la brigada Anstruther que acababa de desembarcar en Maceira el 19, y con 1.380 de la brigada Ackland prontos á poner el pié en tierra. (1)

Division de reserva.—General Kellermann.—Cuatro batallones de Granaderos formados de las compañías de granaderos de una parte de los batallones del ejercito, y 10 piezas de artilleria de campaña.

Division de caballeria.—General Margaron.—Regimiento de Cazadores, número 26; regimientos provisionales de Dragones, números 3, 4 y 5.—Total, 1.200 caballos.

(1) Los números de las fuerzas inglesas están sacados de la obra de Napier cuyo órden de batalla en Vimeiro va copiado en el Apéndice núm. 2.°

El Sr. Da Luz Soriano echa otra cuenta que difiere en mucho de la del historiador inglés, como que la de éste da un total de 20.639 combatientes, y la del portugués el de 24.653. (V. el Apéndice núm. 3.°)

Esperábase, además, el cuerpo de ejército del general Sir Jhon Moore, que ya se encontraba en aquellos mares y cuyo desembarco era motivo de una polémica militar entre los generales ingleses. Wellesley opinaba porque aquel cuerpo desembarcara en Figueira, como el de su mando, y se dirigiese inmediatamente á Santarem con el objeto de cortar la retirada á los franceses, si la intentaban. Para eso podia contar con 3.000 españoles que regia el marqués de Valladares en Guárda, con 5.000 portugueses conque no dudaba le ayudaria el general Freire que se hallaba en Leiria, y, lo que era más, con que Junot, inclinado á defender Lisboa y á la vista de aquel ejército, difícilmente se resolveria á abrirse paso por un territorio escabroso, además, y exausto.

Todas estas observaciones conducen á una que en nuestro concepto es concluyente; la de que Junot, cegado con su propósito de defender á Lisboa, no concibió, ni por un instante y cuando era tiempo, el pensamiento que, de seguro, hubiera evitado la catástrofe de que fué víctima con todo su ejército.

Si el dia en que supo el desembarco de Wellesley hubiera levantado el campo de Lisboa con todas sus fuerzas y dirigídose con ellas rectamente á Coimbra, despues de reunirse á Loison, habrian podido suceder dos cosas: ó que con una masa de 20.000 hombres hubiera vencido á Wellesley, y si lo hacia de una manera ejecutiva y decisiva derrotándole ó echándole sobre O'Porto, podia mantenerse allí en espectativa de lo que sucediese en España, ó que fuese rechazado por el ejército inglés, lo cual no era probable en tales condiciones, en cuyo caso aún le

era dado ganar Almeida y comunicar despues y reunirse por último con el mariscal Bessières en Castilla la Vieja.

Ni en la ocupacion de Lisboa se cifraba el dominio de Portugal, ni los españoles de los pontones podian ser en algunos dias obstáculo á sus operaciones, ni la sublevacion del país habia de estorbarles su marcha cuando Loison la habia efectuado sin contratiempo de consideracion hacia un par de semanas.

¡Cuántas veces habria Junot achacado á debilidad y áun á algo más la capitulacion de Bailén! Y, sin embargo, por una série de errores tan inconcebibles en uno como en otro de dos generales que tanta confianza merecian al capitan más ilustre, Junot iba á verse en una situacion tan apurada y triste como la de Dupont.

No era, por eso, muy desahogada la de Sir Arturo Wellesley.

Habia fácilmente vencido en Roliça y acababa de recibir un refuerzo considerable; pero, á fin de obtenerlo inmediatamente, tenia que ir á cada momento comprometiendo la única línea por donde, en caso de un revés, habia de buscar su salvacion. El desembarco de las brigadas Anstruther y Akland exigia, si habia de hacerse con seguridad, la concentracion del ejército inglés en derredor de la playa de Maceira, la sola inmediata donde pudiera verificarse por ser la costa tajada sobre el mar y brava en general. Tenia despues que elegir entre dos caminos; el recto por Torres-Vedras y Montachique cruzando el alto promontorio que forma la península de

Lisboa, ó el que, siguiendo por el litoral, conduce á Mafra. El primero, aunque lleno de accidentes donde era probable que el enemigo ensayase una resistencia fácil y acaso felíz, era el natural por lo corto y porque dejaba siempre á salvo el de la retirada; pero Wellesley temia sobre todo separarse de aquellas naves de donde arrancaban los víveres del ejército y que, en su concepto, constituian el refugio más seguro, y se inclinaba, de consiguiente, á seguir el segundo, de donde en una marcha podia presentarse sobre Lisboa.

No sólo se inclinaba á seguirlo, sino que se habia hecho en él resolucion firme tal propósito, pues que en sus despachos lo anuncia á cuantos escribió en los dos dias anteriores al de la batalla de Vimeiro (1). Ese camino era sin disputa el más peligroso por lo malo, porque no pudiéndose en él formar, era muy fácil sufrir un descalabro, y porque, sufrido éste, habia que abandonar toda esperanza de salud, cortado, como quedaba, el ejército de su comunicacion con el interior de Portugal.

Pero se presentó en las aguas de Maceira el general Sir Harry Burrard y, al avistarse con él Wellesley, se encontraron en disidencia, porque aquel creia temeraria la marcha por Mafra y por Torres-Vedras. La relacion de lo de Roliça le habia impuesto; temblaba por un combate en las montañas escabrosas

(1) A propósito de esto, dice Thiebault en una nota de su obra: «Un parte habia anunciado que, desfilando entre nosotros y el »mar, el enemigo se dirigiria con una marcha de flanco sobre »Mafra; pero esta circunstancia hubiara sido demasiado felíz y no »tardó en verse desmentida.»

que era necesario atravesar para acercarse á Lisboa, y queria reunir á las tropas establecidas en Vimeiro las del general Moore ya próximas, puede decirse que á la vista. Dióselas, pues, la órden de dirigirse á la bahía de Maceira, y Wellesley hubo de volver á su campamento para aguardar allí unas disposiciones que temia le arrebataran la gloria que consideraba pertenecerle en aquella campaña.

En su marcha trás de los franceses de Delaborde, y para asegurar el desembarco de las brigadas Anstruther y Ackland, Wellesley habia establecido su ejército en Vimeiro y en las alturas próximas que cubren la inmediata playa de Maceira en que debia aquel verificarse. Y aunque Wellesley no debiera esperar un ataque en posiciones tan excelentes por parte de un enemigo muy inferior numéricamente, habíalas ocupado con toda la prevision y la solidez que distinguieron á tan ilustre general en sus operaciones militares.

Campo de batalla.

Vimeiro es una feligresía de corta poblacion, situada en el estrecho valle que el Maceira riega unos cuatro kilómetros ántes de entregar sus aguas al Océano. Al frente de Vimeiro; esto és, al S.E., se eleva una eminencia algo quebrada y que corona una meseta, dominando las avenidas del interior de la tierra y, sobre todo, el camino de Torres-Vedras y su entronque con el que, por un pueblecillo que lleva el nombre de Toledo, viene de Lourinhâ recorriendo un valle estrecho y pobre. En esa altura habia establecido Wellesley las brigadas Anstruther y Fane con dos medias baterías de piezas de á 9 y de á 6. (1)

(1) Véase en el atlas el plano del campo de batalla.

Al N. de Vimeiro se alza tambien una cadena de alturas paralelas á la costa, más elevadas que la anteriormente descrita, con pendientes rápidas hácia el valle, y á cada paso más dominantes, cadena que recorre el camino alto y directo de Vimeiro á Lourinhâ. Esa cadena, cortada por el Maceira á retaguardia de Vimeiro, se prolonga por la orilla opuesta del rio, siempre en el sentido de la costa, pero por espacio corto hasta verse interceptada por otra de altura casi igual y dirigida próximamente al Oeste, desde la cual fueron corriéndose en la mañana del 21 las brigadas Ferguson, Nigthingall, Bowes y la de Ackland, que acababa de desembarcar, en el mismo órden que se enumeran, de modo que la brigada Ferguson formaba la extrema izquierda, en la cual, y en una altura que forma martillo al fin, habia una fuerza destacada en observacion del camino de Lourinhâ.

Todas estas fuerzas y las restantes del ejército inglés se hallaban la tarde y noche del 20 concentradas cerca de Vimeiro y hácia la derecha de la línea, en la cadena perpendicular á la general de la costa; porque en las alturas de la izquierda acabadas de señalar, la falta de agua impedia otro campo que el del destacamento á que nos hemos referido en el párrafo anterior, establecido allí para observar las avenidas de Lourinhâ. No esperando, además, ataque alguno aquel dia y preparándose, por el contrario, para emprender al siguiente la marcha á Mafra, era natural aquella concentracion, con la que se lograba tambien cerrar el boquete que, con el Maceira por guía dirije á la playa á cuyo frente anclaba la escuadra. Posiciones respectivas.

Un aviso que á las altas horas de la noche del 20 resultó falso, vino á confirmarse la mañana del 21 con la vista de una inmensa nube de polvo que apareció sobre el camino de Torres-Vedras. El ejército francés se dirigia á Vimeiro; y el inglés, ocupado en levantar el campo desde el amanecer, veía á las ocho la vanguardia de la caballería enemiga coronar las alturas opuestas y esparcir sus exploradores por todas partes.

Junot habia salido, con efecto, de Torres-Vedras la noche anterior. Tal era su precipitacion y en los demás generales franceses el temor de no dejar bien puesto su honor si perdian un instante, que en ninguno cupo el pensamiento de aprovechar las ventajas que habia de ofrecerles en aquel terreno la defensiva, lo mismo que en el camino costanero y flanqueable de Mafra, en el directo de Montachique y Enxarra dos Cabalheiros.

Avanzan los franceses.

La caballería debia salir á las cuatro de la tarde del 20 y salvar el largo desfiladero que encierra el camino de Vimeiro, seguida de las divisiones y la artillería, las cuales encontraron tales obstáculos para la marcha, que eran las seis de la mañana del 21 cuando el ejército habia logrado salvarlos todos.

Reconocidas las posiciones del enemigo y fijado el plan de ataque, fueron las divisiones francesas, precedidas siempre de la caballería, tomando puesto en la línea, dirigiéndose principalmente hácia el centro y la izquierda de los ingleses que presentaban los puntos ménos fuertes de su frente de batalla.

El tercer regimiento provisional de dragones, con

su mayor, Mr. Constans, á la cabeza, fué por el vallecillo de Toledo y el barranco por donde éste se prolonga, á ganar las alturas de la izquierda inglesa. A los dragones siguió la brigada Brenier de la primera division, más que para socorrer á aquellos, como dice Foy, para emprender con ellos el ataque de unas posiciones que, ocupadas en fuerza, podian comprometer gravemente la línea de los enemigos.

Observado el movimiento de la francesa y, sobre todo, el de la extrema derecha, Wellesley, que seguia mandando por no haber desembarcado Sir Harry Burrard, movió sus brigadas en la misma direccion. La de Ferguson se corrió por su izquierda con 3 piezas de artillería; en su apoyo marchó, tambien como ella, por el camino alto de Lourinhâ, la brigada Nigthingall con otras 3 piezas; y una en pos de otra, las de Ackland y Bowes en el mismo órden en que habian pasado de una á otra orilla del Maceira y con igual objeto siempre. De modo que la línea de batalla quedó formada con aquellas brigadas en la izquierda, las de Anstruther y Fane en el centro y la de Hill en la derecha. La columna portuguesa de Trant se mantuvo en segunda línea y hácia el mar, en las mismas alturas de la izquierda, apoyada, á su vez, por la brigada Craufurd; y la caballería y las piezas de reserva quedaron formando la del centro junto á Vimeiro.

Y como, viendo el duque de Abrantes todos aquellos movimientos de las brigadas inglesas, dirigiese por su parte hácia el mismo flanco y en seguimiento á la de Brenier la primera brigada de la division Solignac, resultó lo que con su acostumbrada

habilidad describe el general Foy al llegar á este punto de su interesante narracion de aquella batalla. «Sucedió así, dice, que cuando apénas se habian de»jado oir los primeros disparos de los tiradores, no »quedaron en la alta montaña, ocupada hacia poco »por seis brigadas inglesas, sino tres regimientos de »infantería destinados á servir, bajo las órdenes del »general Hill, de reserva á todo el ejército. La me»seta de Vimeiro quedó guarnecida por los seis regi»mientos de las brigadas Fane y Anstruther y por »18 piezas. Cerca de la mitad del ejército operaba »por el camino de Lourinhâ, en oposicion á un ter»cio próximamente del francés; pero habia la dife»rencia en sus posiciones respectivas de que el mo»vimiento de los franceses sobre su derecha se habia »ejecutado de una manera fortuita y aparecia sepa»rado por un espacio considerable de terreno de la »columna principal, miéntras que los ingleses esta»ban unidos concéntricamente y que los cinco regi»mientos mandados por los brigadieres Bowes y »Ackland, estaban dispuestos para apoyar á la vez »el movimiento del general Ferguson y la defensa »de Vimeiro.»

Ataque del centro.

La maniobra de los ingleses, por imponentes que aún apareciesen sus posiciones, convidaba á un ataque paralelo; y miéntras las brigadas de la derecha francesa corrian á empeñar un combate tan desigual con la extrema izquierda del enemigo, el general Delaborde recibió la órden de emprenderlo contra el centro, situado, como hemos dicho, en la meseta que cubria á Vimeiro.

Delaborde.

El calor de las heridas, todavía abiertas, del com-

bate de Roliça; la memoria de aquel otro, más encarnizado aún, en que su brigada arrojara á la bayoneta la guarnicion del campamento inglés en Tolon, y el entusiasmo innato en Delaborde, el más antiguo y el más hábil de los generales del ejército de Portugal, empujaban á aquel insigne veterano á un esfuerzo que, por más que lo considerase temerario, podria, si resultaba felíz, salvar una situacion tan difícil y, de todos modos, el honor de las armas imperiales. A la cabeza del regimiento 86.° de la brigada Thomières, se dirigió á la altura, cubriéndola con el fuego de la artillería, como al regimiento 50.° inglés, con el que iba á cruzar las bayonetas, con el fuego incesante de las guerrillas que le precedian; pero si con habilidad suma maniobran los cañones franceses avanzando hasta mezclarse con los cazadores para hacer su fuego más eficáz y preparar la carga del 86.°, en la meseta se habian reunido á las dos medias baterías inglesas, que ántes la defendian, las piezas de reserva, y Delaborde era recibido por la metralla de 18 bocas que vomitaban toda clase de proyectiles sobre su columna. Sin embargo, el 86.° cruzó sus bayonetas con el 50.° inglés y áun le hizo cejar algun trecho; pero despues de una lucha, que Wellesley califica de desesperada, y con pérdidas horribles, acosado de todas partes por un fuego nutrido y mortífero, hubo de ceder, imposibilitado de nuevos y más eficaces esfuerzos.

Miéntras Delaborde venia á las manos con el 50.° inglés que formaba en el ala izquierda de la posicion, el general Loison, para apoyarle, acometia á los regimientos que guardaban la derecha, protegi- Loison.

do á su vez por el fuego de las baterías de reserva dirigidas hábilmente por el coronel Foy, historiador despues de aquella sangrienta jornada. El choque de la brigada Loison fué tan rudo como el de la que dirigia Delaborde, pero infructuoso tambien, porque los cuerpos avanzados de las de Fane y Anstruther se veian apoyados de muy cerca por los descansados y frescos que formaban á su inmediacion ó en segunda línea y, mucho más numerosos además, abrumaban con su fuego y con su mole á los escasos y ya extenuados regimientos franceses.

Accion del 2.° regimiento de granaderos.

El Duque de Abrantes hizo avanzar entónces los regimientos de granaderos que se mantenian en reserva á una distancia próximamente doble del alcance de la artillería enemiga. El segundo regimiento, con su coronel Saint-Clair á la cabeza, formado en columnas de compañías, marchó resueltamente á ganar la posicion central por la derecha de Delaborde. Pero cuando se acercaba á ella, ya este general, y con él Loison, Charlot y sus brigadas caian, así puede decirse, de la altura, y los fuegos de la artillería y de la fusilería inglesas convergian sobre la cabeza de la columna de granaderos. La artillería francesa desplegó los suyos con la mayor energía; pero su misma movilidad y la direccion que precisamente habian de llevar sus proyectiles, lanzados desde el llano, los hizo ineficaces, miéntras era imposible ocultar nada á los de las piezas inglesas, reposadamente establecidas en lo alto de la meseta. Los coroneles Prost y Foy, incansables en ayudar con sus cañones la accion de las brigadas francesas que combatian cuerpo á cuerpo con

las del enemigo y la marcha de los granaderos, caian heridos, y no pocas de sus piezas rodaban por el suelo desmontadas por el fuego incesante de la montaña. Así es que al ir á desplegar los granaderos á una distancia ya de unos cien metros, haciéndose blanco único del fuego enemigo, y cogidos de costado por los regimientos ingleses que habian resistido los ataques anteriores de la izquierda, desaparecian las dos compañías que formaban la cabeza de la columna y, como azotada por un huracan incontrastable, oblicuaba ésta involuntariamente á la derecha, cediendo, á pesar de los esfuerzos de sus valientes jefes y oficiales, hasta rodar de la altura que apénas habia cemenzado á escalar.

El primer regimiento de granaderos continuaba entre tanto su marcha, y el general Kellermann, que lo conducia en persona, viendo la ineficacia de los ataques dirigidos á la eminencia central, pensó que, si alcanzaba éxito en uno que pusiese en peligro la posicion de Vimeiro, haria aflojar la resistencia de las tropas inglesas más avanzadas y reanimaria el combate ya amortiguado sobre su izquierda. Y con una resolucion digna del que tan heróica y feliz la habia tomado ocho años ántes en la llanura de Marengo, se metió con los granaderos por el boquete que comunica el valle de Toledo y los en que formaba el ejército francés con Vimeiro al momento y despues con Maceira y su bahía. La operacion era muy atrevida; más aún, era evidentemente desesperada, al emprenderse con dos escasos batallones cuando ya el ejército inglés podia considerarse victorioso. Este, por lo mismo, quedó sorprendido á la

Del primer regimiento.

vista de un ataque á cuya temeridad iba, sin embargo, unido un pensamiento que, de llevarse á ejecucion con fortuna, encerraba el mayor peligro imaginable en la situacion de aquel dia.

La brigada Ackland, situada en el fondo de la línea donde empezaba la cadena de alturas al N. de Vimeiro y abandonando la retaguardia de la izquierda inglesa, ya victoriosa de las brigadas Solignac y Brenier, descendió por el flanco de los granaderos que con el mayor entusiasmo regia tambien su jefe el coronel Maransin. Viéronse, así, éstos rodeados de fuego con el que se les hacia por la derecha desde las alturas escalonadas á que afluian los batallones de Ackland, con el que salia del cementerio de Vimeiro, acabado de guarnecer para impedir el ataque de la poblacion, con el del regimiento número 43 de la brigada Austruther, que acudia al encuentro de los franceses, y el de las tropas de Fane que terminaban su accion en aquellos momentos.

Entónces y para completar el triunfo, indubitable ya, apareció además la caballería anglo-portuguesa que, segun ya hicimos observar, se encontraba de reserva en el revés de la eminencia, ocupada por las brigadas de Anstruther y Fane, y cargó con tal ímpetu que, rebasando á los granaderos de Saint-Clair y dejando á su espalda un gran número de piezas francesas, de las inutilizadas en la accion, se extendió hasta el punto en que Junot se mantenia observando la marcha del combate. Hay quien dice que los dragones del 20° recorrieron dos millas en su carga verdaderamente inglesa; pero al fin de ella, y en presencia del duque de Abrantes, á quien

en su ímpetu creerian poder arrollar, se les presentó la caballería francesa que el general Margaron lanzó sobre ellos. Era muy desigual la partida; y los ingleses hubieron de retroceder á sus posiciones, rotos completamente y dejando por tierra más de la mitad de sus valientes dragones y, entre ellos, á su teniente coronel Taylor, oficial de las condiciones más brillantes.

A favor de la caballería, victoriosa tan ejecutivamente, pudieron los granaderos de Maransin retirarse con algun desahogo y un tanto compactos; manteniéndose los ingleses, que de todas partes los acosaban con su fuego, como clavados en las posiciones desde las cuales presenciaban el estrago de sus camaradas los dragones.

Ataque de la derecha.

La accion contra la izquierda inglesa, ni fué ni pudo ser lo obstinada y sangrienta que en el centro de la línea. Debiendo ser simultáneo el ataque, tuvo que retrasarse por lo largo de la marcha de las columnas francesas y lo áspero de la pendiente que debian vencer para alcanzar á las inglesas que las esperaban en lo alto de sus bien elegidas posiciones. No eran seguramente éstas tan fuertes como las centrales, pues que, áun cuando con rodeo considerable, podia llegarse á ellas sin los obstáculos que hallaron Delaborde, Loison y Kellermann; pero la necesidad de ligar todos los movimientos en la línea de batalla y los retardos que iban experimentando los de su derecha, hizo á las colunmas francesas acometer las posiciones enemigas en condiciones sumamente desfavorables.

Aunque la tercera en la marcha, pues que iban

delante los dragones de Constans y la brigada Brenier, á quienes se veia remontar el barranco, la de Solignac fué la primera en comenzar el combate por aquella ala. De haber sido combinado con los cuerpos que la precedian, la brigada Ferguson se hubiera encontrado en situacion muy comprometida; pero cuando despues de recorrer aquellos todo el barranco y ganado las alturas, hacian su cambio de frente para atacar la cabeza de la columna inglesa, Solignac, que desde Toledo habia hecho el suyo y remontado la áspera cuesta que se extendia á su izquierda, se hallaba ya herido y sus tropas rechazadas con irreparables pérdidas. No habia aún desplegado su columna junto al pueblecillo de Fontanel, á que despues de grandes esfuerzos habia logrado llegar, cuando Ferguson con tres regimientos de infantería apoyados por los de Nightingall, caia sobre él y lo arrollaba y hacia rodar al valle, quedándose con las seis piezas que llevaba.

Solignac.

Brenier.

En esto aparecia por lo alto y con los dragones á su derecha la brigada Brenier que, aprovechando el descenso de los ingleses detrás de Solignac, pudo, rechazándolos, recobrar la artillería perdida; pero, al encumbrarse de nuevo para continuar la carga, encontró, para resistirla, las cuatro brigadas de Ferguson, Nightingall, Bowes y Ackland, y las tropas de Craufurd y de Trant que avanzaban en dos líneas sobre su flanco derecho. Era imposible así la lucha, y despues de una encarnizadísima, pero de momentos, se retiraba la brigada por el mismo camino que habia llevado, el de Lourinhã, dejando á su general herido en poder de los enemigos. Los dragones in-

tentaron con varias cargas ayudar á sus compañeros de armas los infantes. ¡Esfuerzos inútiles! Tambien fueron arrollados y tuvieron que reunirse á ellos y á los de Solignac, sin jefes todos y sin generales, para esperar la llegada de Thiebault que iba á ponerse á su frente y á guiarlos en sus ulteriores movimientos.

Retíranse los franceses.

Ya éstos, en una y otro lado de la línea, no podian dirigirse más que á ejecutar la retirada en un órden todo lo imponente que les fuera dable á los franceses en ocasion tan crítica; y, gracias á la inmensa superioridad de su caballería, lograron verificarla sin contratiempo.

Wellesley vencia, y lo hacian patente los *hurras* que se escuchaban en la línea inglesa y repetian las montañas. Era á cuanto se atrevia á aspirar, teniendo á su lado un jefe, Sir Harry Burrard, que, en vez de alzarse con el mando, le dejaba recoger los primeros laureles de la guerra peninsular: El engreimiento de la victoria y el deseo de sacar fruto inmediato de ella le animaban á aconsejar un movimiento ofensivo por su derecha con la brigada Hill y la guardia avanzada que podian dirigirse sobre Torres Vedras cuando la derecha francesa acababa de ser batida, á la cual hubieran perseguido los cuerpos ingleses que habia tratado de combatir. Así creia Wellesley se hubiera cortado á los franceses el camino de Torres Vedras, y el ejército inglés hubiera llegado á Lisboa ántes que ellos.

Sir Harry Burrard temiendo, sin duda, que la brillante caballería francesa que tenia á su frente formada para cubrir á las tropas recientemente venci-

das, pudiera tomarse un desquite, no difícil por cierto, retuvo, como con una mano de hierro, al ejército inglés en las posiciones tan sábiamente elegidas por Wellesley (1):

Los franceses pudieron, á favor de aquella circunspenccion, retirarse pausadamente á Torres Vedras, conservando la artillería que no habia caido en poder de los ingleses durante el combate, y recogiendo los heridos para trasportarlos cuidadosamente á su campo, al que acababan de llegar de Lisboa el 66.° de línea y cuatro compañías de preferencia que no pudieron tomar parte en la batalla.

Bajas de uno y otro ejército.

Todas las demás fuerzas del ejército francés entraron en fuego, y sus pérdidas consistieron en las dos horas y media que duró, de diez á doce y media del dia, en 13 piezas de artillería con varios carros de municiones, y unos 1.800 hombres entre muertos, heridos y prisioneros: «pérdida enorme, dice Foy, »habida consideracion al pequeño número de los »franceses y comparándola con la de los ingleses que »no ascendió á más de 800.» (2).

(1) «Pero Sir H. Burrard, que se hallaba entónces presente, »pensó constantemente que era preferible no moverse de Vimeiro, »y el enemigo ejecutó bien su retirada á Torres Vedras.» (Despa»cho de Lord Wellington al duque de York el 22 de Agosto de 1808.)

(2) Thiebault dice que fueron 10 las piezas perdidas y 1.800 las bajas. Lord Wellington señala en su parte el número de 13 para las piezas, y nadie podia saberlo mejor, pues que quedaron en su poder. No señala el número de las bajas de los franceses; sólo dice que fué muy grande el de oficiales y soldados muertos, heridos y prisioneros, y hemos seguido en la valoracion á Foy, porque, al señalar las pérdidas de los ingleses, las hace subir á 800 cuando Wellington á 720, prueba de su imparcialidad en la narracion de auqel suceso. Por lo demás, véase el apendice núm. 4 que contiene el parte de Lord Wellington.

Conferencia de los generales franceses.

Los franceses llegaron ya de noche á Torres Vedras; y en la mañana del 22, los generales Delaborde, Loison, Kellermann; Thiebault y Taviel, el coronel Vincent y el jefe de Administracion Mr. Trousset, llamados por Junot á su alojamiento, celebraron una conferencia militar sobre el partido que deberia adoptarse. El duque de Abrantes expuso la situacion á que iban á reducir al ejército la presencia de los ingleses victoriosos y recibiendo un refuerzo tan considerable como el del cuerpo de John Moore, la aproximacion del ejército portugués de Freire, del que se sabia dirigirse á Lourinhã, y la del que mandaba el general Bacellar que operaba por Santarem y en direccion á Lisboa, el espíritu hóstil que agitaba á los habitantes de la capital que creceria sin duda al saberse el resultado de la batalla de Vimeiro, y el que dominaba en todas las provincias levantadas en armas contra la dominacion francesa; concluyendo por manifestar que si, en la generalidad de tales condiciones, se habia resuelto á combatir el dia anterior, más habia sido por llenar un deber honroso que por la esperanza de una victoria, en su concepo, imposible.

¡Reflexiones tardías y que no deben aceptarse como sinceras! De habérselas hecho ántes Junot, en lugar de esperar á combatir en Vimeiro, se hubiera apresurado á hacerlo cuando supo el desembarco de los ingleses en Figueira. Entónces hubiérasele presentado como no imposible la victoria y, de todos modos, fácil y gloriosa una retirada que ahora consideraba, en caso de poderla verificar, larga y sangrienta.

El duque de Abrantes, á consecuencia de esas reflexiones, propuso la discusion sobre los tres puntos siguientes:

«¿Debe el ejército intentar de nuevo la suerte de las armas?»

«Si ha de intentarlo, ¿qué plan debe seguir?»

«Y si no lo puede, ¿qué partido debe tomar?»

Ya se sabe lo que son los franceses en la adversidad; y por más que los generales reunidos en Torres Vedras hubiesen demostrado un valor á toda prueba en cien combates, en ellos, como en todos sus compatriotas en circunstancias iguales, pesaba la responsabilidad de resoluciones extremas con una pesadumbre insoportable. Ya hemos visto á los de Bailén; y no es de extrañar que, con ejemplo tal, intentaran los de Vimeiro lo que ellos llamarian salvar el ejército, puesto que en la batalla habian salvado su honra.

«Las opiniones fueron unánimes, dice un historiador que podia saberlo (1). ¡Bastante se habia hecho por el honor de las armas!» Otro historiador, tambien presente en aquella conferencia (2), dice más: «El edificio se hundia, en efecto, por todas partes; y como no hay partido honroso si no puede »justificarse con la probabilidad de resultados felices, »fué preciso ceder á la necesidad, y así se llegó por »la fuerza de las cosas á la idea de intentar una negociacion, resueltos todos á obtener un tratado honroso ó sepultarse en las ruinas de Lisboa.»

Mr. Thiers, tan indulgente siempre con sus compatriotas en desgracia, dice á su vez: «Tras de

(1) Foy.
(2) Thiebault.

»aquella tentativa infructuosa para echar á los in-»gleses al mar, no quedaba esperanza de mantener-»se en Portugal. No habia, áun reuniendo en Lisboa »todas las fuerzas disponibles, más de 10.000 hom-»bres en estado de pelear (1), y era necesario con »esos 10.000 hombres contener una poblacion de »300.000 almas y detener un ejército inglés que iba »en algunos dias á ascender á 28 ó 29.000 comba-»tientes. Quedaba, es verdad, un recurso, el de em-»prender á través del Norte de Portugal y de Espa-»ña una retirada semejante á la de los 10.000, por »ciudades insurreccionadas y dejando miles de enfer-»fermos en manos de los portugueses, cubriendo los »caminos de muertos y moribundos. Se hubiera per-»dido así más de la mitad del ejército. Aquellas dos »resoluciones eran, pues, de ejecucion imposible. »Entrar en negociaciones con los ingleses, nacion »civilizada que sostenia los compromisos que toma-»ba, era de seguro un partido que no condenaba el »honor, sobre todo despues del combate de Roliça y »de la batalla de Vimeiro.»

Otro francés, por fin, aunque anglomano, el general Sarrazin, al referirse á aquel consejo de guerra de los de Vimeiro, dice que Delaborde propuso la retirada del ejército por Castello Branco y Guarda sobre Ciudad-Rodrigo y Salamanca hasta reunirse á Bessières, á lo que Kellermann habria contestado: «Todo cuanto puede esperarse, es que lleguemos á »Búrgos con la mitad del ejército.»

---

(1) Diez páginas ántes dice que eran 15 ó 18.000 hombres los disponibles, y rebajando ahora 2.000 por la bajas de Vimeiro, resultarian 13 ó 16.000.

Tenemos, pues, á los generales franceses del ejército de Portugal tranquilos respecto á haber dado satisfaccion al honor de sus armas, y convencidos de la necesidad ineludible de entablar negociaciones con los ingleses para la evacuacion de aquel reino.

Convenio de Cintra.

Eligieron en consecuencia de su acuerdo, que ya hemos visto que fué unánime, al general Kellermann para llevarlas á cabo; y aquel mismo dia se avistaba con los generales ingleses, cuyas tropas más parecian vencidas que vencedoras, segun estaban como clavadas en las mismas posiciones en que habian combatido el dia anterior.

Se encontraba ya en Vimeiro Sir H. Dalrymple, llegado aquella misma mañana; y así como Burrard dejara á Wellesley continuar dirigiendo la batalla que tan brillantemente habia comenzado, así el general en jefe, acudió al mismo para entablar y concluir con Kellermann la suspension de armas que éste solicitaba.

Tan astuto y hábil era Kellermann cómo valiente; y habiendo sorprendido algunas frases que los generales ingleses soltaron en su presencia revelando no creer bastante satisfactorio su posicion ante el ejército francés, logró arrancarles un tratado provisional todo lo favorable, más de lo que podian esperar Junot y sus subordinados en la precaria suya.

Acordábase en él: que el ejército francés evacuaria á Portugal para ser trasportado á Francia con sus armas, caballos, municiones y bagajes en buques ingleses, sin ser, por eso, considerado como prisionero de guerra; que los portugueses y franceses

establecidos en Portugal podrian seguirle llevándose sus bienes; que la escuadra rusa anclada en el Tajo continuaria en él como en puerto amigo, y no seria perseguida si salia al mar, sino en los plazos fijados por las leyes marítimas; que el Sizandro formaria la línea de separacion de los dos ejércitos no ocupando ninguno de ellos á Torres Vedras, y que las hostilidades, por fin, caso de no ejecutarse el tratado, no podrian romperse sino cuarenta y ocho horas despues de haberse anunciado por cualquiera de las partes (1).

Sorprendidos debieron quedar los generales franceses de la benignidad inglesa al escuchar de los lábios de Kellermann los accidentes y el resultado de su mision, tan felizmente acabada por el hábil negociador que aún habia llegado á arrancar de sus amables contrincantes el reconocimiento para Napoleon de la autoridad imperial que hasta entónces se habian negado á proclamar. Tan satisfecho como sorprendido, Junot, á quien alcanzó en Cabeza de Montachique el general Kellermann, entró en Lisboa á donde habia hecho trasmitir la noticia de una gran victoria con un oficio que Lagarde se apresuró á publicar entre salvas de artillería.

No logró, sin embargo, engañar á los lisbonenses que, por avisos de los patriotas de fuera y por los semblantes de los mismos franceses, comprendieron muy pronto los verdaderos resultados de la batalla de Vimeiro. El espanto que bien á las claras se manifestaba en cuantos se habian asociado á la

(1) Véase el apéndice núm. 5.

administracion francesa, y las precauciones que éstos tomaban para salvarse del furor popular y los invasores para impedir un movimiento que pudiera comprometer aún más su crítica situacion, eran signos más que de sobra para formar, además, un juicio completamente opuesto al que Junot trataba de infundir á los habitantes de Lisboa. La superchería no podia, con efecto, ser más grosera de lo que se queria hacerla. La vuelta del duque de Abrantes en los momentos en que todos habian de comprender era más necesaria su presencia al frente de un enemigo que, ya vencido, debia ser aniquilado: la vuelta de la artillería y de una gran parte de la caballería, arma esta última indispensable para acabar cumplidamente la victoria, y la noticia de las posiciones que tomaban las divisiones Loison y Delaborde. aquella en Mafra y ésta en Montachique, cubriendo, por consiguiente, las avenidas principales de Lisboa; la retirada de la legion hannoveriana, situada en Santarem, y la larga fila de los carros en que llegaban los heridos, más tristes cien veces por la consideracion del vencimiento que por la pérdida de su sangre generosa, ¿cómo habian de representar un triunfo? ¿A qué, de otro modo, el contínuo patrullar por la poblacion de las tropas destinadas ántes á la sola custodia de la ciudadela? ¿A qué la variacion de posiciones en los buques de guerra para amenazar de un lado á la ciudad y del otro á los en que yacian los prisioneros? ¿A qué, en fin, la llamada de algunas de las tropas establecidas en la izquierda del Tajo, cuando se sabia que los insurgentes de Alemtejo, apoyados por cuerpos considerables de españoles,

ocupaban ya Setúbal y amenazaban los campamentos de Almada y Morfacem?

Todas las precauciones eran, efectivamente, pocas; y así como en la ausencia del duque de Abrantes sólo habia podido calmar los ánimos la opinion favorable que en Lisboa se tenia del general Travot, así al regreso de aquel aborrecido caudillo fué necesario el conocimiento de los tratos que anunciaban la próxima salida de los franceses para que no estallara en la ciudad la explosion de la rábia que habian inspirado con sus robos y atropellos. Eso daba esperanzas de que las estipulaciones acordadas en Vimeiro llevarian las cosas á un término feliz, cuando la noticia de que se oponia á ellas el almirante de la escuadra inglesa hizo temer un nuevo rompimiento de las hostilidades.

Dificultades para su ejecucion.

El almirante Cotton, que se mecia en la halagüeña esperanza de apoderarse de la escuadra rusa y de los trasportes que estacionaban en el Tajo, no podia soportar la idea de que se le escapase una presa tan codiciada y segura en plazo más ó ménos corto. Y con una resolucion, al parecer, inquebrantable, manifestó que no podia aceptar las bases que en el convenio se habian establecido respecto á un punto que creia no deberse acordar sin su aquiescencia.

Afortunadamente Siniavin, que no habia accedido á las proposiciones de Junot para tomar parte en la defensa de Lisboa, no propenso tampoco á mezclar con los intereses de la Francia los del Emperador, su amo, se puso á negociar con el almirante inglés; con lo que facilitó sobremanera el desenlace de un drama que comenzaba á entrañar nuevas y, si

cabia, más grandes complicaciones. El ejército inglés, reforzado con el cuerpo de John Moore que desembarcaba en Maceira, tomaba posicion en las márgenes del Sizandro y se disponia á avanzar hácia Lisboa; el general Freire que, segun ya hemos indicado, al tener noticia del combate de Roliça avanzó en apoyo de Wellesley hasta Lourinhã, se trasladaba á la Encarnacion, ya cerca de Mafra; y Bacellar, evacuado Santarem por los hannoverianos, permanecia en la ribera del Tajo, disponiéndose á ejecutar la órden de correrse por ella hácia las posiciones francesas. Toda la masa de los ejércitos aliados de la derecha de aquel rio iba, pues, á abalanzarse contra las tropas, no poco desmoralizadas, de Junot; y los insurgentes del Alemtejo y las tropas españolas que los acompañaban, á las que Cotton queria añadir una parte, la no desembarcada todavía, de las de Moore, impedirian todo intento de retirada por la orilla izquierda; con todo lo cual debian esperar los generales ingleses no dejaria á sus contrarios ni duda de un triunfo inmediato, completo y decisivo.

La retirada de los franceses por Alemtejo era lo que preocupaba principalmente á Sir Hew Dalrymple y sus tenientes; y áun cuando pareciese inconcebible, consideradas la distancia que le seria necesario recorrer y la situacion de España, libre hasta el Ebro ya, era, sin embargo, el temor de que la emprendiesen lo que más inclinaba el ánimo de aquel general á acordar con Junot un convenio difinitivo.

Se orillan.

Ibanse, pues, orillando, aunque penosa y lentamente, las dificultades que presentaban por un lado

la obstinacion de los franceses, que se decian dispuestos á sepultarse en las ruinas de Lisboa ántes que comprometer el honor de sus armas, y el disgusto del ejército inglés, por otro, viendo escapársele de las manos un resultado tan glorioso como el de Bailén, resultado que le hacian esperar sus triunfos en Roliça y Vimeiro, los nuevos refuerzos que le llegaban y la situacion aflictiva de sus enemigos.

La habilidad de Kellermann y la flaqueza de ánimo de Dalrymple, aturdido con una victoria no debida á sus talentos y que temia se le escapara por falta de ellos, flaqueza comunicada á su representante en las conferencias el teniente coronel Murray, cuartel-maestre del ejército, acabaron por penetrarse, y el 30 de Agosto se firmaba en Lisboa la llamada *Convencion de Cintra* que tantas tempestades habia de producir en Inglaterra y su Parlamento.

No era, con efecto, para ménos.

Estipulábase en aquel célebre convenio militar, aprobado y suscrito inmediatamente por los generales Junot y Dalrymple; la evacuacion completa de todas las plazas y fuertes de Portugal, el embarque del ejército francés con armas y bagajes en direccion á los puertos del imperio entre Rochefort y L'Orient por cuenta y con trasportes del gobierno británico; la proteccion de los súbditos de la Francia y de las potencias sus amigas y el respeto á sus propiedades; la proteccion tambien de los portugueses adictos á la causa francesa ó que hubiesen servido en la administracion impuesta por el lugar-teniente del Emperador; la libertad de los españoles detenidos en los pontones; el canje de los prisioneros y la presta-

cion mútua de rehenes hasta el cumplimiento final del convenio. (1)

Aún tardaron algunos dias en llevarse á ejecucion cumplida las estipulaciones del convenio; dias de malestar y de disgusto para las tropas francesas que hubieron de permanecer en Lisboa esperando el embarque con mil precauciones y en un casi absoluto retraimiento.

Manifestaciones de los portugueses.

«En este tiempo, dice Da Luz Soriano, el ejército francés se concentró en Lisboa, estableciendo sus piquetes y guardias como si estuviese en presencia del enemigo, haciendo los centinelas fuego por la noche á cuantos se aproximaban á los puestos franceses. La Guardia real de policía cesó de funcionar y la ciudad se convirtió en teatro de desórdenes, de anarquía y de crímenes. A pesar de la presencia del enemigo, los habitantes daban bien claro testimonio tanto de su alegría como de sus deseos de venganza: llegó su furor á punto de rehusar la venta de provisiones á los franceses, negándose á toda relacion con ellos y haciendo construir á su vista millares de faroles para la iluminacion de sus balcones cuando saliesen del Reino. La mayor parte de las casas ocupadas por los franceses fueron señaladas por el pueblo; viéronse hombres que llevaban en sus sombreros listas de portugueses y franceses que deberian ser asesinados en la primera ocasion oportuna; llegando, sobre todo, el cuartel general de Loison á ser amenazado sériamente. No influyeron poco esa inquietud y desórden á que Junot se apresurase á

(1) Véase el convenio en el mismo *Apéndice* número 5.

querer entregar el castillo á las tropas inglesas, encargándolas del mantenimiento del órden. En medio del general murmullo que con tanta razon alzaban los portugueses contra las disposiciones de la convencion de Cintra, es un hecho el de que se negoció sin que en ella sonasen el nombre ni la autoridad del príncipe Regente, ó el de la Junta suprema que gobernaba en O'Porto en su ausencia. Los generales portugueses no tomaron tampoco parte en la discusion prévia del convenio, ó por su culpa, como declaró Dalrymple, ó por orgullo de este mismo general, cuya altivez para con los portugueses no se acordaba con su docilidad (doblez) para con los franceses que alcanzaron de él cuanto bien les pareció. (1)

Disgusto en Inglaterra

Las manifestaciones de disgusto fueron en Inglaterra más imponentes indudablemente para los firmantes de la *Convencion de Cintra*. Se comparó con la de Bailén; y en el paralelo quedó ésta tan por encima, que las muestras de dolor por un convenio que, al fin y al cabo, representaba una gran victoria, sobrepujaron á las que produjo la capitulacion de Buenos-Aires que recordaba una catástrofe trascendental y bochornosa para las armas inglesas. Orláronse de luto los periódicos; corporaciones respetabilísimas y sociedades políticas de grande influencia elevaron sus lamentos y quejas al trono, y el gobierno se vió obligado á sujetar á los generales que firmaron la *Convencion* á un juicio solemne.

Ejecucion del convenio.

Esto no impidió en nada su ejecucion; y quince

(1) Ya hay historiador que dice que los generales ingleses creyeron no deber consultar con los que no les habian ayudado á combatir á los imperiales.

dias despues, reunidos los trasportes necesarios en Lisboa, comenzaba á embarcarse el ejército francés con todo su material de guerra, caballos y equipajes.

La guarnicion de Elvas, resistiendo la entrega de la plaza á un cuerpo numeroso de españoles que la sitiaba desde los primeros dias de Setiembre, se retiró al fin al fuerte de La Lippe, y se mantuvo en él hasta la llegada de un regimiento inglés á quien fué entregado, trasladándose los franceses á Lisboa para pasar á su pátria en una segunda expedicion.

El gobernador de Almeida mantuvo tambien la plaza contra los portugueses, que la tenian bloqueada, hasta entregarla á tropas inglesas. La guarnicion pasó á O'Porto, donde, sin la intervencion del coronel Sir Robert Wilson, que estaba allí organizando la Legion Lusitana que tanto se distinguió despues en la guerra peninsular, hubiera sido sacrificada por el pueblo, empeñado en asaltar las naves inglesas á que se habia refugiado. (1)

Así terminó la campaña de Portugal en 1808: campaña memorable como la de España, si no tan gloriosa por haberse ejecutado con fuerzas que no arrancaban del suelo pátrio, áun cuando en él brotasen los mismos sentimientos de amor á la independencia que habian producido las hazañas de Valencia y Zaragoza, del Bruch y de Bailén.

El mismo espíritu reinaba en toda la Península: de igual manera se habia revelado en Traz-os-Montes y La Beira, en Algarbe y Alemtejo que en las

(1) Véase el apéndice número 6 con el estado de las tropas francesas embarcadas en Lisboa.

provincias españolas; y si en éstas habia sido más afortunada la sublevacion nacional, más que á superior esfuerzo y á más grande entusiasmo, debia atribuirse á recursos más cuantiosos y á medios más poderosos de resistencia á la procaz é injustísima invasion de que eran objeto.

Nosotros no cometeremos la injusticia de calificar con un historiador francés aquella campaña de *muy ventajosa para los portugueses y tan gloriosa para los españoles;* porque gloria y no pequeña corresponde á los heróicos mártires de Villaviçosa, Leiria y Évora, y gloria, y grande y perdurable, á los que en Faro, en Castro d'Airo y en Coimbra, sin organizacion, sin jefes militares y sin armas, supieron escarmentar á sus hasta entónces invencibles enemigos.

CAPÍTULO II.

La Junta Central.

Situacion de España despues de Bailén.—Idea de una Junta central.—Asesinato de Viguri.—El Consejo de Castilla.—Rivalidades de las Juntas.—Pretendientes á la Regencia.—Residencia de la central.—Entrada de los ejércitos en Madrid.—Proclamacion de Fernando VII.—Primeras guerrillas en el Norte.—Rivalidades de los generales.—Reunion de la Central.—Su presidente.—Jovellanos—Garay.—Primeras providencias de la Central.—Consejo de generales.—Su plan de campaña.—Discordia entre Castaños y Cuesta.—Ministerio de la Central.—Seccion de guerra en la Central.

Al terminar el segundo tomo de esta obra, narramos los acontecimientos militares que se habian sucedido en España como primera é inmediata consecuencia de la admirable batalla de Bailén.

Situacion de España despues de Bailen.

Los ejércitos cuyas fuerzas y valor se habian estrellado en las tápias de Valencia y Zaragoza y los que en Castilla, áun victorioso el uno, miraban con recelo ó con asombro las oscuras montañas á cuya espalda sabian que brotaba con, á cada dia, mayor esfuerzo, el entusiasmo de los españoles por su independencia, buscaban en el Ebro un valladar bastante

robusto á su debilidad. Los que en Gerona comprendieron el yerro cometido en los dias primeros de la invasion, no reservándose la guarda de aquellos muros que, como los de Numancia, habian de causar la humillacion de tanto y tanto caudillo hasta entónces admirado, y comprendieron qué pueblo era el que, áun traidoramente desarmado, tendrian que combatir en las quebradas de los Pirineos catalanes, se encerraban mústios y avergonzados en los muros de la inexpugnable Barcelona.

España, con excepcion de contadas provincias, quedaba libre de la invasion extranjera, sin auxilios extraños hasta entónces, y sin otros recursos que la indómita fiereza de sus hijos.

Pero entre éstos, una vez quebrantada la fúria francesa, surgió, con el deseo indudable de la union, la discordia siempre presente á todos los actos gubernativos de nuestra pátria.

Madrid, libre á los pocos dias de saberse la capitulacion de Bailén, convidaba á la instalacion de un gobierno que dirigiese con mano firme, así como las operaciones de la guerra, los asuntos generales de la nacion, abandonados en los primeros dias de una lucha que exigia accion tan sólo local, é inmediata y enérgica. Terminado ese período, y afortunadamente con un éxito que nadie en Europa presumia ni debia presumirse tan ejecutivo y glorioso áun por los más optimistas, las juntas provinciales, tan útiles hasta entónces por la necesidad de esa misma accion local é instantánea, constituian un principio de debilidad perniciosísimo para la terminacion completa de la guerra. La autoridad de aquellas juntas, por

más que algunas se arrogasen la *suprema* de la nacion, tenia que limitarse á las provincias donde se hallaban establecidas, habiéndolas que no podian ejercerla sino en pequeñas comarcas, hasta dentro del perímetro sólo de una poblacion, y no de las importantes de la provincia. (1)

Era el estado de nuestra pátria en el principio de la resistencia á la invasion francesa, el de una federacion llevada á un fraccionamiento esencialmente anárquico que, de continuar algun tiempo, habria de acabar, no sólo con la unidad nacional tan laboriosamente realizada, sino con el poderío todo colonial, con la importancia en todos sentidos, subsistente todavía, de España.

Idea de una Junta Central.

No faltaron hombres pensadores que comprendieran los males que de tal estado podrian originarse, y cayó sobre el público un verdadero diluvio de libros, folletos, epístolas y comunicados en que se hacian aquellos manifiestos, así como la conveniencia de prevenirlos con tiempo. En uno de aquellos innumerables escritos se pedia el llamamiento inmediato de las Córtes en el modo en que era de costumbre para la celebracion de las antiguas de Castilla; en otros se aconsejaba la creacion de un consejo de de regencia, segun el uso inmemorial en España; y los habia en que, para satisfacer las aspiraciones consideradas entónces como legítimas de las Juntas regionales, se tenia por lo más prudente y eficaz la

(1) Hizo mucho ruido por entónces la junta de Villanueva de la Jara, una de las que dieron su manifiesto sobre la eleccion de representantes para la Central.

formacion de una Central de gobierno en que se hallasen representados, así como los intereses generales de la nacion, los particulares de sus provincias.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de citar las publicaciones en que se debatia tan importante asunto, y mucho ménos recordando los fundamentos en que cada una de ellas hacia estribar el edificio de sus argumentaciones. Al debate general, establecido en la prensa, sucedió muy pronto el de las Juntas en sus sesiones, y no tardó en extenderse á las comunicaciones que, áun cuando no lo frecuentes que convenia al servicio general, mantenian entre sí las de las diferentes comarcas de la Península.

La primera en proponer la creacion de un centro de gobierno, representado por diputados de las demás de España, fué la Junta de Múrcia que en 22 de Junio, y en una carta circular dirigida á las provincias y ciudades de España, les decia: «Hagámonos »grandes y dominemos las pequeñeces que ocupan »los ánimos débiles sobre *superioridades*. Formemos »un gobierno sólido y central, á donde todas las pro»vincias y reinos recurran por medio de represen»tantes, y de donde salgan las órdenes y pragmáti»cas bajo el nombre de Fernando VII.»

La de Valencia, una vez libre de los cuidados y el peligro de la invasion, tan hábil como valientemente rechazada bajo los muros de la capital, por inspiracion de uno de sus vocales, animado, sin duda, con los progresos que en la opinion pública hacia el manifiesto de la Junta de Múrcia, dió el 16 de Julio á luz otro que, á pesar de la victoria recien conseguida, forma una de sus mayores glorias. «La

»Junta central, decia la de Valencia al terminar su »escrito, entenderá en todos los puntos á que no puede »extenderse la autoridad é influencia de cada Junta »suprema aislada, y en aquellos de que el interés »general exige se desprenda cada una para ganar en »la totalidad lo que á primera vista parece que pierde »en renunciar alguna fraccion de su soberanía, que »siempre será precaria sino se consolida y concierta. »Por lo mismo cree indispensable que la Junta cen»tral, compuesta de dos diputados de cada una de las »supremas comitentes, entienda y decida á nombre »de nuestro amado soberano Fernando VII, en todo »lo que se llama alto gobierno, paz y guerra, en la »direccion de las fuerzas combinadas navales y ter»restres, acuerdo de sumas precisas para la manu»tencion del ejército y marina, nombramiento de los »primeros jefes de ambos ramos, correspondencia con »las Córtes extranjeras y nombramientos de minis»tros y agentes en la carrera diplomática, expedi»cion de órdenes á nuestras Indias y colonias, y di»reccion absoluta de aquellos negocios con la eleccion »de sus empleados.»—«En cuanto á el lugar de la »residencia de esta Junta, Valencia, en favor de la »causa pública, renuncia los derechos que pudiera »alegar á serlo, y en esta parte nunca formará em»peño, deseando sólo una contestacion tan pronta »como es urgente é interesante la materia.»

De propósito hemos anteriormente omitido el demostrar con algun espacio la necesidad de un gobierno central, porque el manifiesto de la Junta de Valencia iba á revelarlo á nuestros lectores con la sola enunciacion de las principales atenciones en que

aquel habia de fijarse para el desempeño de sus altísimos y más urgentes destinos.

Pero en Madrid se mantenia aún el Consejo real ó de Castilla que, mudo en los primeros momentos de la liberacion de Madrid, creyó, con ocasion del asesinato de Viguri, poder entrar de nuevo en el lleno de sus antiguas funciones. La ocasion era, pues, propicia y el Consejo la aprovechó hábilmente.

Asesinato de Viguri.

Un criado á quien D. Luis Viguri, intendente que habia sido de la Habana, no bien quisto por sus conexiones con Godoy y la fama de su carácter duro y caprichoso, golpeaba con frecuencia, apela el 4 de Agosto al Tribunal del pueblo de tan bárbaro castigo, manifestando á la multitud que se agolpaba á la puerta de la casa, no sólo los procedimientos que con él usaba su amo, sino las opiniones de éste favorables á la causa de Napoleon. Las amenazas del populacho sacaron á Viguri al balcon, de donde, interpretándose mal los gestos que hacia para tranquilizar los ánimos y obtener el silencio que necesitaba para poderse sincerar, fué arrancado á poco, muerto y arrastrado por las calles.

Por grande que fuera la efervescencia que se sentia en Madrid desde la salida de los franceses, verificada, como nuestros lectores saben, cuatro dias ántes, alarmóse el vecindario con la tragedia de Viguri y, más aún, con la idea de encontrarse huérfano de toda autoridad, así militar como política. Madrid, por un fenómeno inexplicable en España y en circunstancias como aquellas, no se habia cuidado de lo que hasta los pueblos más insignificantes de la Península habian visto como de primera necesidad;

de la formacion de una Junta que velase por sus intereses y lo representara entre las demás dignamente.

El Consejo de Castilla se aprovechó de la inadvertencia y, como para devolver á las leyes su vigor y al vecindario de Madrid la confianza, se manifestó cual sino estuvieran interrunpidas sus antiguas facultades, publicando el 5 de Agosto una proclama encaminada, lo mismo que á impedir nuevos delitos, cual el asesinato de Viguri, á que su autoridad continuase respetada y en pleno ejercicio. Y de ahí remontó sus aspiraciones á la de dirigir la opinion pública primero, y despues á la de arrogarse las atribuciones que la ausencia del soberano legítimo obligaba á depositar en la nacion. Estas pretensiones produjeron, como era natural, indignacion y desprecio, á la vez, en las Juntas y en los generales á quienes el Consejo no vaciló en dictar órdenes y advertencias con el desenfado más imprudente. Celosas aquellas de la autoridad que creian haber conquistado á fuerza de valor y sacrificios, ¿cómo habian de someterse al Consejo, acusado, cuando ménos, de cobarde? Los generales, por depender de las Juntas, ó porque la victoria les hubiese constituido en árbitros de las fuerzas con que la habian alcanzado, al negar al Consejo su obediencia, lo censuraban amargamente y le dirigian recriminaciones á que él no podia responder con la energía que tiempos tan difíciles hacian necesaria. Sólo la Junta de Valencia se mostró benévola hácia el Consejo en un escrito laudatorio, leido en sesion del 8 de Agosto, en que, despues de una defensa calurosa de aquella corporacion

El Consejo de Castilla.

con la historia de sus orígenes, de sus trasformaciones y de sus servicios, se procuraba inculcar en el ánimo de los españoles la idea de lo conveniente que seria crear la Junta central de gobierno sobre la base de aquella corporacion. Pero hasta la Junta de Valencia retrocedió en su defensa al ver con cuán imprudente altanería dictaba ya el Consejo órdenes que la deprimian, considerándose, sin duda, y con el sólo apoyo de la misma, poder soberano y reconocido por la nacion entera.

El Consejo acudió entónces á la publicacion de un manifiesto sobre sus *procedimientos en los gravísimos sucesos ocurridos desde Octubre* del año anterior, manifiesto que vió la luz el 27 de Agosto, precedido de una carta, dirigida á las Juntas supremas de provincia, en que bien claramente aparecen las causas y el objeto de tan importante escrito: «Triste »cosa es, dice, y áun debe ser muy sensible á toda la »Nacion, que se haya puesto en esta precision á su »primer Tribunal; al cuerpo de toda su confianza; al »santuario de la justicia á quien respetaba la Euro»pa entera por las constantes, contínuas y repetidas »pruebas que tiene dadas en todos tiempos, en las »más críticas circunstancias, por largos siglos, de la »fidelidad más acrisolada á sus reyes y del celo y »amor más acendrado por la Pátria...» Y si trasparente se halla en este primer párrafo de la carta el motivo de un manifiesto tan detenido y fundado como el del Consejo, no lo está ménos en el penúltimo el objeto que se llevaba en su redaccion. Decia así: «Si con el manifiesto consigue el Consejo que no »quede provincia ni pueblo de esta monarquía donde

»no se reanime la confianza que siempre han tenido »en sus deliberaciones, y que hoy más que nunca »merece: si ésta ha de servir como puede al resta- »blecimiento del órden, á la deseada reunion de to- »dos, y al objeto glorioso que se ha propuesto la na- »cion; si á su consecuencia las Juntas supremas quie- »ren oir su voz, atender sus reflexiones, seguir sus »consejos, apreciar las observaciones que le facilitan »su práctica y los conocimientos generales que tie- »ne de todo el reino por razon de su instituto y cons- »titucion, debe volvérsele el honor por los mismos »medios con que se le ha tratado de quitar, hasta »reponerle en el alto concepto que gozaba en el »reino...»

El manifiesto no causó sensacion en los pueblos, acalorados, como estaban, con el sentimiento de intransigencia que, á no dudarlo, les habia dirigido á una victoria, sólo presumible para ellos, en su arrogante carácter. La tibieza era para los españoles alzádos en armas, traicion manifiesta; y los que, cogidos por su posicion oficial en las redes de la astúcia francesa, parecian contemporizar con el fin de mantener una sombra de administracion nacional, no eran para los demás sino cobardes instrumentos del Intruso, cien veces más perniciosos á la causa de la pátria que los descaradamente declarados partidarios de la dinastía napoleónica.

Ni ¿cómo habian de reconocer justicia ni conveniencia en la supremacia del Consejo, si las mismas Juntas se la disputaban entre sí, alegando cada una derechos en su concepto incontrovertibles? Los servicios indudables prestados por ellas; las rivalidades

Rivalidades de las Juntas.

de provincia, exagerando los méritos propios para aminorar los ajenos; y esa jactancia inseparable de nuestra raza, impelia á todas á pretender la autoridad general, y cuando ménos, á eximirse de la que otras quisieran imponerles, declarándose independientes hasta la constitucion de un gobierno central.

Entre otras, la Junta de Sevilla, no satisfecha con el título de Suprema que se habia arrogado el dia de su instalacion, dictaba órdenes cuya falta de cumplimiento irritaba á sus miembros hasta sugerirles providencias las más violentas. Contra la que más se ensañaron fué contra la de Granada, sin duda por un oficio, el de 24 de Julio, en que, comprendiendo la necesidad de un gobierno central, se adheria al pensamiento de la Junta de Valencia é invitaba á la de Sevilla á adoptarlo á su vez, en el concepto de que, de no hacerlo, propondria á las demás la ciudad de Múrcia como asiento de la central, en lugar de Sevilla, considerada como el más propio y conveniente en aquellas circunstancias.

Los sevillanos, mejor dicho, el conde de Tilly y los que le ayudaban en sus manejos, ansiosos de establecer la supremacía de su Junta, que seria la supremacía de ellos en los asuntos políticos de España, vieron con ira y con desprecio el oficio de Granada que, considerándose, por lo importante de los sacrificios que se habia impuesto, merecedora de respeto y deferencias que no se le guardaban, resistia el someterse á ninguna otra. Las contestaciones, en vez de dulcificarse con la victoria señaladísima que acababan de obtener dias ántes las tropas andaluzas, fueron agriándose á tal punto que faltó muy poco pa-

ra que la Junta sevillana decretase la marcha de una division que hiciese conocer su soberanía á la de Granada. (1)

No faltaron tampoco Juntas que buscasen en su más íntima union la fuerza que, de seguir separadas, sentian habia de faltarles; pero si fueran á desentrañarse las causas de esa comunicacion, ¡cuántas habian de parecer buscadas en los pliegues de corazones agitados por el rencor ó la envidia!

La Junta de Castilla se confundió con la de Leon cuando aquella hubo de huir de Valladolid despues del desastre de Cabezon; y la de Galicia las invitó á que se le reunieran para formar una que representase á las provincias del Norte. No pudo esto lograrse en toda la extension apetecida, porque Astúrias, que habia formado una nueva y no conservaba relaciones muy cordiales con la de Galicia, se negó á ello.

Las demás, sin embargo, perseveraron en su proyecto, quizás porque presidia á las castellanas el Bailio D. Antonio Valdés, enemistado por entónces con el general Cuesta, y hasta llegaron á celebrar sus reuniones en Ponferrada, de donde al poco tiempo se retrajeron á Lugo, poblacion elegida para punto de conferencias entre las juntas que abrazaba el proyecto de la gallega.

(1) Dice el conde de Toreno: «Presente Castaños y airado, á »pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento y dando una »fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: ¿Quién, »sin mi beneplácito, se atreverá á dar la órden de marcha que se »pide? No conozco (añadió) distincion de provincias; soy general »de la nacion, estoy á la cabeza de una fuerza respetable y nunca »toleraré que otros promuevan la guerra civil.»

Schèpeler atribuye la misma actitud á Saavedra.

El genèral Cuesta vió en aquel paso de las Juntas un ataque á su autoridad de Capitan general de Castilla, y en el desvío de Valdés un desaire á su persona, con lo que, y guardando para más adelante y ocasion oportuna el desagravio, tuvieron lugar en la inauguracion de la Central actos que revelaban una vez más la gangrena social de nuestra España, siempre trabajada por las disensiones intestinas.

Las demás Juntas obraban aisladamente sin pretender una soberanía que negaban á las otras; distinguiéndose la de Valencia, segun ya hemos hecho observar, no sólo por su desprendimiento político, sino que tambien por el de sus fuerzas que, despues de vencer en las murallas de la capital, fueron dirigidas, por un lado en persecucion del Mariscal Moncey y, por otro, al socorro de la todavía sitiada Zaragoza.

Con estos antecedentes, fácil es comprender el ningun efecto que en las provincias harian el manifiesto del Consejo de Castilla y los manejos de otra índole que se pusieron en juego por entónces en la vecina plaza de Gibraltar.

Pretendientes á la Regencia.

Ya en el primer tomo hicimos resaltar la coincidencia de que Palafox y Castaños fijasen en el archiduque Cárlos el derecho de sustituir en el trono al cautivo Fernado VII; y, á falta de aquel, fueron designados el príncipe de Sicilia y el infante D. Pedro. Ya que el austriaco no pudiese aprovechar tan propicias disposiciones, los Borbones dé las dos Sicilias, y hasta el duque de Orleans, se dispusieron, al conocerlas, á hacer valedero aquel nuevo derecho, ó presentes sus merecimientos para tan árdua como gloriosa empresa. Desairados aquellos en Lóndres en la

persona del príncipe de Castelcicala, su embajador y agente, enviaron á Gibraltar otro á quien Sir Hew-Dalrymple negó la autorizacion que deseaba en sus operaciones diplomáticas y hasta la permanencia en la plaza. Pero el dia ántes del en que el general inglés se embarcara para emprender la campaña de Portugal, descrita en el capítulo anterior, se presentaron en la bahía el príncipe Leopoldo, hijo segundo del rey de las dos Sicilias, y el duque de Orleans, ya citado. Y como Dalrymple persistiese en su accion contraria á los príncipes, ejecutando en un todo el pensamiento del gabinete inglés, más afecto, á ser posible, á una candidatura austriaca que á la borbónica no española, el de Orleans continuó su expedicion al Reino-unido para volver algo más tarde á Sicilia, burlados completamente sus proyectos; y el príncipe D. Leopoldo, esperando entablar inteligencias directas con los españoles continuó en el puerto hasta convencerse de que serian inútiles sus esfuerzos para regir un pueblo que no le conocia y necesitaba, además, hombres de más dotes y superior crédito que el suyo. Cansado de esperar diputaciones que nunca llegaban de Juntas ni de generales; sin que nadie hiciese caso de él ni en Gibraltar ni en las provincias inmediatas de Andalucía; mústio y aburrido, hubo, al fin, de volverse tambien á Palermo, convencido de que los españoles, privados de su monarca, ántes de pensar en otro, querian gobernarse por sí mismos fiando, así como en su valor, en la prudencia de sus prohombres. Sólo como un rumor se habia esparcido por Andalucía el de la formacion de una regencia en que el príncipe siciliano entraría

con el cardenal Borbon y el conde del Montijo, rumor á que nadie llegó á dar fundamento, como producto de intrigas que se atribuian á quien despues negó tantas otras como se le achacaron por su carácter revolvedor y turbulento. (1)

Andaban las voluntades muy discordes y en ninguna parte se revelaba la division como en las mismas Juntas, desde que se veian obedecidas y vencedoras.

En una cosa llegaron, sin embargo, á convenir; en que era urgente la formacion de un gobierno que las sujetase para hacer uniforme y eficaz la accion que consideraban indispensable al coronamiento de las resistencias parciales tan felizmente empeñadas. Y ya que se convencieron de qué ninguna de las Juntas habia de arrastrar á las demás á la obediencia y á la union de sus intereses, una trás otra, con mejor ó peor voluntad, con más ó ménos calor, fueron renunciando á sus pretensiones y adhiriéndose á la idea de un centro de gobierno en que todas llegaran á tener la representacion que merecian.

Residencia de la Central.

Mas por razones semejantes, si no iguales á las que retardaban, ya que no impedian, la constitucion de la Central, surgió á la vez la cuestion de localidad que no pocas de las Juntas se disputaban para asiento del nuevo poder. Y era que volvia á asomar la cabeza en aquella nueva conflagracion el antiguo espíritu de provincialismo que en la alárabe habia

(1) Y si no, véase el «Manifiesto de lo que no ha hecho el conde del Montijo, escrito para desengaño ú confusion de los que de buena ó mala fé le dicen autor de sediciones que no ha hecho ni podido hacer.»

hecho tan trabajosa y lenta la libertad de la pátria. Ya que reconociesen los pueblos la conveniencia de la unidad en el mando, cada uno queria ejercerlo de cerca y, sobre todo, ya por la razon de ser Madrid primer objetivo de la invasion francesa, ya con el pretesto de ser ciudad abierta é incapaz de defensa, querian todas arrebatarla aquel que, en sus impulsos á la federacion, tenian por injusto y odioso privilegio. No se tomaba en cuenta la dificultad de separarse del que siempre habia sido centro administrativo de España, ni se tenia en nada aquel novilísimo arranque del *Dos de Mayo*; chispa que, al saltar, áun siendo inmediatamente sofocada en sangre, habia logrado producir en España el incendio que iba á salvarla del yugo extranjero. Y resucitaron las discusiones inacabables de la situacion de Madrid para capital de la monarquía y los juicios sobre la eleccion de Felipe II, tanto en el órden administrativo como en el estratégico, ya con relacion al continente europeo como á las vastas posesiones ultramarinas: todo, más que tendencia á poner coto á un mal ya irremediable, inspiracion de los añejos rencores y del deseo de vengar en Madrid los actos de autoridad que, con la unificacion de la Península, habian creado un poder centralizador siempre é incontrastable hasta entónces (1).

(1) D. Miguel Agustin Príncipe, en su historia de la guerra de la Independencia, dice: «Nosotros en aquella ocasion nos hubiéra»mos francamente decidido por la adopcion de hechó y de dere»cho del régimen federal español; pero hubiéramos quedado ven»cidos, porque esa idea estaba en minoría, y los más de nuestros »políticos, temiendo condenar la Península á discordias perpétuas.

Ya que no pudiera conseguirse otra cosa, tal era la fuerza de la opinion pública, lograron los enemigos de Madrid que se eligiera á Aranjuez para asiento de la Junta Central, con lo que se creia, al ménos, separarla del Consejo de Castilla, á quien se seguia temiendo y odiando, y de las influencias de la que, hicieran lo que quisiesen, habian de seguir considerando como la capital y córte de las Españas. Fuera de, por establecerse en un palacio real y representar la Magestad del trono que en todo queria recordarse, Aranjuez tenia, como asiento de la Central, los defectos que Madrid sin ninguna de sus ventajas. Porque, como situacion estratégica ¿qué habia de significar? Carrion-Nisas, uno de los escritores más distinguidos de arte militar, dice que *el efecto de la ocupacion de Madrid no es tal que haya valido nunca la pena de arriesgar un regimiento por ocuparlo unos dias ántes* (2). Bajo el punto de vista militar, nada añadia el Tajo en aquellos lugares á la importancia que pudiera atribuirse á una orilla sobre la otra. Bajo el político y, sobre todo, el de la administracion, la distancia de Madrid á Aranjuez, corta y todo como es, habia de producir muchos entorpecimientos al gobierno.

Pero habia que satisfacer un escrúpulo federal

»y á una disolucion lamentable, optaron como más oportuno por »un poder uniforme y esencialmente centralizador.» ¿No se conoce en esto al Aragonés? Y sin embargo, no pensaban así Palafox, ni Florida-blanca, la Junta de Valencia ni la de Múrcia.

(2) En el «Essai sur l'histoire générale de l'art militaire,» el distinguido coronel francés trata la guerra de España, aunque en breves páginas, de una manera magistral.

para venir, como en los tiempos actuales, á dar una vez más la razon á lo que en administraciones anteriores tan acerbamente se criticaba; y Aranjuez obtuvo en España el privilegio que Versalles ha conseguido despues en la República francesa.

Hay que decir, sin embargo, que más que por los consejos de Florida-blanca y los escritos de los que en provincias proclamaban la desconveniencia de que se reuniese en Madrid, la Central se instaló en Aranjuez por casualidad y, mejor aún, porque la comodidad de los junteros los llevó á aquel sitio real, más á mano en su camino y con mayores recursos que Ciudad-Real y otros puntos designados por las provincias.

No seria, con efecto, muy agradable para los que acudian á la Junta el instalarse en Ciudad-Real ó Almagro, como proponian los sevillanos, ni en Ocaña, Toledo ó Talavera como aconsejaban otros, cuando tan cerca tenian á Madrid que, á lo cómodo de sus alojamientos y á las facilidades para el servicio administrativo, reunia la circunstancia de atraer casi todo el movimiento militar de aquellos dias.

Entrada de los ejercitos en Madrid.

El ejército valenciano, regido por el general Llamas en relevo del conde de Cervellon, separado del mando, como el más próximo por hallarse en observacion del Mariscal Moncey, establecido, como ya dijimos, en la Mancha, fué el primero tambien en presentarse á las puertas de Madrid. Esto sucedia el 13 de Agosto y con un entusiasmo de parte de los madrileños que sólo podia ceder al que diez dias más tarde manifestarian á los vencedores de Bailén. La entrada de los 8.000 hombres de Llamas fué á las

seis de la mañana; pero, á pesar de eso, todo Madrid acudió á Atocha á recibirlos; y cuando penetraron en la villa, las aclamaciones que ensordecian toda otra expresion de la alegría general que embargaba á la poblacion, y el apresuramiento que ésta mostraba por obsequiar y regalar á sus valientes huéspedes, como las fiestas que se les dedicaron, debieron probarles con elocuencia suma la gratitud que inspiraban su valor y sacrificios.

El ejército de Andalucía no llegó hasta el dia 23. La Junta de Sevilla habia querido que el general Castaños recibiese en aquella capital, y en el altar de San Fernando, el primer galardon concedido á la victoria acabada de alcanzar; y las aspiraciones, despues, de aquella corporacion y su controversia con la de Granada, dividiendo, además, el ejército, le impidieron el movimiento hácia Madrid, único acertado si habia de sacarse aún mayor partido de aquel señaladísimo triunfo.

Miéntras las damas sevillanas, adiestradas en el manejo de cañon, recibian á los vencedores con una triple salva y los coronaban de laureles, se perdia la ocasion de alcanzar un resultado, sólo imaginable en el estado de estupor en que la derrota de Bailén habia puesto á los franceses (1).

(1) Schépeler presenta en su libro un dato que vamos á traducir por lo curiosísimo. «Al aparecer, dice, en Madrid el ayudante de campo que Castaños habia permitido á Dupont enviar con la escolta de jinetes españoles, todos creyeron en aquella capital que el vencedor seguiria al mensajero, y Grouchy, para ganar algun tiempo, dirigió un edecan á quien creia pudiese ir delante de Castaños con despachos en que solicitaba una capitulacion para Madrid, para los franceses establecidos en la villa y los

Así trascurrió un mes, ántes de que pudiera Castaños ponerse de nuevo á la cabeza del ejército con cuya division de reserva aparecia en Madrid el 23 de Agosto. Pero no ya una ovacion como la ofrecida por los habitantes de la capital á los valencianos, sino que fué un triunfo, y notabilísimo, por lo expontáneo y ruidoso, el que obtuvieron las tropas anda-

»partidarios de José. Pero los despachos corrieron hasta Sevilla »para encontrar al vencedor. El 3 de Agosto se recibieron constituyendo el mayor triunfo para los andaluces, ébrios de alegria. »Quien no conozca la imaginacion de los españoles del Sur, no podrá concebir que se creyera realmente en Sevilla el que los franceses fuesen á esperar en Madrid al ejército andalúz, llegando á »cortas marchas para recibir los prisioneros; y, sin embargo, sucedió así, porque el general Castaños mandó á su Jefe de Estado »Mayor, D. Tomás Moreno, para acordar la capitulacion solicitada. »Este llegó á Madrid cuando José y Moncey estaban ya en Búrgos; »pero su viaje es sin disputa único en la historia militar, por cuanto »el Cuartel-Maestre general sólo perseguia como vanguardia al »enemigo fugitivo.»

El hecho es cierto áun cuando no lo haya mencionado ninguna otra historia. La estratagema de Gronchy es, por otra parte, verosímil cuando se lee con atencion la correspondencia del rey José, en cuyos despachos de 29, 30 y 31 de Julio, se observan expresiones como las siguientes: «Los ejércitos enemigos no disimulan su »objeto principal, que es el de hacerme prisionero;... Castaños habla de negociaciones...; el enemigo estaba en Madridejos el 29 al »amanecer; esta noticia me llega ahora mismo...; no dudo de que »Castaños trata de envolvernos ántes de que podamos reunirnos »con Bessières.»

En un libro que hizo publicar el general Castaños con las «Reales órdenes de la Junta Central Suprema... acerca de su separacion del mando del ejército de operaciones del Centro,» se encuentra el hecho perfectamente comprobado con el oficio del general Grouchy y la contestacion de Castaños, dada ésta, sin embargo, en la Carolina el 5 de Agosto, y no en Sevilla, como dice Schépeler. La contestacion la llevó, con efecto, á Madrid, el general D. Tomás Moreno.

luzas en aquella inolvidable mañana. La division valenciana las esperaba en el Prado, por el que, despues de orar en el templo de Atocha el general Castaños, se dirigieron los andaluces á la Carrera de San Gerónimo entre una multitud que les obstruia el paso, arrebatada de entusiasmo, ensordeciendo con sus aclamaciones frenéticas el aire agitado, á la vez, por el estruendo de la artillería, el tañer de las campanas y las armonías de las músicas militares. De los balcones, adornados con cuanto de más rico encerraban las casas, caian flores y versos sobre aquellos soldados, cubiertos tambien de trofeos, de los cogidos tan profusamente en Bailén á los *invencibles*.

El entusiasmo rayó en frenesí al pasar por el arco triunfal levantado junto á la casa de la villa, y al hacer en la plaza de Palacio los honores, ya que no á la persona, á la memoria de aquel soberano por quien se vertia tanta sangre y á quien se dedicaba tanta gloria como acababa de recojer la nacion española.

Proclamacion de Fernando VII

Al dia siguiente se celebró la proclamacion de Fernando con la pompa antigua por el Alférez de Madrid, marqués de Astorga, que con un lucido cortejo iba á caballo tremolando el estandarte real por los sitios de costumbre. En palacio dispuso el marqués del Villar una brillante recepcion, presidida por el retrato del soberano; y el Ayuntamiento y las autoridades rivalizaron en disponer fiestas con que obsequiar á las tropas y celebrar acontecimiento tan fausto como el de la libertad de Madrid.

Se fomentaba, á la vez, el alistamiento de voluntarios para la guerra, de los que Madrid dió un

número considerable que comenzaron inmediatamente su instruccion militar. Entre tanto, así el Municipio como los particulares, por medio de una suscricion que alcanzó sumas muy importantes, atendian al vestuario y al armamento de aquellos reclutas que pronto debian salir á campaña. Y no sólo para los voluntarios de la provincia, sino que para los de otras, para el equipo de un cuerpo de Dragones que el general Cuesta se proponia organizar, para el ejército de Aragon y aún para el socorro de pueblos que, como el de Venturada, habian sido objeto de las depredaciones de los franceses en su vandálica retirada, ofrecia Madrid recursos en dinero, caballos, monturas, en todo género, en fin, de auxilios (1).

Es verdad que apremiaban las circunstancias; Primeras guerrillas en el Norte.

---

(1) Se tasó el equipo de un infante en 500 reales; el de un jinete, en 1.000; el haber de aquel, en 6 reales diarios, y el de éste con su caballo, en 12.

Las suscriciones pecuniarias ascendieron sólo en Madrid á unos 6 millones.

Schépeler, dejándose llevar de una primera impresion, hace manifiesto su desprecio hácia la aristocracia española, á alguno de cuyos miembros presenta como donador de una brida, tan sólo, una silla de montar, etc...., sin querer observar que en aquellas *Gacetas* sobre que llama la atencion, aparece esa misma grandeza ofreciendo sumas de importancia. Se trataba de proporcionar á Cuesta monturas para un cuerpo de Dragones, y en la imposibilidad de hacerlas construir inmediatamente, cada uno regaló las de que podia disponer en su guadarnés. Así se reunieron en pocos dias 456 sillas y más de 300 bridas, suficientes casi para el objeto del general Cuesta.

Las suscriciones que, como se ve, se destinaban para cinco objetos distintos, no cesaron hasta la entrada de Napoleon en Madrid.

llegando noticias que cada dia se hacian más alarmantes de las provincias del norte, ocupadas por los franceses. Bilbao, sublevada el 6 de Agosto, era castigada diez dias despues con un rigor que no avergonzaba al Intruso, áun exagerando, como era costumbre en los suyos, el número de las víctimas; y las partidas y los pueblos que, levantados en derredor ó en el camino del invasor, se empeñaban en empujarlo al otro lado del Bidasoa, sufrian la persecucion más activa ó las depredaciones más vejatorias por parte de los enemigos. Como D. Tomás Salcedo, que dirigió la sublevacion vizcaina, fueron objeto de una persecucion incesante D. Luis Gil y D. Antonio Egoaguirre, que con gruesas partidas acosaban sin cesar tambien á las tropas imperiales hácia el Roncal y Valcárlos el primero, y por los valles de la ribera del Ebro, el segundo: y, como en Bilbao, (1) fueron inhumanamente sacrificados cuantos osaron mostrar intenciones hostiles en Tolosa y otros pueblos situados en las comunicaciones con Francia (2).

Rivalidades de los generales.

Perdíase, entre tanto, el tiempo que ántes se consideraba precioso para dar el golpe de gracia á la invasion extranjera; y sólo despues de reclamaciones muy vivas de la opinion pública, se decidian á conferenciar por sí ó por sus delegados los gene-

(1) El despacho de José al Emperador desde Miranda, fecho el 18 de Agosto, eleva á 1.200 el número de los españoles muertos en Bilbao. Es verdad que supone ser de más de 4.000 el de los sublevàdos.

(2) «Algunos han sido ahorcados en los caminos.» Despacho de José á Napoleon, 5 de Setiembre.

rales de los ejércitos que habian de operar en la línea del Ebro. Pero, al reunirse, la idea más prudente, la absolutamente necesaria para dar alguna cohesion á aquellas operaciones, la de la unidad del mando, provocaba la excision en el consejo de guerra celebrado el 5 de Setiembre. Bastaba que el general Cuesta la hubiese propuesto, para que sus colegas creyeran que la queria explotar en su provecho. Y era que, creyéndola prudente, se resistian á someterse á toda otra voluntad que no fuese la suya propia; considerándose todos con servicios, con méritos, con fuerzas y con representacion, por las que sus provincias les prestaban, para asumir el mando general del ejército.

¡Fatal division que, ingénita en los españoles, habia dispertado con más fuerza que nunca la constitucion de las Juntas provinciales!

Por eso urgía, y á cada momento más, la reunion de la Central, de donde podria imponerse á las demás y á los ejércitos un órden, imposible de otro modo, dejados á la iniciativa aislada de sus generales en jefe. Aun con ese espíritu de independencia inherente al carácter español, todos clamaban por la reunion de los centrales, temerosos, todos tambien, de que el plan concebido en el consejo de guerra que hemos recordado fuera, además de ineficaz por la discordia de sus autores, tardío, si pronto, muy pronto, no acudia el Gobierno nuevamente creado á remediar con la fuerza de un pensamiento homogéneo y la de una autoridad respetada en toda España, los males que eran de temer ante un enemigo activo, emprendedor y robusto de nuevo y poderoso.

Reunion de la Central.

Inauguró, por fin, la Central su gobierno el dia 25 de Setiembre. Compuesta en un principio de 24 vocales, se extendió luégo al número de 35, para dar cabida á dos de cada una de las Juntas y á los que algunas provincias ó capitales importantes, que carecian de ellas, necesitaban para su debida representacion.

Su presidente.

A consecuencia de acuerdos tomados en sesiones preparatorias de los dias anteriores, fueron nombrados, el conde de Florida-blanca presidente y Don Martin de Garay secretario general; eleccion universalmente aplaudida por lo acertada y digna. (1)

Los merecimientos indisputables del conde, la experiencia adquirida en tantos años como habia presidido al gobierno de la nacion, y con una felicidad que todos recordaban con la gratitud más grande, y el deber en que se consideraban de ofrecerle una satisfaccion por los agravios que tan injustamente le prodigara el desatentado valido de Cárlos IV, le llamaban con efecto á la presidencia, áun cuando las mismas cualidades que constituian su mérito y le habian dado fortuna y fama fuesen ahora un obstáculo, casi invencible, para la más eficaz accion en un gobierno de tiempos tan diferentes y de necesidades tan diversas de los tiempos y las necesidades de la España de Cárlos III.

El respeto á la autoridad, la gloria que rodeaba el trono, la abundancia de recursos y la grandeza de la nacion, daban á los gobernantes una serenidad de espíritu, un reposo y un vigor muy difíciles de man-

(1) Véase en el apéndice núm. 7, la composicion de la Junta.

tener y de desplegar cuando habian casi desaparecido de España tan útiles y preciados elementos. Florida-blanca, hombre docto, de rara energía, de experiencia larga, hombre de Estado, en fin, encontraria, á los diez y seis años de su alejamiento de los negocios políticos, una sociedad bien distinta por cierto de la que tan felizmente habia dirigido, y un país con ménos recursos, pero con aspiraciones más altas que las modestas con que lo habia dejado. Y su espíritu autoritario, resultaba despotismo; sus principios conservadores aparecian como una tendencia al retroceso; su energía era llamada terquedad, y su talento rutina, por los que veian en lo porvenir las elasticidades políticas y los equilibrios como la dinamica de la gobernacion en los Estados.

Por eso ofrecia tanta utilidad en la composicion de la Central D. Gaspar Melchor de Jovellanos, hombre más moderno, por decirlo así, en sus ideas políticas, tambien respetado por su ilustracion, sus servicios y padecimientos. Jovellanos.

Pero, por lo mismo, apareció inmediatamente en la Junta el principio de una discordia que no tardaria en provocar la lucha de los principios que representaban el Conde y Jovellanos, y en que al lado de uno ú otro sostendrian los demás indivíduos, si ignorados la mayor parte en las regiones de la política, importantes no pocos por su posicion social ó su influencia en las provincias de que procedian.

Ya hemos dicho que la eleccion de Florida-blanca para la presidencia de la Junta suprema central gubernativa del Reino fué muy aplaudida, así como la de Garay para la secretaría general, donde no po- Garay.

dria ménos de prestar grandes servicios quien reunia á un talento claro y penetrante, mucha práctica y asombrosa expedicion en los negocios públicos.

Primeras providencias de la Central.

No lo fueron así las providencias con que empezó á revelar su accion la Junta; pues, refiriéndose á los distintivos, honores y emolumentos que habrian de disfrutar sus miembros, aparecieron éstos como más ocupados en fútiles ó interesadas tareas, que en el servicio cada dia más urgente de la pátria (1).

Mal podian neutralizar este mal efecto las medidas que á éstas siguieron, la suspension de la venta de manos muertas (2), la de la libertad de imprenta establecida por la fuerza misma de los acontecimientos, el nombramiento de Inquisidor general y otras que, siendo resultado de la preponderancia de Floridablanca en la Junta, alejaban la esperanza de que en el gobierno prevaleciesen las ideas de tolerancia que ya muchos anhelaban ver planteadas en el campo de la política.

Así es que el vencimiento confesado por el Consejo de Castilla al intentar la reivindicacion de sus atribuciones y al requerir á la Junta en el cumplimiento de las antiguas leyes, referentes á los interregnos, no bastó para devolver á los centrales la confianza que en ellos depositaran sus comitentes;

(1) Dióse á la Junta tratamiento de Magestad, al Presidente el de Alteza, y á los vocales el de Excelencia; se creó una placa con los dos hemisferios en su centro para distintivo de todos, y señaláronse el sueldo de 120.000 reales, el mayor conocido entónces y despues para los funcionarios españoles en la Península.

(2) La de Obras Pías habia sido el 4 de Junio decretada por la Junta de Sevilla.

y cuando vió la luz pública el elocuentísimo manifiesto de 26 de Octubre, se tuvo por ineficaz y tardío.

Era verdaderamente ineficaz, por que las medidas á que en él se decia iba á acudirse, presentábanse en gran parte como de ejecucion muy difícil, si no imposible de todo punto. Decia así en el párrafo destinado á enumerar los medios de accion que la Junta central consideraba necesarios para acabar la lucha con tanta gloria comenzada: «Debemos, pues, »ahora poner en actividad todos nuestros medios, »como si hubiéramos de sostener sólos el ímpetu de »la Francia. A este efecto ha creido la Junta que era »necesario mantener siempre sobre las armas qui»nientos cincuenta mil hombres efectivos, los cin»cuenta mil de caballería; masa enorme de fuerzas, »y desigual si se quiere, refiriéndola á nuestra posi»cion y á nuestras necesidades antiguas: mas de »ningun modo desproporcionada á la ocasion pre»sente. Los tres ejércitos que han de ocupar la fron»tera, y los cuerpos de reserva que deben sostener»los en sus operaciones y suplir sus faltas, absorverán »fácilmente el número designado: ¿y qué son él ni »los sacrificios que de necesidad exige, con la em»presa que nos proponemos y con el entusiasmo que »nos anima?»

Y, calculando despues los recursos que podrian arbitrarse para atender á los enormes gastos que tal armamento representa, decia tambien la Junta: «Pueden serlo ahora, y la Junta lo ha anunciado ya »al público, las grandes economías que resultan de la »supresion de gastos de la Casa-Real; las enormes »sumas que ántes se tragaba la insaciable y sórdida

»codicia del Privado; el producto de sus grandes »propiedades, y el de los bienes de los indignos es»pañoles que se han huido con los tiranos. Deben »serlo tambien las ventajas que sacará el Estado de »su libre navegacion y comercio, y de la comunica»cion ya abierta con la América. Deben serlo princi»palmente una administraccion de rentas públicas »bien entendida, y una arreglada distribucion de »contribuciones, á cuya reforma y órden aplicará la »Junta desde luégo toda su atencion. Pudieran agre»garse á estos arbitrios los auxilios que con genero»sa mano nos presta y seguirá proporcionando la »nacion inglesa; pero de estos auxilios que han ve»nido tan á tiempo, que han sido recibidos con tanta »gratitud y empleados con tan buen éxito, muchos »tienen que ser despues satisfechos y reconocidos »con la reciprocidad y decoro que convienen á una »nacion grande y poderosa. La monarquía española »no debe quedar en esta parte bajo ningun concepto »de desigualdad y dependencia con sus aliados.»

¿Se forjaria la Junta, con efecto, la ilusion de que pudiera llevarse á cabo tal armamento y hacerse efectivos los recursos que habia necesariamente de exigir en la próxima campaña? Podrian ofrecerse al servicio de la pátria hombres en suficiente número para sostener la guerra, nunca en el señalado por la Junta; pero sin los socorros y con los socorros de la Inglaterra, ¿dónde habria material para atender á las enormes pérdidas que áun á los más optimistas habia de representar una lucha que no dejaria de ser porfiada desde el momento en que Napoleon se propusiera labar la mancha que acababa de caer sobre

sus armas? ¡Cincuenta mil caballos! Demasiado comprendia la Junta la imposibilidad de reunirlos al intentar la compra de la mayor parte de ellos en el vecino imperio de Marruecos, áun cuando con la escasa fortuna que era de esperar.

Las economías, por otra parte, en lo que ahora se llama la lista civil, eran bien poca cosa, y ménos todavía lo que representaban los despilfarros y concusiones del Valido que, por mucho que gastase, sería muy poco al compararlo con las enormes sumas que representa el presupuesto de un ejército de medio millon de hombres. Lo que verdaderamente constituia un recurso considerable, seguro, era la comunicacion con las Indias, abierta de nuevo al reanudarse nuestras relaciones con Inglaterra. No así lo que decia la Junta deber serlo principalmente, la administracion bien entendida de las rentas públicas, porque si la guerra duraba, y era lo que debia esperarse, mal podria aquella establecerse de un modo útil y fructuoso para la nacion española, invadida de nuevo y quizás ocupada en una gran parte de ella.

Era tambien tardío el manifiesto, porque se habia dejado pasar un tiempo precioso que los enemigos aprovechaban con su diligencia característica; y al ver la luz pública, ya estaban desenvolviéndose en el norte los planes con que Napoleon intentaba desbaratar los descabellados de nuestros generales.

¿Cuáles eran éstos? Como ofensivos toca ahora que los describamos de la misma manera que en el tomo anterior expusimos los con que el César francés creyó someter en pocos meses la Península entera.

Consejo de generales.

Ya hemos dicho que el dia 5 de Setiembre se habia celebrado en Madrid un consejo de generales para fijar la marcha de las operaciones militares en la próxima campaña. Componian aquel consejo los generales Cuesta, Castaños y Llamas, y en representacion de Blake y Palafox, el duque del Infantado y Calvo de Rozas (1). Si no pudieron avenirse en la cuestion del mando en jefe, y ya hemos indicado tambien las causas, lograron ponerse de acuerdo en cuanto á la situacion de los ejércitos al iniciar las operaciones contra la línea francesa.

Su plan de campaña.

El general Llamas con el ejército de Valencia y Múrcia debia establecerse en Calahorra, dándose la mano con el de Palafox que ocuparia á Tudela y la cuenca inferior del rio Aragon. Las tropas de Andalucía se dirigirian á Sória, las de Castilla al Búrgo de Osma y las de Galicia á Aranda de Duero, sirviéndolas de reserva el ejército de Extremadura á cuyo jefe, el general Galluzo, se mandó acudiese inmediatamente para reforzar la línea del Duero. Porque, así como Napoleon se empeñaba en que su hermano cesara de su movimiento retrógado en la márgen derecha de aquel rio caudaloso, los generales españoles, que veian al mariscal Bessières en Búrgos con destacamentos considerables en Lerma y otros puntos aún más avanzados, creian que el primer movimiento debia encaminarse á limpiar de franceses

(1) Como Toreno, parecen Príncipe, Maldonado y los demás historiadores, ignorar quién representaba á Palafox. Cuesta en su Manifiesto no lo dice tampoco. Schèpeler manifiesta que era Don Lorenzo Calvo y los papeles de Palafox lo comprueban.

toda la tierra de Castilla hasta las Provincias Vascongadas.

Amenazadas las posiciones francesas de frente con las tropas andaluzas, castellanas, gallegas y extremeñas, y con las valencianas y aragonesas por el flanco izquierdo donde se apoyaban tambien las comunicaciones con el Imperio, Bessières tendria que retroceder, y con él, se retiraria tambien José, establecido por aquellos dias en Briviesca, Miranda y otros pueblos de la derecha del Ebro. El duque de Istria, el único victorioso de entre los generales franceses, temeria un desastre que lo pusiera al nivel de los otros, y pugnaria por acogerse á posiciones en que no fuera posible uno de las consecuencias del de Bailén. La correspondencia de José Bonaparte revela á veces esos temores; pero el movimiento proyectado en Madrid daba tiempo á los franceses para verificar su retirada desahogadamente, áun no queriendo combatir en Castilla, con sólo rechazar ó, al ménos, contener el empuje de los españoles por el lado de Aragon.

Por eso el Emperador no descansaba en la tarea de convencer á su hermano de la necesidad de apoyar su izquierda en Tudela y de reunir en uno y otro lado del puente las fuerzas y material con que se hubiese después de emprender la campaña en Aragon y sucesivamente el sitio de Zaragoza. Por peso que diera á esta opinion el génio del Emperador, confirmando, además, la que entre los españoles corria ya en la Edad Media en que se daba al puente de Tudela el nombre de *Llave de Aragon*, el rey José y su Estado Mayor se negaban á respetarla,

hasta que el combate de Alfaro les hizo ver el peligro que les amenazaba por aquel lado (1).

El plan de operaciones acordado por los generales españoles el 5 de Setiembre no podia, pües, ser de resultados decisivos ínterin la fuerza que maniobrara en el Ebro no bastase á arrollar las posiciones del mariscal Moncey en la extrema izquierda de la línea francesa. Y como eso era difícil, se pensó en otro que, si bien proporcionaba el fin primero á que aspiraban, el de que los franceses evacuasen la parte de Castilla en que todavía se mantenian, era ocasionado á los peligros más graves y trascendentales.

El ejército de Galicia, reforzado con el de Astúrias, con la esperanza de recoger en su camino las tropas que se decia tornaban de Dinamarca y áun algunas inglesas que desembarcarian en la costa de Santander, debia, con el nombre ya de «Ejército de la Izquierda,» encaminarse á amenazar el flanco derecho de los franceses para compelerlos á abandonar el territorio de Búrgos, ya que no á retirarse decididamente al otro lado de los Pirineos.

Los ejércitos de Andalucía y Castilla con las tropas valencianas que mandaba el general Llamas, compondrian el ejército del Centro que iria á operar en el Ebro desde Logroño á Tudela.

A su derecha maniobraria el ejército de reserva compuesto de las tropas aragonesas y de las que du-

(1) «Necesito, Señor, confesar que en los primeros momentos »no habia yo conocido toda la importancia de la posicion de Tudela.»—José á Napoleon el 4 de Setiembre.—No dice esto mucho en favor del talento militar del Intruso.

rante el sitio de Zaragoza y áun despues de él habian acudido de Cataluña y Valencia para hacerlo levantar.

El ejército de la izquierda seria mandado por el general Blake hasta la llegada del marqués de la Romana; el de reserva por Palafox, y el del centro por Castaños, á quien se confirió, además, la direccion general de las operaciones, no el mando en jefe, pues que sólo se recomendó á Palafox y á Blake el que se concertasen con él para obrar todos de acuerdo.

Los ingleses, que con el general John Moore se dirigian á España, acabada por completo la grande empresa de libertar á los portugueses de la dominacion francesa, marcharian con las tropas de Extremadura y áun algunas de Castilla sobre Búrgos para ligar las operaciones de Blake con las de Castaños en la extensa línea que iban á ocupar las de todo el ejército español.

El de Cataluña, por fin, con el nombre de «Ejército de la derecha,» operaria aisladamente en el Principado; y, para que lo hiciese con éxito, se le agregaron la division que sacó de Zaragoza el marqués de Lazan, las de Granada que conduciria en persona su general D. Teodoro Reding, las que la Junta de Valencia, acabado felizmente el sitio de la capital, confió al general Salinas, las libertadas en Portugal al llevarse á efecto la convencion de Cintra y las que de las Baleares trasladó á la Península el teniente general D. Juan Miguel de Vives, nombrado general en jefe en lugar del marqués del Palacio.

La fuerza de estos ejércitos componia, segun ve-

remos detalladamente en el capítulo IV, al reseñar la campaña, un total de 130.000 hombres de los que unos 6.000 de caballería y sobre 2.000 artilleros con 140 piezas de campaña.

¡Cómo, pues, lograria la Junta Central elevar el número de combatientes al de más de medio millon de hombres y 50.000 caballos, si en una época en que el entusiasmo no habia tenido motivos sino para aumentar y acalorarse, toda la fuerza que se podia haber reunido no pasaba de una cuarta parte de la que se pretendia poner sobre las armas!

Aun esa misma fuerza retardaba su marcha al teatro de las operaciones por falta de vestuario y de equipo que, por falta además de recursos, habian de proporcionar la munificencia de los particulares ó las cajas y almacenes de la Gran Bretaña, lo cual significaba una provision lenta y tardía.

Es verdad que quedaban en las provincias armándose los pueblos, dispuestos los habitantes á imitar el ejemplo de los zaragozanos y gerundenses; pero cuidándose poco de buscar en robustas fortificaciones y en una organizacion verdaderamente militar las probabilidades, más que nunca necesarias, de una resistencia duradera y feliz. Los pueblos se mecian en esperanzas que no deberian ser halagüeñas en presencia de Napoleon; y la Junta Central, atenta á sus disensiones internas y á los intereses, no pocas veces encontrados, que cada uno de sus miembros representaba, no parecia, un mes despues de su instalacion, en estado de dar el impulso y el vigor que exigian las operaciones de la guerra.

Se habia creado una Junta militar encargada de

la direccion de la guerra, cuya presidencia se confió al general Castaños, al decir de algunos por lo que hubiera contribuido á la formacion de aquel gobierno; pero no es de las Juntas de donde suele emanar un pensamiento fecundo para las operaciones militares ni los vocales de la creada por la Central, como actores no pocos de ellos en las que comenzaban á ejecutarse, se sujetarian á los planes acordados con la fé y la energía que imprime la autoridad ya reconocida de un general en jefe.

Y si de esto fuera necesaria una prueba más evidente aún que las que habian proporcionado no mucho ántes las campañas de Italia y las más recientes todavía de Alemania, la encontraríamos en la lucha que iba inmediatamente á entablarse, donde ni brillaba el plan por lo acorde con los principios del arte militar, ni en su ejecucion resplandecieron la armonía y la abnegacion, ya que no podia exigirse la disciplina inherente á la unidad en el mando.

En el consejo de 5 de Setiembre habia asomado su cabeza la rivalidad entre los generales.

Discordia entre Castaños y Cuesta.

De entre los presentes, dos eran las personas en quienes pudiera esa rivalidad pronunciarse, los generales Cuesta y Castaños; Cuesta por su antigüedad, su carácter y el favor de que gozaba en el pueblo castellano á pesar de los reveses sufridos, y Castaños por la gloria de que venia rodeado desde su reciente triunfo en Andalucía y la fuerza que le prestaba la Junta de Sevilla, no reconocida por las demás como suprema pero sí respetada por lo feliz de sus esfuerzos. Y si bien disimulada en un principio, encubriéndose con la capa del recelo en provocar exci-

siones entre los jefes del ejército cuando iba á instalarse un gobierno central á quien tocaba deslindar las atribuciones de cada uno, no tardó en revelarse con las más desoladoras consecuencias.

La Junta de Leon habia nombrado para su representacion en la Central, además del vizconde de la Quintanilla, al Bailio D. Antonio Valdés, presidente que era de la de Lugo y á quien el general Cuesta atribuia, no sólo la reunion, en su concepto ilegal y sediciosa, de las de Castilla y Galicia en aquel punto, sino que tambien el olvido ó el desprecio de su autoridad como capitan general de los reinos de Leon y de Castilla. Al volver del consejo en que, sin escucharse su proposicion de dar unidad al mando de los ejércitos, se habian resuelto las operaciones que deberian ejecutarse por los de Andalucía y Castilla en la cuenca del Duero, supo Cuesta que el Bailio pasaria no léjos de sus cantones en direccion de Madrid, y dió á su segundo, el general Eguía, la órden de conducirlo preso al alcázar de Segovia.

Florida-blanca, apénas tuvo noticia del suceso, escribió á Cuesta desde el corral de Almaguer en camino para Ocaña, donde entónces trataban de reunirse los centrales, recomendándole la libertad del Bailio. Negósela Cuesta, no reconociendo en el conde autoridad alguna, ni como consejero ni cual indivíduo electo de la nueva Junta; siguiéndose á aquellas dos cartas, que llevan la fecha 16 y 17 de de Setiembre, otra del 18 en que ya tomaba parte en aquel asunto el general Castaños, bien como jefe de las tropas de guarnicion en Madrid y tratando de evitar el desasosiego público, bien *como fiel vasallo*,

esas eran sus palabras, y *ciudadano amante de la pátria*. La carta era altanera, y esa debió ser una de las razones que más influyeran para que la desatendiese Cuesta, con lo que, con mediar, tambien inútilmente, el consejo de Castilla, y con proseguirse la causa contra Valdés miéntras en Valladolid se elegian nuevos representantes para la Central, se hizo tan desagradable cuestion objeto de las primeras deliberaciones de la Junta al constituirse en Aranjuez. Puso en libertad al Bailio el conde de Cartaojal, ausente Cuesta de Segovia; y este general fué llamado á Aranjuez desde el Búrgo de Osma, donde se hallaba con las tropas de su mando, *para aclarar*, se le decia, *las dudas que pudiesen ocurrir sobre la causa* motivo de aquella inoportuna cuestion.

Pero la discordia que, como hemos dicho, asomó su cabeza entre Cuesta y Castaños en el consejo del 5 de Setiembre, se recrudeció con la ingerencia del segundo de aquellos generales en un asunto en que realmente no debió nunca tomar parte alguna, tratándose de un colega, independiente, además, hasta entónces de toda autoridad gubernativa. Veia caer á su compañero de armas, jefe suyo no hacía mucho tiempo, en la desgracia del gobierno: ¡quién habia de decirle que no pasaria un mes sin que, blanco de la hipócrita política de aquella misma Junta central, hubiese de ir de pueblo en pueblo en medio de los peligros más graves para su persona, solicitando justicia y vindicacion para su honra militar!

¡Y qué de perjuicios no se originaron de la desgracia del general Cuesta! Su ejército, que reunia

unos 13.000 hombres de todas armas, puesto, primero, á las órdenes de Eguía, fué muy luego reformado y dividido y, puede decirse, disuelto; presentándose en Aranjuez y Madrid una nube de oficiales separados de las filas, sin atreverse á regresar á sus hogares por miedo de pasar entre sus conciudadanos por cobardes ó traidores.

Bien claro se ve por todo esto que no habia posibilidad de imprimir una marcha uniforme en la importantisíma de las armas, careciendo el gobierno de fuerza para acallar las rivalidades de los generales y de sobreponer á las de ellos la autoridad incuestionable que se buscaba como la más urgente necesidad en tan críticas circunstancias y habia sido causa, la primera, de su formacion.

Achaque es ese de corporaciones tan numerosas como lo era la Junta Central, donde, además de las dos tendencias que representaban Florida-blanca y Jovellanos, ejercian no pequeña y trascedental influencia la accion y los manejos de otros que, acostumbrados á hacerla pesar en las deliberaciones de las Juntas de provincia, no podian avenirse a servir entre filas en aquella. Tilly no se resignaba á la quietud; Calvo y Palafox hacian olvidar sus grandes servicios de Zaragoza desvirtuándolos con sus irreflexivas ambiciones; y Valdés, Garay, Riquelme con todo su mérito y todas las cualidades de su carácter, formando bandos opuestos al de aquellos, impedian en la Central la accion homogénea, enérgica y autorizada que las circunstancias exigian.

Ministerio de la Central.

Constituian el Ministerio, el Teniente general D. Antonio Cornel en el Despacho de la Guerra,

D. Pedro Ceballos en el de Estado, el Teniente general D. Antonio de Escaño en el de Marina, Don Benito Hermida en el de Gracia y Justicia y D. Francisco de Saavedra en el de Hacienda. Tres de estos ministros lo habian sido anteriormente, y todos eran personas de crédito en la Nacion; distinguiéndose, sin embargo, Saavedra y Escaño, respetabilísimos ambos, aquel por las peripecias de su anterior ministerio y los servicios prestados en la Junta de Sevilla, y Escaño, mas aún que por sus talentos y méritos militares, por su conducta en Mayo anterior, calificada por alguno de «*gloriosa hazaña de los incomparables Alava y Escaño*,» que depusieron, dice, su cíngulo militar antes que acceder á las solicitudes del Rey de las once noches (1).

Ninguno de estos Ministros era vocal de la junta «acreditando, decia el decreto de sus nombramien»tos, que cifra su mayor gloria en el desinterés de no »reservar los Ministerios para los indivíduos que la »componen,» medida sabia á la vez, puesto que, apartando á los Secretarios del Despacho de la arena política, les daba un ensanche y una independencia en la administracion, imposibles de otro modo.

La Junta se dividió en tantas secciones como ministerios; componiendo la de Guerra el Teniente general Marqués de Campo-Sagrado, muy amigo de Jovellanos, D. Francisco Palafox y Melci, á quien ya conocen nuestros lectores, D. Tomás de Veri, teniente coronel de las Milicias de Mallorca, el conde de Tilly, Seccion de guerra en la Central.

(1) D. A. A., Sacerdote, en el folleto «A los honorables vocales de todas las Juntas supremas de las provincias de España.»

D. Juan de Dios Gutierrez Rabé y D. José García de la Torre, estos últimos ajenos por completo á la carrera militar.

Si en el consejo de generales no habia medio de encontrar la armonía absolutamente necesaria á falta de una autoridad responsable de las operaciones que iban á emprenderse, no era la seccion de guerra de la Junta la que habria de poner un correctivo bastante eficaz á la discordia entre aquellos, ni remedio á los errores que pudieran cometer por su falta de pericia.

Luégo veremos el fatal resultado de esos errores y la eneficacia de la seccion para neutralizarlos. Entretanto, y ántes tambien de comparar las fuerzas de los españoles con las imponentes que venian del grande ejército francés á reforzar las que aún se mantenian en territorio nuestro con el Intruso á su cabeza, vamos á historiar las operaciones de aquella heróica division que, arrancada á la España para más y más debilitarla, halló en el patriotismo de todas sus clases medios y fuerza para regresar á la tierra natal en los momentos en que más necesaria era y podia ser más útil su presencia.

CAPÍTULO III.

La division del Norte.

Los españoles en Hamburgo.—Pasan á Dinamarca.—Posiciones que ocupan.—Ventajas de que disfrutaban.—Su disgusto por falta de noticias de España.—Romana envía dos oficiales á la Península.—Vuelve Llano.—El marqués de la Romana.—Mr. Robertson.—Proyectos de evasion.—Orden del juramento á José.—Conducta del Marqués.—Juran las tropas de Jutlandia.—Las de Fiónia.—Las de Langueland.—Jura el cuartel general.—Sublevacion de los españoles en Zeelandia.—Carta de Pontecorvo.—El subteniente Fábregues.—Su hazaña.—Llegada de Lobo.—Fábregues desembarca en Langueland.—Se traslada á Fiónia.—Contestacion á Pontecorvo.—Llamamiento de las tropas al cuartel general.—Conducta de Kindelan.—Zamora.—El Rey.—El Infante.—Algarbe.—Paso de las tropas á Langueland.—Permanencia en la isla.—Embarque para Suécia.

Los españoles en Hamburgo.

Dejamos á nuestros expedicionarios del Norte en Hamburgo y sus inmediaciones, ocupados en los ejercicios tácticos de las diferentes armas que componian la division.

Pronto rayaron en ellos á la altura de los cuerpos franceses más brillantes del ejército puesto á las órdenes del príncipe de Pontecorvo, mariscal Bernadotte, gobernador de las ciudades Anseáticas. (1)

Así pasaron el invierno de 1807 á 1808, muy con-

(1) «A pocos meses, dice D. José Agustin de Llano en un opúsculo muy curioso sobre aquella expedicion, compitieron en ellas »(paradas y revistas), los españoles con todos y en todos ramos; »y Villaviciosa brilló en la última por su aseo á pesar de que le »tocó formar al lado del regimiento de Caballos Belgas que tenia »1,000 plazas, y acaso era el más hermoso del ejército francés.»

siderados por aquel célebre general, que les mostraba la mayor predileccion, así como por los habitantes de la comarca, infatigables en proporcionarles bienestar y distracciones.

Pasan á Dinamarca.

La buena estacion, inspirando al Emperador, entre los vastos planes á que sin cesar se entregaba, el de la defensa de Dinamarca, ya que no le era dado acometer la conquista de Suécia, protegida por la clemencia del invierno y las escuadras inglesas que, por no haberse helado el Báltico, navegaban por él desembarazadamente, llevó á los españoles á aquella Península para, despues, pasar á las islas más importantes.

Al principio fueron la mayor parte de los regimientos establecidos en Jutlandia, donde los de caballería, con especialidad, llegaron, para observar el Cattegat, á latitudes que hasta entónces no habia alcanzado ninguna tropa de las españolas en el hemisferio boreal. Mas la marcha de los asuntos en España exigia, en sentir de Napoleon, una gran vigilancia y precauciones excepcionales sobre una masa tan considerable de tropas, cuyo espíritu levantado y arranques de independencia no habria dejado de hacerle manifiestos el Mariscal, que los admiraba mostrándose no pocas veces indulgente con los que no se cansaban de revelarlos en sus frecuentes contiendas con los franceses y demás soldados de aquel abigarrado ejército. Así que no tardó en variarse la situacion de los regimientos españoles; y en Junio de 1808, en cumplimiento de órdenes expresas y admirablemente detalladas del Emperador, fueron ocupando las posiciones siguientes:

Posiciones que ocupan.

Los regimientos de Astúrias y Guadalajara pasaron, aunque muy lentamente y con mil dificultades por la presencia de la escuadra inglesa en el Gran Belt, á la isla de Zeelandia y, en ella, al campamento de Roskilde junto á una residencia de los soberanos de Dinamarca y á ocho ó nueve leguas de Copenhague. Debió pasar con ellos una batería, pero lo corto de las noches en aquella estacion, la vigilancia de los ingleses y la dificultad de eludir su persecucion con barcos cargados de un material tan voluminoso, hicieron temer algun contratiempo y quedo en Fiónia.

En el puerto más considerable de esta isla, esto es, en Nyborg, se estableció el cuartel general del marqués de la Romana; y en él, y en el no lejano punto de Kierteminde, el primer batallon de la Princesa con la artillería, que ocuparon una posicion inmediata al cuartel general. Los otros dos batallones de la Princesa se acantonaron en Assens y Middlefaart, haciéndolo en el Pequeño Belt, frente á Jutlandia; Almansa daba la guarnicion á Odensee, capital de la misma isla de Fiónia, y Villaviciosa y Barcelona á Faaborg y Svendborg en la costa meridional y en la línea de Fassing Langueland, Laaland y Falster, comunicacion la ménos expuesta para pasar desde Fiónia á la isla de Zeelandia, y que habia seguido con éxito el regimiento de Guadalajara.

Los voluntarios de Cataluña se situaron en Langeland, posicion importantísima entre aquellas islas, por lo que merecia y obtuvo además, un fuerte presidio del ejército dinamarqués y el de cien granaderos franceses á las órdenes de un Comandante,

Mr. Gauttier, de toda la confianza del príncipe de Pontecorvo.

De los regimientos que habian quedado en Jutlandia, el de Zamora se estableció en Fridericia y sus inmediaciones con el general Kindelan, y en Aarhus, Rauders y Horsens los de caballería del Rey, Infante y Algarbe, áun cuando esparcidos en las aldeas y caseríos de la tierra y con destacamentos en otros puntos del continente ménos inmediatos que sus planas mayores al Pequeño Belt (1).

Ventajas de que disfrutaban.

En Dinamarca, como en Hamburgo, el ejército español disfrutaba de ventajas incomprensibles para la generacion militar presente. Además del sueldo y gratificacion de campaña, además de una habilitacion de marcha, desconocida ahora, y de las raciones siempre sanas y abundantes, nuestras tropas recibian de los Municipios la misma remuneracion que se hacian dar los franceses en todos los pueblos conquistados ó que ocupaban militarmente. Segun manifiesta el general D. Estanislao Sanchez Salvador, secretario allí del Estado Mayor del Ejército, en un escrito existente en el Depósito de la Guerra, todo subalterno, además del alojamiento y por sólo su manutencion recibia 4 ½ francos; el capitan, 9; el jefe de batallon, 18; el coronel, 30; con esa proporcion las

(1) Napoleon fué quien, sin olvidar el menor detalle, dictó las órdenes sucesivas en que se fué dando á nuestras tropas aquella situacion. En su correspondencia se encuentran todas ellas, y asombra cómo hasta en los más insignificantes pormenores tenia presente aquel génio singular el objeto que se habia propuesto al emprender la obra de destronar á los Borbones de España. No hay olvidada una sola de las precauciones que consideraba como necesarias para impedir la menor explosion de patriotismo en las tropas de Dinamarca.

clases superiores hasta el general en jefe, á quien se le daban 250, lo mismo que á Kindelan «á quien, dice, deseaban lisonjear de antemano por todos medios.»

Gozaban, pues, de un bienestar soldados y oficiales que sólo podia ser indiferente para españoles, jamás preocupados de su porvenir, pródigos siempre áun de lo que haya de costarles privaciones, rudos trabajos y sudor abundante. Bernadotte cuidaba con el mayor esmero de que no les faltase nada de lo que la codicia francesa se hacia proporcionar para sus soldados, y no perdonaba medio para halagar á los nuestros en su orgullo nacional y en su espíritu de personalismo. Su guardia de honor era, cual la de los Césares, de españoles, compuesta de una compañía formada de soldados y clases escogidas en el regimiento de Zamora y una seccion de 30 caballos del del Rey, y jamás se cansó en las revistas y en las marchas de manifestar la satisfaccion que le causaba la aptitud marcial, la disciplina y la resistencia de nuestros compatriotas.

Su disgusto por falta de noticias de España.

Pero ni aquel bienestar ni la predileccion del general en jefe, ni el afecto que llegó verdaderamente á inspirar, lograban desvanecer en la division española la preocupacion y el disgusto que producia la falta de noticias de la Península que nadie queria atribuir á otra causa que á la de un secuestro intencionado de la correspondencia privada.

Acrecia esa preocupacion y ese disgusto, la lectura de los periódicos franceses que revelaban en el gobierno de España mudanzas de una importancia que no cabia escapase á la penetracion de nuestros expedicionarios, á quienes la distancia y la carencia

de noticias directas se la hacian más grande, vital para la suerte de la pátria y la propia suya.

Ibase, de consiguiente, produciendo en los ánimos una ansiedad extrema; no tardarian en hacerse públicas y extenderse á la tropa las murmuraciones que ya en Hamburgo se escuchaban en boca de los oficiales; y de las murmuraciones al escándalo ya se sabe cuán corta es la distancia. El mismo marqués de la Romana no habia podido desechar los temores que de algun desastre impensado le inspiraba el silencio de nuestro gobierno, el del Generalísimo, sobre todo, á quien suponia en la obligacion de comunicarle cuantas novedades pudieran ocurrir, al conocimiento de las cuales le daba un derecho preferente lo excepcional de su posicion (1).

La entrada incesante de tropas en España, mal explicada áun conociendo el tratado de Fontainebleau, si se estudiaban con alguna detencion el número de ellas y las direcciones que iban tomando, y los rumores á que entre los mismos franceses daba lugar, sumian, por otra parte, al Marqués en un mar de dudas y de temores.

Romana envia dos Oficiales á la Península.

Así es que, al recibir la órden de trasladarse á Dinamarca y creciendo con ella los recelos sobre el estado en que podria hallarse la Península y el en que llegaria á verse la division de su mando, despachó

(1) Cuando llegó á Dinamarca la noticia de la revolucion de Aranjuez, eran 15 los despachos á que no habia recibido contestacion el marqués de la Romana. Hubo de reproducirlos por si el nuevo gobierno ignoraba lo que ocurria en su division desde Enero de aquel año; pero, áun así, las comunicaciones rarísimas que llegaron á sus manos, más que á la administracion del Ejército, iban dirigidas á la ejecucion de los planes del Emperador.

á Madrid con pliegos para el príncipe de la Paz á sus dos ayudantes de campo D. Luis Moreno y D. José Agustin de Llano que salieron de Hamburgo el 8 de Marzo de 1808, con el encargo, además, el segundo, de cerciorarse sigilosamente del estado político y militar de España y comunicárselo inmediata y personalmente.

Cuando, á pesar de las precauciones de la policía francesa, fueron abriéndose paso hasta las tropas españolas las noticias de cuanto en su país acontecia, el Marqués todavía pudo evitar que las murmraciones rompiesen la atmósfera de los acantonamientos con hacer llegar á ellos las que en el cuartel general de Bernadotte se escuchaban en son de crítica por la conducta de Napoleon, infundiendo la esperanza de que no iria en ella tan adelante que hiciera temer desastres irreparables. Era aquello cierto y lo era tambien que las cartas que por una rara ventura llegaban á algunos oficiales, ya por creerlas insignificantes, ya por descuido de la administracion de correos encargada de su exámen y secuestro, se leian con singular interés y muestras del mayor patriotismo en el alojamiento del marqués de la Romana (1).

Pero al regreso de Llano, acompañado del teniente coronel de Zamora y del coronel D. Martin de la Carrera, testigos de la jornada del Dos de Mayo, ya no cupo ocultar la gravedad de las circustancias que Vuelve Llano.

(1) Diez dias despues de la abdicacion de Carlos IV en Aranjuez, esto es, el 29 de Marzo, escribia el Emperador al mariscal Berthier que enviase á Pontecorvo el *Moniteur* de aquel dia y la órden de que tuviese secretas todo el tiempo que le fuera posible las noticias que contenia. «Es necesario, decia, ocultar á esas tropas el conocimiento de aquellos sucesos.»

atravesaba la Península. Trabajo estéril el de las órdenes generales de Pontecorvo para dar á conocer los sucesos de Bayona como ventajosos á la prosperidad de España y ventura de sus habitantes; solicitud, más que estéril, perniciosa la de buscar en los preceptos de la ordenanza la mordaza para las murmuraciones, el azote para el escándalo; cada canton de los españoles era un horno en que, al calor del patriotismo, se fundian todas las clases, todas las opiniones y todos los sentimientos en uno sólo, en un sólo deseo, pero ardiente y anheloso; el de la vuelta á las montañas nativas para en ellas vengar las depredaciones del extranjero. Decia despues D. José O'Donnell, ayudante de Estado Mayor: «Cuanto más »se esforzaban en persuadirnos que la España estaba »tranquila y dispuesta á gozar de la felicidad que »Napoleon la preparaba, tanto más preveíamos las »escenas de sangre, luto y desastres que se siguieron »á tan inauditos acontecimientos.» (1)

El marqués de la Romana.

Las órdenes, pues, de Bernadotte y las recomendaciones del marqués de la Romana no servian sino á enagenar á aquel las voluntades de que se habia hecho dueño y á comprometer la reputacion, con tantos servicios adquirida, de nuestro insigne compatriota. Por sólidamente que se hallara cimentada, era, con efecto, muy difícil mantenerla en toda la pureza ostensible que exigian aquellos tiempos en España, donde la menor apariencia de contemporizacion, una palabra ambígua, un sólo gesto bastaban

(1) Contestacion del teniente general D. José O'Donnell al interrogatorio de la comision de Jefes encargada en 1816 de escribir la historia de la guerra de la Independencia.

para acabar con el prestigio de un hombre, por caracterizado que fuese, y producir su desestimacion y su ruina. Nadie calculaba la responsabilidad de los que su anterior posicion ó los sucesos habian constituido en autoridad; nadie media distancias entre los encargados de velar por la salud de sus súbditos y los que no hallaban más traba que el propio peligro á la expansion de sus espíritus y á la manifestacion de sus opiniones.

El marqués de la Romana tenia que trasmitir las disposiciones de Pontecorvo, debia recomendar su cumplimiento y mantener la disciplina en los cuerpos; todos comprendian aquella necesidad y esos deberes, pero aún habia ánimos inquietos, espíritus á cuya impaciencia no se hallaban razon ni cálculo que resistieran. Las muestras, por otra parte, que Pontecorvo no se cansaba de dar al Marqués, de consideracion y de afecto, los lazos que le tendia para atraerlo á sus miras y quizás para, malquistándolo con sus soldados, sujetarlo al partido del Emperador, eran pretexto, ya que no causa real y fundada, en los más acalorados, á la murmuracion y á la calumnia. Y no daban poco pábulo á ellas la *Legion de Honor* que el Marqués llevaba al pecho y los regalos primorosos que todos sabian recibia del Príncipe; sin comprender que el desprecio de aquella condecoracion, tan estimada entónces, y la repugnancia ostensible hácia los obsequios del Mariscal, no podrian dar otro resultado que el de la desconfianza, primero, y el de precauciones, despues, que cerraran todo camino de salvacion al ejército (1).

(1) John-Jones dice en *Account of the war in Spain*, etc. que

La opinion general, sin embargo, era favorable al marqués de la Romana. Las altas dotes que poseia eran perfectamente conocidas de sus subordinados y, más que envidia y sospechas, causaban orgullo en la mayoría de ellos el respeto y las atenciones de los extranjeros, militares y civiles, que, por razon del servicio ó de consideraciones sociales, se las prodigaban en cuantas ocasiones se ofrecian. Distinguido en su porte, de una erudicion vastísima, animado del espíritu caballeresco que suele crear el estudio de la antigüedad, á cuyos héroes habia tratado de imitar así en las prendas de carácter como en la adquisicion y ejercicio de la fuerza y la resistencia físicas, si de algo, precisamente, cabia culpársele era de un odio exagerado á la Francia, sin duda por haber recibido la educacion primera en uno de sus colegios y comprendido la frivolidad y la altanería de sus habitantes. Era distraido hasta el extremo de cometer singularidades que sólo podian recibir tal nombre en persona de su instruccion y nacimiento, y llano en su trato al punto de permitir á su inmediacion influencias que algun dia podrian comprometerle. Como hombre de valor y de génio para la guerra se habia acreditado en la de la República, lo mismo en la campaña de los Pirineos Occidentales, donde se hizo notable por su arrojo temerario, como en la de los Orientales en que tanto habia contribuido á la brillante jornada de Pontos en Julio de 1795.

Pero tales proporciones iba tomando el desconto en las tropas de Dinamarca, que ni los anteceden-

---

se insinuó más de una vez al Marqués la idea de un principado en premio de su adhesion.

tes del Marqués ni la conciencia de los deberes que habia de imponerle su posicion, bastaban á cerrar imaginaciones tan acaloradas á la desconfianza. Sobre todo, desde el 24 de Junio, fecha del arribo de Llano y de la noticia oficial de la proclamacion de José Bonaparte como Rey de España, no fué posible contener ni con órdenes ni consejos á los oficiales y tropa en la manifestacion de sus patrióticos sentimientos (1).

Mr. Robertson.

Entónces paró miéntes alguno en aquellas naves que se gallardeaban á su vista, cuyo pabellon iban las noticias de España convirtiendo, de aborrecido, en simpático y amado, segun aquellas revelaban el cambio de relaciones entre la Inglaterra y España.

Precisamente en aquellos dias se presentó en Nyborg un sacerdote inglés que, valiéndose de un disfraz y con el pretexto de ofrecer al marqués de la Romana algunos objetos de comercio, logró, sin infundir sospechas, darle á conocer la mision que le habia confiado el gobierno de su país, la de facilitarle comunicaciones con la escuadra británica y, con ellas, el embarque de la division para España.

Proyectos de evasion.

Como es de suponer, el Marqués se mostró tan reservado y cauto, que Robertson temió por su vida. Pronto, empero, se convenció de que trataba con un hombre de honor, á punto de salir del alojamiento de nuestro compatriota encantado de sus nobles sentimientos, ya que no con seguridades de un éxito

(1) El mismo dia 24 de Junio y el 11 del mes siguiente, se circularon á los cuerpos órdenes anunciando la proclamacion de José y aconsejando la resignacion y la obediencia.

completo en el objeto de su visita. En la segunda estuvo ya más explícito el Marqués, pero sin adquirir compromiso alguno, receloso siempre de una asechanza por parte de los innumerables espías de que le tenia Pontecorvo rodeado. La acogida, áun interrumpido en la conversacion por un criado francés de la fonda en que se hallaba alojado, fué ya franca y hasta cordial, y bien lo comprendió Robertson por la que al atravesar la antesala le habian hecho los ayudantes y oficiales del Estado Mayor del general.

Animado con eso, procuró Robertson atraer la atencion de la escuadra inglesa á fin de que le enviaran un bote en que embarcarse; pero, sorprendido por los soldados dinamarqueses, hubo de recurrir á mil mentiras y pretextos para librarse de la garras de la policía. Quiso la suerte que al volver á la fonda, se encontrara en la escalera con el Marqués, quien le citó para el dia siguiente; y en aquella tercera y última entrevista le manifestó la resolucion de aceptar los ofrecimientos del gobierno británico, si se le presentaban ocasion y facilidades para ello. (1)

Robertson partió entónces para Hamburgo y

(1) «Así concluyó, dice Robertson en el libro recientemente publicado por su sobrino Alexander Clinton Fraser, mi última entrevista con aquel excelente y patriota caballero. Yo le dejé impresionado con la idea más elevada de su carácter virtuoso y digno y con sentimientos del mayor interés por el éxito de la empresa en que se habia comprometido; empresa tan ariesgada para él, tan fecunda en consecuencias inmediatas para su país y la causa de Europa »

Narrative of of a secret mision to the danish Islands in 1808 by the rev. James Robertson. Edited from the authors ms by his nephew. Alexander Chinton Fraser. London. 1863.

Bremen, donde logró dar aviso del buen resultado de su expedicion á Mr. Mckenzie que se hallaba en Heligoland con un objeto igual, pero sin esperanzas de alcanzarlo por la marcha de las tropas del general John Moore á España.

Por entónces tambien, y á consecuencia, regularmente, de las visitas de Robertson, pues no es posible fijar la época, se propuso por un ayudante del Estado Mayor un plan de evasion cuyos procedimientos no nos ha sido dable adquirir. Quien lo presentara al marqués de la Romana debió ser el teniente coronel D. José O'Donnell; así, al ménos lo indican él mismo, sin nombrarse, y el capitan de ingenieros D. Fernando Miyares que expresamente lo cita; pero, si no emanó el pensamiento del Mayor de Cataluña D. Ambrosio de la Cuadra, debió, al ménos comunicársele, puesto que en carta del 6 de Agosto decia á O'Donnell: «que en punto á plan, el mejor era, *como ya se lo habia manifestado en otra »ocasion,* apoderarse de la isla en que se hallaba (la »de Langueland), y que esto quedaba á su cuidado.» Parece que el Marqués creyó prematuro el plan; fuese porque esperara el resultado de la expedicion de Robertson, fuese porque la vigilancia de los autoridades dinamarquesas y de los agentes franceses hicieran imposible toda comunicacion con la escuadra inglesa. (1)

La acogida á Robertson y la presentacion de estos proyectos revelan, de todos modos, la voluntad

(1) Ni áun los parlamentarios ingleses eran recibidos en la costa. Todas las baterías tenian la órden terminante de despedirlos á cañonazos tan pronto como se acercaran los botes que los conducian.

de utilizarlos en el Marqués, y la confianza que inspiraba á sus inmediatos subordinados de que, encontrado el modo, no vacilaria el general en utilizarlo para la salvacion de sus tropas, y de que ni las distinciones del Emperador ni los obsequios de Pontecorvo alcanzarian á separarle de la senda que le marcaban el deber y sus sentimientos patrióticos.

Orden del juramento á José.

Así las cosas y en tal estado los ánimos, llegó á Nyborg un oficial de nuestro ejército, agregado al Estado Mayor francés, con la órden del mariscal Bernadotte para que los regimientos españoles prestasen el juramento de fidelidad á José Bonaparte que estatuía en su artículo VII la Constitucion elaborada en Bayona. Al mismo tiempo que Ciran, que así se llamaba el oficial portador de aquella órden funesta, salia del cuartel general francés don José Jacinto Franco, jefe de la guardia del Príncipe, con instrucciones dirigidas al mismo objeto para el general Kindelan. Los dos oficiales llevaban, además, la de observar la mayor reserva respecto á las comisiones que se les habia confiado, de manera que el marqués de la Romana ignorara las órdenes que se comuincaban á su segundo, á quien se le decia procediese inmediatamente á tomar el juramento de las tropas acantonadas en Jutlandia.

Si el precepto del juramento habia sido ordenado por el Emperador se ignora, no constando en su correspondencia otro mandato que el de la insercion en el *Moniteur* del código constitucional de Bayona. (1)

(1) Dice así el despacho de 9 de Julio al Príncipe Cambaceres: «Primo, os remito una copia de la Constitucion de España. Haced

No procedia la órden del rey José, puesto que la trasmitida por su ministro de Estado, D. Mariano Luis de Urquijo, desde Vitoria el 12 de Julio, no llegó á Middlefaart hasta el 1.° de Agosto, cuando ya el Marqués visitaba los cantones para recibir el juramento. Es, pues, de presumir que Pontecorvo, al observar el artículo VII en la Constitucion que hacian pública las columnas del *Moniteur*, creyó deber exigir inmediatamente su cumplimiento. Y para que entre las tropas españolas, cuyo espíritu no podia serle desconocido despues de tantas y tan significativas órdenes como se les habia pasado, no mediasen inteligencias que provocaran un conflicto, trasmitió las órdenes separadamente á los generales.

En la dificilísima situacion en que se hallaba colocado el marqués de la Romana, no sentiria, cuando llegase á su conocimiento, tal muestra de desconfianza, que no es poco lo que le honraba; pero si Pontecorvo creyó dar con ella un golpe de habilidad como los que más tarde habian de hacerle tocar la meta de sus ambiciones, los españoles, pocos dias despues, lo encontrarian desacertado y torpe, si no dirigido por la mano de la Providencia para la salvacion del ejército. Porque Kindelan, sin atender á que sólo por el conducto de su comandante en jefe debia comunicársele órden que, más que otra alguna, merecia orígen de mayor autoridad que el de un gobierno extranjero y el conducto que las ordenanzas prescriben, se apresuró á darla cumplimiento sin consulta

»que se imprima en el *Moniteur* en castellano. Fijad la atencion »en que, al fin, existe una aceptacion firmada por todos los seño»res de la Junta; cuidad de que se inserte tambien en él.»

alguna prévia, sin enviar siquiera á su jefe la noticia de irla á poner en ejecucion. El Marqués, de otro modo, hubiera tenido en tiempo hábil una prueba irrefutable de la desconfianza del Príncipe y, con ella, pretexto, mucho más, motivo y muy justificado para entablar una série de reclamaciones que dieran, quizás, espacio á los faustos acontecimientos que muy luego narraremos.

Conducta del Marqués.

Se ha calificado de muy diversos modos la conducta del marqués de la Romana en aquella ocasion tan difícil y azarosa. No basta el éxito, por elocuente que sea, para demostrar la habilidad en los procedimientos que se dirigen á engendrarlo. La casualidad, no pocas veces, y la fortuna, causas de accion, imprevistas muchas y cuya eficacia era desconocida, y algunas hasta el error que debiera producir una desgracia ruidosa, han conducido á resultados que se buscaban por muy distintos caminos, con nortes que se creian los más exactos.

La órden del juramento llevaba la fecha del 22 de Julio de 1808. Cuando llegó á Nyborg no ha sido posible averiguarlo, y son muy aventurados los cálculos de distancias y tiempo si se observa que no fué el correo ordinario ni un posta quien lo condujo, sino, como ya se ha dicho, un oficial que, por la confianza que en él tenia depositada el mariscal Bernadotte, podia muy bien llevar, además, la mision de examinar en el camino el espíritu de nuestros regimientos (1).

(1) Don Luis Ciran de Cavagnac era un emigrado francés que, sirviendo en el regimiento de Astúrias, lo habia llevado á su Estado Mayor el príncipe de Pontecorvo. Luégo diremos qué clase de persona era.

No pudiéndose fijar el dia de la llegada, no cabe la indicacion del número de los que mediaron entre aquel y el del juramento por el primero de los cuerpos que lo prestaron, intervalo tanto más importante de conocer cuanto que nos revelaria los grados de certeza que deberian concederse á la afirmacion por algunos de los expedicionarios, de haberse dirigido á Pontecorvo reclamaciones sobre aquella disposicion violenta é inoportuna. Bien meditado y discutido todo, creemos que no hubo tiempo para que, si efectivamente se hicieron, obtuvieran contestacion, hallándose el cuartel general francés á 40 ó 50 leguas, en Slesvig ó Rendsburgo.

En toda narracion de sucesos en que no el génio de la guerra ni la violencia de las armas, que harto patentes hacen su accion devastadora, sino el disimulo y el fingimiento, la habilidad política que ahora hemos aprendido á decir, toman una parte principal para el éxito, se encuentra un punto más ó ménos oscuro que dé lugar á muchas y diversas interpretaciones. Ese punto en la ocasion presente es el del juramento; y no es, por cierto, de los que ménos campo ofrezcan á las diferencias que producen tanto interés y forman el encanto de los hombres pensadores en el estudio concienzudo de la Historia.

Un hombre severísimo hasta la pasion, pero que, de haber quien certificase sus asertos, mereceria la fama de historiador notable, afirma, además de la precipitacion del Marqués en circular la órden del juramento, la existencia de una primera fórmula rechazada unánime y resueltamente por los regimientos españoles de Fiónia y Langueland. No estampa

esa fórmula, y omision tan grave hace suponer error, si no ligereza, muy de sentir en quien no vacila en lanzar su reprobacion sobre aquel documento incógnito. En el voluminoso expediente de noticias y datos oficiales formado para el esclarecimiento de aquellos sucesos, no se encuentra ni la más ligera reminiscencia de tal papel, y esto hace pensar si el respetable general D. Ambrosio de la Cuadra, á cuyo escrito nos vamos refiriendo, equivocaria las prescripciones de la ceremonia que se iba á celebrar con la redaccion de la fórmula con que habia de acreditarse el juramento.

Habia dispuesto Pontecorvo que á cada descarga de las tres que debian ejecutarse precediera un «Viva» al nuevo rey; y la trasmision de esta órden en el acta del juramento, así como la supresion posterior de ella por negarse los españoles á pronunciar vítores que tanto les repugnaban, podia dar orígen á la equivocacion del entónces sargento mayor de Cataluña.

Su severidad, no siendo así, le hubiera hecho estampar en su importante opúsculo la primera fórmula, como hizo con la definitiva y cuantos documentos podian perjudicar la fama de su general en jefe. Pero si todo esto es verosímil y hasta probable, hay un dato, decimos mal, un hecho que, si no descorre del todo, convierte al ménos en trasparente y diáfano el velo que cubria suceso tan importante como el de los juramentos en las tropas españolas de Dinamarca. Ese hecho es el resultado de la repugnancia que todas ellas mostraron á obedecer la órden de Pontecorvo, tal como debia estar concebida, re-

sultando que, á su vez, produjo las variaciones en la redaccion de la fórmula del juramento que él no quiso aceptar al tener noticia de ellas.

Juran las tropas de Jutlandia.

Ya hemos dicho que Kindelan recibió directamente la órden del Mariscal de manos del capitan D. José Jacinto Franco y que, sin dar aviso al marqués de la Romana de una disposicion tan grave, procedió á su cumplimiento. Su oficiosidad le arrastró, además, á hacer uso, no sólo de la autoridad que le daba el mando, aunque delegado, de los regimientos establecidos en Jutlandia, sino á suponer falsamente que el general en jefe, su Estado Mayor y los demás cuerpos del ejército habian ya prestado el juramento que se les ordenaba. Aun así, costó mucho arrancárselo; se produjo un grave escándalo; el capitan Franco, que trató de cortarlo, hubiera perecido á no huir precipitadamente; y, como dice muy bien D. José Agustin de Llano «á no haber tocado Kindelan tan delicados resortes de obediencia á su general en jefe y de amor á la opinion del mayor número de sus compatriotas, hubieran roto los límites del órden y se hubieran expuesto á los mayores desastres».

Se prestó, sin embargo, el juramento; y la ilusion que produjo en Pontecorvo la noticia, halagándole con la idea de que harian lo mismo las tropas de Fiónia y de Zeelandia, causó, á no dudarlo, su posterior descuido, y con él, la salvacion de nuestro ejército (1).

(1) Existe una historia de Dinamarca que supone en Berdadotte si no infidencia, no pequeña satisfaccion en la fuga de los españoles. No dió muestras de eso; pero su conducta en Awerstadt con el mariscal Davout y su traicion posterior harian suponerlo.

Las de Fiónia. En Fiónia dieron lugar las tropas á escenas que revelaban el mismo espíritu, pero ofrecian resultados de mayor gravedad.

Las compañías de granaderos de la Princesa, acantonadas en Nyborg, debian ser las primeras que prestasen el juramento en presencia del general en jefe.

Su coronel, el conde de San Roman, habia conferenciado con el Marqués; y entre los dos, con asistencia de algunos oficiales del Estado Mayor, el intendente y el auditor, se fijaron el ceremonial y la fórmula del juramento (1).

Formaron las compañías en un campo inmediato á la ciudad, al que, poco despues, acudió el marqués de la Romana con el Estado Mayor y varios jefes y oficiales que tenian su destino en el cuartel general. Dada lectura de la órden de Pontecorvo y del acta del juramento, la tropa se negó á prestarlo, á pesar de haberse suprimido por las reclamaciones de su coronel y oficiales la parte referente á los vítores que las instrucciones del Mariscal imponian. Despues de muchos esfuerzos por parte del general, de amonestaciones repetidas por la del Conde y de súplicas y ruegos por la de todos, los granaderos, con mil protestas, é imponiendo restricciones y variantes

(1) Don Ambrosio de la Cuadra atribuye la primera fórmula al intendente, Don Lázaro de las Heras, quien, dice, ejercia grande y funesta influencia sobre el Marqués. Don Estanislao Sanchez Salvador recordaba en 1818, que se redactó en casa de San Roman, y que éste y el Marqués lloraban al escribirle. Don Fernando Miyares creia deberse al auditor Don Miguel Paez de la Cadena

Contestacion al interrogatorio, ya citado, de la comision de Jefes, por D. Estanislao Sanchez Salvador, D. Fernando Miyares. D. José O'Donnell, D. Santiago San Miguel, el baron de Armendáriz y el conde de Fuente-Quinto.

de no escasa trascendencia, convinieron en jurar *lo que su coronel jurase.* «Aunque hicieron las tres des»cargas, dice un testigo presencial, parecieron he»chas por reclutas.»

Al dia siguiente, 31 de Julio, pasó el Marqués al campamento de Vindemaye, donde los artilleros juraron tambien lo que sus oficiales, con disgusto marcado y hasta resistencia, pero sin escándalo.

Más inquietos se hallaban los ánimos en Odensee. Se habia allí fraguado una verdadera conspiracion que el dia del juramento produjo sérios disgustos y que hubiera tenido muy graves consecuencias á no mediar luégo la habilidad del Marqués y la fortuna que todo lo iba disponiendo en favor de los españoles.

Eran perfectamente conocidas entre los dragones de Almansa las órdenes de Pontecorvo, las conferencias de Nyborg, la fórmula y sus variantes. Los oficiales habian celebrado una reunion, á la cual llamaron á otros de los cantones más próximos y en que se leyeron noticias sobre las escenas de los dias anteriores y hasta alguna carta procedente de la Península, escapada, como por milagro, á la vigilancia de la administracion francesa. Se habia acordado, despues de un ardiente debate, el negarse al juramento y, cuando no, imponer una nueva fórmula que se circularia á los cuerpos.

Cuando el Marqués se presentó á los dragones, los encontró, de consiguiente, prevenidos para la resistencia; y apénas se comenzó la lectura de la órden del juramento, la interrumpieron los gritos de «¡Muera Napoleon!» «¡Viva Fernando VII!» Presen-

ciaban el acto varios franceses, dependientes del ejército y, entre ellos, un ayudante de Pontecorvo que regresaba de Nyborg, donde habia entregado al Marqués una armadura de Versalles, notable por su valor y trabajo, que le regalaba el Príncipe. Así, el desacato no podia ser más público ni la injuria más provocativa; y creyendo el coronel de Almansa poder evitar su reproduccion ó imponerles un castigo, amenazó á los dragones con uno ejemplar é inmediato. Nunca lo hubiera hecho; porque contestando los más acalorades con propósitos de venganza y abandonando todos las filas, no fué posible someterlos á órden ninguno hasta su vuelta á Odensee (1).

No hubo, pues, allí ni juramento, ni descargas; y sin la intervencion de D. Francisco Antonio Conway, su sargento mayor, no es fácil calcular á dónde hubieran llegado los dragones de Almansa en su desórden y excesos.

Otro carácter presentó la resistencia al juramento del 3.er batallon de la Princesa y los zapadores en en Middellefaart. Estaban los zapadores fortificando un islote próximo del pequeño Belt, y decíase de ellos que iban á la formacion con municiones que se les habia prohibido llevar, con el ánimo deliberado de resistir el juramento y áun el de fugarse despues en botes á la escuadra inglesa.

Lo cierto es que, debiendo ser los primeros en jurar, se negaron rotundamente á hacerlo con tal gri-

(1) «Y habiendo tenido el coronel del cuerpo la imprudencia »de decir á la Romana: «Mi General, esto se compone fusilando »unos cuantos,» contestó un soldado desde las filas: «cuidado que »V. S. no sea el primero.»

Conde de Clonard.—*(Historia del Regimiento.)*

terío, que no fué posible entenderse con ellos. Pero la escena sublime, conmovedora, que afectó á todos los presentes, fué la que ofreció el batallon de la Princesa. Por un movimiento, no se sabe si convenido ó improvisado, oficiales y tropa rodearon la bandera y, fijando la vista en ella con actitudes á cual más elocuentes, permanecieron largo rato en el silencio más profundo. Grande fué la sorpresa que causó espectáculo tan nuevo, y el silencio se hizo general hasta que un cabo salió de la fila y dirigiéndose al marqués de la Romana con el arma presentada, dijo respetuosa pero enérgicamente: «Mi »general; mi compañía no jura á José ni á otro al»guno, sino á esa bandera, pues en llegando á Espa»ña veremos á quién representa.» (1) Y se volvió á la fila.

A pesar de aquella manifestacion, se leyó la órden y se dieron las voces para verificar las descargas preceptuadas en ella; pero, en lugar de obedecerlas, el batallon, con asombro general, descansó las armas tan silencioso y resuelto como ántes.

Tambien entónces hubo de recurrirse al conde de San Roman que logró hacerse obedecer, sin evitar, con todo, el que, ejecutadas las descargas y al desfilar hácia Middlefaart, los soldados de la Princesa

(1) Esta es la version general. Miyares cuenta que el cabo dijo: »Mi General, yo no quiero jurar; sé muy bien que el no obedecer »es un delito capital y me presento aquí para ser fusilado, porque »en tratándose del juramento, de ninguna manera obedeceré, mán»delo quien lo mandare.»

El húsar de Cantábria, Manuel Bustamante, en una Memoria de los servicios que prestó, dice que de cada compañía debian salir tres soldados á quienes sus camaradas encargaron manifestar, bajo pena de la vida, *que los españoles no reconocian otro rey que Don Fernando VII.*

comenzasen á disparar al aire con la algazara y el desórden consiguientes, fuego y escándalo que duraron hasta las doce de la noche.

En ella se recibió la noticia oficial del reconocimiento y jura del Intruso por la Junta de Bayona, la de su llegada á Vitoria, cuatro ejemplares de la Constitucion en que se estatuia el juramento y la órden de prestarlo. Aquella comunicacion iba firmada por D. Mariano Luis de Urquijo; era la á que anteriormente nos hemos referido de 12 de Julio, y el Marqués la trasladó á los cuerpos de la division acantonados en Fiónia y Langueland sin otra prevencion al pié que la de que se le acusara su recibo. Abrumador fué el efecto que produjo en nuestras tropas, cual en los náufragos la desaparicion en el horizonte de la blanca vela, única esperanza de salvamento. Mas no, por eso, desmayaron en su propósito de resistir el juramento; que es la cualidad más sobresaliente de la raza ibérica la de su pertinacia inquebrantable.

El segundo batallon de la Princesa, establecido en el puertecillo de Assens, inmediato á Middlefaart, se presentó en la formacion en tal estado de abatimiento que el marqués de la Romana y cuantos con él iban, sintieron á su aspecto la emocion más profunda. No por eso vaya á creerse que cedieron de su noble empeño, que áun con las amonestaciones paternales de su coronel, el conde de San Roman, y las del comandante Hore que los mandaba, sólo juraron lo que la Nacion reconociese y jurara.

Poca penetracion se necesitaba para comprender las consecuencias que aquellas escenas habian de

producir desde el momento en que llegasen á conocimiento del príncipe de Pontècorvo. El Marqués pensó en prevenirlas con una carta expresiva sobre el estado en que se hallaba la division, y las dificultades que, por ende, habian de encontrarse para reducirla á un acto como el del juramento.

Decíale que, sin embargo, poco á poco y con solicitud y celo, se iria superando una repugnancia que nada tenia, por otra parte, de extraña, siendo aquella ceremonia una cosa jamás practicada en el ejército español, y estar los ánimos con eso, con la falta de noticias de la Península y las muchas que los ingleses hacian esparcir, en una agitacion extraordinaria. La parte de aquella comunicacion donde el Marqués demostraba la habilidad á que más arriba nos hemos referido, era la en que, abandonando el tono defensivo, acusaba á uno que Llano llama *bribon de comisario francés*, residente en Odensee, nécio y petulante que se habia presentado á la mesa del general con armas, pretextando atropellos imaginarios y profiriendo amenazas ridículas. (1)

Así creyó el Marqués poder neutralizar el efecto que las noticias del comisario, y áun las de otros franceses, testigos de las escenas de Odensee, pudieran causar en el ánimo del príncipe. Si no lo conseguia, habia, al ménos, hallado la excusa que le era necesaria para disculpar la irritacion de los dragones

---

(1) «Este comisario, dice Llano, tuvo valor de hallar con la »mayor libertad en una mesa donde estaba almorzando S. E. y »otros varios oficiales. Oyó buenas cosas. Iba prevenido con una »pistola, y fingió que los españoles acababan de quererle atropellar su casa. Se convenció ser falso.»

en Odensee y el disgusto que en todas partes manifestaban los españoles.

Y el Marqués continuó la marcha á los demás cantones. Habia corrido en ellos la voz de la resistencia al juramento, y se iba haciendo cada dia más difícil el vencerla.

Con toda la influencia que el baron de Armendáriz ejercia sobre sus soldados, Villaviciosa redujo su juramento al que prestase la Nacion entera. Barcelona llevó más allá su oposicion; pues, al salir de Svendborg para la ceremonia, se desbandaron los voluntarios por un bosque próximo, del que costó muchísimo sacarlos, y prestaron el juramento al compás de la melodía fúnebre que tocaban las músicas de los catalanes en las ocasiones de ejecucion de alguno de sus camaradas.

Las de Langueland.

Cataluña, por fin, opuso en Langueland la misma resistencia que los demás cuerpos del ejército y juró con las mismas restricciones que ellos, *mucho más valientes*, al decir de D. Ambrosio de la Quadra, su sargento mayor, *que la negacion absoluta del juramento.*

Para quien no tuviera un corazon español dentro del pecho, cada paso en aquella revista de nuestros regimientos hubiera representado una amargura, cada ceremonia de las del juramento el espectáculo de un drama dolorosísimo. Que en el marqués de la Romana no debió su peregrinacion causar tales efectos, lo revela el que, pudiendo evitarla ó cortarla cuando aquellos comenzaran á dejarse sentir, ni lo hizo ni lo intentó siquiera. La impresion recibida en *Longs-Insul*, ¿no le inspiraria la idea de reconocer por

sí mismo el espíritu del ejército, por sí en ocasion oportuna le convenia explotarlo para los fines á que le convidaban la visita de Robertson y los proyectos de sus oficiales más adictos? Muy aventurado es el fundar un juicio tan trascendental sobre conjeturas; pero si se toman en cuenta esos antecedentes y se observa cómo el marqués de la Romana va disimulando lós que, de otro modo, tendria que reconocer y castigar cual desaires á su persona, cual insultos á su autoridad, y cómo hasta los disculpa al tener que darse por entendido de ellos ante el Mariscal, su jefe, no creemos salirnos demasiado de los límites de una crítica verdaderamente histórica al creer que en aquella expedicion tuvo no pequeña parte el pensamiento de conocer el espíritu de los regimientos y sus disposiciones para el caso de una resolucion extrema.

Muchos disgustos tuvo el Marqués que devorar en ella; pero el mayor indudablemente seria el que á su vuelta á Nyborg debió ocasionarle el juramento suyo y el de los jefes y oficiales de su cuartel general. Jura el cuartel general.

Vista la repugnancia de las tropas á suscribir la fórmula que se les habia impuesto y estudiado detenidamente el espíritu de las reformas que en ella habian introducido un cuerpo trás otro al pronunciar el juramento, se redactó uno nuevo en el Estado Mayor, al que, despues de su lectura por el Marqués, se adhirieron todos, firmándolo inmediatamente (1).

---

(1) Aquí se vé que aceptamos sin vacilar la idea de las dos fórmulas. Es imposible, de otro modo, explicar la repugnancia de las tropas á la que se les presentaba, ni la carta del Marqués á Berna-

Pero trascendió la noticia de aquella novedad al regimiento de la Princesa, y el coronel se presentó en el Estado Mayor y exigió la devolucion del acta que sus oficiales y soldados habian firmádo, para cambiarla con una semejante á la adoptada en el cuartel general. Con esto, se pensó en rehacer todas las de los cuerpos para que se hallasen conformes entre sí y con la que acababan de firmar el general y los oficiales de su séquito. (1)

dotte desde el puerto de Asseus. De Schépeler estampa una fórmula casi en los mismos términos que la definitiva, como exigida por el batallon de Cataluña en Langueland y dice que en Fionia prestaron tambien el juramento los cuerpos, pero con las mismas condiciones; «y esa, añade, era la disposicion general de todos los cuerpos, porque no hubieran jurado sin aquella restriccion.»

¿Que más prueba de que eran dos las fórmulas en concepto del historiador que hasta ahora ha presentado datos más fidedignos sobre la guerra de la Independencia? Los demás han escrito el suceso de Dinamarca tan sucintamente, que no han podido detenerse en sus pormenores, si es que tenian noticia de ellos.

(1) El general Don Estanislao Sanchez Salvador presentó con la contestacion al interrogatorio que tantas veces vamos citando, una copia del acta del juramento que le habia facilitado el despues coronel de la Princesa Don Julio O'Neill.

Dice así: «En el campo de *Longs Insul*, jurisdicion de la ciudad de Nyborg en la isla de Fionia, Reyno de Dinamarca, el dia 30 de Julio de 1808, á las ocho de su mañana, formado en parada con su bandera, el primer batallon del regimiento Infanteria de la Princesa, en virtud de órden del general en jefe de las tropas de S. M. C., el marqués de la Romana, se presentó S. E. acompañado de sus ayudantes de campo, el teniente coronel de caballeria Don Juan Caro y los capitanes Don José Agustin de Llano y Don Julio O'Neill, y del 2.° ayudante del E. M. Don José O'Donnell, comandante del 3.° batallon del regimiento de infanteria de Voluntarios de la corona, el intendente, ministro principal de de la real Hacienda, D. Lázaro de la Heras, (*) el auditor de guerra Don Miguel Paez de la Gadena y otros varios individuos de este ejército, y habiendo hecho notorio que S. M. el Rey Don José Napoleon I, entró en España el dia 9 del corriente dirigiendose á Madrid, que ántes de su salida de Bayona entregó á los individuos que componian la Junta congregada en aquella ciudad de órden de S. M. I. y R. Napoleon I, Emperador de los franceses y Rey de Italia, la Constitucion de 6 de Julio que leyeron en la

(*) Don Ambrosio de la Cuadra asegura que el intendente no asistió a esta formacion: «dijose, añade, que temeroso de lo que pudiera suceder.»

Si el espectáculo que ofreció el ejército español en Fionia era para admirar al mundo por la energía y patriotismo que representa en todos sus indivíduos sin distincion de clases, el de los regimientos de Astúrias y Guadalajara en Zeelandia se distinguió todavía por la violencia á que su situacion más comprometida, si cabia serlo, les empujaba, y el hallarse á

Sublevacion de los españoles en Zeelandia.

12.ª sesion y aprobaron individualmente; y que la misma Junta habia prestado juramento de fidelidad al rey, segun de todo le ha instruido S. A. S. el Sr. Príncipe de Pontecorvo, en oficio de 22 de este mes, previniendo S. A al mismo tiempo que á consecuencia de las órdenes que ha recibido, deben todos los indivíduos españoles del Ejército de su mando, prestar igual juramento, procedió el expresado general á recibirlo al referido batallon del regimiento de infantería de la Princesa en la forma siguiente.—Situado S. E. al frente de la bandera, mandó que los jefes y oficiales se reuniesen a su inmediacion y dirigiendo la palabra en alta voz, primero al coronel, y despues á los demás oficiales, instruyéndoles de las órdenes que ha recibido de S A. S. el Sr. Príncipe de Pontecorvo y de la Constitucion de 6 de este mes, aceptada individualmente por la Junta reunida en Bayona, el dia 7 del mismo, recibió á cada uno juramento y respondieron todos que: «*Como individuos del ejército de la Nacion española, de que formamos parte, y á la que deseamos siempre vivir y morir unidos; y creyendo que ella por medio de sus legítimos representantes, habrá con plena libertad prestado ó deberá prestar igual juramento que el que se nos exige, Juramos fidelidad y obediencia al Rey José Napoleon I, á la Constitucion y á las leyes.*»—Inmediatamente mandó el general que los jefes y oficiales ocupasen sus puestos en el órden de parada, y dirigiendo la voz á todo el batallon, instruyó á la tropa del objeto con que se hallaban formados, y les exigió igual juramento de fidelidad que habian prestado los oficiales: mandó el general que el batallon formase en el órden de batalla, y para mayor pompa y solemnidad del acto hiciese la tropa salva triple como se ejecutó.—En el mismo acto dispuso el general en jefe que se estendiesen estas diligencias por mi Don Ignacio Martinez Vallejo, coronel del regimiento de infantería de Voluntarios de Castilla y 1.er ayudante general del Estado Mayor, y que firmasen todos los jefes y oficiales, un sargento, un cabo y tres soldados, los más antiguos del batallon, y lo verificaron del modo siguiente—las firmas en blanco.»—Sigue el certificado del coronel Martinez Vallejo.

Llano y algun otro estampan en sus opúsculos fórmulas algo diferentes. La de Quadra es casi igual, pero sin el nombre del rey. Dice asi:......... .«solo asi juramos fidelidad y obediencia al rey, á la Constitucion y á las leyes.»

De Schèpeler pone la fórmula sin este último párrafo.

las órdenes de un general extranjero.—No contribuyó poco tambien al desórden en aquella tropa el carácter del emisario portador de las instrucciones de Pontecorvo que, al decir del conde de Yoldi, nuestro ministro en Dinamarca, no podria ménos de haber contribuido en mucho á la irritacion de los ánimos si en Roskilde se conducia con la arrogancia que en Copenhague. «Altamente desconceptuado en »su regimiento, privado de sus ascensos por su des»preciable conducta, ridículo y odioso hasta por sus »extravagantes exterioridades, era el objeto del ódio »de sus compañeros, por huir de los cuales, pudo ob»tener á fuerza de intrigas el ser agregado al Estado »Mayor francés bajo el pretesto de tener la facilidad »de los idiomas. Este sugeto, continúa D. Ambrosio »de la Cuadra, era el digno portador de la órden y »formulario, y cuya presencia, descrédito y presun»cion hubieran podido bastar para acalorar los áni»mos hasta el punto de cometer el desacierto que se »cometió.»

Ciran llegó á Roskilde el 30 de Julio, y á pesar de las representaciones del brigadier de la Vielleuse, que, mandando Astúrias, pedia tiempo para preparar los ánimos de la tropa, bastante agitados ya con las noticias de España, se dió la órden del juramento para el 1.° de Agosto, á las ocho de la mañana (1).

(1) El Capitan Fririon, del 8.° de línea, nieto del general, jefe entónces de las tropas españolas acantonadas en Zeelandia, dice en un opúsculo que ha publicado en 1872 con el título de «Relation de l'insurrection des troupes espagnoles detachées dans l'ile de Seeland sous les ordres du général Fririon en 1808.» que Dellevielleuse rogó al general francés difiriese la ceremonia para el lúnes á fin de tener tiempo de preparar los ánimos, y que así lo acordó Fririon. Este habia observado dias ántes en las fisonomías un vago

El continente de los dos regimientos en la tarde del 31, en la que, cual de costumbre, se reunieron para los ejércicios de instruccion, era en extremo alarmante. De la Vielleuse hizo los mayores esfuerzos para tranquilizar á la tropa, sobre todo á los granaderos de su regimiento que con gritos desaforados proclamaban la resistencia al juramento, su propósito de no obeder en adelante á ningun jefe francés y pedian el exterminio de los que se encontraban en Roskilde. Tanto se acaloraron los ánimos, que los ruegos y las amenazas del brigadier, más que para calmarlos, servian para encenderlos en el deseo de vengar en Fririon los ultrajes del Emperador y las órdenes de Pontecorvo, hasta que, atropellando todo, órden, obediencia, cuanto constituye en fin la disciplina militar, se dirigieron en tropel al palacio en que se alojaba el general francés. Afortunadamente se les anticipó de la Vielleuse y pudo contenerlos el tiempo suficiente para que Fririon se pusiese en salvo, trasladándose por un paso secreto á una iglesia inmediata, de la cual se evadió disfrazado con el uniforme de uno de sus ordenanzas dinamarqueses.

No tuvieron la misma suerte dos de sus ayudantes de campo, Marabail y Laloy. Fué muerto uno de ellos, el primero, al asomar á la plaza del palacio, y lo hubiera sido el otro, herido ya, sin la intercesion del coronel y oficiales de Astúrias. Ciran logró salvarse con Fririon y con él llevó á Copenhague la noticia de la sublevacion de nuestros regimientos, á los

sentimiento de inquietud y un tinte de melancolía más visible que de ordinario, y se habia apresurado á comunicar su impresion á su general en jefe.

que uno y otro suponian en marcha con el objeto de apoderarse de aquella capital (1).

Algun fundamento tenia tan extraña nueva.

Habia corrido en Roskilde el rumor de que Napoleon trataba de cambiar á los españoles sus banderas por las tricolores de la Francia, y dos batallones de Guadalajara habian tomado el camino de Copenhague con el objeto de entregarlas al rey de Dinamarca y ponerse bajo su dependencia y amparo. El coronel, á quien tenia en cama una úlcera, se hizo llevar por dos granaderos á la carretera, y á fuerza de energía y de elocuencia logró retrocediesen sus soldados; pero los franceses fugitivos, ignorantes de esta circunstancia como del objeto de la marcha, pusieron en alarma al rey y á la guarnicion de Copenhague.

(1) El opúsculo á que nos referimos en la nota anterior, contiene la relacion circunstanciada de cómo logró salvarse en aquel dia el general Fririon, y por lo curiosa la trascribimos en el apéndice n.° 8.

El trabajo del capitan Fririon no ofrece importancia más que en ese punto; porque en los demás que toca, comete los errores más crasos. Al pintar, por ejemplo, los motivos de descontento que los españoles tenian, dice: «No ignoraban que en los últimos dias de »Mayo de 1808 una masa considerable de campesinos con contra»bandistas por oficiales y un fraile llamado Fernando, por jefe, habia »invadido á Valencia, capital de la provincia de este nombre en Es»paña, lanzando gritos de muerte contra los franceses y sus par»tidarios; que el capitan general D. Miguel Saavedra, que habia »intentado tomar algunas medidas para proteger la existencia de »los amenazados habia sido asesinado, su cabeza puesta en la »punta de una pica y paseada por toda la ciudad.»

¿Quién por esta relacion conoce el alzamiento de Valencia? «Ni hubo tales contrabandistas, ni el P. Rico se llamaba Fernando, ni era capitan general otro que el conde de la Conquista, que siguió mandando mucho tiempo. D. Miguel Ceballos, no Saavedra, era el Director del colegio de Segovia, asesinado en el Campo grande de Valladolid.

Ni Thiers ni otro historiador alguno de los que habian escrito cuando lo hizo Mr. de Fririon y merezcan alguna fé, ha dicho ni ha podido decir tales cosas.

Restablecida la calma en el campamento de los españoles convencidos de la imposibilidad de la fuga y de lo extéril de sus ofertas de sumision al soberano dinamarqués, de cuya generosidad les hizo, sin embargo, esperar el olvido de aquellos excesos el conde de Yoldi, nuestro representante en Copenhague, se resignaron á dividir la fuerza y á establecerse por batallones y hasta por compañías sueltas en puntos distantes al Norte de la isla, donde, al saberse la fuga de los de Fiónia y Jutlandia, fueron desarmados, unos por la fuerza que, muy superior á la suya, no pudo ménos de imponerles, y otros por la astúcia de los generales y agentes del rey de Dinamarca (1).

Lo hemos dicho en otra parte: «¡Cómo se dilata »el corazon al observar cuán natural y unánime ar»ranca de las filas de nuestros regimientos la resolu»cion, á todas luces temeraria, de no aceptar, hay que »decirlo áun cuando con dolor, los hechos reconoci»dos espontánea ó forzosamente, pero reconocidos al »fin, por tanto hombre caracterizado de la Nacion! »Y esa coincidencia de sentimientos entre el pueblo »español de 1808 y sus soldados de Dinamarca, ¡de »qué manera tan elocuente viene á revelar las cua»lidades más características de nuestra nacionalidad! »¿No veis presentarse á tantos centenares de leguas, »sin comunicacion de ninguna clase, tan sólo por el »arranque, puede decirse congénere, de pueblo y

(1) Don Santiago San Miguel contaba que un oficial dijo al Príncipe de Hesse-Cassel que, presenciando el desarme de uno de los batallones, se incomodaba de ver á nuestros soldados romper sus fusiles y correajes: «General, esa soberbia no se debe extrañar; el caso excita la rábia y mucho más en la sangre española que no tiene la flema dinamarquesa.»

»ejército en ocasion tan solemne, aquel ímpetu vio»lento y sin cálculo, el desapropio generoso y el amor »á la tierra nativa de nuestros antepasados? Porque »en la gente de armas es en la que se halla, más que »en ninguna otra clase, representada la masa gene»ral de una nacionalidad; siendo el hombre de guer»ra, por su edad y profesion, el alma, el eco y la »bandera de su país. En tal concepto, buscad en el »ejército español los caracteres distintivos de nuestra »raza, y encontrareis en el soldado, con el valor y el »patriotismo, la candidez, el fervor y la poesía de los »montañeses iberos. En Dinamarca, los jefes y oficia»les participaban de los mismos sentimientos de la »tropa; y si el general no los exhibía como ellos, sin »rebozo, á la inmensa pesadumbre de su responsabi»lidad y á la distancia todavía de toda luz de salva»cion es necesario atribuirlo, no á carencia de patrio»tismo ni á ambiciones y cálculos interesados.» (1).

A la inmensa pesadumbre de su responsabilidad; á eso y no á sentimiento alguno egoista hay que achacar las dudas, las vacilaciones, las debilidades del marqués de la Romana en la ocasion del juramento. Pronto romperia la fortuna aquella tan artera y fuertemente entretegida malla con que el Emperador y su teniente, el de Pontecorvo, tenian envuelta á la division española, y veríase á su general precipitarse con la más enérgica espontaneidad por la brecha abierta hasta las naves de los aliados de su pátria.

Carta de Pontecorvo.

Cuando ya se creia terminada la cuestion de los

(1) Discurso del autor en el acto de su recepcion en la Real Academia de la Historia.

juramentos haciendo repartir á los cuerpos el formulario adoptado por el Estádo Mayor, vino á complicarla más y más una carta del mariscal Bernadotte, contestacion á la que el Marqués le habia escrito desde Assens. Manifestaba en ella el Príncipe la sorpresa que le habia causado la noticia de las dificultades que el Marqués iba encontrando al exigir el juramento, dificultades tanto más extraordinarias cuanto que en Jutlandia ninguna se habia opuesto al general Kindelan, segun las certificaciones que acababa de recibir. Que cuando los jefes tenian firmeza y sabian inspirarla á sus subalternos, la tropa estaba siempre disciplinada y sumisa, pues que al soldado sólo le tocaba obedecer y no deliberar, y que, por lo tanto, rasgara y no le enviase certificacion alguna de juramento hecho con la menor condicion ni restricciones, pues que jamás la admitiria. Pasaba luégo á ordenarle que reuniese nuevamente los cuerpos y haciéndoles volver de su error, les manifestara la conveniencia de prestar el juramento en los términos en que se habia mandado, diciéndole por último que no ignoraba cuáles eran algunas cabezas exaltadas y ánimos turbulentos que escarriaban la opinion y á las que no quitaba la máscara desde luégo en consideracion al Marqués y por no acarrearle un disgusto. (1)

Mr. Viliat, el portador de la carta, debia volver inmediatamente con la respuesta que, de consi-

(1) Esta es la version del general Cuadra que debió tener noticia de la carta por su amigo Paez de la Cadena, con quien la consulté Romana.

Llano, aunque mucho más lacónico, viene á dar una igual.

guiente, no daba espera, ni lugar, por lo tanto, á explicaciones ó consultas detenidas con los jefes de los regimientos. Era un dilema de terribles consecuencias, cualquiera que fuese la resolucion de cada una de sus proposiciones, el que se le presentaba con aquella carta amenazadora. Era preciso elegir entre la obediencia y el descrédito, la rebeldía y la ruina; no tan sólo la ruina propia, que esa no debia importarle mucho al marqués de la Romana si lograba salvar su honor, sino la del ejército entero, confiado á su prudencia y patriotismo.

Ya hubo en su cuartel general quien le aconsejó la prolongacion de negociaciones con el Príncipe, á fin de obtener un plazo, absolutamente necesario en circunstancias tan difíciles, el suficiente para conocer la llegada del rey José á Madrid y su recibimiento por los españoles. Tales temores debian, empero, albergarse en el ánimo del Marqués, y tan débiles serian las esperanzas que fundara en la longanimidad de Pontecorvo, comprendiendo sus compromisos de mariscal y de pariente del Emperador, que vacilaba en tomar el partido que se le aconsejaba, ni otro alguno que pudiera infundir sospechas, en su concepto, perjudicialísimas á la salud del ejército.

Era la media noche en la del 6 al 7 de Agosto: tenian al Marqués en pié las preocupaciones más graves y la necesidad de dar respuesta al ayudante del Príncipe, esperado con urgencia en el continente para acudir á la celebracion de la fiesta del Emperador en Hamburgo. Situacion más crítica no era posible en un general para la suerte de las tropas y su propia honra. El trascurso de unas pocas horas iba

á ser decisivo, y cada una de las que corrian se llevaba uno de los asomos de esperanza que, áun en los momentos de mayor angustia, abriga siempre el corazon humano, cuando se presentó en el alojamiento del Marqués el teniente coronel D. José O'Donnell con dos oficiales del batallon de Cataluña. Los enviaba su sargento mayor desde Langueland á donde es preciso trasladarnos, porque en aquella isla van á romperse todas las ligaduras con que la suspicacia francesa creia tener sujetos á los españoles en regiones tan distantes de la madre pátria.

El Subteniente Fábregues.

Las noticias de España y la situacion del ejército habian inspirado á algunos oficiales de Cataluña la idea de fugarse á los navíos ingleses anclados á su vista. Los más decididos eran sin duda el capitan D. Francisco Vives y el subteniente D. Antonio Fábregues, destacados en una batería de la costa, desde la que divisaban muy de cerca aquellas naves que parecian convidarles con su hospitalidad. Vives debia tener algun valimiento con el capitan francés Gauttier que con 100 hombres de su nacion guarnecia tambien la isla, ya por su influencia personal como oficial de conocimientos, ya por la de su hermano, D. Juan, primer jefe del batallon, bastante anciano ya y enfermo por aquellos dias. Por mediacion de Vives logró Fábregues la comision de unos pliegos para el general Fririon, y con ella recibió de sus compañeros la de avistarse en Copenhague con algun patron de barco que lo condujera á Langueland secretamente para recoger á sus compañeros á quienes avisaria desde la escuadra inglesa por señales convenidas entre ellos.

Cuantas gestiones practicó Fábregues en Zeelandia fueron estériles: no encontró un sólo marinero que se atreviese á ayudarle en sus proyectos; y el 1.° de Agosto llegaba de regreso á Nyborg donde debia entregar unos pliegos al marqués de la Romana, pliegos que dejó en manos de su jefe de Estado Mayor por hallarse el general recorriendo los cantones para tomar el juramento á los cuerpos de Fiónia.

Su hazaña.

Pero, al intentar su paso á Langueland, dió con unos pescadores de quienes, con el ofrecimiento de una remuneracion importante y el pretexto de una premura que le impedia dirigirse á Svendborg, por donde el tránsito era fácil pero largo, consiguió su lancha y tripulacion. Embarcóse al pié de una batería próxima á Nyborg con dos marineros, un muchacho, hijo de uno de ellos, y un ordenanza que llevaba en su compañía. Todavía se hallaba á corta distancia de la costa cuando, no pudiendo ya dominar su impaciencia, desenvainó la espada y amenazó á los marineros con la muerte si no le conducian á la escuadra inglesa. El ordenanza, ya que no sorprendido de aquel arranque, por tener alguna noticia de los proyectos de Fábregues, asombrado de tanta temeridad, se deja arrancar de las manos su fusil, con el que uno de los marineros trata de resistirse á nuestro heróico oficial. Pero éste, con un golpe afortunado, desarma á su contrario, se impone á todos y, á pesar de las señales que observa en la batería, donde se ha comprendido su intento, y áun de algunos disparos que desde ella se le dirigen, logra hacer rumbo á un navío inglés, del que, al descubrir sus ademanes y el pañuelo blanco con que procura llamar

la atencion, se destacan algunos botes para recogerle.

Ya se encuentra á bordo del *Superbe* y el Contra-almirante Keats le hace la acogida más benévola, prometiéndole toda clase de auxilios para llevar á cabo sus proyectos y los de sus compañeros de armas. Pero las señales que todas las noches desde la del 2 á la del 4 se hacen desde los buques ingleses, no encuentran en Langueland quien las conteste; y, en la ignorancia de las causas de tan extraño silencio, nuestro oficial y los de la escuadra británica empiezan á temer algun contratiempo grave para las tropas españolas. Llega así el dia 5, en que, al incorporarse á la escuadra el bergantin *Mosquito*, procedente de Inglaterra, se presenta el teniente de navío D. Rafael de Lobo, á quien los diputados de Astúrias residentes en Lóndres enviaban con despachos, proclamas y cartas para el marqués de la Romana, con el encargo, además, de procurar, por la mediacion de los ingleses, el embarque de nuestros regimientos para España. Llegada de Lobo.

Grande fué la alegría de Lobo y Fábregues al abrazarse. Comunicáronse sus noticias y proyectos, así como las esperanzas que podian abrigar de éxito en la empresa dificilísima á que por tan distintos caminos eran llamados; y en presencia del Contra-almirante y con sus luces y consejos determinaron los tres la resolucion, en su concepto, más conveniente. Por resultado de ella, Fábregues desembarcó la noche del 5 en Langueland; y, no encontrando á sus compañeros de proyectos en la batería á que se dirigian sus señales, por haber sido destacados á otros puntos de la isla, se encaminó á la capital, Fábregues desembarca en Langueland.

donde logró penetrar sin ser visto. Mas en vez de presentarse á Gauttier para, dándole cuenta de la comision que le habia confiado, desorientarle en lo posible, y en vez de guardar la mayor reserva sobre su visita á la escuadra inglesa, el orgullo de su hazaña y el entusiasmo de la mision que, como resultado de ella, habia recibido, le hicieron más comunicativo y locuaz de lo que en tales circunstancias era prudente y útil. Como la luz al asomar por oriente el astro del dia, se esparció por la isla la nueva del arribo de Fábregues, la de su estancia en la escuadra y las que con los despachos y cartas para el Marqués traia de los sucesos de España. La mision de Lobo y los proyectos del Contra-almirante Keats fueron muy pronto conocidos en Langueland, donde á las pocas horas de haber desembarcado Fábregues, no se hablaba más que de volver á la Península, y, aunque imperfectamente, todo llegó á oidos del comandante francés de la isla, que no tardaria en comunicárselo á su general en jefe.

Afortunadamente, al dirigirse Fábregues á Fionia, encontró en el canal de Fassing á su sargento mayor que regresaba de recoger en Svendborg el nuevo formulario del juramento, quien, enterado de cuanto le habia sucedido, le hizo retroceder á Langueland, donde comprendió Cuadra era necesario desvanecer las sospechas que no podia ménos de haber dispertado la conducta de su aturdido subalterno. No pudiendo, sin embargo, conseguirlo, tal Gauttier se mostró de receloso y desconfiado, y comprendiendo Cuadra el peligro de mayores dilaciones, hizo marchar de nuevo á Fábregues, pero acompa-

ñado del teniente D. Félix Carreras en cuyo juicio y prudencia tenia la más completa confianza (1).

Partieron, pues, nuestros dos oficiales al cuartel general, pero no ya sólo con los pliegos de Lobo, sino que llevaron además una carta de su sargento mayor para O'Donnell, á quien Cuadra, enterándole de todo, suplicaba influyese con el Marqués á fin de que tomara una resolucion inmediata y cual la deseaba todo el ejército (2).

Se traslada á Fiónia.

«El alma grande y fuerte del valiente marqués de »la Romana, decia despues D. José O'Donnell, y su »corazon todo español, se electrizaron de tal suerte »con la lectura de los pliegos y proclamas de Espa- »ña y la de la carta en que el almirante Keats le ofre- »cia su asistencia, que hubo un momento de recelo »de algun accidente funesto.» La emocion debió ser, con efecto, extraordinaria; como que sucedia á la cruelísima angustia en que debia tener al marqués la lucha provocada con las órdenes de Pontecorvo. Dominada al fin, y abrazando con la mayor resolucion el partido á que sus propios sentimientos, tan largo tiempo comprimidos, las órdenes de la Junta de Sevilla y las ofertas de Keats le compelian, el Marqués acordó el plan general de evasion conforme en un todo con las proposiciones del almirante in-

(1) Dice Cuadra en su opúsculo: «El mayor, viendo este desvarate, le mandó que volviese con él para determinar con más conocimiento lo que se habia de hacer. Luego que llegó se fué á ver al comandante francés, á quien encontró escribiendo; y apénas éste le vió, cuando sorprendido le dijo: *¿Con que vos quieren irse á España?* El mayor respondió que no y procuró convertir la conversacion en chanza, aunque inútilmente, porque ya sabia muy bien el comandante francés cuanto Fábregues habia contado.»

(2) Tambien escribió á Breson; pero por distinto conducto

glés y las instancias de D. Ambrosio de la Cuadra. Y mientras O'Donnell redactaba las instrucciones convenientes para todos los jefes de los cantones españoles en Fiónia, Jutlandia y Langueland, fueron llamados los que en Nyborg y Vindemaye pertenecian al cuartel general y la artillería, para que ayudasen á su ejecucion más pronta. Bresson, que mandaba la artillería, proporcionó tres oficiales del cuerpo que, así como alguno de ingenieros, se encargaron de llevar aquellas instrucciones á su destino y de trasmitirlas con la cautela que las circunstancias hacian de todo punto necesaria.

Contestacion á Pontecorvo.

Habia que dar una contestacion al mariscal Bernadotte, cuyo ayudante la estaba ya esperando deseoso de abandonar la residencia del marqués de la Romana, en la que no encontraba más que rostros sombríos y amenazadores. Se le dió efectivamente, que ya importaba poco fuese más ó ménos explícita, pidiendo al Príncipe algun plazo para tomar á las tropas el juramento, tal como lo prescribia en su comunicacion última. Lo que se deseaba era ganar el tiempo suficiente para el embarque de los regimientos; que el disgusto ó la ira del Mariscal no habian ya de importar á quienes, salvándose ó no, iban á romper todo vínculo de disciplina y de alianza con el emperador de los franceses.

Llamamiento de las tropas al cuartel general

El edecan de Pontecorvo marchó inmediatamente; y tras él salieron los tres oficiales de artillería Don Joaquin Lamor, D. Pablo Bentades y D. Manuel Zacares que hubieron de retardar un poco el paso á Jutlandia, no fuese aquel á sospechar de su presencia en el pequeño Belt cuando los habia dejado en Nyborg

no hacia muchas horas. El capitan de ingenieros Don Fernando Miyares fué á Faaborg y Svendborg con el encargo de embarcar los regimientos de Villaviciosa y Barcelona, necesarios en Langueland para, con Cataluña, hacerse dueños de la isla y constituirla en punto de reunion general y, si era preciso, en centro de resistencia contra las fuerzas que pudieran enviarse á impedir la evasion de los españoles. Sólo faltaba la posesion de la plaza de Nyborg, sin la cual se hacia muy difícil el embarque del material; pero se dejó para cuando acudiesen algunas tropas de las llamadas de los cantones, con las que, además de dominar la ciudad, se podrian guarnecer los fuertes para que nunca ofendiesen á la escuadra inglesa, cuya entrada ó aproximacion al puerto era indispensable. No dejó tampoco de enviarse algun emisario con órdenes para las tropas de Zeelandia, áun cuando sin esperanza de éxito por saberse su diseminacion por la isla.

Dos eran, no contando con la de sacar los regimientos de Zeelandia, las mayores dificultades que iba á encontrar el ejército para llevar á cabo su noble propósito; la de hacerse dueño sin oposicion de la isla de Langueland y la de inutilizar la accion de Kindelan, puesto, al parecer, del lado de los franceses. Las ofertas de Cuadra y el conocimiento de su habilidad hacian esperar un resultado inmediato y feliz: para la evacuacion de Jutlandia por los cuatro regimientos allí acantonados, se enviaban, como ya se ha dicho, tres oficiales distinguidos que, ántes de entregar las órdenes á Kindelan, se avistarian con los coroneles y oficiales á fin de impedir la accion perniciosa, si la intentaba, de aquel general.

No satisfecho el Marqués con tantas precauciones, aún despachó un dia despues otro oficial, tambien de artillería, D. José Guerrero, con la comision de observar los movimientos del príncipe de Pontecorvo en Stadersleben para, viéndole tranquilo, combinar con mayor acierto el embarque de todas las tropas de la division. (1)

Conducta de Kindelan.

Ya hemos llamado la atencion sobre la diligencia con que trataban de desempeñar su cometido los que se dirigian á Jutlandia. Hallábase Kindelan en Fridericia con uno de los batallones de Zamora cuando recibió de manos de Lamor las órdenes para el embarque. Al instante comprendió la necesidad en que se hallaba de fingir la más completa adhesion á los

(1) De la hoja de servicios de este Oficial trascribimos el párrafo que sigue: «Comisionado por el marqués de la Romana para pasar desde Fiónia al Schleswig á reconocer las fuerzas y posiciones de los franceses..... entre Stadersleben y Araesund fué detenido y hecho prisionero por una partida de húsares dinamarqueses. Conducido con escolta hasta Rendsburg, donde se hallaba el príncipe de Pontecorvo y reconvenido vivamente por dicho príncipe y por el general Kindelan sobre el objeto de su comision, se negó á reconocer á éste último por jefe suyo, diciéndole no lo consideraba como á un general español, sino como á un desertor que habia abandonado la causa de la pátria y pasádose á las filas del enemigo. A consecuencia de este arrojado proceder y otras contestaciones muy vivas y acaloradas con el mismo príncipe, fué atropellado á culatazos por los granaderos de la guardia y amenazado por él de que seria inmediatamente pasado por las armas si no declaraba cuál era el verdadero objeto de su comision y cuanto supiese sobre los proyectos é intenciones del marqués de la Romana. Negóse á ello decididamente manifestando que estaba pronto á sacrificar la vida por su Rey y por su pátria. En seguida fué puesto en un calabozo subterráneo de la ciudadela y asegurado con grillos, cadenas y esposas, intimándole que se dispusiese para ser pasado por las armas. En tal situacion pasó veintinueve dias, tendido en el suelo sin paja ni más alimento que pan de centeno, al cabo de los cuales fué trasladado á Hamburgo, donde continuó preso é incomunicado con el mayor rigor por más de cinco meses. Fué conducido despues á Francia, donde permaneció en clase de prisionero de guerra más de tres años, hasta que á mediados de 1812 logró sustraarse del cautiverio y venir á España.»

planes de su jefe si habia él de evitar el peligro á que, de otro modo, se exponia, y si habia de serle dado el estorbarlos en alguna manera. Mostró, pues, la mayor complacencia con la lectura de las órdenes, las hizo trasmitir inmediatamente á los demás batallones de Zamora y á los regimientos de caballería, y, lo que aún valia más, pidió al gobernador dinamarqués de Fridericia los trasportes necesarios para cruzar el pequeño Belt y trasladarse á Fiónia. Llevó su disimulacion al punto de, mostrando la conveniencia de permanecer en Jutlandia para presidir al embarque de todos los cuerpos de su mando, hacer á algunos oficiales el encargo de efectos de su pertenencia que deberian serle entregados en el momento de su próxima reunion en Nyborg. Armado así contra las sospechas de sus subordinados, salió de Fridericia en un carruaje, con el que, en vez de acudir á los demás cantones á apresurar, como decia, la marcha de las tropas á la costa, pudo dirigirse al cuartel general de Bernadotte á denunciar la fuga de nuestros compatriotas.

El regimiento de Zamora no encontró oposicion alguna á su embarque y en el mismo dia 8 en que recibió la órden, pisaba la tierra de Fiónia donde lo esperaban los zapadores y los dos batallones de la Princesa, acantonados en Assens y Middlefaart. Zamora.

Tampoco le fué difícil su embarque al regimiento del Rey. El gobernador de Aarhus, extrañando la marcha de los escuadrones sin caballos, pues se dió la órden de dejarlos á los respectivos patrones en depósito, y no dando asenso quizás á la voz de los motivos que la causaban, que no eran otros que el de El Rey.

obligar á las tropas de Fiónia á prestar el juramento que tanto habian repugnado, consintió en proporcionar barcos donde trasladarse á aquella isla. No estuvo el coronel del Rey muy exigente respecto al número de los trasportes, que se satisfizo con cuatro en que, al decir del cronista del regimiento, apénas cabian de pié oficiales y soldados, sin que esto fuera, sin embargo, obstáculo para no dejar uno sólo en el continente, ni sano ni enfermo. Pero cuando se hallaba el Rey en bahía, apareció en Aarhus el regimiento del Infante, á quien no se habia permitido embarcar en Randers. El gobernador de este punto habia servido algun tiempo en España y comprendia el castellano: las voces que desde la llegada de Bentades corrian entre la tropa, le hicieron conocer, aunque imperfectamente, su causa y el objeto de las instancias con que el coronel del Infante le pedia trasportes, y los negó rotundamente. Temeroso el coronel de perder en contestaciones con el gobernador un tiempo que consideraba precioso, montó á caballo y se trasladó con todo el regimiento á Aarhus. Qué razonamientos emplearia para disculpar la marcha y la preferencia que daba á aquel puerto sobre el de Randers, se ignora; lo cierto es que halló en el gobernador de Aarhus un hombre bastante crédulo y complaciente para permitir tambien el embarque del Infante que, como el Rey, se dió á la mar en demanda de Nyborg por la costa septentrional de Fiónia.

El Infante.

Algarbe.

Sólo faltaba el regimiento de Algarbe para llevar á feliz término operacion tan difícil y arriesgada como la de arrancar, puede decirse que de las garras

del ejército francés, nada ménos que cuatro regimientos, de los que tres eran de caballería. Pero la senil irresolucion del coronel, la falta de patriotismo en su segundo, elegido para sustituirle, y la apatía de los oficiales en los primeros momentos, hicieron perder los absolutamente necesarios para salvarse hallándose á tan larga distancia de la costa. En una consulta á la oficialidad del Rey y en las que el regimiento celebró para nombrar otro coronel más enérgico y decidido que el que se hallaba á su cabeza, como si para aquella necesitase otro guía que la ordenanza y el patriotismo y como si no estuviese prevista la sucesion de los jefes en el mando de los cuerpos militares, se dió tiempo á que Kindelan llegara al cuartel general francés y á que Pontecorvo hiciese salir tropas en persecucion de las nuestras.

Así, cuando el capitan de Algarbe D. Antonio Costa y varios otros oficiales del regimiento, Moreno Zaldarriaga, Miranda, Solana, Perero, Torres, Lafuente y Oteiza, se resolvieron á seguir la suerte de sus compañeros del Rey y el Infante y con las cuatro compañías que se hallaban en Horsen, se dirigian al pequeño Belt, ya cerca de Fridericia, encontraron interceptado el camino por los quince escuadrones de Caballos belgas, los más brillantes y numerosos del ejército francés. La resistencia era imposible; fué forzoso el rendirse, y el capitan Costa, no queriendo entregar su espada y para que nunca se creyese que habia engañado á sus camaradas de regimiento, se dió la muerte de un pistoletazo. (1)

(1) Costa, ó por mejor decir, Coste, era francés de nacimiento (de San Lorenzo de Cerdá) y habia emigrado para servir en las

Paso de las tropas á Langueland.

Entre tanto se iba disponiendo en Fiónia el embarque de la manera más acertada y feliz. Cuando el regimiento de Zamora desembarcó, los zapadores y la Princesa no tenian instrucciones precisas para su marcha á Nyborg: no sabian si la habian de emprender inmediatamente ó si debian esperar al paso del pequeño Belt por los regimientos de caballería. Las vacilaciones á que se entregaban los jefes podian tener gravísimas consecuencias, habiendo comenzado á esparcirse la alarma entre los gobernadores dinamarqueses, de los que el de Odensee, prevenido con las entusiastas demostraciones de Almansa, parecia disponerse á estorbar, en cuanto pudiese, la concentracion de nuestras tropas. Ofrecióse á consultar al mismo general en jefe el subteniente de zapadores D. Juan Pablo Sebastian, y partió con su asistente para Nyborg en una silla de posta, cuyo paso por Odensee, confirmando en parte las sospechas del gobernador, estuvo á pique de producir la detencion de nuestro oficial. Aún tenian las autoridades de la isla fuerzas con que impedir ó retardar, al ménos, los movimientos de las tropas españolas, pues las suyas pasaban de 3.000 hombres de todas armas que, hábil y enérgicamente dirigidos, podian causar los más graves conflictos. La actividad del marqués de la Romana, secundada admirablemente por todas las clases del ejército, no dió lugar á inteligencias entre los dinamarqueses y evitó el choque, de otro modo

compañías de Guardias de Corps. Al matarse en Jutlandia, se puso al frente de sus soldados y les dijo: «Soy francés, pero debo á España la acogida más generosa. Para no pelear contra mis conciudadanos ni mostrarme ingrato con mi nueva pátria, voy á morir.»

irremediable, entre aliados del dia anterior. Sebastian pudo volver á Middlefaart con las órdenes del Marqués, y veintidos horas despues de la de su regreso, habian recorrido Zamora, la Princesa y los zapadores las 16 ó 17 leguas que los separaban del cuartel general, cubierta su retaguardia por los dragones de Almansa que se les incorporaron en el camino.

Antes de la llegada de estos cuerpos, y en presencia tan sólo del primer batallon de la Princesa, dos compañías de Barcelona y otros tantos escuadrones de Almansa y la artillería, que fueron llamados á Nyborg, debia descorrerse el velo con que se ocultaban las operaciones de los españoles en aquellos dias. El Marqués reveló su objeto al comandante militar de Nyborg por medio de su ayudante general O'Donnell, quien llevó su habilidad en el desempeño de comision tan delicada al punto de convencer á aquel jefe, no sólo de la necesidad de entregar la plaza, sino de la conveniencia del desarme de la guarnicion, resultados ambos sin los que no lograria impedirse un derramamiento de sangre, además de inútil, lastimosísimo entre soldados que tan bien se habian llevado hasta entónces (1). Era, más que la de la plaza, necesaria la posesion del puerto, donde habia de llevarse á cabo el embarque de las provisiones y de todo nuestro material de guerra. El jefe de la escuadrilla dinamarquesa, compuesta de un brick de 18 cañones y un cutter de 12 se negaba, tenazmente á facilitar los trasportes y á

(1) Véase el apéndice, núm. 8.

permitir la entrada de los buques ingleses en el puerto. De las amenazas pasó á los hechos, y se hizo imprescindible un ligero combate de veinte minutos, en que dos bergantines ingleses, una fragata y cinco cañoneras con el ayuda de las baterías de la plaza servidas por nuestros artilleros, obligaron al valiente marino á arriar su pabellon con la pérdida de 7 hombres muertos y 13 heridos. ¡Conducta honrosa que, de haberla seguido el goberdador de la plaza, hubiera hecho no poco difícil la posicion de los españoles, obligados á un combate en muy distintas condiciones, ó á buscar en otros puntos los recursos necesarios para el embarque!

En aquel dia, que fué el del 9 de Agosto, pasaron á Langueland cuatro compañías de Barcelona y los dragones de Villaviciosa. La diligencia de Miyares no logró proporcionar buques para toda la tropa, y hallándose el baron de Armendáriz en el momento de su llegada á Svendborg sin trasportes, decidió que sus dragones pasasen á nado á la inmediata isla de Fassing, para adelantar eso y evitar al ménos algun obstáculo de parte del comandante dinamarqués, nada dispuesto, segun despues se vió con el arresto de Miyares, en favor de sus proyectos. «Y dan»do un corto descanso á la tropa, dice el Baron en »una ligera Memoria de aquellos sucesos, empezó á »pasar á nado parte del regimiento.» Pero las dificultades inherentes á tal operacion á pesar de la buena voluntad de la gente y la fortaleza de los caballos, hicieron ver muy pronto la imposibilidad de acabarla, y despues de repetidas investigaciones y de ofrecimientos importantes, se consiguieron tres lanchones

con cuyo auxilio se trasladaron á Fassing cuantos aún quedaban en Fiónia. No dejaron tampoco de ofrecerse obstáculos para continuar á Langueland, obstáculos cuya gravedad aumentaba por la anchura mayor del canal que entre Fassing y aquella isla mide cerca de una legua. Cuadra envió los botes que pudo recoger, y con ellos y los de que podia disponer el Baron fueron pasando primero los hombres y despues los caballos de cuatro compañías, dejando en Fassing los demás, por abandonarlos los 30 dragones que quedaron para su custodia y embarque, alarmados con la aparicion de algunas tropas en la playa frontera de Fiónia.

Habia sido necesario ántes disculpar el paso de toda aquella fuerza con la precision de calmar las inquietudes de Gauttier respecto al batallon de Cataluña. Pero al llegar á Langueland el oficio en que el marqués de la Romana noticiaba el envío de los dos regimientos al comandante francés, ya éste habia sido arrestado por Cuadra, impaciente de acabar con todos los temores que le infundian la perspicacia de Gauttier y el conocimiento que tenia éste de la visita de Fábregues á la escuadra inglesa.

No cabe en los límites de esta obra el describir minuciosamente las hábiles gestiones de Cuadra para apartar, primero, de la isla los cien granaderos franceses que allí habia, hacer despues inútil la accion de Gauttier cerca del general gobernador por Dinamarca, Conde de Alsfeld, y prender, por fin, á uno y otro y desarmar la numerosa guarnicion de todas armas que tenia el último á sus órdenes. Hallábase Vives enfermo, y todo el peso de la difícil mision

que, de otro modo, hubiera caido sobre sus hombros, fué á descansar sobre los de Cuadra, que no parecia, de otro lado, rehuirlo cuando desde su llegada á la isla no se le ve reposar un momento en sus proyectos de evasion y en la ejecucion de los de la Romana (1).

Cuando hubieron desembarcado en Langueland, Barcelona y Villaviciosa, el baron de Armendáriz asumió, como era natural, la autoridad sobre las tropas españolas; pero lo mismo él que el conde de San Roman despues, se atemperaron á los consejos de Cuadra muy conocedor de la localidad y de los que mandaban en ella.

Así fué preparándose la isla de Langueland para recibir el total del ejército español salvado del poder de los franceses y de su aliado el Rey de Dinamarca (2). El dia 13 pudieron, de consiguiente, desembarcar sin peligro alguno el marqués de la Romana y todos los cuerpos que el 11 habia embarcado en la punta de Slipshawn, vecina al puerto de Nyborg. Porque temiendo el Marqués un contratiempo para la retaguardia si verificaba el embarque en las aguas de Nyborg, desde cuyas baterías podrian estorbárselo en los últimos períodos los dinamarqueses, libres entónces de toda presion de nuestros compatriotas, hizo pasar á aquel pequeño promontorio, así los trasportes en que se habian metido los víveres y la artillería, como los preparados por los ingleses para reci-

(1) Son, sin embargo, tan interesantes los pormenores trascritos por Cuadra en su importante opúsculo, que no podemos resistir al deseo de darlos á conocer á nuestros lectores en el apéndice número 9.

(2) Véase el estado de fuerza en el apéndice, núm. 10.

bir el personal del ejército. El mismo dia 11, unos por la mañana y otros durante la noche, se incorporaron á aquella informe escuadrilla los barcos que llevaban al Rey y al Infante que habian dado la vuelta á la isla de Fionia por su costa septentrional y oriental, sin desembarcar en Kierteminde, como tenian proyectado, por la oposicion del gobernador. Los fuertes vientos que reinaban aquellos dias impidieron el paso á Langueland, exigiendo, además, el trasbordo frecuente de algunas tropas de unos barcos á otros por las malas condiciones de los en que habian emprendido la expedicion; pero, en calma ya los elementos, el dia 13, como acabamos de decir, se hallaban reunidos todos los regimientos de la division excepto el de Algarbe y los de Astúrias y Guadalajara.

Permanencia en la isla.

Todas estas operaciones se habian ejecutado con el ayuda de la marina inglesa, sin la que, se comprende perfectamente, no hubiera podido llevarse á cabo la evasion del ejército. Lobo y Carreras ponian á los dos generales en frecuente comunicacion hasta el dia 9 en que, apoderados de la plaza de Nyborg y de su puerto, no hubo ya obstáculo para que se avistasen con la frecuencia que las circunstancias exigian. Lo mismo Keats que la Romana y, ántes que ellos, D. Rafael Lobo, pensaron entónces en reclamar del Rey de Dinamarca la entrega de los regimientos de Astúrias y Guadalajara, prisioneros en Zeelandia. Lobo hizo presente el 9 la conveniencia de dirigir inmediatamente aquella reclamacion; el Marqués, sin embargo, considerándola quizás inútil ó temiendo que produjera, con el conocimiento exacto de lo que

se ejecutaba en Fiónia, la resolucion de poner estorbos á una operacion que el menor obstáculo podia paralizar y áun dejar sin resultado, no dictó hasta el 20 los despachos que, en union con los del contra-almirante, habia de llevar un barco inglés á Copenhague. Y tan fundado iba el Marqués en sus cálculos, que el buque no fué admitido á plática ni áun con la bandera de parlamento, y que los cañonazos disparados despues al convoy, cuando pasaba frente á las baterías de Zeelandia, revelaron bien elocuentemente que la falta de oposicion por parte de los dinamarqueses no reconocia otra causa que la de su absoluta impotencia.

Subsistia la razon de todas las operaciones ejecutadas para la concentracion de las tropas en Langueland, la de que no habia llegado á aquellos mares la escuadra de trasporte pedida á Inglaterra por nuestros diputados de la Junta Suprema. Pero, urgiendo el embarque por el temor á la aproximacion del ejército francés, del que las proclamas introducidas en la isla y el fuego de algunas cañoneras danesas durante la noche del 19 hacian esperar algun ataque sério, si continuaban nuestras tropas en Dinamarca, se apresuró el racionamiento y la aguada de los buques para emprender lo ántes posible la marcha. El 18 llegó el almirante Saumarez del Báltico, y al dia siguiente en una conferencia que el Marqués celebró con él á bordo del *Victoire*, se resolvió el embarque en las mismas naves que habian servido para el paso de Nyborg á Langueland en el concepto de que la expedicion no se alargaria más allá de Gottemburgo, donde podrian esperarse el convoy de víveres y la

escuadra de trasportes que de un dia á otro debian presentarse á la vista.

El 21, con efecto, embarcados desde el dia anterior los víveres y el agua, comenzó al amanecer la reunion de las tropas junto á la batería de Spotsbierg armada y guarnecida por nuestros compatriotas. Todos los botes y chalupas de la escuadra inglesa, apoyados en sus cañoneras, fueron empleados en el embarque hasta las tres de la tarde en que se terminó sin el menor accidente. Se dejaron en la batería las armas de los dinamarqueses, sus caballos y los de los españoles que no podian embarcarse, y se pagaron á los isleños, así los abastecimientos de toda clase necesarios durante aquellos dias y para la navegacion, como los perjuicios que en cualquier concepto se les pudo irrogar durante la última y extraordinaria ocupacion de su tierra. A las seis de la tarde largó, por fin, las velas el convoy que hizo rumbo á Suécia con viento favorable y la proteccion de la division naval del contra-almirante Keats, compuesta de los navíos *Superbe*, *Brunswick y Gorgone*, las corvetas *Devastation* y *Hund* y dos bergantines, en los que iba embarcada tambien cuanta tropa pudo colocarse con algun desahogo. **Embarque para Suécia.**

Al dia siguiente llegó el tan deseado convoy de víveres, que fueron repartidos inmediatamente en los buques de la escuadra, y continuó la navegacion, aunque con muy poco viento que concluyó por volverse contrario; lo cual, unido á la imposibilidad de navegar de noche en unos mares tan llenos de islas y de escollos, retardó la expedicion hasta el 27 en que acabó por entónces en la espaciosa bahía de Gottemburgo.

Allí permanecieron nuestras tropas, parte en los buques que las habian trasportado y parte en los islotes que cierran el puerto, hasta el 5 de Setiembre en que penetraron en él 37 grandes barcos destinados desde Inglaterra para conducirlas inmediatamente á España, á donde las veremos llegar muy pronto ansiosas de tomar parte en los peligros de sus hermanos de la Península.

CAPÍTULO IV.

Zornoza y Espinosa de los Monteros.

Planes de campaña para la segunda de 1808.—Primeras operaciones del ejército de la Izquierda.—Situacion de las tropas en el centro.—Fuerza efectiva de los ejércitos españoles.—La del de la izquierda.—La de el del Centro.—La del de Reserva.—Fuerza del Ejército francés.—Situacion de las tropas españolas en toda la linea.—Segunda entrada de los españoles en Bilbao.—Incorporacion del ejército de Astúrias.—Defensa de Lerin.—Grimarest y Pignatelli se retiran.—Accion de Nardues.—Nuevos proyectos de Castaños.—Contrariedades que éste sufre.—Nuevas operaciones del ejército de la Izquierda.—Batalla de Zornoza.—Posiciones de los españoles.—Preparativos de Lefebvre.—Avanza su izquierda.—Ataca el centro y la izquierda de los españoles.—Rotrocede la vanguardia española.—Cambio de frente en los españoles.—Sebastiani ataca el centro.—Leval rompe la izquierda.—Retirada del ejército á los altos de Vizcaigui y Bilbao.—Observaciones.—Continúa la retirada á Valmaseda.—Incorpórase la division del Norte.—Su vuelta de Dinamarca.—Contratiempos de su regreso á España.—Su desembarque en distintos puntos.—Su reunion en Santander.—Napoleon en Erfurt—Viene á España.—Accion de Valmaseda.—Accion de Güeñes.—Nueva retirada de Blake.—Trata Blake de evitar otro combate.—Se vé obligado á aceptarlo.—Batalla de Espinosa.—Posiciones de los españoles.—Primer ataque de los franceses.—Es rechazado.—Se recrudece el combate.—Victoria de los españoles.—Pérdidas de una y otra parte.—El conde de San Roman.—Situacion del ejército.—Conveniencia de la retirada.—Los franceses renuevan el 11 sus ataques.—Avanzan por su derecha.—Mortandad que ejercen.—Vencen los franceses.—Retirada de los españoles á Reinosa.—Observaciones.

El plan de campaña que en el capítulo II dijimos haberse adoptado, vista la ineficacia del prime- Planes de campaña para

la segunda de 1808. ro de 5 de Setiembre, fué, más que producto de deliberaciones apoyadas en las reglas del arte militar, resultado de movimientos que, sin noticia siquiera del gobierno, habia emprendido alguno de los ejércitos que entraban en las combinaciones ideadas por el consejo de aquel dia.

El general Blake, despues de la batalla de Rioseco, habia reorganizado el ejército de Galicia en los puertos de Manzanal y Fuencebadon con tal presteza y habilidad tanta que, al establecerse Bessières en la linea del Órbigo, estaban ya nuestros compatriotas dispuestos á recibirle en formacion de batalla y á disputarle bravamente el paso á aquel antiguo reino. Ya llegaron á tirotearse las avanzadas y se creia inminente un choque general, cuando la noticia de lo ocurrido en Bailén y las órdenes, despues, de Madrid obligaron al duque de Istria á retirarse á Búrgos.

Con gozo que comprenderán quienes recuerden el carácter verdaderamente militar del general Blake, hubiera éste acosado á Bessières en su retirada; pero la falta de caballería, reducida en su ejército á sólo dos escuadrones de Montesa y la Reina y á una partida de Carabineros Reales, con un total de 150 caballos, le impidió seguir de cerca á los franceses por las tierras llanas de Castilla que tenia á su frente.

No permaneció, sin embargo, inactivo, sino que descendiendo á Astorga con el grueso del ejército para continuar su instruccion, aún destacó una de las divisiones á Leon y ocupó con otra el puente de Órbigo.

En esa situacion esencialmente militar, como todas las en que, unas más aventuradas que otras, so-

lia establecerse el general Blake, observador atento de las reglas del arte, le halló el 12 de Agosto el duque del Infantado, quien deseaba conocer las fuerzas del ejército de Galicia y concordar con su general en jefe las operaciones sucesivas de la campaña. Y miéntras el Duque se dirigia á Madrid con poderes, segun dijimos ántes, para representar á Blake en el consejo de generales, el en jefe del ejército de Galicia, acabados los preparativos necesarios, se trasladaba á Leon donde recibia una carta del conde del Montijo que, mandando, tambien en jefe, un cuerpo que los refuerzos de Valencia harian ascender á unos 16.000 hombres «deseaba, así lo dice el capitan de E. M. D. Joaquin Blake en una memoria sobre la campaña de su abuelo (1), acordar sus operaciones con las del ejército de Galicia, suponiéndole en mejor proporcion para caer sobre los enemigos.»

Si alguna prueba más concluyente que la demostracion técnica de los principios militares, necesitase la regla que fija en un solo jefe la direccion de los ejércitos, nos la suministraria la campaña que comenzamos á historiar. Van á operar en combinacion cinco ó seis ejércitos; cada uno de ellos tiene su general en jefe en discordia con los demás por resentimientos personales, por despecho ó celos; y todos, prefiriendo la gangrenosa pluralidad de mandos á obedecer órdenes de otro, se niegan á que la gloria, que consideran como segura para sus nombres, vaya á adornar en el vasto espacio de la historia el de otro

(1) «Apuntes históricos sobre las operaciones del Ejército de Galicia».... publicados en 1857 en «La Asamblea del Ejército.»

ménos digno siempre, por débil, incapaz ó tibio. Y para mayor desórden en las ideas, un general que maniobra en el extremo de una línea de 80 leguas, trata de concertar sus movimientos con el que la cierra en el otro, sin tomar para nada en cuenta los demás ejércitos que componen esa línea y la han de dar fuerza y consistencia.

Pero lo que llena la medida; lo que ya hace augurar al entendimiento más torpe la suerte de la campaña, es que un general entendido, circunspecto y maestro en disciplina, acoja hasta con apresuramiento la idea de ese concierto y lo ponga en ejecucion sin más anuncio á lo que él llama *El Reino*, esto es, al gobierno que presume en Madrid, que el de que, al proceder á los proyectos de su colega, habrá de hacerlo con lentitud por falta de caballería.

Pues eso pasó con el conde del Montijo y Blake; y cuando la junta de generales resolvia el 5 de Setiembre que el ejército de Galicia se situase en Aranda, todas sus divisiones se encontraban ya tan avanzadas en la marcha acordada con Montijo, que Blake recibia la órden en Reinosa el dia 10 y, considerándola «por demás desacertada,» se negaba á obedecerla, continuando en la ejecucion de su anterior proyecto.

¿Puede darse, repetimos, prueba más concluyente de la necesidad de fijar en un solo jefe la direccion de las operaciones?

El nuevo plan, de consiguiente, el de la formacion de los cuatro ejércitos, de los que el de la Izquierda, el del Centro y el de Reserva deberian operar en la cuenca del Ebro y en las inmediatas de la

Vertiente septentrional del Pirineo, era un plan obligado, del que, como ántes dijimos, habian de originarse los más graves y trascendentales peligros.

¿Qué se intentaba conseguir con él? ¿Que los franceses abandonaran las provincias castellanas en que todavía se mantenian? ¿Se aspiraba á arrojarlos al otro lado del Bidasoa librando á la pátria de su odiosa presencia?

Se pretendia aún más.

La batalla de Bailén, coronando con el éxito una operacion militar tan fascinadora como arriesgada, habia llevado hasta la exageracion la idea de los movimientos envolventes que encierra, en no pequeña dósis, la del desprecio hácia el valor, la pericia y la disciplina de los enemigos. Los generales españoles no se satisfacian ya con arrojar á los franceses del suelo pátrio; era necesario que los que habian tenido la osadía de invadirlo quedaran en él muertos ó prisioneros. Y como, además, uno de esos generales habia tenido la fortuna de ceñir á su frente laureles que quitaban el sueño á sus colegas, érales á éstos tambien preciso recogerlos más lozanos, si cabia, y, de todos modos, más abundantes en el campo, no ya de un sólo cuerpo de ejército, sino en el de los ejércitos todos enemigos con su monarca y su brillante Estado Mayor á la cabeza.

La ambicion era honrada; pero ¡cuán temerario, cuán insensato el procedimiento para satisfacerla!

Primeras operaciones del ejército de la Izquierda

El general Blake tenia el 10 de Setiembre concentrado su ejército en Reinosa; y, dejando allí el parque resguardado con algunas obras de campaña y guarnicion suficiente, y fingiendo con la vanguardia

y la reserva un movimiento sobre Búrgos por la derecha del Ebro, las llevó repentinamente á Villarcayo á cuyo punto se trasladaba el 17 de Setiembre, tambien, con las primera, segunda y tercera divisiones del ejército.

La cuarta se habia dirijido el 11 hácia Bilbao, donde penetraba el 20, miéntras el general en jefe, apoyado siempre en las posiciones, que comenzó á fortificar, de Villarcayo y tranquilo respecto á sus comunicaciones con Reinosa y más léjos con Galicia y la costa cantábrica, seguia amenazando la derecha de los franceses con las avanzadas que desde Frias y Oña los reconocian, tiroteándose con ellos no pocas veces en el mismo Frias y en Tobera.

Las maniobras de Blake produjeron el resultado á que en primer término se aspiraba; el de arrojar á los franceses de Castilla. La noticia del ataque de la cuarta division gallega á los imperiales que guarnecian Bilbao, alarmó sobremanera al Rey José, quien, habiendo de recurrir al cuerpo de Ney, situado en Logroño, para recuperar aquella villa, ordenó á Bessières se acogiese al Ebro sin dejar en la márgen derecha, que veia, además, amenazada por las otras divisiones de Blake con fuerza, en su concepto, de 40.000 hombres, más que un corto presidio que guarneciese el castillo de Búrgos.

El mariscal Ney acudió, con efecto, solo, porque José, que se proponia seguirle por el camino de Durango, y Bessières, que debia flanquearle por el de Orduña, conociendo la fuerza de la cuarta division española, creyeron no deber abandonar la orilla del Ebro y la llanada de Vitoria á las invasiones

de las demás columnas que Blake tenia enfrente.

A la aproximacion de Ney, el marqués de Portago, jefe de la division gallega que habia arrojado de Bilbao al general Monthion, se retiró el 26 de Setiembre á Valmaseda. Allí acudió poco despues la tercera que, noticiosa de la marcha de algunas tropas francesas por el camino de Orduña, fué por su flanco izquierdo y acosándolas hasta obligarlas á retirarse á Puente Larrá, á reforzar á Portago y á sostenerlo en sus nuevas posiciones.

Así iban las cosas á fines da Setiembre en la izquierda de la línea española.

Situacion de las tropas en el centro.

En el centro iban quizás más atrasadas en cuanto á la reunion de elementos de fuerza para emprender las operaciones que se proyectaban; pero ejecutábanse con el mismo entusiasmo y con igual esperanza de un éxito inmediato y completo.

Las tropas regladas que habian penetrado en Zaragoza en los últimos dias del sitio y salido despues en seguimiento de los franceses con el marqués de Lazan, uniéndose luego á las que el baron de Warsage, tenia siempre próximas, y á las que los generales O'Neille, Montijo y Saint-March habian conducido de Valencia, operaban ahora en la confluencia del Aragon con el Ebro. En los primeros momentos habian arrojado al enemigo de las Cinco Villas al otro lado del primero de aquellos rios y, despues, de Tudela, cuya importancia, como ántes hemos dicho, desconocian los generales franceses hasta que Napoleon se la hizo manifiesta.

Repuestos, sin embargo, de su primer pánico, y reconociendo el número de sus enemigos que no

con harta prudencia se habian adelantado hasta Alfaro, avanzaron de nuevo los franceses, obligando á nuestros compatriotas, despues de un ligero choque de caballería, á retroceder hasta Zaragoza, así para reorganizarse en su campamento de Torrero, como para esperar la llegada de los ejércitos de Andalucía y Castilla.

Entónces, el 8 de Octubre, partió para Cataluña el marqués de Lazan con una fuerte division (1), y quedó el Ebro desguarnecido en su region central, á pesar de todo aquel plan de operaciones que conocemos por habérselo Montijo comunicado á Blake, plan que sabemos tambien era, por otra parte, unánime en los generales españoles.

Tan era así, que cuando Castaños, instalada la Junta central, á cuya formacion tanto habia contribuido, en el campo ya de las operaciones y la division Llamas por un lado, la 2.ª y 4.ª del ejército andalúz por otro, despues de haberse unido á ellas el de Castilla, muy mermado con la desgracia de Cuesta, y preparándose á seguirlas tambien la 1.ª y 3.ª que se equipaban é instruian en Madrid; cuando el general Castaños, repetimos, se trasladó al Ebro y, llamado por Palafox á Zaragoza, conferenció con él en la tarde del 20 de Octubre, ni se discutió ni quedó acordado otro plan que el de operar sobre las comunicaciones del ejército francés con el Imperio y cortárselas completamente (2).

(1) La division Lazan constaba de 4.487 infantes y 4 piezas. (Véase el apéndice núm. 11).

(2) En el manifiesto del general Castaños á la Junta central, se dice: «Quedando acordes el dia 20 en que el ejército del Centro,

En su revista de la línea, Castaños no debió quedar del todo satisfecho respecto al resultado de operaciones tan vastas, trascendentales y peligrosas como las proyectadas. El ejército de Castilla, á las órdenes entónces del general D. Juan Pignateli, cubria á Logroño; y á pesar de tener en revista cerca de 7.000 hombres, no contaba con dos batallones capaces de apoyar á las avanzadas comprometidas al otro lado del puente y empujadas hácia él por una vanguardia francesa, compuesta de unos 1.000 infantes y 300 caballos. «Las tropas mejores, le decian los oficiales de Estado Mayor, están de vanguardia con el duque de Alburquerque;» y para contrarestar á la francesa que aquel dia, el 25 de Octubre, se posesionaba de las alturas opuestas á Logroño en la izquierda del Ebro, se hacia ir de Calahorra el batallon de Campo Mayor, conceptuado como suficiente para escarmentar á los enemigos. La 2.ª division andaluza estaba en Lodosa, y cuando Castaños regresaba á Tudela el dia 26, tenia adelantadas varias partidas por el territorio de la izquierda del Ebro, así en observacion de los franceses que aquel general le escribió el dia anterior habian salido de La Guardia en tres gruesas columnas en la misma direccion de aquel rio, como para apoyar la posicion de Lerin ocupada por los tiradores de Cádiz á las órdenes del bravo é infatigable D. Juan

uniéndose al de Aragon, pasaria á amenazar á Pamplona, interponiendo un cuerpo de tropas á espaldas de esta plaza, al mismo tiempo que el ejército del Norte del general Blake marchase sobre su izquierda hasta cortar entre unos y otros toda comunicacion de los enemigos con Francia, para lo cual se enviaria á Blake el aviso correspondiente.»

de la Cruz Mourgeon. Peña y los valencianos y murcianos se extendian por la derecha entre Calahorra y Tudela haciendo frente á la izquierda francesa establecida, por entónces, en el interior de Navarra y en espera de las órdenes, ya inmediatas, de avanzar en toda la línea.

Fuerza efectiva de los ejércitos españoles.

Pero todas estas fuerzas, áun unidas á las aragonesas que, reorganizadas en Torrero, se habian trasladado á la línea del rio Aragon y aguardaban el momento de caer sobre el flanco de los franceses y hasta correrse por el valle del Yrati á ganar la cordillera y sus pasos principales por detrás de Pamplona, eran muy inferiores en número á las que la arrogancia de nuestros compatriotas suponia á las manos con sus irreconciliables enemigos. A nada ménos que á 80.000 hombres elevaba la opinion pública el éjército del Centro, y como éste eran, para ella, cada uno de los otros dos que operaban frente al país vasconavarro, capaces de arrojar de él para siempre á los que iba á oponerles el emperador de los franceses. Con victorias como las que acababan de alcanzarse, y cuando la Junta central dirigia al país lenguaje tan hiperbólico como el de su célebre alocucion, no es de extrañar que se formase una opinion tan exajerada de nuestras fuerzas ni el que se fundara una esperanza, al parecer, tan legítima en generales que habian vencido á los que se hacian pasar por los mejores del mundo. Mas veamos cuáles eran esas fuerzas; y comparándolas despues con las que el Emperador acumulaba en las Provincias Vascongadas con su habitual diligencia, se vendrá en conocimiento de la inmensa desproporcion entre unas y

otras, en número, en calidad y en direccion tambien por parte de sus caudillos.

El ejército de la Izquierda constaba de 25.513 infantes, 150 caballos y 32 piezas de artillería, dividido el total en cuatro divisiones mandadas, segun su número respectivo, por el jefe de escuadra D. Felipe Jado Cajigal, el mariscal de campo D. Rafael Martinengo, el brigadier de la Armada D. Francisco Riquelme y el mariscal de campo marqués de Portago. La del de la Izquierda.

Iba un cuerpo de vanguardia mandado por el brigadier D. Gabriel de Mendizábal, en el que hacian su servicio los 150 caballos, únicos del ejército; y en el cuartel general aparecia, á manera de reserva, una seccion de artillería á caballo con seis piezas, número casi igual al de las que acompañaban á la vanguardia y demás divisiones (1).

A este ejército debia unirse el de Astúrias, compuesto de algo más de 7.000 hombres, todos de infantería, y algunos artilleros, gente acabada de enregimentar, con muy poca instruccion «y sin medios »fáciles de adquirirla, escribia el general Blake, pues »sus oficiales fueron sacados de improviso de todas »las clases de la sociedad (2).»

No así el que tambien habia sido destinado á unir su fuerza á aquellos, el que lleno de entusiasmo y cubierto de gloria debia muy pronto llegàr de Dinamarca; ejército poco numeroso, en verdad, pero en quien la calidad duplicaba, sin hipérbole, el número, al embeberlo en tropas en su mayor parte colecticias,

(1) V. el apéndice núm. 12.
(2) V. el apéndice núm. 13.

sin confianza todavía en su valor y sin confianza en la pericia de sus generales.

En esta última parte habia hasta la circunstancia de que, al disponerse la organizacion de los ejércitos, se habia dado el mando del de la Izquierda al marqués de la Romana, ausente todavía; y el general Blake, herido con la preferencia, por más que no intentase entrar en comparaciones, y la Junta de Galicia ofendida en su importancia, daban en el ejército pretexto, ya que no motivo, para un disgusto sumamente pernicioso en tales circunstancias. El general Blake, sin embargo, sobreponiéndose al resentimiento de su amor propio, no dejó el mando, sino que, por el contrario, continuó en él revelando con su actividad y con sus esfuerzos el patriotismo en que se inspiraba su ánimo levantado y generoso. Pero se habia dado á la publicidad su destitucion; y las tropas gallegas habrian por fuerza de dejarse influir por uno que, áun no siendo desaire, seria tomado por tal entre ellas, desaire á la provincia que eligiera aquel general, y desaire á ellas que lo habian aclamado.

La de el del Centro.

El ejército del Centro, ya lo hemos dicho ántes, distaba mucho de presentar un efectivo tan considerable como el que le atribuia la fama en España. Debió componerse, y este es el orígen de esa fama, de las cuatro divisiones andaluzas, del ejército de Castilla, de las tropas de Valencia, de las de Extremadura y, por fin, de las inglesas vencedoras en Vimeiro. Entónces, y calculando estas últimas en unos 30.000 hombres de todas armas, el ejército del Centro hubiera reunido hasta 75.000, cuerpo formidable

que, en combinacion con los de la derecha é izquierda, hubiera podido, con efecto, poner en cuidado á Napoleon, deteniéndole, al ménos por algun tiempo, en la frontera. Pero los ingleses permanecian todavía en Portugal; el ejército de Extremadura iba desde Madrid en direccion de Búrgos para chocar sólo con todo el centro de los franceses; y hasta dos de las divisiones andaluzas tenian léjos una parte de sus fuerzas que necesitaba completar su vestuario y equipo. De modo que, en vez de 80.000, el ejército del Centro no podia contar sino con unos 26.000 hombres (1), de los cuales 3.000 eran de caballería, con alguna, aunque no suficiente, artillería de campaña.

Es verdad que en aquel ejército iban los vencedores de Bailén y los que habian arrojado á Moncey del reino de Valencia; pero áun así, ¡cuánto faltaba en él para reunir las condiciones precisas con que neutralizar la fuerza, en todos conceptos formidable, que estaba llamado á combatir de nuevo!

Uno de los que debian entrar en su composicion, el ejército de Extremadura, habia llegado á Madrid y desde allí, en vez del camino de Aragon, tomaba el de Búrgos para dirigirse al Ebro. De modo, que aislado, sin comunicaciones con el ejército del Centro ni con el de la Izquierda, se aventuraba á cerrar, escaso de fuerza y no muy homogéneo en su composicion militar, el camino directo, el paso entónces único del territorio francés á la córte de España, á la que precisamente habia de constituir la fuerza principal de los ejércitos imperiales.

(1) V. el apéndice núm. 14.

La del de Extremadura consistia en unos 14.000 hombres, de los que ménos de 1.000 caballos y 50 piezas de artillería (1). Mandábalo el teniente general D. José Galluzo; pero, por haber sido destituido poco ántes, seguia el ejército su marcha á las órdenes del conde de Belveder, segundo de aquel en el mando y jefe de la 1.ª de las tres divisiones que lo componian (2).

La del de Reserva.

El ejército de Reserva, esto es, el de Aragon, que despues de su salida de Zaragoza habia operado sólo en las cercanías de Tudela y vuelto á campar en Torrero, se reforzaba entónces con los reemplazos que el entusiasmo general impelia á las filas para cubrir el vacío que habia dejado la marcha de la division Lazan á Cataluña (3).

---

(1) Véase el apéndice núm. 15.

(2) En la hoja de servicios de Galluzo, se lee el párrafo siguiente: «Se puso en marcha desde Badajoz con 13.000 hombres de todas armas, municionados á 200 tiros cada uno y 40 piezas de artillería de batalla con sus correspondientes municiones y demás necesario para su uso, que al paso por Madrid fué examinado y admirado por los generales y militares instruidos que en él se hallaban, el que por Real órden fué destinado á Búrgos, con el disgusto de haber recibido tres dias despues de dicha Real órden otra en que se le previno permaneciese en Madrid por ahora y hasta nueva órden.»—Muñoz Maldonado, dice que Galluzo fué separado «por haber, con la mayor firmeza, reclamado capotes y zapatos para sus desnudos soldados.»

(3) Montijo aparece en su hoja de servicios como persiguiendo al enemigo, despues *de hacer levantar el sitio de Zaragoza*, hasta Alfaro y Calahorra, retirándose luégo á vista de muy superior número de enemigos sin perder un hombre.

Los franceses están de acuerdo con la relacion de Montijo, áun desfigurándola. Creyendo, y así lo dice José en su correspondencia, que los de Montijo eran 30 000 hombres, acudieron Moncey y el mismo intruso con más de 20.000 á combatirles, retirándose el Conde al acercársele. No hay más diferencia que la de que José habla de un reconocimiento hecho por el general Lefebvre que, á la cabeza de unos 300 polacos, atravesó el Ebro y obligó á huir á la que él llama «un grueso cuerpo de tropas de los ejércitos de Aragon y Valencia.»

No es fácil decir con exactitud la fuerza de que se componia el ejército de Reserva; tal es la oscuridad de los documentos que pudieran justificar un cuadro detallado de ella. Los que han reseñado la campaña que comenzó en Tudela y tuvo por epílogo la capitulacion de Zaragoza, no se han detenido á enumerar las fuerzas que salieron de la ciudad despues de su primer sitio á combatir á los franceses en campo raso ni las que fueron despues batidas por los franceses en Tudela. Todos se han limitado á señalar en números redondos el que han creido aproximarse más al verdadero, sin explicacion alguna de su distribucion en cuerpos ni de su organizacion para la campaña en que iba á tomar parte.

Nosotros, despues de un exámen detenido de los antecedentes que mayor fé pudieran ofrecernos, hemos fijado en 33.323 los infantes, y en 303 y 770 respectivamente los caballos y artilleros que con gran número de piezas formaban, mejor que el ejército de Reserva, la masa abigarrada y heterogénea que el reino de Aragon habia logrado reunir para sostener su patriótico y generoso levantamiento (1).

Si de ese número se resta el que señala el estado de fuerza de la division Lazan, que ya hemos estampado en el apéndice 11.°, resultan, tanto en el éjército de operaciones como en las plazas y distrito de Aragon, 29.515 hombres y 281 caballos. No vaya sin embargo, á creerse que todos ellos estaban en

(1) Véase el apéndice núm. 16 en que se ha procurado formar un cuadro, el más detallado posible de todas las fuerzas existentes entónces en Aragon ó que directamente dependian de la primera autoridad de aquel antiguo reino.

disposicion de combatir; la escasez de armamento y la índole misma de los cuerpos en que aparecen repartidos, son causas, más que suficientes, para hacer comprender que ni la mitad, como luégo veremos, podia presentarse frente á frente de los franceses en un campo de batalla.

Tales eran en su número y organizacion los ejércitos destinados á operar contra el francés que se habia guarecido en la orilla izquierda del Ebro y contra los que, uno tras otro, iban cruzando el Bidasoa llamados de todas las partes del, entónces vastísimo, imperio Napoleónico.

Fuerza del ejército francés.

Aun suponiendo reducido á 60.000 el número de los combatientes de todas armas que conservaba en España José Napoleon despues de los reveses que le habian hecho sufrir nuestros compatriotas en Valencia y Andalucía, en Aragon y Cataluña, así como los ingleses en el vecino reino de Portugal, y descartado de ese número el de los que, encerrados en las fortalezas de Barcelona y Figueras, aguardaban los socorros que por los Pirineos Orientales no tardaria en llevarles uno de los generales franceses más entendidos, campaban en el país vasco-navarro tropas suficientes para, en la torpe diseminacion de los españoles, resistir con fruto hasta la llegada de Napoleon y de su Grande Ejército.

El 20 de Setiembre los cuerpos de ejército franceses, los que sin cesar andaban maniobrando desde los orígenes del Ebro hasta Tudela para impedir el movimiento envolvente que bien de manifiesto ponian los españoles en sus operaciones, contaban con la fuerza de 53.389 hombres. El del mariscal Bessiè-

res reunia 17.597 en sus tres divisiones de infantería y la de Caballería; el del centro, que mandaba el mariscal Ney, 8.957 en dos divisiones de la primera de aquellas armas y una de la segunda; el de la izquierda, á las órdenes de Moncey, 20.749 en cinco divisiones de las que una era de caballería; y la reserva, en que entraban la guardia imperial y la del Intruso, contaba 6.086 hombres que se habian puesto bajo la direccion del general Lepic. Muy superior á este número es el de las fuerzas que Thiers supone en España por aquel tiempo, haciéndolas subir á más de 100.000 hombres de los que cerca de 80.000 operaban en el país vasco-navarro. «Tenía José en Vitoria, »dice el autor de la *Historia del Consulado y del Im»perio*, 2.000 hombres de una guardia real, mitad es»pañola y mitad napolitana; 2.000 de Guardia impe»rial; 3.000 de la brigada Rey que no le abandonaba; »en todo 7.000. Tenia sobre su derecha al mariscal »Bessières con 20.000 hombres esparcidos entre Cubo, »Briviesca y Búrgos con la caballería en esta última »ciudad; á su izquierda, de Miranda á Logroño, al »mariscal Moncey con 18.000; y de Logroño á Tude»la el cuerpo del general Verdier, con fuerza toda»vía de 15 á 16.000 hombres despues de las pérdidas »experimentadas en Zaragoza. A su retaguardia, Jo»sé tenia aún los depósitos y regimientos de marcha, »mezcla poco consistente de soldados destacados de »todos los cuerpos, pero buenos para cubrir las espal»das y con no ménos de 15 á 16.000 hombres. Regi»mientos antiguos que Napoleon habia sacado suce»sivamente del grande ejército, los últimos en lle»gar, los 51.° y 43.° de línea con el 26.° de cazadores,

»habian servido para formar la brigada Godinot; tro»pa excelente que, lanzada de improviso sobre Bilbao, »habia arrojado de allí á los insurgentes y les habia »muerto 1.200. En fin las columnas móviles de gen»darmería y de montañeses destinados á guardar los »puertos de los Pirineos en número de 3 á 4.000 hom»bres, la division del general Reille de 6 á 7.000, y »la del general Duhesme en Cataluña de 10 á 11.000, »hacian subir á un total de 100.000 hombres las fuer»zas que aún quedaban en España.»

Así dice Thiers; y áun cuando es en momentos en que trata de echar sobre José Napoleon todo el peso de su disgusto por los desastres de los franceses en España, hemos estampado esos números no conformes con los anteriores sacados de la correspondencia de aquel tan maltratado pretendiente á la corona española.

De todos modos, y bajo las manos hábiles de los mariscales franceses y en línea como la que ocupaban desde el frente de Miranda hasta los pueblos de Caparroso y Milagro, en observacion del camino de Búrgos por su derecha y del de Zaragoza por la izquierda, los 60 ú 80.000 franceses que allí operaban, bien podian mantener la defensiva que se habian propuesto, si sus enemigos, como acabamos de decir, no lanzaban sobre ellos á la vez la masa toda de sus victoriosos ejércitos.

Es verdad que fué necesario diseminar en parte ese ejército por falta de mantenimientos, pues que, áun así, *tenia que vivir al dia*, segun la gráfica expresion del mariscal Jourdan al encargarse del Estado Mayor, y que escaseaban el calzado y el vestuario; pero tambien lo es, si hemos de dar crédito á la cor-

respondencia del Rey José, que los soldados se habian repuesto pronto de las fatigas anteriores y deseaban marchar de nuevo al enemigo. El mismo Intruso parecia empeñarse en demostrar á los españoles, y sobre todo á sus soldados y al Emperador su hermano, que no carecia de bríos, de actividad, ni de talentos para la empresa en que se habia comprometido; y no paraba de Miranda á Logroño y Calahorra, y de aquí á Miranda y Vitoria para apoyar con el cuerpo de reserva los movimientos á que obligaba á sus mariscales la presencia de nuestros compatriotas ya sobre uno, ya sobre el otro de sus flancos.

No por eso lograba satisfacer á su exigente hermano que desde París se complacia en demostrarle que, á pesar de la distancia, conocia mejor el estado del ejército, haciéndole ver la situacion irregular de algunos regimientos con sus batallones dispersos en las distintas divisiones, y poniéndole de manifiesto los errores trascendentales que contenian los cuadros de fuerza redactados por su Estado Mayor. El inmenso talento del César y su perspicaz vigilancia, le hacian descubrir las faltas en sus menores detalles; y su carácter altivo daba proporciones exageradas á los errores de su hermano, poniéndolos de relieve hasta para los generales subordinados á éste y negándose á confesar los que la distancia y el no conocimiento de las localidades le inspiraban, áun cuando rara vez (1).

(1) En su despacho de 1.° de Setiembre á José, decía así: «El estado de situacion del ejército de España de 15 de Agosto, está plagado de errores............» «Ese estado de situacion hace ver un

Hízolo alguna convencido por las observaciones de José; pero confiando la mision de manifestarlo á su Mayor general, aunque con las reservas necesarias para dejar muy en alto las opiniones y la autoridad del Emperador.

Éste, por ejemplo, se habia empeñado en acriminar á su hermano por el abandono de la línea del Duero; y cuando llegó á persuadirse de que no sin motivo habia José retrocedido hasta el Ebro, amenazado, como iba á verse muy pronto, en sus comunicaciones con Francia y dejando pueblos resueltamente sublevados á sus espaldas, hizo escribir á Berthier para que las comunicase á Jourdan, las siguientes palabras: «El Emperador hubiera preferido que no se hubiese evacuado á Madrid y que no se hubiese retrocedido tanto; *pero en el estado actual de las cosas, habria inconveniente en que el ejército avanzase, pues que no es seguro el que pudiera mantenerse allí, y es preferible que conserve sus posiciones esperando los refuerzos que le pondrán en situacion de volver á tomar la ofensiva.* Lo esencial es impedir al enemigo su aproximacion á vuestra línea, batir la campaña á lo léjos.....» ¡Confesion preciosa para José, pero de la que se guardaria muy bien de darse por entendido para con su hermano!

No tardaron en aparecer los primeros refuerzos por las márgenes del Bidasoa, al principio, en pelotones destinados á cubrir las bajas de los regimien-

ejército que no se halla dirigido por nadie y que nadie conoce; de manera que en vez de 53.000 hombres que señala ese estado, lo cierto es que hay en el ejército, comprendidos los existentes en San Sebastian, Pamplona, Bilbao y Vitoria, una fuerza de más de 63.000 presentes en banderas.»

tos del ejército, y poco despues en cuerpos enteros de todas armas que iban á tomar inmediatamente puesto en la línea.

Desde mediados de Octubre, especialmente, comenzaron á penetrar en España refuerzos que pusieron al ejército francés en situacion de salir muy pronto de la defensiva á que lo habian llevado las victorias de los españoles. El dia 18 de Octubre se encontraban ya en Mondragon y puntos próximos de la carretera general la division alemana, la de Sebastiani y algunos regimientos sueltos; y poco despues aparecian maniobrando al frente y sobre el flanco derecho del general Blake los mariscales Víctor y Lefebvre, incorporados al ejército con fuerzas muy considerables.

Al ponerse, por fin, en movimiento el ejército francés para ejecutar las operaciones que habian de llevarlo de nuevo al centro de la Península, se encontraba con una fuerza de 250.000 hombres de todas armas, distribuidos en ocho cuerpos de ejército, mandados, segun sus números, por los generales Víctor, Soult, Moncey, Lefebvre, Mortier, Ney, Saint-Cyr y Junot, hombres de los más ilustres que habian figurado en las campañas del primer Bonaparte. El mariscal Bessières tomó el mando de la reserva de caballería, compuesta de 14.000 dragones y 2.000 cazadores, y el general Walter el de la guardia imperial con unos 10.000 hombres. (1).

Situacion de las tropas españolas en toda la línea.

De modo que la ocasion de arrojar á los franceses del suelo pátrio, podia tenerse en los primeros

(1) En fin de Octubre de 1808 el ejército francés tenia la fuerza y organizacion que marca el apéndice núm. 17.

dias de Noviembre y mucho ántes por pérdida; que el vasto plan envolvente tan acariciado por el Gobierno, los generales y cuantos del pueblo español lo conocian, quedaba reducido á una halagadora pero insensata quimera; y que al presentarse en las orillas del Ebro y del Nervion nuestros ejércitos, por lo tardío y flojo y desconcertado de sus operaciones, podian considerarse vencidos, si no derrotados y dispersos.

El ejército de la Izquierda merece, sin embargo, una excepcion honrosa. Si su general en jefe habia sido parte á desbaratar el plan de campaña de 5 de Setiembre, encaminándose á las montañas de Santander y de Vizcaya en vez de reunirse á los demás ejércitos en la cuenca del Duero, no puede negarse que su actividad y el órden impuesto á sus operaciones sobre el flanco derecho de los enemigos los obligó, primero, á retroceder ejecutivamente al Ebro, los volvió tímidos y preocupados á veces, haciéndoles temer por sus comunicaciones, y los hubiera quizas obligado á retirarse á Pamplona y San Sebastian, por lo ménos, de haber sido secundado por las demás tropas españolas distraidas de Aragon y de Granada ó descansando sobre sus laureles en Andalucía y Castilla.

No hay más que confrontar las fechas y se observará que cuando las divisiones del ejército de Galicia, áun sin habérsele todavía incorporado los de Astúrias y Dinamarca, acometian la empresa de Bilbao infundiendo graves preocupaciones en el ánimo del Intruso y de sus mariscales, el aragonés estaba reducido casi á la division Saint March que la falta

de noticias hacia á Moncey elevar á la fuerza de 40.000 hombres, y los de Andalucía, Valencia y Castilla campaban en las inmediaciones de Madrid con sus generales en pugna abierta entre sí y con los demás, influyentes en mayor ó menor grado en las decisiones de las Juntas provinciales y en el Gobierno central que se estaba creando.

¡Qué de resultados no se hubieran obtenido de dar vado á tantas rencillas como despertarian la vanidad de unos, la soberbia y petulancia de otros, la pereza de muchos y el olvido en todos de la union, el celo y el valor todavía necesarios para vencer la grave crísis porque estaba pasando la nacion!

Cuando el general Castaños llegaba al Ebro y, segun ya hemos dicho, despues de conferenciar con Palafox, recorria la línea ocupada por sus tropas, mermadas considerablemente por la casi disolucion del ejército de Castilla, la ausencia de dos de las divisiones andaluzas y de las extremeñas todas, el ejército francés, como tambien hemos hecho observar, se encontraba ya reforzado y en proporciones tales que comenzaba los movimientos preparatorios de uno ofensivo general y ya inmediato.

La situacion, entónces, de las tropas españolas, era todo lo más comprometida que pudieran desear sus enemigos. Lo que en un principio, y combinadas todas para su accion sumultánea, tenia esa situacion de pavoroso para el ejército francés, ahora tenia de defectuoso y débil.

Segunda entrada de los españoles en Bilbao.

Ejecutada felizmente por el ejército de la Izquierda la conquista de Bilbao, segun ántes indicamos, pero teniendo que abandonarla seis dias des-

pues para buscar la division que la habia llevado á cabo el apoyo de la tercera, hubieron las dos de situarse en Valmaseda y pueblos más inmediatos, con el fin de poderse replegar al valle de Losa, punto designado como de reunion para todo el ejército. Mas era de temer un ataque general y, para que las divisiones todas pudieran apoyarse recíprocamente, fueron estableciéndose en Arciniega, el Berron, San Pelayo, Valmaseda y Zalla, dejando, empero, la vanguardia en el valle de Losa en observacion de Bessières, fijo siempre en el territorio de Puente Larrá y Miranda. Con movimientos sucesivos fué el ejército de la Izquierda estrechando las distancias de sus divisiones hácia Bilbao; y el 11 de Octubre, el general Merlin, viendo pasar á la de vanguardia el Nervion por cerca de Portugalete, abandonó con todas sus fuerzas la villa, en la que volvió á penetrar inmediatamente el marqués de Portago con las de su mando. La primera division y la de vanguardia, que llevaba las seis piezas con que el ejército entró en Vizcaya, siguieron el alcance de los enemigos hácia Zornoza, no sin tirotearse las guerrillas sobre Galdácano y hacer á los enemigos algun prisionero; la segunda quedó en Orduña para observar, sin duda, á los franceses de Alava y Miranda; la tercera apoyaba á la segunda por la izquierda y á la cuarta de frente desde Miravalles y el valle de Orozco; y la de reserva se situó luégo en Santa Marina y Onzoño.

Incorporacion del ejército de Astúrias.

Por aquellos dias, el mismo en que Portago entró por segunda vez en Bilbao, se unia al ejército de la Izquierda el de Astúrias, gobernado por D. Vicen-

te María de Acevedo «militar, dice su paisano el »conde de Toreno, antiguo, firme y severo, adorna»do de luces naturales y adquiridas,» de tan mala fortuna, sin embargo, como veremos muy luégo en la relacion de esta su última campaña. Pronto hubo de continuar la marcha aquella fuerza desde Quincoces, donde se habia incorporado al ejército, y pronto entró tambien en línea para tomar parte en las operaciones que la proximidad del enemigo hacia prever como inminentes y decisivas.

El movimiento de Blake y el recobro de Bilbao, revelaban el principio de ejecucion de la gran maniobra que habia de arrojar á los franceses del país vasco-navarro. Cualquiera comprenderia al ver á nuestros ejércitos tomar una ofensiva tan grandiosa, puede decirse, desde el Ibaizabal al Aragon, que habia llegado el momento en que el número, la organizacion y el aprovisionamiento de las tropas españolas, el acuerdo entre sus generales y el impulso vigoroso del gobierno central, aconsejaban dar el último y más certero golpe á la invasion francesa. Porque al mismo tiempo casi en que Blake iniciaba su marcha á Zornoza y Durango, el ejército del Centro tomaba disposiciones que debian preparar la suya desde la línea del Ebro, haciendo el general Grimarest ocupar Viana, al frente de Logoño, y Lerin, punto avanzado al de Lodosa y en direccion al interior de Navarra.

Es puesto el de Lerin, que no sólo amenaza la posicion de Estella que los franceses ocupaban con fuerzas considerables, sino que estorba las operaciones é impide la comunicacion por la márgen iz- Defensa de Lerin.

quierda del Ebro. Su ocupacion por los españoles habia, pues, de llamar la atencion inmediatamente. Así es que no pasaron más de cinco dias, del 20 al 25 de Octubre, sin que un cuerpo francés de los de Moncey, con artillería, atacase la villa y el palacio, apresurada pero hábilmente fortificados por el coronel D. Juan de la Cruz Mourgeon que los habia ocupado con los tiradores de Cádiz, una compañía de catalanes y pocos caballos (1). La defensa fué heróica, y bien lo demuestra su duracion de tres dias en que se repitieron los asaltos sin descanso, siendo todos rechazados. Pero insistiendo en ellos los franceses, cuyo número crecia á cada instante, Mourgeon tuvo el 26 que retirarse al castillo, donde, agotadas las municiones, sin esperanza alguna del socorro que le habia prometido Grimarest, despues de ver rechazados los destacamentos de Sesma y Cárcar que intentaron unírsele, y de causar á los franceses muchas bajas, capituló el 27, saliendo á la cabeza de una tercera parte de sus soldados, tambor batiente y con la condicion, no cumplida despues por Napoleon, de ser cangeados él y sus camaradas sin salir de España. Mourgeon obtuvo, sin embargo, el horno de que no se le privase de su espada hasta 1810 en que, huyendo de Francia, logró volver á prestar nuevos y cada dia más gloriosos servicios á la pátria.

(1) La hoja de servicios de Mourgeon dice, que sus fuerzas consistian en los tiradores de Cádiz, dos piquetes de á 40 hombres y 40 caballos, total, 800 hombres; los franceses, dice, eran 9.000 infantes, 1.000 caballos y 6 piezas. Thiers, escribe que los prisioneros fueron 1.000 y las fuerzas francesas un regimiento del Vistula y el 44 de línea con los generales Wathier y Maurice-Mathieu. Schépeler dice que los franceses eran 4.000 con 4 piezas.

El general Grimarest, en vez de socorrer á Mourgeon ya que le habia hecho avanzar hasta punto tan comprometido como el de Lerin, evacuó á Lodosa, trasladándose á la derecha del Ebro como si quisiera poner por delante el obstáculo de aquel rio, y áun bajó con su corriente hasta frente á Sartaguda. A su vez, el general Pignatelli que, como hemos dicho anteriormente, descubria el 25 á los franceses apoderándose de los cerros opuestos á Logroño en la izquierda del Ebro, evacuaba tambien el 27 aquella ciudad, retirándose á Cintruénigo con tal precipitacion que hubo de quedársele la artillería al pié de la sierra de Nálda á donde retrocedió el conde de Cartaojal con 1.500 hombres para que no cayese aquella en poder del enemigo. Pignatelli fué destituido, y su division, la ya tan mermada division castellana, disuelta; mezclándose su gente con la de los otros cuerpos del ejército; pero ya nadie pensó en recobrar Logroño ni en observar de cerea aquella tan importante region del Ebro. Grimarest y Pignatelli se retiran.

Pequeña compensacion fué para aquellos contratiempos el movimiento feliz del general O'Neille de Sangüesa á Nardues donde rechazó á un cuerpo enemigo que avanzaba en direccion opuesta, obligándole á retroceder hasta Monreal escarmentado y maltrecho. Accion de Nardúes.

Todo lo que la pérdida de Lerin y el abandono de Lodosa y Logroño impusieron á los soldados del ejército del Centro, obligando á Castaños á reconcentrar sus tropas y limitarse desde Cintruénigo á observar las avenidas del enemigo, envalentonó á los aragoneses la jornada de Nardues, como si les

revelara el camino que debian seguir en el vasto y atrevido proyecto tanto tiempo acariciado por sus generales y por ellos mismos.

Nuevos proyectos de Castaños.

El general Castaños comenzó, sin embargo, á comprender que habia pasado la sazon para el grandioso plan á que acabamos de referirnos. Cuando el general Blake contestó demostrando su oportunidad y conveniencia, habia sucedido lo que siempre que se opera á distancias tan considerables como la que mediaba entónces entre los ejércitos españoles; habia pasado, y con mucho, la ocasion, si es que se habia ofrecido, alguna vez, propia y aprovechable. Con la aprobacion de Blake habian llegado al cuartel general de Castaños la noticia de comenzar á retirarse Blake y la imponente, además, de que el Emperador avanzaba á Búrgos donde se veria sumamente comprometido el conde de Belveder con el ejército de Extremadura, sin el apoyo todavía de los ingleses, que estaban muy léjos, y sin el de las divisiones de Andalucía que habian quedado en Madrid.

El primer impulso de Castaños fué el de marchar por las Conchas de Haro sobre la retaguardia de Napoleon, ó por Sória para cogerle de flanco en su marcha á Madrid; pero pronto le hicieron desistir de aquel propósito consideraciones más sensatas y prácticas. Era necesario vencer ántes al ejército francés que tenia á su frente; y si no eran suficientes sus tropas para conseguirlo, ¿cómo habia de acometer la empresa de escarmentar ó detener el cuerpo central de los franceses que naturalmente habia de ser el más numeroso y robusto?

Pensó, pues, en una combinacion con el ejército

aragonés de Reserva, para dar un golpe á los franceses en la izquierda del Ebro, con el que creeria no sólo desembarazarse de ellos, sino poder despues proseguir sus operaciones hácia el centro de la Península.

Contrariedades que éste sufre.

Tampoco dejarian de presentársele dificultades para la realizacion de aquel pensamiento. En primer lugar tenia ya á su lado un representante y delegado de la Junta central que parece no queria ser ménos que la famosa Convencion francesa en cuanto á vigilancia de los generales en jefe, y ese representante era un Palafox, el general D. Francisco, hermano del defensor de Zaragoza; esto es, quien habia de tener un interés directo en que no dejara nunca de pesar en todas las determinaciones que pudieran tomarse la influencia, ya que no la autoridad del que mandaba un ejército tan respetable ya como el de Reserva. Con D. Francisco Palafox se habian tambien presentado á Castaños el general Coupigni y el conde del Montijo, á quienes, como al representante, recibió Castaños con muestras de la mayor satisfaccion y de una confianza ilimitada, decidido, exclama en la Memoria que presentó al gobierno despues de aquellos sucesos «á consultar con »ellos todas las operaciones del ejército, no sólo por »el deseo que siempre he tenido de acertar, sino para »hacer ver que de ningun modo me resentia de que »fuesen á ser testigos hasta de lo más indiferente de »mis acciones, y mayormente, cuando sabia que el »gobierno habia tomado el partido de enviarlos al »ejército por satisfacer así á los rumores del público, »que engañado en el concepto acerca de la fuerza

»del ejército del Centro, criticaba mi inaccion, im»paciente por que atacase al enemigo.» (1)

Castaños, despues de mostrar á los tres generales recien llegados las fuerzas y recursos de que disponia y de convencerles, al parecer, de las dificultades que se presentaban para la ejecucion de cualquier plan de campaña con aquellos elementos, se habia, sin embargo, manifestado dispuesto á emprender la del fijado en Madrid y con tanto entusiasmo acogido en los cuarteles generales de los ejércitos de operaciones. Pero esto sucedia el 30 de Octubre cuando aún no habia contestado Blake; y el 10 de Noviembre, cuando con la respuesta del general en jefe del ejército de la Izquierda llegaron las infaustas noticias á que hace poco nos referíamos, fué necesario, como tambien hemos dicho, pensar en nuevos y más prudentes y practicables proyectos.

Consistian éstos en concentrar un poco las fuerzas del ejército haciendo bajar el de Reserva por el valle del Aragon hasta Caparroso y, en combinacion con él y hasta prestándole una parte de sus mismas tropas, atacar vigorosamente la izquierda francesa algo diseminada todavía en observacion de los cantones españoles.

D. Francisco Palafóx, valiéndose de su influencia como representante del Gobierno central, precipitó el movimiento y, suponiendo el dia 13 á O'Neille en Caparroso, intentó con Grimarest el paso del Ebro por

(1) Reales órdenes de la Junta central Suprema de Gobierno del Reino; y representaciones de la de Sevilla y del general Castaños, acerca de su separacion del mando del ejército de operaciones del Centro.

Calahorra, dando órden á los cuerpos establecidos agua arriba, de acometer á los franceses que tuvieran á su frente. Castaños se encontraba enfermo en Cintruénigo con un ataque de los de gota que padecia de tiempo atrás, y cuando supo la impremeditada determinacion del representante, le dirigió con Montijo sus quejas por la inoportunidad y falta de concierto de aquel movimiento. Pero ya las tropas de Calahorra habian sido rechazadas al vadear el Ebro; y si no lo fueron las demás, consistió en no haber dado sus generales cumplimiento á órdenes no emanadas del en jefe, ó por haber llegado la de éste á tiempo para retirarse, como sucedió á Cartaojal que en su marcha á Logroño habia alcanzado con su vanguardia una pequeña ventaja sobre los enemigos situados en Agoncillo (1).

El dia 14 llegó á Caparroso O'Neille; y Castaños, deseoso de llevar á ejecucion su plan, enviándole el resto de la quinta division, con cuya mitad le habia apoyado en su marcha, y alguna caballería, le propuso el ataque de Peralta y Fálces donde habia unos 6.000 franceses que podria muy bien batir con los 18.000 hombres de que así disponia. Desde Peralta deberia O'Neille dirigirse á Lodosa, donde, acometiendo el ejército el paso del Ebro al mismo tiempo

(1) Hubo general que contestó con bastante acritud la órden del representante; pero Castaños rompió el despacho «porque no me faltaban, dice, otros antecedentes para conocer el disgusto con que fué recibido en el Ejército el Señor Representante, cuya autoridad procuraba yo sostener esmerándome en tributarle el mayor respeto y veneracion que era debido para que de ningun modo decayese la alta consideracion y decoro con que ahora más que nunca ha de tratarse al Gobierno.» Reales órdenes de la Junta central, etc.

que por Logroño y los vados próximos, seria dable ofrecer al enemigo una batalla general y decisiva. Pero O'Neille tenia otro general en jefe y, á su lado, el representante, y contestó que necesitaba la órden de aquel y 50.000 raciones. Se le mandaron éstas; se le hicieron, lo mismo que á D. Francisco Palafóx, nuevas instancias, manifestándole la premura del tiempo, que no permitia consultas á Zaragoza, y la suficiencia de las fuerzas de que disponia para un movimiento en que no habia de encontrar el grueso de los franceses; mas, como siempre sucede, pasó tambien aquella ocasion, y el dia 19 los avisos daban ya al mariscal Moncey en marcha para Tudela.

El plan que así fracasaba, hay, sin embargo, quien lo atribuye al cuartel general del ejército de Reserva cuando ya se hallaba en Caparroso. El general D. Fernando Butron en Marzo de 1814, siendo gobernador militar y político de Céuta, manifestaba que él, como ayudante de campo de Palafóx, habia sido portador de un plan de operaciones, casi completamente igual al referido, á Cintruénigo (1).

Dice Butron que fué desechado á propuesta del general Coupigni que aconsejaba reconcentrar los dos ejércitos en la línea del Quéiles, lo cual demuestra que ya habian llegado las noticias que hacian abandonar todo proyecto ofensivo y pensar en repeler á Moncey que se acercaba por el Ebro, cubriéndose, á la vez, del movimiento envolvente operado por Dessolles desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma.

Así era, con efecto, necesario y urgente. Los ge-

(1) Véase en el apéndice núm. 18.

nerales españoles habian dejado pasar el tiempo y las ocasiones que el estado de debilidad del ejército francés les habia ofrecido para operar enérgicamente, impotentes ántes y despues por la falta de órden en la organizacion y administracion de sus tropas, pero, más todavía, por las envidias, rivalidades y desconfianzas que los dividian. Ahora seria preciso atenerse á una defensiva que, por lo inerte y lo tardía, causó su descrédito y su ruina.

Es verdad que la catástrofe seria general y casi simultánea, preparada, como se hallaba, por quien á todos excedia en el arte de manejar los rayos de la guerra. Los ejércitos que gobernaba alcanzaban ya unas cifras increibles todavía para los españoles, y los mariscales puestos á su cabeza eran, por su experiencia en los cien campos de batalla en que se habian ilustrado, muy superiores á los valientes y no faltos de luces, pero inexpertos y sin el conocimiento de autoridad ninguna directiva, que iban á encontrar dispersos en el vasto hemiciclo opuesto á la nueva invasion de la Península.

Claro es que Napoleon habia de romper esa línea por donde hallase paso más breve hácia la capital de la monarquía, que ya llamaba de su hermano, y precisamente ese paso era el ménos cubierto. Pudiera decirse que estaba casi olvidado por los españoles. Porque el ejército de Extremadura era el más débil de cuantos operaban en la línea del Ebro; y como el inglés, que debia apoyarlo, se encontraba todavía muy distante, iba él sólo á sufrir el empuje más terrible de los franceses guiados por su Emperador que llevaria en pós de su persona el

núcleo principal y la flor de sus aguerridos ejércitos.

Y lo haria cuando ya tuviese la evidencia de que sus flancos se encontraban de tal manera asegurados, que no le quedara temor alguno de ver sus operaciones turbadas desde ellos. Contra los ejércitos españoles del Centro y de Reserva, habia dejado en el Ebro los de Moncey y Ney que, vistas las vacilaciones que de seguro observaria en Castaños y Palafox trás del combate de Lerin y la toma de Logroño, le parecerian más que suficientes, y Blake habia sido para entónces vencido y vístose obligado á una retirada con todo el carácter de definitiva.

Nuevas operaciones del ejército de la Izquierda

Con efecto; á la primera division y á la de vanguardia que dejamos hácia Zornoza á consecuencia de la entrada del general marqués de Portago en Bilbao, se habian unido la tercera, la de reserva y el cuartel general con el pensamiento de atacar á los enemigos, en quienes, por un despacho interceptado, se conocia la intencion de moverse por necesidad absoluta de subsistencias. El dia 24 de Octubre vieron los franceses que nuestros compatriotas se aproximaban, reforzados, no sólo por la mencionada division que se les habia unido en la marcha, sino por la cuarta tambien que desde Rigóitia descendia como amenazándoles su izquierda y hasta las comunicaciones con el grueso del ejército. Merlin intentó la resistencia y áun la mantuvo cerca de dos dias; replegándose, cuando la consideró imposible por el denuedo con que le atacaban los españoles, á espaldas del pueblo y á una altura, estribacion de los montes de Echano, desde la cual se cu-

bre el paso del Ibaizabal y la comunicacion, de consiguiente, con Durango.

No dejó de ser rudo y sangriento el choque, por más que no se hayan detenido á narrarlo los escritores franceses. Con decir que las pérdidas de nuestros compatriotas ascendieron á un oficial y 17 soldados muertos, á 4 y 52, respectivamente, heridos, á uno y 14 contusos, se comprenderá que el enemigo, cuyas bajas debieron ser proporcionalmente más numerosas, sólo cedió á la fuerza y al valor, con la intencion, empero, de mantener por suyos el pueblo y los altos inmediatos que tambien abandonó la noche del 25 al observar cómo la cuarta division española continuaba en el ya manifestado propósito de envolverlo en sus nuevas posiciones.

Pero como siempre que la tarea impuesta á uno es superior á sus fuerzas, corren á paralizarla con su influjo, letal ó benéfico, pero ignorado en los momentos críticos, las dudas y vacilaciones, el general Blake, sabiendo cuán grande era el golpe de tropas que ya habia cruzado el Bidasoa y calculando que él habia de ser el primer objetivo de ellas, dudó de si deberia ó nó proseguir en el movimiento iniciado y vaciló sobre la marcha que habria, de todos modos, de imponer á sus operaciones.

Merlin se habia retirado á Durango; pero, habiendo acudido á apoyarle dos regimientos y cuatro batallones de la guardia imperial y de línea desde Mondragon y Vitoria, cuerpos que elevaron su fuerza á la de 9.000 hombres, se estableció el 27 fuertemente en el monte de Baquijano á vanguardia de Durango, ayudado tambien por un temporal deshecho de

aguas que impidió á Blake un ataque enérgico de frente y á Acevedo el flanqueo ideado sobre San Antonio de Urquiola.

Paralizado así el movimiento general ofensivo que, como tantas veces hemos dicho, debia tener su comienzo en las montañas de Vizcaya, el ejército de la Izquierda hubo de reconcentrarse más y más, pues á la imposibilidad del avance habria necesariamente de suceder la inminencia de un ataque por parte de los franceses. Aun así, el haberse precipitado éste, salvó al ejército de Blake de una derrota, todo lo decisiva que Napoleon intentaba hácia las posiciones avanzadas en que tan temerariamente se habia aquel establecido.

El Emperador queria que se dejara á los españoles comprometerse resueltamente en el camino de sus flancos para que les fuera cada dia más difícil el retroceder á la vista de las águilas francesas. Tenia, pues, terminantemente prohibida toda operacion ofensiva hasta el momento de su llegada y de recibir directamente sus órdenes. Pero José, como general inexperto, se alarmaba pronto; y así como al recibir la noticia de la ocupacion de Lerin y de la línea del Aragon por las tropas de Castaños y Palafox, habia ordenado á Ney y á Moncey las operaciones que ya hemos descrito, del mismo modo, al saber el ataque de Zornoza, previno se acudiese con las fuerzas recientemente llegadas á contener y rechazar al general Blake. Era el momento en que acababan su marcha el primer cuerpo que regía el mariscal Víctor, el 4.° á las órdenes de Lefebvre y las divisiones Bisson y Marchand del 6.° destinado á Ney, las mis-

mas, al decir de Thiers, con que tanto se habia distinguido aquel mariscal en todas partes.

«Acababa apénas José, sigue diciendo el insigne »historiador, de pasar revista á la hermosa division »Sebastiani, del cuerpo de Lefebvre, en la llanura »de Vitoria, cuando, olvidando las instrucciones de »su hermano, la dirigió por su derecha, camino de »Durango en el valle de Vizcaya, á fin de contener »al general Blake que le infundia inquietudes del »lado de Bilbao.»

Con esa division, compuesta de cuatro regimientos de línea, los 32.°, 58.°, 28.° y 75.°, y uno de dragones, con una fuerza total de 6.000 hombres; con la de Leval que constaba de 7.000 alemanes y holandeses, y la de Villatte, por fin, con cuatro regimientos de los mejores del ejército francés y unos 8.000 hombres, se presentó el viejo mariscal Lefebvre, duque, recientemente nombrado, de Dantzig, al frente de los 20 ó 22.000 españoles de Blake entretenido hasta el 31 de Octubre en escaramucear con los franceses de Durango (1).

El mariscal Lefebvre encontró á los españoles establecidos en una extensa línea entre los altos de Bernagóitia, sobre la izquierda del Ibaizabal, y las descendencias de Muniqueta en la derecha. En ésta se Batalla de Zorzona. Posiciones de los españoles.

(1) Estos son los números y estas las calificacioones que estampa Thiers; confesando á la vez que, de los españoles, la mitad eran tropas del ejército y la otra se componia de aldeanos y estudiantes. Nunca le hemos visto tan moderado; y él mismo debió admirarse de su imparcialidad porque, en cambio, dice que una parte de los soldados franceses, por consecuencia de marcha tan larga, no se habia reunido aún á sus respectivas banderas.

veian la vanguardia coronando la altura en que asientan los caseríos del Austua y que avanza en ángulo agudo hácia la confluencia del Ibaizabal con el Orobio, arroyo éste bastante profundo que baja de N. á S. desde Muniqueta, y la primera division á su izquierda, en posicion más elevada aún y próxima á aquel monte eminente y escabroso. La cuarta division campaba á retaguardia y á unos 300 metros de la primera con su derecha casi tocando al rio, y la izquierda en los elevados caseríos de Echano. El general en jefe la observaba á muy corta distancia desde un montecillo, el de Arrinda, que se eleva sobre lo que constituia el centro de la division. La reserva se hallaba establecida en Zornoza apoyando á su izquierda las dos primeras líneas constituidas por las divisiones cuyos puestos acabamos de indicar, y más inmediatamente á la tercera division que, establecida en la union de los caminos de Durango, cubria el puente de Ibarra sobre el Ibaizabal y servia como de primera reserva á la cuarta en el camino que sigue con el rio por su orilla derecha. En el caso de que los franceses atacaran tambien por la márgen izquierda, con sólo pasar el puente se ponia en contacto la tercera division con el cuerpo avanzado sobre Bernagóitia.

Y ese ataque era tanto más probable, cuanto que la division de Astúrias, trás de su operacion fracasada sobre Urquiola, y la segunda de Galicia, puestas ámbas á las órdenes de Acevedo, debian encontrarse en el valle de Arratia para cubrir aquella comunicacion entre Vitoria y Bilbao; y una vez entablada la accion, podrian caer por las estribaciones de las Peñas de Dima sobre la retaguardia fran-

cesa, si no se las observaba con vigilancia y se prevenia su accion por aquel lado.

Ya hemos dicho que la derecha de la línea general de batalla se encontraba en Bernagóitia. Un poco avanzada era la posicion y la cubria el primer batallon de Cataluña, uno de los recientemente desembarcados, procedentes de Dinamarca, y el que tuvo ántes la gloria de incorporarse al ejército de la Izquierda á que habian sido todos destinados. Por lo mismo que se hallaba tan avanzada la posicion y no en contacto aquel cuerpo con la masa principal de nuestras tropas, establecida en la izquierda, fué necesario reforzarlo; y el batallon de granaderos, dos compañías de Zaragoza y una de Navarra fueron á reunirse con Cataluña para esforzar la defensa de punto tan importante como el que este batallon ocupaba.

¿Era ó no temeraria la resolucion de Blake esperando allí el ataque de los franceses? Lo que su nieto del mismo nombre, tantas veces citado, ó el mismo Blake en las Memorias que á aquel sirven de guía, tratan de disculpar, no es lo avanzado de aquella posicion, sino el no haberla adelantado aún más en conformidad con las instrucciones generales á que tan repetidamente nos hemos referido. Para no proseguir en su marcha envolvente, medió una junta de los generales y de los jefes de los cuerpos facultativos que le aconsejaron no intentara mayor avance *hasta que dando principio el plan general de operaciones, se viese el enemigo estrechado y divertido por todas partes.*

¡Qué obcecacion!

Los que aún pensaban en avanzar contra el ejército francés, mal podian fijar su pensamiento en la necesidad de retirarse y, sobre todo, en la concentracion inmediata de todas sus tropas á fin de resistir con fortuna el empuje de los primeros cuerpos enemigos que se les presentaban en la nueva campaña.

Afortunadamente no iban éstos en número suficiente para emprender un movimiento que pusiera en peligro de una gran catástrofe al ejército de la Izquierda. Habiendo acudido la mayor parte por efecto del temor de José al tener noticia del ataque de Zornoza, no componian un ejército capaz de llenar los fines á que lo destinaba el Emperador. De ahí, su ira al saber las operaciones del mariscal Lefebvre, y, de ahí, las frases amargas que dirigió á su hermano.

Preparativos de Lefebvre

A la primera ojeada comprendió el Mariscal dónde se hallaba el punto débil de los españoles y, para hacerse dueño de él y comenzar la batalla con un golpe que diera aliento á los suyos é impusiese al enemigo, expidió contra el que campaba en Bernagóitia la division Villatte que iba en la extrema izquierda del ejército francés. Eran la siete de la mañana y, como siempre á fines de Octubre, lo denso y extendido de la niebla que en tal estacion cubre las montañas vascas, permitió á las tropas de Villatte avanzar sobre la derecha española sin pérdidas de consideracion. Su superioridad incontestable arrolló, como era de esperar, el único batallon que les habia sido opuesto en vanguardia, el de Cataluña, que, despues de una resistencia obstinada pero sin espe-

Avanza su izquierda.

ranzas, se retiró al abrigo de las fuerzas de la tercera division que, hemos dicho, habian sido destacadas para apoyarle y se encontraban en el alto de la Nevera, demasiado encumbradas y demasiado distantes del cuerpo principal.

No habia de ir Villatte á desalojarlas, pues que sólo le serviria aquel ataque para distraerle del objeto más interesante en el general que se habia llevado al abandonar la línea, el de amenazar, á la vez que arrollaba la derecha, el centro de la española. Así es que prosiguió rectamente su marcha al puente de Ibarra, donde esperaba influir más que en los altos de la Nevera para el éxito de la jornada.

Ataca el centro y la izquierda de los españoles.

Entretanto Lefebvre, que observaba los progresos de Villatte desde el monte de San Sebastian en Baquijano que dijimos habia quedado el 27 en poder de los franceses, dispuso el ataque del centro y de la izquierda de los españoles. El general Sebastiani, al ver las fogatas, que era la señal convenida con Villatte, en los altos de Bernagóitia, inició el movimiento por el camino que, junto al rio, se halla abierto en el fondo del valle. Le secundó por la derecha Leval con sus alemanes, situados aquel dia sobre las alas y mezclados, en parte, con la division Villatte, *para darles ejemplo*, dice Thiers, por faltarles, no sabemos si valor ó experiencia.

Formada en columna con el frente de dos compañías, la division Leval cruzó el Orobio, precedida de una espesa línea de tiradores que, al apoyo de dos piezas situadas muy de antemano en el monte de San Sebastian, fueron, aunque trabajosamente, ganando por su derecha el cerro en que formaba la

primera division española y por la izquierda un grande y áspero estribo ocupado por la vanguardia. Esta, amenazada, más que por los soldados de Leval, por los de Sebastiani que se adelantaban resueltamente por la carretera, temió verse cortada; y, despues de una resistencia que la inspeccion de los lugares no permite llamar obstinada, se retiró al monte de San Martin.

Retrocede la vanguardia española.

La posicion era buena, pues que dominaba la que acababa de abandonar la vanguardia y la más inmediata que ya arrancaban los franceses á la primera division que fué á unírsele. Pero, por lo mismo, debió ser ocupada desde el principio; y la vanguardia y la primera division, apoyadas de tan cerca y no temiendo, de consiguiente, verse envueltas, se hubieran batido sin recelo, con mayor obstinacion y, acaso, con fortuna.

La segunda línea española se encontraba tan léjos que no podia apoyar á la primera inmediatamente, único modo de que se batieran con energía tropas sin una gran experiencia de la guerra. El terreno que mediaba entre las dos era no sólo extenso, sino que escabroso tambien; y azotadas, además, las tropas de vanguardia por los obuses de San Sebastian que no cesaban en su fuego desde que empezó á disiparse la niebla, mal podian sostenerse contra las dos gruesas columnas que veian avanzar por uno y otro flanco.

Cambio de frente en los españoles.

Se habia verificado sin querer un cambio de frente. De la línea primitiva de batalla, perpendicular al valle y al camino por donde se acercaban los franceses, se habia pasado á una oblícua desde San Martin, en la extrema izquierda, á Arrinda en el centro

donde campaba la cuarta division, y al puente de Ibarra, del cual acababa de desembocar la tercera para apoyar á las tropas de Bernagóitia y la Nevera que tambien iban retirándose en presencia de la division Villatte.

Pero entre San Martin y Arrinda quedaba un claro, sumamente peligroso ante tropas tan emprendedoras como las francesas, animadas además con las primeras ventajas que iban obteniendo, y Blake lo cubrió con una parte de la division de reserva.

Así, podian encontrarse muy comprometidas las tropas de Sebastiani que continuaban sin detenerse por el camino real; pero, á fin de apoyarlas convenientemente, y ya todas á la vista unas de otras, seguian avanzando sin descanso las de Leval por la derecha hácia San Martin, y las de Villatte por la izquierda y ya muy inmediatas al rio. Sebastiani ataca el centro.

Al llegar Sebastiani á la altura del centro español y frente á Arrinda, comprendiendo que no debia comprometerse en el angostísimo paso que existe entre el rio por un lado y escarpes sumamente ásperos por el otro, hizo alto. Y sin abandonar su formacion de columnas, prueba del poco efecto que en ellas hacia el fuego de la línea española, y con la única precaucion de cubrirse por la derecha con su vanguardia extendida en tiradores, emplazó á su frente dos de las piezas de artillería que llevaba y rompió con ellas el fuego sobre Arrinda que, cual acabamos de decir, se levantaba como interceptándole el camino. No satisfecho con el efecto que pudieran hacer las piezas en la línea española, tan elevada respecto á ellas, destacó sobre su derecha los regimientos 27.° de

ligeros y 63.° de línea que iban en cabeza, los cuales, desplegando en batalla, amenazaron atacar la reserva que ligaba las posiciones de San Martin y Arrinda.

¿La atacaron con efecto? ¿Lograron romperla?

Esto es lo que deja ignorado el laconismo de los historiadores de uno y otro bando; pero, amenazada ó rota, la reserva española debió abandonar el monte de San Miguel en que tan importante servicio la estaba encomendado. (1)

Leval, entre tanto, vencidas las posiciones de nuestra primera línea y viendo los progresos del centro y la izquierda de la suya, extendió su frente desplegando algunos de los batallones y acometió resueltamente la subida á San Martin. La vanguardia y la primera division se la disputaron réciamente y largo rato; pero su jefe, el general Figueroa, observando obandonado el no corto claro que le separaba de Arrinda y la formacion curva con que por uno y otro flanco subia el enemigo amenazando cortarle los caminos de su retirada, pensó que no le quedaba otro remedio que el de emprenderla. No lo hizo, sin embargo, hasta el último extremo, cuando, segun todos los datos más fidedignos, se encontraba

Leval rompe la izquierda

(1) Uno de los diarios de aquellas operaciones, dice que «el general, para sostener la retirada de la 1.ª (division) y atajar los progresos con que se adelantaba la artillería por el centro, hizo bajar hácia el primer objeto el 2.° batallon de la columna de Granaderos de Galicia, y hácia el segundo, el regimiento de Voluntarios de la Corona, siendo ésta la tercera vez que en la mañana fué á la carga: éste, apénas hubo bajado, hubo de retroceder haciendo fuego por la proximidad y considerable fuerza, y por no tener absolutamente retirada, pues ya las partidas enemigas ocupaban el camino».

á punto de verse rodeado completamente por los franceses (1) Entónces abandonó el monte de San Martin para buscar el apoyo de la reserva, cuyos cuerpos avanzados á San Miguel, tambien en retirada, operaron una reaccion ofensiva que desembarazó á la vanguardia y á la primera division de los batallones de Leval que más las acosaban. (2)

La cuarta division, situada, segun ya hemos dicho, en Arrinda, quedó, con eso, hecha el blanco de todas las fuerzas enemigas que operaban por la derecha del Ibaizabal. No era fácil que sostuviese su posicion, amenazada, en su izquierda, por Leval que ya la dominaba desde San Martin, y á su frente por Sebastiani, á cuya artillería no le era dado contestar por habérsele separado la suya. (3) No

(1) «Blake, dice:.........pero ésta (la 1.ª division) sostuvo largo rato un violentísimo fuego llegando á verse rodeada del enemigo casi por todas partes, quedándole sólo un claro que aprovechó para retirarse..........»

Schèpeler, que publicó ántes su trabajo, dice: «Sin embargo la division se sostuvo en la colina cónica hasta que la columna del ala derecha del enemigo la rodeó casi enteramente.»

Otro tanto viene á decir Toreno, quien llama, y con razon, á Figueroa, oficial sábio y bizarro.

(2) El mencionado diario añade á lo expuesto anteriormente: «El batallon de Granaderos provinciales sostuvo con mucho teson la retirada de la 1.ª hasta que, muy próximo á ser rodeado, se retiró, conseguido el fin á que fué enviado.»

(3) Sin que Blake recuerde para nada ni el servicio ni el destino de la artillería española, debe creerse con fundamento sobrado que fué prematura y desacertadamente retirada del campo de batalla. Toreno, narrando la accion de la cuarta division, dice: «pero falta de cañones como lo demás del ejército, fué arrollada.......etc »

Schèpeler, tan bien enterado casi siempre de lo que pasaba en los ejércitos españoles, dice: «Viendo entónces (á los primeros cañonazos despues de la accion de la primera línea) cuán poco fruto le daria allí una victoria, hizo retroceder inmediatamente la artillería á Bilbao.»

De modo que los españoles combatieron sin artillería en Zornoza.

tuvo, pues, otro remedio que el de retirarse, verificándolo con órden y al apoyo del provincial de Lugo destacado á las alturas de Echano, hácia donde tambien se habian dirigido la vanguardia y la primera division.

Retirada del ejército á los altos de Vizcargui y Bilbao.

El mismo Blake dirigió el movimiento conteniendo siempre á los enemigos que le siguieron de cerca hasta verle en las faldas de Vizcargui, donde se mantuvo unas dos horas; trasladándose despues por Lezama á las alturas inmediatas á Bilbao.

La tercera division, despues de recoger los cuerpos que habian combatido en Bernagóitia y los destacados á la Nevera, y de haber ido conteniendo á Villatte que marchaba por aquella parte á la altura de Sebastiani y de Leval, miéntras iban éstos arrollando nuestra izquierda y el centro, se retiró tambien, segun Blake, en la misma direccion que las demás y segun otros, y es lo más probable, por la izquierda del Ibaizabal que, todo lo más, cruzaria por el puente de Lemona, hasta donde la persiguió el general Villatte con las tropas de su mando.

Los españoles tuvieron en Zornoza 94 muertos, 242 heridos, 39 contusos, 46 prisioneros y 319 extraviados, pérdida de poca importancia si hubiera sido para llenar un objeto militar verdaderamente práctico (1).

Observaciones

Porque si al general Blake no repugnaba el pensamiento de combatir, ¿cómo no pudo evitarlo? Varios dias ántes habia arrojado á los franceses de Zornoza y llevaba, de consiguiente, en aquellas posicio-

(1) Véase el apéndice núm. 19 con el estado de bajas.

nes el tiempo suficiente para comprender que, ó se le tendia un lazo con el fin de comprometerlo más y más en su operacion envolvente, ó caeria muy pronto sobre él gran golpe de las fuerzas enemigas que sin cesar penetraban en España. Que fuera sorprendido, es inadmisible campeando en país propio y teniendo, como saben nuestros lectores, cuerpos ó divisiones destacadas sobre el flanco de los franceses y que los observaran y amenazasen. La misma disposicion de las líneas en el campo de batalla prueba que estaba preparado el ejército para recibir al enemigo; y desde el dia 27, en que hubo por parte de Merlin la reaccion que produjo su establecimiento en la montaña de San Sebastian en Baquijano, debió Blake conocer que se acercaba el momento de nuevos y más rudos choques. No es, pues, de sorpresa ni de encuentro el combate del 31 de Octubre en Zornoza, so pena de atribuir al general Blake una falta de noticias y, lo que es peor, una torpeza militar de que verdaderamente no adolecia.

Pero si todo esto es exacto, y creemos que lo sea, ¿qué pensar de la disposicion de retirar tan prematuramente del campo de batalla la artillería afecta á la division de vanguardia?

Ya hemos citado las autorizadísimas opiniones de Schépeler y de Toreno en ese punto. El segundo, además, al exponer su juicio sobre la accion de Zornoza, pronuncia palabras que, sin una certeza incontestable, no se habria atrevido á estampar en su obra. «Quizá la victoria hubiera sido más dudosa, »dice, si el general español no se hubiera de ante- »mano despojado de la artillería, enviándola cami-

»no de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el »propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente »fué descuido quedarse del todo desprovisto de tan »necesaria ayuda en frente de un enemigo activo y »emprendedor.»

Se comprende que, determinado á retirarse sin combatir, y para hacerlo debió tener harto tiempo, hubiera, con efecto, despachado por el camino una parte de la artillería, caso de que llevase la dotacion completa, quedándose con alguna para no ser atropellado en las posiciones en que fuese escalonando sus tropas. Pero establecer su línea de batalla, procurar la defensa de los accidentes del terreno en que se habia desplegado, sostenerlos con tenacidad y empeñar hasta su propia persona en trances diversos de la accion, es hacer manifiesto su propósito de pelear y, en tal caso, es indisculpable la ausencia de la poca artillería que llevaba, consistente, segun hemos dicho, en las seis piezas de la vanguardia.

Otro tanto puede pensarse respecto al alejamiento en que se mantuvieron las divisiones de Martinengo y Acevedo. Una vez frustrado su intento de flanquear las posiciones de Merlin con la ocupacion de San Antonio de Urquiola, se hallaban durante la accion de Zornoza en Villaro y Dima, separadas del ejército por el áspero lomo que divide aguas entre el Arratia y el Ibaizabal.

Citados previsoramente y con tiempo al campo de batalla, aquellos cuerpos hubieran podido caer sobre la izquierda francesa, sin que el general Villatte, en su marcha por cerca del rio, pudiera resistir-

los, ni las tropas de Sebastiani y Leval avanzar por la derecha, temerosas de verse flanqueadas y hasta envueltas. Hubieran sido 8.000 hombres arrojados en la balanza de los destinos de aquel dia, y arrojados desde posiciones imponentes y en una direccion que efectivamente habria impuesto á los generales franceses que operaban contra las órdenes expresas y terminantes del Emperador (1). La suerte del ejército de la Izquierda hubiera sido quizás muy diferente.

No pondremos fin á estos juicios sin, para muestra de imparcialidad, trasladar al papel un párrafo del escrito del ilustrado nieto del, por tantos títulos, insigne general Blake. Dice así: «El ejército fué ata»cado súbitamente, sin noticia ni prevencion algu»na. Sostuvo las primeras posiciones como la tropa »más aguerrida, llegando el caso de abrirse paso á »la bayoneta y rechazar con ella al enemigo, te»niendo que ceder al número, no al valor. Ma»niobró con acierto, protegiéndose unas divisiones á »otras, y aprovechando cada una los recursos que »ofrecia el terreno, y cuando por todas partes fué su «línea estrechada por los franceses, verificó un cam»bio de frente, retirando su ala derecha para apo»yarse en la cordillera de Vizcargui, en cuya posi-

(1) Decia el Mayor general al Duque de Dantzig el 4 de Noviembre desde Bayona: «El Emperador, señor mariscal, ha visto »con sentimiento que, sin órden para ello, hayais emprendido una »accion contra el cuerpo del general Blake, quien, si hubiera con»tinuado cuarenta y ocho horas en la posicion que ocupaba se hu»biera visto en el caso de caer prisionero ó ser, por lo ménos, »atacado más ventajosamente.» (Correspondencia de Napoleon).

»cion contuvo al enemigo, que no se atrevió á conti- »nuar el ataque.»

Las pérdidas de los franceses consistieron en 200 hombres, si hemos de creer á Thiers que hace subir las de nuestros compatriotas á 1.500 ó 1.800, exagerando como es en él inveterada é incorregible costumbre.

Continua la retirada á Valmaseda.

Desde las posiciones de Vizcargui, á donde se habia recogido y que no se atrevieron á disputarle los franceses en las horas que tranquilamente las ocupó, el general Blake se retiró despues de anochecer á Bilbao. De allí continuó la mañana siguiente del 1.° de Noviembre á Valmaseda, cubierta la retaguardia de su ejército por la division de reserva y el batallon de Barcelona que habia llegado el dia anterior á unirse con el de Cataluña, su compañero de la division del Norte. Cuando evacuó á Bilbao la retaguardia, era mediodia, hora en que asomaban las avanzadas francesas por la entrada opuesta de la villa, atravesándola inmediatamente para seguir la pista de los españoles que dejaron algunos de sus cuerpos en Sodupe, punto importante del valle del Cadagua por cerrar las avenidas de los de Arciniega y Oquendo que ofrecian la comunicacion con las divisiones destacadas en Arratia y Orduña.

Las alarmas de José, que produjeron la expedicion de Lefebvre á Durango y Zornoza, llevaron al mariscal Victor á operar sobre el flanco de su colega, y las últimamente mencionadas divisiones se lo encontraron atravesado en el camino que se habian propuesto seguir para incorporarse á su cuartel general. La asturiana de Orduña, conociendo, sin embargo, el mo-

vimiento de Victor, se dirigió á Arciniega; de modo que cuando los franceses, repasando Amurrio, iban á situarse en Menagaray para interceptar el paso de las tropas de Acevedo, observando á Blake á la vez, la division Quirós se hallaba ya en libre comunicacion con Valmaseda.

Incorpórase la division del Norte.

En esos momentos, verdaderamente críticos, se unió tambien al ejército la division del Norte.

No se ha dicho todavía en este libro cuándo y cómo desembarcó en España, habiéndola dejado en el capítulo anterior esperando la escuadra de trasportes que de un dia á otro debia llegarle de Inglaterra.

Su vuelta de Dinamarca.

Ya era, sin embargo, el 5 de Setiembre cuando asomaron por el horizonte las blancas velas cuya vista constituia en nuestros expedicionarios su más halagüeña esperanza. Y aún cuando casi á la vez se presentó tambien el bergantin Calypso llevando la infausta nueva de haber sido inútiles las reclamaciones y esfuerzos de su capitan para conseguir la libertad de Astúrias y Guadalajara, desarmados en Zeelandia, no por eso se dilató el embarque, y el 12 levaban anclas los 27 trasportes, y todo el convoy avistaba el 17 las costas de aquella soberbia Albion, tan enemiga dias ántes, aliada, en aquellos, tan fiel y poderosa.

Allí, y por órden del marqués de la Romana que se habia adelantado en el Calypso, desembarcó el intendente Las Heras, tan rudamente anatematizado por D. Ambrosio de la Cuadra; y el convoy continuó su navegacion con rumbo á Galicia, su primer destino, hasta que nuevas órdenes, imposibles de trasmitir á todos los buques, y un récio temporal que los

sorprendió cerca ya de la Península, causaron su arribo á diferentes y muy distantes puertos de la costa septentrional.

Contratiempos en su regreso á España.

La Princesa y Zamora, que habian llegado á la vista de la Coruña, tuvieron que retroceder á Santander, su nuevo destino por las operaciones que se estaban ejecutando en Vizcaya. Una parte, sin embargo, del primero de aquellos regimientos, algunos jinetes desmontados del Infante, del Rey y Almansa, y la 3.ª compañía del 1.er Batallon del 1.er Regimiento de artillería desembarcaron en Rivadeo; y cuando la Junta de la provincia y las autoridades militares ordenaron el reembarque de aquellos cuerpos para Santander, Bresson, que los mandaba, propuso el viaje por tierra que deseaban sus soldados. Verificose así, y tan felizmente y con tal órden, que el 11 de Octubre se presentaban todos en Santander con la sola excepcion de dos que desertaron ó se perdieron en las ásperas montañas asturianas que hubieron de atravesar.

Su reunion en Santander.

Otros buques, hasta el número de trece, se presentaron á la vista de Rivadeo cuando desembarcaban los destacamentos á que acabamos de referirnos; pero pudo alcanzarles la órden del nuevo rumbo y viraron en redondo para Santander. Un récio temporal que interrumpió las calmas que sucedieron á su arribo á la costa de Galicia, separó los buques, alguno de los cuales no paró hasta las de Inglaterra; mas el número mayor, el núcleo principal de las fuerzas que componian la division, se presentó el 9 de Octubre en Santander, donde fueron recibidos nuestros expedicionarios del Norte con las demostraciones

más calurosas de afecto y patriotismo. «Fondeamos, »dice uno de ellos, el 9 de Octubre en la noche en »Santander, cuya ciudad puso iluminacion por tres »dias, repicó las campanas, y al dia siguiente, cuan»do pisamos la tierra deseada, el mudo lenguaje de »los ojos y de los del pueblo daba á entender el es»tado de nuestras almas.»

. Los demás cuerpos fueron sucesivamente llegando, y sólo la artillería á caballo tardó en unirse á ellos, impelido mar adentro y varios dias el barco que la trasportaba por la deshecha borrasca que sorprendió al convoy despues de la calma de cinco dias que habia experimentado junto al Cabo de Peñas.

Allí tambien comunicó D. Juan Caro, que se habia adelantado á la Coruña, las noticias recogidas en la Junta de aquel antiguo reino, con las que el ejército expedicionario, llamado por ella segun ya dijimos, hubo de variar, como acabamos de exponer, su direccion, tomando la del teatro entónces de la guerra.

Ya en él, puesto que Santander podia considerarse como una base, aunque secundaria, de las operaciones que se ejecutaban en Vizcaya, las tropas, áun sin descansar de expedicion tan fatigosa, se dedicaron á su reorganizacion y armamento. La infantería recibió los fusiles, equipos y calzado que, despues de vicisitudes tantas y de tales contratiempos la eran necesarios, para lo que el país por una parte y, sobre todo, la escuadra inglesa facilitaron cuanto podian. Y tan activo se mostró el conde de San Roman, comandante general interino de la division por no haber llegado aún el marqués de la Romana, y estuvieron tan solícitos el pueblo y los aliados, que á los po-

cos dias la villa de Castro-Urdiales recibia una guarnicion de 300 soldados del batallon de Cataluña que, poco despues, se veia pelear completo en Zornoza sobre las alturas de Bernagóitia.

La caballería, como volvió desmontada de Dinamarca, tuvo que dirigirse al Sur de la Península, única region donde le era factible el remontarse y atender á su reorganizacion. Inútil en un terreno como el montuoso en que operaba el ejército de la Izquierda, tenia, de todos modos, que buscar otras comarcas donde prestar sus servicios; siendo las de Andalucía y Extremadura las en que luégo la veremos prestarlos muy eficaces y gloriosos.

Tambien recibió aquella division algunas piezas que debia servir el personal de artillería de á pié que conducia Bresson desde Rivadeo, piezas que si por el pronto no podrian acompañar á los regimientos cuando fueran á incorporarse al ejército de la Izquierda, les serian indispensables en la marcha general de las operaciones, tal cual podrian presumirse en aquellos dias (1).

Nombrado el marqués de la Romana miembro de la Junta central y despues general en jefe del ejército de la Izquierda, no pudo, sin embargo, hacerse cargo del mando en los dias de su llegada, dejando á Blake el acabar la campaña en que se hallaba empeñado. Pero las tropas, tan pronto como se apercibie-

(1) Los ingleses dieron seis cañones de á 6 y dos obúses de á 5 1/2; 2.000 fusiles, equipos para 10.000 hombres, y 10.000 pares de zapatos. Además entregaron en las cajas de la division hasta 50.000 libras esterlinas.

Esto es cuanto recibieron en Santander aquellas tropas.

ron para emprenderla, fueron tomando el camino de Vizcaya, incorporándose, como ya hemos visto, al grueso de las del ejército en los momentos en que podria ser más útil su ayuda.

Pero si al ejército de la Izquierda habia llegado aquel refuerzo, y no era pequeño así por la calidad de las tropas que lo componian como por lo difícil de las circunstancias en que se incorporaba, mucho más importante y eficaz, potísimo, era el que habia recibido el ejército francés con la presencia de su Emperador.

Venia de presidir en Erfurth un *parterre* de Soberanos, Emperadores, Reyes y Príncipes, y Duques independientes. **Napoleon en Erfurth.**

El Rey de Sajónia, los de Baviera y Wurtemberg, el de Westphalia, el Príncipe primado, el Gran duque de Baden, los de Hesse-Darmstadt, Weimar, otros varios de la Confederacion del Rhin y multitud de ministros, diplomáticos, cortesanos y generales, habian acudido á Erfurth, más que por su propio interés, para festejar al Czar Alejandro y á Napoleon, que eran los que únicamente habrian de sacar fruto de asamblea tan brillante y fastuosa. Si el emperador de Austria y el rey de Prúsia no habian asistido, no era por falta de deseos; anhelante el primero por conocer el secreto de lo que allí iba á tratarse entre los poderosos monarcas que parecian quererse dividir el imperio de la vieja Europa, y sumido el segundo en el dolor y el bochorno de sus recientes desastres y, sobrellevándolos, pero sin resignacion, dentro de los sombrios salones de su palacio de Koenigsberg. No habian sido invitados; aquel, por suponérsele ocupa-

do en armamentos contrarios á la Francia, y éste, por no herirle en su dignidad. Pero el austriaco habia enviado al Sr. Vincent á Erfurth para que inquiriese con maña cuáles eran los propósitos de los Emperadores, empresa en que fracasó por completo, y el prusiano esperaba, y sus esperanzas eran fundadas, que el autócrata de todas las Rúsias procuraria dulcificar su suerte y la de la entónces desgraciada nacion cuya prosperidad le estaba encomendada. Vincent no recibió sino desaires, y el Czar consiguió que en lugar de 140 millones de francos que debia Prúsia pagar á la Francia en dos años, satisficiese en tres 120 millones.

A cambio de concesiones hechas á Rúsia, entregándole las provincias danuvianasy la Finlandia que ya tenia ocupadas militarmente, el emperador Napoleon habia obtenido el reconocimiento de los despojos verificados en Roma y en España, así como una alianza ofensiva y defensiva que nadie se atreveria á afrontar en el continente. Ese convenio, redactado por los señores Romanzoff y Champagny con una reserva que ni el oro, ni las más sutiles pesquisas pudieron hacer trasparente, dejaba á Napoleon en una libertad de accion para sus operaciones en la Península, que, en su concepto, seria una demencia el intentar resistirle, ni áun con el favor de la Inglaterra, cuyos ejércitos esperaba en una sola campaña de dos meses arrojar al Oceano que habian tan temerariamente cruzado para ponerse al alcance de su poderoso brazo.

Pero, queriendo con hipócritas gestiones quitar á la Rúsia hasta sus más nímios escrúpulos, habia accedido á que se intentase una reconciliacion con la

Gran Bretaña, reconciliacion que bien sabia él era imposible. Porque, ¿cómo los hombres de Estado ingleses, áun deseosos de la paz, habian de suscribir un tratado con naciones ligadas entre sí por otro ignorado en todas las demás? Y si este tratado era conocido, ¿cómo habia de recibir la aquiescencia de una Inglaterra y de un Austria, tan interesadas en la suerte del Pontífice romano, despojado de su poder temporal por un sucesor de Carlomagno, y de la Turquía y de la España cuya independencia se consideraba tan necesaria para la paz del mundo?

Era, sin embargo, para Napoleon tan apreciable la amistad de la Rúsia en tales momentos, que, así para cortar aquellos escrúpulos, como para facilitar á Alejandro la adquisicion de las provincias cuyo dominio se le adjudicaba, se ensayó el que, pasando furtivamente á Inglaterra los dos ya citados diplomáticos, se presentaran al gobierno británico proposiciones de paz que rechazó, si bien con formas corteses y dilatorias para no chocar abiertamente con la opinion pública, ignorante de la doblez y de la hipocresía usadas por los negociadores de Erfurth.

Napoleon, de todos modos, habia conseguido su objeto, el de atraerse al Emperador Alejandro con la obtencion de lo que por el pronto deseaba más, y la esperanza de la formacion luégo de dos imperios, uno oriental y otro occidental, los dos inquebrantables por su fuerza misma y, más todavía, por la íntima union de sus representantes. Para hacer ésta más sólida y entrañable, se habia pensado en estrecharla con los lazos de la sangre, y el Czar se habia comprometido á allanar los obstáculos que pudieran opo-

ner las preocupaciones de su madre la Emperatríz viuda, respecto al enlace de su hija mayor con el glorioso y prepotente soberano de la Francia.

El fáusto más ostentoso, los procedimientos más afectuosos y halagadores, la satisfaccion de todos los deseos, espectáculos brillantes, demostraciones de cariño casi fraternal, todo se habia prodigado en Erfurth por conseguir el tiempo de tranquilidad necesario en el Norte para acabar con las inesperadas resistencias que presentaban en el Mediodia el valor indomable de los españoles y la rencorosa tenacidad inglesa.

El convenio, cuyas bases principales consistian en no consentir las partes contratantes en paz alguna que no asegurase á la Rúsia la posesion, segun ya hemos dicho, de la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia, y á la Francia la corona de España para el rey José, fué firmado el 12 de Octubre de 1808, y el 14 tomaba Napoleon el camino de París, donde terminaria todos los preparativos militares, imposibles de hacer sin el acuerdo celebrado en Erfurth.

El *grande ejército* debia reducirse á proporciones que le privarian de su título antonomástico para tomar el de *ejército del Rhin*, cuyo mando se encomendaria al mariscal Davout; distribuyendo las fuerzas de aquel de modo que la Prúsia y el Austria comprendieran la necesidad de mantenerse tranquilas, y la Inglaterra se viese amenazada de la invasion que tantas preocupaciones le habia producido cuatro años ántes.

El ejército de España recibió la siguiente organizacion, que copiamos de la obra de Thiers. «Napoleon,

»dice, dió al mismo tiempo sus últimas órdenes para »la composicion del ejército de España. Lo formó en »ocho cuerpos, cuyo mando en jefe se proponia to- »mar, llevando, como de costumbre, al príncipe Ber- »thier por mayor-general. El 1.er cuerpo del grande »ejército, dirigido de Berlín á Bayona á fines de Oc- »tubre, conservó, á las órdenes del mariscal Victor, el »título de 1.er cuerpo del ejército de España. El cuer- »po de Bessières vino á ser el 2.° y fué destinado al »mariscal Soult. El del mariscal Moncey fué califica- »do de 3.° del ejército de España, y la division Sebas- »tiani reunida con los polacos y alemanes al mando »del mariscal Lefebvre, tomó el título de 4.° cuerpo. »El 5.° del grande ejército con el mariscal Mortier, »encaminado por una órden dirigida desde Erfurth »del Rhin á los Pirineos, hubo de guardar su nú- »mero, llamándose el 5.° del ejército de España. El »antiguo 6.° cuerpo del grande ejército, reciente- »mente llegado de Alemania, compuesto siempre de »las divisiones Marchant y Bisson, y mandado por el »mariscal Ney, quedó llamándose 6.° cuerpo del ejér- »cito de España. Se le añadió, al mando del general »Dessoles, con algunos de los viejos regimientos »trasportados á la Península una tercera y hermosa »division que haria aquel cuerpo más numeroso de lo »que lo habia sido nunca. El general Gouvion-Saint- »Cyr, con las tropas de Duhesme, encerradas en »Barcelona, la columna Reille que habia quedado »al frente de Figueras, las divisiones Pino y Sou- »ham dirigidas de Piamonte al Rosellon, debió for- »mar el 7.° cuerpo del ejército de España. Junot, »con las tropas que habian vuelto de Portugal por

»mar, armadas de nuevo, reclutadas, provistas de »caballos para su artillería y caballería, formó el »8.° El mariscal Bessières se puso á la cabeza de la »reserva de caballería, compuesta de 14.000 drago»nes y 2.000 cazadores. El general Walther tomó el »mando de la guardia imperial, compuesta de 12.000 »hombres. Era una masa de 150.000 hombres de »tropas veteranas, la que, unida á los 100.000 que se »encontraban ya al otro lado de los Pirineos, presen»taba un total de 250.000 combatientes. Hé ahí qué »esfuerzos se veia obligado Napoleon á hacer por ha»ber emprendido en un principio la invasion de Es»paña con un ejército demasiado poco numeroso y »demasiado poco aguerrido.»

«De este refuerzo de 150.000 hombres, 100.000 por »lo ménos, procedentes de Alemania ó de Italia á fi»nes de Agosto, habian llegado á los Pirineos al ter»minar Octubre: eran los cuerpos 1.°, 4.°, 6.° y 7.°, la »guardia y los dragones. El 5.° á las órdenes del »mariscal Mortier, que se habia puesto en cami»no despues que los otros; y el 8.°, que mandaba Ju»not, recientemente desembarcado por los ingleses »en La Rochelle, se hallaban todavía en marcha.»

Viene á España. No tardó Napoleon en emprender la suya á España, y con tal precipitacion que, habiendo salido de París el 29 de Octubre, se presentaba en Bayona á las 3 de la mañana del 3 de Noviembre, despues de haber cruzado una parte de las Landas *á franc ètrier*, segun su misma expresion, por el mal estado de los caminos.

Dos dias despues llegaba á Vitoria, pero sin dar un punto de descanso, como á su imaginacion, á la

pluma de sus inmediatos y á la actividad y al celo de cuantos hubieran de ejecutar las órdenes suyas.

Sin detenernos en enumerar esas disposiciones, casi todas ya pertinentes á su nueva empresa, para hacer manifiesta la fiebre que, en vez de consumirle, alimentaba á aquel hombre extraordinario, vamos á traducir el despacho número 14.444 de su correspondencia, dirigido el 6 de Noviembre en Vitoria á su hermano que se hallaba en la misma poblacion y en alojamiento, de consiguiente, próximo. Porque Napoleon en aquella campaña puso un particular esmero en dejar al rey José el papel de soberano, tomando para sí el de general en jefe de las tropas destinadas á combatir á cuantos enemigos se presentaran en el camino del trono que habia destinado á su hermano. Era una escena más, un accidente de los que á él gustaban tanto en el grandioso melodrama que, nuevo Augusto, se habia propuesto representar en el mundo.

Dice así el despacho: «Deseo me hagais facilitar »noticias lo más pronto posible, sobre los caminos: »1.°, de Bilbao á Valmaseda; 2.°, de Valmaseda á Vi»llarcayo: ¿cuáles son las poblaciones que en ellos se »encuentran, qué clase de alturas puede cruzar la »artillería? 3.°, de Villarcayo á Búrgos; 4.°, de Vi»llarcayo á Orduña; 5.°, de Villarcayo á Miranda ó »cualquier otro punto á lo largo del Ebro; 6.°, de Vi»llarcayo á Santander; 7.°, de Villarcayo á Reinosa. »Por cada uno de estos caminos, ¿puede transitar la »artillería? detalles sobre cada uno de estos ca»minos.»

«Haced que se saquen notas, sea por el ministro

»de la Guerra español, por gentes prácticas del país »y tambien por oficiales franceses que hayan visto »ó estado en el país.»

«Hacedme tambien trazar en un mapa la carre»tera de Tolosa á Pamplona y la de Vitoria á Pam»plona. Tendré necesidad de esas noticias ántes de »las diez de la mañana. Necesito además los datos »siguientes; pero con tal que los tenga mañana, »bastará: determinar los caminos desde Pamplona á »Madrid: ¿hay carretera? Se señalarán las poblacio»nes que en ellos se encuentran, su vecindario, los »rios, desfiladeros y obstáculos naturales. La mis»ma descripcion respecto al camino de Zaragoza á »Madrid por Daroca. Estos tres caminos deben estar »representados con muchos detalles. Se podrá em»plear algun tiempo en ese trabajo; basta con que se »me traiga mañana en todo el dia. Recomendad que »en todos esos caminos se señalen las distancias en »leguas francesas ó que, por lo ménos, se manifieste »las toesas que tengan las leguas á que se haga re»ferencia.»

Con esa minuciosidad, con esa riqueza de detalles y ese lenguaje cortado, militar, sin flor retórica ni anfibología alguna, era como dictaba Napoleon sus instrucciones; de manera que nadie pudiera disculpar su inaccion ó sus errores por falta de habérsele explicado la tarea que se le encomendaba.

Ya hemos visto que el movimiento ejecutado por Lefebvre habia merecido la desaprobacion y las recriminaciones del Emperador, deseoso de que los españoles, con el orgullo de sus recientes victorias y la esperanza de una nueva más decisiva, se com-

prometiesen más y más en la ejecucion de su tan decantado plan de operaciones por los flancos del ejército francés. El mariscal Víctor, á su vez, habiendo marchado hácia Orduña para, con la amenaza de flanquear las posiciones de los españoles y cortar las divisiones del ejército de la Izquierda que se hallaban destacadas en los valles que desembocan en el Nervion, hacer más fácil y desembarazada la accion de su colega en el del Ibaizabal, trás de no impedir la union de todos los cuerpos españoles, obtuvo una dolorosa, pero convincente, prueba de lo inoportuno de su comision y de lo erróneo de sus operaciones para desempeñarla con éxito.

Lefebvre, que desde Bilbao habia proseguido su marcha á Valmaseda cuya ocupacion no quiso disputarle el general Blake, temiendo, sin duda, las iras del Emperador, y temiendo, además, comprometerse en el áspero y oscuro desfiladero de *El Berron* que tendria que recorrer al frente del ejército español que por él se retiraba, retrocedió á Bilbao. Pero dejó en Valmaseda la division Villatte, que no era de su cuerpo de ejército, suponiéndola con fuerza suficiente para resistir á los españoles si deshacian el camino, ó creyéndola en comunicacion expedita con el mariscal Víctor, á cuyo ejército correspondia.

Accion de Valmaseda.

El general Blake, entre tanto, alarmado con la presencia de Lefebvre por su frente y la de Víctor por su derecha, en combinacion, á su sentir, para aislarle las divisiones de Acevedo, dispuso el 5 un movimiento general desde Nava, donde tenia el grueso de sus tropas, hácia Valmaseda por el camino de Bilbao para distraer á Lefebvre, y á Gordejuela, por

otro, á fin de comunicar con Acevedo, cuyas divisiones le decian el 4 se encontraban cercadas de enemigos; dejando en El Berron la division del Norte, como reserva capaz de protejer ambas operaciones. Sabe, al emprenderlas sin raciones y con un temporal deshecho de agua, que Acevedo ocupa una posicion no tan peligrosa ya cerca de Orrantia; y, dirigiéndose personalmente á asegurarla más y más, hace partir la 4.ª division con cuatro piezas de montaña á Valmaseda ignorante siempre del gravísimo error cometido por Lefebvre.

Las divisiones que habian tomado el camino de Orrantia comunicaron con las de Acevedo sin ver, sino muy de léjos, al enemigo que, por lo que diremos despues, se habia retirado hácia Orduña; y la 4.ª, dirigiéndose rectamente á Valmaseda, pudo atacar con la mayor resolucion á la de Villatte, arrojándola del pueblo. Pero, al retirarse el general francés, encuentra coronadas las alturas de su derecha por las divisiones de Acevedo que, libres ya de los lazos que Víctor las habia tendido, acuden á donde tronaba el cañon; y lo que era un movimiento retrógado en regla se convierte en fuga desordenada y sangrienta. Un cañon de á cuatro, dos carros de municiones, cinco de equipajes y muchos otros efectos quedan en poder de los españoles como trofeos de su victoria, y muchos muertos, heridos y prisioneros; y queda tambien libre el camino á Bilbao como muestra elocuente del descalabro sufrido por los franceses tan desacertadamente dirigidos por sus generales.

La situacion del ejército, falto de pan, que no llegó hasta el dia siguiente, 6, de Santander; la ignoran-

cia de la en que se hallaba el francés, y, sobre todo, la noche, sobreviniendo inmediatamente, impidieron la persecucion del enemigo que logró reunirse en Bilbao con la division Sebastiani. De otro modo, aún hubiera sido más ejecutiva la victoria que costó á los españoles tan sólo 6 muertos, 27 heridos, 4 contusos y otros tantos prisioneros (1).

¿Qué se habia hecho de Lefebvre y de Víctor?

Del primero, ya hemos dicho que, temeroso del desagrado del Emperador, habia creído no deber seguir avanzando, por lo que retrocedió á Bilbao.

Eso le valió la doble desaprobacion de su conducta; primero, por haber atacado en Zornoza prematuramente; despues, por haber abandonado una posicion desde la que, de acuerdo con el mariscal Víctor, creia Napoleon que hubiera destruido el ejército español; y por dejar sobre todo, en ella una sola division ante ese mismo ejército próximo y reunido.

El segundo recibió una comunicacion que vamos á trasladar á este libro, que es un modelo en su género y revela qué general y qué jefe de Estado Mayor eran los que dirigian el ejército francés:

«He presentado, dice, al Emperador vuestra carta »del 6 que el ayudante de campo ha dicho haber sido »escrita á mediodia. Su Majestad, señor Mariscal, ha »visto con mucho disgusto que, en lugar de haber »sostenido al general Villatte, lo hayais dejado á las »manos con el enemigo, falta tanto más grave cuan»to que sabíais que el mariscal Lefebvre habia co»metido la de dejar expuesta una division de vuestro

(1) Véase el apéndice núm. 20 que contiene el estado de bajas.

»cuerpo de ejército, replegando las otras dos divisio»nes suyas sobre Bilbao. Sabíais, señor Mariscal, que »aquella division estaba en peligro en Valmaseda, »pues que el general la Bruyère habia comunicado »con ella el 5 por la mañana. ¿Cómo, en vez de tras»ladaros en persona á la cabeza de vuestras tropas »á socorrer á una de vuestras divisiones, habeis enco»mendado esa operacion importante á un general de »brigada que no os merecia confianza y que no lleva»ba consigo sino el tercio de vuestras fuerzas? ¿Cómo »despues que recibísteis la noticia de que durante el »dia 5 la division Villatte estaba en fuego, habeis »podido, en lugar de partir en su socorro, suponer »gratuitamente que aquel general habia obtenido la »victoria? Su Majestad pregunta que desde cuándo »el fuego de la fusileria y el ataque son una prueba »de la retirada del enemigo. Sin embargo, señor Du»que, las instrucciones del señor Mariscal Jourdan »eran precisas para que no os trasladáseis á Miran»da hasta que estuviéseis seguro de que el enemigo »se retiraba; y, en vez de eso, señor Mariscal, habeis »ido cuando teníais la prueba segura de que se estaba »batiendo. Sabeis que el primer principio de la guerra »ordena que en la duda del éxito se corra al auxilio »de uno de sus cuerpos atacado, pues que de ello »puede depender su salud. Bajo otro supuesto, vues»tro movimiento no podia tener inconveniente, pues »que las instrucciones para dirigiros á Miranda eran »hipotéticas y que su falta de ejecucion no podia in»fluir en ningun proyecto del general en jefe. Y hé »aquí lo que ha sucedido, señor Mariscal: la colum»na ante la que se ha replegado el general la Bru-

»yère, encontró al general Villatte, quien, atacado »de frente y por retaguardia, tan sólo se ha salvado »por su intrepidez, y despues de haber hecho una »gran carnicería en el enemigo; por su parte ha per»dido poca gente y se ha retirado á Bilbao, dos le»guas al frente de aquella poblacion en la noche »del 5 (1).»

«Lo que el Emperador quiere, Señor Mariscal, es »que partais sin pérdida de momento para Orduña; »que marcheis á la cabeza de vuestras tropas, que »lleveis vuestro cuerpo de ejército reunido y que »maniobreis para poneros en comunicacion con la »izquierda del mariscal Lefebvre que debe estar en »Bilbao. No teniéndose aquí conocimiento alguno de »lo que haya podido hacer el enemigo durante el 6, ni »de lo que hará el 7, debeis conduciros segun se pre»senten las circunstancias. En todo caso, las aveni»das de Orduña, de Amurrio y Areta asegurarán »vuestras comunicaciones con Vitoria. Doy órden al »general Lapisse para que se dirija á las alturas de »Orduña con el objeto de asegurar vuestro movimien»to. Podreis reunir sus fuerzas á vuestro cuerpo de »ejército en cuanto sean reemplazadas en las alturas »de Orduña por otras del mariscal Bessières. Si entre»tanto adquiris la certidumbre de que el enemigo ha

(1) La asercion de Berthier corre parejas con la de Thiers, influido, al escribir su libro, por el despacho que estamos traduciendo, cuando manifiesta que «los españoles que trataron de aproxi»marse á Villatte fueron vigorosamente acogidos y pagaron cara su »imprudencia; y que la division francesa tuvo 200 bajas, pero des»pues de haber causado 700 ú 800 á nuestros compatriotas.» Si Villatte maltrató tan horriblemente á los españoles, cubriendo el campo de cadáveres y rechazándolos, ¿á qué retirarse como lo hizo?

»evacuado á Valmaseda y á Nava, y haya emprendido, como es posible, su retirada, podreis contener »vuestro movimiento, despues, de todos modos, de »haberos puesto en comunicacion, por medio de »vuestros corredores, con el mariscal Lefebvre y con»certado entre ambos vuestros movimientos.—El »príncipe Alejandro, mayor general (1).»

Con el estímulo de otro despacho semejante, bastante ágrio tambien, y la noticia del peligro que corria Villatte, el mariscal Lefebvre tomó apresuradamente la direccion de Valmaseda. Tenia que dar descanso á la division Villatte, cuyas avanzadas permanecian en Güeñes y recoger los destacamentos esparcidos por el litoral en observacion de los buques ingleses; así es que hasta el 7 no pudo ponerse en camino. Al penetrar por el angosto valle del Cadagua, y observando que los españoles se hallaban establecidos en Sodupe y las alturas de Güeñes, marchó con la division Leval por el camino que recorre el fondo del valle, con la de Villatte por su izquierda faldeando el estrivo que divide aguas con el Nervion, y con la de Sebastiani por la derecha avanzando por las alturas de Santa Agueda y Galdámes para rebasar las posiciones del ejército de la Izquierda.

Accion de Güeñes.

Sin intencion Blake de continuar su movimiento de avance, puesto que el de Valmaseda se habia ejecutado para reunir al ejército las divisiones de Acevedo, no intentaba ocupar á Sodupe y Güeñes sino con el objeto de observar á los franceses y conocer

(1) Despacho núm. 14.445 de la correspondencia de Napoleon. Vitoria 6 de Noviembre de 1808, á media noche.

con toda seguridad sus fuerzas. Demasiado comprendia ya, por las que habia visto en Zornoza y las que le amenazaban por su derecha, que tenia que renunciar á toda operacion ofensiva; pero, áun así, mantuvo sus posiciones hasta la noche, alternando en los flancos, cual en el centro, la fortuna.

La division Sebastiani, como más adelantada, cayó la primera sobre Sodupe que evacuaron las avanzadas españolas, y despues se dirigió á Güeñes, en cuyas inmediaciones se encontraban nuestras primera y segunda divisiones con el general en jefe. La primera, sin embargo, viendo á los soldados de Sebastiani empeñarse en la subida á las montañas de Galdámes para flanquear la línea española, corrió á ocuparlas áun teniendo que dar un largo rodeo y rompió el fuego de arriba á la falda para llamar la atencion de los franceses. La segunda quedaba en el fondo y se vió, por consiguiente, acometida por una parte de la division Sebastiani, que faldeaba los montes, y la de Leval que, como hemos dicho, seguia el camino para romper el centro de nuestras posiciones. El ataque fué rudo, y la segunda division y los batallones ligeros que la acompañaban lo hubieran pasado muy mal sin la oportunísima llegada del batallon de Literarios de Santiago que resistió, él sólo, el empuje de los franceses que ya arrollaban el cuartel general y estaban á punto de apoderarse de dos cañones de montaña que constituian allí toda nuestra artillería. Restablecido así el combate, continuó en los flancos con la lentitud indispensable en un terreno áspero, en que el fuego bien sostenido de las guerrillas basta á contener las

fuerzas enemigas, que necesitan ir algo concentradas para producir efecto, lo cual retarda notablemente sus movimientos.

En la derecha española, el general Villatte encontró á la division de vanguardia la cual sostuvo el fuego, siempre en observacion del centro é izquierda para, si eran vencidos sus camaradas de estos lados, no quedar envuelta en sus posiciones (1).

Nueva retirada de Blake.

Llegó así la noche, cual ya ántes hemos indicado, y el general Blake, áun creyendo que podria continuar el combate la mañana siguiente *con esperanzas de buen éxito*, segun aparece en los *Apuntes históricos* publicados por su nieto, no creyó deberse mantener en posiciones donde habia de faltar has-

(1) Thiers termina de este modo la relacion de aquel combate: «Miéntras que se ganaban así las posiciones de la derecha, se ven»cian todos los obstáculos del camino, y diez mil españoles, flan»queados por aquel movimiento tan rápido, quedaban á la espalda »en las alturas de la izquierda, separados de su cuerpo de batalla. »El Mariscal hizo pasar el rio, que corre por el fondo del valle, á uno »de los regimientos de la division Sebastiani, el 28.° de línea, que »de ese modo se puso á espaldas de aquel cuerpo español, al tiempo »en que el general Villatte iba á acometerle de frente. Pero nues»tras tropas, hallando á los insurrectos prontos siempre á disparar »fuera de tiro, no pudiéron alcanzarlos en ninguna parte, y reci»bieron tan poco daño como el que les causaron.»

Y si estaban envueltos los 10 000 españoles, ¿cómo aquel regimiento y Villatte no les obligaron á rendir las armas?

En oposicion á este relato, puede leerse el de Schépeler, que dice: «De todos modos, Blake hizo el 7 un reconocimiento hácia »Güeñes con dos divisiones, mientras que una tercera avanzaba á »Sodupe. Esta última encontró al enemigo, con el que peleó hasta »la noche; en cuanto al generalísimo, atacó á Villatte en el camino, »cerca de Güeñes, con una division, miéntras la otra trataba de »ganarle su flanco derecho. Villate se mantuvo firme, porque Le»febvre llegaba con todo su cuerpo, y persiguió durante la noche y »de cerca á Blake, que se retiraba.» En esta relacion hay algunas inexactitudes; pero se vé que no fué tampoco lo que tan jactanciosamente nos cuenta el historiador francés del Consulado y el Imperio.

ta el sustento á sus tropas (1). Decidió, pues, retirarse durante la noche para así tomar alguna delantera á los franceses, quienes, observándolo, continuaron trás de nuestras tropas, pero sin hostilizarlas de cerca.

La situacion del ejército de la Izquierda en la noche del 7, era la siguiente: la primera y segunda divisiones, en Valmaseda; la cuarta, en Sopuerta y la tercera en Orrantia con la vanguardia y reserva á su inmediacion. A la mañana siguiente la primera y segunda divisiones, que tenian órden de aparentar en Valmaseda una resistencia que cesaria tan pronto como supieran que las demás fuerzas del ejército ocupaban los escalones que habrian de protejer la retirada general, hubieron, sin embargo, de acalorar la defensa, tal era el ímpetu con que fueron acometidas por los franceses. A 43 muertos, 82 heridos, 20 contusos, 37 prisioneros y 638 extraviados asciende el número de las bajas que los españoles experimentaron en aquel choque que, por uno de esos rasgos de ligereza tan frecuentes en Thiers, no menciona siquiera, cuando exajera tanto otros de ménos importancia (2).

---

(1) Todos los documentos de orígen español concuerdan en este punto con los *Apuntes históricos*, que dicen: «La falta de sub»sistencias, originadas por la esterilidad del país y del desórden y »pocos conocimientos del ramo de Hacienda, entregado á sujetos »sin inteligencia, práctica ni estudio en la carrera, se empezaba á »hacer sentir cada dia más, y presagiaba los males que debia »originar.»

Schépeler confirma esto mismo terminantemente.

El *Diario* mencionado, dice «que la tropa estaba casi muerta »de sueño, hambre y cansancio.»

(2) ¿Será por no recordar á la vez los actos de salvajismo cometidos en Valmaseda por sus compatriotas? Un batallon de guar-

Lefebvre se satisfizo con la ocupacion de Valmaseda, pues al dia siguiente, 9, se le unia Víctor, á quien la órden, ántes copiada, de su mayor general habia hecho avanzar de nuevo por Orduña, Amurrio y Oquendo hasta recobrar la division Villatte, de su cuerpo de ejército, á la entrada de los desfiladeros que conducen á Castilla y habian de llevarle al campo de batalla de Espinosa de los Monteros.

Aquel mismo dia entraba en esta poblacion el general Blake con su ejército que, *devorado por el hambre*, al decir de un historiador, *no encontraba allí sino hambre* que acabase con la energía que aún pudiera quedarle.

Trata Blake de evitar otro combate.

No habia formado Blake la resolucion de esperar al enemigo en Espinosa. Por el contrario, comprendiendo la necesidad, á cada hora creciente, de arrancar el ejército de unas comarcas completamente exhaustas, para, un poco separado de los enemigos, darle algun descanso y reparar las pérdidas que precisamente habia de causar en él la dispersion á que el hambre le obligaba; su anhelo era el de abrigarlo en territorio fuera del camino y sobre el flanco de los invasores, cuyo número y organizacion ya habia comprendido no le era posible contrarestar. El combate primero de Valmaseda, bien conocia él que sólo era una de esas reacciones que los errores del enemigo consienten al empezar una campaña léjos de quien ha de iniciarla con la unidad de un solo pensamiento y dirigirla con la energía de una

---

dias de París los ejecutó horrorosos; pero á fé que con decir que se entró en la poblacion como por las brechas de una plaza, quedaba todo justificado.

sola voluntad. En el de Güeñes habia comprendido que la ofensiva de los franceses y la combinacion de sus divisiones traian distinto impulso, y plan más vasto que el de rechazarle de Vizcaya. Al dia siguiente, y miéntras las divisiones de Valmaseda resistian como les era dado el impetuoso ataque de las de Lefebvre, la cuarta, alguna de cuya fuerza, la que combatia en la extrema izquierda, habia tenido que retirarse hácia la costa por no serle posible embocar el Berron por donde lo hacia el resto; la cuarta, repetimos, que aún se mantenia, indebidamente por cierto, en Sopuerta, se encontraba tan comprometida ante las varias y fuertes columnas que amagaban envolverla que, sólo retrocediendo á la Nestosa, lograba desenredarse de ellas, para más tarde, reunirse al cuartel general.

Era evidente que el ejército de la Izquierda habia sido señalado como objetivo de un ataque general y simultáneo de dos, á lo ménos, de los cuerpos enemigos. Mermada estaba su fuerza por las bajas que habia experimentado en los combates anteriores y que ascendian á unas 6.000; y lo estaba aún más por el extravío de la cuarta division y el de las tropas asturianas que sostenian la retirada el 8 en Valmaseda. Con sólo, pues, 18.000 hombres, y éstos extenuados por el hambre y la fatiga, ¿cómo podria llenar la mision que le habia sido confiada, ni mantener una actitud amenazadora sobre el país vascongado?

No pudo, de consiguiente, pasar ni un momento por la imaginacion del general Blake la idea de detenerse en Espinosa. Pero recibe aviso del conde de San Roman, que cubria la retaguardia con las tropas

de la division del Norte, de que, acosado de muy cerca por el enemigo, se vé en la precision de tomar posiciones y que, detenido en ellas, se verá cortado del ejército si éste no se detiene y le auxilia. ¿Qué hacer? El mismo general Blake, por el órgano de su nieto, nos lo declara.

«Delicada, dice, era la resolucion que convenia »tomar en tan críticas circunstancias; nuestro ejército estaba extremadamente reducido. Los enemigos »nos perseguian con los dos cuerpos de los mariscales Víctor y Lefebvre, de los cuales el 1.° tenia, se»gun los estados, 21.000 hombres, y el 4.°, aunque »menor, es indudable que los dos reunidos no baja»ban de 35.000 (1): era muy arriesgado presentar »nuestras tropas, tan inferiores en número y tan fa»tigadas y extenuadas, delante de un enemigo más »que doble en fuerzas y bien vestido y alimentado. »Por estas razones, el general Blake evitó en cuanto »le fué posible arrostrar una batalla, é iba ejecutan»do una difícil retirada; lo consiguió hasta Espinosa; »pero aquí variaron las circunstancias; los franceses »habian alcanzado nuestra retaguardia, y amenaza»ban destruir el ejército. No habia más alternativa »que dispersar las tropas por los montes ó hacer fren»te al enemigo. Obligado, pues, por la necesidad, »adoptó el general Blake el honroso partido de de»fenderse en una batalla, para lo cual mandó hacer

(1) Véase el apéndice núm. 21 que contiene los estados oficiales de la fuerza que componia los cuerpos de ejército de los mariscales Lefebvre y Víctor.

»alto y tomar posicion en las inmediaciones de Es»pinosa de los Monteros.» (1)

El mariscal Víctor, con efecto, unido á Villatte, segun ya hemos dicho, se habia adelantado rápidamente, como hombre á quien se le encargaba *frapper ferme* de parte del Emperador (2). Así, el 10 por la mañana, se dirigia á Bercedo su vanguardia, empujando á nuestra retaguardia, que habia encontrado junto á La Haya, y acosándola de tal modo allí y en Leciñana que, poco despues, se veia San Roman en la precision de reclamar el auxilio de Blake, y los dos, segun acabamos de anunciar, en la de pararse y combatir. «A los españoles les es debido el elogio »de su constancia, dice un historiador (3), porque en »Espinosa combatieron valerosamente dos dias aún »con el enemigo, el hambre y la miseria.» Se vé obligado á aceptarlo.

No contribuyó poco, tambien, á ese resultado el espíritu de que iba animada la division del Norte, acalorado con la presencia de aquellos de cuyas gar-

(1) Otro *Diario* de aquellas operaciones, dice: «Habia dispuesto »el General que se trasladase el ejército á Villarcayo y sus inme»diaciones, que ofrecen cómodos acantonamientos y fácil subsis»tencia para organizar allí divisiones, proporcionar algun descanso »á la tropa y facilitar la incorporacion á los muchos extravíos á »quienes el hambre y el cansancio habian separado de sus cuer»pos; pero ántes de ponerse esto en ejecucion, dió parte cerca de »mediodia el conde de San Roman, hallándose ya cerca de Espi»nosa, que los enemigos se habian ya avistado y venian cargando »sus partidas de retaguardia.» (*Diario* del ejército de Galicia, luego de la Izquierda, existente, como el anteriormente citado, en el Depósito de la Guerra.)

Lo de descansar y reponerse en Villarcayo, es una quimera de Blake, porque no habian de permitírselo los Mariscales que de tan cerca le perseguian; pero prueba que no entraba en sus cálculos lo de pelear en Espinosa.

(2) Despacho núm. 14.435 del 8 de Noviembre desde Vitoria.

(3) Schépeler.

ras se veía, como por milagro, libre. El anhelo de desquitarse de tanta mortificacion como acababa de experimentar en Dinamarca; la noble emulacion de cuerpo que entónces, como siempre, se despertaba á la presencia y al contacto de fuerzas diferentes, y el espectáculo de tanta miseria como la en que veia sumida á la pátria invadida de nuevo y de nuevo en peligro de la más bárbara esclavitud, todos esos sentimientos agitaban indudablemente á aquellas tropas, orgullosas un dia ántes de su gloriosa fuga, y abochornadas en aquel de su precipitada y difícil retirada.

La necesidad, pues, en que se encontraban el conde de San Roman y los que le obedecian, más que de salvacion, al detenerse en las posiciones del camino, era de honor militar en la primera ocasion que se les presentaba de medirse con sus opresores de ayer en el Norte, opresores hoy de nuestra pátria en su mismo seno.

Porque, ¿se hace creible que unos soldados cuyo celo y diligencia los acababan de salvar en país extraño y rodeados de enemigos; que soldados españoles en su propio territorio, y éste montuoso y, de consiguiente, inaccesible á la caballería, se viesen obligados á combatir con fuerzas tan superiores numéricamente y en las condiciones desfavorables en que iban ellos? Nadie lo creerá más que en el concepto de que, á pesar de todas esas contrariedades, iban con su moral no quebrantada todavía, llenos de ardimiento y esperando el no verse tan pronto avandonados de la Fortuna que hasta entónces les habia prodigado sus favores con sin igual generosidad. (1)

(1) Thiers dice en la página 419 del tomo IX, que los españoles iban *desmoralizados* en su retirada; y en la 422, dice: «Aquel

Seguíanlos con ahinco y rábia los franceses. El mariscal Victor, una vez en su mano la division Villatte, se habia separado de Lefebvre sin decirle sus proyectos, ni despedirse siquiera de él, y daba á sus operaciones la energía, muy propia además de su carácter, que creia necesaria para arrebatar á su colega, á quien no estimaba, los laureles de la victoria de Zornoza que los combates de Valmaseda y Güeñes habian ya bastante deslucido. Tanta precipitacion seria indudablemente para no dar tiempo al viejo mariscal, duque de Dantzig, para tomar parte en la primera batalla que, con razon, creeria muy próxima.

Las posiciones en que se detuvo el conde de San Roman con los expedicionarios del Norte, y las que el general Blake hizo tomar al resto de su ejército, se hallan al E. de Espinosa, á uno y otro flanco del camino de Bercedo que llevaban las tropas, y en unas alturas, últimos ramales de la gran cordillera pirenáica, al humillarse en la corriente, allí no caudalosa, del rio Trueba. (1) Batalla de Espinosa.

Este, que tiene sus fuentes en el puerto de las Estacas, desciende en direccion casi constante de N. O. á S. E. hasta muy abajo de Espinosa, donde las alturas que acabamos de indicar y el grande estribo que cierra su cuenca por la orilla derecha, parecen quererle cerrar el paso, segun se lo presentan de estrecho y escabroso. Al salir de él, encuentra

———

»ejército no parecia desprovisto de firmeza (d'assurance), aunque »vencido siempre desde el principio de las operaciones.»

De estas contradicciones se encuentran en cada página de la obra *monumental* de Thiers.

(1) Véase el plano en el atlas del Depósito de la Guerra.

precisamente el Trueba la poblacion de Espinosa de los Monteros, cuya importancia militar, más que en sus comunicaciones radiales, que pudieran constituirla en punto estratégico en aquellas altas regiones, consistia entónces en hallarse en el camino de Vizcaya á Reinosa, lugar de depósito y, segun dijimos al comenzar el presente capítulo, parque de la artillería y de las municiones que no podian ser desde él arrastradas en pós del ejército.

Tiene el Trueba un puente en Espinosa y no se vé ninguno otro despues, hasta su confluencia con el rio Nela, cuyas márgenes baja recorriendo la carretera de Bilbao á Búrgos, recorrida entónces por los dos ejércitos hasta Bercedo, donde la habian abandonado para continuar á Espinosa. El Trueba era, en cambio, vadeable por todas partes, si bien con algun trabajo, por lo adelantado de la estacion, muy lluviosa en aquellas alturas.

Posiciones de los españoles.

La izquierda, que cubria la division asturiana á las órdenes del general Acevedo, estaba en un terreno muy inclinado y áspero que, por unas alturas llamadas *Las Peñuelas* y *Los Mazos*, va formando un gran estribo de la cordillera que parece cerrar el acceso al valle superior del Trueba por donde más inmediatamente se halla establecida la comunicacion de Espinosa con la provincia de Santander. La division asturiana, compuesta, cual saben nuestros lectores, de diez batallones mermados por las bajas y los destacamentos, formaba su línea de batalla en las Peñuelas, teniendo sobre su izquierda, y un poco avanzados, algunos de sus cuerpos en un mogote próximo que forma parte de la Sierra calva. Esa si-

tuacion la constituia en una posicion oblícua, que así le servia para defenderse en escalones, como para amenazar de flanco el ataque de los franceses, si se dirigian al centro de la línea general, situado en la falda del monte y atravesándose en el camino que aquellos traian.

Allí formaban en dos líneas la 1.ª division y la reserva; aquella delante, y ésta á su retaguardia y próxima ya á Espinosa, punto de apoyo para el caso, más que probable, de un revés.

Más á la derecha, y dominando el terreno llano, intermedio entre ella y las divisiones acabadas de mencionar, terreno que cubria la 3.ª division, se vé una eminencia coronada de la ermita, hoy arruinada, de San Miguel. En ella fueron establecidas seis piezas de montaña, únicas que, segun indicamos, seguian al ejército desde su entrada en Vizcaya, las cuales se procuró enfilasen el camino de Bercedo para que batieran, además, con sus fuegos todo el terreno llano del frente hasta la aldea de Quintana de los Prados, de la que desembocarian las columnas enemigas al emprender el ataque (1). Servia de apoyo á aquella artillería una parte, aunque no considerable, de la division del general Mendizábal.

La eminencia sigue extendiéndose al S. E., como para ocupar con sus descendencias un espacio que el

---

(1) Dice el *Diario* á que no hace mucho nos referíamos: «Blake »llevaba 6 piezas que correspondian á la vanguardia, únicas que »llevábamos á Vizcaya.»

Apelamos á esta cita, porque algunos historiadores han manifestado que esas piezas habian llegado aquel dia al ejército desde el campamento de Reinosa, lo cual, de ser cierto, haria suponer que Blake esperaba dar una batalla en su retirada.

Trueba las deja libre al formar una gran curva cóncava, rara vez interrumpida; y hácia su extremidad, allí donde recibe el nombre, hoy significativo, de *Alto del ataque*, se situó la division del Norte con el objeto de observar de cerca al enemigo, é impedir sus salidas de un espeso bosque que habria de ocupar para, á cubierto del fuego de los españoles, verificar sus concentraciones y disponer sus columnas de ataque sobre nuestra derecha que, de seguro, le pareceria la más accesible para ellas. La 4.ª division, recientemente incorporada, apoyaba inmediatamente á la del Norte; y la 2.ª servia á cubrir por la extrema derecha el terreno bajo hasta el rio, asegurando así la comunicacion de Villarcayo.

Este último objeto era muy importante, porque, hallándose en Villarcayo el brigadier Malaspina con 2.500 infantes, 400 caballos y otras seis piezas de artillería, y habiendo sido llamado para asistir al combate que se preparaba, habia que mantener expedito el camino por donde correria á incorporarse al ejército.

La disposicion dada á las tropas era tan hábil como la que á las de su mando impuso siempre el general Blake en sus varias campañas. Rara fué la ocasion en que pudiera criticarse con fundamento; y si en muchas no bastó para el éxito, á otras causas hay que atribuirlo, no á su pericia en el arte de establecer las fuerzas al iniciarse el combate. Los errores de Rioseco no pueden imputársele; los de Zornoza no pertenecen á este ramo del arte de la guerra, el del establecimiento de la línea en las batallas; y en la retirada de Bilbao y en Espinosa de los Mon-

teros, el general Blake se manifestó irreprochable. Porque la llanura en que se halla abierto el camino que habian de seguir los franceses, se hacia intransitable desde el momento en que fuesen ocupadas en fuerza las alturas que la limitan por uno y otro lado; porque la izquierda, ocupada de las tropas más débiles, por nuevas y peor organizadas, era por lo inclinado de la montaña de una conquista muy difícil y cara; y porque en la derecha, muy accesible ciertamente, se habian reunido las mejores tropas del ejército y la única artillería con que se contaba.

En una situacion de espíritu militar normal, aquellas tropas, bien abastecidas, no acosadas del hambre y la miseria que las devoraba, y sin la expectativa de las infinitamente superiores en número que las perseguian, hubieran, sin duda alguna, triunfado de las del 1.er cuerpo del ejército francés; tan excelentes y bien elegidas eran las posiciones que ocuparon.

Primer ataque de los franceses.

El mariscal Víctor reveló en aquella su primera accion lo que habia sido siempre y seguiria siendo en la Península, ardiente en demasía, atropellado, podríamos decir, ambicioso de gloria hasta, por alcanzarla solo, comprometer en ocasiones la suerte de las armas imperiales. El general Villatte, tan acalorado como su jefe, que le seguia con las divisiones Ruffin y Lappisse, sin esperarlas un momento siquiera, acometió á los españoles con la de su mando que iba de vanguardia. Comprendiendo la dificultad de romper la línea española en el centro, defendido por la artillería y abrigado por sus dos alas bastante avanzadas, decidió comenzar el combate por la derecha que

lo estaba más y en terreno, además de accesible, precedido de un bosque donde, ya lo hemos dicho, se podian preparar á cubierto las columnas.

De las dos brigadas de su division, la de Puthod desembocó de Quintana por su derecha, dirigiendo los tres batallones del 27.° ligero en escalones á las faldas de la Sierra Calva, para tener en jaque á los asturianos de las Peñuelas; y los del 63.° de línea, formado en batalla el de en medio, y en columna los laterales, tomaron una actitud amenazadora, como en ademán de romper su marcha por la llanura sobre nuestro centro. La brigada Puthod, compuesta de los regimientos 94 y 95 de línea, recibió la mision más importante, la del ataque de la derecha española, la de apoderarse del Alto del Ataque, con lo que creeria Villatte empujar al ejército entero de la Izquierda hasta Espinosa, é introducir en él la confusion y el pánico naturales en tal caso.

Los primeros pasos debieron, con efecto, hacerle esperar tamaño resultado.

Las columnas francesas de Puthod, con el calor de la persecucion y la esperanza de que los españoles, vencidos, como iban, moralmente en una retirada que el hambre y la fatiga comenzaban á hacer ya desastrosa, no les podrian oponer una resistencia séria, tomaron á su izquierda al desembocar de la pequeña aldea de Edesa, situada á unos 500 metros á retaguardia de Quintana, y penetraron arrebatadamente en el bosque opuesto, segun ya hemos dicho, á la derecha de nuestros compatriotas.

Defendiéronlo flojamente las avanzadas de la division del Norte, colocada en las faldas y la cumbre

cuya guarda hemos dicho se le habia confiado. El ardor de los franceses de Villatte, anhelantes, sin duda, por vengar rudamente su vencimiento de Valmaseda, y la poca solidez que podian ofrecer unas tropas que marchaban en retirada, tan rápida como la en que iban los españoles, tenian que hacerse sentir en los primeros momentos. El bosque, de consiguiente, debia quedar muy pronto, y á pesar del fuego graneado con que fueron recibidos, en poder de los enemigos que, más diestros tambien por su larga práctica en aquella clase de combates, fueron, á cubierto de los árboles y de los pequeños accidentes del terreno, desalojando á los nuestros del en que los esperaban.

Pero cuando, creyéndose ya victoriosos y apostrofando á los nuestros con gritos que, despues de todo, constituian su gloria, salieron los franceses del arbolado para ganar el Alto del Ataque, más á descubierto ya del fuego y en el desórden que debia producir en ellos el tránsito del barranco de las Rozas que los separaba de los españoles, se vieron detenidos por el fuego de fusil y de cañon que de todas partes se hizo llover sobre ellos (1). La lucha se hizo entónces lo encarnizada que es de suponer, furiosos los imperiales de verse rechazados cuando ménos lo

Es rechazado.

(1) Parece que los franceses gritaban á los soldados de la Princesa «¡Traidores!» por su conducta en Dinamarca. Así lo dice Schépeler y en «Victorias y Conquistas,» se añade: «Las tropas france»sas se habian lanzado á aquel ataque con tanto más ardor, cuanto »que, considerando á sus adversarios como perjuros por haber de»sertado de las filas del ejército francés y acudido desde las orillas »del Báltico al socorro de su pátria, odiosamente invadida, que»rian vengar de una manera ruidosa aquella pretendida felonía.»

esperaban, y comprendiendo los soldados del Norte que sin un esfuerzo grande de su parte se perderia en aquella tarde todo el ejército.

Así es que la Princesa y Zamora, que formaban el núcleo y la mayor parte de la division, no cesaron alternativamente de arrojarse á la bayoneta contra los franceses del 94.° de línea que, apoyados, á su vez, por los del 95.° de su misma brigada, no se cansaban de repetir sus ataques, adelantando, aunque paso á paso, en la conquista de la altura.

Se recrudece el combate.

Llevaban cerca de dos horas de batirse las tropas de uno y otro ejército, cuando llegó al campo de batalla el mariscal Víctor con las divisiones Ruffin y Lappisse que entraron inmediatamente en línea (1). La primera pasó desde Edesa á apoyar inmediatamente el ataque con los regimientos números 9 y 24, dejando el 96.° de reserva en una suave eminencia que separa aquella aldea de la de Quintana. La division Lappisse, se fraccionó en tres partes. El 8.° regimiento de línea formó á la derecha del 96.°; el 54.° se dirigió á las márgenes del Trueba como para cubrir el flanco izquierdo de sus camaradas del bosque, ó sorprender el derecho de la division española que les resistia; y el 16.° y el 45.° continuaron avanzando lentamente para cubrir la retaguardia.

El punto que los franceses eligian para su ataque era manifiesto. No cabia duda en que, ó por más avanzado ó por verlo guarnecido por las fuerzas que consideraban más consistentes, tomaban el alto que

(1) Hay una confusion muy grande sobre si se hallaba ó nó Víctor en el campo desde el principio del combate.

ocupaba la division del Norte por clave de las posiciones españolas y trataban principalmente de apoderarse de él. El general Blake, comprendiéndolo así y observando el peligro que corrian las tropas que regia el conde de San Roman, acudió personalmente al sitio del combate con fuerzas de la 3.ª division que, segun ya hemos dicho, formaba hácia el centro. Aquel refuerzo y una brillante carga á la bayoneta restablecieron de nuevo el combate; pero, como por momentos iban los franceses tambien sintiéndose apoyados, y entónces ya con gran calor, por las fuerzas que llegaban á su espalda, fué necesario hacer subir al Alto del Ataque toda la 3.ª division española y áun parte de la de reserva.

Victoria de los españoles.

Se hacia de noche rápidamente, como en dia todavía próximo al equinoccio, y los franceses redoblaban sus ataques, anhelando arrollar á los nuestros ántes de que las sombras y la niebla, que empezó sobre las cinco á extenderse por todo aquel terreno alto y húmedo, impidieran acabar cumplidamente la victoria que ellos tenian ya por inmediata, cuando una carga general de nuestros compatriotas, solemnizada por las músicas de todos los regimientos que defendian la posicion, obligó á retroceder á los enemigos al bosque para en él reponerse de las fatigas del dia y de las pérdidas del combate.

El fuego despues fué paulatinamente acabándose en todo el campo, lo mismo que en el bosque, en la derecha y el centro de la línea francesa donde se habia sostenido con poca intensidad toda la tarde para llamar la atencion, tan sólo, de los españoles y distraerlos de cualquiera movimiento que pudieran in-

tentar en apoyo de sus compatriotas, comprometidos en lo más récio de la accion. Encendiénronse las hogueras entre el mayor alborozo y los vivas y gritos de victoria que los españoles lanzaban al aire, tomándo por tal su resistencia y quizás por completa y decisiva.

Pérdidas de una y otra parte.

Las pérdidas del enemigo eran, con efecto, importantes; haciéndolas subir algun historiador, no español, al número de 2.000 entre muertos y heridos. Pero, áun siendo mucho menores las de los españoles, iban unidas á tales condiciones en la situacion, fuerzas y moral del ejército de la Izquierda, que no era prudente abrigar esperanza alguna de éxito definitivo para aquella jornada, gloriosa y todo como acababa de sèrlo. En aquellas cargas que lo crítico de la ocasion y la energía de los combatientes habian inspirado con tanta fortuna como oportunidad, cayeron mortalmente heridos el conde de San Roman al precipitarse con su regimiento de la Princesa contra los franceses en sus primeros asaltos, y el brigadier Riquelme al dirigir los ataques de la 3.ª division en que se habian distinguido notablemente los batallones de Marina que componian el nérvio de la misma. Aunque de igual graduacion los dos, el primero por su cuna y carácter, la conducta que observara en Dinamarca y el valor, sobre todo, que se le habia visto siempre desplegar, representaba una desgracia mayor y que aún, si cabe, aumentaba la circunstancia de estar al frente de la division del Norte por ausencia del marqués de la Romana.

El Conde de San Roman.

Trasportado en un carro de municiones á Cer-

vatos, un lugar situado en el camino de Reinosa, hubo al dia siguiente de acogerse á las escabrosidades de la cordillera, en una de cuyas más miserables aldehuelas encontró la muerte y una sepultura por mucho tiempo ignorada. (1)

Situacion del ejército.

En las filas de la division del Norte causó honda sensacion aquella castástrofe, tan parecida á la del conde de Maceda, pariente del San Roman, en Rioseco; y si no fué tan sentida en los demás cuerpos fué, con la de Riquelme y tantos otros valientes, una de las causas que produjeron el desasosiego y la desercion que se observaron aquella noche en el ejército. La causa principal fué, sin embargo, el hambre que padecian unas tropas ya extenuadas y que ni un poco de vino ó aguardiente lograron encontrar para hacer frente á la humedad de la noche. Los heridos no hallaron en Espinosa el menor auxilio, á pesar de todas las diligencias que, para proporcionárselo, hicieron sus jefes; los habitantes de todos los pueblos próximos habian huido á la montaña y no habian dejado en sus viviendas más que el vacío y la miseria.

No es de extrañar, por consiguiente, que buen número de los soldados, viendo que los enemigos no levantaban el campo, pues que los decubrian perfectamente en derredor de sus hogueras, comprendiendo, además, que al dia siguiente no se hallarian, hambrientos y cansados, en disposicion de pelear,

(1) D. Angel de los Rios y Rios publicó en 1869 un escrito muy interesante sobre la muerte del conde de San Roman con noticias hasta entónces desconocidas, y que por lo curiosas é importantes trascribimos en el Apéndice número 22.

abandonasen sus filas para buscar en Reinosa el refugio en que hacia dias les estaban diciendo hallarian víveres abundantes y seguridad completa.

Si, enterado el general Blake de todo, hubiera emprendido la retirada, habríala indudablemente ejecutado sin tan grandes peligros como debia prever para el dia siguiente. Si el abatimiento de sus tropas no le permitia hacer ordenadamente ningun movimiento cual aparece en el escrito, tantas veces citado, de su nieto, ¿cómo creia poderlas obligar á un nuevo y próximo y enérgico combate? Los movimientos que le avisaron andaba verificando el enemigo durante la noche, no podian ser sino preparatorios para el dia siguiente, pues si bien habia sido rechazado en un punto de la línea, no podia considerarse ni escarmentado ni vencido. Creer en la retirada del enemigo, era no tener ni asomo de las noticias que debian llegarle de la situacion de los ejércitos franceses, ni conciencia de la deplorable suya. Y si se consideraba con fuerza para pelear ¿cómo no habia de tenerla para retirarse por terreno, además, tan accidentado como el en que operaba? Vencidos, ¿le hubieran perseguido de noche los franceses? ¿Cómo habian de comprometerse á cruzar una poblacion y un rio como Espinosa y el Trueba hasta descubrir todos los accidentes á la claridad del sol, tan perezoso en aquella estacion del año?

Conveniencia de la retirada.

El general Blake debió retirarse aquella noche ocultando lo mejor posible su movimiento y haciendo concurrir para apoyarlo al dia siguiente, el cuerpo que el brigadier Malaspina conservaba intacto en Villarcayo y Medina de Pomar. Eran cuatro batallones,

400 caballos y una compañía de artillería los que mandaba el Marqués, refuerzo impotente para inclinar la victoria del lado del ejército de la Izquierda, eficacísimo para contener el ímpetu de los enemigos, cuando, viendo la retirada de los españoles, trataran de impedírsela y de batirlos ejecutivamente. La accion de aquel cuerpo, fácil y desembarazada para tal objeto, podia encontrar obstáculos insuperables en la línea de batalla elegida, observado, como deberia estarlo, por el enemigo que, incierto de la direccion de los españoles, se extenderia por todas las que parten al interior desde el valle de Mena que unos y otros iban recorriendo.

Y estas consideraciones son tan óbvias que los mismos soldados de Blake se las hacian y lo demostraron muchos abandonando el campo de batalla. A la disciplina que aún se conservaba en las filas y á aquel espíritu optimista que, como al general, inspiró siempre á los soldados españoles, se debió el que los demás permanecieran en su puesto á pesar del hambre, del frio y del cansancio.

Los franceses renuevan el 11 sus ataques.

En ese estado, amaneció el dia 11 de Noviembre. Las tropas españolas aparecieron en los mismos puestos casi que el dia anterior, algo reforzada la derecha porque Blake consideró seria la atacada nuevamente, y en las alturas de la izquierda la division asturiana, siempre animada con el espectáculo de la tarde precedente y la presencia y el ejemplo de sus generales. Pero los movimientos que durante la noche observaron nuestras avanzadas en el campo enemigo, en vez de á retaguardia, como llegaron los españoles á pensarlo, habian llevado una gran parte

de las tropas francesas sobre su derecha; y al despuntar el dia, los asturianos pudieron distinguirlas dirigiéndose contra ellos.

El mariscal Víctor habia adivinado la preocupacion de Blake y encaminaba sus esfuerzos sobre el punto que, siendo la verdadera clave de las posiciones españolas por eminente y próximo á la poblacion y al rio que corria á espaldas de nuestra línea, se consideraria, como el 10, invulnerable ó desconocido.

Los historiadores franceses dicen que Blake reforzó su derecha (1). Así debieron tambien presumirlo el mariscal Víctor y sus generales; era lo probable despues del empeño que habian ellos mostrado en romper la línea española por aquel extremo, y es lo que, segun acabamos de indicar, se hizo durante la noche ó al amanecer del 11. Con eso y la esperanza de que en lo más récio de la refriega apareciere por el mismo flanco la brigada Malaspina, creeria Blake inclinar la fortuna de su lado y dar acaso una ruda leccion á los franceses.

Dícese que Víctor observó con satisfaccion las disposiciones tomadas por su rival, y esperanzado de un éxito inmediato, preparó sus columnas de ataque.

Habia hecho relevar el 94.° y 95.° que se habian tan encarnizadamente y con tan graves pérdidas batido á la salida del bosque, por el 9.° de infantería ligera y el 24.° de línea de la division Ruffin; y, para

(1) «Suponiendo, dicen los autores de *Victorias y Conquistas*, »que los esfuerzos de los franceses se dirigirían especialmente so- »bre su derecha, concentró sus mejores tropas delante de un án- »gulo, que forma el Trueba, cerca de Espinosa.» Cosa parecida dice Schépeler.

apoyarlos convenientemente, habia el 54.° avanzado aún más su izquierda, emboscándose junto al rio. El 27.° ligero, que la tarde anterior amenazaba las alturas de nuestra izquierda, bajó al centro y, en su lugar, se situaron en la eminencia que aquel abandonaba, el 16.° ligero tambien y el 45.° de línea de la misma division Lappisse á que el 54.° pertenecia. Los demás cuerpos que no habian combatido formaron con el 27.° en la llanura central, quedando en reserva los de la division Villatte que acababan de retirarse de la izquierda francesa.

No fué el combate lo fácil que lo pintan los enemigos; no vieron éstos su desenlace lo pronto que en su lenguaje, siempre hiperbólico, lo anuncian, porque el primer choque les fué desfavorable. Viéronse detenidos por las descargas cerradas que los asturianos les hacian desde lo alto. La subida en columna, como la habian intentado, era imposible ante las líneas escalonadas de nuestra izquierda; y el general Maison, que la dirigia, comprendió lo costosa que llegaria á hacérsele la victoria si así la alcanzaba.

Avanzan por su derecha

Descubria tambien en lo alto jefes muy caracterizados, segun el influjo que observaba ejercian en las filas españolas recorriéndolas á caballo y dando ánimo y ejemplo.

Detúvose, pues, y esparció á vanguardia una nube de tiradores que, burlando con su dispersion y con ocultarse en los accidentes del terreno el fuego de los batallones españoles, se dedicaran á cazar, puede decirse, los oficiales que por su valor y uniformes distinguieran mejor. Y el general Quirós, que montaba un caballo blanco, al que no daba punto

Mortandad que ejercen.

de reposo recorriendo la línea, y señalándose al extremo de recordarlo perfectamente años despues el mariscal Víctor, caia atravesado de dos balazos, dirigidos, como exclamaba Thiers al conmemorar la muerte de Gobert, desde una roca ó un matorral de la montaña. Acevedo, comandante general de la division, era del mismo modo herido; y lo eran D. Cayetano Valdés, general tambien, y Escario y Peon, oficiales sobresalientes, y varios otros, cuantos por su vestuario, puesto y ademanes daban á conocer una graduacion superior.

No sabian los españoles contrarestar aquel fuego no usando de las guerrillas por ignorancia todavía de su eficacia en los campos de batalla, segun lo hacia ver luégo un testigo de excepcion, el teniente coronel Moscoso, citado anteriormente, y que en varios escritos puso de manifiesto aquel defecto y la manera de remediarlo (1).

(1) Las «Memorias para las campañas de la izquierda militar de España desde 1808 hasta 1812,» y los «Avisos militares al ejército de la Izquierda para la presente guerra,» publicados despues de la retirada de Espinosa.

En estos ultimos, decia: «El enemigo se presenta ordinariamen»te en columnas, llevando, á lo más, algun cuerpo en batalla dis»puesto á romper el fuego; á la cabeza de ella, y bastante avanza»da lleva una línea de tiradores que se va extendiendo y procu»rando abrazar y ceñir de todos modos nuestra línea de batalla; »el ala de tiradores avanza siempre, observándose unos á otros, »protegiéndose y haciendo un fuego acertado sobre los que se les »presentan; cada vez se van reforzando y aumentando más y más »á proporcion que encuentran ó resistencia ú objeto; pero siempre »desparramados y sin ofrecer masa notable; de esta suerte se acer»can á nuestro frente, tiran contra sus mayores volúmenes, y ha»cen en ellos conocidos y precisos extragos.»

«Nuestras divisiones forman en batalla para recibir los enemi»gos: adelantan sus guerrillas en corto número, no bien maneja»das, sin caxa ni corneta para entenderse, y en vez de sostenerse »éstas batiéndose en regla contra los que se adelantan; y en lugar »de ser roforzadas continuamente de las reservas que deben dexar

Así es que sin contraresto casi, fueron los tiradores franceses avanzando y preparando además la accoin de sus columnas hasta llegar á los asturianos, aterrados como bisoños, con la mortandad de sus jefes y la ineficacia de sus descargas. El desórden, ya iniciado al caer los generales, se convirtió en derrota por el pánico que producia la aproximacion del 16.° francés subiendo la montaña á la carrera, y en un abrir y cerrar de ojos coronó éste las posiciones todas de nuestra izquierda.

¿Qué hacer entónces? El centro y la derecha quedaban flanqueados, casi envueltos; dominado aquel de cerca y ésta amenazada de tener sus tropas que cruzar en desórden el Trueba para salvarse de un desastre ya evidente. Poco esfuerzo necesitaban hacer ya los franceses para arrollar toda la línea española; y, con efecto, la marcha sólo, puede decirse, de su centro y de su izquierda bastó para acabar la victoria que su derecha habia decidido ganando las alturas de Sierra Calva y las Peñuelas. **Vencen los franceses.**

El general Blake, siempre optimista y nunca desesperanzado de un giro de la fortuna, mantuvo los puestos de su centro y derecha hasta que vió lo que nadie ya dejaba de ver, la imposibilidad de rechazar al enemigo. Dispuso entónces la retirada; pero, como tardía, hubo de emprenderse tan aceleradamente, que pronto se convirtió en derrota completa é irremedia- **Retirada de los españoles á Reinosa.**

———

»siempre detrás, se replegan á corto tiempo sin ningun género de »órden, en absoluta dispersion, sin cuidar de su colocacion en los »claros de los batallones, ó á retaguardia de ellos, á fin de reunirse »y volver á cargar por dónde y cuando convenga.»

Y sigue así para demostrar la necesidad de una buena instruccion de guerrillas.

ble. Las columnas francesas avanzaron con su diligencia acostumbrada; y las nuestras apénas si tuvieron tiempo de cruzar el Trueba en gran desórden y abandonando la artillería que comprendieron no habria ya de servirles más que de estorbo (1).

Las pérdidas fueron de consideracion, si no de tanta como las calcularon los franceses, entre quienes lo hay que las eleva al número de muchos miles entre muertos, heridos y prisioneros, lo bastante para apreciar la jornada de Espinosa como una de las más funestas de la guerra de la Independencia.

Thiers las evalúa en 3.000 muertos ó heridos. La relacion citada en la nota anterior, dice que escaparon muy pocos del gran cuadro de los 12.000 hombres, y la siguen en esto, como en otras cosas, los autores de «Victorias y Conquistas.» Schépeler no las dá importancia, fundándose, sin duda, en que no insistiendo nuestros soldados en la defensa de sus posiciones y conocida su agilidad, no deben sus pérdidas ser de gran consideracion en campo abierto y en ocasiones como la de Espinosa (2).

(1) Una relacion francesa, publicada el mismo año de 1808, á la que han seguido en las suyas la mayor parte de los historiadores traspirenáicos, habla de un gran cuadro que Blake hubiese formado en su derecha con nada ménos que 12.000 hombres. Reforzó su derecha, y es natural que lo hiciera en vista del ataque de la tarde anterior y de lo próximo que el enemigo quedaba por aquel flanco; pero ni tenia fuerza para tanto, ni era Blake general que cometiera tamaño error táctico.

(2) De la relacion á que nos venimos refiriendo, y de la *Gaceta* francesa de Madrid, han copiado varios escritores franceses que algunos de nuestros cuerpos llevaban uniformes ingleses. La primera, dice: «Al huir, los españoles arrojaban sus armas y sus uni»formes rojos, funesto presente de la Inglaterra; y se cubrian con »los burdos suyos, pardos (conleur de capucin), que constituyen »el español.» Comprendiendo los redactores de la *Gaceta* que eso de tener dos uniformes seria mucho lujo, dicen que los fugitivos

La retirada no cesó hasta Reinosa. Hubiera sido más ordenada y no presentara el carácter que tuvo de una completa derrota si la fuerza que dijimos regia Malaspina en Medina de Pomar hubiese acudido, como se le tenia mandado, al campo de batalla.

Ya lo intentó aquel jefe; pero, al cruzar el valle que le separaba del ejército, encontró interceptado su camino por la division Sebastiani del cuerpo de Lefebvre. Este mariscal, por no seguir á Víctor que parecia quererse desentender de su autoridad, y considerando, dice Thiers, que no seria necesaria su cooperacion, dirigió sus divisiones por la izquierda, como para así ligarlas ántes con las del grande ejército que suponia caminando para Búrgos. En esa direccion, y ya entrado el dia 11, la division Sebastiani, que iba en cabeza, encontró la de Malaspina; y ésta, viendo interceptado su camino y temiendo ser cortada, despues de algunos movimientos en que siempre encontraba enemigos cada vez más y más numerosos, tomó la resolucion de emprender una marcha extraviada hasta Medina del Campo, con la que logró salvarse sin otra pérdida considerable que la de su artillería, que desde los primeros momentos hubo de arrojar al Nela.

Observaciones.

A muchas reflexiones da lugar la batalla de Espinosa de los Monteros. Sus resultados eran fáciles de prever con observar el estado en que iban las tropas en su retirada. Habian demostrado la constancia de siempre; no desmayando ni por el trance infelíz de

se escondian en las cuevas y los pueblos con el disfraz de labrador. Ménos mal. Ya hemos dicho á qué se extendieron los socorros de los ingleses en Santander.

Zornoza, ni por la conviccion, que en ellas debió hacerse profunda, de ser imposible el triúnfo desde que pisara el territorio español Napoleon con su grande ejército. Los combates de Valmaseda y de Güeñes eran prueba incontestable de ello. Pero, al ver el ningun fruto que producian aquellos esfuerzos, alardes de una virilidad y de una energía raras en quienes debian reconocer lo difícil de su situacion, imposible de mejorar ante enemigo tan numeroso y organizado; al encontrarse sin raciones y en un país pobre ó exhausto, separados por distancias considerables de sus parques y depósitos, y en un aislamiento, respecto á los demás ejércitos, que no se escaparia, áun cuando no fuera sino instintivamente, á su penetracion militar, ¿cómo conservar la moral necesaria? ¿Cómo resistir á la preocupacion de su estado presente y á la de un porvenir que á cada momento se iba haciendo más y más oscuro?

En Güeñes y, sobre todo, en la segunda jornada de Valmaseda, debió hacerse patente á los españoles del ejército de la Izquierda aquel estado. Por todas partes veian acudir columnas enemigas á su encuentro, amenazándoles cortar los caminos de su retirada si no se apresuraban á emprenderla pronto, obligando á los que, por atenciones estratégicas ó tácticas, guarnecian las alas de la línea de batalla, á tomar direcciones excéntricas y buscar un refúgio en comarcas apartadas de la accion militar del ejército, donde no le serian despues de utilidad alguna. Y las dificultades del racionamiento aumentando cada dia, y aumentando la fatiga en proporcion y el desánimo consiguiente y el disgusto, tan prontos en abrirse paso

al corazon de nuestros impresionables soldados, ¿no eran causas suficientes para un resultado como el que, por fin, dieron en la fatal jornada del 11 de Noviembre?

Que, áun así, se podrá contestar, la del dia anterior era para infundir esperanzas de éxito distinto.

La accion del 10 fué honrosísima para nuestras tropas, y en toda la campaña no hay otra que más las acredite. Pero fué parcial, pues que sólo combatió por parte de los franceses una de sus divisiones, marchando las demás todavía muy á retaguardia, y combatió por la nuestra el nérvio de aquel ejército, la division del Norte, en posiciones hábilmente elegidas, como lo eran siempre por el general Blake.

Al dia siguiente se hallaria reunido todo el cuerpo de ejército del mariscal Víctor; tendria á su retaguardia, para apoyarle, el de Lefebvre, si no entraba en línea, que era lo probable ó lo que debia calcular como seguro el general Blake; y entónces, no sólo era temeraria la lucha, sino que segura y de resultados completamente decisivos la derrota.

En lugar, pues, de combatir el dia 11, debió aprovechar Blake la victoria del 10 para emprender la retirada á Reinosa con un espacio y tranquilidad imposibles más tarde, espacio y tranquilidad á que hubiera dado mayor ensanche la presencia de la division Malaspina, de haberse préviamente calculado.

Habíanse desvanecido aquellas ilusiones tan caras y halagüeñas á nuestros generales y á tantos de nuestros compatriotas, fascinados con la idea de descargar sobre Napoleon otro golpe tan rudo como el de Bailén. ¿A qué, pues, no apresurarse á corregir el que la sola experiencia de unos dias debió poner de

manifiesto, error indisculpable una vez trascurridos con prueba tan elocuente como la de Zornoza?

Pero no anticipemos las consideraciones que han de hallar su sitio propio en el resúmen general de la campaña que, como en regiones tan distantes emprendida y de episodios tan diversos salpicada, necesita conocerse del todo para estudiarse en conjunto y ofrecer, como su resultado general, la enseñanza conveniente en todas y cada una de sus partes.

CAPITULO V.

Búrgos y Tudela.

Pensamiento de Napoleon en aquella campaña.—Marcha del ejército de Extremadura á Búrgos.—Su situacion y fuerza.—Batalla de Búrgos.—Campo de la accion.—Error del Conde de Belveder.—Linea de batalla.—Marcha de los franceses.—Se rompe el fuego.—Atacan los franceses.—Combate de los Guardias — D. Vicente Genaro de Quesada.—Derrota de los españoles.—Pérdidas de una y otra parte.—Retirada de los españoles.—Providencias de Napoleon en Búrgos.—Operaciones del mariscal Soult en Santander.—Plan de Napoleon contra los ejércitos del Centro y Reserva.—Situacion de Castaños.—Sus nuevas posiciones.—Consejo de Tudela.—Batalla de Tudela.—Descripcion del campo.—Posiciones de los españoles.—Primeros movimientos de los franceses.—Combate en la derecha española.—Combate en el centro —Ataque de Cabezo Malla.—Recobran los españoles el alto.—Castaños se dirige á su izquierda.—Pérdida de Santa Bárbara.—Y de Tudela.—Retirada de Palafóx y de sus tropas.—Combate en la izquierda.—Conducta de Lapeña.—Choque en Urzante.—Retirada general.—Resultados inmediatos de la batalla.— Observaciones.—Consideraciones generales sobre la campaña.

Pensamiento de Napoleon en aquella campaña.

Hemos dicho en el capitulo anterior que Napoleon procuraria romper la dilatadísima línea de los españoles por donde se le ofreciera paso más breve para Madrid, y que precisamente ese paso era el que deberia cubrir el ejército ménos numeroso, puesto que el inglés, que debia apoyarlo, se encontraba todavía muy léjos.

No era otro, con efecto, el plan del emperador de los franceses.

Estaba acostumbrado á dar golpes de los que fuera imposible reponerse, decisivos por lo tanto, en cuantas luchas emprendia. ¿Cómo, pues, no descargarlo sobre los españoles, rudo, contundente, acabador de una resistencia que creia deshonrarle teniendo tan pobre idea de ellos?

Sentia á su frente y por sus flancos la presencia de cuatro ó cinco ejércitos poco ligados entre sí, con el propósito, sin embargo, de envolver al suyo é intentando burlar la perspicacia, nada ménos, y el génio del vencedor de Rívoli y Marengo. Colocado en el centro de un vasto hemiciclo que mal podian hacer infrangible tropas, en su mayor parte, de leva reciente, sin plazas en que apoyarse, ni otro reparo que el de un rio que, de seguro, no detendria á los que no se habian detenido ante el Rhin y el Danuvio, podria él, á su vez, sin esparcir demasiado sus batallones ni debilitar, por consiguiente, su accion, ir rompiendo por partes los mal soldados eslabones de la cadena en que se pretendia encerrarle. Por eso, lo que á su hermano le parecia peligro grave é inminente, el temerario avance de los españoles por las alas del ejército imperial, embelesaba á Napoleon; y, como no hace mucho hemos visto, se deshacia en invectivas contra los mariscales que, contraviniendo á sus instrucciones, trataban de conjurarlo.

Un movimiento central que le dejase expedito el camino de Madrid, le permitiria desde Búrgos abrir su numeroso ejército como un inmenso abanico, atropellando con sus robustas varillas ó cogiendo entre ellas á los desprevenidos, discordes y desparramados cuerpos de los españoles.

Los gallegos y asturianos por su derecha; los ingleses y extremeños en el centro, y los castellanos, andaluces, valencianos y aragoneses, hácia la izquierda, serian dispersados, ántes que batidos, en cuantas direcciones irrádian de la vieja capital de la monarquía castellana, y llevarian, con la noticia de su completo vencimiento, el espectáculo de su propio terror y la fama del nuevo Carlomagno por toda la haz de la Península.

Estos eran los golpes que le gustaba asestar, y éstos los de teatro que le enamoraban, con los cuales creia traer á la memoria las antiguas leyendas de los héroes, entre quienes ya se consideraba el primero, despedazando los tronos seculares con su poderosa mano y llevando por do quier una nueva civilizacion y un nuevo modo de ser para, como los colonizadores de la Grecia primitiva, tomar puesto entre las divinidades del Olimpo.

Y, de ahí, aquella modestia hipócrita que afectaba desde su entrada en España quien venia de pavonearse en un *parterre* de emperadores, y aquel incógnito que seria ridículo si no impusiera y se hiciese público con el poder, la fuerza y la violencia que lo acompañaban. ¿Cómo, ni allí ni en parte alguna, habia su hermano de representar el principal papel cuando los jefes de su ejército, y los pueblos en que entraba, no á él, sino al invicto y magnánimo Emperador iban á presentarse, sólo sus órdenes obedecian, y de su mirada y sus gestos veian pendiente la suerte que les esperaba? (1).

---

(1) Decia por aquellos dias Napoleon al Rey de las dos Sicilias: «Por una nota de vuestro ministro de Relaciones exteriores, he sa-

El rey José no era más que un pupilo humilde á quien el Emperador presentaba en los brazos, como el pueblo romano á los menores que imploraban su proteccion para recuperar el trono de sus mayores, ó los mayordomos del palacio de los Carlovingios á los Clovis, Dagobertos y Chilpericos entre los Francos.

Esos eran los recuerdos que evocaba su erudita memoria y esas las fantasías que se forjaba en la febril excitacion de su espíritu, quien ya tenia la conciencia de haber sobrepujado á los más brillantes génios militares de la antigüedad y creado un imperio que, si no en extension, excedía en cultura y, de consiguiente, en fuerza á los que nadie creia pudieran ser igualados por otro alguno en adelante.

La inexperiencia y aturdimiento del Intruso, así como los errores cometidos por Lefebvre, habian turbado en parte los proyectos de Napoleon; pero, gra-

»bido la toma de Capri oficialmente: eso es ridículo. Habiendo con»quistado á Capri mis tropas, debo saber tal acontecimiento por »mi Ministro de la Guerra á quien debeis dar cuenta de él. Es ne»cesario tener cuidado de no hacer nada que pueda, bajo ese pun»to de vista, desairarme ni desairar al ejército francés.»

En 8 de Noviembre decia tambien al Príncipe de Neuchatel, su mayor general: «Han ido á Miranda los regimientos de Caba»llería ligera del general Beaumont, pasando por aquí sin tomar »mis órdenes. No puede ménos de disgustarme la manera como se »hace el servicio desde que he llegado. Tomareis las medidas ne»cesarias para que no se repita esto. Ningun cuerpo debe pasar »por el punto en que yo me encuentre, sin que seais vos quien dé »las órdenes para su acantonamiento; y me parece que no se hace »así, pues hay órdenes que se han dado por otros generales, lo »cual está mal hecho. Os hago responsable de cuanto en adelante »se ejecute contrario al servicio. Ha sido disuelto el Cuerpo del »mariscal Ney y se han hecho diferentes cambios sin órden mia. »Presentadme los estados de situacion de los comandantes de pla»za. Dad, en fin, al servicio la direccion que debe llevar.»

¡Brillante papel representaban los reyes de Nápoles y España!

cias á su llegada á Vitoria, habia podido remediarse en parte el mal causado. El pensaba oponer al general Blake la fuerza, tan sólo, de aquel mariscal; á Palafox, y Castaños la de Moncey, sin otro pensamiento en uno y otro flanco, que el de contener al enemigo para que no le cortasen las comunicaciones; y, reuniendo á la mano los cuerpos de ejército de Soult, Víctor y Ney, la guardia imperial y la caballería toda, en que figuraban hasta 14.000 dragones, lanzár aquellos 80.000 hombres, acompañados de una artillería inmensa, sobre Búrgos, y, despues de hacer pedazos el ejército de Extremadura, abrir el gigantesco abanico á que ántes nos referíamos, para en ocho dias no dejar ni rastro de enemigos en media España.

Por eso dijimos tambien en el capítulo IV, que el ejército de Extremadura iba á sufrir el empuje más terrible de los franceses.

Habia tenido que modificarse, repetimos, el proyecto de Napoleon; pero con haber enviado á Víctor en apoyo de Lefebvre, y con ordenarle que, una vez prestádole, se situara en el camino que desde la zona en que iba á operar conduce á Búrgos, el remedio estaba puesto y la modificacion del plan de campaña, daba quizás, y sin quizás, mayor fuerza y seguridad á la marcha de los ejércitos, maniobrando sobre el flanco derecho y amenazando el de Víctor la comunicacion de los de Extremadura y de la Izquierda ántes de ser rotos y dispersados. En esa confianza, y sabiendo que el general Blake habia emprendido resueltamente la retirada seguido de los 1.° y 4.° cuerpos del ejército frances que ya no le permitirian

un punto de descanso ni ménos lugar á reaccion alguna ofensiva, dió la órden de avanzar á Búrgos, para la reparacion de cuyo castillo dictó de antemano instrucciones tan minuciosas y detalladas, que bien elocuentemente revelan la importancia que daba á la ocupacion permanente de aquella ciudad, eje sobre que pensaba hacer descansar todo el peso de sus operaciones sucesivas.

Marcha del ejército de Extremadura á Búrgos.

El conde de Belveder, entretanto, proseguia la marcha emprendida desde Madrid el 29 de Octubre con la 1.ª division. La 2.ª la habia emprendido el 31, y la 3.ª el dia siguiente 1.º de Noviembre. Lo exhausto del país que iba á atravesar el ejército y el deseo de conciliar la comodidad de la tropa, cansada naturalmente de marcha tan larga, con la de los pueblos, no muy capaces, del tránsito, exigian aquel fraccionamiento, exento de peligros hasta la proximidad del enemigo. El dia 4 pernoctaba la 1.ª division en Aranda, donde ya el Estado Mayor tuvo noticia de que se habian presentado á la vista de Búrgos 600 ú 800 caballos franceses, y que Lasalle, con otros 1.000, recorria La Bureba desde Briviesca, en que ya se habia establecido. Con eso se mandó que las otras divisiones forzasen las marchas, y se adelantó un oficial de ingenieros con algunas compañías y 80 caballos á reconocer al enemigo. La noticia se confirmó el 6 en Lerma, punto á que fueron á concurrir con el Ingeniero muchos emigrados de Búrgos, cuatro piezas del ejército de Galicia llevadas á aquella capital, caudales, enfermos y áun alguna autoridad que no consideraba segura su residencia tan cerca ya de los franceses.

Con las piezas, se encontraban en Búrgos el batallon de Escolares de Benavente y el provincial de Tuy que el dia 7 se unieron tambien á la 1.ª division del ejército de Extremadura en su marcha, la cual terminó á las 5 de la tarde. Búrgos estaba todavía libre de la presencia de los enemigos quienes, sólo al amanecer del 8, asomaron por la llanura de Gamonal en número de 600 ú 800 caballos, los mismos, sin duda, á que se referian los avisos recibidos en Aranda.

Lasalle no tenia aún la orden de avanzar que Napoleon expidió en Vitoria aquel mismo dia, por lo que la presencia de aquella caballería produjo una ligera escaramuza tan sólo y una carga de los Voluntarios de España que, al apoyo de la division de artillería y de los zapadores, aventó hasta Villafria, á los franceses, cuyos ranchos comieron descansadamente los españoles. (1)

Su situacion y fuerza.

El dia siguiente pasó sin novedad, buscando el ejército la manera de fortificarse en Búrgos y de proveerse de municiones con la construccion de cartuchos para la infantería, pues los que llevaban los cuerpos nó ascendian á mayor número del de 50.000, y se habia detenido en Madrid el parque móvil que conducia las municiones desde Extremadura.

En ese estado el ejército, y cuando sólo se habia reunido á la 1.ª division una parte de la 2.ª, iba el

(1) Napoleon dió á Bessières la órden de avanzar el 8 á las tres de la mañana. El despacho núm. 14.448, dice así: «Primo; no tengo noticias vuestras desde el 7 á medio dia (eran las tres de la madrugada del 8). Espero con impaciencia todas las noticias del llano. Si podeis ocupar á Búrgos y su fortaleza sin un gran combate de infantería, hacedlas ocupar.........»

de Extremadura á resistir el ímpetu de la gran masa de tropas, las más aguerridas del mundo, que conducia el emperador Napoleon. Por extraviada que se hallase la opinion pública acerca de las fuerzas con que contaba la Francia, y de los proyectos que pudiera abrigar el Emperador, parece imposible no se hubiera abierto en ella paso la idea de que habria de lavar la afrenta recibida quien hasta entónces no habia sentido una que no fuese inmediatamente vengada. Por entusiasmados que marchasen nuestros compatriotas al teatro de la guerra, orgullosos de una campaña tan victoriosa como la pudieran ambicionar las imaginaciones más acaloradas, la recientemente ejecutada, ¿cabria en el corazon de los soldados y oficiales de Extremadura la esperanza de, ellos sólos, oponerse á la mayor y más nutrida parte del ejército francés?

Es verdad que ignoraban su destino definitivo, y que el consejo de guerra del 5 en Tudela habia dispuesto que el ejército de Extremadura se uniese al de la Izquierda; pero no habia llegado el 9 á Belveder la órden, hasta el 10 no hubo de salir del cuartel general de Castaños, ni habia, por fin, de dejárse completamente abierto un camino que era el más corto, el más cómodo y ménos custodiado de cuantos pudieran dirigir á la córte.

La situacion del ejército de Extremadura, la fuerza con que se le hacia marchar y su mando no sufren exámen.

Batalla de Búrgos.

Eran 6.069 los infantes y 1.672 los caballos, con una division de artillería afecta á la 1.ª del ejército y las cuatro piezas del de Galicia, cuanto Belveder

tenia á la mano en la mañana del 10 y, no satisfaciéndose con defender á Búrgos, salia á presentar batalla al enemigo en una llanura sin accidente notable que no fuera muy accesible y de un flanqueo facilísimo.

Campo de la accion.

La llanura, con efecto, que precede á Búrgos en el camino de Francia, encerrada por sus dos flancos opuestos, septentrional y meridional, entre el rio Ruvena y el Arlanzon á que aquel afluye, no mide en ese sentido una distancia mayor de la de dos kilómetros en las inmediaciones de Gamonal, una aldehuela que atraviesa la carretera (1). Corre en la misma direccion que los mencionados rios, y en la misma en que se extiende la llanura, puede decirse que sin límites hácia el Oriente, un arroyuelo, tambien, que lleva el nombre de Rio Pico, transitable por todas partes y que tiene al O. de Gamonal un pequeño puente que sirve á la mencionada carretera, la cual viene en línea casi recta desde Monasterio de Rodilla, por Quintanapalla, Ruvena y Villafria. Ese Rio Pico que nace junto á Atapuerca, sitio de la célebre batalla en que murió el rey de Navarra D. García al querer despojar á Fernando I de la corona de Castilla que el padre de ambos, D. Sancho el Mayor, le habia dejado en heredamiento, se une al Ruvena cerca todavía del puente que acabamos de recordar; marchando luégo unidos á cruzar por la capital hasta dar sus aguas al Arlanzon por debajo de algunas de las calles y del Espolon, principal y más bello paseo de aquella antiquísima y monumental ciudad.

(1) Véase el plano en el atlas del Depósito de la Guerra.

Sobre la orilla derecha del Ruvena y sobre la izquierda del Arlanzon se levantan dos séries de eminencias, accesibles, las dos, á todas las armas, la primera, sobre todo, que, despejada y con pendientes sumamente suaves, va por la aldea de Vellimar, kilómetro y medio de Gamonal, á ligarse al lomo, ya más elevado y áspero, en que asienta el castillo de Búrgos, entónces desmantelado y desierto. En la segunda, muy cerca y dominando á Villaguda, otro pueblo que, como Vellimar, parece proteger por el S., y á distancia un poco menor que la señalada á éste, la gran avenida oriental de la llanura, descuella el grandioso y bellísimo monumento de la Cartuja de Miraflores, con toda la apariencia, á la vez, de una fortaleza antigua que domine y flanquee esa misma llanura, mirándose en el Arlanzon y cubriendo sus pasos más próximos. Las faldas se hallan, como las orillas del rio, salpicadas de arbolado; y un pequeño canal que bordea la orilla derecha y los caminos que tambien la recorren, presentan líneas de árboles que dan á aquellos sitios un aspecto pintoresco. La llanura, á su vez, se encontraba entónces interrumpida por dos bosquecillos, uno á cada flanco de Gamonal, aunque algo avanzados; pero su poca espesura no podia ser nunca obstáculo á las operaciones del enemigo y sí sólo servir para ocultar por algun tiempo las fuerzas propias y ayudar á su establecimiento en la línea de batalla, si por acaso se formaba entre ellos.

Porque, solamente, en la más completa ignorancia de las fuerzas francesas y en la de su proximidad, cabia el ofrecerlas el combate en Gamonal

un ejército como el de Extremadura, tan poco numeroso y sin concentrar todavía, pues que la mitad de sus cuerpos se hallaban en marcha y á distancia imposible de recorrer en el tiempo necesario para incorporarse oportunamente al cuartel general.

Error del conde de Belveder.

Tenia el conde de Belveder el suyo en Búrgos: en Búrgos, pues, era donde debia mantenerlo desde el instante en que sus descubiertas le noticiaran la presencia del enemigo. Hubiera lanzado á vanguardia y hubiera, como el 8, mantenido en la llanura su caballería, así para descubrir las maniobras de los franceses como para repeler sus descubiertas y avanzadas, si, como en aquel dia, llegaba á avistarlas; pero conservando en Búrgos la infanfería y artillería, buscando el modo de establecerlas sólidamente con obras de fortificacion y preparando el alojamiento y dando prisa á las divisiones ausentes todavía á fin de que contribuyeran desde el momento de su llegada á la conservacion de las posiciones elegidas.

Consistirian éstas en la ocupacion de la ciudad y de sus arrabales; en buscar un apoyo sólido para la defensa con el establecimiento de una fuerte reserva en las alturas del castillo y, por fin, en mantener expeditas las comunicaciones de Valladolid y Aranda para, segun los trances del combate, elegir la más conveniente en el caso, más que probable, de la retirada. Adelantarse á los enemigos y ofrecerles la batalla en campo abierto y en terreno despejado, era la más loca de las temeridades.

No habia que pensar en la victoria; que ni allí se encontraban fuerzas para contrarestar el empuje de las que conducia Napoleon, ni Búrgos presentaba

abrigo seguro para resistirlas mucho tiempo. La necesidad de retirarse haríase evidente desde el momento en que los franceses asomaran en todo su número al alcance de los telescopios; pero el primer choque les saldria caro; tendrian que maniobrar amenazando las comunicaciones; y, áun peligrando la de Aranda por su direccion sobre el flanco derecho, la de Valladolid quedaria siempre despejada y libre á poca prudencia que asistiera á los generales y con alguna energía por parte de las tropas.

En tal caso, éstas, despues de una accion que no seria desastrosa si el Conde se apresuraba á reunirlas, lo cual urgía de todas maneras, podrian dirigirse á buscar á los ingleses, que no deberian estar muy léjos, ó á las del ejército de la Izquierda que, vencido en Espinosa, á ninguna otra comarca podria encaminarse que á Astúrias ó Leon. En uno y otro caso, aún prestaria el de Extremadura grandes servicios que no podian esperarse de su aislamiento, por más que se estableciera en posiciones importantes bajo otro concepto estratégico.

A pesar de todas estas consideraciones que el conde de Belveder debió hacerse al recibir la noticia, que le trasmitieron las avanzadas, de la aparicion de los enemigos, primero en pequeñas partidas y despues en número considerable, se hicieron salir de Búrgos los cuerpos allí establecidos y la artillería toda existente, campando en la inmediacion de la carretera de Francia hasta nueva órden. Los guardias españolas, los zapadores, los granaderos provinciales, la compañía de tiradores, dos escuadrones del regimiento de España y la primera compañía de

artillería á caballo, se adelantaron con el general Henestrosa á su cabeza, arrojaron la vanguardia francesa de un bosque que aún subsiste entre Gamonal y Villafria, deteniéndolos allí la órden del Conde para que no comprometiesen una accion que se creeria prematura.

Esto sucedia poco despues de las dos de la madrugada del dia 10, y á eso de las siete y media, con la noticia, llevada á Búrgos por dos ayudantes del Estado Mayor, de que el número de los franceses aumentaba sin cesar y de que avanzaban con ánimo, al parecer, resuelto de emprender un ataque decisivo para cuyo contraresto necesitaria más fuerza el general Henestrosa, Belveder hizo adelantar á Gamonal los wallonas, los primeros batallones de Mallorca y Badajoz y la segunda compañía de la artillería á caballo con el cuartel general todo en su seguimiento.

Formóse entónces la línea de batalla con la artillería á los dos costados del bosque de Gamonal, en que se constituyó el centro, guarnecido por los guardias españolas y wallonas, los granaderos provinciales, los zapadores y el segundo de Cataluña. A la izquierda, y sosteniendo la artillería establecida en aquel flanco, se situaron los voluntarios de España apoyados, á su vez, en las pendientes suaves de Vellimar sobre la derecha del Ruvena, por la compañía de tiradores desplegada en guerrilla. A la derecha se establecieron los primeros batallones de Mallorca y Badajoz y el primer regimiento de Húsares.

Línea de batalla.

En segunda línea quedaron naturalmente los cuerpos últimamente salidos de Búrgos y los que

iban llegando sucesivamente por el camino de Aranda. Constituian esa segunda línea los segundos batallones de Mallorca y Badajoz, los de Tuy y Benavente y la compañía de granaderos del General; esperando, además, la llegada, que se veia próxima, del segundo de Húsares y los batallones de Valencia y Zafra que no podian estar ya léjos.

Junto á los guardias, y enfilando la carretera, se trató de situar una batería de cuatro piezas de posicion; pero cuando llegaron al campo de batalla, ya el desórden habia penetrado en la línea y no se pudo hacer uso de ellas (1).

En Búrgos quedaron el material de trasporte y los bagajes del ejército; y para simular un cuerpo de reserva y la resolucion de defender la ciudad, hizo Belveder subir á las alturas del castillo un número considerable de paisanos, cuya calidad no se escaparia, de seguro, á la penetracion y á la experiencia de los generales franceses.

Marcha de los franceses.

Ya hemos dicho el dia y la hora en que dió Napoleon la órden de avanzar á Búrgos. Y no contento con eso, en aquella misma fecha, la del 8, disponia

(1) Cuanto se dice, pues, en «Victoires et Conquétes» de grandes baterías centrales, es completamente falso. Otro tanto sucede respecto á las fuerzas que Thiers hace tambien ascender á 12.000 hombres; entre los que se distinguian los guardias españolas y wallonas, componiendo varios batallones y la mejor fuerza de nuestro ejército.

Ya nuestros lectores han visto que no habia en el ejército de Extremadura más que un batallon de guardias españolas con 380 hombres y algunas compañías de wallonas con 300; así como la fuerza total de los presentes á la batalla no llegaba al número de 8.000 de todas armas.

Pero, ¿qué ha de esperarse de quienes no vacilan en asegurar que las bajas ascendieron á la de 3.000 muertos ó heridos y 5.000 prisioneros?

la recomposicion del castillo y su armamento «para »ponerlo, segun escribia á Berthier, al abrigo de un »golpe de mano; ordenando, además, se le presenta»se un proyecto con el objeto de poner la fortaleza »en situacion en que pudiera dejarse abandonada por »dos meses á sus solas fuerzas.»

Ordenaba, á la vez, la marcha de una compañía de artillería, la que ya estaba en Pancorbo; y con ella y diez piezas, no enganchadas que despues serian relevadas por otras de á 16, y abundancia de municiones y víveres, quiso se hiciese de Búrgos y lo que él llamaba su ciudadela, un punto de apoyo para las operaciones sucesivas y un punto de refugio en el caso de un revés por improbable que le pareciera. ¡Prevision asombrosa que se justificaria cuatro años despues en las circunstancias más difíciles para las armas imperiales!

El dia 9, aunque con una circunspeccion extraña pero que reconoce el mismo Thiers, Napoleon mandó al mariscal Soult atacase Búrgos con su segundo cuerpo de ejército y una masa muy considerable de caballería, regida por Bessières y á cuya vanguardia se hallaba, como ya hemos dicho, el esforzado y hábil general Lasalle.

El mariscal Soult tenia ya campadas en el camino de Bribiesca á Monasterio sus tres divisiones de Mouton, Merle y Bonet; y en el mismo órden en que las enumeramos y precedidas de Lasalle y de Milhaud, que tambien se les habia unido para con sus dragones limpiar completamente de españoles las llanuras en que iban á penetrar, avanzó el 10 al amanecer resueltamente.

Eran sobre 20.000 infantes y 4.000 caballos; y bien podian sin la ayuda del cuerpo de Ney y de la guardia imperial, destinados á apoyarles, ofrecer un combate, que siempre habia de ser enormemente desigual, á las desprovistas, mal organizadas y peor dirigidas tropas del ejército de Extremadura.

Aun así, ya hemos visto que en la madrugada de aquel dia empezó por cejar la caballería de Lasalle ante nuestros cuerpos avanzados; pero, segun iban llegando los de infantería franceses, fué necesario á los españoles recogerse á su línea de batalla, formada al paso que llegaban, llamados por Henestrosa y dirigidos tan imprudentemente á ella por su general en jefe.

Muy de mañana todavía, volvió á asomar Lasalle, pero ya entónces con la division Mouton en cabeza, como más propia la infantería para vencer los obstáculos que la española, su artillería y el bosque en que se hallaban habrian de oponer á la fúria francesa. En segunda línea se situaria la division Bonnet que iba un poco á retaguardia, y serviria, por fin, de reserva la de Merle que aún estaba distante.

Se rompe el fuego.

Apénas asomaron los franceses por la llanura, la artillería española rompió el fuego, al que sucedió inmediatamente el de las guerrillas y avanzadas que se habian escalonado sobre los flancos; unas, como ya hemos dicho, en las pendientes de Vellimar, y otras sobre la derecha en las llamadas *Costas altas* que domina y atalaya la Cartuja de Miraflores.

Atacan los franceses.

El general Mouton, guiado por la carretera que cruza el bosque de Gamonal y desentendiéndose de

aquel fuego, emprendió resueltamente el ataque del centro con los cuatro regimientos, 2.° y 4.° de ligeros, y 15.° y 36.° de línea. Al mismo tiempo, una parte de la caballería enemiga amagó envolver la Izquierda española que fué reforzada por los segundos batallones de Mallorca y Badajoz de la segunda línea; pero la parte más considerable de los jinetes franceses con los generales Lasalle y Milhaud se dirigió sobre la derecha para, entre el Arlanzon y el Pico, envolverla é impedir tambien su comunicacion con las alturas de la Cartuja.

En vano el segundo de húsares, que llegaba en aquel momento, apoyado por los batallones de Tuy y Benavente, trató de oponerse: fué muy pronto arrollado, y aquella ala quedó completamente descubierta y el ejército entero en gravísimo peligro.

El movimiento era decisivo contra fuerzas sin una disciplina muy sólida; y, con el temor á la caballería, cedió la línea á la infantería de Mouton que avanzaba, la cual se haria, ciertamente, la ilusion de que sus bayonetas decidian el combate cuando en su izquierda era donde se hallaba el secreto de la victoria.

Combate de los Guardias.

No fué, sin embargo, todo lo fácil y rápida, áun siéndolo mucho, que la pintan los historiadores enemigos. Los Guardias opusieron la resistencia que debia esperarse de unos soldados que no en vano proclama Thiers como los mejores de España. Viendo los franceses que no podian romperlos inmediatamente, dejaron á la caballería la mision de destruir aquellos dos ya mermados batallones. El de wallonas formó el cuadro y resistió valientemente las di-

ferentes cargas que, escuadron trás escuadron, le daban los cazadores de la caballería de Lasalle. Pero como no cesaba por eso el fuego de la artillería y de los batallones de Mouton, pronto comenzó á reducirse el número de los wallonas, llegando en corto tiempo á ser unos 74 los que quedaron de los 300 que formaban el cuerpo.

D. Vicente Genaro de Quesada.

Imposible ya la resistencia, cedieron aquellos valientes al oleage que los abrumaba, desbandándose como pudieron por la llanura. Sólo el jefe accidental del batallon, D. Vicente Genaro de Quesada, su ayudante mayor, se mantuvo en su puesto esperando la muerte; y cuando algunos jinetes franceses se le acercaron exigiéndole la entrega de la espada, aún intentó defenderse sacando á uno de ellos de combate é hiriendo á otro. Rendido de fatiga, acribillado de heridas, cuyas señales honrosas mostraba todavía al morir víctima de nuestras discordias civiles, cayó, por fin, en tierra sin conocimiento, recobrándolo, tan sólo, al ser curado en el hospital de sangre (1).

Derrota de los españoles.

Ya para entónces era la llanura de Gamonal campo de desolacion, arena ensangrentada, lecho de muerte de muchos de nuestros compatriotas. Los demás se precipitaron hácia Búrgos, no para encerrarse en sus muros y tras de ellos defenderse, sino en busca de los puentes del Arlanzon y á unirse á las fuerzas que se suponian en el camino de Lerma, perseguidos por los franceses que los iban acuchillando. Un testigo presencial, el brigadier Don Juan Ordovás,

(1) Al recobrar el sentido en Búrgos, le fué devuelta su espada por un general francés con las mayores muestras de admiracion y respeto.

jefe de Estado Mayor del ejército de Extremadura, en una memoria que existe en el Depósito topográfico de Ingenieros, pinta así el desórden y el pánico de aquellos momentos:

«Al entrar en Búrgos, mandó el General al jefe »del Estado Mayor se adelantara á contener los fugi»tivos; y, situado éste en el puente, ni sus voces ni »las amenazas fueron bastante á conseguirlo; la ca»ballería corria á escape, los mozos del tren con la »artillería hacian lo mismo, y los paisanos fugitivos »de la ciudad, mezclados con los de infantería, au»mentaban la confusion. En vista de esto determinó »dicho jefe situarse en la altura de los Texares que »está en el camino Real á la salida del arrabal, cuyo »punto era ventajoso por su localidad, donde situó »dos piezas de artillería, y aunque por un corto rato »consiguió detener á los que llegaban y reunirlos »para la defensa: el tropel de los caballos, los carros »de municiones, los fugitivos que arrojaban sus ar»mas para correr ménos embarazados y el abandono »de los ya detenidos, le obligaron á abandonarla y »salir de allí envuelto en la confusion; por otras dos »ocasiones intentó lo mismo, pero siempre en balde, »siendo una de éstas el encuentro de los batallones »de Valencia y Zafra que se sabia venian marchan»do y no estaban léjos de Búrgos; pero éstos, á quie»nes los primeros fugitivos dieron aviso de la derro»ta, contramarchaban vociferando no tenian cartu»chos para defenderse, atribuyéndolo á traicion, y »volvieron á Lerma aquella misma noche, á donde »tambien lo verificó Trias con su division.»

La caballería francesa siguió el alcance de los fu-

No debemos ocuparnos ahora en consideraciones que, además, hemos ántes expuesto sobre la fatal jornada que acabamos de describir. Y como al hacer el resúmen de aquella campaña cuando hayamos dado cuenta á nuestros lectores de todas sus operaciones en los distintos puntos de su dilatadísimo frente, hemos de comunicarles nuestras impresiones respecto á su direccion, para entónces dejaremos el calificarla y apreciar las causas á que se debió y las consecuencias á que forzosamente habria de dar lugar, lo mismo que en Vizcaya y Navarra, en Aragon y Castilla. Sólo diremos en este momento, que debieron preverse el encuentro y sus resultados; aquel por haberse dejado abandonada una comunicacion tan importante, y éstos por ser manifiestas la febril diligencia y singular pericia del emperador Napoleon (1).

Providencias de Napoleon en Búrgos.

Con el escarmiento, sin duda, de la campaña anterior, de cuyos resultados no tenia él poca culpa, se

(1) Daremos, sin embargo, el texto de la órden dictada por la Junta Central despues de examinada la conducta del conde de Belveder.

Dice así: «Al Mariscal de campo, conde de Belveder, comunico con fecha de hoy, lo siguiente:—«Con vista de la causa formada acerca de los acontecimientos y motivos que pudieron influir en la accion de 10 de Noviembre próximo pasado, se ha servido la Suprema Junta de gobierno del reyno, en el Real nombre del Rey nuestro Señor D. Fernando VII, declarar, habiéndose conformado con el dictámen del Supremo Consejo interino de Guerra y Marina, que cumplió V. E. con su deber en dicha accion; que su opinion militar debe quedar bien puesta en el público, y salir V. E. libre del monasterio de la Cartuja para ser empleado en el destino que se tenga por conveniente; y que se sobresea en la citada causa.»—Lo traslado á V. de órden de S. M. para los efectos convenientes, conforme á lo prevenido en la Ordenanza general del Ejército.—Dios guarde á V. muchos años. Real Palacio del Alcázar de Sevilla 12 de Mayo de 1809.»

mostró ya en esta segunda lo que verdaderamente era, general y conquistador, tan sagaz y precabido como enérgico y hábil. Con aparecer así, creia demostrar al mundo que á otros y no á él debian achacarse los desastres sufridos; que donde él no se encontraba se hacia inmediatamente sentir su ausencia; y que, con sólo presentarse, reaparecia el órden, se vengaban los reveses y no cabia más que la sumision á su voluntad incontrastable.

Si ántes de llegar á Búrgos, habrán podido observar nuestros lectores que nada dejaba el Emperador que advertir á sus tenientes para cuando de aquella ciudad se apoderasen, apénas instaládose en sus muros, cada hora puede señalarse por nuevas y nuevas providencias para ponerla en estado respetable de defensa y convertirla en una gran plaza de depósito y base de las operaciones futuras.

Reune Búrgos cualidades excelentes bajo el punto de vista militar en todos conceptos. Si en el defensivo las tiene que aconsejen la construccion en su asiento de una gran plaza para, segun decimos en otro libro, detener al invasor el tiempo necesario, al ménos, el que necesite para reponerse el ejército español de la derrota que hay que suponer en el Ebro al llegar á Castilla el enemigo, para éste las posee en un grado sumamente alto. Es el punto á que afluyen las dos comunicaciones más importantes del interior, las de la córte y Valladolid, por donde naturalmente han de llevarse las operaciones que pudiéramos llamar directas; cubre los pasos de la divisoria ibérica hácia los principales tránsitos del alto Ebro, Logroño y Miranda, y ofrece situacion topo-

gráfica, poblacion y riqueza muy considerables. Si es flanqueable su posicion y áun puede ser envuelta, ahora, sobre todo, por los caminos nuevamente construidos, una vez fortificada por los enemigos, siempre llenaria un objeto para ellos muy importante, el de dilatar la reocupacion, si así puede decirse, de aquel territorio, por las tropas nacionales.

Tan penetrado se hallaba Napoleon de estas ideas, que en una nota de su Correspondencia se vierten sustancialmente al dar sus últimas instrucciones para la reconstruccion del castillo.

Su objeto era el de crear fortificaciones permanentes que pudiesen resistir un sitio, pero con obras de campaña que durasen tres ó cuatro años, tiempo suficiente, decia, para las circunstancias de entónces.

Para eso, era necesario construir en el castillo dos caballeros que lo defendiesen de una eminencia próxima de donde podia ser atacado con éxito; el uno de la altura que tenia el parapeto y que se artillaria con ocho piezas, y el otro con torres que se rellenaran y armasen con dos cañones de pequeño calibre. Para evitar, además, el asalto que habria de seguir á la apertura de las brechas, aconsejaba el Emperador cerrar la fortaleza, por el lado mismo de la eminencia en que el enemigo habria necesariamente de establecer sus baterías, con una contraescarpa, un foso, un parapeto, un glacis y su camino cubierto, lo cual obligaria á zapar dando á la empresa todo el carácter de un sitio en regla, embarazoso, de consiguiente, y lento.

Este proyecto, perfectamente detallado en la

nota á que nos vamos refiriendo, se completaba con otras obras necesarias y el armamento de la catedral, de cuya plataforma, puesta á prueba, se podria hacer un nuevo *caballero* contra la altura mencionada, único padrastro del castillo.

Las obras comenzaron á ejecutarse con la actividad que á todos imponia la presencia de Napoleon; y como Búrgos encerraba recursos que él no esperaba encontrar y que con verdadera admiracion hacia conocer al general Dejean, su ministro director de la Administracion militar, (1) recibieron un impulso que á los pocos dias le permitia continuar su marcha con la confianza que en ella da la seguridad de las comunicaciones. Tanta le ofrecia Búrgos, que hizo levantar, y cuando no, disminuir destacamentos muy importantes de su retaguardia, como los de Tolosa, Mondragon, Villareal y Salinas; y los cuerpos que quedaban én el camino reorganizándose recibieron la órden de avanzar hasta los puntos últimamente ocupados.

Nada de esto habia sido obstáculo para que desde el momento del choque del ejército imperial con el de Extremadura, avanzasen las divisiones que á él habian asistido y las que inmediatamente las seguian casi sin interrupcion, en cuantas direcciones aconsejaran las noticias sobre el movimiento de los

---

(1) «Hemos encontrado en Búrgos, le decia, almacenes de vive»res de toda especie: jamás se ha visto el ejército mejor alimentado. »M. Denniée es un alarmista cuando supone temores acerca de las »subsistencias. De capotes y zapatos es de lo que andamos mal....» (Correspondencia de Napoleon, núm. 14.462.) Además encontró una cantidad tal de lanas merinas, que los escritores franceses hacen subir su valor al de 12 ó 15 millones de francos.

vencidos, así por su frente como en Zornoza y Espinosa.

El Mariscal Soult recibió la órden, y esa el dia siguiente al de su entrada en Búrgos, de marchar sobre Reinosa á fin de colocarse á espaldas del general Blake, la suerte de cuyo ejército se ignoraba naturalmente todavía. Desde el instante en que se iniciase aquel movimiento, el ejército de la Izquierda, vencedor ó vencido, se veria obligado á emprender una retirada que nunca podria ser con pàusa y sin correr graves peligros. Vencedor, su fuerza no era ni la suficiente ni lo sólida para neutralizar la derrota del de Extremadura y resistir la combinacion que, rota la línea general española, colocaba á su frente, sobre el flanco y áun á retaguardia, masas como las que regia el Emperador. Vencido, seria aniquilado; teniendo que apelar al último recurso, al de una dispersion completa en que se salvasen los hombres, pero nada del inmenso material que habia dejado en las altas mesetas donde nace el Ebro. Vencido, cual lo era en los mismos dias que el de Extremadura, creia Napoleon, y con harto fundamento, que los soldados de Blake, al ver su camino interceptado ó al enemigo ocupando el mejor punto de refugio, aquel en que se hallaban establecidos sus parques y depósitos, se desbandarian por el país, con lo que desapareceria todo rastro de organizacion militar, todo núcleo de fuerza española por aquella parte. De ese modo los cuerpos de Víctor y Lefebvre, podrian volver á Vitoria y, provistos de su artillería que allí les aguardaba, continuar por Miranda y Búrgos la marcha general del ejército hácia Madrid.

Operaciones del mariscal Soult en Santander.

Soult partió de Búrgos el 13, y aún no habia anochecido cuando daba con un grueso tropel de los fugitivos de Espinosa que custodiaban un convoy de heridos y armamento. Encomendando á la caballería la dispersion de aquellos soldados y la presa de los carros que acompañaban, el Mariscal prosiguió su marcha á Reinosa, donde el dia siguiente se apoderaba de una gran parte del material de guerra dejado allí, segun ya hemos expuesto, por el ejército de la Izquierda á causa de lo escabroso del terreno en que habia ejecutado sus últimas y desgraciadas operaciones.

El general Blake, recelando lo que era natural en quien ignorase las órdenes de Napoleon, esto es, una persecucion viva é incesante por parte del mariscal Víctor, habia hecho evacuar el campamento de Reinosa. Y áun cuando no era posible salvar todo el inmenso material en él acumulado, una parte considerable, preferentemente la artillería y las municiones, emprendia el camino de Leon, á cuyo reino dispuso se trasladaran el grueso del ejército y los destacamentos desprendidos de él en la retirada.

Uno de estos convoyes fué con el que tropezó la caballería francesa, segun acabamos de indicar. Entre los heridos iba el general Acevedo que, asaltado dentro del coche en que se le conducia, fué inhumanamente golpeado y muerto por los jinetes del coronel Tascher. Al lado de aquel, tan sin fortuna como bizarro y entendido jefe, fué tambien hecho prisionero su ayudante de Campo, D. Rafael del Riego, el que con tantos otros de sus compañeros de cautiverio, hizo en 1820 prevalecer las ideas liberales que,

en gran parte, debió al roce en Francia con los revolucionarios del 93, enemigos vencidos é irreconciliables del emperador Napoleon.

Cuando Soult llegó á Reinosa, las tropas del ejército de la Izquierda habian tomado ya, de consiguiente, diferentes rumbos. El tren de artillería de la 1.ª division, que habia seguido la misma ruta que los anteriores hácia Aguilar de Campóo, retrocedió al saber la aproximacion de los franceses y emprendió el camino de Santander; las tropas asturianas cruzaron el Deva para internarse en sus ásperas montañas; y el cuartel general, con el grueso de las fuerzas que quedaron, bajó al valle de Cabuérniga, salvándose despues de marchas penosísimas y de privaciones de que sólo puede dar idea lo escabroso y pobre del terreno que hubo de atravesar.

En Renedo halló el general Blake al marqués de la Romana; pero éste rehusó hacerse cargo del ejército en aquella situacion, y dispuso continuara la marcha á las órdenes de aquel, hasta las orillas del Esla, donde tomaria el mando.

Con mencionar el paso del ejército por Pótes y decir que cruzó desde allí las peñas de Europa y la divisoria pirenáica, se comprenderá lo que sufririan unas tropas que no hallaban ni áun chozas donde albergarse, ni otro alimento que algunas castañas y un poco de maíz, únicos frutos, y escasísimos, de aquellas agrestes y solitarias comarcas.

El mariscal Soult encontró en Reinosa lo que los españoles no habian podido llevarse, restos, sin embargo, tan cuantiosos é importantes, que constituian

un material muy considerable de todos géneros (1). Y despues de una conferencia con el mariscal Lefebvre, que llegaba en persecucion de Blake, continuó su marcha, esperanzado de alcanzar los restos del ejército de la Izquierda y, ocupado Santander, proseguir la sumision de todo el litoral por aquella provincia y el principado de Astúrias.

Soult llegó, con efecto, á Santander, de cuyo puerto fueron ahuyentados los buques ingleses que en él servian para ayudar con su influencia y bastimentos á las operaciones del ejército de la Izquierda. Y, dejando allí la division Bonet, se dirigió por la costa con el objeto ya indicado, hasta dar en San Vicente de la Barquera con un cuerpo español de 4.000 hombres que, á las órdenes del general D. Nicolás de Llano-Ponte, trataba de evitar el enriscamiento, que los demás habian emprendido por las peñas de Europa. Ver á los franceses y, abandonando el camino, acometer el de sus camaradas en la mayor dispersion, fué obra de un mismo instante. Aquel choque, sin embargo, el deseo de alcanzar á Blake, á quien supuso buscaban los fugitivos, ó el conocimiento de las posiciones que iba tomando el ejército de John Moore en Castilla, hicieron desistir á Soult de su proyecto de invasion en Astúrias y emprender, por la Liébana, el camino de Sierras-Albas, por donde se

(1) Thiers dice que Soult encontró en Reinosa «todo el material del ejército de Blake, 35 piezas de artillería, 15.000 fusiles y una gran cantidad de víveres procedentes de los ingleses.» No queremos discutir estos números; pero sí diremos que ese material no fué hallado en Reinosa, sino que seria sorprendido en el movimiento conque Soult fué cogiendo ó dispersando los destacamentos en que se fraccionó el ejército de la Izquierda para retirarse.

pondria en comunicacion y hasta en contacto con el duque de Dantzig que ya ocupaba á Carrion de los Condes.

El Emperador, ignorando la situacion de los ingleses, habia dispuesto que en pós de la caballería de Milhaud, que ya recorria la tierra de Campos, se estableciera el mariscal Lefebvre en el valle del Carrion donde, al empujar los restos del ejército de la Izquierda, observara al caudillo británico y áun impidiese la accion que pudiera intentar sobre el flanco del grande ejército en su marcha á Madrid. (1)

De ese modo podia yá emprenderla sin recelo, si cabia alguno en quien iba á la cabeza de ejército tan formidable y se complacia en recomendar á sus tenientes no contaran el número de los españoles al atacarlos.

Habia desaparecido del teatro de la guerra el más numeroso y mejor organizado de los ejércitos, regido, á la vez, por quien tenia fama de saberlo hacer. Para cuando se reorganizase bajo la inteligente mano del marqués de la Romana, y ántes de que pudiera ser eficaz su reunion al ejército inglés, pasaria tiempo, más que suficiente, para vencer á los españoles que operaban en el Ebro y penetrar en Madrid. Entónces, quien debia tomar todo género de precauciones y operar con la mayor cautela, era ese mismo John Moore, para no verse á su vez flanqueado ó envuelto. A fin de no preocuparse de su aproximacion,

(1) «Estará allí, decia Napoleon á Berthier el 20 de Noviembre, en un país excelente, á dos buenas jornadas de Reinosa, pudiendo amenazar á Leon y Toro, dirigirse á Valladolid y cubrir á Búrgos.»

se dejaban en Palencia y Carrion los cuerpos de ejército de los mariscales Soult y Lefebvre, los que despues servirian de cebo que atrajese al general británico á aquella comarca, abismo, en que se convertiria, de su perdicion y ruina.

El Emperador quedaba, pues, tranquilo respecto á su flanco derecho y camino de Valladolid, para dedicarse libremente á la destruccion de sus enemigos en el lado opuesto y marchar sin peligro ni embarazo alguno á Madrid, su más importante objetivo.

Plan de Napoleon contra los ejércitos del Centro y Reserva.

El golpe que se proponia descargar sobre los ejércitos españoles del Centro y de Reserva, no seria ménos rudo que el ya asestado al de la Izquierda. Aquellos tenian á su frente y sobre su flanco izquierdo, el cuerpo de ejército de Moncey, repartido aún por divisiones en el anchuroso espacio que media entre el Aragon y el Ebro, y en la estrecha cinta que recorre el camino de Logroño á Calahorra por la márgen derecha del segundo y más importante de aquellos dos rios. La division Lagranje, la antigua de Bisson del cuerpo de Ney, á la que se le habia devuelto la artillería y agregado la caballería ligera del general Colbert, se encontraba reunida en Logroño. Con esta fuerza y la que ya hemos señalado como puesta á las órdenes del mariscal Moncey, se reunirian al frente de los generales Castaños y Palafóx más de 30.000 hombres de todas armas, con la apariencia, tan sólo por el pronto, de observar y resistir las operaciones que los españoles intentasen en el calor todavía de sus tan acariciados planes, con el objeto real, empero, de caer como un alud sobre ellos en dia determinado y oportuno. Porque Napoleon queria que, al ser

batidos los héroes de Bailén y Zaragoza, llevaran, con deshonra de su vencimiento, la de la más completa dispersion, tambien, de sus tropas, ya que, como dice su panegirista el Sr. Thiers, no era fácil apoderarse de un cuerpo entero de ejército en España, donde los soldados conseguian siempre salvarse abandonando el núcleo de sus regimientos.

Para conseguirlo, dispuso que el mariscal Ney emprendiese la marcha á Lerma y Aranda de Duero con la pausa necesaria para que no se creyera que llevaba otra mision que la de dirigirse rectamente á Somosierra y Madrid. Una vez en Aranda, cambiaria de rumbo, tomando el de San Estéban de Gormaz y Almazan, por el que, y observando atentamente la carretera de Zaragoza á Madrid, podria cortar la retirada á Castaños cuando, batido en el Ebro, la emprendiera hácia las regiones centrales de la Península. Ya en la divisoria ibérica y en acecho de los españoles que habrian de buscar por ella un paso, siempre de los más próximos á la posicion central y elevada que él habia elegido para Ney, Napoleon haria avanzar resueltamente á Moncey, á fin de que diese hácia Tudela una accion decisiva cual demandaban las circunstancias de aquella campaña. Temeroso, además, de que Moncey no mostrara en ocasion tan solemne toda la energía necesaria, encomendó la direccion de las tropas que iban á operar en el Ebro al mariscal Lannes, apénas curado de una caida del caballo que habia puesto su vida en inminente peligro. Y despues de enviar sus instrucciones á Soult y Lefebvre, situados, como ya hemos dicho, con un gran golpe de caballería en el valle del Carrion; despues de

dirigir reconocimientos sobre el camino de Logroño por Montes de Oca y Santo Domingo; de encomendar á su hermano la administracion de las provincias ya ocupadas por el intermedio de intendentes y corregidores tan severos como entendidos, y de activar la marcha de cuantos cuerpos quedaban todavía á retaguardia ó permanecian en Búrgos, el Emperador salia el 22 para Aranda, anhelante por atropellar la distancia y los obstáculos que le separaban de Madrid.

Cuando llegó á Aranda, ya supo que el mariscal Ney habia entrado el 22 en Sória tras de insignificante resistencia; que inmediatamente se habia dirigido á Sigüenza, por un lado, para interceptar el camino de Zaragoza, y á Ágreda, por el otro, en observacion del de Pamplona á Sória, con lo que se persuadió de que se habian comprendido perfectamente sus instrucciones y que era infalible la desgracia completa y ejecutiva de los españoles de Palafóx y Castaños.

El mariscal Lannes, entre tanto, habia corrido á Logroño y puéstose á la cabeza de la division Lagrange. Con ella y la caballería lijera de Colbert y los dragones de Dijeon, emprendió en seguida su movimiento Ebro abajo para reunirse primero con Moncey, cuyas divisiones le esperaban en Lodosa y sus cercanías, y seguir luégo á Calahorra donde con efecto entraba el 22 por la tarde.

Situacion de Castaños.

En el campo de los españoles reinaban la discordia y cuantas malas pasiones han sido siempre la causa inicial de la ruina de los ejércitos. Cuando Castaños, por los avisos que le dirigia el obispo del Búrgo de Osma, tuvo conocimiento de la direccion

que tomaba el cuerpo de Ney, cuyo mando se atribuia á Dessolles suponiendo en Logroño al Mariscal. hizo retirar de Calahorra toda la izquierda de su línea de batalla, preparada, segun ya hemos visto, al movimiento ofensivo con que aún soñaban los generales españoles. Las glorias de Zaragoza eran tan brillantes como las de Bailén; importaba Aragon cuanto pudieran importar Andalucía y las provincias del interior más distantes del teatro de la guerra, y por jactancia ó por espíritu de ejército, los jefes del de Reserva se creian independientes de la autoridad del general en jefe del del Centro que no se les habia hecho todavía reconocer por la Junta Central. Lo que habia sucedido el 14 de Noviembre, al intentar el ataque de la izquierda francesa en Peralta y Lodosa, pasaba en toda operacion á que hubiesen de concurrir fuerzas de ambos ejércitos; y en esa imposibilidad de accion y en esa lucha perniciosísima, se mantuvieron, como los generales, los subalternos y soldados hasta el dia de la catástrofe que, en tales condiciones, no dejaria de ser comun á todos.

Para establecer Castaños su nueva línea en la del Quéiles desde las faldas del Moncayo al Ebro, necesitaba, por la grande extension que se veria obligado á darla, el apoyo inmediato del ejército de Reserva. Aquella línea le ofrecia, además de la importantísima ventaja de evitar el flanqueo de que se sentia amenazado desde Sória y Ágreda por el cuerpo del mariscal Ney, la no menor de una comunicacion sólida con las tropas aragonesas que operaban en la izquierda del Ebro, comunicacion difícil de no retirarse más que á la línea del Alhama.

Pero necesitaba la ocupacion de Tudela en condiciones militares, las mejores posibles, si habia de mostrarse verdaderamente fuerte, ya que no invulnerable, en sus nuevas posiciones, y, firmada tambien por el representante Palafóx, expidió la órden para que el general O'Neille repasara el Ebro y se estableciese en aquella poblacion y su puente. Esta órden se daba en unos términos, con tales miramientos y tantas explicaciones, que bien á las claras revela lo que despues procuraba Castaños demostrar en su manifiesto sobre aquellos sucesos: «quán tra»bajoso y árduo era conciliar los pareceres y deter»minarse acordes á la ejecucion de movimientos en»tre los dos exércitos.» Por si quedara todavía alguna duda, la contestacion del general O'Neille la disiparia por completo.

He aquí la órden y la respuesta que importan mucho para apreciar aquella campaña tan variadamente juzgada.

Dicen así: «Excmo. Sr.: Los momentos son pre»ciosos, tanto que en aprovecharlos consiste la con»servacion de este exército. La division del general »Desolles, compuesta de doce mil hombres, los qua»tro mil de Caballería ha penetrado por el Burgo de »Osma; su primera division de seis mil hombres se »halla hoy en Almazán; las tropas de Ney en Logro»ño y las de Moncey dentro de Lodosa, han indicado »por los movimientos de ayer, que vienen á atacar »esta posicion que será envuelta por los de Alma»zán.—Es, pues, urgentísimo que esas tropas todas »se pongan en marcha inmediatamente que llegue »esta órden, y pasen á Tudela que será la derecha de

»nuestra línea, que vamos á establecer sobre Cas-
»cante y Tarazona hasta las faldas del Moncayo.—
»V. E. conocerá quán preciso es este movimiento y
»no se detendrá en discurrir sino que dispondrá su
»marcha sin perder un momento. Doy en consecuen-
»cia las órdenes para la marcha de mi exército y en
»esto no habrá falencia, pues estamos en el caso de
»recibir al enemigo y batirlo para salvar este exérci-
»to; lo qual, conseguido, es del mayor interés para
»España, y para que varien totalmente los planes del
»enemigo. Dios guarde á V. E. muchos años. Quar-
»tel general de Cintruénigo, á las doce del dia de
»hoy 21 de Noviembre de 1808.—M. Francisco Pala-
»fóx y Melci.—Xavier de Castaños.—Excmo. Señor
»D. Juan de O'Neille.»

Contestacion.

«Excmos. Señores: Ahora, que son las cinco de la
»tarde, recibo el oficio de VV. EE. en que me mani-
»fiestan el estado de ese exército y que no hay mo-
»mentos que perder para salvarlo por las posiciones
»que ocupan los enemigos sobre Logroño y Almazán:
»las noticias que recibimos hoy de las Provincias ase-
»guran su mal estado; el Capitan general de Aragon,
»mi jefe natural, me dice se conserve esta posicion
»para obrar por aquí ofensivamente; que no varíe
»nada, pero auxilie. En tan críticas circunstancias,
»mi resolucion parece debia ser dudosa; no obstante
»doy la órden á todo el exército para que esté pronto
»á marchar inclusos los que están en Villafranca, y
»aprovechándome de la imposibilidad de emprender

»la marcha de más de veinte mil hombres en una »noche oscura, sin preparativo ninguno, despacho »un extraordinario ganando horas al Excmo. Señor »Capitan general de Aragon, deseando que convenidos ámbos me digan quáles son las órdenes que »debo observar siempre que éstas no sean acordes.—»Dios guarde á VV. EE. muchos años.—Caparroso »21 de Noviembre de 1808.—Excmos. Sres. Juan »O'Neille.—Excmos. Sres. D. Francisco Palafóx y »Melci, y D. Francisco Xavier Castaños.»

Sus nuevas posiciones.

El ejército del Centro ocupó las posiciones de Tarazona, que fueron confiadas al genaral Grimarest, y las de Cascante que se encargó de cubrir Lapeña (1). La vanguardia que mandaba el conde de Cartaojal, fué enviada en direccion de Ágreda para observar á Ney, cuyo arribo sobre nuestro flanco izquierdo se tenia por muy próximo. El cuartel general se estableció en Ablitas, media legua á retaguardia de Cascante y en el promedio, por consiguiente,

(1) En un papel suelto, sin firma ni fecha, que se conserva entre los del Duque de Zaragoza, se vé que al retirarse los españoles á la línea del Quéiles, iban ya hostilizados por los franceses. Con la noticia que llevó un trompeta, de que se aproximaban los enemigos, «formamos, dice, y nos avanzamos todas las guerrillas de los cuer»pos al mando de un teniente coronel americano, hombre muy »bizarro. Los cuerpos, en sus posiciones, trataban de atrincherarse »y trabajaron al efecto; pero los enemigos no hicieron otra cosa que »pequeños movimientos con el objeto de reconocer; pero áun eso »mismo no lo verificaron, porque las guerrillas disputábamos el ter»reno á palmos, y así nos cogió la noche. A las ocho de ella, mandó »el General sacar todas las provisiones, y se anunció la retirada, »que se verificó á las diez. Continuamos marchando, y en la noche »no hubo novedad. En el dia, tuvimos los Cuerpos de vanguardia »que volver cara dos veces, pero los enemigos no se obstinaron en «seguirnos y llegamos á Tarazona sin incomodidad. Allí se juntaron »las divisiones, ménos la reserva que mandaba el General Peña, »que quedó en Cascante.»

de la línea general que abrazaba una distancia de cuatro leguas entre Tarazona y Tudela.

Esta enorme extension que en distintas condiciones supondria un gravísimo error, era, en aquellas, forzada, de absoluta é imprescindible necesidad. Desde el momento en que no se apoyara la izquierda de la línea en las faldas del Moncayo, el mayor peligro que se ofrecia para todas las posiciones que la constituian, era el de un flanqueo que el talento y la experiencia de los generales enemigos no dejarian de aprovechar. Y ese peligro se presentaba como más inmediato y se hacia más trasparente, sabiendo que Ágreda iba á ser ocupado de un instante á otro por los franceses, si no lo habia sido ya, y que lanzada una fuerza de 12.000 hombres desde las alturas donde nace y aumenta su caudal el Quéiles, el ejército español tendria que retirarse flanqueado desde las faldas del Moncayo, con el Ebro y el Canal por el ala opuesta y oprimido en su única línea de operaciones por la energía y la actividad del cuerpo principal de los enemigos.

Entre los inconvenientes de aquella línea, era, pues, el menor el de la diseminacion que habria de imponerse á las fuerzas que la cubrieran, ó el de la delgadez de las líneas en que esas mismas fuerzas hubieran de formar. Con mayor vigilancia que la que se ejerció, con haberse hábilmente fortificado en la extrema derecha, ya de por sí robusta hallándose establecida en una poblacion importante y á la orilla de un rio caudaloso, y con la facilidad que ofrecia para una concentracion rápida en los momentos del fuego, la posicion hubiera pasado por inmejorable y

los resultados de su eleccion fueran muy otros de los obtenidos al dia siguiente. (1)

Pero cuando O'Neille, recibida autorizacion para atemperarse á las órdenes de Castaños, se presentó el 22 á la vista de Tudela, resistiéndose á creer en la inminencia del peligro con que ya amenazaban los franceses, no hubo medio de obligarle á salvar el puente, negándose á alojar las tropas en la ciudad ó á establecerlas en las posiciones de la derecha del Ebro á hora tan avanzada de la tarde. No bastaron á apartar á O'Neille de su resolucion, las reflexiones más prudentes, las órdenes ni la insistencia con que redoblaba unas y otras el general Castaños.

Consejo de Tudela.

Hubo éste de persuadirse una vez más de la ineficacia de sus gestiones como de su impotencia en aquella irremediable pluralidad de mandos, y acudió á un consejo último de guerra en que vió, del mismo modo, defraudadas todas sus esperanzas de imponer órden y concierto en las tan descosidas operaciones de aquellos ejércitos. Conferenciaron, en efecto, con él, Palafóx que desde Zaragoza habia dias ántes acudido al llamamiento del peligro, su hermano el representante del Gobierno, el general Coupigni que, ya dijimos, habia llegado al ejército con éste último y Montijo, y el coronel inglés, por fin, Sir Tomas Graham, comisionado, sin duda, para seguir y observar los movimientos de la guerra en aquel teatro.

(1) Castaños dice en su manifiesto: «Unicamente me preguntó »O'Neille si su izquierda estaba cubierta, y le respondí que en Cas»cante estaba la quarta division de ocho mil hombres que manda»ba el General Lapeña; repuso entónces, que él conocia ya aquel »terreno, pues habia estado anteriormente y teniendo la izquierda »guardada, no necesitaba más.»

Los pareceres se hallaron en el consejo tan divididos como lo habian estado en los anteriores y en cuantas ocasiones hubieron de presentarse para acordar algo en la campaña. Los Palafóx instaban por la defensa de Aragon, de la que hacian depender la suerte de toda la Península, defensa que creian, á la vez, practicable en la izquierda del Ebro, operando, al parecer, ofensivamente.

Castaños y Coupigni, áun cuando no muy amigos por entónces, opinaban que era necesario maniobrar en direcciones por donde se pudiera atender á la defensa de todo el reino y, especialmente, de las provincias del interior y de las marítimas de que, despues de todo, habrian de sacarse las fuerzas y los recursos necesarios en una lucha que presentaba todos los caracteres de larga y obstinada.

Esa misma opinion habia revelado en conferencias anteriores el Conde del Montijo, ausente en aquella, con lo que Castaños creyó no deber deferir á la de los Palafóx que, al terminar el consejo, propusieron se hiciera manifiesta la de todos por escrito. Pero sucedió lo peor que puede acontecer en tales ocasiones, que no se resolvió nada; y cuando, al separarse los generales, trataba cada uno de dirigirse á su puesto, los franceses atacaban ya las puertas ó entradas de Tudela.

Los hombres que, al estallar el movimiento nacional, se habian inspirado en un mismo sentimiento, levantado y patriótico, que les dictara igual determinacion y soluciones muy parecidas, abrieron su pecho á los celos que habria necesariamente de engendrar tanto y tan lozano laurel como ambos aca-

baban de recojer, concluyendo por negárselos uno á otro de la manera más injustificada y cruel. Aquellos dos héroes que la historia recuerda con la mayor veneracion y el más exaltado entusiasmo, como dos modelos de patriotismo, de valor, de talento y abnegacion, llegaron á dirigirse los epítetos más denigrantes, no concediéndose uno á otro, ni concediéndoles sus respectivos partidarios, ninguna de las brillantes cualidades que indudablemente atesoraban.

Batalla de Tudela. Descripcion del campo.

El distinguido Brigadier D. Alejandro Planell, al levantar el plano de la batalla de Tudela, publicó en el periódico «La Asamblea del Ejército y la Armada,» una relacion, igual, sin duda, á la presentada al Estado Mayor en cumplimiento de una prescripcion reglamentaria que así lo previene á los Oficiales del Cuerpo. En ella se hace una ligera descripcion del campo en que tuvo lugar aquel triste combate, la suficiente para hacer perfectamente inteligibles el plano y el suceso; y vamos á copiarla aquí con idéntico objeto.

Dice así: «Asienta la ciudad sobre la orilla derecha del Ebro, quedando enlazada con la opuesta por »un puente de más de cuatrocientas varas de longitud. Rio arriba, por el lado de Alfaro, se eleva una »gran meseta, cuyo llano, estrecho y prolongado, se »extiende luego formando martillo hácia la Izquierda. Interrúmpenlo frecuentes quiebras y fuertes escarpados del lado del Ebro; declivios y vertientes »ménos pronunciados lo terminan hácia el interior »del terreno que circunscriben, perdiéndose en suaves colinas hácia el llano que queda en el centro, á »la orilla izquierda del menguado Quéiles. Confluye

»este rio con el Ebro en el mismo Tudela, y perpen-»dicularmente, sirviendo de direccion á nuestra lí-»nea, determinada por esta ciudad y la de Cascante, »hácia cuyo punto forman su orilla derecha una série »de pequeñas alturas, que, como las anteriores, ar-»rancan de las últimas casas de la primera de dichas »poblaciones, y terminan en la vega, á una hora es-»casa de distancia. El llano que se extiende al frente, »entre éstas y las otras eminencias, se halla cubier-»to en la mayor parte de olivares y cortado por infi-»nidad de acéquias y partidores de riego, lo mismo »que el que queda á la espalda de la parte de Zara-»goza. En este campo, y sobre la línea indicada, íba-»mos á recibir á los enemigos, pues no será en vano »recordar que nuestro ejército ocupaba á Tudela, Cas-»cante y Tarazona, y era nuestra derecha la ame-»nazada.» (1)

Posiciones de los españoles

Si el ejército de Reserva hubiera pasado el Ebro la tarde del 22, la altura de Santa Bárbara que cubre en la extrema derecha á Tudela, esta misma poblacion y los accidentes próximos del terreno habrian podido ponerse en estado de defensa, constituyendo como un gran baluarte en aquella ala. Las alturas á que se refiere el brigadier Planell y que el plano da á conocer con los nombres de Santa Quiteria, Cabezo Malla y San Juan de Calchetas, por su elevacion respectiva y por su distancia entre sí, van de derecha á izquierda formando una línea que, guarnecida con fuerza suficiente, hubiera hecho más eficaz y hasta feliz la resistencia que los franceses experimentaron,

(1) Véase el plano en el Atlas del Depósito de la Guerra

muy á costa suya, en ella. Cascante, por fin, y, algo más avanzados y próximos, Urzante y Murchante, eran puntos de donde, concentradas las tropas del ejercito del Centro, podian castigar la temeridad de los enemigos al acometer directamente la izquierda española, apoyada en último término en Tarazona y las faldas del Moncayo para no ser flanqueada ni envuelta.

Pero cuando las tropas del ejército de Reserva pasaron á la derecha del Ebro, los franceses se hallaban ya próximos, y era, de consiguiente, muy difícil, si no imposible, su establecimiento reposado y sólido en las posiciones á cuya defensa habian sido llamadas. Esfuerzos grandes, y muy trabajosos y sangrientos, habria de costarles su entrada en la línea; esfuerzos que, si bien constituyen un timbre de gloria para soldados y generales, no podian ser lo útiles y permanentes que se necesitaban para alcanzar la victoria.

La division Roca hubo apresuradamente de situarse en la altura de Santa Bárbara cerrando la extrema derecha sobre el Ebro y la parte oriental de Tudela, próxima al puente. Por la occidental, que cae al llano, se ligaba con la division Saint March que ocupó las cumbres de Santa Quiteria, cubierta con el Quéiles que, áun escaso de agua, podia por su direccion y los accidentes de sus riberas utilizarse para la defensa, de haber acudido á ella con tiempo é inteligencia. A Cabezo Malla fué dirigida la izquierda del ejército de Reserva que hubo de desplegar todo el valor y toda la energía que luego veremos para obtener la ocupacion de aquel cerro tan interesante.

La considerable distancia que tenia que reccorrer desde los arrabales de Tudela y el camino de Zaragoza,donde formó en un principio la division O'Neille, destinada á Cabezo Malla, y el apresuramiento y desórden naturales cuando asomaban los franceses á las calles y se oia su fuego por varias partes, habian necesariamente de influir para que aquella ocupacion no fuese tampoco lo sólida que las circunstancias requerian.

De Cabezo Malla á las casas de Urzante, donde se descubrian las primeras tropas del ejército del Centro, hay mucho más de media legua; y el alto de San Juan de Colchetas y el pueblo de Murchante, por donde podian ligarse los dos ejércitos, no estaban ocupados.

No cabia error más trascendental en una línea de batalla; error que aumenta por la naturaleza del terreno que cubre tan considerable distancia, y la direccion oblícua que allí sigue el Quéiles, y seguia, por tanto, la línea que, una vez cortada, ponia á los enemigos sobre el flanco y la retaguardia de todo el ejército aragonés. ¿Quién cometió ese error? Creemos que todos.

Castaños tenia que atender á su izquierda que daba por amenazada desde Agreda por Ney ó Dessolles, y áun por el mismo Lannes, cuya actividad y pericia en las grandes maniobras no podian serle desconocidas. Y como así debia ser muy extensa la línea, cerraba la derecha del ejército del centro en Cascante con la division Lapeña, sin más que adelantar alguno de los cuerpos que la componian á Urzante. La vanguardia á las órdenes del conde de

Cartaojal, al retirarse como las demás, debia observar, segun ya dijimos, de cerca las avenidas de Agreda para contener á los franceses que intentaban la operacion envolvente, al mismo tiempo que contener la derecha de Lannes que habia estado á punto de apoderarse de nuestra artillería, y amenazaba de todas maneras la extrema izquierda de la línea española. Para apoyar á Cartaojal estaba la division Grimarest en Tarazona; pero la considerable distancia que ya hemos indicado de esta ciudad á Cascante y Tudela, hacia que si su situacion, cual tambien hemos dicho, era acertada como preliminar extratégico, seria débil por su extension, desde el momento en que se rompiese el fuego para una batalla con las fuerzas con que iba á darse aquella.

Esto lo comprendia perfectamente Castaños, y así lo revelan las repetidas órdenes que expidió para que Lapeña se acercase á O'Neille cerrando el intervalo inmenso que hemos hecho notar. Si eso no pudo ejecutarse, á otras causas veremos que se debe; pero de todos modos el error, la imprevision ó la falta de tiempo, quedaron de manifiesto para los que hasta mucho más tarde no pudieron darse cuenta de las distintas peripecias de aquel combate.

El general Palafox, de su lado, tiene la responsabilidad de no haber obligado la tarde anterior á O'Neille, ya que éste se resistia á recibir órdenes de ningun otro, á pasar el puente con todas sus tropas y hacerlas campar en las posiciones ya elegidas. Que no se observaba la disciplina necesaria en aquellos ejércitos; que estando las opiniones divididas sobre el rumbo que deberia imprimirse á las operaciones,

era dudosa la conveniencia del paso del Ebro; que no se tenian noticias fijas del avance de los enemigos, y en fin, otras razones de menor monta se podrán dar en disculpa de Palafox. Pero siempre resultará que en el ejército de reserva no se daba cumplimiento á las disposiciones del general en jefe, ni áun dictadas tratando de prodigar las mayores consideraciones á los que sólo debian atender á obedecerlas.

De manera, que todos allí tuvieron culpa en la tardía y desacertada situacion de las tropas, con lo que, y habida consideracion á la discordia existente entre los generales, podia darse la batalla por perdida desde el momento en que rompieron el fuego los franceses. No les salió, sin embargo, á éstos el triunfo tan barato como se esmeran en proclamarlo sus boletines y las relaciones de sus historiadores; que áun con tantas contrariedades y en condiciones tan desfavorables, algunos cuerpos españoles hicieron gala en la batalla de Tudela de aquel valor que, á fuerza de mostrarse siempre igual y siempre incansable, llegó á producir la ruina y el descrédito de sus enemigos.

Primeros movimientos de los franceses.

El mariscal Lannes, despues de reconocer detenidamente las posiciones que á su frente debian ocupar los españoles, dirigió la division Maurice-Mathieu, una de la más fuertes y mejor mandadas, contra la derecha en que habia observado comenzaban á aparecer nuestros compatriotas. Su plan consistia en, despues de ganar las alturas de aquel lado, apoyadas, segun ya hemos dicho, en Tudela y el Ebro, operar sobre el centro, para lo que dejó en reserva las divisiones Musnier, Grandjean y Morlot. La ca-

ballería desplegó en el llano para hacer frente á la division española de Lapeña, que podia flanquear al ejército franeés desde Cascante, y dar á la division Lagranje el tiempo suficiente para llegar al campo de batalla.

Pero todo esto que presenta el carácter de un proyecto meditado con el conocimiento de las posiciones españolas y el de las fuerzas preparadas á defenderlas, carece de la verdad absoluta con que lo han querido adornar los cronistas franceses y que los nuestros no se han parado á refutar. Cuando el mariscal Lannes pudo detenerse á hacer el reconocimiento á que acabamos de referirnos, su vanguardia habia sido ejecutivamente rechazada de Tudela y el ejército francés se veia detenido en la marcha que no creeria fuera ya interrumpida cuando sus avanzadas asomaban sin resistencia á las bocacalles de la poblacion. Todas las relaciones españolas de aquella funesta jornada, las de testigos presenciales que se han detenido á recordar la sorpresa y el desórden producidos en las primeras horas de la mañana cuando las tropas de O'Neille pasaban el Ebro para dirigirse á las posiciones que debieron ocupar la tarde anterior, hablan de la confusion que causaron el espectáculo de las descubiertas francesas que ya tocaban á la ciudad y el fuego que en sus entradas se cruzaba ya de una á otra parte, de los enemigos, que se consideraban victoriosos, á los defensores mezclados entre sí y en la más confusa diseminacion.

El general Castaños, en su manifiesto, decia: «Las »tropas de Aragon que desde la madrugada habian »empezado á pasar por el Puente de Tudela, tenian

»obstruidas todas las calles del pueblo, interceptán»dose el paso unos cuerpos á otros, de modo que nos »costó mucho trabajo poder salir á caballo, y las »guerrillas de los franceses llegaban ya hasta las en»tradas del pueblo, tanto que el señor Representan»te del Gobierno, acompañado de sus Ayudantes, »queriendo salir por la calle que le pareció más cor»ta para descubrir al enemigo, se encontró de manos »á boca con una partida de dragones franceses al re»volver la última esquina y tuvo que volver grupa »muy aprisa. Empezaron á formarse algunos bata»llones, y á destacar partidas de guerrilla que hi»cieron retirar poco á poco las del enemigo: varios »cuerpos acudieron á tomar las alturas inmediatas »hácia la parte de Alfaro y otros las de la Izquierda »en direccion á la línea que ocupaba el exército del »Centro.»

D. Lorenzo Calvo de Rozas, en una defensa muy calurosa del general Palafox á la Junta Central en Mayo de 1809, decia tambien: «Hizo retirar (el ge»neral Castaños) la division aragonesa que estaba »en Caparroso y sin haber un Cuerpo avanzado, ni »una sola centinela, empezó la accion dentro de las »mismas calles de Tudela, sorprendiendo los fran»ceses al exército.»

El ya citado D. Fernando Butron escribia á su vez, áun cuando, ya hemos dicho, en 1814: «A las sie»te de la mañana se presentaron los franceses pose»sionados ya de las alturas de Santa Bárbara, de don»de al romper la accion fueron desalojados á la ba»yoneta por una division de Aragon...»

Esos y otros relatos que omitimos por no cansar

la atencion del lector, así demuestran la sorpresa producida por los franceses como la resistencia inmediatamente opuesta por nuestros compatriotas, resistencia que contuvo á aquellos en su marcha arrebatada. Prueban al mismo tiempo, y es lo que principalmente nos proponiamos, que el reconocimiento ejecutado por el mariscal Lannes y las órdenes dictadas para el combate, son en algo posteriores y revelan, de consiguiente, que el plan que se le atribuye para el despliegue de las fuerzas francesas no es el meditado de antemano que nos pintan los historiadores franceses para dar al combate de Tudela todo el aspecto de una de las más grandiosas batallas.

En el exámen y estudio de los antecedentes que existen sobre aquella accion, puede observarse que pasó una hora, la de entre las ocho y las nueve de la mañana, en que sucedieron la sorpresa y la reaccion de los españoles en Tudela, el avance y la retirada de la vanguardia francesa; todo lo cual arrebata á Lannes el mérito de una batalla prevista para darle el, por lo inesperado, más sublime quizás en un general, el de un gran encuentro.

Combate en la derecha española.

A favor de aquella reaccion, tan meritoria en los aragoneses, y en tanto que el mariscal Lannes reconocia el terreno, las divisiones del ejército de Reserva se dirigieron apresuradamente á ocupar las posiciones que se les tenia señaladas. La del general Roca se estableció en Santa Bárbara, destacando á su frente los batallones llamados de Caro y Pino-hermoso que formaron en la falda del cerro para observar las avenidas de Tudela por aquella parte y repeler el

ataque, ya próximo, de la division francesa de Maurice-Mathieu que descubrian en la meseta opuesta.

No tardó, con efecto, en verificarse el choque; pues que el general francés lo acometió, algo despues de las nueve de la mañana, con el 14.° de línea y el 2.° del Vístula precedidos de un batallon de tiradores. Si rudo fué el ataque, como de tal general y de tropas tan numerosas, no ménos tenaz y honrosa fué la resistencia que opusieron los dos batallones valencianos; retirándose despues de cerca de una hora de lucha al abrigo de su division en lo alto de Santa Bárbara. Los imperiales, al perseguir á los nuestros, fueron recibidos con un fuego sumamente eficaz de dos piezas de campaña y el muy nutrido de los batallones que las sostenian allí y las apoyaban.

Es el cerro empinado y áspero, y los valencianos, en cuyo auxilio habia enviado Castaños algunos cuerpos aragoneses, lo sostenian con el valor que siempre inspira un acto feliz, como el de la reaccion que acababan de operar. De modo, que á más de la hora que habian tardado los franceses de Mathien en vencer á los batallones de Caro y Pinohermoso, hubieron aún de entretenerse largo rato en obligar á nuestros compatriotas á un movimiento retrógrado, que desgraciadamente decidiria de la jornada (1).

---

(1) El mismo Thiers, confiesa que los aragoneses, de quienes dice que son los más bravos y entusiastas de España, «despues de »haberse servido perfectamente de su artillería contra los france»ses, les disputaron una altura trás otra y les mataron un gran nú»mero de hombres,» aún cuando, por fin, se vieron obligados despues de un combate de dos horas á retroceder (á rétrograder vers Tudela.).

Porque miéntras se mantenia así, y como indecisa aún la lucha en la derecha española, con grande extrago para los franceses que necesitaban subir el cerro á pecho descubierto, se peleaba con encarnecimiento mayor aún y con vaivenes, tambien diversos, en el centro de la línea general de batalla. Combate en el centro.

Contra él dirigió el mariscal Lannes la division Morlot, apoyada inmediatamente por la de Grandjean. Como el general Lapeña, que tenia órden de correrse hácia Tudela, veia á su frente la gran masa de la caballería francesa dispuesta á cargarle en su marcha, necesariamente de flanco, no pudo acudir á la defensa de la posicion, sin ocupar todavía, de Cabezo Malla. La division Morlot no halló, de consiguiente, resistencia alguna en su primer avance, y hasta se posesionó de Cabezo Malla, cuando apenas coronaba la division Saint-March la altura de Santa Quiteria. Ataque de Cabezo Malla.

Pero observa Castaños aquel movimiento que, además de cortar la línea general de batalla, compromete grandemente las posiciones de la derecha y el único camino por dónde puede retirarse el ejército de reserva, y envia la division O'Neille á contrarestarlo, hasta arrojar á los de Morlot de la altura que tan fácilmente acababan de conquistar. Y así fué. Los batallones de O'Neille, en marcha todavía por los arrabales de Tudela y el camino de Zaragoza, variaron á la derecha y en escalones, con los Guardias españoles en cabeza, acometieron valientemente la subida á Cabezo Malla, tratando de envolver por su derecha á los franceses que se habian detenido en lo alto como para asegurarse en aquella exce- Recobran los españoles el alto.

lente posicion. El ataque de los Guardias fué tan enérgico y los batallones de Castilla y Segorbe de la division Saint March acudieron desde Santa Quiteria tan oportunamente sobre la izquierda de los franceses de Morlot, que éstos, abandonando la defensa de Cabezo Malla, y oprimidos por sus dos flancos, corrieron presurosos á acogerse al olivar de Cardete que tenian á su espalda, y del que habian salido momentos ántes.

Era más de medio dia cuando tenia lugar aquel choque verdaderamente glorioso para las tropas españolas áun efectuado en condiciones tan desfavorables. De acudir las tropas de la izquierda á cerrar el inmenso claro que todavía quedaba entre sus posiciones y las del centro y derecha de la línea, podria, ya que no vencer, vista la superioridad incontestable del ejército francés, sostenerse el español por lo ménos hasta efectuar una retirada que lo mantuviera unido y dispuesto á continuar la campaña. Las órdenes de Castaños, á cada momento repetidas, no eran, sin embargo, ejecutadas, ya porque Lapeña no lograba desenredarse de la caballería francesa, que persistia en sus amenazas, ya porque si no seguia Grimarest su movimiento ocupando los puestos que él dejaba, se crearia por su izquierda nuevos y quizás más graves compromisos para su accion y para su retirada, si, al cabo tuviese que emprenderla.

El mariscal Lannes que habia descendido al llano, atento siempre á facilitar el ataque de su izquierda donde las condiciones del terreno y la ciudad habian precisamente de oponer obstáculos sérios á la marcha del general Mathieu, insistió en el ataque

del centro, dirigiendo á él de nuevo la division Morlot y esforzando la accion de las de Musnier y Lagranje para mantener á Lapeña como clavado en Cascante y sus inmediaciones. La ocupacion de San Juan de Calchetas y la amenaza, pero muy de cerca, á Urzante, fueron la consecuencia de aquella nueva órden del Mariscal, la cual ponia al ejército aragonés en la posicion misma de que acababa de librarse por los esfuerzos combinados de O'Neille y Saint March.

Castaños se dirige á su izquierda.

En este momento, creyendo el general Castaños libre la comunicacion entre los diferentes cuerpos de la línea, aunque temeroso de verla cortada al menor asomo de flaqueza en cualquiera de los diferentes que la constituian, emprendió con el Representante del Gobierno, el Estado mayor y sus ayudantes, la marcha á Cascante, donde esperaba orillar las dificultades que pudieran oponerse á la accion de Lapeña, tal cual la habia él dispuesto, sobre el flanco de los franceses. Y decimos en ese momento, entre dos y tres de la tarde, porque al poco tiempo de haber emprendido la marcha y cuando aún se creia á la altura de las tropas de O'Neille que calculaba sobre una eminencia que descubria á su derecha, se encontró acometido por un grupo de jinetes franceses destacados de ella. Tuvo, pues, que ocultarse en olivares próximos donde le alcanzó un ayudante de campo que habia mandado al general Roca con el aviso de su marcha á Cascante, y que le notició el vencimiento de las tropas de Santa Bárbara, y su fuga desordenada por los caminos de Zaragoza que Castaños iba dejando á su espalda. Con aquella infausta noticia fueron llegando al olivar en que se hallaba

refugiado, muchos de los dispersos que él procuró reunir inútilmente, pues queriendo utilizar los de caballería contra los franceses que le acosaban, los vió huir como á cuantos se le habian en el ínterin unido, fatigados, sin armamento la mayor parte, y todos en el estado más miserable en cuanto á espíritu y moral.

Pérdida de Santa Bárbara.

La division Roca, establecida en Santa Bárbara, llena de ardimiento y orgullosa de las ventajas recientemente adquiridas, no habia previsto ningun otro ataque, por parte de los franceses, que el de frente que les hacia comprar tan caro. Pero, por lo mismo, el general Mathieu, detenido tantas horas al pié y en la falda de aquella altura que nunca llegaba á coronar, habia buscado nuevos caminos por donde envolverla para obligar á los españoles á abandonarla. Y encontró uno, completamente inobservado por los obtáculos, sin duda, que habrian de encontrarse para recorrerlo. Hállase abierto entre los escarpes, bastante ásperos, de la montaña que los españoles defendian y el llamado caz del Molino, una derivacion del Ebro que, arrancando unos dos kilómetros agua arriba, vuelve á él junto al puente y tocando ya á las casas de Tudela. Los soldados de Mathieu se habian deslizado por aquel angosto y peligroso camino, descuidado y sin defensa por los de Roca, quienes, al observar la extratajema sin poderla ya impedir, apelaron á la fuga en el desórden y con la algazara con que se emprende siempre en tales circunstancias.

Y de Tudela.

Trás de ellos habian cruzado los franceses las calles de Tudela; y, apoderados de la ciudad, habian

proseguido el avance por los arrabales sin dar punto de respiro á los fugitivos. Y no sólo cuantos defendian la posicion de Santa Bárbara y los que aún se hallaban en la ciudad, sino que los batallones, además, que debian apoyar á los en fuego como reserva del ejército aragones, emprendieron la fuga, arrastrando en pós de sí, sus jefes y oficiales con el material y bagajes que podian llevarse consigo.

Retirada de Palafox y de sus tropas.

No se encontraba ya allí Palafox para, como en la jornada de Alagon, fervorizar la resistencia. Con el disgusto profundísimo de ver fracasados sus planes de envolver y exterminar el ejército enemigo, y con la amargura, que no le dejó en mucho tiempo, de haber impuesto á su amor propio el sacrificio de subordinar sus actos á los de otro general no más meritorio que él en su concepto, habia con Doyle abandonado el campo de batalla desde el principio de la accion, consecuente siempre con la idea, inquebrantable en él, de que era en Zaragoza donde se lograria, desde entónces, escarmentar á los franceses, invencibles ya en campo abierto por los extraordinarios medios que habian reunido.

Antes de retirarse, O'Neille y Saint March hicieron prodigios de valor, más que para resistir los ataques repetidos del enemigo, para neutralizar la influencia que necesariamente habia de ejercer sobre sus soldados el espectáculo de la total dispersion en que observaban desde sus posiciones á los batallones de Roca. El temor á verse cortados si insistian en rechazar las cargas de que se les hacia objetivo, cuando tenian sobre su flanco izquierdo los franceses de San Juan de Calchetas y, sobre el derecho, los ven-

cedores de Santa Bárbara y una gran masa de caballería que logró introducirse entre las dos posiciones de Santa Quiteria y Cabezo Malla, obligó á los dos generales españoles, á abandonarlas. Rechazando, sin embargo, á los franceses que más de cerca los hostigaban con el batallon de Valencia y la caballería de Numancia á cuyo frente iba el general Saint-March, lograron bajar al llano, donde al poco tiempo perdieron el continente que hasta allí habian conservado; manteniéndolo, tan sólo, los voluntarios de Alicante que siguieron sin romperse hasta el anochecer con su coronel D. Antonio Camps, á la cabeza.

Ahora por un camino y despues por otro ocultándose unas veces en los olivares y otras en los pliegues del terreno, pero siempre seguido de los grupos de jinetes franceses que se habian esparcido por el llano en persecucion de los dispersos, Castaños logró, ya de noche, llegar á Borja donde se le incorporaron inmediatemente los generales O'Neille, Roca y Caro.

¿Qué habia sido, entre tanto, de las divisiones que regían Lapeña, Villariezo y Cartaojal?

Combate en la izquierda.

Lapeña, segun ya hemos dicho, se encontró por la mañana con la caballería francesa á su frente y sin órdenes todavía para maniobrar en combinacion con el ejército de Reserva de su derecha. Rechazó con facilidad á una descubierta enemiga que apareció al frente de sus posiciones é hizo avanzar á Urzante dos batallones y un destacamento de Granaderos provinciales, así para ligar su division con las restantes de la línea, como para que le sirviesen de

vanguardia en la marcha de flanco que iba á emprender desde que recibió las instrucciones de su general en jefe. Pero le preocupaba la presencia de aquella masa de jinetes que no se apartaban de su vista y que, sin duda, creyó más numerosa y sólida de lo que efectivamente era, puesto que no se movió de Cascante, ni abandonó su formacion con la cual cubria la ciudad desde el convento de la Victoria y el alto de la Vírgen del Romero, que protegian la artillería al frente y la caballería en el llano que aquellas posiciones dominan.

Conducta de Lapeña.

Pero no era aquel su puesto; y su parsimonia dejaba completamente abierto el inmenso claro que muy luego aprovecharian los enemigos para cortar la línea. ¿No le decia nada la que, á su vez, usaban ellos, no emprendiendo sino lijeras escaramuzas ó reconocimientos que le detuvieran en un movimiento cuya inminente ejecucion no podria escapárseles, á ellos tan entendidos y expertos? Tenian que aguardar la accion de sus camaradas de Mathieu en el ataque de Santa Bárbara; y, no debiendo acometer por su derecha uno decisivo miéntras sus principales fuerzas pudieran hacerse necesarias en el primero, se satisfacian con tener en jaque la division Lapeña é impedir su incorporacion al resto del ejército español.

Esto no lo comprendió el general Lapeña que, además, no tendria confianza en la solidez de sus tropas para la marcha de flanco que le era preciso ejecutar á la vista de un enemigo tan emprendedor. Así es que eran las tres de la tarde y se habia contentado con rechazar los ataques con que le amagó

la caballería enemiga, sin moverse, empero, de sus posiciones.

Despues de aquella hora parece que intentó emprender la marcha hácia Tudela; pero ya en la derecha francesa se conocian los resultados obtenidos en la Izquierda por la division Mathieu, y la de Lagranje, disponible ya, se dirigia resueltamente á Urzante.

Choque en Urzante.

Lagranje formó sus tropas en escalones bastante unidos, y con el 25.° ligero en él primero cargó con la energía de quien se siente estimulado con la victoria de sus camaradas de la línea de batalla, y el deseo de tomar parte activa y honrosa en aquella pelea que no habia hecho más que presenciar hasta entónces.

La posicion, sin embargo, era fuerte, y sus defensores, cubiertos con el olivar y el caserío, supieron escarmentar á los franceses, á punto de que no lograron ganarla hasta cerca del anochecer, y con pérdidas de alguna consideracion y la baja de su general, herido en un brazo. Los españoles se retiraron tranquilamente, pues los de Lagranje no se atrevieron á perseguirlos campando en el olivar de la Cerrada contiguo á Urzante. De manera que los nuestros pudieron sin más novedad llegar á Cascante para incorporarse allí á su division y á la segunda que, á su vez, entraba en la poblacion á la misma hora.

Habia ésta última recibido la órden de correrse á Cascante á mediodia; pero, quizás, la noticia de la reaccion tan felizmente operada por las tropas de O'Neille y la de la resistencia de los granaderos provinciales, infundiéndola una confianza extremada,

debieron inspirar á sus jefes la fatal idea de contener el movimiento hasta la hora precisamente en que su cooperacion no habia de ofrecer utilidad alguna. La fuerza de Cartaojal que formaba la extrema izquierda en observacion de las avenidas de Agreda, por donde, tantas veces hemos dicho, se esperaba á Ney, habia presenciado desde las alturas de Tarazona aquel espectáculo de Cabezo Malla y de Urzante, y se sorprendió sobremanera al recibir ya de noche la órden de retirada. Si á eso se añade el que, al emprenderla, se voló el repuesto de pólvora establecido en una ermita próxima á su campo, haciendo creer á todos que el estrépito consiguiente procedia de la artillería enemiga que de tan cerca disparaba, y atribuyéndolo no pocos á una traicion, se comprenderá el estado en que, á pesar de lo que despues decia el general Castaños, se apartarian aquellas tropas de Tarazona y sus inmediaciones.

Retirada general.

Como es de suponer, las dos grandes fracciones, ó, por mejor decir, las tropas de los dos ejércitos españoles que combatieron en Tudela, como tan separados en la línea de batalla, divididos por el ataque central de los franceses, y, más todavía, por la discordia y enemistad de sus jefes, tomaron en su retirada direcciones distintas. Los aragoneses y una gran parte de los valencianos y murcianos que formaban á la derecha, como del ejército de reserva, huyeron por los caminos de Zaragoza hasta acogerse en la ciudad heróica donde esperaban ser más útiles que en campo abierto. Los del ejército del Centro, reunidos en Cascante, se dirigieron á Borja, donde ya hemos dicho encontraron á su general en

jefe con Roca y Caro, acompañados de muchos de los suyos. Desde allí continuaron á la Almunia, donde se les incorporó el general Saint March, y á Calatayud, tan flojamente perseguidos por los generales Maurice-Mathieu, Lagranje y Musnier, que el dia 27 aún se hallaba Castaños en la última de aquellas poblaciones.

Allí fué donde recibió la órden, que tanto apremiaba, de 21 de Noviembre, en que se le discernia el mando de las divisiones O'Neille y Saint March del ejército de reserva, disposicion, como tantas otras de aquella campaña, tan tardía como necesaria y urgente (1).

Resultados inmediatos de la batalla.

Para terminar la descripcion de la batalla de Tudela vamos á copiar un párrafo de la que publicó el brigadier Planells, digno de toda fé por su espíritu profundamente investigador y por haber estudia-

---

(1) Dice así: «El Rey N. S. D. Fernando VII, y en su Real nombre la Junta Central Suprema Gubernativa del Reyno ha acordado en este dia que las divisiones de los generales O'Neille y »Saint-March que se hallan en Caparroso y sus inmediaciones, estén por ahora al mando del general del exército del Centro, con el »fin de que formando un exército respetable puedan imponer y batir al enemigo, evitando todo retardo de entorpecimiento y lograr que no avancen más los franceses; cuya vanguardia se halla á dos leguas de Somosierra.—La Junta Suprema, que está bien penetrada del celo y actividad de V. E., y que espera continuará con el mismo grangeándose nuevos títulos del aprecio que merece, me encarga de manifestarlo así, y que luego que los sucesos de este exército reunido lo permitan, volverán las dos divisiones que pertenecen al mando del exército de V. E. á ocupar las posiciones que convengan en ese Reyno.—De órden de S. M., lo traslado á V. E. para su inteligencia y gobierno.—Real Palacio de Aranjuez 21 de Noviembre de 1808.—Antonio Cornél.»

do en los lugares mismos de la accion cuanto en ella pudo acontecer, oculto generalmente á los que escriben de léjos y tienen que atenerse á relaciones interesadas. Hé aquí el párrafo:

«En esta fatal jornada quedó completamente des»hecho el ejército de reserva y menguado el del »Centro en su quinta division, sufriendo luego el »todo las consecuencias de una azarosa retirada. Per»diéronse en total 26 piezas de artillería (1), sus »municiones y multitud de bagajes. Quedaron en los »campos de Tudela sobre 500 cadáveres de ámbas »naciones; los prisioneros depositados en el corral de »Santa Clara ascendian á poco más de 1.000 (2). A »muchos debió luego llegar su número, sin embargo »de que se escapaban fácilmente de manos de los »franceses. En Urzante sólo se hallaron 18 muertos »de ámbos partidos, y 22 heridos en el hospital de »Cascante, dos de ellos franceses, todos procedentes »del combate de dicha ciudad. No fué tan poco sen»sible como ha querido suponerse la pérdida de los »enemigos, puesto que sólo de las dos divisiones que »entraron en accion en Tudela, quedaron más de »500 heridos, los 21 oficiales (3). Esta ciudad y la »de Cascante sufrieron, como otras del tránsito, los »horrores del saqueo (4).»

(1) Véase el diario de operaciones francés.

(2) Del Ayuntamiento de Tudela.—Relacion de los principales sucesos ocurridos en Tudela desde el principio de la guerra de Bonaparte.

(3) Véase el estado núm. 8 (Apéndice núm. 23).

(4) Por más que Thiers se empeñe en aumentar las pérdidas de los españoles haciéndolas llegar á la de 40 piezas de artillería y 3.000 prisioneros, casi todos heridos, número que aumentó los dias siguientes con la persecucion que ejerció la caballería fran-

Observaciones.

La batalla de Tudela constituye el tercero y decisivo período de la segunda campaña de 1808 en su primera y más interesante parte. Nadie, con los antecedentes que hemos presentado, preeveria otro resultado que el fatal de las pasiones mezquinas y los errores tan de bulto que la prepararon. La discordia entre los generales, la rivalidad entre las tropas y la falta de disciplina en todos, no impedidas ni neutralizadas siquiera, por la autoridad suprema de la Junta central, floja y tardía en sus determinaciones, dispusieron, con efecto, aquel campo de batalla, si bien elegido en concepto estratégico y con el pensamiento de una accion sóla y uniforme, imposible de mantener cuando ésta acabara por ceñirse á proporciones tácticas sin otro lazo de union entre sus agentes que el del comun patriotismo.

Los errores, despues, deben contarse por el número de los actos en que se dividió aquel drama triste y de tan funestas consecuencias. La negativa de O'Neille para el paso del Ebro en la tarde del 22; la falta de resoluciones en la junta de aquella noche; el desconocimiento del carácter de los generales franceses tan enérgicos y activos siempre en la ofensiva; lo dilatado de la línea cuando ya sólo se trataba de una batalla; la parsimonia de Lapeña, y la ninguna trabazon de los cuerpos aún en los de un

---

cesa, las verdaderas, segun todas nuestras averiguaciones, son las estampadas por el brigadier Planell.

Schépeler, dice que «los españoles perdieron alguna artillería, »pero pocos muertos y prisioneros; porque, á pesar de cuanto digan »los franceses, las listas de las divisiones valencianas y aragonesas »prueban que el 30 de Noviembre no les faltaban más de 2.000 »hombres, siendo las que más habian sufrido.»

mismo ejército, son errores de los que ni el heroismo puede subsanar. Esos cuerpos, con el azoramiento de la sorpresa, no pudieron batirse en órden. Lo hicieron con brío para recobrar las posiciones que la impre-vision tenia abandonadas, pero empleando de una vez el número y los esfuerzos que el arte y las necesidades de una larga contienda exigen por tiempos y en proporciones diferentes.

Los franceses se vieron, es verdad, rechazados en las puertas de Tudela, en Santa Barbara y en Cabezo Malla; hubo un momento en que parecia asegurada la línea, puesto que se veian de nuevo ocupadas sus más importantes posiciones. Las tropas que las recuperaron, se hallaban, sin embargo, fatigadas de la impresion natural de la sorpresa, del cansancio de la marcha, del tráfago de la pelea y sin reservas, lo que es peor, sin esperanzas de tenerlas ni inmediatas ni lejanas, puesto que sus jefes en el calor de la empresa y con el ánsia de vencer en el primer choque, las habian empleado todas.

Por eso en las relaciones de aquella accion no se puede hablar de movimientos tácticos, ni preparatorios ni definitivos. Exceptuando los ejecutados por O'Neille y Saint March en la toma de Cabezo Malla y en los primeros momentos de la retirada, no se descubren maniobras ningunas; solamente el movimiento expontáneo ó forzado que exige el peligro inminente y gravísimo que llama á un combate sin más mira que el de su éxito inmediato, sin otros ulteriores de resultados generales y fecundos. Y, despues de todo ¿qué otra cosa podian hacer aquellas tropas? Las aragonesas se veian sin su jefe prin-

cipal, sin su ídolo, podriamos decir. Las andaluzas y castellanas no tenian á su lado al suyo, ocupado en la extrema derecha, muy léjos de ellas, ocupado, ya que no podia imponer su autoridad, en zurcir voluntades ya de por sí dispersas y, como de españoles, altaneras é inconciliables.

Esto en cuanto á su estado moral; que para describir el físico en que debian hallarse, nos bastará decir que el coronel D. Fernando Pascual, jefe del primer batallon ligero de Zaragoza, escribia á mediados de Octubre desde Sós, «que los 500 fusiles que le habian dado eran inútiles, y que la tropa no tenia más que calzoncillos y la camisa puesta.»

¡Así iban los españoles á los campos de batalla!

Consideraciones generales sobre la campaña.

Hemos hecho ver repetidamente las faltas gravísimas que se cometieron en aquella fatal campaña. Lo difícil al enumerar esas faltas es la designacion precisa de sus autores. Porque, arrancando de la Central, las determinaciones de cuyas Junta militar y Seccion de guerra no pocas veces perturbaron las operaciones de los generales, y siguiendo por la disidencia y celos de éstos entre sí y con cuantos intentaban mezclarse en la administracion y manejo de las tropas, todos, sin excepcion, pusieron sus manos en la obra lamentable que produjo la que estuvo en muy poco no fuese ruina completa de nuestra España.

Si el plan de la campaña contenia el error, bien pronto irremediable, de la dispersion de las tropas en línea tan extensa como la de Zaragoza á Bilbao, el de no fiar la ejecucion á un sólo general era mayor y de más graves consecuencias. Por muchas que fue-

ron las observaciones dirigidas á la Central sobre este punto, y muy discretas y fundadas, la diversidad de orígen en los vocales, las parcialidades en que se hallaban divididos y las simpatías por uno ú otro de los generales puestos á la cabeza de los ejércitos, mantuvieron aquella diversidad de mandos hasta el momento, ya tardío, que hemos indicado de los dias de la batalla de Tudela. Era imposible así la iniciativa enérgica necesaria para acabar la obra del patriotismo español en la primera campaña, para repeler la invasion francesa al norte de los Pirineos que, de otro modo, hubiera, quizás, podido conseguirse. Entónces las primeras operaciones de la segunda campaña habrian tenido lugar en un teatro mucho más restringido, pues que se dirigirian á cubrir las principales entradas por Behovia y Roncesvalles, las mismas porque se habia verificado la invasion de 1794, las mismas por donde en 1813 se intentó la liberacion de las plazas de Pamplona y San Sebastian.

Por poderosas que fueran las fuerzas que trajo Napoleon; por grande que fuese el génio de aquel grande hombre, los combates preliminares de la campaña tenian que limitarse á un espacio de terreno muy favorable á la defensa por su naturaleza, primeramente, y por la concentracion á que daria lugar, despues, de las tropas españolas. Los caminos de la retirada, de ser éstas vencidas, eran expeditos y capaces de ofrecer la facilidad de una série de resistencias que fueran deteniendo al enemigo hasta preparar convenientemente nuevos campos de batalla. Y fuesen divergentes, como hubiera sucedido por la índole de

los ejércitos de que se componia el español, fuesen en una sola ó combinada marcha hácia el centro de la monarquía, ese ejército se retiraria entero, salvas las bajas naturales que hubiera experimentado, con su moral entera y sin temor á los movimientos de flanco y envolventes, eterna pesadilla de los soldados bisoños ó mal dirigidos.

Aun sin enseñorearse de las plazas de Pamplona y San Sebastian, suponiendo que no hubiera tiempo para conquistarlas, se habria podido alcanzar ese resultado obrando con energía y bloqueándolas estrechamente como podia hacerse.

Parte, pues, el error primero del plan de campaña ideado en Madrid; pero el más trascendental consistió en la falta de energía de la Junta central para sobreponerse á las ambiciones, y á las envidias de los generales, fijando la autoridad suprema en el que le ofreciera más confianza.

En un terreno tan áspero, sin ferro-carriles ni telégrafos, con pocas y malas carreteras, ¿cómo habian de entenderse ni darse la mano ejércitos situados á tan largas distancias unos de otros, si no se apelaba á un sólo plan, á una direccion sola y á una sola responsabilidad?

El ejército de la Izquierda operó prematuramente, sin los recursos necesarios y en un aislamiento tal, que hubo, para no caer entero en las garras del enemigo, de enriscarse por montes casi inaccesibles sin caminos ni pueblos. El de Extremadura, que iba á servir de lazo de union, ¡pero qué flojo! entre el ejército de la Izquierda y el del Centro, se presentó en la línea tarde y sin medios tambien, pues

que estaba, cual debia estarlo, apoyado por el inglés, único verdaderamente sólido cuya accicn pudiera ofrecer resultados de éxito. El del Centro, ya hemos visto, cómo hubo de maniobrar separándose de los puestos en que llenaba su mision para la defensa de ellos y para unirse por su flanco izquierdo con el de Extremadura.

Y si la falta de unidad en el mando debia echarse de ménos en Cuerpos tan separados como los á que acabamos de referirnos ¿qué no sucederia tratándose de los del Centro y de reserva, en contacto diario y puede decirse que destinados á una sola y misma accion?

El nombramiento de un representante de la Central en el ejército no podia dar otro resultado que el de debilitar el mando del general en jefe. Pero, siendo ese representante nada ménos que hermano de quien regía el ejército de reserva, claro es que Castaños llevaba consigo el principio de su anulacion bajo todos los puntos de vista de su importante cargo. Porque como autoridad llevaba en el representante quien, vigilándole, le arrebataba toda iniciativa y en D. Francisco Palafox el que cuidaria con el mayor esmero de que su hermano, el héroe de Zaragoza, no apareciera nunca como subordinado ni mucho ménos sufriendo mortificacion alguna en su prestigio. ¿Qué eran, si no, aquellos consejos de guerra tan frecuentes en que siempre aparecian opiniones encontradas y nunca una resolucion determinada y enérgicas? ¿Qué eran, si no, la prueba de una falta completa de acuerdo y de buenas relaciones entre los jefes, de la autoridad que debe dominar todos los

resentimientos y asumir todas las responsabilidades?

Y más que en ninguna otra causa, pudo consistir en ésta la derrota lamentable de Tudela. Se reveló en ella de nuevo el valor de nuestros soldados que, de haberse utilizado convenientemente, hubiera quizás dado otros muy distintos frutos. Una victoria en Tudela, segun las proporciones que alcanzara, podria turbar el plan y, cuando no, la marcha de Napoleon á la córte. Si no se conseguia su retirada del pié de Somosierra porque á su retaguardia conservaba aún tropas que acudirian á reforzar el ejército del mariscal Lannes, le detendrian allí el tiempo suficiente para que reorganizado el de Extremadura y con la ayuda de las tropas procedentes de Madrid se estableciera una defensa sólida en la cordillera, defensa á que contribuirian grandemente los ejércitos del Centro y de reserva; el primero con su accion sobre el cuerpo de Ney, el segundo con su permanencia en las márgenes del Ebro y los dos con la influencia natural de su victoria sobre el espíritu de las fuerzas extremeñas y castellanas.

Podriamos continuar presentando á nuestros lectores observaciones y observaciones sobre los errores que el gobierno y los generales españoles cometieron en aquella interesante campaña. Expuestas, sin embargo, en otra parte, en la Geografía histórico-militar, con una concision propia de aquel libro, pero que parece no cuadrar mal en éste, vamos á trascribirlas como nuevo resúmen de los argumentos aducidos para el conocimiento, en lo posible, de sucesos tan trascendentales para la suerte de España en la guerra de la Independencia.

Hélas aquí.

«Hemos dicho cuál fué el resultado de la primera »campaña de 1808, y cómo el ejército francés, que »tan arteramente habia ido apoderándose de una »gran parte de la Península, tan pronto como pues»tas á descubierto las intenciones del Emperador »quiso avasallar el resto por la fuerza de sus armas, »tuvo, batido en Bailén, que retroceder apresurada»mente al Ebro. Hemos expuesto tambien sin co»mentario alguno las posiciones que ocuparon nues»tros compatriotas al verificarse aquel mismo año la »segunda invasion dirigida personalmente por Na»poleon, invasion en que las primeras y decisivas »operaciones tuvieron lugar en la region que acaba»mos de describir, cuya importancia en la guerra »revelan aquellas por sí solas.

»Las posiciones de los ejércitos de la izquierda, »del centro y de reserva en Vizcaya, Rioja, Aragon »y Navarra eran defectuosísimas, pues que abrazan»do una extension tan grande, no podian éstos ope»rar sino aisladamente ante un enemigo concentra»do y dispuesto siempre á lanzarse contra cualquiera »de aquellos, seguro de combatir con fuerzas supe»riores. Así que, cuando á favor de la parsimonia es»pañola, consiguiente á victoria tan completa sobre »las hasta entónces vencedoras águilas francesas, y »merced á la division de los generales que habian »combatido con fortuna en la anterior campaña ó »gozaban de un crédito superior por su talento ó ca»rácter, ansiosos todos de la supremacía del mando, »y cuando no de independencia en él, los franceses »iniciaron movimientos ofensivos del Centro á la

»circunferencia, en todas partes los señalaron con »ventajas, que si no eran decisivas, indicaban una »superioridad que sólo podia poner en duda la em»briaguez de la gloria recientemente adquirida.

»Si cuando José se retiraba á Vitoria viendo siem»pre á sus espaldas las tropas españolas, éstas mar»chando concéntricamente desde Galicia y Andalucía »y reunidas en Búrgos ó el Ebro hubieran entrado »resueltamente en Alava miéntras las que habian »sostenido tan gallardamente el primer sitio de Za»ragoza y las que habian rechazado á Moncey en Va»lencia, pasando el Ebro en Tudela hubiesen avan»zado á Pamplona, no sólo probable sino seguro era »que el intruso rey hubiera repasado el Bidasoa y »acogídose á los muros de Bayona. Otros hubieran »sido entónces los sucesos de la campaña siguiente, »y es muy posible que los franceses no visitaran las »márgenes del Ebro hasta la primavera de 1809 al »tiempo mismo que tronara el cañon en las del Da»nubio. Volvimos á presentar el mismo espectáculo »de fraccionamiento que habian presentado nuestros »predecesores ante los romanos y los árabes, y reco»gimos igual fruto que ellos habian recogido.

»La Junta Central exigia á los generales mucha »decision en sus operaciones, pero sin nombrar un jefe »único que las dirigiese, é impusiera su voluntad á »los de los diversos ejércitos que lentamente se acer»caban al Ebro desconfiando unos de otros, comuni»cándose muy rara vez con emisarios que tenian que »recorrer distancias enormes y cuidando de hacerlo »fácilmente con las provincias de donde salian y á »las que pensaban volver en uno de sus descalabros

»que no podia ser dudoso con tales elementos de órden, de union y de confianza. Entretanto los franceses se reorganizaban holgadamente en Vitoria y »acantonamientos próximos al Ebro, y recibiendo »cada dia refuerzos de aquel grande ejército que »despues de vencer á austriacos, prusianos y rusos »habia campado en el Vístula el invierno anterior, »ideaban un golpe terrible contra la independencia »de nuestro país; golpe que hubiera sido decisivo sin »la impaciencia tímida de José que precipitó los sucesos disponiendo el ataque de Zornoza.

»Napoleon intentaba atravesar con 80.000 hombres la extensa línea de los españoles por su centro; »esto es, por Miranda y revolviendo desde Búrgos »sobre cualquiera de los flancos ó sobre ambos á la »vez, tenidos en jaque entretanto por el resto de sus »200.000 soldados, anonadar los ejércitos de Blake y »de Castaños y Palafox. Si la operacion era hábil como todas las de aquel gran capitan, era por otra »parte conocida, pues que casi siempre habia hecho »la misma ó semejante, y debió ser prevista reuniendo todas las fuerzas españolas para contrarrestar la fúria de las francesas. En su lugar se dejó »abierto el camino de Búrgos confiando en una division de 18.000 hombres dirigidos con la más lamentable impericia y que la vanguardia de Napoleon »deshizo en Gamonal con la rapidez que el huracan »impele el polvo del camino en aquella elevada region.

»Los marisales Víctor y Lefebvre acosaban miéntras á Blake hasta Espinosa por Bilbao y Valmaseda y Lannes y Moncey á Castaños y Palafox has-

»ta Tudela por Logroño, Calahorra y Alfaro, pobla»ciones que ocupaban y desde las que estuvieron »ideando la ofensiva contra los franceses de Lodosa »en combinacion con las tropas que situadas en Ca»parroso debian ir empujando hácia el mismo Lodosa »ó hácia Pamplona á las acantonadas en las orillas »del Arga. ¡Error lamentable é inconcebible cuando »ya Napoleon estaba en Aranda de Duero y sus te»nientes se consideraban con medios para una ofen»siva que justificó la batalla de Tudela!

»Y si habia existido division entre Blake, Casta»ños y Palafox y los representantes que imitando »á la Convencion francesa habia mandado la Jun»ta central á los ejércitos del Centro y de reserva, »mayor fué aún la que despues se mantuvo entre »los mismos, ménos Blake, ya al frente del enemigo, »cuando en Tudela se hubiera podido salvar á la Pe»nínsula como en Bailén. Porque una vez vencido »Lannes en las orillas del Quéiles, como hubiera po»dido serlo si las tropas del ejército del Centro hubie»ran entrado en la línea de batalla cual debieron, el »mariscal Ney que desde Aranda acudia por Sória á »cortar la retirada de los españoles, hubiera tenido »que retroceder temeroso como ya estaba; de las fuer»zas que la hipérbole de nuestros paisanos elevaba á »un número favuloso. Napoleon á su vez se hubiera »detenido ante la mole de Somosierra y áun hubiera »regresado á Búrgos y Vitoria para no perder sus co»municaciones con Francia, amenazadas tambien por »el ejército inglés John Moore que al poco tiempo »entraba en Castilla la Vieja.

»Nada de esto sucedió; se perdieron dos ocasiones

»favorables para vencer á poca costa y no se utilizó »lo fuerte de la línea del Ebro y de las posiciones for»midables de su orilla derecha, con lo que el aborre»cido extranjero entró en Madrid, puso sitio á Zara»goza, arrojó á los ingleses de España y se enseñoreó »de la mitad de su territorio en una sola campaña de »dos meses.»

CAPITULO VI.

Somosierra y Madrid.

Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos.—Posiciones de la cordillera de Guadarrama.—Accion de Sepúlveda.—Accion de Somosierra.—Fuerza de los españoles.—Sus posiciones.—Avanzan los franceses.—Cargas de los polacos.—Resultados de la accion.—Situacion de Madrid.—Entusiasmo de sus habitantes.—Junta de defensa.—Fortificaciones.—Armamento.—Desórdenes.—Sale Infantado.—Situacion del ejército del Centro.—Preséntanse los franceses.—Intimacion del Emperador.—Comienzan las operaciones del sitio.—Nueva intimacion.—Continúa el fuego.—Tercera intimacion.—La capitulacion.—Recibimiento hecho á los franceses.—Importancia de Madrid.—Traslacion de la Junta Central á Sevilla.

Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos.

El vencimiento de los generales Castaños y Palafox en Tudela dejó á Napoleon en libertad completa de proseguir su marcha á Madrid. No quedaba á sus espaldas ni á sus flancos tampoco un sólo grupo de soldados españoles que pudiera turbarle en ella; y los que tratasen de atravesárse en el camino, debian imponer muy poco á quien tan fácilmente allanaba el hasta entónces seguido por sus ejércitos desde el Bidasoa.

Vencido y en la dispersion más completa el ejército español de la Izquierda, y muy léjos todavía el inglés; aplastado, puede decirse, el de Extrema-

dura, y divididos, si no hechos pedazos, los del Centro y Reserva, ¿quién, con efecto, se atreveria á intentar la menor resistencia en el corto trecho que ya faltaba á Napoleon para llegar á la capital de España? No le quedaba sino un golpe inmediato y rudo que dar, y toda Europa veria que si, por impericia de su hermano y de los generales sus tenientes, habia experimentado un revés, el primero notable en su larga carrera de victorias, no tardaba en vengarlo más tiempo que el necesario para trasladarse en persona al teatro de la guerra.

Y, sin embargo, un puñado de hombres, el rezago, podria llamarse, de las divisiones que habian pasado por Madrid, y algunos cuerpos de nueva formacion, sin instruccion ni disciplina, salian á su encuentro con el intento, nada ménos, que de detenerle y áun de escarmentarle.

Mandaban en Madrid el marqués de Castelar, muy estimado de los habitantes, y el general Morla, cuya conducta en Cádiz le daba, en el concepto público, la opinion de un carácter y de un patriotismo que ciertamente no se hermanaban con sus talentos militares. Al mismo tiempo que el decreto en que se conferia á Castelar el cargo de Capitan general de Castilla la Nueva, se publicó el en que se encomendaba la Inspeccion de Infantería, vacante por renuncia de D. Pedro Gonzalez Llamas, al general D. Francisco de Eguía. Piques de autoridad y rivalidades que no son aquí de enumerar, aunque se condenen, hicieron tardía y débil la accion de aquellos generales, á cuyas rencillas no supo la Junta central hacerse superior. Así es que la reunion y

disciplina de las tropas que, por retrasadas en su marcha al Ebro ó por estarse organizando, se encontraban en Madrid en los últimos dias de Octubre, eran insuficientes para aumentar los ejércitos de operaciones y áun para crear una reserva en estado de poner remedio á los reveses que aquellos experimentasen. Restos, como hemos dicho, de las divisiones 1.ª y 3.ª del ejército de Andalucía; algunos cuerpos de los que ántes formaban en el de Castilla que regia el general Cuesta y otros de nueva creacion; dos regimientos, entre ellos, de infantería, uno de caballería y algunas compañías sueltas de artillería organizados en Madrid y que juraron sus banderas en Atocha el 25 de aquel mes, eran las solas fuerzas que el Gobierno pudo juntar para establecerlas en las cumbres de Somosierra como de antemural de Madrid (1).

Pero, haciéndose á cada momento más y más críticas las circunstancias y con las nuevas de lo sucedido en Espinosa y Búrgos, se trató de formar un ejército que defendiera la capital, al que se dió el nombre de «Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos;» confiándose su mando al mismo Eguía, ya citado, de cuyas dotes tácticas y organizadoras se ha hablado en la presente obra. Recien venido de Soto de Cameros, cerca de Logroño, á donde se habia retirado al entregar á Pignatelli el mando de las tropas castellanas, parece que Eguía estaba enojado

(1) Llegó á darse la órden (el 21 de Noviembre) de que se pusieran á las del marqués de Castelar los guardas montados y de los bosques reales.

con la Central y se resistió á tomar el mando del nuevo ejército de Reserva

No se le admitieron las disculpas de salud que presentó; y, considerando que el motivo verdadero de su renuncia era el acuerdo que se le imponia con Castelar y Morla en las determinaciones que hubiese de tomar, se le relevó de él concediéndole lo que se le debió conceder desde el instante de su nombramiento; la autoridad única y suprema del Ejército. Aun así, se le negó el Cuartel Maestre Don Agustin Bueno que habia elegido, (manera extraña de conferir un mando); y entre los excrúpulos de Eguía y sus reclamaciones, entre la negligencia y las debilidades de la Junta central, pasaron los dias hasta el en que se presentó Napoleon á las puertas de Madrid sin que tal ejército de Reserva se organizase ni lo intentaran siquiera los generales que tenian su residencia en Madrid ó Aranjuez (1).

Entre tanto, sin embargo, iban dirigiéndose á Somosierra cuantas fuerzas lograban reunirse en Madrid, con lo que el general D. Benito San Juan, á quien se habia encomendado la defensa de aquella parte de la cordillera, podia contar con una fuerza de 12.000 hombres, poco más ó ménos. (2)

---

(1) En el Ministerio de la Guerra y en el expediente personal del general Eguía, marqués luego del Real Aprecio, se encuentra la causa que más tarde se le formó, donde se hallan todos los documentos que sirven para este juicio. El 25 de Febrero del año siguiente de 1809, se resolvió que no habia lugar á causa, y que Eguía pasase á Extremadura de segundo de Cuesta en el mando del ejército de aquel reino.

(2) Hasta qué punto pueda contarse con la exactitud de esta cifra, es muy difícil asegurarlo. Además de lo informe de aquel cuer-

Es verdad que se supondria en estado de pelear de nuevo y de contribuir, por lo tanto, á una resistencia á que siempre se hallaban prontos, vencidos ó no, los españoles, al ejército de Extremadura que se iba recogiendo á Segovia como para cubrir los puertos de Navacerràda y Guadarrama que tambien podrian atacar los enemigos; pero se contaria, aún más, con lo áspero del terreno y con las obras de fortificacion que hubieran de oponérseles en su camino.

Posiciones de la cordillera de Guadarrama.

La cordillera Carpeto-Vetónica, si humilde en su arranque de la Ibérica y como borrada en las altas mesetas donde comienzan á dividir aguas el Duero y el Tajo, se encumbra notablemente y se hace áspera y escarpada en la parte que lleva los nombres de Somosierra y Guadarrama, alcanzando alturas de más de 2.000 metros sobre el nivel del mar. Como en varias de las cordilleras que cruzan nuestro suelo, las vertientes septentrionales de la Carpetana son mucho más suaves que las meridionales, perdiéndose aquellas pronto en las vastas comarcas de Castilla la Vieja, muy altas respecto á las de la Nueva enclavadas en la honda cuenca del Tajo.

En este concepto, siendo ya seguida y formando un lomo tan elevado, la cordillera constituye una línea defensiva muy importante contra enemigos procedentes del Norte. Estos, en su invasion, hallan dos vías generales por donde continuarla al centro

---

po de tropas, se presentan tan discordes las relaciones y tan embrollados los documentos á él referentes, que sólo por conjeturas pueden calcularse la fuerza y la organizacion que ofrecemos á nuestros lectores en el apéndice núm. 24.

de la monarquía; la de Somosierra desde Búrgos y Aranda directamente, y las de Navacerrada y Guadarrama que pueden considerarse como una sola desde Búrgos y Valladolid.

La última, más distante y en direcciones que podrian cortar los ingleses, no se veria tan inmediatamente amenazada como la de Somosierra que convenia mejor á Napoleon, impaciente por descargar el golpe, en su concepto decisivo, en el corazon de la rebelde España.

En otras circunstancias, sin las derrotas sufridas por los ejércitos de la Izquierda y de Extremadura, los españoles hubieran defendido el paso del Duero en Aranda, punto esencialmente estratégico por la vigilancia que ejerce sobre Valladolid y Sória en sus flancos, con buenos caminos á su retaguardia para mantener las comunicaciones, todas diverjentes, con el interior, y por las condiciones, en fin, del terreno, que va gradualmente accidentándose hasta el asperísimo de la cordillera. En el estado en que iban las tropas extremeñas, era imposible su sostenimiento en Aranda; y Napoleon, de consiguiente, no sólo podia hacer el destacamento del cuerpo de Ney hácia Sória y Ágreda, sino que avanzar tambien desembarazadamente á Somosierra.

En Boceguillas es donde comienzan las dificultades para el paso de la cordillera. La carretera, casi encajonada en el valle del Duraton, que tiene sus fuentes en el puerto mismo de Somosierra, sube flanqueada casi siempre por los estribos, ya eminentes, que lanza la sierra al N., perpendiculares, no pocos, á la línea de la cresta y separando las mil arroyadas

que de ellas se desprenden. La ascension es penosa; y como los obstáculos que presenta son inevitables, por ser impôsible el flanqueo del Puerto á distancias regulares por los del Cardoso y de la Acebeda, más inmediatos á uno y otro lado pero intransitables, la defensa se hace á cada punto más fácil y desembarazada. La única precaucion que exije es la de vigilar esos estribos que encajonan el Duraton y la carretera, y cubrir despues las alturas que descuellan inmediatas sobre la cresta y el pueblo de Somosierra, base de la resistencia que haya de ensayarse en la cordillera.

En Boceguillas, pues, hay que comenzar los preparativos del ataque, á lo que impele, además, la circunstancia de arrancar allí el camino que conduce á la importante villa de Sepúlveda y, por ella, á Segovia y los puertos de Navacerrada y Guadarrama.

Era en la ocasion de 1808 tan importante esa circunstancia, cuanto que sabian los franceses que los restos del ejército de Extremadura se estaban reuniendo en la segunda de aquellas poblaciones, y que en la primera se habia establecido la vanguardia del cuerpo que preparaba la defensa de Somosierra.

Accion de Sepúlveda.

Formaban esa vanguardia un batallon de guardias walonas, dos del regimiento de Irlanda, otros dos del de Jaen, y tres escuadrones, uno de Montesa y dos de Alcántara, con cuatro ó seis piezas de artillería de campaña. Mandábala el brigadier D. Juan José de Sardeñ, coronel de Montesa, hombre enérgico y, en aquella ocasion, perfectamente secundado por los jefes de los demás cuerpos, entre los que se distinguieron D. Antonio Moi, el Conde de Ibeagh,

D. Rafael Mariano y D. Cayetano Blengua, que ahora citamos particularmente por lo honroso de su comportamiento de entónces.

La situacion de aquellas tropas era inmejorable. Porque, exentas de toda preocupacion respecto á su suerte en caso de un revés, por tener á la espalda la cordillera y desembarazado el camino de Segovia, donde hemos dicho se reunian las reliquias del ejército de Extremadura, amenazaban á los franceses por su flanco derecho desde el momento en que se adelantasen de Boceguillas, de que dista Sepúlveda 12 kilómetros tan sólo. Así es que tan pronto como se supo en el cuartel imperial la existencia de aquel cuerpo en tal posicion, se expidió la órden de atacarlo con una fuerza que los escritores franceses desdeñan el enumerar, y los españoles más moderados hacen subir al número de 4.000 infantes y unos 1.000 caballos.

Fué el encargado de ejecutarla, en la madrugada del 28, el general Savary, quien no limitó su accion, como dicen sus compatriotas, á la de un reconocimiento, sino que, apareciendo al frente de Sepúlveda ántes de amanecer, atacó con el vigor que caracterizaba á las tropas de la guardia imperial las posiciones, á que, avisados por sus descubiertas, habian salido y adelantádose los españoles.

Y que Savary fué rechazado, no ofrece duda alguna, pues que lo confirman cuantas relaciones se han dado á la estampa por españoles y extranjeros, no franceses, sobre aquel suceso. Más de cuatro horas duró la pelea, y fué tan encarnizada, que sólo el regimiento de Alcántara tuvo en las diferentes cargas

que dió, la pérdida de 66 hombres, entre ellos cuatro oficiales y dos cadetes. (1)

Pero, ¿cómo puede negarse importancia á esta primera parte de la accion de Somosierra, á cuya segunda la dan tan exagerada los historiadores y poetas traspirenáicos? Con leer el extracto del parte del general San Juan, publicado en la *Gaceta de Madrid* del 30 de Noviembre, se comprenderá, áun rebajando mucho, que el ataque á Sepúlveda fué formal y hasta enérgico. Dice así el extracto:

«Efectivamente á las seis, poco más, de la mañana, »se oyeron en las alturas de Somosierra varios tiros de »fusileria y artillería, que progresivamente se fueron »aumentando, todos con direccion al puesto de Sepúl- »veda, lo que no dejó duda de estar atacado; y aun- »que fiado de su resistencia seria consecuente á la »mucha y buena guarnicion que tiene, por haberle »introducido en el dia 27 anterior 1.000 fusileros del »regimiento de Jaen, no dejó de ponerle en cuidado el »mucho número de enemigos de que tenia noticia; y

(1) Historia del Regimiento, donde se dice que, á su vez, Alcántara hizo estragos en las filas francesas que reunian hasta 7.000 hombres.

En la del regimiento de Jaen se manifiesta que la primera y tercera compañías de granaderos se distinguieron sobremanera.

En la parte histórica del Diccionario de Madoz, referente á Sepúlveda, se hace ver que los franceses se esforzaron por romper la vanguardia española y hacerse dueños de la poblacion que defendia, y que al cabo de horas de refriega se retiraron, dejando el campo libre á los españoles.

Schépeler dice que una division francesa atacó á Sepúlveda; pero que, encontrando una viva resistencia, abandonó la empresa. «La presencia de Napoleon, añade, debia glorificar otro ensayo más formal.»

»desde el momento de que estuvo cerciorado de la formalidad del ataque, dispuso enviarle más socorros, »tanto de artillería, como de infantería, y municiones; »pero sin necesidad de éstos, se ha logrado una completa defensa de aquel punto, sin embargo de que el »ataque duró más de cuatro horas, habiendo atacado »los enemigos con 4.000 hombres de infantería, 1.500 »caballos y 4 piezas de artillería, sin los refuerzos que »tenian á la mano para resfrescar las tropas. Le dice »el Comandante del puesto de Sepúlveda el Brigadier »D. Juan Josef Sarden, coronel del regimiento de »caballería de Montesa, que le atacaron en la madrugada los enemigos con 3.500 hombres de infantería, »1.500 caballos y 4 piezas de artillería, y que los habia rechazado con gloria de las armas del rei y de la »pátria; y ofrece dirigirle el detall circunstanciado de »la accion, en la qual, dice, hemos tenido alguna »pérdida, y que conceptúa duplicada la de los enemigos, habiendo durado el fuego hasta las diez.» (1)

Está, pues, fuera de toda duda que Sepúlveda fué objetivo de un ataque formal, no de un reconocimiento tan sólo como quieren suponer los escritores franceses.

Accion de Somosierra.

No sucedió lo mismo el 30.

Habia llegado el Emperador á Boceguillas el dia ántes y dispuesto el ataque á las posiciones de Somosierra. Por más que la situacion de la vanguardia española, áun siendo la misma del 28, no debiera preocupar á Napoleon que iba á la cabeza de unos

(1) No es pequeño ni deja de ser enojoso el trabajo de rectificar tanto aserto falso y de suplir á tantas omisiones como se padecen en las relaciones francesas.

40.000 hombres que componian el cuerpo del Mariscal Víctor, la guardia imperial y una parte de la reserva de caballería, no habia, sin embargo, de dejar sobre uno de sus flancos ni rastro de peligro, áun cuando, repetimos, fuese tan remoto. Ya no se dirigieron á Sepúlveda aquellos famosos fusileros de la Guardia que acostumbraba Savary á guiar al combate desde los encarnizadísimos de la campaña de Polonia; pero se envió un fuerte destacamento acompañado de gran golpe de caballería, el arma favorita de Napoleon desde que comprendió la falta de consistencia de los españoles en las últimas y recientes batallas. Los de Sepúlveda habian desaparecido; y sólo la acaballerí pudo divisarlos de léjos retirándose hácia la sierra y Segovia. Habian tenido noticia de la presencia de Napoleon en Boceguillas; observaron su movimiento, que ya debian adivinar, á Somosierra; y comprendiendo la inutilidad de una resistencia, de todos modos, estéril, se resolvieron la mayor parte á acogerse al cuerpo principal del de Extremadura, algunos quizás á participar de la suerte de sus camaradas de Somosierra (1).

Allí era donde habia de resolverse el éxito de la jornada; y allí era donde debieron trasladarse los cuerpos destacados en Sepúlveda y los que en Segovia no sentian tan de cerca al enemigo. Ya algunos

(1) La historia del regimiento de La Corona, dice que este cuerpo se retiró á Somosierra, áun cuando señala otra fecha, equivocada acaso como las citadas en la relacion de lo que hicieron los demás regimientos. Lo casi seguro es que todos los que habian defendido á Sepúlveda el 28, se retiraron el 30, con su jefe Sardeñ, á Segovia.

de los últimos recibieron la órden de marchar á Somosierra, regidos por el general Trias; y cuando Heredia se hizo cargo del mando del ejército de Extremadura, comisionó á su Jefe de Estado Mayor para que, reconocido el terreno, situase las fuerzas de manera que contribuyeran eficazmente á la defensa de aquel puerto; pero causas que no conocemos debieron dejar sin efecto tan prudentes resoluciones (1).

El general San Juan quedó, de consiguiente, reducido á las pocas tropas que habia llevado de Madrid, de las que, además, hay que rebajar las que componian su vanguardia, las mejor organizadas y más sólidas, indudablemente, de su pequeño cuerpo de ejército.

Fuerza de los españoles.

Si se estudia con detenimiento la situacion que las impuso, se observará, por otra parte, que no era la más conveniente. ¿Contaría, para darles otra, con las fuerzas de Sepúlveda y de Segovia? Porque, efectivamente, las de que él disponia no eran suficientes para defender las posisiones que hubieran de impedir el flanqueo de la central ocupada por el grueso del ejército, como elegida en el desfiladero que recorre el camino y por donde tenderian á abrirse paso los franceses. Con unos 8.000 hombres, máximum á que se elevaba la fuerza del general San Juan, era muy difícil presentar en todos los puntos próximos de la cordillera la necesaria con que aisladamente rechazar los distintos ataques de que serian objeto,

(1) Memoria manuscrita del brigadier Ordovás, citada en el capítulo anterior.

contando con ejército tan numeroso el Emperador. (1) «La guarnicion de aquellas lineas montañosas, dice »un historiador militar aleman, exigiria muchas tro»pas: así es que la verdadera defensa de los desfila»deros consiste en fuertes ó atrincheramientos robus»tos y cerrados. Pero no se hallaba nada de eso en »Somosierra y faltaba ya el tiempo para emprender »su construccion. Por razones de estrategia y de tác»tica, debieron situarse allí fuerzas considerables, y »no se pensó en tal cosa.»

Sus posiciones.

El desfiladero está formado por dos vertientes muy escarpadas de la montaña en que se halla abierto. La oriental es sumamente escabrosa y rápida desde la Cebollera vieja y las Peñas Mentiras y Maria que la coronan de N. á S.; esto es, en la misma direccion del desfiladero, hasta el pié que lamen las aguas del arroyo de la Peña del Chorro, fuente reconocida del Duraton que luego se dirige al N. O. por los pueblos de Larradez, Siguero y Aldea la Peña. La occidental es algo más suave y la forma el Alto del Barrancal, un estribo mirando al N., el cuàl se desprende de la cordillera, anchurosa allí y poco accidentada en su cresta.

La carretera que, viniendo de Boceguillas, recorre un terreno ondulado hàstà Cerezo bajo, aldea situada á 16 kilómetros de aquel pueblo y 11 de Somosierra, comienza á verificar la ascension al Puerto pasada una llanura en que asientan la venta de Juanilla, junto á la misma caja, y la aldea de Santo

---

(1) Napoleon, en su despacho del 30 en Buitrago, dice que eran 9.000 los españoles apostados en Somosierra.

Tomé, algo distante de ella hácia el Oriente. Ya desde allí, y al ponerse junto al arroyo de la Peña, penetra en el desfiladero con fuertes inclinaciones y pasando á la orilla izquierda por un puente, para evitar las peñas y ásperas barrancadas que al promedio de la subida le seria preciso salvar en la derecha.

Así llega á Somosierra, cuyas casas, precedidas de una ermita y algunas posadas, están puede decirse que en la divisoria general de aguas que marca la cordillera entre Duero y Tajo, algo inclinada hácia el arroyo Pilozano que dá sus aguas al Lozoya para que las lleve al segundo de aquellos dos grandes rios.

El terreno está en general cubierto de rocas y monte bajo alternativamente, salvo pequeñísimos espacios en que, por su menor inclinacion, puede cultivarse. Muy propio por esta circunstancia, como por la de su configuracion general, para la defensa, lo seria mucho más de aprovecharse con habilidad y obstinacion todos sus accidentes. Hubiera sido necesario interceptar con grandes cortaduras y barricadas el camino, y establecer en las alturas que lo flanquean puestos escalonados que observaran, fueran conteniendo y hasta resistiesen la marcha del enemigo. Los españoles ocuparon las alturas, pero no con la fuerza necesaria para impedir á aquel su acceso; y en cuanto á la carretera, se satisficieron con el establecimiento de una gran batería en lo alto del puerto, desde la que pudiesen barrer el camino, constituyéndola en centro y apoyo casi único de la resistencia que intentaban.

Tan pronto como Napoleon, saliendo de Boceguillas, avistó las posiciones del puerto, comprendió dónde se hallaba lo que militarmente se llama la clave de ellas. Era muy temprano y la montaña se mostraba, además, cubierta de una espesa niebla que, precisamente, habia de favorecer las operaciones de los invasores. Dirigidos por la sábia y experta mano del Emperador, comenzaron los regimientos 9.° de infantería ligera y 24.° de línea á ganar las alturas de los flancos; el primero la de la derecha del frente francés, y el segundo la de la izquierda. Por la carretera continuó en cabeza el 96.° como en apoyo de ambas alas, sostenido, á su vez, por 6 piezas de artillería que el general Senarmont estableció frente al boquete del desfiladero y muy próximas ya á él. Avanzan los franceses.

El ataque de los flancos se hacia sumamente fácil. La imprevision ó la falta de fuerza por una parte, y la niebla que protegia, por otra, el movimiento de las columnas francesas, las llevaron, primeramente inadvertidas y despues con escasísimas bajas, hasta muy cerca de las cumbres que coronan la montaña. Con un poco de paciencia por parte del Emperador y con reforzar algo aquellos dos regimientos, la victoria era segura y salia baratísima. No hallaban ni hallarian, de seguro, al avanzar la resistencia que la Princesa y Zamora les habian opuesto veinte dias ántes: los regimientos que campaban en las alturas de Somosierra no sentian el entusiasmo ni presentaban la solidez que los heróicos de Espinosa de los Monteros. Pero impaciente Napoleon por abrirse pronto el paso, y por mostrar, además, á sus generales el poco respeto que debian tenerlos á que

él llamaba los *insurgentes españoles*, no quiso esperar la accion, ya próxima y difinitiva, de las alas avanzadas de su ejército.

Llamó, pues, desde la venta de Juanilla, á donde habia avanzado arrostrando el fuego de los defensores del puerto, la caballería de la Guardia que le seguia inmediatamente, apoyada por los fusileros que cerraban aquel cuerpo que bien pudiera tomarse en aquel dia por el de vanguardia del ejército. Y viendo la inutilidad del fuego de la artillería de Senarmont, ventajosamente contestado por los nuestros, y como quisiera dar una muestra de confianza á los polacos que habia agregado á su Guardia, lanzó por el camino los escuadrones de *caballos ligeros*, tropa elegida que habia formado en Varsovia durante la última campaña del Vístula.

Cargas de los polacos.

Los polacos, orgullosos de aquella preferencia, cargaron con el ímpetu que es de suponer, estando presente el Emperador, su ídolo. Teníanlo que hacer de á cuatro por no consentir mayor frente la carretera, único campo de su accion, y lo hicieron tambien porque era la formacion en que seguia al Emperador el primer escuadron, que en aquella jornada estaba á su lado de servicio. Mas no habian llegado á la mitad de la distancia que los separaba de lo alto del puerto, cuando la metralla que vomitaba la batería y el plomo de los infantes cubiertos con las rocas del monte los rechazaron y barrieron. Sus pérdidas fueron importantes en oficiales y soldados; pero no, por eso, habian de retraerse los demás escuadrones de repetir la carga tan desgraciadamente intentada por el primero. Hiciéronlo, en efecto, con

sus jefes y oficiales á la cabeza, regidos por Montbrun que ya disfrutaba del concepto de uno de los generales franceses más audaces y más hábiles en el manejo de la caballería.

Pero, ¿cuándo era eso?

En el exámen de aquel suceso, uno de los que más ruido han hecho para la gloria de la caballería francesa en la guerra de la Independencia, hay que observar, por su misma excepcion, todos los accidentes y los momentos en que tuvieron lugar.

Que la carga fué temeraria, teniendo los polacos que recorrer aquella larga y tortuosa cuesta bajo el fuego de los enemigos ventajosamente situados, es cosa fuera de toda duda. Sólo la velocidad de los caballos y la formación misma en que cargaban, podian servir á evitar las, en otro caso, enormes pérdidas que habrian de sufrir; pero, si al llegar á la cumbre hubieran hallado la batería inabordable, esto es, resguardada con foso ó fuertes empalizadas, estaban perdidos.

Más aún, y esto es lo principal: en el momento en que los polacos, soltando las riendas á sus caballos y atropellando los heridos y mal parados de la carga anterior, llegaban á la batería, los españoles vieron coronarse las montañas que forman el desfiladero con los batallones franceses que habian comenzado la pelea; y creyéndose, como soldados noveles y, habremos de confesarlo, como españoles sin la experiencia hacia mucho tiempo de la guerra, flanqueados y envueltos, *cortados*, segun la frase gráfica de los bisoños, no calcularon ya ni la facilidad de rechazar la carga ni la precision de acudir á lo ver-

daderamente esencial en aquel combate, á la resistencia en las cumbres vecinas de la sierra.

El admirable golpe de vista militar del Emperador, habia calculado todo eso; y es seguro que, sin esa circunstancia y la observacion de las ventajas que su infantería iba alcanzando sobre los flancos, no hubiera emprendido la, en otras condiciones, temeraria y hasta loca embestida de los polacos. (1)

El espectáculo de la ocupacion de los montes por la infantería, y aquel incontrastable empuje que, por su número y la presencia de Napoleon, llevaban las armas francesas en la segunda campaña de 1808, fueron, no hay que dudarlo, las principales causas de la derrota de los españoles en Somosierra.

Los autores de *Victoires et Conquêtes*, más ingénuos que los demás historiadores compatriotas suyos, confiesan paladinamente lo que acabamos de exponer. «Esta segunda carga, dicen, que obtuvo »un éxito prodigioso, fué apoyada *eficazmente* por »las columnas de infantería, de derecha é izquierda, »que se habian deslizado, á favor de la niebla, hasta »sobre las alas del enemigo, coronando las cimas de »las paredes laterales de la garganta de Somosierra.»

Resultados de la accion.

Las pérdidas de los polacos fueron, sin embargo,

(1) Les lanciers, dice Unger en su «*Histoire critique des ex»ploits el vicissitudes de la Cavalerie*, gravirent an galop la pente »rapide de la route, *sans s'inquiéter du feu des espagnols qui s' »éteignit aussitôt*. Au bout de quelques minutes, la batterie était »prise, l'infanterie dispersèe, la position emportée, la victoire »décidée de la maniére la plus brillante.»

Pero el fuego de la batería ¿se apagó ó no ántes de llegar los lanceros polacos á ella? Y; ¿fué, en caso afirmativo, por temor á ellos ó á la infantería que ya habia ganado las alturas de los flancos?

muy importantes, no las que anunciaba Napoleon en sus despachos, ni áun las que una relacion sumamente curiosa de aquellos sucesos enumera con datos que parecen auténticos, como de quien, si no tomaba una parte activa en ellos, seguia muy de cerca las operaciones de los ejércitos franceses (1).

Barata puede, con todo, considerarse aquella victoria, vistos sus grandes resultados, por más que de todos modos fuesen inevitables.

Los españoles, así los de la batería como los establecidos en la carretera y en todo el terreno de los flancos, luego que vieron su posicion insostenible, se entregaron á la fuga más vergonzosa. En vano el general San Juan trató de contenerlos en ella, y con su voz y su ejemplo esperó infundirles ánimo para renovar el combate: desoido completamente por los suyos y despues de luchar personalmente con los polacos que habian penetrado en la batería, con varias heridas en la cabeza, y sin esperanza alguna ya, fué arrastrado en la huida por entre aquellas montañas, hasta dar en Segovia,

---

(1) M. Amade, Comisario de guerra, en su «Viaje á España», dice lo siguiente: «Aquella carga de caballería, una de las más be»llas de que pueda hacer mencion la historia, no costó á los lan»ceros más que sesenta hombres, muertos la mayor parte en la »primera carga, y cerca de cien heridos..... El Teniente Niega»loski llegó en la primera carga hasta las piezas y fué hecho pri»sionero. Iba ya herido y sus camaradas lo recobraron despues. El »jefe del escuadron cayó bajo su caballo que fué muerto; atrope»llado por el regimiento, pudo, sin embargo, retirarse cubierto de »contusiones. Aunque herido mortalmente, Dziewanoski llegó á la »cima fatal de la montaña, donde sus ojos, ántes de cerrarse para »siempre, tuvieron la satisfaccion de ver huir al enemigo.»

donde halló al general D. José Heredia con los restos del ejército de Extremadura.

Los franceses siguieron el alcance de los fugitivos por la carretera tan arrebatada y desembarazadamente, que sus jinetes llevaron los primeros á Buitrago la noticia de su paso por Somosierra. Los destacamentos del camino y los cuerpos que iban á incorporarse al ejército reunido en la cordillera, se dispersaron, con eso, sin pensar en defenderse; los unos en direccion á la montaña, por donde esperaban no serian perseguidos; los demás, en la de Madrid para contribuir á la que presumirian obstinada y hasta feliz resistencia de sus habitantes.

No era poco esperar; pues áun cuando y muy de antemano se hubiera pensado en impedir á los franceses la entrada en Madrid, ni las condiciones de poblacion tan considerable ni la topografía de su asiento consienten la ilusion de tal defensa. Por enérgico que se mostrara el pueblo, tanto ó más que en el Dos de Mayo, de memoria perdurable; por grande que fuese la emulacion que en él despertaran las hazañas de los aragoneses y valencianos, tan brillantemente coronadas por la fortuna, no era el ejército que conducia Napoleon lo que los de Lefebvre y Moncey, ni el carácter de los madrileños, por su falta de homogeneidad, el de Zaragoza y Valencia, ciudades que nunca habian perdido la representacion del exclusivismo que las distinguiera en todas las épocas de su historia. Si las dos carecian de fortificaciones apropiadas para una larga resistencia, en Madrid era hasta imposible el improvisarlas; no consintiéndolo

lo dilatado del recinto ni, como ya hemos dicho, la configuracion del terreno.

Era necesario, ante todo, un ejército numeroso para apoyar los alardes de patriotismo que pudiera hacer el pueblo madrileño; y cuando los franceses asomaron por las alturas inmediatas, ninguno habia en la capital, y los dos más próximos, áun vencidos y desorganizados, se encontraban todavía á distancias y en aptitudes que los inutilizaban para objeto tan importante y perentorio.

Si el 30 de Noviembre no, y ménos por el lado de Móstoles, como dice el Conde de Toreno, porque eso era imposible el dia mismo del combate de Somosierra, es lo cierto que las avanzadas francesas aparecieron junto á Madrid en la tarde del 1.° de Diciembre. El ejército del Centro, para entónces, se hallaba en Sigüenza, donde su general en jefe entregaba el mando al conde de Cartaojal, nombrado interinamente para ese mando en la misma Real órden de 27 de Noviembre en que se llamó á Castaños á la Junta general militar, todavía subsistente junto á la Suprema gubernativa del Reino. El estado de ese ejército era, además y segun haremos ver más adelante, tan angustioso que mal podia ofrecer esperanza alguna de, con su presencia en Madrid, inclinar la balanza del lado de las armas españolas en la crísis porque pasaban. Situacion de Madrid.

De aquel ejército, cuya fuerza habia la fama elevado á la de 80.000 hombres de todas armas y cuyo efectivo verdadero señalamos en los capítulos anteriores, no quedaban el 1.° de Diciembre sino unos 6 ó 7.000 peones que, al decir del duque del Infan-

tado, *parecian más bien cadáveres ambulantes que hombres dispuestos á la defensa del pátrio suelo*, y de 1.500 á 1.600 caballos *completamente destrozados que apénas podian con el peso de los jinetes*. Cuando aquel ilustre general y prócer fuera á buscarlo, veria y comprenderia toda la extension de ese estado miserable del ejército del Centro, como la inutilidad y grave daño de su salida de la capital, ya que para él personalmente fuese ó pudiera ser un arranque favorable de la fortuna.

De los dos ejércitos de Extremadura y de Reserva de Madrid, quedaba en Segovia una heterogénea aglomeracion de tropas, veteranas pocas y la mayor parte de reciente leva, sin fuerza moral alguna é incapaces, despues de las derrotas de Búrgos y Somosierra, de prestar servicio alguno contra las que tan ejecutivamente acababan de vencerlas, muy superiores en número y más superiores aún por su disciplina, su espíritu y la presencia entre ellas de su formidable Emperador.

Entusiasmo de sus habitantes.

De manera que Madrid podia considerarse entregada á las solas fuerzas de sus habitantes y la exígüa de algunos resíduos de los cuerpos que habian ido á guardar los pasos de Guadarrama y Somosierra, tan diminuta la última, que el marqués de Castelar en oficio del 30 de Noviembre, la calculaba en unos 300 hombres hasta que entrasen dos batallones de nueva leva que esperaba para el dia siguiente. Es verdad que el entusiasmo de los madrileños parecia querer suplir á la carencia de medios de defensa; pues hombres, mujeres y niños, de todas clases y estados, se aprestaron al sacrificio de

sus haberes y vidas desde que se tuvo conocimiento de la aproximacion de los franceses. Todos los historiadores de la época pintan el valor y el desprendimiento de los madrileños cón los colores más vivos; y el P. Salmon, el doctor Carnicero y el duque del Infantado, testigos presenciales, y otros muchos que pudieron ver los aprestos y oir el tumulto de los defensores en aquella crísis tremenda, se deshacen en elogios de su conducta. D. Basilio Castellanos en su «Retrato de Madrid» dice así (1): «Los madri»leños ven que llega otra ocasion de demostrar su »heroismo y, acudiendo por disposicion del Conse»jo, fecha 25 de Noviembre y parecer del Capitan »general, el marqués de Castelar y D. Tomás de »Morla, encargado de la seguridad de la Villa, á to»das las entradas de la capital con picos, azadones y »toda clase de herramientas, hacen profundos y an»chos fosos; las señoras de más distincion en medio »de los fosos haciendo de cabadoras y conduciendo »espuertas entre los que trabajaban, ponian de ma»nifiesto que ni las razones de un sexo débil ni las »comodidades impiden el que sean gustosas las ma»yores fatigas cuando se hacen en beneficio de la »pátria y de una justa causa. Las airosas manolas »trabajaban con brio alentando á sus maridos é hijos, »y hasta los niños tomaban en sus delicadas manos »el tosco azadon; todas las calles se desempedraban »y se subian á las habitaciones las piedras para »ofender al enemigo.»

(1) Retrato actual y antiguo de la muy N. L. I. y C. villa y córte de Madrid.

Schépeler, á su vez, exclama al llegar á este punto de su historia: «Pero cuando se supo la pér»dida de Somosierra, aquello se tradujo en una espe»cie de rábia; porque sin diferencia de edad ni de sexo, »toda la poblacion se apresuró á trabajar en las forti»ficaciones y en las cortaduras de las calles. Envi»diosos de los aragoneses por las glorias de Zara»goza, los castellanos ardian en el anhelo de hacer »de su capital una rival digna de aquella ciudad tan »celebrada; la falta de tropas no les contenia como »no habia contenido á los aragoneses; y los fugitivos »y los aldeanos que llegaban, ofrecian bastante nú»mero en estado de manejar las armas (1).»

Los historiadores franceses reconocen ese entusiasmo del pueblo de Madrid; pero unos lo atribuyen á la ferocidad innata en nuestros compatriotas, y otros hacen una marcada distincion en las clases, suponiendo á las inferiores, como influidas por el clero y las mujeres, acaloradas por la rábia de ver al aborrecido extranjero á las puertas de sus casas, y á las más acomadadas, industriales ó nobles, poseidas de miedo por sus vidas y haciendas.

Junta de defensa.

Ya dijimos que la Junta central tenia encomendado el gobierno de las armas en Madrid al marqués de Castelar y á D. Tomás de Morla, generales en quienes depositaba toda su confianza. Esto, sin em-

(1) Aquellos dias se representaban en los teatros del Príncipe y de la Cruz *El bombeo de Zaragoza, ó segunda parte de los patriotas*, y *La gloriosa defensa de Gerona por el valor catalán*, comedias dirigidas, como se deja comprender, á excitar los sentimientos patrióticos de los madrileños, ya de por sí exaltados con la memoria de su inmortal hazaña del Dos de Mayo.

bargo, el 1.° de Diciembre se creó una Junta permanente de defensa, compuesta del duque del Infantado, como presidente, de los mismos generales ántes citados, del gobernador de la plaza D. Fernando Vera y Pantoja, del de la sala de alcaldes, del corregidor de Madrid D. Pedro de Mora y Lomas, del Intendente del ejército, de los generales y oficiales del mismo, del vocal más antiguo de todos los Consejos, de cuatro del de Castilla y otros tantos regidores de la Villa.

Este número excesivo de vocales para una junta, cifra que naturalmente se disculpa con la necesidad de dar representacion en ella á todas las clases del Estado y de la poblacion, no podia ser sino sumamente perjudicial á la defensa. Esta no obtuvo una direccion única, cual conviene, elevándose fortificaciones donde á veces no era necesario y abriéndose cortaduras en puntos en que se causaba grave perjuicio con ellas. Fué preciso impedir la construccion arbitraria de tales defensas que estorbaban el tránsito por la vía pública de los carruajes y trasportes de la artillería y municiones, y hasta rompian ó inutilizaban los conductos del agua más necesarios entónces que nunca.

Fortificaciones.

Con el órden que así se logró introducir en los trabajos, se pudieron cubrir con parapetos, áunque poco robustos y medianamente dirigidos, las puertas de Alcalá, Recoletos, Santa Bárbara, Los Pozos y Fuencarral, Conde Duque y San Bernardino, como los demás portillos que ofrecian paso á la poblacion en su parte oriental, y las casas y edificios que dominan esos mismos puntos de ingreso por las calles

principales. Entre la puerta de Alcalá y la de Atocha, tambien fortificada, se alza, como todo el mundo sabe, el Retiro, cuyas obras de defensa, comenzadas cuando servia á los franceses de parque, almacenes y prision de Estado, se aumentaron muy poco, impidiéndolo la imprevision de los defensores y la falta de tiempo.

Era, con todo, imposible atender á las necesidades polémicas de un recinto como el de Madrid, dilatadísimo, de una parte, y señalado, además, que no puede decirse otra cosa, por una simple tápia que no consentia otros reparos que el de unas aspilleras que fueron abiertas apresuradamente. El duque del Infantado, al referirse en su Manifiesto á las fortificaciones levantadas aquellos dias en Madrid, dice que consistian *en unas muy imperfectas baterías*; y por nota añade: «Su imperfeccion principal consistia »en el corto recinto de algunas, en que todas eran »tan baxas que no impedian el enfilamiento de las »puertas y calles que cubrian, y siendo á barbeta, »no sólo estaban los cañones á descubierto y domi»nados por el terreno en que debian poner las suyas »los enemigos, sino que por la corta elevacion del »parapeto y la falta de proporcion entre éste y la »banqueta, quedaba tan descubierta la infantería, »que lexos de contribuir á su defensa, la exponia á »que multiplicándose al infinito los astillazos de los »tablones que formaban el parapeto, causase más da»ño que las balas mismas. Tampoco habia suficien»tes espaldones; las baterías eran muy reducidas y »estaban tan arrimadas á la pared, que ni las piezas »ni la infantería podian obrar con libertad; se emba-

»razaban unos á otros; no habia el desahogo necesa»rio, y como las puertas son de piedra de sillería, de »cada bala rasa del enemigo contra estas piedras, »debia resultar el equivalente á un cañonazo de me»tralla, que cogiendo debajo á los defensores, haria »en ellos grande estrago, y sino díganlo los madri»leños que experimentaron sus efectos (1)».

Armamento.

Los vecinos que tenian armas se presentaron con ellas al ser llamados por la autoridad; pero siendo pocos y sus pertrechos de muy mala calidad, como puede presumirse, para lucha tan formal, fué necesario facilitar armamento del que pertenecia al Ejército. Pudieron, así, repartirse como unos 8.000 fusiles al paisanaje que, á pesar de eso, hubo de proveerse, en su mayor parte, de cuantas armas de fuego ó blancas, ofensivas ó defensivas, antiguas ó modérnas, halló en los establecimientos públicos y privados. La Armería Real fué despojada de sus objetos más preciosos que pudieran ofrecer alguna, siquier dudosa, utilidad; algunas casas de Grandes dieron los de índole semejante que no ha llegado á recobrar cási ninguna; y no quedó arcabucero, industrial ó comerciante que en aquella ocasion no se encontrase privado de su hacienda voluntariamente ó por la fuerza. (2)

(1) Manifiesto de las operaciones del Exército del Centro desde el dia 3 de Diciembre de 1808 hasta el 17 de Febrero de 1809.

(2) Dice el Sr. Castellanos: «Franqueadas las entradas de la Armería Real, de la del duque de Medinaceli (*) los sitios donde habia armas las sacaron, y armándose como mejor pudieron.....»

(*) Por este motivo faltan muchas armas de nuestros antiguos que se perdieron ó no se quisieron devolver y la del duque quedó casi deteriorada.»

Para poner órden en aquella multitud abigarrada que no hacia sino recorrer la capital alborotando las calles y haciendo inútiles los conocimientos y los esfuerzos de los oficiales de Ingenieros encargados de las obras de defensa, se habia dispuesto el 1.° de Diciembre que todas las personas que tuviesen escopeta y pudieran manejarla, se presentasen con ella y sus arreos en el Campo de Guardias, á donde con alguna anticipacion acudirian tambien los oficiales de todas clases, así vivos como retirados, que existiesen en la plaza. Era el objeto de la Junta enregimentar á cuantos armados ofrecieran sus servicios, dándoles, en lo posible, jefes é instructores.

Ya anteriormente la Junta central, reformando la ley de reemplazos del año 1800, habia disminuido el número de las exenciones para el servicio del ejército, y habia, entre ellas, suspendido la que dejaba en libertad á los nobles, inspirándoles la idea de ofrecer voluntariamente su cooperacion militar en aquellas críticas circunstancias. Por otra Real órden, la del 22 de Noviembre, se habian creado en todas las provincias libres de la presencia de los franceses cuerpos de Milicia honrada de infantería y caballería, «con el objeto, decia aquella soberana disposicion, de conservar la paz y tranquilidad interior del Reino.» Aún apareció en el *Diario de Madrid* del 28 el Reglamento que prescribia las disposiciones más convenientes para la ejecucion de aquella órden; y en el dia 29 se habian señalado los *quarteles* de la capital en que hubiera de tener lugar el alistamiento de los milicianos.

Pero todas estas disposiciones quedaron sin efecto

al anunciarse la aproximacion de los franceses. Las gentes en ellas comprendidas y cuantas de armas tomar podian haber formado parte de la Milicia, quedaron confundidas en la masa general é informe que se apercibió á la defensa de Madrid, la que, en lugar de ir al Campo de Guardias, se reunió en el Prado para recibir armamento, municiones, organizacion y destino.

No tenemos que esforzarnos mucho para hacer comprender á nuestros lectores que todos estos preparativos, áun dirigiéndose á introducir algun órden en la defensa, tenian que ejecutarse sin el método y el rigor convenientes en ocasion tan solemne y que sólo se consiguen por un respeto profundo á las autoridades constituidas. **Desórdenes.**

Todos ó la mayor parte habrán desgraciadamente presenciado escenas, ya que no iguales, muy semejantes, y presumirán el desconcierto que reinaria en una reunion tan numerosa de gentes de todas edades y clases y en que hasta se mezclaba el bello sexo, siempre exajerado en sus pasiones, sobre todo en España, donde tanto influjo ejerce por sus condiciones características de energía y patriotismo.

Las escenas del Prado no ofrecieron, sin embargo, el carácter de las que se representaban por las calles, en que las gentes, animadas con la salvaguardia de sus casas, se propasan generalmente á actos cuya responsabilidad creen poder allí eludir mejor. Al repartirse las municiones, observó alguno que habia entre ellas cartuchos de fusil que, en vez de pólvora, contenian arena. La traicion se hizo manifiesta para aquellos á quienes llegó inmediatamente la noticia;

y, no pudiendo conocer su orígen de un modo seguro, se atribuyó á quienes, quizás, tenian la menor culpa. El parque carecia de municiones, remitiéndose cuantas se construian á los ejércitos de operaciones (1); se habia hecho preciso encargar su confeccion á manos extrañas al oficio y al instituto encargado de ella; y en el apresuramiento que exigia la ocasion y ante las exigencias del peligro, el clero religioso de Madrid se ofreció á fabricar los cartuchos que fueran necesarios. Pero como no podia sospecharse de clase tan respetable y que se distinguia en toda España por el fuego de sus ideas patrióticas, la opinion se dirigió á otra parte, extraviada ya por completo con los propósitos, á cada punto más acalorados y errantes, de las muchedumbres.

Era regidor de la villa y estaba con otros encargado de la construccion de los cartuchos, el marqués de Perales, persona que habia perdido una gran parte de la popularidad de que gozaba por *sus usos y traheres*, como dice el conde de Toreno, con haber visitado á Murat y áun haber recibido de él obsequios y buen acogimiento. Habia, además, en los barrios bajos, á cuya inmediacion tenia el Marqués su casa, personas que por desairadas ó influidas por los celos ansiaban ejercer en él una venganza tan ruidosa

(1) En el *Diario* del 1.° de Diciembre se avisa al público que, siendo cada dia más urgente proporcionar carruajes con que conducir á los ejércitos los víveres, pertrechos y demás efectos que necesitan, todos los que tengan carros, galeras ó coches avisen en las casas de Ayuntamiento la clase de servicio á que los ofrecen, en el concepto, dice «de que los carros de los coches, en quitándoles la caxa y poniéndoles una red de cuerda, pueden hacer muy bien aquel servicio.»

como sangrienta. Una de esas personas con quien el de Perales habia, como con tantas otras de su extraccion, tenido relaciones, queriendo hacerle pagar su abandono, fué, segun la fama más acreditada, quien lo denunció como infidente contra la pátria y autor de los cartuchos de arena, construidos acaso, porque otra cosa no se comprende, con la aviesa intencion de perderle (1). De eso á la violencia no hay más que un paso, y á los pocos momentos de esparcirse la voz funesta de la traicion del Marqués, una multitud de hombres y mujeres de la más vil ralea, subió á la calle de la Magdalena y, encontrándole en su casa, despues de coserle á puñaladas, colocó el cadáver en una estera y se puso á arrastrarlo por la vía pública hasta la llegada del duque del Infantado, quién sólo alcanzó á salvar al ayuda de cámara de la ilustre é inocente víctima, destinado á igual ó más vergonzoso sacrificio.

Este hecho injustificable; la idea del desórden que no puede ménos de producirse en una poblacion sin tropas regulares que la guarnezcan, entregada á la sola y cási siempre perturbadora accion de las masas populares, áun estando, como lo estaban en Madrid, influidas por el patriotismo; y el conocimiento, perfectamente justificado ya, de aquellos sucesos,

(1) ¿De dónde salieron aquellos cartuchos? Nadie lo ha dicho. El P. Salmon y Carnicero ni mientan siquiera la muerte del Marqués; la cita el duque del Infantado que no llegó á tiempo para salvarle al acudir á apaciguar el tumulto; pero ignora tambien el orígen de los cartuchos. Schépeler, que demuestra saber tanto, no lo conocia, y sólo se detiene en hacer ver, como es justo, la inocencia del Marqués, en cuya casa dice que se hallaron papeles que no le comprometian y cartuchos de inmejorable calidad.

desmienten de una manera irrefutable el aserto de algunos cronistas, testigos presenciales, que nos han querido pintar á nuestra capital en el órden más perfecto (2). En Madrid no reinaba ni podia reinar sino una grande y perniciosa anarquía. Ya se sabe lo que son, en tales ocasiones, las autoridades huérfanas del prestigio y de la fuerza, más que nunca entónces necesaria. La Junta de Madrid no la tenia para defender la villa contra los franceses, pues que todas las tropas del Ejército habian salido á campaña y andaban derrotadas, léjos y en la mayor indisciplina, y no la tenia para hacerse respetar de los defensores, entregados á sus exajeraciones é inexperiencia.

Sale Infantado

Así es que en sus reuniones de costumbre en la casa de Correos, la Junta en lo que más pensaba era en los medios de atraer á Madrid las tropas de los ejércitos de Extremadura, de Reserva y del Centro, que suponia muy próximos. De los dos primeros calculaba la Junta que habrian quedado en muy mala situacion en sus jornadas últimas de Búrgos y Somosierra; pero en el del Centro creia mayor fuerza

---

(2) Carnicero es uno de los que lo dicen; pero nosotros nos permitimos no creerlo. «En medio de estas circunstancias, excla»ma, (digan lo que quieran los franceses y sus secuaces) reynaba »el mayor órden y entusiasmo, ni se oia otra voz más acorde: ¡Cómo! »*¡los gavachos volver á entrar en Madrid! morir ó vencer.*»

Infantado dice que comenzaban á formarse vários partidos y hace ver que habia un gran desórden. Muñoz Maldonado, en cambio, manifiesta que el pueblo sacrificó á Perales pero sin ensañarse en su cadáver. Verdaderamente no hizo más que coserle á puñaladas, que le desfiguraron completamente, y arrastrar el cadáver por las calles.

y espíritu más entero. Era urgente llevarlo á Madrid ó situarlo en posiciones desde las que pudiera ofender eficazmente á los sitiadores, cayendo sobre ellos para estorbarles sus operaciones, ya que no para vencerlos y hasta exterminarlos. A fin de alcanzar un resultado que la presencia de las avanzadas enemigas hacia urgente, hubo la Junta de privarse de los servicios del duque del Infantado en Madrid, y le confió la mision de salir en busca del ejército del Centro para dirigirlo á los fines indicados y segun las dotes militares que se suponian sobresalientes en el Duque.

Infantado salió, con efecto, el 2 á las seis y media de la mañana, y no sin grave peligro, de que le salvó la densa niebla que cubria las inmediaciones de Madrid, pudo llegar á Alcalá de Henares á las tres de la tarde. Habian pasado por junto á las tápias de la ciudad unos 80 caballos enemigos, dirigiéndose á la venta de Meco y Guadalajara, por lo que el Duque, acompañado tan sólo del de Alburquerque y una corta escolta, hubo de pasar el Henares por la barca y encaminarse á San Torcaz.

Situación del ejército del Centro.

Allí empezó á tener algunas noticasi del ejército del Centro por un ayudante del general Castaños y algun otro jefe que se habian adelantado para comunicárselas. En su consecuencia, principió el Duque á tomar disposiciones á fin de que las tropas, al llegar á los puntos próximos, encontraran los bastimentos necesarios para su reposicion y descanso en marcha tan penosa como llevaban desde el dia de Tudela. Tambien las tomó para cortar los caminos á los muchos soldados que el hambre y el desánimo impelian

á desertar de sus banderas, para lo que confió á cuantos oficiales iban llegando la mision de situarse en los puentes y pasos más importantes del Tajo y el Tajuña.

Las noticias que desde su entrada en San Torcaz habia recibido, así como las comunicaciones que le dirigia el general Lapeña, le hacian considerar el ejército en estado lastimosísimo; pero, como dice el mismo duque en su Manifiesto «ni él ni nadie hu»biera podido ni áun imaginariamente figurarse el »estado real y verdadero de aquel exército, ni el »lastimoso espectáculo que dentro de pocas horas »debia presentarse ante sus ojos.»

El 3 pasó á Guadalajara donde, despues de conferenciar con los generales Lapeña, condes de Cartaojal y Coupigni y el Cuartel Maestre general Sampér, y de convenir todos en la necesidad de socorrer á Madrid, se acordó enderezar la marcha por los altos de San Torcaz y Arganda hasta situarse, con el convoy que se lograra reunir, sobre la puerta de Atocha y dar un fuerte golpe de mano á los sitiadores. Cuando no, habria el recurso de establecerse en Valdemoro, punto de donde podia acalorarse la defensa de los madrileños y que, por su situacion y comunicaciones, mantenia al Ejército á salvo de cualquiera empresa del enemigo. Además, se envió al general francés que mandase las operaciones del sitio un oficial parlamentario, amenazándole con la responsabilidad de los muchos prisioneros franceses que estaban en poder de los españoles si se propasaba á violencias con el vecindario de Madrid. Y, acordado el plan y ejecutadas algunas de las disposiciones á que

acabamos de referirnos, pasó revista al ejército y lo puso en marcha.

Dejemos para cuando hayamos de historiar las operaciones de aquellas tropas desde la de Tudela, el hacernos cargo de su estado deplorable más detalladamente de lo que lo hemos hecho hasta ahora; y sobre el movimiento intentado en auxilio de Madrid, bástenos decir que fué tardío y, por consiguiente, infructuoso, como veremos en el relato, que ya urge, de los de los franceses, rápidos y ejecutivos, como impulsados por Napoleon con la energía y la actividad que le eran peculiares.

Presentanse los franceses.

Trás de las avanzadas francesas, que dijimos habian aparecido el dia 1.° en las alturas próximas á Madrid, fueron presentándose sucesivamente grandes masas de la misma arma de caballería á que aquellas correspondian. El 2, temprano, estaban cubriendo la zona septentrional del perímetro de la villa las divisiones de dragones de los generales Lahoussaye y Latour-Maubourg y la caballería de la guardia imperial á las órdenes del mariscal Bessières, el orgulloso vencedor de Rioseco. A medio dia llegó el emperador Napoleon con su Estado Mayor, y sin interrupcion fueron alojándose en las inmediaciones las demás tropas que formaban su numeroso é imponente ejército.

Era, como acabamos de decir, el 2 de Diciembre, dia fausto en los anales napoleónicos; era el cuarto aniversario de la coronacion del Emperador en el célebre campamento de Boulogne y el tercero de aquella batalla llamada de los Emperadores, la de Austerlitz, en que se habia establecido la supremacía de

los ejércitos franceses sobre los demás de Europa. Jornada más gloriosa no se habia conocido en el Imperio; y las de Jena y Averstaedt, la misma de Friedland con su inmediato corolario de Tilsit, no harian sino confirmar la importancia y el honor de la ejecutada en las remotas y heladas llanuras de la Moravia. De tan feliz augurio era el 2 de Diciembre, que, mucho más tarde, seria tambien elegido para la ejecucion de planes que, como el de la coronacion del primer Bonaparte, habrian de servir para el entronizamiento y la grandeza de sus sucesores de la familia.

Así, el ejército francés al ver al Emperador junto á Madrid, prorumpió en un ruidoso y unísono *¡Hurra!* que, dice Thiers, fué á unirse con los gritos de rábia que, viendo á los franceses, lanzaban á su vez los madrileños. Se contemplaban éstos cara á cara del ántes tan ensalzado y tan aborrecido entónces Napoleon, el coloso tremebundo á cuyo sólo nombre temblaban los corazones más fuertes y las sociedades más poderosas, árbitro inapelable de los destinos en Europa; y, sin embargo, por confesion de sus mismos aduladores, en vez de la humildad de otras partes, hallaba en España la expresion del ódio y de la rábia que inspiraban sus tortuosos y cobardes procederes.

Intimacion del Emperador.

Por hipocresía ó por respeto; hipocresía si se atiende á la con que habia iniciado su intrusion en los asuntos políticos de nuestra pátria, respeto si en aquellos instantes venian á su memoria los escarmientos de Zaragoza y de Gerona, de Valencia y de Bailén; por la idea, quizás, de celebrar el dia con un nuevo espectáculo, el de su entrada en la ciudad fa-

vorita de las dos dinastías precedentes, metrópoli, por mucho tiempo, de dos mundos vastísimos, Napoleon ofreció á las autoridades de Madrid una capitulacion, pero que habia de ser inmediata.

No era aquella la primera tentativa de Napoleon para abrirse paso entre los madrileños; porque se habia hecho preceder de una carta suscrita por los españoles Ministros de su hermano, Azanza, O'Farril, Romero, Arribas, Urquijo y Cabarrus; carta en que, á vuelta de mil protestas de españolismo y de mostrar lo temerario de una resistencia armada á las fuerzas incontrastables del Emperador, se hacia responsables al presidente de la Junta central, al decano del Consejo y al corregidor de Madrid de la sangre y de las desventuras en que se veria la Nacion envuelta (1).

La Junta central habia creido no deber dar publicidad á esta carta, de lo que despues la culparon los firmantes de ella; pero en la *Gaceta* del 25 de Noviembre hizo aparecer una alocucion en que, despues de referirse á la misiva como á uno de los malos me-

(1) El último párrafo de la carta decia así: «Pero si la Junta »persiste en su empeño, sus indivíduos serán responsables á Dios, »á sus conciudadanos y á la humanidad, de la sangre, de la desolacion y ruina que experimentarán Madrid y esas provincias; y sea »cual fuere la calificacion actual que la efervescencia de las pasiones diere á este paso nuestro, hallaremos el premio de él en nuestras conciencias, y tal vez algun dia en la posteridad; siendo este »el consuelo único que nos queda en la afliccion comun de que »no podremos nunca dexar de participar. Creeríamos ofender á »V. E. y á la Junta si insistiésemos demasiado sobre la proteccion »salvaguardia que debe tener el portador de ésta, así á la ida como »á la vuelta.—Búrgos 17 de Noviembre de 1808.—Siguen las »firmas.»

dios de que echaba mano el enemigo para sojuzgar la Nacion, decretaba «fuese quemada por mano del »verdugo y sus autores abandonados á la execracion »pública, tenidos por infidentes, desleales y malos »servidores de su legítimo Rey; indignos del nombre »español y traidores á la religion, á la pátria y al Es»tado.»

Con la misma energía con que fueron rechazadas las observaciones y amenazas de los ministros de José por la Junta central, fué desoida la intimacion que Napoleon dirigió por medio del mariscal Bessières y del general Montbrun á las autoridades y habitantes de Madrid. Montbrun, que acompañó al oficial parlamentario á la puerta de Alcalá, se vió muy comprometido al rechazar la pretension que le manifestaron los sitiados de que fuera Bessières con los ojos vendados á presentar á la Junta sus proposiciones, y hasta él mismo tuvo que defenderse con su espada. El portador del pliego debió su salvacion al favor que le dispensaron las autoridades, sostenidas por fuerzas del ejército que no permitieron se manchase su fama con un crímen condenado por las leyes militares y sociales.

La contestacion de la Junta de defensa fué que el vecindario estaba resuelto á sepultarse bajo las ruinas de Madrid ántes que consentir en la entrada de los franceses. (1)

---

(1) El *Boletin* del ejército francés correspondiente al 5 de Diciembre, al referirse al parlamento dirigido por el duque de Istria, pinta todo lo grotescamente posible la escena del general enviado por la Junta de Madrid con su contestacion. Dice así: «Un general »de las tropas de línea apareció en las avanzadas para contes-

Fué, pues, necesario apelar al argumento de las armas, á cuya contestacion encontraron los franceses dispuestos á los españoles, organizados por compañías desde su alarde en el paseo del Prado y cubriendo los débiles parapetos con que, en su inexperiencia, creian poner á salvo el sagrado de sus hogares. Comienzan las operaciones del sitio.

Los primeros ataques fueron dirigidos, cuando

»tar á la intimacion del duque de Istria; iba acompañado y vigila»do por 30 hombres del pueblo cuyo traje, miradas y feroz len»guaje recordaban á los asesinos de Setiembre. Cuando se pregun»taba al general si queria exponer las mujeres, los niños y los »viejos á los horrores de un asalto, manifestaba á escondidas el »dolor de que se hallaba poseido é indicaba por signos la opresion »á que se veia sujeto con todas las gentes honradas de Madrid, »pero cuando levantaba la voz, parecian sus palabras dictadas por »los miserables que le vigilaban. No se pudo abrigar género de »duda sobre la tiranía excesiva de la multitud al verle levantar »testimonio de sus discursos y hacerlo firmar á los espadachines »que le rodeaban.» (*)

(*) No podemos saber quién era el general parlamentario, porque ningun español, testigo de aquellos sucesos, habla de él ni recuerda tal escena. A nosotros sólo nos ocurre protestar de la torpeza de aquellos 30 vigilantes que no lograban observar lo que tan claramente veian los franceses. ¿Para qué habria aceptado aquel hombre una mision que tan cobardemente habriá de desempeñar?

¡Difícil tarea la del historiador! En ese mismo *Boletin*, lleno de falsedades, se dice que la noche del 2 «la luna esparcia tal claridad que parecia prolongar la del dia.» Esto no tiene nada de particular porque el 3 era luna llena; pero es la cosa, que Carnicero, testigo presencial, dice que toda aquella noche fué «en extremo oscura y nublada,» y que sólo de ocho á nueve de la mañana siguiente el sol disipó la niebla para presenciar la batalla y defensa de los fieles madrileños. Toreno sigue á Carnicero, y Muñoz Maldonado atribuye la impunidad de los franceses al levantar sus baterías contra el Retiro á la oscuridad de la noche. ¿A quien creer en accidente tan importante, puesto que, durante la mayor parte de la noche anduvieron cruzándose los proyectiles de cañon y fusil de un campo al otro?

De estos ejemplos sobre la dificultad de la historia podriamos en ésta presentarlos á cientos á pesar de haberse escrito tanto sobre ella.

hubo llegado la division Lapisse, que seria á eso de las siete de la tarde, contra los edificios próximos al recinto por sus lados septentrional y oriental. Si en las cargas primeras lograron los sitiadores ocupar algunas casas y el cementerio en el barrio del camino de Francia, que hoy lleva el nombre de *Chamberí*, las intentadas hácia la montaña del Príncipe Pío y las puertas de Fuencarral y de los Pozos, fueron rechazadas, contentándose el enemigo con sorprender y arrestar á los que, previendo el resultado de aquella lucha y á favor de la oscuridad, intentaban abandonar la villa por aquella parte. Los franceses tenian extendida su inmensa caballería por todos los caminos y avenidas de la izquierda del Manzanares y hacian la evasion imposible.

Tambien frente al Retiro y hácia los altos de Vallecas se divisaron por la tarde masas francesas cuyo intento fué desconocido hasta el dia siguiente, y á las que saludaron nuestros artilleros desde los parapetos levantados anteriormente en aquel sitio real.

Nueva intimacion.

Napoleon, habia fijado su plan en el reconocimiento que, ántes de establecerse en el palacio del duque del Infantado en Chamartin, practicó por toda aquella zona con el golpe de vista y el acierto de siempre. Aun resuelto á una accion decisiva para el dia siguiente, quiso, sin embargo, ensayar de nuevo el camino de las negociaciones. Se conoce que le dolia abrirlo de sangre y de ruinas en una poblacion en que despues habría de hacer su entrada, como soberano y como padre, su hermano José. A media noche envió el príncipe de Neuchàtel á Madrid un teniente coronel de artillería, español, pri-

sionero de Somosierra, con una carta para el marqués de Castelar, en que le intimaba de nuevo la rendicion, á fin de evitar los horrores de un asalto, para el que tenia medios, más que sobrados, el ejército francés.

Sea por la razon antedicha, bastante fundada é importante en nuestro sentir, sea porque repugnara á Napoleon penetrar á sangre y fuego en una ciudad tan populosa, indefensa en todo concepto militar, en el de sus obras de fortificacion y en el de la clase é índole de sus presidiarios, es indudable que en el sitio de Madrid se mostró tan humano y magnánimo como en ningun otro de los que con tanta fortuna habia superado en su ya larga carrera de triunfos y conquistas. Las condiciones de la capitulacion posterior; la disciplina que, en general, hizo observar á sus tropas; su mismo alejamiento evitando á los madrileños el sonrojo de la entrada triunfal del aborrecido César por las calles de la capital; toda su conducta eu aquella triste circunstancia, pone de manifiesto que, obedeciendo á sentimientos del corazon ó á cálculos prudentes de una hábil política, no quiso herir la susceptibilidad, que ya reconoceria como muy exquisita, de los vencidos en esta España que, por su lenguaje, se conoce que ya comenzaba á comprender y hasta estimar (1).

Castelar contestó que debiendo consultar á las demás autoridades constituidas de la villa y conocer las disposiciones del pueblo, se le concediese

---

(1) Véase despues el discurso que dirigió á los generales Morla y Vera.

aquel dia de suspension, ofreciendo que el 4, muy temprano, ó en la noche del 3, enviaria su respuesta por un oficial general.

Continúa el fuego.

Esta respuesta llegó al cuartel imperial á las nueve de la mañana del 3, hora en que tronaba ya el cañon por todo el recinto. El mariscal Víctor, aprovechando la oscuridad ó lo claro de la noche, como quiera el lector, habia establecido baterías en los puntos considerados como los más propios en el reconocimiento practicado la tarde anterior. El general de artillería Senarmont, al frente de 30 piezas, habia roto desde el amanecer un fuego terrible contra las tápias del Retiro y, como es de suponer, habia inmediatamente abierto una ancha brecha en ellas (1).

Aquel era el objetivo principal del ataque de los franceses, pues los embates dirigidos contra las puertas de Alcalá, Recoletos y demás del recinto oriental, no eran sino simulados para ocultar el verdadero.

El de la puerta de Recoletos dirigido, al parecer, para flanquear el de la de Alcalá, fué inmediata-

(1) Es, pues, completamente gratuito el *alors* que estampa Thiers en el párrafo siguiente de su obra: «Napoleon, entónces »(alors), al despuntar el dia, se situó en las alturas, teniendo el »Buen Retiro á su izquierda y las puertas de los Pozos, Fuencar»ral y del Duque á la derecha, y él mismo ordenó el ataque.»

Ya hemos dicho que la contestacion de Castelar se recibió en el cuartel imperial á las nueve, y lo dice así el parte oficial francés.

Napoleon se situó, efectivamente, en los altos de la fuente Castellana. Toreno, dice que estaba cerca de la fuente Castellana. «Mas barriendo, añade, aquella cañada y cerros inmediatos una »batería situada en lo alto de la escuela de Veterinaria, cayeron »algunos tiros junto al Emperador que, diciendo, *estamos muy cer»ca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo.»

mente rechazado por la batería de la Veterinaria. Otro tanto lograron nuestros tiradores de las Puertas de los Pozos, Fuencarral y Conde Duque, en cuyos asaltos fué herido el general Maison de la division Lapisse, no, como dice Thiers, despues de haberlas ganado y tratando de apoderarse del cuartel de Guardias de Corps, impenetrable á las balas de cañon, sino al intentarlo para distraer á los madrileños de la defensa del Retiro.

Allí fué donde Napoleon empleó la fuerza más numerosa y la mayor energía, no sólo haciendo fuego con 30 piezas para batir en brecha las tápias, sino asaltándolas tambien con la division Villatte que tomó á la carrera las alturas y los edificios que constituian la verdadera importancia de aquella posicion. En menos de una hora fueron arrojados de ella los madrileños; y el palacio, el observatorio, la fábrica de la China, el cuartel y los almacenes construidos anteriormente por los franceses, quedaron en poder de los nuevos sitiadores. Y no se detuvieron allí éstos, sino que, persiguiendo á los fugitivos, cruzaron el Prado y se hicieron dueños del palacio de los duques de Medinaceli, cuyas puertas traseras se habian dejado abiertas.

De ese modo quedaron flanqueadas las puertas de Atocha, Alcalá y Recoletos, cuyos defensores hubieron de retirarse á las principales avenidas del Prado para proseguir, en las cortaduras y barricadas que las interceptaban, la resistencia heróica que se habian propuesto.

Pero ya no era posible el continuarla. Las fuerzas de que disponia el Emperador eran más que de

sobra para el sitio de una poblacion que, sin contar con un recinto amurallado ni trabajos de fortificacion exteriores ni accesorios en regla, tenia por guarnicion 3 ó 4.000 reclutas, fugitivos de las batallas anteriores, y una multitud informe sin organizacion, disciplina, ni siquiera armas propias para el combate contra tropas que eran las primeras del mundo. El entusiasmo patriótico no podia suplir á una desigualdad tal de medios; y por grande que fuera el de los madrileños, no faltaban tampoco quienes reconocieran la inutilidad, mejor aún, lo temerario de sus esfuerzos. Los militares, sobre todo, sin confianza nunca en la solidez y constancia de las muchedumbres populares, debian comprender que no se prolongaria mucho una resistencia, efecto, no del espíritu del deber y de la obediencia que anima á las tropas regulares á soportar las privaciones y riesgos de una situacion larga y difícil, sino del calor de las pasiones por legítimas y puras que sean.

Que si existian, y muy recientes, los ejemplos de Zaragoza y Valencia, no eran comparables en cuanto á las condiciones de localidad, y ménos aún respecto á las de los recursos empleados por el enemigo contra un pueblo que carecia de la cohexion y la homogeneidad de los otros. Los excesos cometidos, como en todas partes se ejecutan en situaciones iguales ó semejantes; la muerte de Perales; la otra, bien bárbara tambien, del yerno del antiguo corregidor Marquina, y los atropellos, por fin, á que daban lugar disidencias que, desde los primeros momentos del sitio, parece que empezaron á dibujarse

en algunas clases del pueblo, (1) tenian precisamente que tener además alarmadas á las autoridades, responsables de una accion que sólo puede ejercerse con el órden y la disciplina militares.

No por eso vaya á creerse que áun despues de la pérdida del Retiro decayesen de ánimo los defensores, ni que saliera de nadie voz alguna de capitulacion ni de decaimiento siquiera: no; la pérdida de aquel excelente puesto, atribuida á una traicion en el sentir popular, manifiesta desde que sólo se habian dejado para guarnecerle sobre 500 paisanos y pocos reclutas, «comandados, dice el P. Salmon, por oficiales del recien creado regimiento nombrado de »Mazarredo, levantado por un sobrino del general »de marina D. José del mismo apellido,» se creyó compensada con la muerte de los generales Maison y la Bruyère y con las muchas bajas sufridas por los franceses en los ataques del palacio de Medinaceli y del recinto oriental.

Se trató de acrecentar en el pueblo el entusiasmo y la resolucion de defenderse con inspirarle la idea de que sólo por traicion podia haber sido vencido en el Retiro, y que cuanto más se concentrara en la villa más eficaz y afortunada seria la resistencia vigilando de cerca á los jefes y teniendo á la mano, con el abrigo de las casas, cuantos recursos le fueran necesarios y un refugio, por fin, seguro donde burlar la accion del enemigo. Y se aumentaron las obras de fortificacion de las calles, extendiendo los

(1) Dice Carnicero: «Ya en este dia 2 corrió con bastante uni»formidad que los franceses tenian dentro de Madrid sobradas in»teligencias.»

trabajos á zonas y puntos que no se consideraban hasta entónces amenazados; se arrastró á los más expuestos cuanta artillería habia disponible en los almacenes, y se preparó la multitud de los defensores á resistir el asalto, que ya veian inmediato, entre los nunca interrumpidos anatemas á los franceses y á los traidores. (1)

Tercera intimacion.

Pero Napoleon, repugnando siempre la entrada de su hermano en Madrid por entre cadáveres y ruinas, no cesaba en sus propósitos de conciliacion, muy hábiles indudablemente. Evitando á los madrileños los atropellos del asalto y el sonrojo del vencimiento, trataba de apresurar una capitulacion que le abriria ántes el camino de las operaciones sucesivas contra los ejércitos del Centro y Extremadura, pero principalmente contra el inglés que suponia próximo y pronto á una accion eficaz en favor de los españoles.

Así es que, ántes de repetir un ataque del que, áun coronado, como era de esperar, del éxito más completo, no obtendria sino resultados los más opuestos á su pensamiento político á la vez que militar, derramamiento inútil de sangre y pérdida de tiempo, hizo que Berthier repitiese la intimacion anterior acompañándola de un oficio en que manifestaba á la Junta de defensa que el Emperador tenia todo preparado para tomar por asalto y arruinar la

(1) Sólo risa puede producir la noticia estampada en el parte francés del sitio de que Madrid tenia más de cien cañones en batería y que «se desenterró un número aún más considerable de »piezas de á 2 y de á 3, sacándolas de las cuevas y sujetándolas con »cuerdas á las carretas, material grotesco, dice, que sólo probaba »el delirio de un pueblo abandonado á sí mismo.»

villa, fuertes columnas que penetrarian por las calles, una artillería inmensa que las abriria paso, y minas con que pensaba volar los principales edificios; pero que siempre generoso y magnánimo preferia deber la conquista de Madrid á la razon y á la humanidad de los que la dominaban. «Se concederá, »concluia diciendo, á la villa de Madrid proteccion »y seguridad para los habitantes pacíficos, para el »culto y sus ministros, en fin, olvido de lo pasado. »Enarbólese bandera blanca ántes de las dos, y en»víense comisionados para tratar.»

Nuestros lectores, si no lo saben ya, comprenderán el efecto que produciria en Madrid aquel mensaje. Si para la parte más jactanciosa del pueblo podia significar respeto y hasta miedo á los que se consideraban como rivalizando con los zaragozanos, ideal ya el más sublime para los defensores de una ciudad ó una plaza, los más sensatos, conociendo su impotencia, y las autoridades, sobrecogidas por la responsabilidad que sobre ellas sentian pesar tan gravemente, interpretaban con mayor prudencia las miras del Emperador, más que humanas, en su concepto, hábiles y previsoras. Los más exaltados, áun no siendo generalmente los mejores ni los más valientes, proclamaban la continuacion del fuego, la resistencia hasta la muerte de los defensores y la ruina de la villa. Corrian por las calles desalados excitando á las gentes del pueblo y profiriendo amenazas contra los pusilánimes, los próceres y los generales; pero la idea de la capitulacion se abria paso, y no estrecho, ante la consideracion de la prudencia ó de la generosidad de Napoleon.

La capitulacion.

Contra lo que suele suceder en casos semejantes, la Junta tuvo fuerza para hacer cesar el fuego á las dos de la tarde, tres horas despues de haber salido la intimacion del campo imperial; y otras dos despues se trasladaban á él, con un pequeño acompañamiento, el General Morla, representando á las autoridades militares, y D. Bernardo de Iriarte á las civiles de la poblacion.

Debia estar ya decidido el proyecto de rendirse, puesto que, miéntras se dirigian á Chamartin los parlamentarios, desfilaban hácia los Carabancheles las excasísimas tropas que guarnecian á Madrid. La noticia cundió muy pronto y se propagó entre los habitantes, causando en la mayoría la zozobra y el estupor de tales casos, y en los más acalorados rábia, deseo de venganza, y la resolucion tambien de buscar en las mismas filas del ejército quien, desentendiéndose de la autoridad de sus jefes naturales, prosiguiera la resistencia á todo trance. Para eso acudieron al Teniente General Vizconde de Gand, que se hallaba encargado de la custodia y defensa de la puerta de Segovia, quien, despues de una insistente oposicion, hubo de ceder, por fin, á los deseos de los que le buscaban, con la condicion, sin embargo, de ir en busca de las fuerzas regulares de Guadarrama, sin las cuales creia imposible la continuacion de la defensa.

Entretanto habian llegado al campo francés Morla é Iriarte, y eran introducidos en la tienda del mayor general del ejército, Príncipe de Neuchâtel. Expuesto el objeto de su mision, el de solicitar la suspension de hostilidades durante el dia 4, tiempo necesario

á la Junta para hacer entrar en razon al pueblo, el Príncipe los llevó á presencia del Emperador, único que habria de manifestarles su resolucion y condiciones definitivas.

Los historiadores se extienden, segun su nacionalidad y carácter, en describir aquella escena que, de todos modos, y sin duda alguna, seria imponente. Napoleon era hombre que se dejaba arrebatar con facilidad de sus ímpetus de violencia y de sus hábitos de dominacion; y se cometió la torpeza de ofrecerle por blanco de sus iras homéricas el antiguo gobernador de Cádiz, apresador de la escuadra de Rosilly, y, en concepto de los franceses, el que habia violado la capitulacion de Bailén dejando atropellar á los prisioneros é impidiendo el embarque para Francia (1). Deseosos de comunicar á nuestros lectores cuanto pueda interesarles en un estudio tan importante como el de la brevísima época que Napoleon dedicó á su accion personal en una lucha que tanto habia de contribuir á sus ulteriores destinos, vamos á trasladarles el texto de su discurso á Morla, tal como se estampó en el parte oficial, ha copiado despues Mr. Thiers, y, aunque en extracto, han repetido cuantos refieren ó comentan aquellos sucesos:

«Toman ustedes en vano el nombre del pueblo, »parece que les dijo con voz airada; si no logran

(1) Lo calificamos de torpeza para el caso de que no fuese un acto premeditado de Morla. Su conducta posterior da lugar á creer que debia entrar en su pensamiento el aplacar al emperador ó el desorientar á los madrileños de sus ruines proyectos de desercion. Se nos figura que lo consiguió.

»ustedes calmarlo, es porque lo han engañado y ex-»traviado con sus mentiras. Reunan ustedes á los »curas, á los superiores de los conventos, á los al-»caldes y principales propietarios, y que de aquí á »las seis de la madrugada se rinda la villa ó dejará »de existir. No quiero ni debo retirar las tropas. Ha-»beis asesinado á los infelices franceses que cayeron »prisioneros en vuestras manos, y hace muy pocos »dias dejásteis arrastrar y matar en las calles á dos »criados del embajador de Rusia, porque eran fran-»ceses de nacimiento. La impericia y la cobardía de »un general pusieron en poder de usted unas tropas »que habian capitulado en el campo de batalla de »Bailén, y la capitulacion fué violada. Y, Sr. Morla, »¿qué carta escribió usted á ese general? ¿Le conve-»nia á usted hablar de saqueo, cuando al invadir el »Rosellon en 1795, robaba las mujeres y las repartia »como botin á los soldados? ¿Dónde está, pues, el »derecho para emplear semejante lenguaje? Se lo »vedaba á usted la capitulacion de Bailén. Y si no, »vea usted la conducta de los ingleses, que están »bien léjos de presumir de rígidos observantes del »derecho de gentes. Deploraron el convenio de Cin-»tra, pero lo han ejecutado. El violar los tratados »militares es renunciar á toda civilizacion, es igua-»larse á los beduinos del desierto. ¿Cómo, pues, se »atreven á pedir capitulacion los que violaron la de »Bailén? ¡Hé ahí cómo la injusticia y la mala fé se »vuelven siempre contra los que se hacen culpables »de ellas! Yo tenia una escuadra en Cádiz, y estaba »allí como aliada de España, y dirigió usted contra »ella los morteros de la plaza de su mando. Yo tenia

»un ejército español en mis filas, y preferí el verlo »trasladarse á los buques ingleses, y el tener que »precipitarlo de lo alto de las roças de Espinosa á »desarmarlo; preferí tener que combatir á 9.000 hom- »bres más, á faltar á la buena fé y al honor. Vuelva »usted á Madrid; le doy de tiempo hasta las seis de la »mañana; y al regresar aquí, no me hable usted del »pueblo sino para decirme que se ha sometido. En »otro caso, usted y sus tropas, todos, serán pasados »por las armas.»

Si fuéramos á analizar este discurso, mucho nos equivocamos si no lográramos demostrar que debe tener algo de apócrifo. Si las repeticiones, que lo hacen tan pesado, son disculpables, porque pueden revelar el propósito de insistir en un punto, el de la capitulacion de Bailén, para más imponer con la memoria de lo que Napoleon queria pintar como un crímen injustificable, no pueden serlo la cita de la fecha de 1795, errónea á todas luces, y la de los españoles de Dinamarca, cuya evasion sabia muy bien el Emperador que nadie habia de creer efectuada con la aquiescencia de los franceses. En 1795, el teatro de la guerra estaba ya en territorio nuestro; hacia dos años que habia invadido el Rosellon el ejército español, de que era Cuartel-Maestre, tan sólo, el general Morla; y por muy aficionado que fuese Napoleon á las hipérboles, se nos hace difícil en sus lábios la de atribuir á buena fé y á honor suyos la hazaña, que tanto le ofendia, de nuestros compatriotas en las orillas del Báltico.

La escena, repetimos, que debió de todas maneras ser imponente para gentes que ya se considera-

ban vencidas por el soberbio conquistador; y Morla volvió tan impresionado á Madrid, que ni cuenta sabia dar de ella á sus colegas de la Junta. Los pareceres entre ellos se mostraron, sin embargo, discordes, aunque prevaleciendo el de la rendicion con condiciones que á la mañana siguiente y á la hora señalada, no resistió Napoleon suscribir, aunque con variaciones ligerísimas. ¡Tal era la importancia que daba á la terminacion de una empresa que, de llevarse á cabo por la fuerza, le costaria el sacrificio de sus cálculos políticos y el fracaso, quizás, de los militares que ya le tenian embargado!

Estipulábase en aquel documento la conservacion de la religion, la vida y propiedades de los habitantes, áun la de los empleos en quienes los ejercian, así como la seguridad de que nadie seria perseguido por sus opiniones, escritos y actos anteriores. Se acordaba, además, la obligacion por parte de los franceses de no exigir más contribuciones que las ordinarias y respetar las leyes y costumbres, los tributos mismos existentes, hasta la organizacion definitiva del reino; el alojamiento de los franceses en cuarteles y edificios destinados á ese objeto, no en las casas particulares ni en los conventos; los honores de la guerra y la libertad de los soldados que todavía permaneciesen en Madrid. Se fijó, por fin, la ocupacion del hospital militar, de los cuarteles, parque y almacenes de la villa por los franceses, así como el allanamiento de las fortificaciones y reparacion y limpieza de las calles. (1)

(1) V. el apéndice núm. 25 que contiene el texto completo de la capitulacion.

Para cuando Morla y el general Vera, gobernador, segun ya hemos dicho, de la plaza, fueron á presentar la capitulacion al mariscal Berthier, el marqués de Castelar habia abandonado la villa con casi todos los soldados de la guarnicion y los paisanos que quisieron seguirle por el camino de Extremadura, libre todavía. Varios generales y personas notables que se creian comprometidas por sus antecedentes y no confiaban en la tolerancia del Emperador y de su hermano, se salieron tambien con cuanto pudieron llevarse. Los diligentes consiguieron hacerlo sin obstáculo; pero los más perezosos encontraron ya interceptados los caminos de la derecha del Manzanares á que se trasladaron luego algunas partidas francesas de caballería. Muchos fueron maltratados y heridos por resistirse á volver á la Córte, empujados á su recinto con la brutal fiereza de quienes aún llevaban en su corazon el rencor de su no remota y vergonzosa salida, no vengada con una capitulacion que mal podia satisfaceries.

Porque, con efecto, tales eran las condiciones impuestas por la Junta y otorgadas por el Emperador en aquel convenio, que ni debian esperarse despues de los combates anteriores, ni seguir inmediatamente al encarnizado de las puertas de Madrid y del Retiro. Para concederlas, mediaba indudablemente un pensamiento político; pero el soldado no podia ó se negaba á comprenderlo, amigo siempre de las medidas de rigor que son las que dejan más determinado y decisivo el éxito de sus trabajos militares.

Y tan es así, que, á pesar de que en los primeros momentos de la entrada de los franceses en Madrid

se observó un órden y una templanza que no se cansan de encomiar los escritores testigos presenciales de ella, muy pronto comenzaron, y al compás de las infracciones de la capitulacion por su Jefe, los desmanes de los oficiales y de la soldadesca. (1)

El Emperador, que un dia ántes no se cansaba de anatematizar la falta de cumplimiento de la capitulacion de Bailén, comenzó por violar la de Madrid, con los decretos del dia mismo en que la firmaba. En el primero destituia á varios consejeros del de Castilla por *cobardes é indignos de ser los Magistrados de una Nacion brava y generosa.* Su delito era el auto

(1) Carnicero dice: «Todo lo contrario sucedió dentro de la córte; pues aunque los franceses con su comandante Belliard entraron en esta misma tarde como en número de 4.000 hombres, y tomaron los puntos y plazas principales, observamos, los que anduvimos por ellas, que los franceses entraban, contra todo lo que era de esperar, con unos ademanes y modos los más sumisos y modestos que se puede imaginar, sin que falte en ello un ápice á la verdad; lo que prueba que Napoleon y Morla no pudieron ménos de admirar la constancia y teson del paisanaje de Madrid, y que sólo despues que lo tuvieron bien quieto y desarmado se creyeron seguros.»

El P. Salmon reconoce esa misma moderacion en los primeros dias; pero irritado, sin duda, por el posterior alojamiento de los franceses en los conventos, y despues de referir los excesos en ellos cometidos, dice de los perpetrados en las casas: «Tanto era su orgullo (el de los franceses) que no respetaban al respetuoso anciano, á la señora virtuosa, ni á la doncella honesta; y tal su vileza que se apropiaban las ropas del uso de la mesa y cama, y alhajas de gusto y valor. ¡Cuántos honrados vecinos no fueron atropellados por oponerse á estos inicuos procederes! Eran muy contados los oficiales franceses comedidos en esta parte, y que no manchasen su divisa con hechos de esta especie de rapiña y baxos procedimientos.»

Hubo efectivamente excesos; pero hay exageracion en este relato.

de 11 de Agosto por el que se declaraban *nulos, de ningun valor ni efecto los decretos de abdicacion y cesion de la corona de España, firmados en Francia por los señores Reyes D. Fernando VII y D. Cárlos IV*, así como todos los demás que eran consecuencia de ellos; y D. Arias Mon, decano del Consejo, llevado á Francia con algunos que no pudieron burlar las pesquisas de la policía, murió al poco tiempo miserablemente en un hospital. Publicáronse con ese decreto el de la supresion del Santo Oficio, *como atentatorio á la soberanía y á la Autoridad civil*; el de la reduccion de las encomiendas en una misma persona; el de la de conventos á una tercera parte de los existentes en España; el de la abolicion del derecho feudal y de los exclusivos de pesca, molienda y hospedaje; y el de la supresion, por fin, de las aduanas de provincia á provincia, estableciéndolas solamente en las fronteras. Algunos de estos decretos podian ser beneficiosos y estaban ya reclamados por la opinion ilustrada, pero constituian una infraccion terminante del convenio en uno de sus artículos más esenciales, el sexto, en que se establecia el respeto á las leyes, costumbres y tribunales existentes. (1)

(1) Sin esperar á más, el mismo dia 5 escribia al general Belliard. «Señor general Belliard: nada se ha hecho todavía en Ma»drid. No es con blandura y agasajos con lo que se puede poner »órden en los primeros momentos, sino con firmeza y rigor.— »1.°—Dad órden á todos los oficiales y soldados de orígen español »para que se reunan en un sitio y cuando haya en él 500, hacedlos »conducir al cuartel general.—2.°—Dad órden á los extranjeros »que se hallasen al servicio de España, franceses, suizos, etc., de »que se reunan en el sitio que designeis, al que enviará el Rey al»guno que los organice.—3.°—Dad órden de que todos los genera-

Si el Emperador se hubiera satisfecho con tomar medidas generales, aún no hubiera soliviantado la opinion de los madrileños, no descontentos todos de una capitulacion que, militarmente considerada, hacia mucho honor á su valentia en la defensa; pero no tardó tampoco en humillarse á prender y castigar á las personas que, en concepto de nuestros compatriotas, se habian hecho en aquella ocasion y en otras anteriores, merecedoras de aplauso y recompensa.

»les españoles que se hallen en Madrid se presenten á dar sus se»ñas, su edad y condiciones. Todos ellos son prisioneros de guerra »y han de responder de los nuestros que hay en Andalucía. Cuan»do yo tenga la lista dispondré lo que haya de ser de ellos. Debe»rán jurar bajo palabra de honor que se consideran prisioneros de »guerra y el presentarse cuando yo se lo ordene.—Dad la órden de »poner sellos en todos los bienes de Infantado, Osuna, Medinaceli, »Santa Cruz, Hijar, Cevallos y en los de los demás emigrados.—Dad »á la Junta militar la órden de no volver á reunirse; los corregidores »y alcaldes son los únicos encargados de la policía. Que cada alcal»de haga mañana, ántes de mediodia, quitar las barricadas, empe»drar las calles y levantar los cadáveres, sean de hombres ó de »caballos. Ordenad que se trasporten los fusiles á un sólo sitio, al »Retiro, y fijad pasado mañana temprano, un bando concediendo »aún cuarenta y ocho horas, pasado cuyo plazo, todo habitante á »quien se encuentre con armas será condenado á muerte. Mandad »á los alcaldes que denuncien las mulas y caballos, efectos de equi»po y montura, etc. que pertenezcan al ejército español ó al tren »y entregadlos al tren de la Guardia y al del primer cuerpo.—Es »necesario que los tres regimientos destinados á la guarnicion, es»tén mañana acuartelados y tengan los efectos necesarios de acuar»telamiento. Los oficiales se alojarán en las casas de los emigrados, »como en pabellones, teniendo cuidado de reservar la habitacion »más hermosa para un oficial general. La division Ruffin se acuar»telará igualmente mañana, pero en conventos donde sea alimen»tada y perfectamente servida por los frailes. Se la repartirá de »modo que haya medio batallon en cada convento y que el bata»llon pueda reunirse con facilidad. Es preciso, pues, que haya en »Madrid alojamiento en los cuarteles para 6.000 hombres de guar-

Como D. Arias Mon, fueron presos y confinados á Francia el príncipe de Castel-franco, el marqués de Santa Cruz del Viso, el conde de Altamira y otros próceres que no cuidaron de fugarse, áun hallándose comprendidos en el decreto de proscripcion publicado el 12 de Noviembre en Búrgos como violadores del juramento de fidelidad á José en la junta de Bayona. Pero el arresto que más impuso quizás, fué el del marqués de San Simon, emigrado francés de la época de la Convencion y que se habia distinguido notablemente en la defensa de la puerta de Fuencarral, cuya custodia se le confió, con los patriotas más acalorados de la villa. Napoleon lo sujetó á un consejo de guerra que le condenó á muerte por haber hecho armas contra sus compatriotas, pena que sólo le fué conmutada en la de prision perpétua á fuerza de los ruegos y las lágrimas de su hija que fué á Chamartin á implorar clemencia del vencedor. (1)

»nicion, y en los conventos para 12 á 18.000; y así, fuera de los »casos extraordinarios, no tendrán los habitantes que darlo en sus »casas.—Mandad al general Senarmont que reuna toda su artille»ría en el Retiro, que retire todas sus piezas y evite ese aparato de »guerra; sólo seis piezas del rey se establecerán cerca de su pala»cio donde quedarán bajo la vigilancia de su guardia. Haced tam»bien preparar cuadras en los conventos y las casas de los emi»grados para 1.000 caballos de la caballería y otros 1.000 del tren. »Es de absoluta necesidad que nadie acampe desde mañana.— »Haced quitar de todas partes la capitulacion; *no habiéndose respe»tado por los habitantes, es nula*. Os habia dicho que no se impri»miese y sin embargo hoy se está fijando por todo Madrid.»

Hemos subrayado la referente á la capitulacion para recordar la chistosa fábula del lobo y el cordero.

(1) El Marqués, hallándose en Sacedon, en Agosto de aquel año, escribia, entre otras cosas al general Castaños: «¡Por cuán fe»liz me tendré si puedo secundar á usted y ayudarle en su tarea!

¡Así ejecutaba tambien el Emperador Napoleon aquel proyecto suyo de no intervenir en otros asuntos que los militares, dejando á su hermano en libertad completa para plantear los de la gobernacion del país, cuyos destinos habia sido, contra su voluntad, llamado á presidir! ¡Ni siquiera le habia permitido seguirle de cerca, porque no le contuviese, sin duda, en sus airadas resoluciones! ¡A eso llamaba Napoleon evitarle la responsabilidad de las medidas necesarias, urgentes, para regenerar el país!

Pero, desde Vitoria y Búrgos, Napoleon habia cambiado de ideas respecto al gobierno de España. Quien el 10 de Noviembre escribia á su hermano:

»espero, mi querido camarada, de nuestra antigua amistad que »procurará usted que se me emplee. Si se trata, sobre todo, de »perseguir á los franceses ó de ir atacarlos en Francia, creo poder »decirle que, para este último caso, tengo algunas ventajas sobre »mis compañeros por mis relaciones en aquel país; y ya sabe us»ted que hace tiempo que necesito arreglar algunos asuntos con »los franceses. Me recomiendo á los excelentes sentimientos de »usted; consérvemelos, como se lo ruego con la confianza que me »da la sinceridad de los que yo experimento por usted (*).»

Monsieur Amade dice que San Simon, que habia servido contra los franceses en las guerras de la República, abrazó su partido en la expedicion de Portugal; pero que, desertando segunda vez, se quedó en Madrid al retirarse aquellos al Ebro. Añade que creyendo, sin duda, San Simon, que pasaria desatendido despues, no cuidó de huir de Madrid, por lo que cayó en las garras de Napoleon que deseaba, castigándole, dar una idea tangible de su fuerza.

Segun M. Amade, el general Sebastiani, cuya mujer conservaba relaciones intimas con la hija de San Simon, fué quien redactó el memorial de indulto que ésta presentó al Emperador con el apoyo y recomendacion de los generales Berthier, Laubardière y Belliard.

(*) Archivo del duque de Bailén.

«Así como pienso yo en que no se me hagan cum-»plidos, creo que se os deben á vos. En cuanto á mí, »no va eso con el oficio de la guerra, ni lo quiero;» ese mismo, repetimos, veia con disgusto que José Bonaparte, celoso de su dignidad, le siguiera de cerca y tratara de tomar parte en sus resoluciones. Contra los deseos del Emperador, habia el Intruso seguido al ejército y presentádose con él en Chamartin el dia 2; y, áun á peligro de incomodarle, le advertia á todas horas de su resolucion de ser rey de veras ó alejarse de España. «Estaba muy léjos, »dice su biógrafo M. Du Casse, de apegarse á una »corona, y á la de España ménos que á otra alguna; »pero hubiera querido él, rey despachado de la capi-»tal, reconquistar, como rey, esa capital, ántes de »echar á los piés del pueblo, que le desconocia, su »renuncia voluntaria al trono.»

Napoleon, por el contrario, creia que los derechos de su hermano habian caducado desde el momento de su expulsion de Madrid; y, aunque variando de opinion cada dia sobre la conveniencia de anexionar la España al Imperio, se inclinaba, de no hacerlo, á demostrar de todos modos al mundo que era en virtud de un nuevo derecho, el de conquista, no el de la renuncia de nuestros reyes. En las varias conferencias que celebró con José, llegó á ofrecerle la corona de Italia ó su lugartenencia en el Imperio; y en ninguna se despojó de la facultad de dictar leyes á nuestros compatriotas. Así es que, al ver José publicados los decretos á que anteriormente nos hemos referido, y considerándolos atentatorios á su dignidad, pues que ni se le habia consultado ni se

tomaba su nombre en ellos para nada, creyó deber significar á su hermano y á los españoles el disgusto que le producian tales medidas, dictadas sin su consentimiento, y ménos su beneplácito. Retiróse al Pardo en la mañana del 6, y el 8 dirigió á Napoleon la siguiente carta: «Señor: Urquijo me participa las »medidas legislativas que ha tomado V. M.—Cubre »mi frente el rubor ante mis vasallos, y suplico á »V. M. reciba mi renuncia á todos los derechos que »me concedió al trono de España. Preferiré siempre »el honor y la probidad al poder comprado tan caro. »A despecho de los acontecimientos, seré siempre »vuestro más apasionado hermano, vuestro más tier»no amigo, y vuelvo á ser vuestro súbdito, espe»rando vuestras órdenes para trasladarme á donde »V. M. tenga á bien mandarme que vaya.»

Si esta resolucion afectó al Emperador, no le desarmó, sin embargo; y cuando las autoridades municipales de Madrid fueron á Chamartin á pedirle la vuelta de José á Palacio, no consintió en ella, como en virtud de un derecho propio en quien seguia titulándose Rey de España, sino como efecto de una cesion de sus derechos reales y efectivos de conquista. «Si esos, dijo al Corregidor, son efectivamente »los sentimientos de los habitantes de Madrid, que »se reunan en las iglesias; que presten ante el Dios »sacramentado un juramento que salga, no sólo de »la boca, sino del corazon, y sin restriccion alguna »jesuítica; que juren ayuda, amor y lealtad al Rey; »que los sacerdotes en el confesonario y el púlpito, »los comerciantes en sus correspondencias y los »hombres de ley en sus escritos y discursos, incul-

»quen esos sentimientos al pueblo, y entónces yo »me despojaré del derecho de conquista, elevaré á »mi hermano al trono y procuraré tratar á los es»pañoles como amigo leal. La generacion presente »podrá variar en sus opiniones por la pasion que en »ellas se emplea; pero me bendecirán vuestros nie»tos como á regenerador vuestro, contando en el nú»mero de los dias memorables los que he estado en»tre vosotros, y desde éste, el de la prosperidad de »España. Hé aquí, señor Corregidor, mi pensamiento »completo: consulte usted á sus conciudadanos, y »vea el partido que deban tomar; pero cualquiera que »sea, tómenlo francamente y que no se me demues»tren sino disposiciones sinceras.»

No se puede llevar más allá el despotismo ni el desconocimiento de cuanto en Bayona se habia acordado al ceder los que Napoloon llamaba sus derechos y al sancionar la constitucion del 6 de Julio de aquel mismo año de 1808 (1).

Recibimiento hecho á los franceses.

El pueblo de Madrid, resignado con su suerte al comprender la inutilidad de los esfuerzos que habia desplegado en la defensa de sus tápias, recibió, más que con tristeza, con verdadero desdén á los france-

(1) Como muestra de una de las grandes contradicciones que se hacen notar en la conducta de Napoleon, se puede presentar la que ofrecia el mismo dia 5 en que expidió los trascendentales decretos á que nos hemos referido, escribiendo el despacho número 14.531 de su correspondencia en que prevenia á José la organizacion del regimiento Real *Extranjero de España*, despacho que, segun se verá en su lugar, no revela, ni en una de sus frases, el pensamiento de deshacerse de su hermano para los proyectos que sobre nuestra patria abrigara. Al dictarlo se conoce que no pensaba en el discurso que habria de dirigir al Corregidor de Madrid.

ses que primero entraron con el general Belliard, y á los demás que en la tarde del mismo dia 5 ocuparon ya enteramente la poblacion (1). Creia que su vencimiento no era debido sino á la traicion de que públicamente acusaba á las autoridades, con particularidad al general Morla, cuya falta de energía en aquella coyuntura, y cuya conducta posterior dan razon, más que sobrada, á las sospechas de los madrileños. Pudo, como Castelar y el de Gante y muchos otros generales, eludir la venganza de Napoleon; y, al no hacerlo, puso bien de manifiesto su pensamiento de, perdida toda esperanza patriótica, apelar al cobarde recurso de las humillaciones para hacerse perdonar la jactancia que, en causa bien justa por cierto, pero con exageracion quizás, habia demostrado en situacion más desembarazada y desde lugar seguro. El gobernador de Cádiz cuando el apresamiento de la escuadra de Rosilly y la rendicion de Dupont, no debió presentarse nunca en Chamartin, porque con sólo ese paso daba á conocer sus intenciones de sometimiento; y las autoridades de Madrid, al elegirle para agente de capitulaciones con el Emperador, á quien se tenia por hombre feroz é

(1) Carnicero pinta á los madrileños recibiendo hasta con insolencia á los franceses que se mostraban extremadamente circunspectos y comedidos.

Monsieur Amade, dice: «Madrid estaba desierto en el momento »en que el ejército francés penetró en su recinto; dos dias des»pues, aquella soledad habia completamente desaparecido.»

Du Casse dice á su vez: «La rigurosa disciplina que los jefes »obligaron á observar á la tropa, devolvió muy pronto la confianza »á los madrileños. Al dia siguiente, se ocupaban, como de ordina»rio, de sus asuntos y las tiendas estaban abiertas.»

implacable, debian esperar de Morla males mayores é incorregibles, ó una traicion que entregara la villa á las violencias del conquistador (1).

Y, con efecto, al dia siguiente de la entrada de los franceses en Madrid, las prisiones y los decretos de que hemos dado cuenta, el desarme de los habitantes, el alojamiento de las tropas en las casas particulares, la retirada de José al Pardo, y el retraimiento mismo en que se observaba al Emperador negándose á ocupar el Palacio real, revelaron á los más confiados que se pensaba en todo ménos en respetar las estipulaciones acordadas y en seguir caminos de blandura, de justicia y de concordia (2).

Importancia de Madrid.

Ya el conquistador de tantas y tan poderosas naciones creia dominar con las armas y no con la falacia como en los primeros dias de aquel año, otra que, si entónces no igualaba á las demás en fuerza, las superaba con mucho en gloria y fama de grande y generosa. Porque, para él, entrar en la capital y ser dueño de una república ó monarquía, eran una misma cosa; y despues de los recientes combates de aquella segunda campaña en que habian sido des-

---

(1) Véase el apéndice núm. 26.

(2) El conde de Toreno estampa en su obra el siguiente curioso pasaje: «Napoleon, dice, permanecia en Chamartin, y sólo una »vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á pala»cio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sa»bemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó »con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II; detúvose du»rante algunos minutos delante de uno de los más notables, y no »parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la »imágen de un monarca que si bien en muchas cosas se le dese»mejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, »dura é ilimitada dominacion, así respecto de propios como de ex»traños.»

truidos todos los ejércitos españoles, la resistencia debia ser absolutamente imposible.

Tan equivocado se hallaba en esto como en dar á Madrid la importancia que á Viena ó á Berlin.

Dice el célebre escritor Carrion-Nisas en su *Ensayo de Historia general del Arte Militar:* «Conviene poner de relieve una ignorancia ó una negligencia imperdonables de las verdades locales.»

«Estábamos acostumbrados á ver cómo la suerte »de las capitales ejercia una influencia omnipotente »en la de los Estados. Se habia visto á casi todos los »pueblos de la Europa culta poner un gran interés »en el dominio y en la liberacion de su capital. Esta »verdad, universal en el resto de Europa, no lo era »en España; el efecto que se obtiene con la ocupa»cion de Madrid no es tal que haya jamás valido la »pena de arriesgar un regimiento para realizarla »unos dias ántes.»

Y despues de indicar que hay en España varias otras poblaciones tanto ó más importantes que Madrid, continúa así: «En fin, es un hecho, y un hecho »con cuyo conocimiento hay que operar en la guer»ra, que la posesion material de Madrid influye muy »poco en la moral del pueblo español. Cuando esa ocu»pacion coloca en una posicion militarmente mala, »llega á ser una falta y un peligro, sin género alguno »de compensaciones: esa falta y ese peligro han durado »para nosotros todo el curso de aquella desgraciada »guerra: tan pronto nos impedia Madrid el avanzar, »para conservarlo, como, torpemente tambien, nos ha»cia avanzar del mismo modo por volverlo á ocupar.»

Allí donde la guerra se hace con grandes ejér-

citos cuya suerte corre la nacion entera, la ocupacion de la capital influye poderosamente, porque, por su fortaleza, su vecindario ó recursos, se la considera como el corazon del país y el núcleo de que emanan la unidad, la rapidez y el vigor de las operaciones militares. El gobierno, allí establecido, tiene el prestigio que pierde ahuyentado y errante de comarca en comarca; la administracion de que depende la existencia de las tropas, se desencaja, por decirlo así, pierde los resortes más poderosos de su accion; y cuantos elementos se acumulan en una córte para dar fuerza y consistencia al poder supremo, descompuestos y dispersos, lo turban en sus providencias, esparcen el desánimo y contribuyen al abandono de la resistencia en quienes ven así humillada la parte más respetable é influyente de la nacion.

No así en España donde los habitantes acostumbrados á un aislamiento, si pernicioso para la unidad nacional, orígen y causa en muchas ocasiones de su independencia, se desentienden de todo otro lazo comun que el de su patriotismo, y aprietan más y más los ya robustísimos de la localidad. Esta subdivision causa la del enemigo; y una vez éste fraccionado, no puede asestar los golpes decisivos que le tienen hecho á con una ó dos batallas someter un reino entero.

La capital no tiene, de consiguiente, donde el provincialismo domina, la importancia que en otras nacionalidades favorecidas por una antigua y sólida unidad ó por la composicion de grandes colectividades de carácter disciplinario y de intereses más homogéneos.

Madrid tiene las condiciones estratégicas que no han de dejar de darle la posicion central que le valió el establecimiento en él de la córte, lo considerable de su poblacion y la red de caminos necesarios para sus comunicaciones con las provincias. Pero esas condiciones estratégicas ¿tienen el mismo valor, ejercen la misma influencia militar en una guerra como la inaugurada en España, que en la metódica de grandes operaciones ejecutadas con ejércitos proporcionados y segun los principios fundamentales del arte?

Napoleon, pues, habia conquistado una gran ciudad sin influencia política decisiva sobre la nacion española y sin soldados, pues que los poquísimos que la defendian lograron evadirse con sus jefes más caracterizados á la cabeza. Si él no, porque atenciones que consideraba más urgentes le llevaron á otra parte, los generales que habia traido del *grande ejército,* aprenderian muy pronto lo que ya no ignoraban los derrotados en la campaña anterior; esto es, que con sus magníficas tropas y con sus esplendorosas victorias no pasarian de ser dueños del terreno que pisaran, nunca de las voluntades de un pueblo que sólo llegaron á conocer á costa de su sangre y vencimiento.

A pesar de la carta, tan discutida, del 29 de Marzo, el Emperador creyó ó fingió creer que la conquista de Madrid era el golpe de gracia dado á la sublevacion española, tan rudamente escarmentada en Espinosa, Búrgos y Tudela. (1) Para dominar toda la

(1) Véase el despacho núm. 14.609 de la correspondencia de Napoleon.

Península, no restaba, en su sentir, más que lanzar al Océano, esa era su frase, á los ingleses, «tan ene»migos, decia en su correspondencia con los obispos »italianos, de la religion como del reposo y la tran»quilidad de todos los pueblos.»

Y á preparar esa tarea dedicó los dias que aún se mantuvo en Chamartin, en los que no cesó de dictar disposiciones militares que le condujeran al resultado que buscaba rápido y decisivo.

¿Qué habia hecho, entretanto, la Junta central? Ya hemos trascrito su contestacion á la carta-proclama de los ministros de José, publicada en la *Gaceta* del 25 de Noviembre. Pero si aquella resolucion, por lo enérgica, parecia entrañar la de hacer frente de cerca á los peligros á que naturalmente habria de exponer, no estaban los ánimos en la Junta lo frios y serenos que hacia necesario lo crítico de las circunstancias. La noticia de lo sucedido en Espinosa y Búrgos habia causado en Aranjuez una profunda sensacion que se hizo más y más dolorosa con las que llegaban de la discordia reinante entre los generales de los ejércitos del Centro y de Reserva. Ya el 28 estaban los vocales de la Junta central tan temerosos y desasosegados que, al regresar de Madrid Jovellanos, creian tener á los franceses en Villarejo, pueblo inmediato á aquel sitio real. Habíase despues recibido la noticia de la rota de Tudela, y en la mañana del 1.° de Diciembre la del paso de Somosierra, llevada á Aranjuez ó trasmitida por el general Eguía; y debia ser tal el aturdimiento de los junteros, que en la reunion de aquel mismo dia se daban como razones para retirarse inmediata-

Traslacion de la Junta central á Sevilla.

mente á puntos de menor peligro, las de la aparicion de los enemigos en Villarejo y posteriormente, el 30, en Móstoles. (1)

La decision, en tal estado, no podia ser dudosa. En lo que cabian vacilaciones era en la eleccion de punto de refugio; y desechada la idea, por algunos emitida, de trasladar á Cádiz la residencia de la Junta, se optó por marchar á Badajoz, de donde podia con más fruto acalorarse la resistencia en las comarcas centrales de la Península. La marcha tendria que hacerse por tandas, no hallándose carruajes ni esperando comodidad de emprenderse de una vez y reunidos todos los vocales. Se nombró, además, una Comision activa, compuesta del Presidente, conde de Floridablanca, del Vicepresidente marqués de Astorga, del baylio Valdés, del conde de Contamina, de D. Martin Garay y de Jovellanos, la cual, con el ministro Saavedra y cerrando la marcha, iria despachando todos los asuntos urgentes, la correspondencia general de la Junta y cuanto pudiera interesar

(1) Memoria de Jovellanos en defensa de la Central. ¿No habrá sido esta Memoria la que haya inducido á error en este punto al conde de Toreno?

Véase la nota que Jovellanos añade á aquella noticia: «Entre »los grandes desaciertos, dice, de Bonaparte, que el cielo permitió »en favor de nuestra santa causa, debe contarse el de no haber »sorprendido, como pudo, en esta ocasion al gobierno que dirigia »los negocios de España. A los fines de Noviembre, nuestros ejér»citos estaban en completa dispersion; los suyos los perseguian en »todas partes; él rodeaba con el grueso de su fuerza á Madrid, y »sus avanzadas y guerrillas se habian ya adelantado sin obstáculo »el 27 y el 28 hasta cerca del Tajo. No teniamos sobre este rio nin»guna defensa que pudiese resistirle, y fuera de una compañía de »guardia, ninguna tropa, ni fuerza protegia la seguridad de la Jun»ta central. Doscientos ó trescientos caballos con pocos infantes »hubieran podido caer sobre Aranjuez y apoderarse de ella...»

Cuando un Jovellanos comete tales inexactitudes, ¿qué no habrá de recelarse de otros cronistas de aquella época?

al servicio y gobierno de la misma, fuera de las ocasiones en que, por lo lejano del peligro, lo importante de los negocios ó lo considerable de las poblaciones del tránsito, conviniera detenerse y celebrar algunas sesiones ó conferencias.

No tardaron en acometer la marcha, y con mayor precipitacion de la que convenia al decoro de la Junta, las primeras tandas; y Toledo las vió pasar el 2 de Diciembre hácia Talavera, donde se detuvieron para la celebracion de dos sesiones.

Cuantos proyectos habia formado la Central para contener, ya que no castigar, la invasion francesa en el centro de la Monarquía, se habian estrellado en la desorganizacion de los ejércitos españoles ántes y despues de las batallas de aquella segunda campaña y, sobre todo, en la parsimonia ó quizás mala voluntad del general Moore, que habia tomado el mando de los ingleses destinados á operar en nuestras provincias del Norte. Como es de suponer, la Junta habia gestionado lo en ella dable para que avanzasen aquellas tropas que, por su disciplina, espíritu y fuerza, eran las únicas, en caso, capaces de, en union con las nuestras, detener al ejército francés en su arrebatada y victoriosa marcha. Parecian desearlo tambien los delegados del gobierno británico cerca de la Central, Mr. Frere, ministro plenipotenciario de Inglaterra en aquellos dias, el coronel Stuard, que acababa de serlo, y lord Bentinck, comisionado en Aranjuez por el general Moore para entenderse con ellos y la Junta. Pero, como haremos ver en el capítulo correspondiente, el caudillo inglés, temeroso de un choque con fuerzas tan superiores

como las que llevaba Napoleon, é ignorando acaso el número de las que tenia á su frente, se negaba á dar un paso sin la seguridad más perfecta de comunicaciones por donde recibir refuerzos y retirarse.

Era en vano dirigirle despachos apremiantes para que operase vigorosamente contra el mariscal Soult; en vano tambien enviarle vocales de la Central que le impelieran á penetrar resueltamente en España: cuando la Junta llegó á Trujillo, recibió pliegos del general Escalante, uno de los emisarios enviados á Moore, en que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general inglés.

Tres fueron los dias que la Junta permaneció en Trujillo, dias de ansiedad, de vacilaciones y de disgusto. Se repitieron en ellos los mensajes á Moore por el vehículo del coronel Stuard y de D. Francisco Xavier Caro, que se trasladaron al cuartel general inglés; se dirigieron oficios, cartas, proclamas, todo género de excitaciones á las provincias para que se organizara en ellas la resistencia que los ejércitos españoles no habian logrado hacer eficaz y afortunada.

Un asunto de distinta índole, pero muy importante tambien, fué, sin embargo, el que principalmente embargaba la atencion de la Junta, el de la eleccion de un punto seguro y estable para su permanencia. Las opiniones estaban, como en todo, desgraciadamente divididas. Unos deseaban la instalacion en Badajoz, plaza de guerra y en comunicaciones con todo el Portugal, y otros, suscitando de nuevo la discusion ya sostenida en Aranjuez, repetian sus argumentos en favor de Andalucía, pidiendo la traslacion de la Junta á Córdoba.

Pero tambien esta última ciudad pareció demasiado próxima al enemigo y se resolvió, por fin, fuese la Junta á parar en Sevilla, á donde se adelantó Saavedra para disponer el alojamiento.

Despues de una peregrinacion bastante tortuosa, de 16 dias, apareció la Junta el 17 de Diciembre reunida, y «apareció, al decir de Jovellanos, con toda »la dignidad que á su alta representacion convenia;» lo cual podrá estar muy bien en lábios de uno de sus vocales, pero necesita más pruebas que las que, al expresarlo, dá aquel insigne patricio.

Que, como él, se hallaban sus colegas inspirados por el patriotismo más puro y un grande celo, no hay para qué dudarlo; pero las desgracias que la Nacion sufrió en el tiempo de su gobierno, ó el estado de los ánimos en circunstancias tan difíciles de dominar sin actos que en otras hubiéranse creidos desesperados, crearon sobre la Junta una atmósfera de aversion y de descrédito que no lograron despejar ni otros tiempos, tanto ó más calamitosos, ni los cien manifiestos que, como el del ilustre escritor asturiano, se dieron á luz en su defensa.

Dejemos á la Junta central tratando de recobrar la confianza de sus compatriotas con medidas á cual más beneficiosas y esfuerzos verdaderamente laudables que luego enumeraremos, y trasladémonos con la memoria á otro teatro no ménos triste que los recorridos para las armas españolas, tan desgraciadas en aquella fatal campaña, segunda de las de 1808 que estamos historiando.

APÉNDICES.

NÚMERO 1.

ESTADO de la fuerza embarcada en Cork el 12 de Julio de 1808 á las órdenes del teniente general Sir A. Wellesley.

REGIMIENTOS.	Jefes........	Capitanes.....	Subalternos...	Plana mayor.	Sargentos de plana mayor.	Sargentos....	Tambores....	Tropa........	Caballos......
Guardia Real de Ingenieros........	»	2	4	»	»	1	»	11	»
Guardia Real de Artillería.........	2	4	5	2	1	8	5	345	»
Tren de la Guardia Real...........	»	»	1	»	1	1	1	46	»
Número 20 de Dragones ligeros....	2	2	6	3	»	19	3	346	215
Idem 5 de Infantería..........	3	10	27	6	»	53	21	987	»
Idem 9 id..................	3	9	22	5	»	51	21	950	»
Idem 36 id..................	2	9	28	4	»	49	22	589	»
Idem 38 id..................	3	10	28	6	»	54	22	956	»
Idem 40 id..................	3	9	29	6	»	54	19	920	»
Idem 45 id..................	3	8	17	6	»	38	22	500	»
Idem 60 id. 5.° batallon...	2	7	18	6	»	54	22	930	»
Idem 71 id..................	2	8	23	5	»	50	21	875	»
Idem 91 id..................	3	8	24	5	»	51	20	907	»
Idem 95 id. 2.° batallon........	1	4	13	1	»	20	8	399	»
Idem 4.° regt.° Batallon veterano.	1	6	14	4	»	47	20	744	»
TOTALES..........	30	96	259	59	2	550	227	9.505	215

ESTADO de las fuerzas embarcadas en Ramsgate y Harwich.

EN RAMSGATE.

Al mando del brigadier general Anstruther:

Número 9 de Infantería.........................	675
Idem 43 de id............................	861
Idem 52 de id............................	858
Idem 97 de id............................	769

Al mando del brigadier general Acland.

Número 2 ó infantería de la Reina.................	813
Idem 20 de Infantería.........................	689
Idem 95 de id. 2 compañías................	180
	4.845
Dos compañías de artillería.......................	200
TOTALES.................	5.045

Los estados del presente apéndice están sacados de los despachos de lord Wellington.

NÚMERO 2.

Orden de batalla en Vimeiro á 21 de Agosto de 1808.

ALA DERECHA.

	Regtos.	Bats.		
1.ª Brigada, general Hill	5.°	»	2.780	2.780
	9.°	»		
	38.°	»		

CENTRO.

	Regtos.	Bats.		
6.ª id., brigadier general Fane	50.°	»	2.293	4.953
	60.°	»		
	95.°	2.°		
7.ª id., brigadier general Anstruther	9.°	»	2.660	
	48.°	2.°		
	52.°	2.°		
	97.°	»		

ALA IZQUIERDA.

	Regtos.	Bats.		
2.ª id., mayor, general Ferguson	36.°	»	2.681	7.612
	40.°	»		
	71.°	»		
3.ª id., mayor general Nightingale	29.°	»	1.722	
	82.°	»		
4.ª id., brigadier general Bowes	6.°	»	1.829	
	32.°	»		
8.ª id., mayor general Ackland	2.°	»	1.380	
	20.°	»		

RESERVA.

	Regtos.	Bats.		
5.ª id. brigadier general, C. Crawfurd	45.°	»	2.744	2.744
	50.°	»		
	91.°	»		
Artillería, 18 piezas de á 6 y de á 9			660	660
Caballería, 20.° de dragones ligeros			240	240
Total del ejército inglés:				18.989
Portugueses á las órdenes del coronel Trant	Infantería		1.400	1.650
	Caballería		250	
Total general, comprendiendo enfermos, heridos y extraviados				20.639

NUMERO 3.

«Por su parte, dice el Sr. Da Luz Soriano, el general Sir Arthur Wellesley »reunió en la mañana del 19 de Agosto 21.828 ingleses, distribuidos en cua- »tro divisiones. La primera tenia 5.558 hombres á las órdenes del teniente ge- »neral Sir John Hoppe, formando dos brigadas, mandada la primera por el ma- »yor-general Ackland con 2.678 hombres, y la segunda por el mayor-general »Ferguson con 2.880: La segunda division tenia 5.500 hombres y la mandaba el »teniente general lord Paget, dividida en dos brigadas; la primera á las órde- »nes del mayor-general Spencer, con 2.600 hombres, y la segunda á las del »brigadier general Nightingale, con 2.900. La tercera division contaba 5.440 »hombres al mando del teniente general Frazer, con dos brigadas tambien, la »primera de 2.840, mandada por el mayor-general Hill, y la segunda de 2.600 »por el brigadier general Fane. La cuarta division tenia 5.330 hombres, que »regia en persona el teniente general Sir Arthur Wellesley, dividida á su vez en »dos brigadas, la primera de las cuales mandaba el brigadier general Crawfurd, »con 2.530 hombres, y la segunda el mayor-general Murray, con 2.800, organi- »zados en cuatro batallones de infantería ligera de la Legion alemana. La caba- »llería consistia en 240 caballos; y la artillería estaba compuesta de 18 piezas, en »que entraba una batería del calibre de á nueve. La fuerza portuguesa continuó »en Vimeiro, siendo mandada por el coronel Trant, ascendiendo toda ella al nú- »mero de 2.585 hombres entre caballería é infantería (1). A bordo de la escuadra »inglesa que bloqueaba el Tajo, hallábanse tambien dos regimientos ingleses que »habian venido de Madera, mandados por el general Sir Villiam Carr Beresford, »compuesto de 94 plazas de artillería y 943 de infantería. Junto á las Berlangas »habia aparecido la division de reserva compuesta de 7.418 hombres, á las ór- »denes del teniente general Sir John Moore. Subdividíase tambien en dos briga- »das, la primera de las cuales, en que entraban 563 dragones ligeros alemanes,

---

(1) «La designacion de la fuerza portuguesa que entró en la batalla de Viméiro, es »como sigue:

»*Artillería núm.* 1.—Presentes en la accion, 210 plazas mandadas por el capitan Gre- »gorio Pereira de Faria.

»*Caballería núm.* 6.—Presentes en la accion, 104 plazas mandadas por el capitan José »Pessoa da Costa.

»*Caballería núm.* 11.—Presentes en la accion, 50 plazas mandadas por el alférez Nico- »lás de Abreu Castello Branco.

»*Caballería núm.* 12.—Presentes en la accion, 104 plazas mandadas por el capitan »Francisco Teixeira Lobo.

»*Caballería de la policía.*—Presentes en la accion, 41 plazas; ignórase quién las »mandaba.

»*Infantería núm.* 12.—Presentes en la accion, 605 plazas mandadas por el mayor »Francisco Bernardo da Costa.

»*Infantería núm.* 21.—Presentes en la accion, 605 plazas mandadas por el mayor »Francisco Gomes de Cunha Rego.

»*Infantería núm.* 24.—Presentes en la accion, 304 plazas mandadas por el mayor »Cunha (ignorase su nombre de bautismo).

»*Batallon de Cazadores núm.* 6.—Presentes en la accion, 562 plazas mandadas por el »teniente coronel Velho da Cunha (ignórase tambien su nombre de bautismo).

»El total de la fuerza portuguesa presente en aquella accion, fué, por lo tanto, de 2.585 »plazas, como se dice arriba. Esta misma fuerza es la que asistió al combate de Roliça, »con siete plazas mas que allí contaba el batallon de cazadores núm. 6, ó 569, siendo, de »consiguiente, de 2.592 la fuerza total, mucho mayor que la designada por Wellesley.»

(Nota del mismo Da Luz Soriano).

»iba mandada por el brigadier general Anstruther, con 3.878 hombres; la segun-»da, en que entraban 1.800 hombres de dos batallones de infantería ligera ale-»mana, estaba mandada por el brigadier general Sir Stwart, con 3.540 hombres. »Mas como esta última brigada no desembarcó hasta el dia 21, habiéndolo sólo »hecho la del brigadier general Anstruther, en la tarde del 19, la fuerza que We-»llesley tenia á su disposicion el 20 de Agosto, comprendia solamente las prime-»ras cuatro divisiones inglesas con la brigada Anstruther y los 2.585 portugue-»ses; siendo la suma total de 28.291 hombres, de los cuales se deben restar 508 »que habia perdido, á saber: 29 en el ataque de Obidos y 479 en el combate de »Roliça.»

NÚMERO 4.

GRAN BRETAÑA.

Lóndres 3 de Setiembre.

CUARTEL GENERAL DE MACEIRA, 21 DE AGOSTO DE 1808.

Milord: La relacion que tengo el honor de incluir á V. S. hecha, á solicitud mia, por el teniente general sir Arthuro Vellesley, instruirá á V. S. de un acaecimiento que no puede ménos de ser mui agradable á S. M.

Al desembarcarme esta mañana habia yo empezado el ataque del enemigo; pero tuve la felicidad de poder llegar al campo de batalla á tiempo oportuno para ser testigo, y aprobar quantas disposiciones habia tomado y tomó despues sir Arthuro Vellesley, cuyos vastos conocimientos le sugerian prontos recursos en todos casos, é hicieron inútil toda alteracion. Con este motivo tengo el placer de poder testificar el grande espíritu y buen órden que han manifestado en esta reñida accion todas las tropas de este valiente exército. Envio estos despachos por el capitan Campbell, ayudante de campo de sir Arthuro Vellesley, persona la más á propósito para instruir á V. S. de todo lo sucedido.

Tengo el honor, etc.=Harri Burrad, teniente general.=Al mui hon. lord Castlereagh.

Vimieiro 21 de Agosto de 1808.—Mui señor mio: Tengo el honor de participar á V que el enemigo nos atacó esta mañana en nuestra posicion de Vimieiro.

La aldea de Vimieiro está en un valle, por el qual corre el rio Maceira; á la espalda y en direccion del O. y N. de esta aldea hai una montaña, cuyo extremo occidental llega al mar, y el oriental está separado de las alturas por una zanja profunda, sobre la qual pasa el camino que conduce desde Lourinha y todo el Norte á Vimieiro. La mayòr parte de la infantería, á saber, las brigadas 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª y 8.ª estaban apostadas en esta montaña con 8 piezas de artillería: la brigada del mayor general Hill ocupaba la derecha, y la izquierda el mayor general Ferguson, teniendo un batallon en las alturas separadas de la montaña. Por la parte E. y S del pueblo hai un cerro dominado enteramente, y con especialidad sobre su derecha, por la montaña al O. de la poblacion, que domina todo el terreno de las inmediaciones al S. y E., sobre la qual se apostó el brigadier general Fane con sus cazadores y el regimiento núm. 50, y el brigadier general Anstruther con su brigada, media brigada de artillería de á 6, y otra media brigada de á 9, los cuales recibieron órden de tomar aquella posicion en la noche pasada. El terreno por donde pasa el camino de Lourinha dominaba la izquierda de esta altura, y lo ocupaba solamente un piquete, como que no se habia acampado más que por una noche, y faltaba agua en las inmediaciones de esta altura.

La caballería y la reserva de artillería estaba en el valle entre los montes que ocupaban la infantería, con el objeto de flanquear y sostener la guardia avanzada del brigadier general Fane.

Presentóse el enemigo por la primera vez á las 8 de la mañana en grandes cuerpos de caballería á nuestra izquierda y por las alturas del camino de Lourinha; y como desde luego se conoció que el ataque se dirigia á nuestra guardia avanzada y sobre la izquierda de nuestra posicion, dispuse inmediatamente que la brigada del mayor general Ferguson con 3 cañones atravesase la zanja para

las alturas del camino de Lourinha: siguiéronle sucesivamente el brigadier general Nightingale con su brigada y 3 cañones; el brigadier general Ackland con su brigada, y la brigada tambien del brigadier general Bowes. Estas tropas se formaron en aquellas alturas con su derecha sobre el valle que conduce á Vimieiro, y la izquierda sobre la zanja que separa estas alturas de la cordillera, que termina en el desembarcadero de Maceira: la brigada del mayor general Ferguson ocupaba la primera línea; en la segunda estaba la del brigadier general Nightingale, y las brigadas de los brigadieres generales Bowes y Ackland se formaron en columnas á la retaguardia. Las tropas portuguesas que habian estado en el fondo del valle, cerca de Vimieiro, se situaron sobre las alturas últimamente mencionadas, y estaban sostenidas por la brigada del brigadier general Crawfurd.

Pareciendo suficientes las tropas de la guardia avanzada para defender las alturas en que se hallaba situada al S. y al E. de la poblacion, pasó el mayor general Hill al centro de la montaña en que se habia colocado la mayor fuerza de la infantería, con el fin de sostener aquellas tropas, y servir como de reserva para todo el exército. Demás de este auxilio tenian tambien estas tropas el de la caballería situada á la retaguardia de su derecha.

Empezó el ataque del enemigo en varias colunas sobre todo el cuerpo de tropas de esta altura; por la izquierda avanzaron, á pesar del vivo fuego de los cazadores, hasta las filas del regimiento núm. 50, que los recibió é hizo retroceder á la bayoneta. El segundo batallon del regimiento núm. 43 se vió tambien empeñado en el camino que conduce á Vimieiro, pues se habia destacado una parte de aquel cuerpo al cementerio del pueblo, con el fin de impedir que el enemigo penetrase en la poblacion. En la posicion de la derecha fué igualmente rechazado á la bayoneta por el regimiento núm. 97, cuyo cuerpo fué socorrido oportunamente por el segundo batallon del regimiento núm. 52, que avanzando en coluna cogió al enemigo por el flanco.

Además de la resistencia que opuso por su propia fuerza nuestra guardia avanzada, fué tambien atacado de flanco el enemigo por la brigada del brigadier general Ackland en su camino á ocupar la posicion de las alturas sobre la izquierda, y el fuego continuó sin interrupcion, flanqueando las colunas del enemigo con la artillería situada en aquellas alturas. Finalmente, despues de una accion de las más reñidas se desordenó el enemigo, con pérdida de 7 cañones, muchos prisioneros, y un gran número de oficiales y soldados muertos y heridos. Lo persiguió en su huida un destacamento de los dragones ligeros núm. 20: pero como la caballería del enemigo era tan superior en número á la nuestra. este destacamento padeció mucho, y desgraciadamente fué muerto el teniente coronel Taylor.

Casi al mismo tiempo que sucedia esto, empezó el enemigo su ataque contra las alturas del camino de Lourinha. Sostenia este ataque un cuerpo considerable de caballería, y el enemigo atacó con la impetuosidad propia de las tropas francesas; pero fué recibido con firmeza por la brigada del mayor general Ferguson, compuesta de los regimientos números 36, 40 y 71, cuyos cuerpos cargaron sobre el enemigo inmediatamente que se aproximó: este cedió, y los nuestros continuaron persiguiéndole, sostenidos por el regimiento núm. 82, uno de los cuerpos de la brigada del brigadier general Nightingale, el qual luego que salió á lo ancho formó parte de la primera línea con el regimiento núm. 29 y las brigadas de los brigadieres generales Bowes y Ackland, al mismo tiempo que las brigadas del brigadier general Crawfurd, y la tropa portuguesa en dos líneas, avanzaron por la izquierda á lo largo de la altura. En el ataque y avance de la brigada del

mayor general Ferguson tomamos 6 cañones que perdió el enemigo, además de muchos prisioneros y un crecido número de muertos y heridos.

El enemigo intentó despues recobrar parte de su artillería, atacando á los regimientos número 71 y 82, que estaban formados en el valle mismo en que habia sida tomada. Estos regimientos se retiraron del terreno baxo del valle á las alturas, hicieron alto, diéron la vuelta, y marcharon sobre el enemigo que avanzaba, y llegaba entonces al terreno baxo, obligándole de este modo á que se retirase de nuevo con gran pérdida.

En esta accion, en que hàn peleado todas las fuerzas de los franceses en Portugal, mandadas por su comandante el duque de Abrantes en persona; en que el enemigo era ciertamente superior en caballería y artillería, y en la que finalmente no ha entrado más que la mitad del exército británico, ha sufrido el enemigo una notable derrota, perdiendo 13 cañones, 23 carros de municiones con pólvora, balas y provisiones de toda especie, y 20.000 balas de fusil. El oficial general Brenier fué herido, y lo hicimos prisionero, como tambien á muchos oficiales y soldados, además de sus muchos muertos y heridos.

El valor y la disciplina de las tropas de S. M. se han hecho patentes en esta ocasion, como V. S., que ha sido testigo de la mayor parte de la accion, puede haberlo observado; pero en justicia debo hacer mencion particular de los cuerpos siguientes: á saber, la real artillería mandada por el teniente coronel Robe: los dragones núm. 20 mandados por el teniente coronel Taylor; el regimiento número 5 mandado por el coronel Valker; el 2.° batallon del 95 de infantería, mandado por el mayor Travers; el batallon núm. 5 del regimiento núm. 60 mandado por el mayor Davy; el 2.° batallon del 43 mandado por el mayor Hull; el 2.° batallon del 52 mandado por el teniente coronel Ross; el regimiento número 97 mandado por el teniente coronel Lyon; el regimiento núm. 36 mandado por el coronel Burne; el núm. 40 mandado por el coronel Kemmis; el 71 mandado por el teniente coronel Pack, y el regimiento núm. 82 mandado por el mayor Eyre. Al mencionar al coronel Bourne y el regimiento núm. 36 no puedo dexar de añadir que han sido notorias la conducta y el órden de este cuerpo durante el servicio, así como tambien su valor y disciplina en la accion.

Aprovecho esta oportunidad de manifestar mi gratitud al general y oficiales del estado mayor del exército. He debido mucho al juicio y experiencia del mayor general Spencer en discernir el número de tropas necesarias para la defensa de cada punto, y por sus advertencias y auxîlios durante la accion. En la posicion que tomó el mayor general Ferguson, y en el ataque que hizo contra el enemigo, ha manifestado aquel oficial mucho valor y juicio. Son dignos de todo elogio los brigadieres generales Fane y Anstruther por su vigorosa resistencia, defendiendo sus posiciones frente de Vimieiro, y el brigadier general Nightingale por el método con que sostuvo el ataque que hizo contra el enemigo el mayor general Ferguson.

El teniente coronel G. Fucker, el de igual clase Bathurst, y los oficiales del ayudante y quartel-maestre general, el teniente coronel Torrens y los oficiales de mi estado mayor, asistieron con la mayor vigilancia á toda la accion.

Acompaña el estado de los muertos, heridos y extraviados.

Tengo el honor de ser, etc.=Arthuro Vellesley.=P. D. Despues de escrita la anterior me han dado parte de que un oficial general francés, que se supone ser el general Thiebault, gefe del estado mayor, ha sido encontrado muerto en el campo de batalla.=A. V.

(*Gaceta de Madrid* del 14 de Octubre de 1808).

NÚMERO 5.

GRAN BRETAÑA.

Lóndres 16 de Setiembre.

CONVENCION DEFINITIVA PARA LA EVACUACION DE PORTUGAL POR LAS TROPAS FRANCESAS, PUBLICADA EN LA GAZETA EXTRAORDINARIA DE LÓNDRES.

Los generales en xefe de los exércitos inglés y francés en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas francesas, sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspension de armas, han habilitado á los infrascritos oficiales para negociarlo en su nombre, á saber: de parte del general en xefe del exército británico al teniente coronel Murrai, quartelmaestre general; y de la del general en xefe del francés á Mr. Kellerman, general de division; á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujeto sin embargo á su ratificacion respectiva y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo.—Los oficiales, despues de haber cangeado sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes:

ARTÍCULO 1.° Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal, ocupados por las tropas francesas, se entregarán al exército británico en el estado en que se hallen al tiempo de signarse este tratado.

ART. 2.° Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagajes; no serán consideradas como prisioneras de guerra; y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir.

ART. 3.° El gobierno inglés suministrará los medios de transporte para el exército francés, que desembarcará en uno de los puertos de Francia, entre Rochefort y L' Orient inclusivamente.

ART. 4.° El exército francés llevará consigo toda su artillería de calibre francés con lo á ella anexo. Toda la demás artillería, armas, municiones, como tambien los arsenales militares y navales, serán entregados al exército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificacion de este tratado.

ART. 5.° El exército francés llevará consigo todos sus equipajes, y todo lo que se comprehende baxo el nombre de propiedad de un exército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el comandante en xefe no juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del exército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores.

ART. 6.° La caballería podrá embarcar sus caballos, así como tambien los generales y oficiales de qualquier graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de transportarlos: el número de caballos que podrán embarcar las tropas no excederá de 600, ni el de los xefes de 200. De todos modos el exército francés tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse.

ART. 7.° El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipage del exército. La primera division se embarcará dentro de 7 dias de la fecha de la ratificacion.

Art. 8.° La guarnicion de Yelves y sus fuertes de Peniche y Palmela se embarcará en Lisboa. La de Almeida en Oporto ó en el puerto mas cercano.

Art. 9.° Todos los enfermos y heridos que no puedan embarcarse con las tropas se confian al exército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten mientras estén en este pais, quedando de cuenta de la Francia abonarlo quando marchen. El gobierno inglés proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombres á un tiempo.

Art. 10. Luego que los barcos que lleven el exército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en qualquier otro de aquel pais adonde el temporal les fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volverse á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados hasta que lleguen á un puerto amigo.

Art. 11. El exército francés se concentrará en Lisboa y dos leguas al rededor. El inglés á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos exércitos.

Art. 12. Los fuertes de S. Julian, Buxío y Cascaes serán ocupados por las tropas británicas quando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela con los fuertes y baterías, el Lazareto y el fuerte de S. Josef los ocuparán quando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yelves, Almeida, Peniche y Palmela se entregarán á las tropas británicas así que lleguen para ocuparlas. El general en xefe inglés noticiará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian este convenio para poner fin á las hostilidades.

Art. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes para acelerar la execucion de este convenio.

Art. 14. Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun artículo, se interpretará á favor del exército francés.

Art. 15. Desde la ratificacion todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones etc., no podrán reclamarse por el gobierno francés contra los portugueses, ni ningun otro que resida en este pais; pues todo lo que se haya pedido e impuesto despues que el exército francés entró en Portugal por diciembre de 1807, y no se haya pagado aún, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores para que se les restituyan y queden á su libre disposicion.

Art. 16. Todos los súbditos de Francia ó de cualquier otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos: sus propiedades serán respetadas, y tendrán libertad para acompañar al exército francés, ó permanecer aquí. En todo caso se les asegura su propiedad con la libertad de retenerla ó disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó á cualquier otro país donde vayan á fixar su residencia, se les concede un año para el intento. Sin embargo, ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial.

Art. 17. Ningun portugués será responsable de su conducta política durante la ocupacion de este país por el exército francés: y todos los que han continuado en el exercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno francés, quedan baxo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes les sostendrán para que no se les cause vexacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del art. 16.

Art. 18. Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en xefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en bata-

lla, ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion de las ocurrencias del 29 de Mayo y dias siguientes.

Art. 19. Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades.

Art. 20. Para la recíproca garantía de este convenio se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del exército francés, del inglés y de su armada. El oficial del exército británico será restituido luego que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al exército: el de la escuadra y el francés quando las tropas hayan desembarcado en su país.

Art. 21. Se permitirá al general francés enviar un oficial á Francia con el presente convenio. Y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Bourdeaus ó á Rochefort.

Art. 22. Se hará porque el almirante británico acomode á S. E. el general en xefe y oficiales principales del exército francés á bordo de los navíos de guerra.

Dado y concluido en Lisboa á 30 de Agosto de 1808.=Signado, Jorge Murrai, quartelmaestre general.=Kellerman, general de division.

ARTÍCULOS ADICIONALES.

Artículo 1.° Los empleados civiles del exército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas, ó por las portuguesas en qualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin cange.

Art. 2.° El exército francés subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta el de la evacuacion de las fortalezas.

El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia de la gente y caballos del exército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno francés del exceso de gasto á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al exército inglés.

Las provisiones que estén á bordo de los navíos de guerra de que está en posesion el exército francés, se tomarán en cuenta por el gobierno inglés, así como los almacenes de la fortaleza.

Art. 3.° El general en xefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el país y la capital.

Dado y concluido en Lisboa á 30 de Agosto de 1808.=Signado, Jorge Murrai, quartelmaestre general.=Kellerman, general de division.

Nos el duque de Abrantes, general en xefe del exército francés, ratificamos etc.

Por copia conforme.=A. J. Dalrimple, capitan, secretario militar.

(*Gaceta de Madrid* del 1.° de Noviembre de 1808.)

NUMERO 6.

ESTADO de fuerza del ejército francés á las órdenes de Junot en la época de su embarque.

	PRESENTES.			DESTACADOS.			ENFERMOS.		PRISIONEROS.		TOTAL.			Soldados encausados..........
	Oficiales..	Soldados..	Caballos..	Oficiales..	Soldados..	Caballos..	Oficiales..	Soldados..	Oficiales..	Soldados..	Oficiales..	Soldados..	Caballos..	
Infantería....	273	15.860	»	52	2.078	»	46	3.281	17	895	»	22.635	»	13
Caballería....	48	1.722	1 176	»	1	1	»	195	1	»	»	1.974	»	»
Artillería....	21	1.015	472	»	6	»	»	»	»	»	»	1.121	»	»
Ingenieros...	14	»	»	»	»	»	»	»	3	»	»	17	»	»

Cañones.......... { 10 piezas de á 8 / 16 id. de á 4 } 30
Obuses........... 4 id.

Total general: 25.747 hombres, 1.655 caballos, 30 piezas de artillería.

Nota. A cada division están agregados,

Un General de division. Un inspector de revistas.
Dos Generales de brigada. Un comisario de guerra.
Siete ayudantes de campo. Dos Oficiales de ingenieros

Artillería........... { Un general. / Cuatro Coroneles. / Dos Jefes de batallon.

Ingenieros.......... { Un Coronel......... / Dos Capitanes....... } El resto está en las divisiones.

NUMERO 7.

LISTA de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.

POR ARAGON.

Don Francisco Palafox y Melcí gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de Corps.

Don Lorenzo Calvo de Rozas vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

ASTÚRIAS.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos caballero de la órden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y antes ministro de Gracia y Justicia.

Marqués de Campo-Sagrado teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Astúrias.

CANARIAS.

Marqués de Villanueva del Prado.

CASTILLA LA VIEJA.

Don Lorenzo Bonifaz y Quintano dignidad de prior de la Santa Iglesia de Zamora.

Don Francisco Javier Caro catedrático de leyes de la Universidad de Salamanca.

CATALUÑA.

Marqués de Villel conde de Darnius, grande de España y gentil hombre con ejercicio.

Baron de Sabasona.

CÓRDOBA.

Marqués de la Puebla de los Infantes grande de España.

Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

EXTREMADURA.

Don Martin de Garay intendente de Extremadura, y ministro honorario del consejo de guerra: fué el primer secretario general, y despachó interinamente los negocios de Estado.

Don Félix Ovalle tesorero de ejército de Extremadura.

GALICIA.

Conde de Gimonde.

Don Antonio Aballe.

GRANADA.

Don Rodrigo Riquelme regente de la Chancillería de Granada.
Don Luis de Fúnes canónigo de la Santa Iglesia de Santiago.

JAEN.

Don Francisco Castanedo canónigo de la Santa Iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado.

Don Sebastian de Jócano del consejo de S. M. en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

LEON.

Frey D. Antonio Valdés, bailio gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de estado, y antes ministro de Marina é interino de Indias.

El vizconde de Quintanilla.

MADRID.

Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, caballerizo mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. Fué presidente de la junta.

Don Pedro de Silva patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fué reemplazado.

MALLORCA.

Don Tomás de Verí caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde etc.

MÚRCIA.

Conde de Floridablanca caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de estado, interino de Gracia y Justicia. Fué el primer presidente de la junta central. Falleció en Sevilla y fué subrogado por el

Marqués de San Mamés, que no tomó posesion.

Marqués del Villar.

NAVARRA.

Don Miguel de Balanza. }
Don Cárlos de Amatria. } Individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.

TOLEDO.

Don Pedro de Ribero canónigo de la Santa Iglesia de Toledo. Fué secretario general.

Don José García de la Torre abogado de los reales consejos.

SEVILLA.

Don Juan de Vera y Delgado arzobispo de Laodicea. coadministrador del se-

ñor cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fué presidente de la junta central.

Conde de Tillí.

VALENCIA.

Conde de Contamina grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Príncipe Pio grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fué subrogado por el

Marqués de la Romana grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en jefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que aunque 35 los individuos de la central nunca hubo reunidos sino 34, habiendo fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado D. Pedro de Silva.

NÚMERO 8.

La Memoria escrita en Valencia por D. José O'Donnell, referente á los sucesos ocurridos al ejército expedicionario en Dinamarca en 1808, dice así al referirse á este punto:

«Durante la noche del 8 de Agosto y el dia siguiente, se reunieron en la plaza de Nyeborg los batallones primero y segundo de la Princesa, los tres batallones de Zamora, y el regimiento de Dragones de Almansa, montado. En Midelfart quedó guardando el pequeño Belt hasta el último momento el tercer batallon de la Princesa con un destacamento de Almansa y cuatro piezas de á caballo; y para saber con tiempo los movimientos que pudieran ejecutar los franceses habia enviado el general desde la mañana del 8 con direccion á Hadersleben al segundo ayudante de E. M., D. José Guerrero de Torres, con órden de observar y dar avisos: llevaba Guerrero un pliego insignificante para el príncipe por si llegaba á ser arrestado, y esto fué lo que desgraciadamente le sucedió, sin que el plego le libertase de un calabozo donde se ejercitó por largo tiempo su constancia y sufrimiento.»

«Al amanecer del dia 10 estaban formadas las tropas dentro de la plaza con pretexto del juramento, y entonces fué cuando el general envió á casa del gobernador Danés á un oficial del E. M. provisto de órdenes escritas en el idioma del país y que debia firmar este jefe para que todos los comandantes de los puestos de la plaza y baterías de la costa (que siempre habian sido provistos por los Daneses) se dejasen relevar por tropas Españolas que ya estaban prevenidas en número muy superior á fin de evitar toda resistencia. Entonces supo el gobernador que tratábamos de volver á España con el auxilio de los buques ingleses que iban á entrar en el puerto; este honrado y anciano militar, á quien apreciábamos por sus virtudes, tardó mucho en decidirse, fluctuando entre las ideas de su deber y responsabilidad, la necesidad de ceder á la fuerza y la admiracion que le causaba el patriotismo y el arrojo español. Quiso demostrar que el proyecto, aunque noble, era impracticable por falta de barcos de trasporte, víveres, etcétera, y que los franceses llegarian á tiempo para estorbarlo; pero al fin, como que toda especie de defensa de su parte era, no solo inútil, sino imposible, pues sin salir de su casa podia observar las medidas tomadas por nuestro general para hacer eficaz su enérgica resolucion, hubo de suscribir á lo que se le ordenaba; firmó las órdenes que se le presentaron, y desde luego nos apoderamos de la plaza y de las baterías inmediatas de la costa, sin alguna formal resistencia. Se recogieron en un almacen, y allí quedaron las armas del regimiento Danés de la guarnicion, y se le hizo salir de la plaza.»

«En el puerto estaban fondeados bajo las murallas de la plaza un bergantin de guerra Danés de diez y seis cañones y una goleta de menor porte, tripulados y aparejados de todo punto. El Marqués envió á llamar al oficial comandante de estos buques que, enterado ya de lo que pasaba contestó con atencion pero no quiso dejar su puesto. Un ayudante de campo del general pasó á su bordo á instruirle de que los buques ingleses entrarian pronto en el puerto y que en vista de su infinita inferioridad y de que éramos dueños de las baterias que podian destruirle en un momento, esperaba el general que se mantuviese pasivo sin intentar una resistencia inútil, en cuyo caso no seria apresado ni molestado por los ingleses; pero este jóven y bizarro oficial de marina contestó que conocia toda la inutilidad de su resistencia, y que sin embargo estaba resulto á hacer todo lo que pudiese, porque tal era su deber.»

«A las diez de la mañana se hizo la señal convenida al navío del almirante Keets que se mantenia á corta distancia, acompañado de una corbeta y un bergantin. Al instante se dirigieron al puerto precedidos de dos lanchas cañoneras que armaron; y luego que estuvieron á tiro, rompieron los dos buques Daneses un fuego vivo, al que contestaron las dos lanchas, el bergantin y la corbeta. La plaza disparó tambien algunos cañonazos que con mucho cuidado se habian apuntado á no dañar, y despues de 15 ó 18 minutos de fuego arriaron sus banderas los Daneses con pérdida de seis hombres muertos y varios heridos, entre los cuales lo estaba levemente el valiente comandante á cuya conducta tributamos los debidos elogios. Los ingleses tuvieron una pérdida sensible en la del teniente del navío que fué muerto en una de las lanchas; y consideraron como presas á estos dos buques de guerra á diferencia de todos los barquitos de trasporte que fueron restituidos por ellos luego que nos hubieron servido.»

«Concluido este corto y desigual combate, bajó á tierra el almirante con sus oficiales, y pasados los primeros momentos de una alegría que es difícil explicar, y de mútuas demostraciones de afecto entre españoles é ingleses, trataron los dos generales de lo que convenia ejecutar. Quedó resuelto que se habilitasen hasta unos treinta y seis de los barquitos existentes en el puerto para que en ellos y en los tres buques de guerra ingleses, nos trasladásemos á la isla de Langeland, que por hallarse mucho más distante del continente, era más susceptible de defensa que la de Fionia, en el caso de una tentativa que debia recelarse de parte del ejército francés; y el Almirante repitió nuevo aviso á Inglaterra pidiendo barcos de trasporte para la navegacion á España que no podia emprenderse con aquellos.»

(Archivo del Depósito de la Guerra.)

NUMERO 9.

—

«En esta situacion estábamos y no se sabia aún el partido que tomaria el Marqués; pero por la tarde ya se tuvo respuesta suya, en la que decia al mayor que no se podia romper todavia, porque no tenia fuerzas bastantes, pero que no dudase que presto seria reforzado, porque importaba la conservacion de la isla; que no comunicase con los ingleses, ni se moviese escandalosamente, pero que vigilase sobre Gautier, no le dejase ir é interceptase los pliegos que enviase; todo esto era ya imposible. Nuestras miras estaban descubiertas desde el desembarco de Fabregues; Gautier alarmaba y encendia los ánimos de los oficiales del pais, que bien fuese por no indisponerse con los franceses ó por temor que los ingleses pusiesen el pié en tierra, estaban prontos, al parecer, á tomar cualquier partido contra nosotros, y sus tropas puestas ya en movimiento, eran considerables atendido el corto número de las nuestras; consistian en unos mil y tantos hombres de buena infantería, cuatrocientos caballos y varias piezas de artillería, algunas milicias y los habitantes de la isla armados. Nosotros teniamos 950 hombres esparcidos en tres leguas, en caseríos á mucha distancia unos de otros; unas compañías que tenian en la isla de Arroe llegaron á la nuestra al anochecer de este dia y caminaron hasta el norte de la isla en donde estaba su artillería y las demás tropas que con este aumento se hicieron considerables. Con todo, por nuestra parte, nada se movia y todo estaba tan quieto como si nada tuviéramos que temer; pero no bien habia entrado la noche, cuando á todas las compañías españolas, que como se ha dicho estaban acantonadas en distintos parajes, se les dió la órden de marchar con mucho silencio al camino de Serovelon llevando comida para dos dias.»

«Al mismo tiempo, en el pueblo, se tomaron todas las salidas y se rodeó de centinelas la casa de Gautier sin que él tuviese la menor noticia; estaban prontas dos piezas de artillería que teníamos y se inutilizaron las que habia en dos reductos que defendian el pueblo por no convenirnos encerrarnos en ellos. Las escuchas se pusieron sobre su mismo parque, observando sus movimientos y el batallon mudaba frecuentemente de posicion para que en el caso que intentasen atacarnos, segun su plan, lo pudiéramos nosotros hacer con ventaja, sabiendo por nuestras escuchas el camino y direccion que llevaban. Más de media noche sería cuando se supo que dos mujeres que habian venido de Arroe al anochecer, decian que habian dejado por la tarde 800 franceses en aquella isla, lo cual, siendo cierto, nuestra ruina lo era aún más, porque por aquella parte habia quedado la costa desguarnecida por la reunion que tuvo que hacer el batallon, y podian hacer su desembarco sin que nadie se lo estorbase.»

«En este estado, el mayor temeroso por un lado de los daneses que habian juntado sus fuerzas, rodeado por todas partes de la gente del país, que aunque no aborrecian á los españoles, habian de tomar el partido de su nacion, y receloso tambien de las fuerzas que los franceses habian traido de Arroe, creyó ya deber aventurarse á todo y arrestó á Gautier, comandante francés que mandaba la isla para desbaratar de una vez sus planes y para que á lo ménos no pudiese influir en las determinaciones de los daneses; fué á su casa, le despertó, y le dijo: «Que era ya llegado el tiempo de hablarle con franqueza; que pensaba volver á España; que seria tratado con toda la consideracion que se habia merecido por lo

que habia hecho con nosotros; que le daria libertad llevándolo consigo, pero que era indispensable dijese, con toda certeza, el número de tropas que habia en Arroe sin faltar á la verdad, porque su misma situacion le haria tomar un partido fuera de su carácter, pues debia conocer bien que no tenia ya medio entre volver á su patria, ó morir si no salia con su empresa.»

«Gautier apenas podia creer lo mismo que estaba oyendo; se consternó, y con ademanes de dolor alegaba en su favor lo mucho que habia hecho y favorecido al batallon (y era cierto); alegaba tambien, que la noche en que vino la noticia del estrago de Zelandia con el Estado Mayor francés le preguntó un oficial de los que estaban con el destacamento de cien hombres (de que se ha hablado), que en replesália se pasase á cuchillo la Plana Mayor que estaba en Rudkisbing y se embarcasen en seguida, con otras muchas cosas que le sujeria la turbacion en que estaba. Enseñaba sus papeles y las cartas que aquel dia habia tenido, y en ellas se vió que en la mañana del dia anterior no habia más que ochenta franceses en Arroe. El mayor le serenó y le dejó elegir los oficiales de quienes él más gustase para que tuviese siempre dos amigos y pudiese salir ó estarse en casa con ellos, como más le acomodase.»

«Al dia siguiente, 8, luego que supo el general danés el arresto del comandante francés vino al punto al pueblo con mucho acompañamiento de oficiales, y se fué á apear á casa de Gautier; se envió órden al instante á los oficiales que estaban guardándolo para que se desentendiesen y los dejasen hablar á solas; finalizada la visita, el general danés se encaminó á casa del comandante del batallon como si no supiese que habia sido él el autor del arresto, pero se le hizo saber que por sus indisposiciones habia dejado el mando al mayor á cuya casa fué con muchos oficiales de los que venian acompañándole; quedáronse éstos en la sala con otros del cuerpo, y el general y el mayor se retiraron á un gabinete, y despues de mil cumplimientos, llenos de urbanidad sobre su venida; que habia estado con Gautier y se habia sorprendido al oirle decir que estaba arrestado; que apénas podia creer cómo se habia atrevido á exponerse á los resentimientos del príncipe de Pontecorbo y á las resultas que esto podia traer. El mayor le respondió que bien podia conocer que un asunto de esta naturaleza tenia muy mala composicion; que habia tenido motivos muy poderosos para dar un paso al parecer tan arriesgado; que el dia anterior Gautier, aprovechándose de una corta ausencia que habia hecho del pueblo, habia embarcado furtivamente sus caballos, criados y equipajes, y estaba ya él á punto de hacer lo mismo, si dos oficiales de su cuerpo no se lo hubieran impedido, pero que sabia que habia tomado sus medidas para efectuarlo por la noche; que él creia que esto podia dimanar de temor de que le sucediese lo que á Fririon en Zelandia; miedo ridículo, no habiendo experimentado más que atenciones de los españoles, y sabiendo cuán bien querido era de los soldados; que no le acomodaba que para cohonestar su fuga y cubrir su miedo supusiese desórdenes que no habia habido en descrédito de su batallon, y que tambien podia considerarlo como un hombre que abandonaba su puesto no dejando entregado el mando á persona alguna, tratándose de retirarse justamente en ocasion en que estaban buques ingleses sobre la costa. El general danés le dió á entender con una sonrisa cuán poca fuerza le hacia este ultimo motivo, y le volvió á pedir de mil modos lo mismo; pero habiéndole dicho el mayor que sentia mucho no poderle dar ese gusto por haberle escrito al marqués de la Romana. El general entónces le suplicó que le concediese á Mr. Gautier saliendo fiador de él, y comprometiendo su palabra de honor de que no le dejaria salir de la isla hasta qne él lo tuviese por conveniente, y añadió que aunque no dudaba aceptaria su palabra, le ofrecia dos oficiales daneses en rehe-

nes, y si todo esto no bastase, su propia persona, (E.) á lo que el mayor le repuso que bien claramente conocia en el embarazo en que se hallaban los dos, pues por la nobleza de su carácter, y por las circunstancias, hacia por su parte ofrecimientos extraordinarios que sabia no se podian admitir, ni debian, estrechándole hasta el punto de parecer terco y poco atento con una persona de su alto carácter, á quien la primera vez que iba á su casa tenia que rehusarle todo cuanto le pedia; y por último, le dijo que aun en el caso en que se hallaba ningun disgusto podria serle mayor que la absoluta imposibilidad que tenia de servirle. Cambióse, pues, de conversacion, y sin insistir más que ligeramente sobre este asunto, se concluyó esta visita, de la cual, al despedirse, ofreció el mayor llevarle, él mismo, á su castillo, la respuesta que el marqués de la Romana diese al parte que él dijo haberle dado sobre esta prision.

«Aquella misma tarde se recibió carta del marqués para Gautier en la que le decia que pasaban á la isla cuatro compañías de Barcelona y uno ó dos escuadrones de Villaviciosa y para cohonestar este refuerzo, añadia el Marqués, que era con el fin de impedir la comunicacion del enemigo y no se atrevia á quitar el batallon de Cataluña porque no le excitase algun motin ó se sublevase contra los oficiales. Esta carta no se entregó á Gautier por estar preso ya, y era sin duda la respuesta á la peticion que hizo cuando el mayor le encontró escribiendo de resultas del desembarco de Fábregues.»

»Se pidió, pues, alojamiento y víveres para estas tropas que empezaron á llegar el dia siguiente, nueve, en cuyo mismo dia pasó por la isla Cirán, aquel oficial de quien se ha hecho mencion en estas Memorias, que fué la causa del alboroto de Astúrias y Guadalajara, con otras cosas que hacian ver la imposibilidad de poder sacar estos regimientos del cautiverio en que quedaban. Este oficial se resistió á entregar los pliegos y fuéle preciso al mayor amenazarlo con la fuerza. Los entregó y con ellos sus despachos. Dejósele en estrecho arresto, en el que estuvo hasta la llegada del Marqués á la isla quien le puso en libertad, y se fué á servir con los franceses. A pesar de su arresto, tuvo medio y modo de avisar al general de la isla, diciéndole que le habian arrestado y se suponia correo francés para dar mayor interés á su detencion. El general Danés al punto escribió una carta al mayor pidiéndole que le enterase de las circunstancias y razones porque se habia hecho eso con un correo francés, pues que necesitaba tener conocimiento de esto: otras dos cartas habia tenido suyas en el mismo dia, en una de las cuales reiteraba la propuesta de que le entregase á Gautier ofreciendo su persona en rehenes y suplicándoselo del modo más atento. El mayor, para zanjar todas esas dificultades con más brevedad y ménos compromisos, pasó al castillo del general Danés con quien tuvo una conferencia muy larga. A las cuatro compañías de Barcelona que iban llegando, y para las que se pidió alojamiento, se prestaron todos los auxilios por el general Danés, quien dió para esto y abastecerles de víveres las más prontas órdenes.»

«El regimiento de Villaviciosa debió tambien llegar en aquel dia á Suemberg, pueblo de la Fionía en donde estaban los del batallon de Barcelona ántes de pasar á nuestra isla, pero á éstos se les ocurrió á la salida de este pueblo apoderarse y dejar guardados los buques que habia allí. Los marineros del país, en el momento de haber conducido las cuatro compañías dichas, recogieron todos sus

---

(E.) En la carta número 10 se vé confirmada y reiterada esta promesa para que se le entregase á Gautier; ni en una ni en otra ocasion se le concedió, pero luego que vino Villaviciosa el coronel accedió á ello; Gautier pasó al castillo del general bajo la responsabilidad de éste, y se escapó como era regular.

buques y se ahuyentaron con ellos, de modo, que cuando llegó el regimiento de Villaviciosa para hacer el mismo paso á Fasing, por donde era indispensable atravesar para llegar á Langeland, se encontró con un grande embarazo porque no tenia en que hacer su viaje. Está la isla de Fasing intermedia entre la de Langeland y la de Fionia, separada de esta última por un estrecho canal que divide el pueblo de Suemberg de Fasing. Este canal lo tuvieron que atravesar en muy pocos y pepueños barcos adquiridos á fuerza de dinero, y teniendo que llevar los caballos á nado: puestos ya en la isla de Fasing, la dificultad de pasar á la de Langeland era mayor; pues no podia hacerse del mismo modo, porque la distancia de una á otra es de tres cuartos de legua, ó de hora: por esta razon el mayor, previendo esto, habia enviado con anticipacion todos los botes que habia en la isla de Langeland guarnecidos de tropa para el paso de hombres y caballos; pero su estrechez, la distancia y lo embarazoso del embarco y desembarco hacian interminable esta operacion, razon por la cual acordó por un ayudante que envió el baron de Almendáriz el que primero pasase todos los hombres, ménos treinta; que éstos quedasen en Fasing embarcando los caballos, teniendo siempre pronta una barca grande, para que si los enemigos que habian entrado ya en la Fionia viniesen en su seguimiento, pudieran retirarse matando primero los caballos. Habian primero podido pasar durante la noche del 9 todos los soldados del regimiento y los caballos de cuatro compañías, y quedaban embarcándose los demás, cuando en la mañana del 10 llegaron los treinta ya dichos que quedaron para proseguir el embarco con la novedad de que los franceses estaban ya en Suemberg y trataban de pasar á Fasing y atacarnos en Langeland. No habia tiempo ni lugar para deliberar sobre formar un plan que requiriese mucha meditacion: nuestras fuerzas eran pocas y los daneses más bien que por la nacion española, de quien nada tenian que temer, se habian de decidir por los franceses, y en este apuro el mayor dijo al coronel de Villaviciosa (baron de Almendáriz), que nada convenia tanto como intimar la rendicion de la isla, desarmarla, quitándole los cañones, caballos y fusiles para que no nos pudiesen ofender: la intimacion la hizo al punto en términos precisos y en plazo determinado: dió las órdenes para que con la mayor celeridad se juntasen las tropas en el campo de Serovelon, que está en el centro de la isla; mandóse en el pueblo que nadie saliese, é hízose saber á los habitantes que la isla se nos iba á entregar. El baron de Almendáriz, como que acababa de llegar, y no tenia conocimiento de la isla quedó con los desmontados, y alguna poca de infantería en el pueblo que se cerró y fortificó con carros, cuanto el tiempo y las circunstancias permitian: el mayor marchó á disponer las tropas por si la intimacion no daba el resultado que se esperaba. No era posible reunir en poco tiempo las fuerzas que teníamos anteriormente en la isla con las que habian llegado el dia ántes, porque las distancias en que habian quedado unas de otras era excesiva; pero luego que hubo juntos como unos ochocientos soldados, considerando el mayor que el tiempo que se prefijó para la entrega de la isla se pasaba, que toda detencion seria perjudicial y podria ser causa de nuestra ruina total, mandó al capitan D. Clemente Barnés que con parte de la tropa que se habia reunido sorprendiese una batería de seis cañones que estaba á la orilla del mar, que nos hacia muy al caso: Barnés tomó la batería, sorprendiendo dos compañías de granaderos destinadas á su custodia, guarneciése por nosotros, y mandó el mayor que se siguiese por todos los puntos de la costa haciendo lo mismo; y cuando Barnés avisó que estaba ya á la vista del parque, se le mandó que no pasase adelante, porque la capitulacion estaba para firmarse. La bandera española tremoló en los baluartes de la costa del Belt, en la isla de Langeland, abierta por todas partes, circundada de muchas islas ya enemigas, teniendo en la orilla opues-

ta la Zelandia, en donde habia treinta y cinco mil hombres, y grande número de barcos, en que con mucha facilidad podian trasportar gran número de tropas, y en la de Fionia al príncipe de Pontecorbo con las de su ejército, no estando los nuestros en plaza fuerte, ni en país amigo, sino rodeados de habitantes armados, valientes y orgullosos, amantes ciegos de su honor y de su pátria, y poco contentos con el desaire que sufrian.»

NÚMERO 10.

—

ESTADO de las tropas que componian la division expedicionaria del Norte, con la clasificacion de las que regresaron á España y las que quedaron en Dinamarca, segun el parte del brigadier conde de San Roman.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropas que regresaron.			Tropas que quedaron.			
		Batallones y Escuadrones.	Oficiales.....	Tropa.......	Batallones y Escuadrones	Oficiales.....	Tropa........	Caballos.....
Infanteria de línea..	Zamora.....	3	54	1757	»	11	162	»
	Princesa....	3	62	1953	»	9	124	»
	Guadalajara..	»	2	120	3	62	1792	»
	Astúrias....	»	»	20	3	69	2075	»
Idem ligera........	1.° Cataluña.	1	44	1066	»	»	25	»
	1.° Barcelona	1	39	1205	»	1	53	»
Caballería de línea..	Rey........	4	39	551	»	5	60	501
	Infante.....	4	35	561	»	8	57	561
	Algarbe.....	»	»	»	4	38	541	495
Idem ligera........	Almansa....	4	39	560	»	4	40	559
	Villaviciosa..	4	34	580	»	2	6	513
Artillería.....................		»	16	349	»	3	15	357
Zapadores.....................		»	5	99	»	3	»	»
	Totales.........	24	369	8821	10	225	4950	2986

NUMERO 11.

—

ESTADO de fuerza de la division puesta á las órdenes del teniente general marqués de Lazan, formado en Lérida el 10 de Noviembre de 1808.

	Jefes....	Oficiales..	Clases....	Soldados.	Totales...
Batallon de Voluntarios de Aragon. Reserva del general	2	33	128	771	934
Primer batallon de Voluntarios de Zaragoza...	2	29	121	486	638
Tercer tercio de Voluntarios Aragoneses......	1	30	98	464	593
Regimiento de infanteria de Fernando VII...	3	29	110	506	648
Tercio de Daroca..........................	2	22	80	399	503
Batallon de la Reunion....................	2	39	172	1.073	1.286
Artilleria................................	1	5	7	51	64
Partida de caballería de cazadores de Fernando VII	»	1	3	18	22
Total general..........	13	188	719	3.768	4.688
No están incluidos cinco capellanes, dos cirujanos y cuatro músicos mayores.					
Hay que deducir por ausentes, enfermos y comisionados fuera de la division.........	»	21	136	543	700
Presentes, de consiguiente, en la plaza......	13	167	623	3.225	3.988

Notas sacadas del estado original firmado por el brigadier D. José Obispo, mayor general de la division, y que se halla en el archivo del duque de Zaragoza.

Para las plazas presentes que tiene esta division, faltan 640 fusiles, 2.208 bayonetas y 1.889 cananas, sin cuyo completo no puede presentarse en ninguna accion.

Sin embargo que el intendente del ejército de Aragon no ha mandado al ministro de Real Hacienda mas que 3.373 camisas, han recibido las plazas presentes dos cada una.

Esta division no tiene oficial alguno de Ingenieros.

El tren de artilleria que acompaña á la misma vino en el mayor deterioro y con cureñas de plaza, pero en la actualidad se está trabajando en ponerla corriente y en estado de jugar en campaña.

La division salió de Zaragoza con 89 ollas de ménos, y faltándoles para guisar sus ranchos, es preciso el habilitarlas.

NÚMEROS 12 y 13.

—

Como el ejército de la Izquierda se compuso de divisiones que nunca llegaron á estar reunidas por su diversa procedencia y las peripecias de aquella campaña, estampamos en el presente apéndice el estado total de su fuerza, como lo hizo la Seccion de Historia Militar en 1821, al recopilar los «Estados de la organizacion y fuerza de los ejércitos españoles beligerantes en la Peninsula, durante la guerra de España contra Bonaparte.»

Los pormenores de ese estado se hallan con tal claridad y tan minuciosamente expuestos, que nada le será al lector màs fácil que calcular la fuerza presente en cada accion de las á que asistió el ejército, fuerza que nosotros con todos los datos existentes y con la memoria del Sr. Blake sobre todo, hemos determinado particularmente en cada caso.

ESTADO de la organizacion y fuerza disponible del ejército de la izquierda en 31 de Octubre de 1808 con expresion de las tropas que concurrieron á la batalla de Zornoza en el mismo dia del expresado mes y año.

DIVISIONES Y SUS COMANDANTES.	CUERPOS DE QUE SE COMPONIAN.	FUERZA. Jefes y Oficiales.....	Tropa.......	Caballos.....
Vanguardia.—El Brigadier, D. Gabriel de Mendizábal.-En Zornoza.............	*Infantería.*--2.° de Cataluña, 1 bat. —Voluntarios de Navarra, 1 bat.— 8 com. de granaderos de Leon, Zaragoza, Mallorca y Aragon, 2 bat.— Zaragoza, 6 com. 1 bat............. *Zapadores-minadores*, un destacamento.......................... Total, 5 bat....................	87	2797	»
1.ª *Division.*—El Brigadier D. Genaro Figueroa.—En Zornoza...	*Infantería.*—Literarios de Santiago, 1 bat.—8 com. del inmemorial del Rey, 2 bat.—Mallorca, 5 com... 1 bat.—Hibernia, 8 com. 1 bat.— Compañías de tiradores de los cuerpos., 1 bat.—Milicias provinciales de Mondoñedo, 1 bat................ *Zapadores-minadores*, 1 com..... Tolal 7 bat. y 1 compañía........	86	3932	»

DIVISIONES Y SUS COMANDANTES.	CUERPOS DE QUE SE COMPONEN.	FUERZA. Jefes y Oficiales.....	Tropa.......	Caballos.....
2.ª *Division.*—El Mariscal de campo D. Rafael Martinengo.—En Villaro............	*Infantería.*—Voluntarios de la Victoria, 1 bat.—Navarra, 10 com., 2 bat.—Voluntarios de Galicia (antes Nápoles) 10 com., 2 bat.—Milicias provinciales de Pontevedra, 1 bat.—Idem de Segovia, 1 bat............ *Caballería.*—(que antes del 16 de Octubre estuvo en la reserva) Dragones de la Reina, 2 esc.—Montesa, 1 esc.—Partidas de Carabineros Reales.—Destacamento de Calatraba....... *Zapadores-minadores.*—1 com. de la maestranza del arsenal del Ferrol. Total 7 bat., 3 esc. y 1 com......	117	4949	302
3.ª *Division.*—El Brigadier D. Francisco Riquelme.—En Zornoza..............	*Infantería.*—Voluntarios de Gerona, 1 bat.—Sevilla, 8 com., 2 bat.—Infantería de Marina, 3 bat.—Milicias provinciales de Compostela, 1 bat. *Zapadores.*—1 com. de la maestranza del Ferrol................ Total 7 bat. y 1 com...........	112	4677	»
4.ª *Division.*—El Brigadier D. Jose María Carbajal, Comandante general interino.—En Zornoza........	*Infantería.*—Voluntarios de Barbastro, 1 bat—10 com. de granaderos del Príncipe, Sevilla, Navarra, voluntarios de Galicia é Hibernia, 2 bat.—Príncipe, 8 com., 2 bat.—Toledo, 10 com., 2 bat.—Milicias provinciales de Lugo, 1 bat.—Idem de Santiago, 1 bat.—Un bat. de 6 com. del regimiento de Aragon quedó el 24 en Bilbao, y se unió á la division el 1.° de Noviembre............... Total 9 bat. y 1 com...........	143	3388	»
Reserva.—El Mariscal de Campo D. Nicolás Mahy.—En Zornoza.	*Infantería.*—Granaderos provinciales de Galicia, 2 bat.—6 com. de granaderos de Toledo, Rey y voluntarios de la Corona, 1 bat.—Voluntarios de la Corona, 6 com., 1 bat.—Bat. del General, 1 bat............. Total 5 bat....................	90	2935	»

DIVISIONES Y SUS COMANDANTES.	CUERPOS DE QUE SE COMPONIAN.	FUERZA. Jefes y Oficiales	Tropa	Caballos
La Division de Asturias que formaba parte del ejército de la izquierda. Por el Capitan general D. Vicente María Acevedo. Una Seccion en Villaro y otra en Orduña...	*Infantería* — Hibernia, 8 com. 1 bat.—Milicias provinciales de Oviedo, 1 bat.—Castropol, 1 bat.—Grado, 1 bat.—Salas, 1 bat.—Candas, 1 bat.—Luarca, 1 bat.—Villaviciosa, 1 bat.—Lena, 1 bat.—Cangas de Tineo, 1 bat. *Artillería.* — Un destacamento con 4 piezas de à 3. Total 10 bat. y 4 piezas.	233	7400	»
	Batallon ligero 1.° de Cataluña, que vino del Norte con la division del Teniente General Marqués de la Romana, y se unió al ejército el 25.	42	1066	»

ARTILLERIA de campaña en Soncillo, cerca de Villarcayo, en Reinosa y Búrgos.

		ARTILLERIA. Obuses de á 7 pulgadas	CAÑONES. De á 8	CAÑONES. De á 4	OFICIALES Y TROPA DEL EJÉRCITO Y MARINA DESTINADOS Á LA ARTILLERÍA. Jefes y Oficiales	Tropa	Caballos
En Soncillo á tres marchas del ejército	Con destino á la vanguardia	»	»	6	33	1000	»
	Id. á la 1.ª division	1	4	»			
	Id. á la 2.ª idem	1	4	»			
	Id. á la 3.ª idem	1	4	»			
	Id. á la 4.ª idem	1	4	»			
	Reserva, 1 com. de artillería de á caballo.	2	»	4			
	Otra com. de idem en marcha para el ejército	2	»	4			
	Total de piezas.	8	16	14			

	TROPAS DESTACADAS DEL EJÉRCITO.	FUERZA. Jefes y Oficiales....	Tropa.......	Caballos.....
De guarnicion en Galicia.............	*Infantería.*—Tercer batallon de Mallorca, 1 bat.—2.° idem de Leon, 1 bat. 2.° idem de Aragon. 1 bat.... Total 3 bat....................	77	2010	»
En la instruccion en Reinosa, Astorga, Sahagun y Búrgos....	*Infantería.*—Tercer bat. de Zaragoza, 1 bat.—1 comp del de Mallorca.—2 comp. de Hibernia.—Bat. de Buenos-Aires, 1 bat.—Regimiento de milicias de Santiago, 1 bat.—4 comp. de voluntarios de la Corona.—Batallon del General, 1 bat.—Regimiento de milicias de Salamanca, 1 bat.—Idem de Tuy, 1 bat.............. Total, 6 bat. y 7 comp. de varios cuerpos.........................	181	5577	»
En Soncillo custodiando la artillería......	*Infantería.*—Milicias de Betanzos, 1 bat.—Idem de Monterrey, 1 bat... Total 2 bat....................	40	900	»
En Portugal con el brigadier marqués de Valladares.........	*Infantería.*—Príncipe, 2 comp.—Leon, 2 comp. del primer batallon y todo el 3.°—Reg. de milicias de Orense, 1 bat......................... *Caballería.*—Un destacamento de Montesa......................... Total, 2 bat. 4 comp. y un destacamento.........................	48	1600	60
		346	10087	60

EN MARCHA PARA EL EJÉRCITO.

Division que vino del Norte, y desembarcó en Santander, desde donde estaba en marcha para unirse al ejército verificándolo en 1.° de Noviembre.	*Infantería.*—1.° de Barcelona, 1 bat.—Zamora, 3 bat.—Princesa 3 batallones......................... *Zapadores.*—1 compañía......... Total, 7 bat. y 1 comp.......... *Nota.* No se incluye el bat. 1.° ligero de Cataluña por que lo está en el total de las fuerzas disponibles para operar, y se incorporó en el ejército el 25 de Octubre.................	117	4069	»

RESUMEN POR DIVISIONES.

	DIVISIONES.	Batallones...	Escuadrones.	Jefes y Oficiales......	Tropa........	Caballos.....	Jefes y Oficiales.....	Tropa.......	Caballos.....
Tropas que se hallaron el 31 en Zornoza.......	Vanguardia.........	5	»	87	2797	»			
	1.ª Division.........	7	»	86	3932	»			
	3.ª Idem............	7	»	112	4677	»			
	4.ª Idem............	9	»	143	3388	»	560	18795	»
	Reserva.............	5	»	90	2935	»			
	Batallon ligero de Cataluña...........	1	»	42	1066	»			
En el mismo dia en Villaro.......	2.ª Division.........	7	3	117	4949	302	238	8749	302
	Una Seccion de las tropas de Astúrias....	5	»	121	3800	»			
En Orduña...	Una Seccion de tropas de Astúrias........	5	»	112	3600	»	112	3600	»
En Soncillo..	Artillería de á pié y á caballo...........	»	»	33	1000	»	33	1000	»
	Total de tropas para operar............	»	»	»	»	»	943	32144	302
	En marcha para el ejército, desde Santander............	7	»	»	»	»	117	4069	»
	Tropas destacadas de guarnicion y en instruccion.........	13	»	»	»	»	346	10087	60
	Total general del ejército.............	71	3	»	»	»	1406	46300	362

PLANA MAYOR.

General en jefe....................	El teniente general D. Joaquin Blake.
Mayor general......................	El brigadier D. Manuel Fabro.
Comandante general de Artillería...	El brigadier D. Juan de Silva.
Idem de Ingenieros...............	El brigadier D. Juan Bautista Merich.
Intendente.........................	El comisario ordenador D. Manuel Michelena.
Auditor de guerra................	D. Josef Joaquin Iriberry, oidor de la Audiencia de la Coruña

NUMERO 14.

Para que se vea cuán difícil es formar un cuadro exacto de la fuerza de que se componian los ejércitos que operaron en aquella segunda campaña de las de 1808, estampamos á continuacion el que publicó la Seccion de Historia Militar en 1821, al referirse á los ejércitos del Centro y de Reserva.

Hélo aquí:

ESTADO aproximado de las fuerzas de los ejércitos del centro y de reserva, que concurrieron á la batalla de Tudela en 23 de Noviembre de 1808.

Tropa del ejército del centro.		Fuerza.
Divisiones 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, sobre	26.000.	43.600.
Tropas del ejército de reserva.		
Divisiones .... sobre	17.600.	

NOTA.

De los 26.000 hombres del ejército del centro, los 3.000 eran de caballería.

Plana mayor del ejército del centro.

General en jefe	El capitan general D. Francisco Javier Castaños
Cuartel maestre general	El teniente general D. Antonio Samper
Mayor general de infantería	
Mayor general de caballería	
Comandante general de artillería.	
Comandante general de ingenieros	
Comandante general de la primera division	El teniente general conde de Villariezo
General de brigada de esta division	Mariscal de campo, D. Francisco Jávier Venegas.—Brigadier marqués de Ariza.
Comandante general de la segunda division	El mariscal de campo D. Pedro Grimarest.
Idem de la tercera division	El mariscal de campo D. Ramon Rangel.
Idem de la cuarta idem	El teniente general D. Manuel Lapeña.

Generales que mandaban las fuerzas del ejército de reserva.

El teniente general D. Juan O'Neille.
El mariscal de campo D. Felipe Saint March.

La memoria que despues dió á luz el general Castaños con el título de «Reales órdenes de la Junta central suprema de gobierno del reino etc.,» y á que tantas veces nos referimos en éste y los siguientes capítulos, encierra algunos más pormenores, completamente fidedignos, pues que de otro modo, se los hubieran desmentido tantos émulos y enemigos como en su desgracia le salieron.

Dice así el ilustre general en las páginas 32 y 33 de su Memoria:

«El exército del Centro debia componerse de las quatro divisiones que salieron

De Andalucía	20.000	hombres.
De las tropas de Castilla	8.000	
De las de Valencia	4.500	
De las de Extremadura	13.000	
Y del exército ingles	30.000	
Que hacen un total de	75.500	hombres.

Pero de todos estos, los ingleses bien á la vista está que se hallaban muy distantes, que las tropas de Extremadura apenas llegaron á Madrid tubieron que dirigirse hácia Burgos donde fueron arrolladas por el enemigo, y que aun la mayor parte de las divisiones primera y tercera de Andalucía, que quedaron en Madrid para vestirse, tambien se dirigieron y emplearon en Somosierra; de modo que el exército del Centro á mediados de Noviembre solo constaba:

De las divisiones segunda y quarta de Andalucía	10.000	hombres.
De las expresadas de Castilla y Valencia	12.500	
Y de una pequeña parte de la primera y tercera divisiones de Andalucía que llegó al exército á mediados de Noviembre	3.500	
Cuyo total	26.000	hombres.

Entre ellos tres mil de caballería.

Uso de toda esta prolixidad en explicar la fuerza del exército del Centro porque escribo hechos positivos que nadie pueda dudar, y no trato de alucinar con pinturas: no hago mérito de la calidad de una gran parte de estas tropas en cuerpos no bien organizados, ni pretendo quexarme de haber sido corta la fuerza de este exército; pero si diré quales han sido con él mis operaciones.

NUMERO 15.

ESTADO de la fuerza y organizacion del ejército de Extremadura cuando marchó á Madrid en Setiembre de 1808.

GENERAL EN JEFE, EL TENIENTE GENERAL D. JOSÉ GALLUZO.

ARMAS.	CUERPOS.	FUERZA. Hombres.	FUERZA. Caballos.
	1.ª DIVISION. COMANDANTE GENERAL EL MARISCAL DE CAMPO CONDE DE BELVEDER.		
Infantería	1.° batallon de Guardias españolas; Granaderos provinciales; Dos batallones del 2.° de Mallorca; Un batallon del 2.° de Cataluña; Una compañía de tiradores	4.160	»
Caballería	Voluntarios de España	360	360
Artillería	Primera division á pié	92	»
Artillería	Primera compañía á caballo	62	62
Zapadores	Medio batallon	254	»
	Total	4.928	422
	2.ª DIVISION. COMANDANTE GENERAL EL MARISCAL DE CAMPO D. JUAN HENESTROSA.		
Infantería	1.° batallon de guardias Walonas; Uno de Badajoz; Uno de voluntarios de Valencia y Alburquerque; Uno de voluntarios de Zafra	3.300	»
Caballería	1.° de Húsares	298	298
Artillería	Primera division á pié	92	»
Artillería	Primera compañía á caballo	94	94
Zapadores	Medio batallon	254	»
	Total	4.038	392
	3.ª DIVISION. COMANDANTE GENERAL EL MARISCAL DE CAMPO D. FRANCISCO DE FRIAS.		
Infantería	Un batallon de Trujillo; Provincial de Badajoz; Voluntarios de Mérida; Idem de la Serena	3.580	»
Caballería	2.° de Húsares	300	300
	Total	3.889	300

RESÚMEN.	FUERZA.	
	HOMBRES.	CABALLOS.
Primera division	4.928	422
Segunda idem	4.038	392
Tercera idem	3.880	300
TOTAL	12.846	1.114

NÚMERO 16.

ESTADO de la fuerza del Ejército de Reserva.

INFANTERÍA.

CUERPOS.		OBSERVACIONES.	Oficiales...	Clases...	Tropa....	Totales...
Albalate	1 compañía.	Se ignora su fuerza.	Por término medio...			70
Alcoberro	1 compañía.	Idem id.	»	»	»	70
Alcubierre	1 compañía.	Idem id.	»	»	»	70
Voluntarios de Aragon	1.er bon.	En Agosto tenia	24	77	615	716
	2.° batallon.	En Diciembre	37	122	1143	1302
Voluntarios Aragoneses	1.er tercio.	En Setiembre	27	136	604	767
	2.° tercio.	En Setiembre		101	364	465
	3.er tercio.	En Noviembre	29	98	464	611
	4.° tercio.	En Noviembre				863
	5.° tercio.	En Noviembre	26	69	398	493
	6.° tercio.	No llegó á formarse	Existen listas de oficiales			
	7.° tercio	No llegó á formarse				
	8.° tercio.	No llegó á formarse				
Voluntarios de Aragon Reserva del General	1 batallon.	En Noviembre	35	128	771	934
Barbastro	1 batallon.	Se ignora la fuerza aunque creada en Junio				
Barbastro	1 tercio.	En Noviembre	44	158	864	1066
Benasque	2 compañías	Se ignora su fuerza.	Por término medio...			140
Berraben	1 compañía.	Se ignora su fuerza.				70
Bielsa	1 compañía.	Se ignora su fuerza.				70
Calatayud	1 batallon.	En Noviembre				310
Campo Mayor	1 partida.	En Diciembre		3	58	61
Cármen (del)	1 batallon.	En Diciembre	38	105	666	809
Voluntarios de Castilla	1 batallon.	En Diciembre	21	79	514	614
Catalanes	1 compañía.					70
Voluntarios de Cataluña	1.er bon.	En Noviembre	18	66	443	527
De Cerezo	1 batallon.	En Noviembre	9	50	354	413
Daroca	1.er tercio.	En Noviembre	21	80	399	500
	2.° tercio.	En Diciembre la 3.ª compañía	3	15	76	94
Tiradores de Doyle	1 batallon.	En Diciembre	8	37	261	306
Extremadura	1 regto.	En Diciembre	43	108	522	873
Fernando VII	1 regto.	En Noviembre	32	110	506	648
Cazadores de Fernando VII.	1 batallon.	En Diciembre	10	31	293	334
Fernando VII de Aragon	1 batallon.	En Agosto		79	675	754

CUERPOS.		OBSERVACIONES.	Oficiales...	Clases....	Tropa....	Totales..
Fraga	1 compañía.	Se ignora su fuerza.				70
Fusileros de Aragon	1.er bon.	En Diciembre	49	151	1636	1836
	2.° batallon.	Se ignora su fuerza.	Por término medio...			400
De gastadores	1 batallon.	En Diciembre	16	71	767	854
Guardias españolas	3.er bon.	En Diciembre	24	104	681	809
Voluntarios de Huesca	1.er tercio.	En Diciembre	37	119	1163	1319
	2.° tercio.	En Diciembre				1035
	3.er tercio.	En Diciembre				938
Jaca	1.er tercio.	En Octubre				983
Monzon	2 compañías	Se ignora su fuerza.				140
Voluntarios de Navarra	1 batallon.	En Noviembre	10	37	255	302
Tiradores de Nuñez	2 compañías	En Diciembre				122
Reunion de Osera	1 batallon.	Se ignora su fuerza.	(10 comp.as)			700
Granaderos de Palafox	1 regto.	En Diciembre	40	171	400	611
Pardos de Aragon	1 compañía					123
De Párias	1 compañía.	Se ignora su fuerza.				70
De la Reunion	1 batallon.	En Noviembre	41	172	1073	1286
Gastadores del Reino de Aragon	1 batallon.	En Noviembre				340
De Reynoso	1 dest.°	Se ignora su fuerza.				70
De Ricla	1 compania.	Se ignora su fuerza.				70
De Salvatierra, Urries, Navardun	1 compañía.	En Junio				119
Suizo de Aragon	1 regto.	En Diciembre				268
De Tauste	4 compañías	En Julio				280
Voluntarios de Teruel	2.° tercio.	En Setiembre	48	255	1169	1472
Tiradores voluntarios aragoneses	1 compañía.	En Setiembre	3	10	52	65
Ligero de Torrero	1 batallon.	En Noviembre	45		918	963
Guardias Walonas de Aragon	1 batallon.	En Diciembre				527
De Don Jorge Ibor	1 compañía.	Nunca pasó revista				70
Ligero de Zaragoza	1.er bon.	En Noviembre				1009
	2.° bon.	En Diciembre	20	42	558	620
Voluntarios de Zaragoza	1.er bon.	En Noviembre	31	121	486	638
		Total de la infantería				32119

CABALLERÍA.

		Oficiales.	Clases...	Tropa...	Totales...	Caballos.
Dragones del Rey.........	En Diciembre.	29	35	150	214	161
Dragones de la Reina......	En Diciembre.	12	17	104	134	78
Cazadores de Fernando VII.	En Noviembre.	1	2	19	22	22
Caballería de Santiago.....	En Diciembre.	1	16	47	64	42
Total de la caballería.......		43	70	320	434	303

ARTILLERÍA.

Se componia de un batallon de siete compañías á 100 hombres cada una, inclusa una de á caballo y la Real maestranza.

En Octubre tenia, además, agregada una compañía de Granaderos de marina que como las demás, cuya fuerza se ignora, supondremos de 70 hombres.

Total de artilleros, 770.

INGENIEROS.

El cuerpo de Ingenieros no tenia en Noviembre más que oficiales á que durante el primer sitio de Zaragoza ayudaban en las obras soldados de la guarnicion y paisanos de la ciudad.

RESÚMEN.

Infantería............	32.119		
Caballería............	434	303	caballos.
Artillería............	770		
Total general......	33.323	303	

Notas. Estas son las fuerzas que resultan para el ejército de Reserva en la campaña de Noviembre de 1808. Se ha formado el anterior cuadro despues de un exámen el más detenido posible de los documentos todos del archivo del Excelentísimo señor duque de Zaragoza, que consta, en esta parte, de cerca de 60 legajos con muchos miles de pliegos y cuartillas sueltas originales é importantes al más alto grado.

Para evitar responsabilidades de exactitud rigurosa, se ha estampado la fecha en que los cuerpos tenian la fuerza que se les designa, no siendo posible señalarles la anterior á la batalla de Tudela.

NUMERO 17.

Cuadro de organizacion del ejército francés en España.

DECRETO.—SAINT-CLOUD, 7 DE SETIEMBRE DE 1808.

El ejército de España se compondrá de seis cuerpos de ejército.

Art. 1.° El primer cuerpo estará á las órdenes del mariscal Víctor y se compondrá de las tres divisiones de infantería que forman ahora el primer cuerpo del Grande Ejército, el cual tomará el nombre de primer cuerpo del ejército de España, y de la division de caballería ligera agregada al mismo cuerpo, compuesta de cuatro regimientos y mandada por el general de brigada Beaumont.

Art. 2.° El segundo cuerpo del ejército de España será mandado por el mariscal Bessières y se formará de la manera siguiente:

1.ª Division, que mandará el general de division Mouton, comprendiendo el 4.° regimiento de infantería ligera, los 15.°, 26.° 55.° regimientos de infantería de línea y el batallon de París.

2.ª Division, que manda el general de division Merle y que comprende el regimiento número 47 de línea (se le reunirá el batallon que está en el cuerpo de Zaragoza), el 86.° de línea, el 70.° de línea (se le reunirá el batallon que está en el cuerpo de Zaragoza), dos batallones suizos, los 1.° y 2.° regimientos suplementarios; estos regimientos se compondrán, á saber: el 1.° de los 4.° y 5.° batallones de la 4.ª legion y del 4.° batallon de la 5.ª legion, formando un efectivo de 2.500 hombres; el 2.° regimiento, del 4.° batallon de la 4.ª legion, de los 3.° y 4.° batallones de la 3.ª legion, con un efectivo de 2.000 hombres.

3.ª Division, que manda el general de division Bonet, comprendiendo los antiguos 13.° y 14.° regimientos provisionales de infantería (enteros, reuniendo á ellos el que está en el cuerpo de Zaragoza), los 17.° y 18.° regimientos provisionales.

Esto hará ascender este cuerpo de ejército, incorporándole todos los destacamentos, á 24.000 hombres de infantería.

Division de Caballería que manda el general Lasalle, compuesta de los 10.°, 22.° y 26.° de cazadores y el 9.° de dragones, su fuerza, 2.000 hombres.

Art. 3.° El tercer cuerpo estará mandado por el mariscal Moncey y se compondrá del modo siguiente.

1.ª Division que manda el general de division Musnier y comprende los regimientos números 114.° y 115.° de infanteria de línea y el primer batallon de Westfalia.

2.ª Division mandada por el general de Division Morlot y que comprende los regimientos 116.°, 117.° de infantería de línea, un batallon irlandés y otro de Prusia.

3.ª Division á las órdenes del general de Division Frere, comprendiendo la 2.ª legion de reserva compuesta de los 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.° batallones de la misma, del 5.° de infantería ligera, los 1.° y 2.° regimientos provisionales de húsares; el primer regimiento provisional de caballería pesada (grosse,) dragones; total, 2.000 hombres de caballería.

Lo cual elevará estas tres divisiones á una fuerza de 18.000 hombres de infantería. Este cuerpo conservará los regimientos de caballería que tiene, lo cual elevará su fuerza hasta la de 21.000 hombres.

Art. 4.° El cuarto cuerpo será mandado por el duque de Danzig y compuesto de la siguiente manera:

1.ª Division, que manda el general Sebastiani, comprendiendo los regimientos números 32, 75, 28 y 58 de infantería de línea.

2.ª Division, que manda el general Leval, comprendiendo un cuerpo de Nassau, otro de Baden, otro de Hesse-Darmstadt y un batallon del Príncipe Primado;

3.ª Division, á las órdenes del general Valence, Senador, comprediendo los tres regimientos nuevos que se reunen en Sedan:

4.ª Division, que comprende la brigada holandesa que se reune en Gante y debe llegar á París y la westfaliana que llega al Rhin.

Como cada una de estas divisionos consta de 6.000 hombres, el cuerpo de ejército tendrá 24 000 infantes y 48 piezas de artillería. La caballería se comprondrá del 5.° regimiento de dragones, 500 hombres; de los húsares holandeses, 500 hombres; de los caballos ligeros westfalianos, 500 hombres; en total, 1.500 hombres.

Art. 5.° El quinto cuerpo será mandado por el general de division Saint-Cyr, y compuesto de la manera siguiente: 1.ª division que manda el general de division Chabran; 2.ª division que manda el general Soscham; 3.ª division que manda el general Lechi; 4.ª division que manda el general Pino; 5.ª division que manda el general Chabot.

El general Reille volverá ami Estado Mayor.

Caballería; la de la division Pino y la del cuerpo del general Duhesme.

Art. 6.° El sexto cuerpo será mandado por el mariscal Ney y compuesto de la manera siguiente:

1.ª Division que manda el general de division Marchand.

2.ª Division que manda el general de division Bisson.

3.ª Division que manda el general de division Mermet, comprendiendo el regimiento número 31 de infantería ligera y los rigimientos números 14 y 44 de línea.

4.ª Division comprendiendo los tres regimientos del Vístula y 1.000 zapadores ó minadores; caballería, compuesta del regimiento de lanceros polacos, de los dos regimientos de caballería ligera del 6.° cuerpo; total, 2.200 hombres.

Lo que elevará este cuerpo de ejército á 27.000 hombres de infantería, á 3.000 hombres de artillería, zapadores y minadores y á 2.200 caballos. Este cuerpo tendrá de 55 á 60 piezas de artillería.

Art. 7.° La reserva se compondrá de la manera siguiente: una division de reserva compuesta del 2.° y del 12.° de infantería ligera, de los 43.° y 51.° de línea, formando 6.000 hombres; de seis batallones de fusileros de la Guardia imperial; seis batallones de granaderos y cazadores de á pié de la Guardia, formando 6.000 hombres, de la guardia del rey deEspaña, de 1.500 hombres, lo que elevará la infantería de este cuerpo á 14.000 hombres; de los granaderos y cazadores á caballo de la Guardia imperial. y los dragones y caballos ligeros polacos, la guardia á caballo del rey de España, formando en todo 4.000 hombres; de cuatro divisiones de dragones formando diez y sies regimientos y cerca de 14.000 hombres, lo que elevará la caballería de reserva á 18.000 caballos; de la artillería de la Guardia imperial de 60 piezas atalajadas: total de la reserva 34.000 hombres.

Art. 8.° Nuestro ministro de la Guerra queda encargado de la ejecucion del presente decreto =Napoleon.

(Correspondencia de Napoleon, despacho número 14.300.)

Esta organizacion, impuesta cuando Napoleon tuvo conocimento de los sucesos de la primera campaña, sufrió algunas variaciones que vamos escalonando en el presente apéndice para que nuestros lectores tengan noticia, lo más com-

pleta posible, de los elementos que el Emperador fué reuniendo para la segunda campaña de 1808.

M. Thiers, al referise á los preparativos ya dispuestos en Octubre señala la organizacion y la fuerza del ejército frances, de la manera siguiente:

«Napoleon, dice, dictó al mismo tiempo sus últimas órdenes para la composicion del ejército de España. Lo formó de ocho cuerpos, cuyo mando en jefe se proponía tomar, llevando, como de costumbre á Berthier de Jefe de Estado Mayor. El primer cuerpo del Grande ejército, dirigido de Berlin á Bayona á fines de Octubre, conserva á las órdenes del mariscal Victor el título de primer cuerpo del ejército de España. El cuerpo de Bessières llegó á ser el 2.° y fué puesto á las órdenes del marical Soult. El del mariscal Moncey obtuvo el número 3.° del ejército de España. La division Sebastiani, unida con los Polacos y Alemanes al mando del mariscal Lefebvre, tomó el título de 4.° cuerpo. El 5.° cuerpo del grande ejército, al mando del mariscal Mortier, encaminado por órden emanada de Erfurt del Rhin á los Pirineos, conservó su numeracion, llamándose 5.° cuerpo del ejército de España. El antiguo 6.° cuerpo del grande ejèrcito, recientemente llegado de Alemania, compuesto siempre de las divisiones Marchand y Bisson y mandado por el mariscal Ney, hubo de llamarse 6.° cuerpo del ejército de España. Se le organizó á las órdenes de Dessoles, con algunos de los antiguos regimientos destinados á la Península una tercera y hermosa division, que debia hacer aquel cuerpo más numeroso de lo que nunca habia sido. El general Gouvion Saint-Cyr, con las tropas del general Duhesme encerradas en Barcelona, la columna Reille que permanecia al frente de Figueras, y las divisiones Pino y Souham que habian llegado del Piamonte al Rosellon, debió formar el 7.° cuerpo del ejército de España. Junot, con las tropas procedentes por mar de Portugal, vueltas á armar, reclutadas y provistas de caballos para su artillería y caballería, formó el 8.° El mariscal Bessières fué puesto á la cabeza de la reserva de caballería, compuesta de 14.000 dragones y 2.000 cazadores. El general Walther tomó el mando de la guardia imperial fuerte de 10.000 hombres. Era una masa de 150.000 hombres de tropas veteranas que unida á los 100.000 que estaban ya al otro lado de los Pirineos, presentaba el enorme total de 250.000 combatientes. He ahí á qué esfuerzo se veia obligado Napoleon por haber emprendido en un principio la invasion de España con un ejército poco numeroso y muy poco aguerrido.»

«De este refuerzo de 150.000 hombres, 100.000 por lo ménos, procedentes de Alemania ó de Italia á fines de Agosto, se habian trasladado á los Pirineos á fin de Octubre: eran el 1.°, el 4.°, el 6.° y el 7.° cuerpo, la guardia y los dragones. El 5.° á las órdenes del mariscal Mortier, emprendiendo su marcha despues que los otros; el 8.° del general Junot, recientemente desembarcado por los ingleses en la Rochelle, estaban todavia en camino.»

La recapitulacon de las fuerzas que señalan las Memorias del Rey José da un total de 186.000 hombres; pero añade una nota: Mas tarde entraron en España otro dos cuerpos: el mandado por el duque de Abrantes, que recibió la denominacion de 8.° cuerpo, compuesto de las tropas trasportadas de Lisboa á Francia despues del convenio de Cintra, dos divisiones de infantería: las de los generales de Laborde y Loison; el cuerpo á las órdenes del marical duque de Trevisa, que tomó la denominacion de 5.° cuerpo que babia tenido en un principio el del general Saint-Cyr el cual resultó el 7.° con dos divisiones de infantería, las de los generales Gazan y Suchet.»

Hé aquí, por fin, y para mayor claridad, el cuadro con todos estos datos, formado por Napier.

Estado general de las fuerzas del Ejército francés en España. (10 de Octubre de 1808.)

	PRESENTES.		DESTACADOS.		EN LOS HOSPITALES.	PRISIONEROS.	FUERZA EFECTIVA.		
	Hombres.	Caballos.	Hombres.	Caballos.	Hombres.	Hombres.	Hombres.	Caballos caballería.	Caballos artillería.
1.er Cuerpo, duque de Bellune.	28.797	5.615	2.201	219	2.939	»	33.937	3.329	2.501
2.° Id. duque de Istria...	20.093	3.219	7.394	1.199	5.536	30	33.054	3.616	802
3.° Id. duque de Conegliano	18.867	3.186	11.082	2.472	7.522	219	37.690	4.537	821
4.° Id. duque de Dantzick	22.859	2.410	955	40	2.170	»	25.984	1.791	659
5.° Id. duque de Trevisa.	24.552	3.833	188	6	1.971	2	26.713	1.805	2.034
6.° Id. duque de Elchingen	29.568	4.304	3.381	257	5.051	33	38.033	2.465	2.096
7.° Id. general Saint-Cyr.	35.657	5.251	1.302	198	4.948	200	42.107	4.045	1.404
8.° Id. duque de Abrantes	19.059	2.247	2.137	1	3.528	1.006	25.730	1.776	472
Reserva	34.924	23.604	3.533	733	3.553	392	42.382	21.225	3.112
1.er regimiento de húsares y el 27° de cazadores	1.424	1.463	256	208	74	»	1.754	1.675	»
Artilleros é ingenieros en marcha desde Alemania	3.446	958	107	»	»	»	3.446	»	958
Columnas móviles para la defensa de la frontera de Francia..	8.588	477	107	»	146	19	8.860	268	209
TOTAL	247.834	56.570	32.643	5.333	37.438	1.901	319.690	46.532	15.068

	EN LAS FILAS.					DESTACADOS.		En los hospitales.......	Prisioneros..	FUERZA EFECTIVA.		
	ARTILLERÍA.		CABALLERÍA.		INFANTERÍA.							
	Hombres	Caballos.	Hombres	Caballos.	Hombres.	Hombres	Caballos.	Hombres	Hombres	Hombres.	Caballos caball.ª	Caballos artill.ª
De este número son. Franceses.	17.868	15.107	34.172	35.764	152.770	29.647	5.052	31.481	1.771	267.629	41.564	14.253
De este número son. Auxiliares.	1.503	968	4.782	4.831	36.739	2.889	277	6.018	130	52.061	5.261	819
TOTAL.....	19.371	16.075	38.954	40 592	189.509	32.536	5.329	37.499	1.901	319.690	46.826	15.072

TOTAL GENERAL......................... 319.690 hombres y 61.896 caballos.

Estado de fuerza del Ejército francés de España, mandado en persona por el emperador Napoleon. (25 de Octubre de 1808.)

EN LAS FILAS.		DESTACADOS.		EN LOS HOSPITALES.	PRISIONEROS.	TOTAL.		
							CABALLERÍA.	ARTILLERÍA.
Hombres.	Caballos.	Hombres.	Caballos.	Hombres.	Hombres.	Hombres.	Caballos.	Caballos.
249.046	55.759	33.438	4.943	34.558	1.892	318.934	45.242	15.498

Total general.... 318.934 hombres y 60.740 caballos; 1.148 oficiales, 298 batallones y 184 escuadrones.

Idem, idem, en 15 de Noviembre de 1808.

255.876	52.430	32.245	8.295	4.517	1.995	335.223	43.920	16.808

Total general.... 335.223 hombres y 60.728 caballos; 1.064 oficiales, 290 batallones y 184 escuadrones.

NOTA. En este segundo estado, y en su casilla de hospitalidades, se observa una gran equivocacion, debiendo ser la cifra de 45.107 si ha de alcanzarse la suma total de hombres que marca el estado.

NÚMERO 18.

Plan de ataque formado por el general Palafóx en su cuartel general de Caparroso, y conducido por mí al del ejército del Centro, situado en Cintruénigo dirigido á batir en detall el ejército francés establecido en la izquierda del Ebro, despues de haber entrado el Emperador Napoleon en la Península con nuevos refuerzos y haberse acercado á la capital del Reino.

Las posiciones que ocupaba el ejército francés eran en la izquierda del Ebro, y su derecha la apoyaba en Logroño extendiéndose por la izquierda hasta Calahorra, Lodosa, Peralta y Falces. Los ejércitos de Aragon y el Centro, cuya línea cubría la derecha del Ebro, apoyaban su izquierda al frente de Logroño, prolongándose por la derecha hasta Caparroso; la fuerza del ejército francés consistia en 35.000 hombres, y la nuestra era como de 50.000. El ejército de Aragon, compuesto de 24.000 hombres, situado, como lo estaba, en la izquierda del Ebro y posicion que ocupa Caparroso (dos leguas distante de Peralta y tres de Falces, cuyos dos pueblos ocupaban los enemigos, el primero con 3.000 hombres y el segundo con 2.000), debia atacar al enemigo, emprendiendo su marcha á la sordina despues de oscurecido, y por sorpresa destruir las fuerzas de dichos Peralta y Falces, á cuyo tiempo la division del ejército del Centro que mandaba el general D. José Caro, y estaba en posicion al frente de Peralta custodiando el vado que allí habia, debia pasarle y reunirse al ejército de Aragon. Este habia de destacar una fuerte columna sobre Milagro, dirigida á batir 2.000 hombres enemigos que se hallaban en aquel pueblo; las divisiones del Centro, al mando de los generales Lapeña, Villariezo y Grimarest que se hallaban, la del primero, al frente de Lodosa, la del segundo, al de Calahorra, y la del tercero, al de Logroño, debian hacer una diversion sobre dichos puntos, con el objeto de distraer al enemigo ínterin el ejército de Aragon marchaba por su retaguardia, á envolverles en sus mismos cuarteles é impedir pudiesen verificar sus reuniones, y encontrándoles débiles en todos sus puntos, llevando nosotros reunidas todas nuestras fuerzas era consiguiente hubiesen sido batidos y derrotados. Este plan, examinado detenidamente en la Junta de generales que al efecto convocó el generalCastaños, fué desaprobado por el general Coupigni, quien sustituyó en su lugarel de que debia replegarse nuestra línea, y abandonando la que ocupábamos en la derecha del Ebro, formarla oblícua, apoyando nuestra derecha en Tudela y la izquierda en el Moncayo. La objecion puesta por el general Palafóx es bien obvia, pues decia, si no tenemos fuerzas suficientes pára batir en detall las divisiones enemigas en la izquierda del Ebro, llevando reunidas las nuestras, ménos probabilidad de buen éxito tendremos en la nueva línea tan dilatada, y por consiguiente débil en todos sus puntos cuando el enemigo reunido nos ataque á pesar de todo. El general Coupigni insistió en su dictámen y la Junta aprobó su propuesta quedando sin efecto lo proyectado por Palafóx, de cuyas resultas fuimos batidos al tercero dia siguiente.

NÚMERO 19.

EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.

Noticia de los muertos, heridos, contusos, prisioneros de guerra y extraviados que han tenido los cuerpos que se expresan, en la batalla de Zornoza, el dia 31 de Octubre de 1808.

DIVISIONES.	CUERPOS.	OFICIALES Y CADETES.					TROPA.				
		Muertos	Heridos	Contusos	Prisioneros	Extraviados	Muertos	Heridos	Contusos	Prisioneros	Extraviados
VANGUARDIA	Zaragoza	»	»	»	»	»	»	7	»	»	44
	2.º de Cataluña	»	1	»	1	»	»	6	3	4	22
	Voluntarios de Navarra	1	»	»	»	»	43	52	20	6	3
1.ª *division*	Hibernia	»	2	2	»	1	10	22	»	10	90
	Literarios de Santiago	»	»	»	»	»	1	2	»	1	10
3.ª *idem*	Zapadores	»	»	»	»	»	»	1	3	»	»
	1.º de Sevilla	»	»	»	»	»	»	»	»	»	4
	Gerona	»	»	»	»	»	»	2	»	»	7
	Provincial de Compostela	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»
4.ª *idem*	Barbastro	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
	Príncipe	»	»	»	»	2	»	6	»	3	32
	Provincial de Lugo	»	»	»	»	1	»	2	»	»	1
	Batallon de tiradores	»	1	»	»	1	1	3	»	»	11
5.ª *idem*	1.º de Cataluña	»	1	»	1	»	5	8	1	16	16
RESERVA	Granaderos del Rey	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»
	Idem de Toledo	»	»	»	»	»	»	»	»	»	2
	Idem provinciales	1	5	1	1	»	15	61	9	1	17
	Corona	»	4	»	»	»	14	36	»	»	32
	General	»	»	»	»	1	2	14	»	»	10
	Compañía nacional	»	»	»	»	»	»	6	»	»	12
	TOTALES	2	14	3	3	6	92	228	36	41	313

El Capitan de E. M.,
JOAQUIN BLAKE.

NÚMERO 20.

EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.

Noticia de los muertos, heridos, contusos, prisioneros de guerra y extraviados que han tenido los cuerpos que se expresan, en la accion del dia 8 de Noviembre, de que resultó la evacuacion de Valmaseda.

DIVISIONES	CUERPOS.	OFICIALES Y CADETES.					TROPA.				
		Muertos....	Heridos....	Prisioneros..	Contusos....	Extraviados.	Muertos....	Heridos....	Contusos....	Prisioneros..	Extraviados.
VANGUARDIA...	Zaragóza..................	»	»	»	»	»	»	4	»	»	23
1.ª *division*..	Literarios de Santiago.....	»	»	»	»	»	4	6	2	»	6
	Hibernia, infantería de línea.	»	2	»	»	»	31	43	16	19	31
2.ª *idem*	Navarra, de línea.........	1	»	»	»	»	3	9	»	1	14
	Victoria.................	»	»	»	»	2	»	3	»	»	365
	Voluntarios de Galicia.....	»	»	»	1	1	4	14	1	17	196
	Provincial de Pontevedra..	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»
	TOTALES........	1	2	»	1	3	42	80	19	37	635

NUMERO 21.

Estado de fuerza de los dos cuerpos de Ejército franceses que combatieron al de la Izquierda en la segunda campaña de 1808.

4.° *cuerpo de ejército*.-Lefebvre.....	1.ª Division. Sebastiani.	32.° de linea...........	3	1.500
		75.° idem...........	3	1.500
		28.° idem...........	3	1.500
		58.° idem...........	3	1.500
	2.ª Division. Leval.	Regimiento de Nassau...	3	1.500
		Idem de Baden.........	3	1.500
		Idem de Hesse Darmstadt.	3	1.500
		Id. del Príncipe Primado.	3	1.500
Total de las dos divisiones del cuerpo.......			24	12.000
1.er *cuerpo de ejército*.-Víctor........	1.ª Division. Ruffin.	9.° ligero...........	3	1.788
		24.° de línea........	3	1.822
		96.° idem...........	3	2.001
	2.ª Division. Lapisse.	16.° ligero..........	3	1.657
		45.° de línea.........	3	2.385
		8.° idem...........	3	2.175
		54.° idem...........	3	2.438
	3.ª Division. Villatte.	27.° ligero...........	3	1.958
		63.° de línea........	3	1.515
		94.° idem...........	3	1.808
		95.° idem..........	3	1.888
Total de las tres divisiones del cuerpo.......			33	21.413

NOTAS. La fuerza del cuerpo de Lefebvre se pone en números redondos por la señalada en la órden de su organizacion por el Emperador, segun consta en los despachos oficiales de su correspondencia.

La del de Víctor se ha copiado de la Memoria, tantas veces citada, del Sr. Blake que la dedujo de los estados del ejército francés en Febrero de 1810 por no constar otros anteriores.

No se incluyen las fuerzas de caballería y artillería correspondientes, por no haber operado en las montañas de Vizcaya y Santander intransitables casi para ellas.

NUMERO 22.

El 2 de Mayo y otras memorias de la Guerra de la Independencia.

Si algo puede enojar en los panegíricos de tan memorable aniversario, es el empeño tenaz de atribuirse cada partido político aquel estallido de los sentimientos nacionales. *La religion*, dicen unos, conmovió á nuestros padres; *la libertad*, claman otros; *el trono*, afirman los de más allá: todos tienen razon, y ninguno exclusiva. Pues qué, ¿no nos vimos juntos vencedores, y al dia siguiente del triunfo divididos, por dividir esas ideas? ¿No se vió la religion desdeñada en la persona del Cardenal de Borbon, por hablar de libertad, miéntras al cura Merino se daba una prebenda, por servicios de sangre? ¿No conspiraron Porlier y el Empecinado contra el mismo que tanto contribuyeron á rescatar, y no se olvidaron las hazañas por vengar la rebeldía? ¿No fue aborrecido de unos y otros el Rey más que ninguno deseado?

Grandes honores y merecidos se tributan á los héroes del 2 de Mayo, primeros mártires de la independencia nacional en este siglo; pero ¡cuántos otros yacen olvidados! No parece sino que al recordar casi exclusivamente los que murieron en la córte, inundando de ruido y ostentosas ceremonias este centro de la vida politica, intentamos adornar nuestra vanidad, hacerlos de nuestro partido, triunfar con sus laureles, más bien que imitar la abnegacion y purisimo sentimiento de amor pátrio con que ellos y centenares de miles se entregaron al sacrificio. Yo he visto en Paris, donde quiera, retratados episodios del sitio de Zaragoza; he visto monumentos elevados áun á los vencidos de Bailén; pero no sé si en Bailén hay algun monumento, ni en Zaragoza otras imágenes que sus ruinas. Apénas hay quien recuerde cómo se juntaron en tierra extraña, rodeada de mar y ejércitos enemigos, nuestras falanjes, émulas de las de Genofonte; no hay una señal donde, elevando sus ojos y corazones en la bandera, símbolo de la pátria, cuando se les exigia un juramento traidor, juraron en silencio morir por ella; se ignora ó se deja olvidar cómo cumplieron su juramento.

Esto me decia el corazon al hallar, con profunda tristeza, en la aldea más pobre de esta comarca, en la iglesia más mezquina, y en el más humilde rincon de ella, el sepulcro de un magnate, no inferior á Velarde en denuedo ni en abnegacion á Daoiz, del conde de San Roman, jefe de la division española del Norte, despues que llegaba á nuestro suelo marchó á otro destino su primer jefe el Marqués de la Romana. Con indecible interés, que pueden comprender únicamente los que hacen profesion de cultivar la historia, venia persiguiendo los indicios que primero tuve, las noticias que sucesivamente adquiria, y los viejos que me podian informar, hasta llegar á los documentos, que ¡me quitaron toda duda. Voy á referirlo, por si puede excitar á otros de circunstancias semejantes para recoger tan santas memorias y útil enseñanza.

De niño habia oido á mis padres vagas relaciones de *la francesada*, (así se nombra en este país aquella epopeya), mezcladas con recuerdos personales y terrorosos de parientes que llegaron heridos, de la casa abandonada, la familia dispersa, y las poblaciones todas conmovidas cual si oyeran la trompeta del juicio final, cuando despues de la batalla de Espinosa de los Monteros, cruzaron estas montañas el ejército vencido y sus perseguidores. Tambien habia oido á muchas gentes que el marqués de la Romana estaba enterrado en un pueblo próximo, y áun hoy es tradicion arraigada; pero como por documentos seguros averigüé que no concurrió á dicha batalla, ni habia muerto hasta años despues, siendo conducido el cadáver á Mallorca, su pátria, tuve en poco más que una conseja tal noticia. Por casualidad, alguno más enterado pudo decirme con re-

ferencia á mi padre mismo, que el personaje en cuestion no era marqués de la Romana, sino conde de San Roman, y desde entónces hallé la huella ¡triste huella! del valor y patriotismo desgraciados.

¡Ah! Cuando llegaron á Santander los expedicionarios del Norte, no se cuidaron de averiguar quién ni cómo mandaba, sino de que la pátria estaba en peligro. Sin tomar el descanso necesario, de noche, y por extraviados caminos, corrieron á reunirse con el ejército de la izquierda, y el primer dia de la batalla de Espinosa rechazaron, casi sólos, al ejército francés, como quienes habian figurado sin desventaja á su lado y sabian su táctica. Entónces fué herido el conde de San Roman en una ingle, y otros han contado, mejor que yo pudiera, cómo al dia siguiente, hiriendo á otros jefes cuyo prestigio y ejemplo únicamente sostenian á la gente colecticia, triunfaron los franceses, prosiguiendo inhumanamente la victoria. El conde de San Roman, conducido en un carruaje ó furgon de municiones, llegó á la casa de un canónigo de Cervatos, cuya ilustracion y elevados sentimientos eran dignos de tal huesped, y cuya esmerada asistencia le dió algun respiro y esperanza. Pero llegaba el enemigo; Cervatos está en el camino real, y, por lo que he podido comprender de domésticas relaciones, se entabló una lucha generosa entre el sacerdote, que insistia en ocultar y asistir al herido, y el caballero, que sabia serian sacrificados ambos si era descubierto. Triunfó la voluntad imperiosa de éste, y casi he podido recoger las palabras textuales de su despedida: «Es imposible en lo humano que yo viva; pero si mila»grosamente me salvase, no olvidaré á Vd. jamás y le daré pruebas.» Con esto se emboscó por trochas horribles, y llegó á la Mata de Hoz, uno de los pueblos más retirados del tránsito, albergándose en casa de D. Francisco Rodriguez, la más próxima á la sierra. Sin embargo, poco tardaron en asomar dispersos, que el Conde, en su turbada agonía ó constante generosidad, tomó por franceses, y gritó á su asistente: «Ladron, mi caballo, que llegan los enemigos.» Así recuerda perfectamente la familia del dueño de la casa, donde últimamente paró y dejó el furgon, que aún existia no hace muchos años. Ya se deja conocer lo que seria montar á caballo un hombre herido en la ingle de tres dias. Apénas hubo andado media legua, cuando, al trasmontar la cordillera, junto á la ermita y venta de Somahoz, antigua posesion de una de nuestras órdenes militares, segun la tradicion, rindió el espíritu como el más piadoso de aquellos guerreros, auxiliado por el capellan de su regimiento de la Princesa, y alcanzando aún la Extrema-uncion, traida por el párroco del pueblo más inmediato, la poblacion de Suso, donde fué despues sepultado. Así consta en el libro parroquial de la manera siguiente, que por mí mismo he copiado:

«En el año del Señor de ochocientos y ocho, en trece dias del mes de No»viembre, yo, D. Fernando García Mantilla, Presbítero, Cura en el lugar de »Suano, y servitente con segunda misa en el de la poblacion de Suso, y con »asistencia de D. Benito Elías de Creixell, Capellan de la Princesa, di sepultura »etc., á D. Joaquin de Miranda, conde de San Roman, de estado casado, en la »Real villa y córte de Madrid, Brigadier de los Reales Ejércitos, Comandante de »la division española del Norte, y en el dia de su muerte, á más de lo dicho en »la trasplana (1), Coronel del regimiento infantería de la Princesa: murió inme»diato á la Venta de Somahoz, término de Suano, de resultas de una herida que »recibió en la ingle en la batalla de Espinosa de los Monteros; se enterró en dicho

(1) Tal vez esto lo pondria originalmente el Capellan en el registro de su regimiento, empezando al concluir una página ó plana, y continuando en la siguiente. El Cura (que ni su apellido puso bien) no haria sino copiar, pues en el libro de la parroquia todo está en una plana.

»pueblo (y no en el de Suano, por el temor del enemigo que le seguia), en la ca»pilla de Nuestra Señora del Rosario, inclusa en dicha parroquia. Y para que »conste lo firmo en dicho pueblo y Mayo veintiocho de ochocientos y nueve.—Se »confesó y recibió la Extrema-uncion.—D. Fernando García Mantilla.»

Descanse en paz el ilustre prócer, digno de sus antepasados, digno de otro prócer, su pariente cercano, segun creo, pues hoy se hallan reunidos ámbos títulos, del conde de Maceda, que poco ántes, en la batalla de Rioseco, «pródigo de su grande alma, cual otro Páulo, prefirió arrojarse á la muerte ántes que ver con sus ojos la derrota de los suyos.» (Toreno.) Sin duda no sabe el conde actual cómo acabó su abuelo y dónde yacen sus restos mortales. Quisiera, léjos de hacerme un mérito particular, que esta fuera la primera noticia; y si algun aprecio merece mi buen deseo, le rogaria que honrase y trasmitiese á la posteridad la memoria del paladin de nuestra independencia, en la forma que su corazon filial le dictase. No sé si puedo hacer indicacion semejante á los poderes ó corporaciones nacionales, respecto al jefe de aquellos bravos que, arrostrando el mar, la tierra y los hombres, buscaron á su pátria y hallaron el cielo. Pero sé que, cuando todo falte, no faltará al conde de San Roman una lápida conmemorativa de su sacrificio, así como quisiera labrar en los pechos españoles más digno trofeo: *Monumentum ære perennius*. Tal seria la union, el mútuo respeto, y sobre todo la abnegacion en cuanto atañe á la honra é intereses nacionales. Así no mancharíamos con argucias y reconvenciones una gloria comun, ni haríamos del 2 de Mayo tema de polémicas envenenadas.—Proaño (Reinosa) 26 de Abril de 1869.—Angel de los Rios y Rios.

Nota para el caso de querer hacer más averiguaciones.

La capilla del Rosario mencionada es tan pequeña, que sólo tiene una fila de cinco sepulturas entre el altar y el arco de ingreso. La sepultura del medio es la que se me indicó por algunos, con referencia á sus mayores; pero una mujer, que dijo haberla visto abierta cuando sepultaron al Conde, señaló la inmediata á la derecha del que mira hácia el altar, que es un poco más ancha. De todos modos, no se sabe si allí mismo se enterró alguno despues, hasta que se generalizaron los cementerios, aunque no es verosímil hubiese necesidad en un pueblo tan corto. Tambien es de creer que se le enterrasé con su uniforme, como es propio de militares; pudiendo parecer algun boton de metal ú otra prenda por donde se venga en conocimiento de sus huesos si algun dia se juzgase del caso una exhumacion. Por la Guía de forasteros de aquel año, que yo, por desgracias ó curiosidades semejantes, poseo incompleta, se sabrá cuál era el uniforme del regimiento de la Princesa. Es verosímil siguiese el mismo que tenia segun la Guía de 1799, como toda la infantería de línea española, con leves diferencias, á saber: casaca, chupa y calzon blanco, vueltas y vivos encarnados ó carmesí, boton blanco ó dorado, sombrero tricornio, por supuesto. Ya en 1799 era Teniente Coronel del Regimiento el conde de San Roman.

NUMERO 23.

—

TERCER CUERPO DEL EJÉRCITO DE ESPAÑA. ESTADO MAYOR GENERAL.

ESTADO de los individuos de este cuerpo muertos ó heridos en el encuentro de Tudela el 23 de Noviembre de 1808.

DIVISIONES.	BRIGADAS.	REGIMIENTOS.	MUERTOS.		HERIDOS.		OBSERVACIONES.
			Oficiales.	Tropa.	Oficiales.	Tropa.	
Primera division llamada de vanguardia, mandada por el general Maurice-Mathieu	1.ª	14 de línea.	»	8	2	78	
		70 idem, 3.ª brigada.	»	»	»	9	
		2.° regimiento del Vístula.	»	»	1	30	El coronel ha sido herido en el brazo.
	2.ª	44 de línea.	»	»	»	»	
		3.er regimiento del Vístula.	»	»	»	»	
Segunda division, mandada por el general Musnier	1.ª	114.	»	»	»	»	
	2.ª	115.	»	»	»	»	
Tercera division, mandada por el general Morlot	1.ª	116.	»	10	9	86	
	2.ª	117.	»	21	8	274	
Cuarta division, mandada por el general Grandjean	1.ª	Legion de reserva.	»	»	»	»	
	2.ª	1.er regimiento del Vístula.	»	»	»	»	
Division de Caballería	»	»	»	5	1	13	La caballería ha perdido de 3 á 8 caballos.
Artillería	»	»	»	»	»	2	Un caballo del tren herido.
TOTAL			»	44	21	492	

NÚMERO 24.

Tropas que formaban el Ejército de reserva para la defensa de Somosierra en Noviembre de 1808.

INFANTERÍA.

1.er Regimiento de infantería Voluntarios de Madrid	1.500
2.º idem de idem idem de idem	1.500
Guardias Walonas	500
Regimiento infantería Jaen (2 batallones). (1)	1.300
Idem idem Corona. (1.º y 3.º batallones	1.039
Idem idem Córdoba	1.300
Idem idem Badajoz (2 batallones)	566
Idem idem Irlanda. (1.º y 3.º batallones)	1.486
Idem idem Reyna. (2 batallones)	927
Provincial de Toledo	500
Idem de Alcázar	500
Batallon número 3.º de Voluntarios de Sevilla	400
Total	11.218

CABALLERÍA.

Regimiento de caballería Príncipe. (2 escuadrones)	200
idem de idem Alcántara	100
Idem de idem Montesa	100
Idem de idem Voluntarios de Madrid. (2 escuadrones).	200
Total	500

ARTILLERÍA.

Piezas de posicion y de campaña. (22 piezas). (2)	200

(1) La fuerza de Jaen, Córdoba, Toledo, Alcázar y Sevilla se ha calculado por datos anteriores ó posteriores sin el conocimiento exacto de las cifras con que contaban esos cuerpos el 30 de Noviembre.

(2) La artillería aparece igual en las relaciones francesas y españolas. Napoleon dice en sus despachos que cogió 16 piezas en Somosierra, y Sardeñ debia llevar seis en la vanguardia de su mando. La hemos considerado con 200 hombres en números redondos, para su servicio.

NÚMERO 25.

Capitulacion que la junta militar y politica de Madrid propone á S. M. I. y R. el Emperador de los franceses.

ARTICULO 1.° La conservacion de la religion católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes.=*Concedido.*

ART. 2.° La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos: la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta córte, si les conviniese. Igualmante las vidas, derechos y propiedades de los eclasiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.=*Concedido.*

ART. 3.° Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.=*Concedido.*

ART. 4.° Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.=*Concedido.*

ART. 5.° No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.=*Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 6.° Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.=*Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

ART. 7.° Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.=*Concedido bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.*

ART. 8.° Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.=*Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos*

Todos los individuos alistados en las tropas de linea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demás serán prisioneros de guerra hasta su canje, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

ART. 9.° Se pagarán fiel y constantemente las deudas del Estado.=*Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.*

ART. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.=*Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizazion definitiva del reino.*

ART 11 ADICIONAL. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á medio dia de las puertas de palacio. Igualmente á medio dia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A medio dia el cuartel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artilleria é ingenieros, á la artilleria é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á medio dia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policía y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposicionas dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de Diciembre de 1808.=Fernando de la Vera y Pantoja.=Tomás de Morla.=Alejandro. *(Príncipe de Neufchatel.) Véase la gaceta de gobierno de Sevilla de* 6 *de Enero de* 1809.

NÚMERO 26.

—

Don Adolfo Castro en la *Historia de Cádiz y su provincia*, que publicó en 1858, trata á Morla con gran consideracion, en recuerdo, sin duda, de sus servicios en Cádiz. Hé aqui lo que dice:

«A mediados de Octubre partió de Cádiz. La saña de la Junta de Sevilla contra Morla habia pasado á ser indignacion; pero la indignacion y saña en el disimulo y en la esperanza, esperanza de injuriarlo con el nombre de traidor, ó al ménos, con la de aquella venganza, tan fácil entónces, de atraer sobre su conducta las sospechas populares. ¡Con cuánto dolor, con cuánta verdad enseña á los no indiferentes la experiencia que las sospechas se borran mal en el alma. Su tinte es indeleble, al ménos en la generacion que las escucha. Mas harto se sabe que quien despoja de las legítimas recompensas no tiene seguramente igual poder para despojar del mérito.»

«Morla, en tan varias y temibles circunstancias, habia demostrado una inteligencia y una energía superiores á las esperanzas de los mismos que tenian un alto concepto de sus excelentes prendas. Murmurarian de él los desfavorecidos y los desesperados; pero la memoria de su honradez y su talento dura aún entre los gaditanos. La Junta suprema comenzó á destruirla, pero no acabó de asolarla. Morla se halló en Madrid cuando Napoleon con un poderoso ejército se dirigió á aquella villa. Desde luego habló Morla con aquella franqueza antigua en él y hasta envejecida que ofendia á las turbas porque no engañaba. Madrid no podia, en su opinion, defenderse sino de una correria ó sorpresa. Creia un acto de demencia ó estúpida ignorancia exponer la antigua córte á los rigores de un asedio formal, cuando no habia medios para la resistencia. Prevaleció el parecer contrario. Morla artilló lo más convenientemente que era posible los puntos que permitian alguna defensa; repartió armas, de las cuales muchas fueron vendidas, en vez de servir para el combate de los enemigos; el populacho, mal regimentado y peor sufrido para la obediencia, gritaba vencer ó morir, cuando se trataba de suspension de armas y huía cuando era atacado.»

«¿Qué podria, pues, hacer Morla contra un ejército aguerrido, resuelto á acabar con la villa de Madrid ó acabar en ella? Muy secretamente desconocido pasó en compañía del gobernador D. Fernando de la Vera á media noche al campo de Napoleon, quien lo recibió con altivez sañuda, irritado, así por la ignorante resistencia del populacho como por el recuerdo de la rendicion de la escuadra de Rosily y mal cumplimiento de lo capitulado en Bailén. Morla, con su fácil elocuencia, que parecia meditada y era nativa, consiguió una capitulacion ventajosa. No quiso abandonar la córte á merced de las turbas, y prefirió ser prisionero de guerra á entregarse al injusto furor de la Junta central. Al dia siguiente de la capitulacion, pasó á visitar á José Bonaparte. No halló en él un hombre de vida depravada, de pésimas inclinaciones y de vilísimas costumbres, como repetia el ignorante vulgo sin saber el engaño que debajo de aquellas palabras corria, sino un príncipe, colmado de todas las ideas de virtud, propias de un soberano que aspirase á emular las glorias de Marco Aurelio.»

«Desde aquel instante borró en su alma un pensamiento con otro. Habia visto el malogro de las primeras victorias, el desórden de las Juntas, la prepotencia de Napoleon. Consideraba que los pueblos no pueden muchas veces jugar impunemente con la desdicha entre la revolucion de los sucesos de la fortuna; y así, el hombre que habia contribuido tan eficazmente á dar importancia á la guerra, el que habia juzgado el saqueo de los generales franceses prisioneros, hecho ilícito en las formas, pero justo en su esencia, el que habia sido el alma de la alianza

con Inglaterra, el que espontáneamente habia aconsejado á Spencer el plan de campaña que deberia seguir el ejército libertador de Portugal, el que tambien de un modo expontáneo y guiado de la más viva odiosidad contra Napoleon, escribia á lord Canning que el medio de destruir al coloso de Europa era acometer á Francia por los Pirineos con un ejército de doscientos mil hombres y para acabar de consternar al enemigo, apoderarse de la Martinica y Bárbada, escribió á la Junta central con alientos de hombre de bien y satisfaccion de su inocencia, bañando en altos sentimientos la pluma y señalando cada línea con un consejo. El principal se reducia á que mandase la Junta al gobernador de Cádiz que no consintiese que los ingleses se fortificasen en esta ciudad ni en sus inmediaciones.»

»Terminaba diciendo: «Como consejero de Estado, ví ayer al príncipe José, designado nuestro rey y objeto de los sarcasmos del populacho; y aseguro con toda la ingenuidad que me es propia, que hallé un sábio filósofo, lleno y áun entusiasmado de las más sanas máximas de moral, de humanidad y aficion á los pueblos sobre que su suerte le haga dominar. La Junta central, dominada por la indignacion, calificó á Morla de hombre que en tiempos bonancibles habia manifestado una lealtad y patriotismo aparentes, y un valor y una ciencia militar que no tenia; de hijo expúreo de la pátria que abandonándola en los instantes del peligro, sellaba con tal hecho su cobardía y se entregaba á la infamia y á la vergüenza.»

«Así perdió Morla todos los títulos de respeto de que andaban tan pródigamente liberales las Juntas para él, en otro tiempo, tan avaras. Pero él despreciaba lo mismo sus injurias que sus alabanzas. ¿Qué podian hacer contra la fortaleza de su alma los vituperios? ¿Qué contra un hombre jamás desenfrenadamente poseido de la ambicion? ¿Qué contra quien juzgaba el exceso de los honores ignominia y humillacion, aquellos aplausos, que lastiman la razon y la fama?»

«Acabó Morla su carrera como la acaban muchos en las revoluciones: elogios exagerados en los principios, y execracion en los fines. Para los más fue un cobarde y un fingido partidario de la causa de nuestra independencia, y el más malicioso de los que fueron sus maliciosos defensores. Pero Morla nunca fué acepto á Napoleon, ni empuñó las armas contra su pátria.»

«El vuelo funestamente rápido del tiempo con la más cruel y nunca interrumpida fuerza, minó la existencia de Morla, dejándola bien pronto en un estado tan decadente que apénas bastaba á llamarse vida. Sus padecimientos de la vista, que ya esperimentaba en el gobierno de Cádiz, se le acrecentaron luego. El novelero vulgo referia que de llorar inconsolablemente las injurias que le dijo Napoleon, perdió Morla la vista; y que ni áun así sus ojos supieron morir enjutos. Arrebatado del sitial de la fortuna y de la sombra de los laureles y colocado en vida á la de un ciprés, vivió todavía algunos años á sentir las atrocidades cometidas en nuestra pátria durante la guerra, más para sepultadas en lágrimas que para reducidas á la memoria.»

«Espiró sin poder suplir con la vista sus cláusulas ya muertas en la lengua para dar el postrimer á Dios á su pátria. En esta provincia donde lanzó el suspiro que es tambien la primera respiracion del humano aliento, muy vivas han quedado sus memorias, como de persona en quien tanto resplandecian cualidades eminentes. Ningunas flores ha deshojado la elocuencia sobre su cadáver.»

«Morla, de su lado, dió á raiz de la capitulacion uno como parte de la defensa de Madrid, que D. José Canga Argüelles publicó tambien entre los «Documentos pertenecientes á las observaciones sobre la historia de la guerra de España que escribieron los Sres. Clarke, Southey, Londonderry y Napier.» Hélo aquí:

«Documento núm. lxv.—Relacion de la defensa de Madrid, por el general don Tomás Morla.—La suprema Junta central despues de la derrota del ejército de

Extremadura en Búrgos, me encargó que juntamente con el marqués de Castelar atendiese á la defensa de Madrid y de los puertos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Considerando á esto más expuesto, envié casi todas las tropas que pude recolectar para su defensa, al cargo del acreditado D. Benito San Juan. Pero las numerosas tropas con que el Emperador las cargó, las envolvieron y dispersaron.»

«De otra parte, procuré fortificar á Madrid contra un ataque brusco ó correría, aspillando su cercado, poniendo baterías, fosos y estacadas en sus puertas, y haciendo cortaduras en las calles. Pero el mismo Emperador, con un ejército de cincuenta mil hombres de sus mejores tropas, y cuando las obras no estaban perfeccianadas ni concluidas, nos atacó con denuedo el 2 y 3 del corriente. En la mañana de éste, se apoderó del Retiro y Atocha, cuyos dilatados jardines necesitaban veinte mil hombres para su defensa. De consiguiente se posesionó del Prado y de las puertas de Alcalá, Atocha, Recoletos, Santa Bárbara, Pozos, Fuencarral y algunos portillos. Las barreras de las calles y más bien las órdenes del Emperador, contuvieron un poco los enemigos, que á las dos de la tarde hicieron tercera intimacion. Se habia respondido con firmeza á las dos primeras; pero estando rendida de fatiga la poca tropa que nos quedaba por los muertos, heridos y prófugos, no habiendo artilleros, pues hubo puesto en que murieron todos, faltando casi las municiones, pues no habia cartuchos de cañon ni metralla y viendo el paisanaje consternado, pensé que en tales circunstancias era preciso darse á partido, para evitar la entera ruina de la villa y que no fuesen víctimas de la vocinglería de algunos aturdidos las vidas de todos los habitantes. Me resolví, en consecuencia, á responder al general que intimaba, qne iria yo mismo aquella tarde á tratar con el príncipe de Neufchatel, á cuyo nombre se hacia la intimacion. En efecto, así lo ejecuté. El príncipe me introdujo con el Emperador, que me concedió la más honrosa capitulacion, mediante la cual he quedado prisionero de guerra, pero me consuela haber hecho bien á esta capital.»

ÍNDICE DEL TOMO III.

Páginas.

OBRAS DEL AUTOR.

Geografía histórico-militar de España y Portugal; obra premiada con medalla de 2.ª clase en el *Congreso internacional de Ciencias geográficas de 1875, en París*. (Dos tomos en 8.º)

Descripcion y Mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupacion militar de una parte de este imperio. (Un tomo en 8.º)

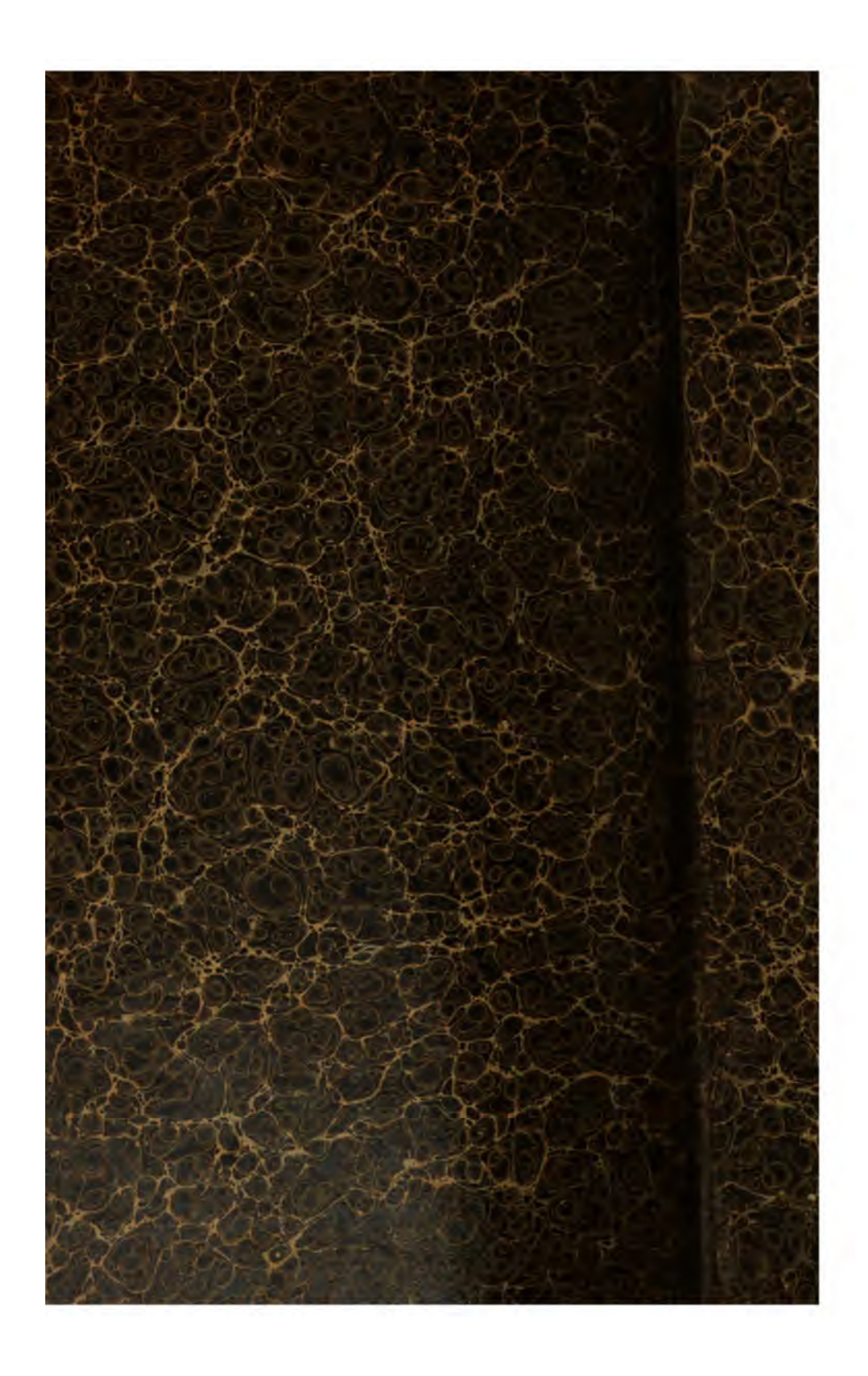
Está escrita en colaboracion con D. Francisco Coello, autor del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*.

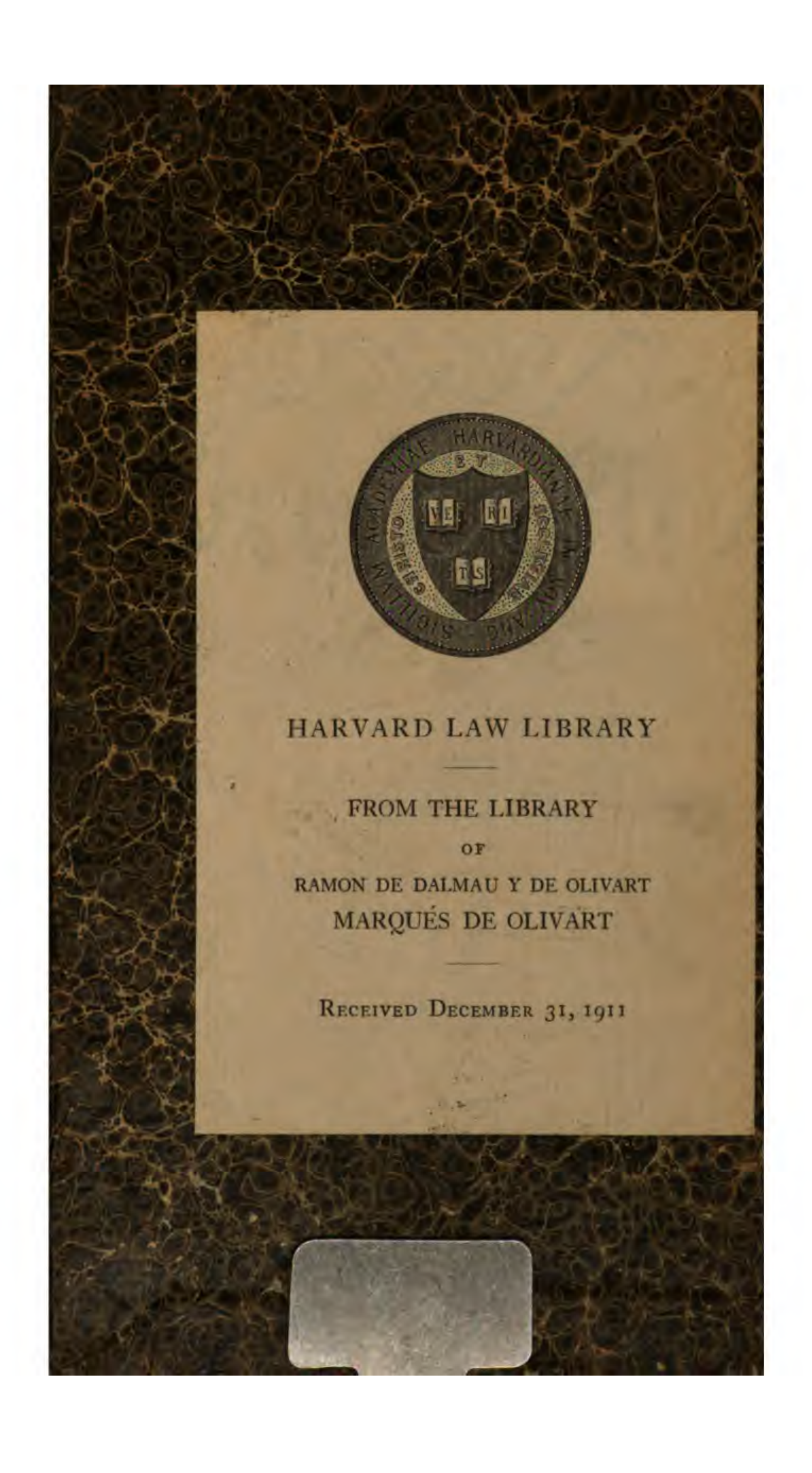
Agenda militar: Recopilacion de cuantos datos y conocimientos pueden ser necesarios á los Oficiales de todas armas en el servicio de campaña. (Un tomo en 12.º)

Un soldado español de veinte siglos. Relacion verídica. (Un tomo en 4.º)

Discurso leido ante la Real Academia de la Historia, en la recepcion pública, celebrada el dia 12 de Mayo de 1872, sobre la expedicion del Marqués de la Romana al Norte de Europa.

Nieblas de la Historia pátria.—Contienen: El tamborcillo de San Pedor.—Una intentona ignorada contra Gibraltar.—La mision del Marqués de Iranda en 1795.—El Alcalde de Montellano.—Las Zaragozanas en 1808.—El Marqués de Torrecuso.—Un proyecto estupendo.—El Alcalde de Olivar. (Dos tomos en 8.º)




SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
VE RI TAS